GIN

12/4

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

Literatura / Antigua y moderna

1903

Manual de literatura, nacional y extranjera, antigua y moderna.—Primera parte: Literatura española, desde el nacimiento de la Lengua castellana hasta fin del siglo XIX.

1903 — 1904

Detalles — verso

Federico

Del Río Arrieta

Del mismo autor.

(VÉASE EL CATÁLOGO AL FINAL DE ESTE VOLUMEN)

Principios de Literatura para texto de los alumnos de «Retórica y Poética» en los Institutos de segunda enseñanza.—Segunda edición corregida, propiedad de la Viuda de Hernando y Compañía.—Madrid, 1892.—Obra informada favorablemente por el Real Consejo de Instrucción pública y declarada de mérito para los ascensos en la carrera del autor.—Un volumen de 258 páginas en 4.° menor.—(Con su programa correspondiente).—Encuadernado 7 pesetas.

Programa de dicha obra.—Un folleto de 48 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1892.—Una peseta.

Manual de Estética y Teoria del Arte, é Historia de las artes principales hasta el Cristianismo.—Nueva edición, con 168 grabados intercalados en el texto.—Obra informada favorablemente por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, premiada con «Medalla de oro» en la Exposición Regional de Lugo de 1896.—Un volumen de XII + 196 paginas en 4.° menor.—Madrid, 1894.—(Con su programa correspondiente), 4 pesetas.

Programa de dicha obra.—Un folleto de 24 páginas en 4.° menor, 0,50 peseta.

MANUAL

DE

LITERATURA

NACIONAL Y EXTRANJERA

ANTIGUA Y MODERNA

POR

H. GINER DE LOS RÍOS

CATEDRÁTICO EN EL INSTITUTO DE BARCELONA

PRIMERA PARTE

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

R. 19.736

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
—
1899

ES PROPIEDAD

F. del Río

Imprenta y fotograbado de Enrique Rojas, Pizarro, 16.

Al Instituto provincial de 2.ª Enseñanza

de Alicante,

Centro modelo bajo muchos respectos, y donde por espacio de tantos años desempeñé la cátedra de «Retórica y Poética», dedico este libro, con la expresión de sincero afecto para su distinguido claustro de Profesores, y la de viva simpatía hácia la culta capital.

H. Giner de los Ríos.



Barcelona y Octubre de 1899.

«La obra que anunciamos hoy y nos proponemos editar en breve, ofrece, aparte del mérito intrínseco que pueda encerrar, la novedad de ser la primera en su género que se publica, no sólo en España, sino fuera de ella. Recopilar, con efecto, en un solo volumen, que no pasará de 600 á 700 páginas toda la historia de la literatura, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, es un empeño extraordinario, y que estamos seguros apreciarán debidamente los amantes de la cultura general. No sólo se trata en este volumen de una mera historia, sino que acompaña á la exposición en serie de las obras literarias, un somero juicio crítico acerca de las mismas y de los autores; se da en extracto el argumento de las producciones, y uno ó más trozos, para servir de modelo, al propio tiempo que para confirmación de aquel juicio sumario.

»Se encontrará, por consiguiente, resumido en el tomo que hoy anunciamos, notas críticas, apuntes biográficos, asuntos de los monumentos literarios y ejemplos de las obras más importantes de los principales autores nacionales y extranjeros.

»Cumple este libro una doble misión, además, que debe señalarse: y es, que no sólo viene á llenar un vacío universalmente sentido, si que también á servir de antología general, no sólo de la literatura española, castellana, regional y americana, sino de las literaturas de todos los países y de todas las edades. Basta pasar la vista por el cuadro del índice que va al frente de estas líneas para formar una idea del contexto del volumen que anunciamos. Así, pues, las personas que sólo busquen en una obra como la que nos ocupa la adquisición de una idea general sobre todas las manifestaciones literarias de todos los pueblos y de todos los tiempos, encontrarán en este Manual la síntesis de la poesía y la filosofía, la crónica y la novela, la leyenda y la historia, la oratoria y las ciencias, la epopeya y el teatro, tal y como han ido apareciendo estos géneros á través de los siglos, y conforme con el genio de cada raza.

»Pocas han sido las tentativas dentro y fuera de nuestra nación en que se ha pretendido ofrecer un compendio de la índole del que tratamos; y nunca se ha llevado á cabo otra cosa que trabajos parciales

de pura historia ó colecciones de autores selectos, ora extranjeros, ora nacionales; y aun así, reducida es la biografía de esta clase; mas inútil es buscar en ningún idioma y menos en español, una obra que comprenda el contenido indicado.

»Si para la cultura general humana viene este libro á desempeñar papel tan reclamado como no cumplido hasta el día, desde el punto de vista docente, puede llenar un fin deseado por el profesorado público, tanto en la enseñanza secundaria como en la superior, y buscado y solicitado con verdadera ansia por la juventud estudiosa. Buena prueba de esta necesidad y aspiración es el hecho de hallarse agotados hace muchos años todos cuantos libros de trozos escogidos han visto la luz en nuestro país, desde las ediciones oficiales hasta muchas de las formadas por doctos compiladores.

»He aquí el contenido de la obra: 1.º Literatura Ibero-americana; – 2.º Literatura extranjera. – En la primera parte, Literatura española (castellana y regional; judáica y árabe). – Idem hispano-americana, Idem portuguesa y luso-americana. – En la segunda, Literaturas orientales (Egipto, Caldea, India, Persia, Fenicia, los Hebreos, los Árabes, China, Japón, América pre-colombina, etc., etc.) – y Literatura clásica griega, latina. – Literaturas de la edad media; – moderna -francesa, italiana, inglesa y anglo-americana, alemana, escandinava y holandesa, eslava y húngara; y en fin, cuadro general, con resumen de otras literaturas, y apéndices á la literatura ibero-americana, y á las extranjeras.»

He ahí sobre poco más ó menos lo que decía en el prospecto del presente libro, su editor D. Victoriano Suárez.

Pensada la obra con el doble objeto mencionado, se dispuso para llenar los fines de los estudios literarios, tal como fueron ideados en la reforma de la Segunda Enseñanza.

Las vicisitudes por que ha pasado ésta, han suspendido primero, la publicación algún tiempo, y han modificado después en algo la distribución de su plan. Por estas razones, nos decidimos hoy á dar separadamente la Primera Parte de la Literatura Española, á la cual seguirá en otro tomo la Extranjera, así como las literaturas regionales y especiales de que se hace mención más arriba.

Una indicación para terminar: acaso el lector eche de menos aquí ó allá tales ó cuales nombres de escritores; pero después de mucho vacilar, resolvimos llevarlos al sitio donde deben figurar más bien, en nuestra opinión, desde el momento en que vamos á dedicar á aquellas literaturas regionales y especiales tratado aparte. – En cuanto al orden dentro de cada siglo, hemos preferido agrupar los autores por géneros, sacrificando á veces la serie meramente cronológica.

LITERATURA CASTELLANA

Antes del siglo XIII.

Lección 10

+*Poema histórico.* El del Cid es uno de los monumentos más antiguos de la literatura española, aunque acaso posterior á la *Crónica del Cid* y á algunos de carácter religioso. Se supone escrito hacia mediados del siglo XII. — Su asunto lo constituyen los actos más culminantes del protagonista D. Rodrigo Díaz de Vivar, llamado Cid Campeador, por el nombre que le pusieron los sarracenos. — Consta de 4.000 versos, viniendo á ser por su estilo una sencilla narración rimada. Su autor, desconocido, sin duda alguna fué poeta nada vulgar, como lo prueba algún indicio de imitación de los autores antiguos. El manuscrito está incompleto, faltando lo relativo á las mocedades del Cid, empezando lo que se conserva, con su salida de Vivar (Burgos), su pueblo natal, y terminando con su muerte (Valencia, 1049). Todo lo descrito en el poema es relativo á los actos más salientes llevados á cabo por el héroe durante el segundo destierro á que lo condenó Alfonso VI; tales como la conquista de Valencia, la venganza del protagonista con respecto á sus yernos los infantes de Carrión por la conducta de los mismos con doña Elvira y doña Sol, y las segundas nupcias de éstas con los infantes de Aragón y Navarra. La forma del poema, enteramente descriptiva, no está sometida á norma fija en punto á la metrificación. Contiene versos desde diez y ocho sílabas hasta diez, á veces asonantados, á veces rimados, en consonante. — Ejemplo en que se pinta la despedida del Cid y Jimena +

Tú eres rey de los reyes e de tod' el mundo padre,
á tí adoro e creo de toda voluntad,
e ruego á San Peydro que me ayude á rogar
por mio Cid el Campeador que Dios le curie de mal,
quando hoy nos partimos, en vida nos faz iuntar.
La oración fecha, la missa acabada la an.
Salieron de la eglesia, ya quieren caualgar.
El Cid á donna Ximena ybala á abraçar,
donna Ximena al Cid la manol' va á besar,
lorando de los oios que non sabe que se far,
e él á las ninnas tornolas á catar:
á Dios uos acomiendo, fijas
e á la mugier e al Padre spiritual.
Agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar:
lorando de los oios que non viestes á tal;
asis' parten unos d'otros como la uña de la carne.
Mio Cid con los sos vasallos pensó de caualgar,
á todos esperando la cabeça tornando va.
A tan grand sabor fabló Minaya Alvar Fañez:
Cid, do son vuesos esfuerços?
En buen ora nasquiestes de madre:
pensemos de yr nuestra via, esto sea de vagar:
aún todos estos duelos en goço se tornaran.
Dios que nos dió las almas conseio nos dará.

† Para completar el estudio de lo que falta al *Poema del Cid* en lo referente á la juventud del héroe, puede servir la *Crónica del Cid*, que no ofrece otra novedad sino que el estilo es más rudo; razón por la cual se ha defendido que es anterior, acaso en un cuarto de siglo, al primero de dichos poemas. Esta es también de autor desconocido y alcanza su asunto, como indica su título, á las cosas de España desde la muerte del Rey D. Pelayo hasta don Fernando el Magnánimo. †

† *Poema heroico.* Queremos dar á entender con esta denominación otra clase de trabajos poéticos en los comienzos de la literatura nacional, cuyo asunto no esté tomado de la historia misma que se vive alrededor del poeta, sino de la que se finge y crea por la imaginación artística, ora echando mano á re-

miniscencias de tradición clásica latina, ora de pura invención. A las dos clases de creación pertenece el *Libro de Apolonio*, donde se cuentan las aventuras de este Rey de Tiro y su encuentro con Tarciana, descubriendo que es su hija. Y aunque parece que primitivamente fué escrita esta obra en griego, sólo se conoce la traducción latina. El imitador castellano (anónimo) ha dado al original un aspecto y forma que tiene carácter muy español. — Consta de 2.600 versos alejandrinos, divididos en estrofas de á cuatro. Calcúlase que fué escrito hacia la mitad del siglo XIII como el poema de Alejandro, de que más adelante se hablará. +

En el nombre de Dios e de Santa María,
si ellos me guiassen estudiar querría,
conponer hun romance de meua maestría,
del buen Rey Apolonio e de su maestría;
el Rey Apolonio de Tiro natural
que por las auenturas vistó grant temporal,
commo perdió la fija, e la muger capdal,
commo las cobró amas, ca les fué muy leyal.

+ *Poema religioso.* La otra clase de poesías de autores desconocidos en estos primeros momentos del nacimiento de la lengua castellana, es el poema sagrado, en donde se cuenta la vida real ó legendaria de un santo ó sus milagros. Tres importantes monumentos hay en nuestra literatura de esta primera época anterior al siglo XIII: *La Vida de Santa María Egipciaca, La Adoración de los Santos Reyes* y *Los Reyes Magos*. Se cree por algunos que los tres son anteriores al del Cid; en opinión de otros, de igual época, y probablemente en lo único que no hay duda, es en que todos pertenecen al mismo siglo XII. +

+ *Vida de Santa María Egipciaca.* Es la obra literaria de mayor importancia que se conserva de la época, tanto por su extensión como por su pensamiento. Su asunto es la historia de la Santa y su conversión, habiendo algunos pasajes (como es natural, dada la época), que hoy se tendrían por libres y hasta obscenos. Consta de 1.400 versos desde cinco sílabas hasta doce. El estilo es sencillo y á veces no exento de pasión. +

Oit varones huna razon
en que non ha ssi verdatnon:
escuchat de coraçon
si ayades de Dios perdon.
Toda es ffecha de uerdat,
non ay ren de falssedat.
Todos aquellos que á Dios amaran
estas palabras escucharan;
e los que de Dios non an cura
esta palabra mucho les es dura.

+ *La Adoración de los Santos Reyes.* El asunto de este poema no es la adoración misma de los tres Reyes de Oriente, sino la detención de la Sacra Familia por unos malhechores al huir á Egipto. — Consta de 250 versos, sin medida fija, desde siete sílabas hasta once.+

+ En cuanto á los *Reyes Magos*, es un poema más limitado á su nombre y que no ofrece ninguna singularidad para dedicarle mayor espacio. Entre los pasajes más interesantes, ha de nombrarse aquel en que uno de los Reyes descubre la estrella que los guía anunciándoles el nacimiento del Niño-Dios.+

+Para que se pueda apreciar la transformación lenta que se va gradualmente operando al convertirse la lengua latina en el romance castellano, copiamos algunos modelos á continuación:

Año 780. Per illo rio qui vadit... Damus... duas ecuas, et uno rocino, et una mulla, et tres asinos, et viginti duæ capræ. (*Escritura de fundación del Monasterio de Obona*, Asturias).

» 909. Eclesia que est fundata in ripa de flúmine Durio, de termino Autero de Sellas.

» 922. Cimeteriolo meo que habeo de abolorum meorum.

» 949. Duas capras cum suos filios et duos carneros.

» 973. Mullum, Kavallum, sella, equas, bobes, jugos 6, bakas 20, obes 120, karros 4, sábanas 2.

» 1007. Inter rio de calaveras et rio de...

» 1056. Accepimos de vos in precio 5 eminas de ceuera et uno carnero.

Año 1074. Una mula pro colore amarella, et una asina maurisca, et una kapa vermella.

» 1099. Ovelias, una porca cun suos lectones... una pelle delgata.

» 1110. Hereditet pater ad filium et filium ad pater.

» 1180. Que soltedes elas debdas que devemos dare et isla tertia de la medietate del que morire.

» 1222. E de dos archas doiel la menor... metamos istos ninos en poder del pispo de Palencia e de D. Alfonso que los defendant e amparen...

» 1229. Del entroydo ata la pascua, hi el dia que la feriaren, hayan su moravedí.

» 1233. El pan que avie Monio Rodriguiz, ye las tierras, ye otorgoles ela tertia parte de las debdas que trobamos, fora todas aquelas...

» 1239. Que pertenece al almosna, así que el pan de los pobres que muele hy...

» 1248. «La ley... es dada á los varones como á los moyeres, á los grandes como á los pequennos, á los sabios como á los non sabios, á los fiosdalgo como á los vilanos... e reluz como el sol en defendendo á todos.» (*Traducción del Fuero Juzgo*.

» 1272. D. Esidro nuestro juyz... nuestro Alcalle... que todos sean quitos de todo pecho e facendera.

» 1300. É por rrazon de la guerra... ponemos con vusco que nos dedes... de escudiellas...

Siglo XIII.

Lección 11

Gonzalo de Berceo. El primer nombre de importancia que se encuentra en nuestra literatura á mediados del siglo XIII según unos, y según otros en el primer tercio de esta centuria, es Berceo, clérigo, natural del pueblo de su apellido. — Sus obras pueden considerarse como histórico-religiosas, porque todas ellas revisten ambos caracteres. Las principales son nueve, y todas vienen á constar de unos 13.000 versos. La rima que usa en sus composiciones es la antigua *quadernavia*, ó sea coplas de cuatro versos generalmente de catorce sílabas. — Como ejemplo de su obra *Los Milagros de Nuestra Señora*, copiaremos los siguientes:

Yo maestro Gonzalo de Berceo nomnado
iendo en romería caeci en un prado
verde e bien sencido, de flores bien poblado,
gozar cobdiciaduero para ome cansado.

Daban olor sobeio las flores bien olientes,
refrescaban en ome las caras e las mientes,
manaban cada canto fuentes claras corrientes,
en verano bien frías, en yvierno calientes.

Avie hy grand abondo de buenas arboledas,
milgranos e figueras, peros e manzanedas
e muchas otras fructtas de diversas monedas;
mas non avie ningunas podridas nin acedas.

La verdura del prado, la olor de las flores,
las sombras de los arboles de temprados sabores,
refrescáronme todo e perdí los sudores;
podríe vevir un ome con aquellos olores.

Segura de Astorga. También este poeta, clérigo, es de igual tiempo, y entre otras obras compuso el poema *Alexandro*, que

consta de unos 10.000 versos; y hay quien defiende que de esta composición procede el nombre de «alejandrinos», dado á los versos de catorce sílabas y de dos hemistiquios. — Su asunto es la vida de Alejandro Magno. El autor se inspiró para escribirla en un poema latino compuesto el siglo anterior por cierto prelado flamenco. Todo ello indica que Juan Lorenzo Segura era hombre de vasta instrucción para su tiempo, y erudito conocedor de la Historia y de las literaturas. — Su estilo, aunque menos correcto que el de Berceo, no deja de ser estimable dada la época. Dicho se está que el poema de Alejandro, aunque mezclada la leyenda y desfigurada por la fábula la verdad, pertenece al género épico-histórico. — Ejemplo que puede citarse:

El mes era de mayo, un tiempo glorioso.
cuando facen las aves un solaz deleytoso,
son vestidos los prados de vestido fermoso,
da suspiros la duenna la que non ha esposo.
Tiempo dolce e sabroso por bastir casamientos,
ca lo tempran las flores e los sabrosos vientos:
cantan las doncellas, son muchas á convientos,
facen unas á otras buenos pronunciamientos.
Andan mozas e vieias cobiertas en amores,
van coger por la siesta á los prados las flores:
dicen unas á otras: bonos son los amores;
e aquellos plus tiernos tienense por meiores.

Otros poemas. Otros dos de autores desconocidos pero de igual tiempo, aunque algunos los creen del siglo anterior, son los denominados *de Fernán Gonzalez* ó *Lehendas del conde D. Fernando de Castylla* y el *Poema de Jusuf* ó *de José.* — El asunto del primero, como su nombre indica, son los hechos más ó menos de tradición atribuídos al famoso conde, á cuyo heroismo se debe la independencia castellana contra la dominación sarracena. Es una crónica rimada semejante en todo á las que acabamos de citar, y como ejemplo, transcribiremos el pasaje en que el Diablo, bajo figura de serpiente, viene á sembrar el terror en el campo cristiano:

Vyeron aquella noche una muy fiera cosa;
venye por el aire una sierpe rabyosa,
dando muy fuertes gruytos la fantasma astrosa;
toda venye sangrienta, vermeya como rosa.
Facia ella semblante que ferida venya,
semejaba en los gruytos que el cielo partya,
todos ovyeron miedo que quemarlos venya.
Non ovo ende ninguno asaz tan esforzado
que grant miedo non ovo e non fuese espantado:
cayeron muchos omes en tierra del espanto,
ovyeron muy grand miedo todo el pueblo cruzado.

El segundo de dichos poemas consta de unos 1.200 versos, y como el anterior, se halla incompleto el manucristo; debiendo notarse en él la particularidad de estar escrito en caracteres árabes y lengua castellana, ó lo que es lo mismo, en *aljamía*. — Su estilo, al propio tiempo, es más sencillo y tierno que los anteriores.

Alfonso el Sabio. — El mismo poema que acabamos de nombrar viene á ser como el primer indicio del influjo oriental que ha de experimentar nuestra poesía. Esta influencia se muestra, en primer término, en D. Alfonso X (1221-1284), monarca castellano muy superior á su tiempo y aun á siglos posteriores, que supo resumir en su cultura todos los conocimientos artísticos, literarios y científicos que la civilización había producido. — Puede decirse también, además, que sus antecesores cultivaron predominantemente una poesía erudita, mientras que D. Alfonso desarrolló en sus obras una lengua literaria esencialmente popular. — Es el primer autor, por otra parte, que en nuestra literatura cultiva la prosa á la vez que el verso, y como en todos los ramos del saber, rayó á grande altura, á él se deben numerosas obras que se han agrupado en siete clases: poéticas, orientales, de recreación, histórico-filosóficas, históricas, científicas y jurídicas. Las tres más importantes de la primera sección, son: *Las Cántigas*, el *Libro de las Querellas* y el *Tesoro* ó *Candado*.

— *Las Cántigas.* Su importancia estriba en que es el primer monumento de la literatura regional hispano-galaica. Escribió

esta obra el sabio soberano en 1263. Su asunto es la alabanza de la Virgen Milagrosa. Consta de 401 estrofas de versos exasílabos y de arte mayor, con rimas correctas. Ya en ella se nota el influjo provenzal de los trovadores, que en gran número vienen á nuestro país huyendo de las persecuciones de que eran objeto en el suyo.

Libro de las Querellas. En las siguientes estrofas que se conservan de esta obra se lamenta el autor de las desdichas de su existencia y de la ingratitud de su propio hijo D. Sancho. El ejemplo que más abajo copiamos da claramente á entender qué paso tan extraordinario supone en nuestra literatura la personalidad de D. Alonso, pues las dos estrofas siguientes, escritas en coplas de arte mayor, más parecen del siglo XV que del XIII.

Á ti, Diego Perez Sarmiento, leal
cormano e amigo e firme vasallo
lo que á mios omes por cuita les callo
entiendo dezir plannendo mi mal:
Á ti, que quitaste la tierra e cabdal
por las mias faciendas en Roma e allende,
mi pendola vuela, escocha la dende,
ca grita doliente con fabla mortal.
Cómmo yaz solo el Rey de Castiella
emperador de Alemanna que foé,
aquel que los Reyes besauan el pié
e Reynas pedían limosna e manciella;
aquel que de hueste mantouo en Seviella
diez mil de á cauallo e dobles peones,
aquel que acatado en lejanas naciones
foé por sus *Tablas*, e por su cochiella.

El *Tesoro* ó el *Candado* trata de la piedra filosofal, careciendo del mérito del anterior. Hay quien duda de si efectivamente este libro pertenece á D. Alonso; pero el interés del mismo está, más que en el estilo, en que da en cifra, al final de la composición, el método de hacer aquella preciosa piedra: enigma, sin embargo, que hasta ahora no ha podido aclararse. He aquí algunos versos de dicho poema:

Llegó pues la fama á los mis oidos
quen tierra de Egipto un sabio vivía,
e con su saber oi que facia
natos los casos ca non son venidos;
los astros juzgaba, e aquestos movidos
por disposición del cielo, fallaba
los casos quel tiempo futuro ocultaba,
bien fuesen antes por éste entendidos.

El primer monumento de la prosa castellana creen algunos críticos que es la *Carta de Avilés*, escrita en 1155, pero otros escritores han negado la autenticidad de dicha Carta-Puebla.

En cambio, es á todas luces uno de los primeros trabajos redactados en el habla castellana la traducción del Código visigodo, hecha en tiempos de Fernando III «el Santo», y dado con el nombre de *Fuero Juzgo* á los reinos de Córdoba, Sevilla y Murcia. Si falta originalidad en el pensamiento, en cambio nada más hermoso de expresión por la precisión de los conceptos y por lo levantado de la idea, y porque hay frases dignas de tiempos muy posteriores á los que reseñamos. Como muestra de la estructura de las oraciones y del orden del razonamiento, copiamos las siguientes líneas de la ley 3.ª, título II, libro IV:

Assi cuemo la verdat non es precedida por la mintira, assi se sigue que la mintira non viene de la verdat; ca toda verdat viene de Dios e la mintira viene del diablo, ca el diablo fué siempre mentirero. Et porque cada una destas há su prencipio ¿cuémo deve omme pesquerir la verdat por la mintira?

También de tiempo de dicho rey son las obras tituladas *Flores de Filosofía* y el *Libro de los doce sabios*. El primero se compone de treinta y siete leyes en forma simbólica, como si hablasen otros tantos filósofos como los capítulos que contiene. Su sentido es enteramente español y cristiano, y está dedicado á la educación de los hijos del Santo rey. — La segunda de dichas obras es otro catecismo político y moral del siglo XIII, destinado á servir para enseñanza de los soberanos; y como si doce sabios reunidos en asamblea discutiesen acerca de las cualidades hu-

manas más preeminentes, y especialmente sobre la Nobleza y la Lealtad, nombres que también sirven de título á este libro. — Véanse las siguientes líneas por vía de ejemplo:

Sennor conqueridor, si quieres ganar otras tierras ó comarcas, et las conquerir es tu deseo, et amochiguar la ley de Dios, et de seguir et faser plaser, et dexar al mundo alguna buena memoria et nombradia, primeramente conquiere et soiudga los altos et poderosos; et la tu voz empavoresca al tu pueblo et sea el tu nombre temido; et con esto empavoresceran los tus enemigos...

Volviendo á Alfonso el Sabio, diremos que entre sus principales obras en prosa se cuenta la traducción de *El libro de Calila y Dinna*, acaso del árabe, hebreo ó latín, colección de fábulas recomendando consejos prácticos para la vida, en forma de diálogos, mantenidos por un rey y un filósofo. — El apólogo de Samaniego «La lechera», está tomado de la siguiente fábula de don Alonso, que comienza así:

Disen que un religioso auia cada dia limosna de casa de un mercador rico, pan et miel et manteca et otras cosas de comer, et comia el pan et los otros comeres, et guardaua la miel et la manteca una jarra. Et acaesció que encareció la miel et la manteca. Et estando una vegada asentado en su cama, començo de fablar entre sy, et dixo assy: «Venderé lo que está en esta jarra por tantos maravedís et compraré »por ellos diez cabras...» etcétera.

Otra traducción también es el *Libro de los engaños*, vertido del árabe al castellano á mediados de este mismo siglo XIII por el infante D. Fadrique, bajo la dirección de D. Alfonso; y tomando éste mas ó menos parte, también se trasladaron á nuestro idioma varios trabajos orientales. — Muchos son los libros de astrología que compuso D. Alonso, así como otros sobre los juegos de su tiempo, algunos de cuyos recreos han llegado hasta nuestros días; y, por último, varios relativos á química, matemáticas y mineralogía; pero de éstos, preciso es prescindir para no hacer interminable el análisis de las obras de este autor. — En cuanto á las jurídicas, además de haber concluído la unificación de las legis-

laciones de León y Castilla, comenzada por San Fernando, compuso además el *Fuero Real*, y, por último, el *Libro de las Leyes*, vulgo *Las Siete Partidas*. En el fondo, es una compilación de todo el derecho antiguo romano y aun del *Fuero Juzgo*, con reminiscencias de la legislación extranjera conocida hasta entonces; y en cuanto á la forma, convienen todos los críticos en que es superior á cuanto se escribió desde los comienzos de nuestra literatura hasta la terminación de la primera época, ó sea hasta el siglo XV. — Para modelo, citaremos las siguientes líneas:

Mucho se deben los Reyes guardar de la saña de la ira e de la malquerencia, porque estas son contra las buenas costumbres. E la guarda que deben tomar en si contra la saña es que sean sofridos, de guisa que non les venza, nin se muevan por ella á facer cosa que sea contra derecho; ca lo que con ella ficiesen desta guisa, mas semeiaria venganza, que justicia. E por ende dixeron los sabios, que la saña embarga el corazon del home de manera quel non dexa escojer la verdad. E tanto tuvo el rey David por fuerte cosa la saña, que á Dios mismo dijo en su corazón: Señor cuando fueres sañudo non me quieras reprender, nin seyendo irado, castigar... La ira del rey es mas fuerte e mas dañosa que la de otros homes, porque la puede mas aina complir; por ende debe ser más apercebido quando la oviere en saberla sofrir.

Por lo que hace referencia á las obras históricas, la de mayor importancia, por ser también la más completa hasta su tiempo, es la *Crónica general de España*, desde las primeras tradiciones cristianas hasta la muerte de San Fernando en 1225. Su estilo es sobrio como cuadra á un trabajo de esta índole, elevado de miras, por las reflexiones morales con que va entrelazado, y bello bajo el punto de vista literario, por el carácter épico que tiene toda esta parte de la vida de nuestra patria, y, en fin, muy digno de notar el sentido verdaderamente tolerante é imparcial del historiador, que, por cierto, no siempre ha sido imitado por sus continuadores en siglos recientes. — Frases en que Bernardo del Carpio, luego de descubrir á su padre encarcelado, pide al rey su libertad:

E Bernaldo cuando supo que su padre era preso, pesol mucho de corazon: e bolviósele la sangre en el cuerpo, e fuese para su posada faziendo el mayor duelo del mundo, e vistióse paños de duelo: e fuese para el rey D. Alfonso. E el Rey cuando lo vido, dixol: «Bernaldo, »¿por aventura cobdiciades la muerte mia?» Por que Bernaldo siempre tuvo fasta aqui que era fijo del rey D. Alfonso. E Bernaldo le dixo: «Señor, non querie yo vuestra muerte, mas he muy grande pesar, por- »que mi padre, el conde D. Sandias, yace en prisión, e pidovos por »merced que me lo mandedes dar...»

Basta considerar en conjunto la obra de Alfonso X para comprender hasta qué punto debe estimarse al sabio monarca, no sólo como uno de los escritores más fecundos de la literatura nacional, si que también como acaso el principal de nuestros enciclopedistas.

No haremos mención sino muy de pasada de las obras de **don Sancho el Bravo,** ó á él atribuídas, porque las más importantes no son suyas, sino hechas bajo su dirección; como, por ejemplo, la que tradujo el Maestre Alfonso de Paredes con el nombre de *Libro del Tesoro* original del afamado maestro del Dante.—En cuanto al *Libro de los Castigos,* escrito por D. Sancho en 1292, tres años antes de su muerte, está dedicado á la educación de su hijo Fernando. En él le da consejos ora tomados de los apólogos orientales, ora de los refranes populares, ora de las máximas del Evangelio. He aquí una muestra:

Sanan las cuchilladas, mas non las malas palabras.—«Contescio a un ome con con un leon que criara de pequenno en su casa, que un dia por sanna que ovo del, sacó su espada et dióle una gran ferida en la cabeza, et en dandole, denostole desiendole: Ve, mala bestia fiera, enponzoñada, que muy mal te fiede el fuelgo que te ssale por la boca...», etc. (La conclusión del apólogo se refiere á que el león se fué al oir esto al monte, y que al cabo de mucho tiempo su dueño, estando en dicho monte, se lo encontró y le dijo que por qué se había ido, que volviese con él; á lo cual replicó el león:) «Ya non puede sser: que de la espadada que me diste yo ero bien sano; mas de las palabras que me dixieste nunca jamás sannaré...», etc. *Por ende fijo mio, para mientes et comide bien sobre la palabra que dixieres ante que la digas...»* etc.

Siglo XIV.

Debe empezarse el estudio de este siglo por el infante **D. Juan Manuel,** nieto de San Fernando y sobrino de Alfonso X, que sirvió á Fernando IV y á Alonso XI. Su mérito extraordinario consiste en que enmedio de la ruda barbarie de que alardeaban los soldados de su tiempo, él, sin desdeñar las glorias de la espada, consagró á las excelsitudes de la pluma gran parte de su existencia. La obra más conocida y tal vez más notable, entre las catorce suyas que se citan, es el *Conde de Lucanor,* ingeniosa filosofía al estilo de los escritos de su tiempo, en que se supone que careciendo el protagonista de las luces y dotes adecuadas para el gobierno propio y ajeno, coloca á su lado á Patronio, que le aconseja la sana doctrina práctica para la vida, mediante 49 apólogos ó ejemplos. Las cualidades del Infante pueden notarse en la manera de exornar las antedichas fábulas con ejemplos en verso, como el que sigue, y de prosa como la que también se copia.

Por falso dicho de ome mentiroso
non pierdas el amigo provechoso.
Non aventures mucho tu riqueza
por consejo del home que ha pobreza.

—

I cuando Ferrán-González era en Búrgos, e habia pasado muchos trabajos por defender su tierra; e una vez que habia ya más en sosiego, e en paz díjole Nuño Laínez: que seria bien que de ahí en adelante, que non se metiese en tantos ruidos, e que folgase él e que dejase folgar á la gente; á lo que repuso, que á hombre del mundo no placería más que á él, folgar e estar vicioso, si pudiese, mas que bien sabía que habia guerra con los moros e con los leoneses e con los navarros; e que si quisiese mucho folgar, los sus contrarios luego serían contra ellos. E que si quisiese andar á caza e con buenas aves por Arlanza,

ayuso e arriba e en buenas mulas gordas e dejar de defender la tierra, que bien lo podian facer; mas que le conteceria, como diceel proverbio antiguo: *murió el hombre e murió su nombre*. Mas si quisiesemos olvidar los vicios, e facer mucho por nos defender e llevar nuestro honor adelante, dirán por nos después que muriesemos, *murió el hombre, mas non su nombre*.

Su perdido *Libro de los Cantares* hubiera confirmado la nota de poeta que se le reconoce en las pocas muestras que de él quedan.

Juan Ruíz. Comúnmente llamado «el Arcipreste de Hita», floreció hacia mediados del siglo XIV, en el reinado de Alonso XI. Su genio, verdaderamenté singular, le llevó al cultivo de todas las formas hasta él empleadas en la literatura; y entre otras obras, compuso su famoso *Libro de los cantares*, que consta de 7.000 versos, y en donde se mezclan alegorías, asuntos eróticos, sátiras, cuentos, proverbios y hasta devociones. Su trabajo le valió ser encarcelado de orden del Arzobispo de Toledo por espacio de tres años, á causa de lo que dijo del poder del dinero, con el cual suponía se pudiese comprar hasta la salvación eterna. El estilo del Arcipreste recorre todas las formas, empleando gran número de combinaciones métricas y de versos de distinta medida; y entre otras cualidades notables, puede atribuírsele la de ser el introductor en nuestra patria del género satírico y del pastoril. — Para muestra de su lenguaje y modo de discurrir, que llega hasta lo cáustico, transcribiremos los los siguientes trozos. En el primero se implora el favor de Venus para con una dama, y en el segundo, responde Venus:

Señora doña Venus, muger de don Amor,
noble dueña, omillome yo vuestro servidor:
de todas cosas sodes vos el Amor señor,
todos os obedescen como á su facedor.
Reyes, duques e condes, e toda criatura
vos temen e vos sirven como á vuestra fechura,
cumplid los mios deseos, e dadme dicha e ventura;
non me seades escasa, nin esquiva, nin dura:
só ferido e llagado, de un dardo só perdido,

en el corazón lo trayo encerrado e escondido;
non oso mostrar la laga, matarme há si la olvido,
e aun desir non oso el nombre de quien me ha ferido, etc.

—

Toda muger que mucho otea, ó es risueña,
dil' sin miedo tus cuitas, non te embargue vergüeña,
apenas de mil una te desprecio...
Si la primera onda de la mar ayrada
espantase al marinero cuando viene turbada,
nunca en la mar entrarie con su nave ferrada;
non te espante la dueña la primera vegada.
Con arte se quebrantan los corazones duros,
tomanse las cibdades, derríbanse los muros,
caen las torres altas, alzanse pesos duros,
por arte juran muchos, por arte son perjuros.

Pero López de Ayala (1332-1407). Ejerció cargos importantes en tiempo de cuatro monarcas, siendo cronista sucesivamente de Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III. Como poeta, escribió su famoso *Rimado de Palacio,* hizo traducir á Tito Livio, y aunque no puede compararse á los otros autores mencionados de su tiempo, no carece de personalidad bastante saliente para dejar de ser citado aquí. Es el *Rimado* un poema didáctico-moral donde se dan instrucciones á los soberanos sobre sus deberes. — Consta de 1.609 estrofas en diversidad de metros, cruzando á veces los consonantes. — He aquí algunos versos de los que él llama *cantares:*

Sennora, estrella lusiente
que á todo el mundo guia,
guia á este tu seruiente
que su alma en ti fia.
A canela bien oliente
eres sennora comparada,
de la tierra del oriente
es olor muy apreciada.
A ti fas clamor la gente,
en sus cuytas todavia
quien por pecador se siente,
llamando Santa María.

Por último, el poema histórico titulado *de Alfonso XI,* llamado *Crónica en coplas ó redondillas,* que canta la vida y hazañas de este monarca, consta de 2.455 estrofas (incompleto) de arte

menor; parece indudable que es original de Rodrigo Yáñez. — A continuación damos la muestra en que se comprueba esta aseveración.

La profecía conté
e tomé en decir llano:
Yo Rodrigo Yannes la noté
en lenguaje castellano.

El *Poema de Fernan-Gonzalez ó Crónica de los reinos antiguos*, es de autor desconocido, y cuenta los hechos heroicos que el pueblo atribuía á su primer Conde. Esta composición no ha de confundirse con la antes citada, aunque su asunto sea el mismo. Copiaremos, para ver la estructura de su versificación, una quintilla:

Almançor, rey poderoso
príncipe de aquendel mar
con yra fuerte, furioso
et gente mucha, acucioso
vino á Castiella estragar.

Para terminar el resumen del siglo XIV, se debe hacer mención, aunque sea ligerísima, de los influjos que aparecen en nuestras letras, á saber: la influencia provenzal y la italiana. Entre los representantes de la primera, debe citarse el nombre de **Pedro Ferrús,** trovador que florece en la época de Pedro I, alcanzando también á Enrique II, y que es elogiado por el marqués de Santillana. Y entre los representantes de la segunda, debe asimismo nombrarse á Micer **Francisco Imperial,** imitador á su vez de la poesía del Dante, de quien se declara discípulo. En realidad, es acaso el primero en introducir en nuestra métrica la forma del endecasílabo italiano, así como más adelante introduce el verso esdrújulo italiano también Cairasco de Figueroa.—El influjo de la poesía del maestro florentino, y más tarde de otros poetas italianos, se debe en parte muy principal á la creación española del Colegio de Bolonia, fundado en este siglo, y á donde acuden escolares españoles que van á perfeccionar sus estudios en aquella famosa universidad.

D. Gil Carrillo de Albornoz (1300-1367). Acabamos de hablar del Colegio de Bolonia, y su fundador es precisamente este célebre Cardenal, hijo de Cuenca, y descendiente de las ilustres familias de los reyes de León y de Aragón, tan sabio jurisperito como hombre de Estado y valeroso capitán. Sirvió á D. Alonso XI, y huyó á Italia por la enemistad de D. Pedro «el Cruel», que le confiscó sus bienes. Si en Tarifa mostró su valor, lo confirmó cien veces en Italia guerreando por el Papa. — Para educación de la juventud de España y Portugal, fundó el Colegio de San Clemente (que aún hoy existe), donde estudiaron, á través de los tiempos, hombres insignes. — Escribió D. Gil, entre otros trabajos, las *Constituciones* de la Marca Anconetana y las Pandectas, que llevan su nombre *(Pandectas Egidianas)*, muy estimadas en España, y citadas como modelo de Derecho en su género por distinguidos publicistas.

Por último, las *Crónicas* más renombradas de este siglo, son las de **Juan Sánchez de Tovar,** que las escribe de tres distintos reinados, y que alcanzan desde 1252 á 1312. La mejor de todas las suyas, ó que pasan por serlo, es la *Crónica de Alfonso XI*, de la cual tomamos estos renglones:

Contando las cosas de esta batalla que fué cerca de Tarifa, como este rrey D. Alfonso de Castiella et de Leon que la venció, non ovo tiempo para se apercibir, nin para poder llamar algunas gentes de otros regnos, nin fuesen a esta batalla con él sinon los de su señorio et aquellas pocas gentes que la estoria ha contado que traxo el rrey de Portugal; ca magüer que el Papa le auia otorgado la cruzada para esta guerra en los rregnos de Aragon et de Catalueña et en el regno de Mallorca, non venieron del regno de Aragon, sinon un cauallero quel'dixceron Gonçalo Garcia, fijo de D. Gonçalo Garcia, et del regno de Mallorca, dos escuderos que murieron en la batalla.

Siglo XV.

En realidad, en esta centuria comienza el verdadero desarrollo de nuestra literatura, pudiéndose decir que es el momento culminante en que llega á la plenitud de sus fuerzas, en una juventud lozana y vigorosa. — El cultivo de las musas, lo mismo que el desenvolvimiento de la prosa, se debe en gran parte á los influjos citados. Y la corte de **D. Juan II** ofrece el aspecto de una universidad, en donde todos estudian, componen y trabajan. — El mismo Rey da muestras de su ingenio, sobre todo en poesías amorosas, como se prueba con las siguientes:

Si quieres por despedida
darme muerte dolorida,
bastará que la mi vida
reciba cuytas asaz.

Pues que tú matas á mi
por tant como te serví,
en tomar muerte por tí
non sabes cuanto me plaz.

D. Alvaro de Luna, como poeta, llega en sus atrevidas figuras á decir, hablando de una dama:

Si Dios, nuestro Salvador,
ovier de tomar amiga,
fuera mi competidor.

Como prosista, muestra dotes excepcionales en su tratado de las *Virtuosas mugeres,* donde se analizan, en primer término, las de la Biblia; en segundo, las gentílicas, y en tercer lugar, las más renombradas de la cristiandad.

Alonso de Cartagena, prosista y poeta afamado, á pesar de su carácter de prelado, cultiva la musa erótica en la forma siguiente:

Que alumbra, que ciega, | que ciega, que alumbra,
al triste constante | que amar le es forçoso;
que agora lo abaxa | e luego lo encumbra
e agora lo alegra | e fase lloroso, etc.

Escribe en latín algunas de sus obras, y las vierte después al romance; y siguiendo el ejemplo de otros autores de su siglo, traduce á Cicerón y Séneca; y por no dejar de cultivar ningún género literario, también en la Historia tiene un resumen general que titula *Anacephalosis*. Para juzgar de su estilo en prosa, copiaremos las siguientes palabras del *Oracional* de Fernán Pérez:

Por ende, noble et discreto varon, sy en algunas otras qüestiones os respondi en lengua latina flaca, e rústicamente compuesta, aún agora más llano quiero ser respondiéndovos en nuestro romance, en que fablan así caballeros como omes de pié et assy científicos como los que nada ó poco sabemos.

Si los primeros albores del teatro ó por lo menos de las formas propias de la dramática, se encuentran en *La danza de la muerte*, antes nombrada, en la corte de D. Juan II, y organizadas por don Alvaro de Luna, se celebran fiestas en Tordesillas con representaciones teatrales; y si en la *Comedieta de Ponza*, de que se habla más adelante, están los primeros alientos de la escena, en los entremeses, misterios, farsas y momos que se ejecutan en esta corte de poetas, salva el arte dramático los primeros pasos para salir de su infancia. Es el siglo XV, como antes hemos indicado, de carácter sintético, bajo el punto de vista literario, pues se cultivan en él todos y cada uno de los géneros, además de nacer dos manifestaciones altísimas de la Literatura nacional, cuales son los Romances y los Libros de Caballería.

El Marqués de Villena (1384-1434). Personalidad más saliente D. Enrique de Aragón que las anteriores, basta conocer el nombre de sus obras para comprender que cultivó todos las letras y formas del saber acumulado hasta su tiempo; y la Historia y la Filosofía, la Medicina y la Química, las Ciencias naturales, las Matemáticas y la Poesía, todo entró á formar parte de su obra

colosal (incluso la oratoria), que, como es sabido, se perdió, porque la ignorancia de su tiempo, personificada en el fanatismo de Fr. Lope Barrientos, hizo que se quemaran todas sus obras á poco de morir. — Emparentado con las dos casas reinantes á la sazón en Aragón y Castilla, influyó en una y otra corte, creando en Zaragoza el *Consistorio de la Gaya Ciencia*, que se disponía poco antes de su muerte á reproducir en Castilla; de modo que, por sus dotes excepcionales y el cultivo de todas las ciencias y artes, puede comparársele con el Rey Sabio. También escribió, lo mismo que dicho soberano, en otra lengua que la suya, pues su novela *Los doce trabajos de Hércules* estaba primero en catalán y traducida luego al romance castellano. — Para indicar someramente algo de su estilo, trasladaremos aquí la traducción, en prosa castellana, de la *Eneida*, de Virgilio, que principia así:

Yo, Virgilio, en versos cuento los fechos de armas y las virtudes de aquel varon, que partido de la troyana region y ciudat, fuidizo vino primero por fatal influencia á las de Italia partes, á los puertos, si quier riberas ó fines del reino de Lavinia; por muchas tierras y mares aquel trabajado, siquier traido, afanosamente por la fuerza de los Dioses, mayormente por la ira recordante de la cruel Juno, el cual pasó muchos peligros, y padeció muchas afrentas en batallas, en tanto que se disponía la edificación de la romana ciudat, y se introducía la religion de los Dioses en Italia.

La forma afectada de este trabajo, copia precisamente el mal gusto que en los traductores empezó á manifestarse por querer reproducir en nuestra lengua los giros de la latina. Tal era la pasión por el conocimiento de los clásicos en este renacimiento español, que únicamente puede compararse con el número verdaderamente fabuloso de escritores que encierra el siglo XV, y buena prueba son de ello las recopilaciones hechas en el promedio del siglo actual y en el XVI, con lo que parece que no había persona medianamente instruída que dejase de ser poeta.

Pero las personalidades verdaderamente salientes y dignas de la posteridad son contadas, y de ellas seguiremos hablando ligerísimamente, citando ante todo al **Marqués de Santillana**

(1398-1458). Discípulo y admirador del de Villena, siguió cultivando también distintas ramas de la literatura (la oratoria inclusive), y dedicó un canto fúnebre á su maestro, al propio tiempo que escribía una Historia de la poesía muy completa. Picado D. Iñigo López de Mendoza del defecto de la ingeniosidad y la agudeza, desluce su estilo con esta manera de escribir. El influjo de la poesía provenzal é italiana en sus obras es manifiesto, y lo demuestra el haber sido precisamente él quien trajo el soneto á nuestra métrica que, como es sabido, es forma completamente italiana. En la misma *Comedieta de Ponza,* escrita en 120 octavas de arte mayor, imita al Dante, y aunque no se pueda considerar este poema como propiamente dramático, ya contiene elementos escénicos. En él se canta el desastre de la armada aragonesa en Gaeta, y la prisión de Alfonso V con sus hermanos.—Como muestra de su lenguaje sonoro y sencillo, damos dos estrofas, así como parte de la tan conocida *Vaquera de la Finojosa:*

Mas yo á ti sola me place llamar,
oh cítara dulce mas que la de Orfeo;
que tu sola ayuda, no dudo, mas creo,
mi rústica mano podrá ministrar!
Oh biblioteca de moral cantar,
fuente melíflua de magna eloquencia.
infunde tu grande y sacra prudencia
en mí, porque pueda tu planto esplicar!
A tiempo á la hora suso memorado,
así como niño que sacan de cuna,
no sé falsamente ó si por fortuna
me ví todo solo al pié de un collado
selvático, espeso, lexano á poblado,
agreste, desierto e tan espantable,
que temo vergüenza, no siendo culpable,
cuando por estenso lo abré recontado.

—

Moza tan fermosa
non vi en la frontera.
como una vaquera
de la Finojosa.

Faciendo la via
de Calataveño
á Santa Maria,
vencido del sueño
por tierra fragosa,
perdí la carrera
do vi la vaquera
de la Finojosa.

En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,
la vi tan fermosa
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.

Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa,
si antes supiera
daquella vaquera
de la Finojosa.

Non tanto mirara
su mucha beldad
porque me dexara
en mi libertad;
mas dixe: donosa,
por saber quien era
aquella vaquera
de la Finojosa.

También como prosista, el Marqués de Santillana figura entre los más distinguidos de su tiempo, como se prueba por su *Lamentación profética de la segunda destrucción de España.*

Es famoso en el siglo XV como prosista **Alfonso de Madrigal,** obispo de Ávila, gloria y prez de la universidad salmantina y escritor de asombrosa fecundidad, con una erudición tan vasta para su tiempo, que causó maravilla, no sólo entonces, sino en el porvenir. Es conocido en la Historia y en la tradición popular por su sobrenombre de «El Tostado». Gran número de sus trabajos los escribió en latín, y otros muchos en romance; tradujo de los clásicos, singularmente Aristóteles y nuestro Séneca. — Para tener una idea de su estilo, transcribiremos algunas líneas de la *Suma de confesión:*

Yerran los que adoran las ymágenes, que no tienen en sy virtud alguna mas que las piedras e maderas del campo como sean fechas de manos de ombres. Mas son puestas por remenbrança de las cosas passadas, porque los simples, los cuales non cognocen las cosas passadas, cognoscanlas por ymágenes pintadas.

Juan de Mena (1411-1454). Hijo de Córdoba é influído como el anterior por la poesía italiana, toma como modelo á Dante, á quien estudió lo mismo que á los grandes maestros italianos durante su estancia en Roma, en donde completó su educación, comenzada en Salamanca. Cronista del rey y de gran imaginación, compuso, entre otras obras importantes, *El Laberinto*, en el cual se traza en forma alegórica la vida humana á través de los siglos, ensalzando las grandes hazañas y anatematizando el crimen. Este poema alegórico, con todos sus defectos, no se halla exento de bellezas, aunque la monotonía de sus 300 coplas haga penosa su lectura. El rey quiso que completase su trabajo añadiendo otras 65 estrofas, una para cada día del año, pero el autor no llegó á escribir sino 24 más. — Además de *El Laberinto*, compuso otros dos poemas titulados *La Coronación* y *El diálogo de los siete pecados mortales*. — El trozo que se cita como uno de los más hermosos del poema, es el en que se pinta el dolor de la madre de Lorenzo Dávalos ante el cadáver de su hijo:

Bien se mostraba ser madre en el duelo
que fizo la triste despues que ya vido
el cuerpo en las andas sangriento, tendido,
de aquel que criara con tanto desvelo:
ofende con dichos crueles al cielo,
con nuevos dolores su flaca salud,
y tantas angustias roban su virtud
que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
hiere sus pechos con mesura poca;
besando á su fijo la su fria boca
maldice las manos de quien lo matara;
maldice la guerra do se comenzara,
busca con ira crueles querellas,
niega á si misma reparo de aquellas,
y tal como muerta, viviendo, se para.
Decia llorando con lengua rabiosa:
ó matador de mi fijo cruel,
mataras á mi, dexaras á él,

que fuera enemiga no tan porfiosa:
fuera á la madre muy mas digna cosa,
para quien mata llevar menos cargo
y no te mostraras á él tan amargo,
ni triste dexaras á mi querellosa.
Si antes la muerte me fuera ya dada,
cerrara mi fijo con estas sus manos
mis ojos delante de los sus hermanos,
e yo no muriera mas de una vegada;
moriré asi muchas desaventurada,
que solo padezco lavar las feridas
con lágrimas tristes e non gradescidas,
magüer que lloradas por madre cuitada.

Siguen varios poetas y escritores de segundo orden las escuelas alegórica-italiana, provenzal-cortesana ó erudita, y la didáctica, genuínamente española, á los cuales no hemos de citar, no por carecer de importancia, sino porque se haría interminable nuestro trabajo. En cambio, como de primer orden, á pesar de que la crítica alguna vez lo ha desdeñado, ha de nombrarse á † **Jorge Manrique** (1440-1479). De la familia distinguida del Marqués de Santillana, soldado y escritor como otros magnates de su tiempo, debió indudablemente conocer las manifestaciones poéticas, no sólo clásicas en que se educara, si que también las de la literatura oriental. No habría pasado ciertamente á la posteridad á pesar de esto su nombre, si entre sus obras no hubiese figurado la famosa *Elegía* conocida vulgarmente con el nombre de «coplas de pie quebrado», que escribió «á la muerte de su padre». En nuestra opinión, creemos que no son enteramente originales, inclinándonos á asegurar que se las inspiró cierta composición análoga del poeta rondeño Abul-Beka. — He aquí algunas de sus estrofas que, por la galanura del lenguaje y el gran progreso que supone en la lengua, son dignas de figurar entre las joyas de la literatura pátria. — Estos versos fueron traducidos al latín, cosa rara en aquella época, y además se glosaron é imitaron por varios contemporáneos del autor: †

Recuerde el alma adormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando.
Cuán presto se va el placer,
cómo despues de acordado
da dolor:
cómo, á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Los placeres y dulzores
desta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores,
y la muerte es la celada
en que caemos?
No mirando á nuestro daño,
corremos á rienda suelta
sin parar:
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

. . . . . .

Nuestras vidas son los ríos
que van á dar en la mar,
que es el morir:
allí van los señoríos
derechos á se acabar
y consumir;
allí los ríos caudales,
allí los otros medianos
y más chicos,
allegados son iguales
los que viven de sus manos
y los ricos.

. . . . . .

¿Qué se fizo el rey don Juan?
¿los infantes de Aragon,
qué se fizieron?
¿Qué fué de tanto galán?
¿qué fué de tanta invención
como trujeron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿qué fueron, sino verduras
de las eras?

En el mismo estilo alegórico que cultivó Juan de Mena, é influído por tanto de la literatura italiano-dantesca, aparece **Juan de Padilla,** llamado vulgarmente «El Cartujano», que nació en 1468. Mezcla el sentido pagano con el cristiano, y sus obras son una reminiscencia de la *Eneida* y de la *Divina Comedia* á la vez. — Su más notable trabajo en el género mismo que nos ocupa, es *Los doce triunfos de los Apóstoles;* y copiaremos de él algunos versos en que se describe una tempestad, donde se nota cómo enriquece el hasta entonces pobre diccionario de la lengua:

En partes diversas | las ondas infladas
se quiebran, luchando | los rígidos vientos;
conmoven las aguas | los hondos cimientos

y con las arenas | se muestran mezcladas;
rotas las velas | y más desplegadas
del coz y boneta | con sombra de viento,
corría la nave | por el sota-vento;
las placas enteras | del todo quebradas
y más el timón | por mayor detrimento.

+ **Juan de la Encina** (1468-1534), que nació y estudió en Salamanca, escribió muchas obras poéticas, entre las que deben citarse el *Triunfo de la Fama* y *Glorias de Castilla*, donde constan las hazañas de los Reyes Católicos hasta la conquista de Granada.— Vivió en Roma, haciéndose allí sacerdote, protegido por León X; fué maestro de la capilla pontificia, y habiendo visitado los Santos Lugares de Jerusalén, escribió á la vuelta de su peregrinación bajo el nombre de *Tribajia*. Además, compuso doce obras, que él mismo llamó *representaciones*, y que pueden ser tenidas como los primeros pasos del teatro profano, aunque en otras sigue el corte de los *Misterios*, como composiciones dramáticas sagradas. — Para mostrar su estro, trasladaremos algo de lo que habla el amor en una de sus *Églogas*: +

Yo pongo y quito esperanza,
yo pongo y quito cadena,
yo doy gloria, yo doy pena
sin holganza;
yo firmeza, yo mudanza,
yo deleites, yo tristuras
y amarguras,
sospechas, celos, recelos;
yo, consuelo, y desconsuelos,
yo ventura y desventuras.
Doy dichosa y triste suerte.
doy trabajo y doy descanso,
yo soy fiero y yo soy manso,
yo soy fuerte;
yo doy vida, yo doy muerte;
y cebo los corazones
de pasiones,
de suspiros y cuidados;
yo sostengo los penados,
esperando galardones.
. . . . . .
Hago de dos voluntades
una mesma voluntad;
renuevo con novedad
las edades,
y ageno las libertades;
si quiero, pongo en concordia
y en discordia;
mando lo bueno y lo malo;
yo tengo el mando y el palo,
crueldad y misericordia.
. . . . . .

Excepto *Fileno y Zambardo*, todas sus *Églogas* están escritas en versos cortos; mas para ejemplo de sus coplas de arte mayor, transcribiremos una estrofa:

La sierpe y el tigre, el oso y leon
á quien la natura produjo feroces,
por uso de tiempo conocen las voces
de quien los gobierna, y humildes le son;
mas ésta, do nunca moró compasión,
aunque la sigo despues que soy hombre
y soy hecho ronco, llamando su nombre
ni me oye, ni muestra sentir compasión.

Contemporáneo del anterior es **Lucas Fernández,** llamado por un crítico moderno «el Calderón del tiempo de los Reyes Católicos». Sus principales obras son seis, que llama su autor comedias y cuasi comedias. — En una de las últimas, *El Amor* habla así:

Es Amor transformación
del que ama en lo amado,
de lo amado es transformado
al amante en afición.
Es el peso puesto en fiel;
Es nivel
que hace ser dos cosas una.....
Es dulce panal, que en él
cera y miel
se contiene sin repuna.

La poesía satírica empieza á mostrarse en la época de Enrique IV señaladamente; en la cual época, no atreviéndose la opinión pública á manifestarse en armas y revueltas, lo hacía, dada la depravación de la corte, por medio del ingenio mordaz de sus poetas. Aparece en las coplas populares un cierto sentido nuevo de poesía bucólica, como ocurre con los versos de «Mingo Revulgo», atribuídos por algunos á Fernando del Pulgar, y por otros á **Rodrigo de Cota.** El pueblo está personificado en las mismas, por Mingo Revulgo (ó Domingo Vulgo) y Gil Arribato (ó sea el adivino que está arriba), ambos pastores. Uno pregunta á otro las causas de su abatimiento, y el segundo responde que es ver cómo abandona el pastor su hato, dejando que entren lobos en el redil:

todo lo cual es una sátira sobre la vida de la corte, como se prueba por los siguientes versos que aluden á D. Enrique:

¿Sabes..... sabes?..... el modorrro
allá, donde se anda á grillos
burlan de él los mozalvillos
que andan con él en el corro.
Armanle mil guadramañas;
uno l' pela las pestañas;
otro l' pela los cabellos.....
¡Así se pierde tras ellos, etc.

En la forma dramática ya se muestran los poetas del tiempo algo más correctos, como puede notarse en los versos del *Diálago entre el amor y el viejo*, atribuídos también á Rodrigo de Cota:

Viejo.

Cerrada estaba mi puerta:
¿á qué vienes, por do entraste?
Dí, ladrón: ¿por qué saltaste
las paredes de mi huerta?
Si la edad y la razón
ya de tí me han libertado,
deja el pobre corazón
retirado en su rincón
contemplar cuál le has parado.
La beldad de este jardín
ya no temo que la halles,
ni las ordenadas calles,
ni los muros de jazmín,
ni los arroyos corrientes
de vivas aguas potables,
ni las albercas y fuentes,
ni las aves producientes
los cantos tan consolables.
Ya la casa se deshizo
de sutil labor extraña,
y tornóse esta cabaña
de cañuelas de carrizo.
De los frutos hice truecos
por escaparme de tí,
por aquellos troncos secos,
carcomidos, todos huecos,
que parescen cerca mí.
.....

Amor.

Comunmente todavía
han los viejos un vecino
enconado, muy malino,
gobernado en sangre fría:
llámase melancolía.
.....
Donde mora este maldito
no jamás hay alegría,
ni honor, ni cortesía,
ni ningún buen apetito;
pero donde yo me llego
todo mal y pena quito:
de los hielos saco fuego,
y á los viejos meto en juego,
y á los muertos resucito.
.....
Yo compongo las canciones,
yo la música suave,
yo demuestro al que no sabe
las sutiles invenciones;

yo fago volar mis llamas
por lo bueno y por lo malo:
yo fago servir las damas,
yo las perfumadas camas.
golosinas y regalo.
Visito los pobrecillos,
huello las casas reales, etc.
.....

En estos siglos XIV y XV laten los primeros vagidos del teatro nacional; y á consecuencia de los espectáculos poco piadosos que venían celebrándose en el género religioso, aunque en estilo un tanto profano, dentro de los templos, se dictan repetidos decretos contra tales representaciones, dando el golpe de gracia á la dramática «litúrgica», pero siendo altamente ventajosa la prohibición para la fundación del teatro profano. El concilio de Aranda de 1472 es uno de los que ponen coto á las demasías en las iglesias. —Rodrigo de Cota vivió hacia fines del reinado de D. Enrique IV de Castilla, y aunque no se le puede reputar como padre de nuestra dramática, es lo cierto que su obra titulada *La Celestina* pone los cimientos para nuestra escena, ya que no en la parte de representación, en la referente á la distribución del asunto y á la forma dialogada en que está escrita. —No es sólo bajo este punto de vista verdaderamente digna de consideración especial, si que también merece la justa fama en que va envuelta, la corrección de su lenguaje, la gallardía de sus locuciones, la amplitud de su estilo, las galas de la imaginación y la lozana frescura con que campea en ella el habla de Castilla.

Con razón es tenida la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* (título también de *La Celestina*), por uno de los monumentos más importantes de la literatura nacional. Y aunque envuelto en sombras alguno de los extremos que á sus autores se refieren, parece fuera de duda que de los 21 actos de que consta, es sólo el primero original de Rodrigo de Cota, y los 20 restantes del Bachiller **Fernando de Rojas,** natural de Montalbán. — El asunto de *La Celestina*, puede resumirse en las siguientes palabras:

Calixto y Melibea son dos jóvenes de buena familia; aquél quiere ciegamente á ésta, mas no puede verla por estorbárselo la vigilancia de los padres. Aunque pudiera pedirla en matrimonio, se vale de una tercera llamada Celestina, que logra seducirla, em-

pleando conjuros y corrompiendo á los criados. Triunfa Calixto de Melibea. Síguese á esto multitud de trances cada vez más trágicos. Celestina muere á manos de los criados de Calixto por no querer partir con ellos sus ganancias. Calixto, en una de sus nocturnas visitas á Melibea, cae de una escala y muere. Melibea confiesa su culpa y se arroja desde un terrado á vista de sus padres.

Por el estudio de caracteres, además, por lo genuínamente español de todos los tipos, por la maestría con que se pintan las costumbres, y por la filosofía tan profunda como picaresca y graciosa, que después ha de seguir siendo el nervio íntimo de nuestros grandes escritores, merece figurar en realidad la obra de Cota y Rojas entre las más admirables que ha producido el ingenio nacional. Con razón calificó Cervantes de *divino* á este libro, *si ocultase más lo humano.* — He aquí ahora en extracto una ligerísima muestra de su estilo en la siguiente escena, donde la taimada vieja, que ha llegado á ser tipo clásico en nuestro lenguaje usual, comienza á seducir á Melibea:

Celestina.—Pues si tú me das licencia, diré la necesidad y causa de mi venida.

Melibea.—Di, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de buen grado lo haré por el pasado conoscimiento y vecindad, que pone obligación á los buenos.

Celestina.—¿Mías, señora? antes ajenas, como tengo dicho; que las mías de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo; que con mi pobreza jamas me faltó, gracias á Dios, una blanca para pan y cuatro para vino, despues que enviudé: que ántes no tenía yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba en un cuero en mi casa: uno lleno y otro vacío. Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y dos docenas de sorbos por amor de la madre tras cada sopa. Agora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo ¡mal pecado! me lo traen que no cabe dos azumbres; seis veces al día tengo de salir por mi pecado con mis canas á cuestas á le henchir á la taberna. Ha venido esto, señora, por lo que decia de las ajenas necesidades y no mías.

Melibea.—Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

Celestina.—Doncella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con

esta pobre vieja, me dan osadía á te lo decir. Yo dejo un enfermo á la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida, que la lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, segun la mucha devoción tiene en tu gentileza.

Melibea.—Vieja honrada, no te entiendo, si más no me declaras tu demanda; no cese tu petición por empacho ni temor.

Celestina.—El temor perdí, mirando, señora, tu beldad; que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos más perfectos que otros, más dotados de gracias, más hermosas facciones, sino para hacerlos almacén de virtudes, de misericordia, de compasión, ministros de sus mercedes y dádivas, como á tí.

Melibea.—Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es ese doliente.

Celestina.—Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentil hombre, de clara sangre, que llaman Calixto.

Melibea.—¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más; no pases adelante. ¿Es ese el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda, por quien has dado tan dañados pasos, desvergonzada, barbuda? ¿Qué, qué siente ese perdido, que con tanta pasión vienes? De locura será su mal. Quemada seas... falsa, hechicera, enemiga de la honestidad, causadora de secretos yerros. ¡Jesú, Jesú, quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo!

Celestina.—(En hora mala vine acá, si me falta mi conjuro. Ea pues, bien sé á quién digo. Ce, hermano, que se va todo á perder.)

Melibea.—¿Aun hablas entre dientes delante de mí para acrescentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Querrías condenar mi honestidad por dar vida á un loco, dejar á mí triste por alegrar á él, y llevar tú el provecho de mi perdición, el galardon de mi yerro; perder y destruir la casa y honra de mi padre, por ganar la de una vieja maldita como tú?

Celestina.—Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada; y verás cómo es todo más servicio de Dios, que pasos deshonestos; más para dar salud al enfermo, que para dañar la fama al médico. Si pensara, señora, que tan de ligero habías de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía á hablar cosa que ni á Calixto ni á otro hombre tocase.

Melibea.—¡Jesú, no oiga yo mentar más ese loco, salta-paredes,

fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento m a pintado; si no, aquí me caere muerta! Este es el que el otro día me vió, y comenzó á desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galan. Dirásle, buena vieja, que si se pensó que ya era todo suyo y quedaba por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dejarle por loco, que publicar su atrevimiento.

Celestina.—(Mas fuerte estaba Troya y ansi otras más bravas he yo amansado: ninguna tempestad mucho dura.)

Melibea.—¿Que dices? enemiga. Habla que te pueda oir.

Mucho se ha discutido sobre la moralidad de *La Celestina*, y hasta ha sido defendido el libro como educador. Otros lo censuran duramente, pero Rojas cree de él que contiene muchas sentencias filosofales y avisos necesarios á mancebos, con lo cual parece que, por lo menos, su intención caminaba hacia ese fin «tendencioso». *La Celestina*, además, es como precursora del *Quijote*, y el ingenio de Rojas el antecesor de Quevedo. No será preciso añadir que el libro, por otra parte, pertenece á la escuela realista que después inmortalizaron, entre otros, Cervantes. Terminaremos diciendo que esta obra fué puesta en verso por Pedro Manuel de Urrea y Juan de Sedeño, é imitada por Joaquín Romero de Cepeda en su comedia titulada *Selvaje* mucho tiempo después.

Llenan también el siglo XV con sus nombres, como prosistas distinguidos, que ora escriben la historia, ora la filosofía, ora la novela, á más de los mencionados, los que pasamos á enumerar. — El bachiller **Fernan Gómez de Ciudad-Real,** que nació, según se cree, en 1386, y murió, según indicios, á poco de D. Juan II. Médico, moralista y pensador, mantuvo vasta correspondencia con todos los personajes más notables de su tiempo; y con el título de *Centón epistolario,* se han publicado 105 de sus principales cartas, que vienen á ser como la historia secreta de la corte y de su tiempo. Y así como para el conocimiento de su época es muy interesante esta colección de epístolas, bajo el punto de vista literario, también son dignas de consideración por la facilidad del estilo, esmaltado de chistes y delicadas observaciones. He aquí

cómo cuenta «al doto varón Juan de Mena», en 1434, la quema de libros del Marqués de Villena, de que antes se ha hablado. +

No le bastó á D. Enrique de Villena su saber para no morirse; ni tampoco le bastó ser tio del rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al rey el tanto de su muerte, e la conclusión que vos puedo dar será, que asaz D. Enrique era sabio de lo que á los otros cumplia, e nada supo en lo que le cumplia á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dexó, que al rey le han traydo; e porque diz que son mágicos e de artes non cumplidoras de leer, el rey mandó que á la posada de Fr. Lope Barrientos fuesen llevados: e Fr. Lope que mas se cura de andar del príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros que no los vió él mas que el rey de Marruecos, ni mas los entiende que el dean de Cidá Rodrigo; ca son muchos los que en este tiempo se fan dotos, faciendo á otros insipientes e magos; e peor es que se fazan beatos, faciendo á otros nigromantes. Tan solo este denuesto no había gustado del fado este bueno e magnífico señor.

El Bachiller **Alfonso de la Torre,** que floreció en la corte de Navarra, es autor de *La Visión delectable,* escrita para la educación del príncipe de Viana, y consiste en un compendio donde se contiene lo fundamental de las ciencias todas. El autor finge que un niño se instruye sucesivamente por entidades abstractas ó personificaciones de la gramática, la lógica, la astrología y la música, interviniendo para ello la verdad, la razón, la prudencia, la justicia, etc. Bajo el punto de vista de su lenguaje, puede decirse que, aunque incorrecto, está lleno de energía y de claridad, si bien incurre con frecuencia en violentas transposiciones por el prurito de armonizar la frase.—A continuación van algunas líneas de esta obra doctrinal, escrita, según se dice, antes del año 1463:

El *Entendimiento* rogó á la *Prudencia,* que pues ella era la principal que las pasiones moderaba, que le quisiese dar algunas informaciones de la vida. La Prudencia respondió: Qualquier que quisiera ser mi amigo ha de seguir las reglas siguientes:—Ha de examinar por consejo lo que ha de fazer, e si él bien entendiere, no perderá nada por demandar consejo á otros: ca muchas veces ocurre á un simple lo

que non ocurre á un sabio. — No se mover por información dubdosa ni por credulidad ligera; ca muchos facen por las semejanzas cosas que se arrepienten.....

Fernán Pérez de Guzmán. Señor de Batres, nacido en los comienzos del siglo XV, muere en 1470; mezclándose, como era inevitable, en las luchas del turbulento reinado de D. Juan II. Retirado al lugar de donde era Señor, compuso sus *setecientas coplas de bien vivir*, su *Crónica* de aquel reinado y sus *Generaciones y semblanzas:* las tres obras más notables de sus producciones. El estilo de este verdadero filósofo, es conciso y nervioso, libre de latinismos y de forzadas inversiones; y su elegancia prueba hasta qué punto se encontraba ya en el siglo XV trabajada la lengua castellana para hacerla dúctil al pensamiento. — Para apreciar la sabiduría práctica contenida en sus coplas, insertamos algunas; y para juzgar su prosa, la pintura que hace del condestable Ruy López Dávalos:

5. Del home malo e malvado
que alcanza grande poder
si es sabio e esforzado
¿quién se podrá defender?

6. Poder, saber, fortaleza,
si cayeren en mal vaso,
non vale humana sabieza
á resistir un tal caso.

7. La verdat estraña e nueva
auida por mentirosa
nunca la digas sin prueba,
pues sin culpa es vergonzosa.

8. Si la verdat que paresce
mentira, es de callar,
¡quánto non daña e empesce
pura mentira fablar!

9. Non puede mucho alcanzar
ninguno, es mi creencia,
sin el cuerpo trabajar
ó cargar la consciencia.

14. Es virtut e muy loable
la justicia executar;
mas de natura amigable
non menos el perdonar.

15. La justicia fasta el cabo
todo el mundo asolaria;
luengo perdon non alabo
que da del mal osadia.

16. Entre aquestos dos extremos
si la discrecion alcança,
¿quien dubda que fallaremos,
si la buscamos, templança?

31. El que nunca fue regido
nunca bien sabrá regir;
el que supo bien servir
él se sabrá ser servido.

32. Como de flores e rosas
es ventaja conoscida,
en las obras virtuosas
la justicia es escogida.

33. Si una de estas fallesce,
la república coxquea;
e si de ambas caresce,
dexa de andar e gatea.

41. No hay arte sin disciplina
que tanto encubra el mal
como es la medicina
e error de su oficial.

74. Más peligros e mayores
vienen de la negligencia
que vienen de los ardores
de la mucha diligencia.

78. Del ome muy dezidor
ó callado en gran estremo,
qual destos sea el peor
de determinar me temo.

—

Su comienzo fué de pequeño estado: hombre de buen cuerpo e de buen gusto, muy alegre e gracioso, e de amigable conversación: muy esforzado e de gran trabajo en las guerras; asaz cuerdo e discreto; la razón breve e corta, pero buena e atenta, muy sofrido e sin sospecha. Pero como en el mundo no hay hombre sin tacha, no fué franco, e aplacíale mucho oir astrólogos, que es yerro en que muchos grandes se engañan. Fué bien quisto del rey D. Juan; pero con el rey D. Enrique, su hijo, usó tanta gracia e alcanzó tanta privanza con él, que un tiempo todos los hechos del reino eran en su mano... Hizo en la guerra de Portugal notables autos de caballerías; pero después por mezcla de algunos que mal lo querian, e porque comunmente los reyes, desde que son hombres, desaman los que cuando niños los apoderaron, fué ansí apartado del rey, e puesto en gran indignacion suya, que fué fuerza perder el estado e la persona.

Fernando del Pulgar. Nacido en la primera mitad del siglo XV, muere á fines del mismo. Fué Secretario, Consejero y Cronista de los Reyes Católicos, y su trabajo, reseñando las vicisitudes del reinado de sus soberanos, sólo alcanza hasta la toma de Granada en 1492. Sus *Letras*, dirigidas á la Reina y á personajes de distinción, son muy importantes, no ya únicamente como documentos para la Historia, sino porque pertenecen á un escritor que dijo en su tiempo las cosas más serias con mayor delicadeza y las más importantes con mayor elegancia. — Copiamos uno de sus retratos:

«D. Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana e Conde del Real de Manzanares.... fue hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros e fermoso en las faccio-

nes de su rostro; de linaje noble castellano e muy antiguo. Era hombre agudo e discreto, e de tan gran corazon que ni las grandes cosas le alteraban ni en las pequeñas le placía entender. En la continencia de su persona e en el razonar de su fabla mostraba ser hombre generoso e magnánimo. Fablaba muy bien e nunca le oian dezir palabra que non fuese de notar; quier para doctrina, quier para placer. Era cortés e honrador de todos los que á él venian, especialmente de los hombres de ciencia. Fue muy templado en su comer e beber e en eso ꝯnia una singular continencia... Como fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad, que despierta el buen entendimiento, e el corazon grande, que no deja caer sus cosas, le ficieron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por las armas, recobró todos sus bienes. Era caballero esforzado, e ante de la facienda cuerdo e templado, e puesto en ella era ardido e osado; e ni en su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamas punto de cobardia.

No ha de confundirse con el anterior á **Hernán Pérez del Pulgar** «el de las hazañas», que también escribió, entre otras cosas, la *Crónica del Gran Capitán,* y fué el que en el sitio de Granada entró á clavar el tarjetón del «Ave María» con su puñal en la puerta de la Gran Mezquita.

Cronista también de los Reyes Católicos, fué el Bachiller **Andrés Bernaldez,** conocido comúnmente por «El Cura de los Palacios», y su obra alcanza hasta nueve años después de la muerte de Isabel I. Admirador de Cristóbal Colón y orgulloso de haberle hospedado en su propia casa, escribe lo siguiente:

En el nombre de Dios Todopoderoso ovo un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampa, que tratava en esta tierra, que llamaban Xpval Colon, hombre de muy alto ingenio, sin saber muchas letras; muy diestro en el arte de la cosmographia, e del repartir del mundo, el qual sintió por lo que en Ptolomeo leyó e por otros libros e su delgadez, cómo y en qué manera el mundo este en que nascemos y andamos, esté fijo entre la esphera de los cielos.... etc.

Los Libros de Caballería.

Los Libros de Caballería deben analizarse en este sitio, por más que nazcan, en opinión de muchos, sus asuntos en el siglo VII ú VIII, siguiendo desarrollándose por tradición dichas leyendas hasta el XIII; pero entre nosotros, sólo alguno que otro de sus autores parece que escribe en el XIV; los demás, únicamente hasta bien entrado el siglo XV no cultivaron este género; y finalmente, hasta el XVI no se divulga en nuestra patria. — Cuatro grupos pueden formarse de estas novelas, los cuales pertenecen: 1.°, á los bretones; 2.°, á los francos; 3.°, á los celtas; y 4.°, á las imitaciones generales de los anteriores. Es decir, que los primeros Libros de Caballería tienen origen inglés; los segundos, francés; los terceros, de la Península ibérica, y el cuarto grupo, en fin, procede, ora de Italia, ora de Alemania, ora de España, y desarrolla estos asuntos mezclando unos y otros héroes. También los antecedentes de estos libros quieren reducirlos algunos á las circunstancias siguientes: 1.°, á la venida del príncipe Negro con sus virtudes caballerescas; 2.ª, á la del ejército que en auxilio del rey D. Pedro acaudillaba aquél; 3.ª, á aquél las dádivas de Enrique II á Beltrán Du-Guesclin y demás caballeros que favorecieron su causa; 4.ª, á la erección de estos aventureros en señores feudales, y 5.ª, al establecimiento de las órdenes militares de Calatrava, Santiago, Alcántara, Montesa y el Templo, cuya milicia caballeresco-religiosa acometía las mayores empresas fiada en la protección divina y en la fuerza de su brazo. — De todos los Libros de Caballería escritos, traducidos ó publicados en España, hay tres que merecen figurar como los mejores, ya que no fuera por otra cosa, porque el mismo Cervantes hace de ellos una excepción, elogiándolos por boca del cura en el *Quijote*, en la escena de la quema de la biblioteca. Estos son *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Inglaterra* y *Tirante el Blanco*; escrito el

último en valenciano, como es sabido. El argumento de Amadís, es como sigue:

Amadis es hijo ilegítimo de Perión, rey imaginario del imaginario reino de Gaula, y de Elisena, princesa de Inglaterra. Avergonzada ésta por su falta, expone al niño á la orilla del mar, donde lo halla un caballero escocés que lo lleva primero á Inglaterra y después á Escocia. En este país se enamora Amadís de Oriana, dama de sin par hermosura y perfección, é hija de un Lisarte, rey de Inglaterra, persona tan imaginaria como los anteriores. Entre tanto, Perión cumple su promesa y se casa con Elisena, de quien tiene otro hijo, llamado Galour. Las aventuras de los dos hermanos en Francia, Inglaterra, Alemania, Turquía y otros reinos desconocidos y hasta encantados, y los combates con otros caballeros y con gigantes y mágicos, que terminan con el casamiento de Amadís con Oriana, y con los encantamientos que se habían opuesto á sus amores, forman la trama de los cuatro primeros libros del Amadís.

Ocupa el segundo lugar en mérito literario, según hemos dicho, *Palmerín de Oliva*, cuyo argumento también lo constituyen dos hermanos, Palmerín y Florián, galanteador el uno y bizarro y leal el segundo. Tiene asimismo un encantador llamado «Deliante», y una isla peligrosa en donde ocurren muchas de las aventuras. He aquí un trozo de Amadís, en que se pintan las manifestaciones de amor que dan al Rey Lisarte sus vasallos:

¡O como se deberian tener los reyes por bienaventurados, si sus vasallos con tanto amor e tan gran dolor se sintieran de sus perdidas fatigas! Y ¡cuánto asi mesmo lo serian los súbditos que con mucha causa pudiesen e debiesen facer, seyendo sus reyes todos para ellos, como lo era este noble rey para los suyos! Pero ¡mal pecado! los tiempos de agora mucho al contrario son de los passados, segund el poco amor e menos verdad que en las gentes contra sus reyes se falla; e esto debe causar la costelación del mundo ser tan envejecida, que perdida la mayor parte de la virtud, no puede llevar el fruto que debía; asi como la cansada tierra, que ni el mucho labrar ni la escogida simiente pueden defender los cardos e las espinas con las otras yerbas de poco provecho que en ella nascen. Pues roguemos á aquel Señor

poderoso, que ponga en ello remedio; si á nosotros como indignos oyr non le place, que oya á aquellos que aun dentro de las fraguas sin dellas aver salido se fallan, que los faga nascer con tanto encendimiento de caridad e amor, como en nuestros antepasados avia, e á los reyes que apartadas sus iras e sus pasiones, con justa mano e piadosa los traten e sostengan.

Contrastando con lo anterior, damos á continuación una sarta de desatinos, como aquellos de que Cervantes se reía. Pertenecen á *D. Florisel de Niquea*, donde se habla de las quejas de la Reina Sidonia:

Las exclamaciones que hacia, especialmente con la imágen de Elena y de D. Florisel, no se pueden decir, sin hacer agravio á sus razones; con la razon que su lengua mostraba para decirlas con la natural de sentirlas, que otra ninguna lo puede así decir, con la diferencia que hay de lo natural á lo contrahecho, y entre otras muchas razones decia: ¡Oh, D. Florisel de Niquea, con cuánta ventaja gozo yo del dolor de tu descanso, que tu gozaste de la cautela, para gozar de mi gloria! ¡Oh, amor, y para qué me quejo yo de tus sinrazones, pues mas fuerza en tí la sinrazon tiene que la razon, por donde no es justo quejarse de ti el que conoce en tí que no saliendo de tu naturaleza, usas de tu oficio! ¡Oh, Elena, y qué fué la razon que gozases tú de mi gloria sino la poca que en amores hay! ¡Oh, que quiero dar fin á mis razones por la sinrazon que hago de quejarme de aquel que no la guarda en sus leyes!

A la lista interminable de obras de esta índole, podrían añadirse algunos romances que todavía se cantan en calles y plazas, como la famosa historia de *Oliveros de Castilla* y *Artur de Algarbe*.—A este género pertenecen también los Libros de Caballería, religiosos, escritos en sentido de mística devoción, y en que tampoco deja de haber modelos en su disparatado gusto. Y entre ellos deben citarse los títulos al menos de los nombrados *Caballería cristiana, El caballero Asisio* (San Francisco de Asís), etc., etc., impresos todos ellos á mediados del siglo XVI; y, por último, acaso el más notable de los de esta clase, el titulado *Caballería celestial*, de Jerónimo de San Pedro, impreso en Valencia en 1554, y en que el autor se propone, según dice, acabar con los libros profanos de Caballería.

Los Romances.

Lo que acabamos de decir con respecto á los Libros de Caballería, debemos repetirlo ahora por lo que hace relación á los romances; y si rica es nuestra literatura en aquellas novelas, no lo es menos en este otro género poético, íntimamente ligado con aquél. Los romances son una forma popular de la tradición, la leyenda y la historia pátria, ora nacida de la musa nacional castellana, ora transportada de la inspiración de la poesía regional (catalana, gallega, valenciana, lusitana), ó bien traducida de cantos y poemas árabes ó hebreos, ó bien, por último, como derivaciones de la imaginación provenzal ó de la literatura italiana. — Puede, por consiguiente, aplicarse, como antes hemos indicado, á los romances lo que se ha escrito con respecto á los Libros de Caballería. Sólo que debemos hacer notar que si los primeros motivos para los argumentos de tales libros proceden de los siglos bárbaros medios, anteriores á la formación de las lenguas modernas, los romances, propiamente dichos, nacen con posterioridad á aquellos tiempos, y en nuestra patria no son de fijo anteriores á los siglos XIII y XIV. Y de igual modo que los poetas reunían la colección de sus trovas en lo que llamaban sus *cancioneros*, los que en el siglo XV empezaron á estimar esta manifestación de la poesía popular, comenzaron también á reunir los *romanceros*, á veces conservando los títulos de los mismos y los nombres de los autores, á veces dejando perder unos y otros.— Algunos críticos mantienen que existen tres categorías en el habla popular á la formación de nuestra lengua. Una, que se refería á la *fabla*, ó sea la sencilla narración en prosa; la segunda, á los *cantares* destinados á la música y que, cultivados por personas ilustradas, llamáronse *trovas*, que llegaron á su apogeo en todo el siglo XV que nos ocupa; y por último, los *Cantares de gesta*,

ó sean los romances propiamente tales, despreciados por nuestros primeros poetas de los siglos XIII y XIV y cultivados y estimados con posterioridad por los escritores más insignes. — Defienden también algunos historiadores de la literatura que la forma primera de los romances fué en rima perfecta ó aconsonantada; y que los versos de arte mayor, bien de 12, bien de 14 sílabas ó alejandrinos, rimados en consonante consecutivamente, todos ellos, al dividirse en hemistiquios, produjeron de modo natural el romance llano español de seis, siete y ocho sílabas; porque la primera parte de cada uno de aquellos versos mayores constituyó el verso libre, y la segunda, ó final de cada verso, constituyó el verso rimado. En cuanto á la asonancia, la misma imperfección del consonante, bien agregando ó suprimiendo letras ó haciendo que sonaran de análoga manera, produjeron esta rima imperfecta, que andando el tiempo había de ser característica y exclusiva de la poesía española, hasta el extremo de que ni aun perciban dicha asonancia los oídos más delicados de las restantes lenguas modernas. Y con efecto, toda la teoría expuesta puede comprobarse si en el mismo *Poema del Cid*, el ejemplo antes copiado, lo distribuímos en la siguiente forma:

Tu eres rey de los reyes
e de todo el mundo padre;
á ti adoro e creo
de toda voluntade;
e ruego á San Peydro
que me ayude á rogare
por mio Cid el Campeador
que Dios le curie de male, etc.

También hay quien cree que los romances son originariamente árabes; y al traducirlos los cristianos en España, hicieron la conversión del verso monorrimo oriental, dejando como se indica en el ejemplo anterior, uno sin rimar y otro asonantado. En cuanto á su división, cada uno de los fines de la actividad humana, cada uno de los sentimientos del humano corazón, da lugar á una clase, habiéndolos, por ejemplo, históricos, filosóficos, mo-

rales, caballerescos, fantásticos, religiosos, amatorios, moriscos, pastoriles, burlescos, doctrinales, etc., etc.— Alguien ha creído que precisamente porque en esta clase de composiciones se reunen elementos líricos y épicos á la vez, así como porque cantan y retratan la síntesis de toda la vida nacional, debía considerarse á nuestro *romancero* como una verdadera epopeya española. El mismo hecho de ser el romance cantado, bailado y recitado en la plaza pública, ó en la fiesta doméstica, ó en la solemnidad fúnebre de la intimidad de la familia, ya por los juglares de boca y tamborete, ya por las endecheras y danzadoras, que si bien la Iglesia anatematiza, consiente y aun admite á esta gente en sus festivales, da un carácter al romance de tan alta y profunda significación, que con razón lleva el nombre de la misma lengua vulgar en el nacimiento de los idiomas modernos. — De todos y cada uno de los héroes populares se conservan muchos romances, y enumeraremos algunos de los históricos. De Bernardo del Carpio existen unos cuarenta. Sabido es que el héroe vive hacia el año 800 y que es hijo de los amores clandestinos del conde de Saldaña con la hermana de D. Alfonso el Casto, y las hazañas de Bernardo en Roncesvalles y demás episodios de su vida son la materia ó argumento de dichos romances. — De Fernán González se guardan unos veinte. De los Siete Infantes de Lara, unas treinta leyendas; y del Cid, por último, en la colección primera de 1612, se encuentran 160. Esto en cuanto á los históricos. — En cuanto á los caballerescos, que proceden en su mayor parte de los Libros de Caballería, y tomados de ambos ciclos (el bretón y el carlovingio), comprenden 50 composiciones, y son algunos de ellos tan extensos, que cuentan más de mil versos. Por lo que toca á los moriscos, forman un grupo importante, y de los pastoriles, cultivados por poetas ya ilustrados, constituyen la clase más correcta, pero quizás al propio tiempo la que tiene menos carácter genuínamente español. — Las colecciones de romances, según se ha dicho antes, han recibido el nombre de «romanceros», y la más completa de cuantas existen es la de D. Agustín Durán. Ahora copiemos algunos de los distintos tipos reseñados anteriormente. — Del *Romancero del Cid*: «Cuidando», etc.; «Desafío del Cid»; «Contesta-

ción entre el Cid y el abad Bernardo»; de los moriscos, «Desafío de Tarfe» y «Zulema»; y de los históricos-legendarios, «La Campana de Huesca» y parte del moro «Tarfe y Garcilaso».

Coibdaba Diego Laínez
en la mengua de su casa,
fidalga, rica y antigua
antes de Iñigo y Abarca;
y viendo que le fallecen
fuerzas para la venganza,
y que por sus luengos años,
por sí no puede tomalla,
. . . . . .
no puede dormir de noche,
ni gusta de las viandas,
ni alza del suelo los ojos,
ni osa salir de la sala,
nin fablar con sus amigos;
antes les niega la fabla,
temiendo no les ofenda
el aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
con tantas honrosas bascas,
quiso hacer esta experiencia,
que non le salió contraria.
Mandó llamar sus tres hijos,
y sin decilles palabra
les fué apretando uno á uno
las fidalgas tiernas palmas:
no para mirar en ellas
las quirománticas rayas,
que este fechicero abuso
no era nacido en España;
mas prestando el honor fuerzas,
á pesar del tiempo y canas,
á la fría sangre y venas,
nervios y arterias heladas,
les apretó de manera
que dijeron: —Señor, basta;
¿qué intentas ó qué pretendes?
suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó á Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendía,
que á do no piensan se halla:
encarnizados los ojos,
cual furiosa tigre hircana,
con mucha furia y denuedo
le dijo aquestas palabras:
—Soltedes, padre, en mal hora
soltedes en hora mala,
que á no ser padre, no hiciera
satisfacción de palabras;
antes con la mano mesma
vos sacara las entrañas,
faciendo lugar el dedo
en vez de puñal ó daga.—
Llorando de gozo el viejo
dijo: —Fijo de mi alma:
tu enojo me desenoja,
y tu indignación me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
muéstralos en la demanda
de mi honor, que está perdido,
si en tí no se cobra y gana.—
Contóle su agravio, y dióle
su bendición, y la espada
con que dió al conde la muerte
y principio á sus fazañas.
. . . . . .

Non es de sesudos homes,
ni de infanzones de pro,
facer denuesto á un fidalgo
que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
del vueso ardid tan feroz
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor.
Non son buenas fechorías
que los homes de Leon
fieran el rostro á un anciano
y no el pecho á un infanzon.
Cuidárais que era mi padre
de Lain Calvo sucesor;
y que no sufren entuertos
los que han de buenos blason.
Mas ¿cómo vos atrevisteis
á un home, que solo Dios,
siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otrie non?
La su noble faz ñublásteis
con nube de deshonor,
mas yo desfaré la niebla,
que es mi fuerza la del sol;
que la sangre dispercude
mancha que finca en la honor
y ha de ser, si bien me lembro,
con sangre del malhechor.
La vuesa, conde tirano,
lo será, pues su fervor
os movió á desaguisado
privándovos de razón.
Mano en mi padre pusísteis
delante el rey con furor,
cuidá que lo denostásteis,
y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecisteis, conde,
yo vos reto de traidor,
y catad si vos atiendo
si me causaréis pavor.
Diego Laínez me fizo
bien cendrado en su crisol;
probaré en vos mi fiereza
y en vuesa falsa intención.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañero lidiador,
pues para vos combatir
traigo mi espada y troton.—
Aquesto al conde Lozano
dijo el buen Cid Campeador,
que despues por sus fazañas
este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
la cabeza le cortó,
y con ella ante su padre
contento se afinojó.

Fablando estaba en el claustro
de San Pedro de Cardeña
el buen rey Alfonso al Cid
despues de misa, una fiesta.
Trataban de las conquistas
de las mal perdidas tierras
por pecados de Rodrigo,
que amor diculpa y condena.
Propuso el buen rey al Cid
el ir á ganar á Cuenca;
y Rodrigo, mesurado,
le dice desta manera:
—Nuevo sois, el rey Alonso,
nuevo rey sois en la tierra;
antes que á guerra vayades
sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
por los reyes que se ausentan,

y apénas han calentado
la corona en la cabeza;
y vos no estais muy seguro
de la calunia propuesta
de la muerte de don Sancho
sobre Zamora la vieja;
que aun hay sangre de Bellido,
magüer que en fidalgas venas,
y el que fizo aquel venablo,
si le pagan, fará treinta.—
Bernardo en lugar del Rey
dice al Cid:—Si vos aquejan
el cansancio de las lides
ó el deseo de Jimena,
idvos á Vivar, Rodrigo,
y dejadle al rey la empresa;
que homes tiene tan fidalgos
que no volverán sin ella.
—¿Quién vos mete, dijo el Cid,
en el consejo de guerra,
fraile honrado, á vos agora,
la vuesa cogulla puesta?
Subid vos á la tribuna
y rogad á Dios que venzan,
que non venciera Josué
si Moisés non lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
yo el pendon á las fronteras,
y el rey sosiegue su casa
antes que busque la ajena;
que non me farán cobarde
el mi amor ni la mi queja,
que más traigo siempre al lado
á Tizona que á Jimena.
– Home soy, dijo Bernardo,
que antes que entrára en la regla,
si no venci reyes moros,
engendré quien los venciera:
y agora, en vez de cogulla,
cuando la ocasión se ofrezca
me calaré la celada
y porné al caballo espuelas.
—¡Para fugir, dijo el Cid,
podrá ser, padre, que sea;
que más de aceite que sangre
manchado el hábito muestra!
—Callédes, le dijo el rey,
en mal hora, que no en buena,
acordársevos debia
de la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
que farán fablar las piedras,
pues por cualquier niñería
faceis campaña á la Iglesia.—
Pasaba el conde de Oñate
que llevaba la su dueña,
y el rey, por facer mesura,
acompañóla á la puerta.

«Si tienes el corazon
Zaide como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras;
si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo como en las zambras;
si el aire de los bohordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca
con la cimitarra danzas;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como á fiestas te aplicas,
te aplicas á la batalla;

si como el galan ornato
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa
como el son de la dulzaina;
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
y en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas;
si respondes en presencia
como en ausencia te alabas,
sal á ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias;
y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca:
que los buenos caballeros,
no en palacio ni entre damas,
se aprovechan de la lengua,
que es donde las manos callan;
pero aquí que hablan las manos,
ven, y verás cómo habla
el que delante del rey,
por su respeto callaba.»
Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
le dijo:—Vete al Alhambra,
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.

Aquel valeroso moro,
rayo de la quinta esfera,
aquel nuevo Apolo en paces,
y nuevo Marte en la guerra
que sus mismos enemigos
le bendicen y le tiemblan;
aquél por quien á la fama
le importa que se prevenga
para contar sus hazañas
de más alas y más lenguas:
Zulema al fin, el valiente
hijo del fuerte Zulema
fué á ver en Ávila un día
las fiestas, como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
toda se alegra y altera,
que ver en fiestas al moro
les parece cosa nueva.
En los andamios reales
los Adalifes le ruegan,
que se asiente, aunque se temen
que á todos les oscurezca;
pero al fin Zulema en medio
de los alcaides se sienta,
que lo fueron por entonces
de la mayor fortaleza:
cuando más breve que el viento,
y más veloz que cometa,
del celebrado Jarama
un toro en la plaza sueltan,
de aspecto bravo y feroz,
vista enojosa y soberbia,
ancha nariz, corto cuello,
cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
toda la más gente de ella;
sólo algunos de á caballo
aunque le temen, le esperan:

piensan hacer suerte en él
mas fuéles la suya adversa,
pues siempre que el toro embiste
los maltrata y atropella.
Salta del andamio luégo;
mas no salta sino vuela,
cuando ve que á un hombre el toro
con pies y manos le huella,
y siendo sujeto al hombre,
ahora al hombre sujeta.
A pie se parte á librarle,
y aunque todos le vocean,
no lo deja, porque sabe
que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
y con la indomable diestra
esgrime el agudo alfanje
haciéndole mil ofensas:
retírase el toro atrás,
líbrase el que estaba en tierra,
grita el pueblo, brama el toro,
vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestirle,
y mejor que la primera
le acierta, y riega la plaza
con la sangre de sus venas:
brama, bufa, escarba, huele,
anda alrededor, patea,
vuelve á mirar quién le ofende
y de temerle da muestras.
Tercera vez le acomete,
echando por boca y lengua
blanca y colorada espuma
de coraje y sangre hecha;
pero ya cansado el moro
de verle durar, le acierta
un golpe, por do la muerte
le abrió una anchurosa puerta:
levanta la voz el vulgo,
cae el toro muerto en tierra,
envídianle los más fuertes
al ver rendida la fiera.
La fama toca su trompa
y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
yo acabo y su gloria empieza.

Don Ramiro de Aragón
el rey monje que llamaban,
caballeros de sus reinos
asaz lo menospreciaban.
Que era muy sobrado manso
y no sabidor en armas,
por lo que no le obedecen,
por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensajero
al monje que lo criara,
á San Ponce de Tomeras
donde el buen abad moraba,
porque él le diese consejo
en la bajeza en que estaba.
El mensajero se parte
y al abad le da una carta:
el abad no le responde,
en la huerta solo entraba,
el mensajero con él
que respuesta le demanda.
El abad lo despachó
sin hablarle una palabra;
la respuesta que le diera
fuera cifra bien cerrada,
que sacando allí un cuchillo
las ramas altas cortaba.
Despedido el mensajero
mal contento se tornaba.

Como fué llegado al rey
le dijera estas palabras:
«Mal recaudo os traigo, rey,
que el monje no vos preciaba,
ni me quiso dar respuesta,
creo que de vos burlaba;
entróse luego á una huerta
en leyendo vuestra carta,
y afilando allí un cuchillo
las ramas aparejaba.»
Oyendo aquestas razones
el rey las disimulara.
Entendió bien la respuesta
y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las Cortes
A Cortes que celebraba.
Dice que hacer quería
una solemne campana
que se oyese por el reino
y sonase en toda España.
Viérades de esto gran risa,
los grandes de ello mofaban;
en esta ciudad de Huesca
muchas gentes se juntaban.
Llamó un día á los señores
y en su cámara les habla,
y á sus hijos herederos
hizo quedar en la sala.
En entrando todos ellos
viéronse entre gente de armas,
mandó cortar las cabezas
á los que más de él burlaban.
Quince fueron sentenciados,
á los otros perdonara;
mandó sacar las cabezas
á los mozos de la sala;
dijo que eran de sus padres
todas las que allí miraban,
porque le tenían en poco
y en su presencia burlaban:
que viesen aquel ejemplo
y ellos mojasen la barba.
Así fué temido el monje
con el són de esta campana.

... .
Con resolucion gallarda
le atajó el moro al instante.
—«¿Eres Pulgar?» le pregunta
—«No soy quien imaginaste
que si Pulgar te escuchara
vieras que entre sus pulgares
desbarataba esos miembros
que los moros tanto aplauden.
Uno soy no conocido,
que en tu vida ha de ensayarse.»
.. ..
—«Descúbrete, pues, ya ves
que descubierto me hallaste.»
Se alzó Laso la visera,
y así que lo vido Tarfe,
—«¿Eres mujer? le pregunta;
si eres dama no me engañes,
porque mi esfuerzo no llama
mujer ni niño al combate.
Vuélvete, engañado joven,
y agradece mis piedades,
que para que esto les cuentes
la vida quiero dejarte.»
Enfadado Garcilaso;
apretó los acicates.
Tal encuentro le dió al moro,
con resolución tan grande,
que previniendo defensa
la lanza llegó á enristrarle, etc.

Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573). Córdoba se enorgullece con ser la patria de este pensador, que después de seguir sus estudios en Alcalá, fué al Colegio de San Clemente de los españoles de Bolonia á ampliarlos en aquella célebre Universidad. Siguió al Emperador Carlos V en muchas de sus jornadas; y habiendo escrito su libro titulado *Diálogos de justis belli causis contra indos susceptis sive democrates alter*, en donde se defendía ó disculpaba al menos la esclavitud de los indios y el derecho de conquista en los países americanos, todo ello fundado en la teoría de Aristóteles, el Consejo de Indias negó su permiso para su publicación. El mismo padre Fr. Bartolomé de las Casas, así como las Universidades de Salamanca y Alcalá se opusieron de igual modo á su publicación por contener la obra teorías malsanas para el bien público. De modo que triunfó el recto sentido de justicia y de moral humana contra este libro de filosofía del derecho, en que se seguían principios establecidos por otros filósofos de Europa, según los cuales, la autoridad es la fuente de la justicia, y la fuerza y la conquista el origen de la ley. — Las obras de Sepúlveda se publicaron en 1780 por la Real Academia de la Historia.

Doña Oliva Sabuco de Nantes. Floreció á mediados del siglo XV esta ilustre dama de extraordinario talento. Fué natural de Alcaraz, y publicó entre otras su famosa obra titulada *Nueva filosofía de la Naturaleza*, en donde se dan las primeras teorías sobre la fisiología de las pasiones, y al propio tiempo se apuntan ideas y principios concernientes al influjo del sistema nervioso en el hombre, reputando al cerebro como el lugar en el cual reside el alma humana: tal y como andando el tiempo han defendido algunos sistemas filosóficos. El trabajo de esta insigne mujer, supone no sólo un mérito intrínseco por la doctrina en sí, sino también un valor en la autora, superior á todo encomio, puesto que se atrevía en aquellos tiempos idealistas á exponer teorías materialistas, ó sensualistas cuando menos. — Fué profesora de la Universidad de Salamanca.

Siglo XVI.

Acabamos de examinar la manifestación más importante en la poesía popular española, los romances, los cuales siguen escribiéndose ó perfeccionándose al ser coleccionados en todo est siglo, y aun los cultivan poetas de primer orden desde aquí en adelante hasta nuestros tiempos. En pleno XVI empieza en cambio una literatura erudita, bien diferente de la anterior, directamente influída por la poesía italiana, la cual acaba por tomar carta de naturaleza, confundiéndose con la clásica musa castellana, hasta nuestros días también.

+ **Juan Boscán** (1500-1543). Por consejo del embajador de Venecia en España (en aquel entonces Navajero), familiarizado con la lengua del Dante, y como natural que era de Barcelona, con la poesía provenzal, empezó con muy buenos auspicios á imitar y producir una forma poética que después había de desenvolverse en grande escala, según hemos apuntado. No ha provocado su gloria en verdad la importancia de sus obras, sino más bien el ser iniciador de este nuevo estilo y gusto. — Para dar una idea de ambos, reproduciremos el siguiente soneto en que se nota que, si bien no carecía de corrección, dulzura y facilidad, en cambio no le sobraba colorido poético, y abundaba en retruécanos +

Aun bien no fuí salido de la cuna,
ni del ama la leche hube dejado,
cuando el amor me tuvo condenado
á ser de los que siguen su fortuna.

Dióme luego miserias de una en una,
por hacerme costumbre en su cuidado,
despues en mí de un golpe ha descargado,
cuanto mal hay debajo de la luna.

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

En dolor fuí criado y fuí nacido,
dando de un triste paso en otro amargo,
tanto que si hay más paso es de la muerte.
¡Oh corazón que siempre has padecido!
Dime: tan fuerte mal ¿cómo es tan largo?
Y mal tan largo, dí ¿cómo es tan fuerte?

+ Más importante bajo todos puntos de vista que el anterior es **Garcilaso de la Vega** (1503-1536). Siguió, lo mismo que Boscán, este ilustre toledano al Emperador Carlos V, esperándole tantas glorias como soldado que como poeta. Pocas obras pudo escribir en su corta y azarosa vida; pero así y todo, dejó canciones, elegías, una epístola, muchos sonetos y varias églogas. De éstas, la titulada *Salicio y Nemoroso*, tiene trozos tan bellos como os que siguen, y de las canciones las hay tan interesantes como la copiada más abajo, *A la flor de Gnido*. +

Salicio.—El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves, animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde prado ó alta cumbre
paciendo va segura y libremente,
cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio
y al usado ejercicio
do su natura ó menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
cuando la sombra el mundo va cubriendo
ó la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

. . . . . .

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
por tí la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por tí la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuanto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja, repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo
.....

Nemoroso.—Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estais mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembrais vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me ví tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
ó con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría;
.....

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que á sempiterno llanto
y á triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
á la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.
.....

—

Si de mi baja lira
tanto pudiese el són, que en un momento
aplacase la ira
del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese
y al són confusamente los trajese:
No pienses que cantado
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
á muerte convertido,
de polvo y sangre y de sudor teñido;
Ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes,
el fiero cuello atados
y los franceses son domesticados.
Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
tambien sería notada
el aspereza de que estás armada;
Y cómo por tí sola,
y por tu gran valor y hermosura,
convertida en viola,
llora su desventura
el miserable amante en su figura.
Hablo de aquel cautivo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.
Por tí, como solia,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por tí, con diestra mano
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra como sierpe ponzoñosa.
Por tí su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.

Imitador del anterior es **Gutierre de Cetina,** natural de Sevilla, nacido á principios del siglo XVI y muerto en 1560. Es famoso sobre todo por el madrigal *A unos ojos,* que copiamos, y que ha pasado como modelo de pensamiento tierno y delicado expresado en corto número de versos. — Sirvió Cetina en la carrera de las armas, distinguiéndose en la campaña italiana; luego fué á Méjico. — Sus composiciones, juzgadas con mucho acierto por Herrera, si tienen dulzura, les falta en cambio el nervio y fuerza tan exigidos en la lírica.

Ojos claros, serenos,
si de dulce mirar sois alabados,
¿por qué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos
más bellos pareceis á quien os mira,
¿por qué á mí solo me mirais con ira?
¡Ojos claros, serenos,
ya que así me mirais, miradme al ménos!

D. Diego Hurtado de Mendoza (1503-1574). También es un discípulo de la escuela italiana, aunque cultiva el verso corto propio de la tradicional española. Nació en Granada y falleció en Madrid. Estudió en Salamanca y siguió á los ejércitos de Carlos V, asistiendo, como embajador de este monarca, al Concilio de Trento. Felipe II lo desterró por envidia á sus dotes de hábil diplomático y de competente escritor. Hurtado de Mendoza es una de las figuras más salientes de la literatura nacional. Como

poeta, escribió canciónes, elegías, una égloga, un diálogo y una fábula, varias composiciones en metros cortos, y epístolas en fin. De la fábula *Adonis, Hipomenes* y *Atalanta*, son las tres primeras octavas trascritas, y la última una imitación de Virgilio, pintando el estado en que Venus encontró á Adonis, muerto por las fieras:

En el Arabia es fama, que cansada
la diosa Venus por la tierra yendo,
del murmullo de un agua convidada,
que entre la verde yerba iba corriendo,
con el sol y trabajo acalorada
al fresco viento el blanco pecho abriendo,
cubierta de una gasa trasparente
se sentó á reposar cabe una fuente.

Acaso Adonis por allí venía
de correr el venado temeroso,
no de otra arte que el sol, cuando volvía
en Licia los ganados al reposo:
el polvo que en el rostro se veía
y el sudor le hacían más hermoso:
como con el rocío húmeda y cana
se vé la fresca rosa en la mañana.

. . . . . .

El dorado cabello, que es bastante
á deshacer el sol, al viento suelta,
en un hombro el carcax de oro sonante
la blanca ropa en otro trae revuelta:
en la mano arco y flecha penetrante;
un perro de traílla, otro de suelta,
halla la caza y hiere en una hora,
y pensando matalla la enamora.

Tal lo halló, cual flor de primavera,
que poco antes honraba el verde prado,
fresca, alta y en orden la primera,
mas fué al pasar tocada del arado:
cual el blanco jazmin ó adormidera
cogido en un instante y arrojado:
la tez y resplandor y hermosura
vueltas en sombra eterna y noche oscura.

Como prosista, goza también de justo renombre por su *Historia de la guerra contra los moriscos de Granada*, verdadero modelo digno de estudio por el pensamiento y por el estilo, donde quiere imitar á los clásicos, singularmente á Tácito y á Salustio; este trabajo tiene además el mérito de estar escrito durante su destierro en dicho reino, y por tanto, en vivo y enmedio de los sucesos. Para juzgar de su lenguaje en el género, insertamos el siguiente trozo de la introducción de esta obra:

Bien sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que en España se hallan escritas. Guerras largas de varios sucesos; tomas y desolaciones de ciudades populosas; reyes vencidos y presos; discordias entre padres é hijos, hermanas y hermanos, suegros y yernos; desposeídos, restituídos y otra vez desposeídos, muertos á hierro, acabados linages; mudadas sucesiones de reinos: libre y extendido campo y ancha salida para los escritores. Yo escogí camino más estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria; pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren; comienzos bajos; rebelión de salteadores; junta de esclavos; tumulto de villanos; competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilacion de provisiones; falta de dineros; inconvenientes, ó no creídos, ó tenidos en poco; remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer y disimular mayores cosas. Y así no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos, y cuasi sin remedio. Verán una guerra al parecer tenida en poco y liviana dentro de casa; mas fuera estimada y de gran coyuntura: que en cuanto duró tuvo atentos y no sin esperanza los ánimos de los príncipes, amigos y enemigos, lejos y cerca; primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta parte con el miedo y la industria; y paret criada con el arte y la ambicion. La gente que dije pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el rey salir de su reposo y acercarse á ella; encomendar la empresa á Don Juan de Austria su hermano, hijo del emperador D. Cárlos, á quien la obligacion de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí que nos muestra el suceso. En fin, pelearse cada día con enemigos: frio, calor, hambre; falta de municiones y de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la contínua; hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada

y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeída de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mugeres; niños cautivos y vendidos en almoneda, ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y transmigracion no menor que las que de otras gentes se leen por las historias, victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros ó los enemigos los á quien Dios queria castigar; hasta que al fin de ella descubrió que nosotros éramos los amenazados y ellos los castigados.

Por último, como novelista, es Mendoza una de las glorias de España. *El Lazarillo de Tormes*, publicado en 1553, tipo perfecto de la novela picaresca, fué traducido, apenas publicada, á las principales lenguas de Europa. Su protagonista cuenta las peripecias de la vida que llevó con sus avarientos amos y las trazas de que se valía para robarles vituallas con que mantenerse. El ciego ladino primero, el clerizonte miserable después y el vanidoso al par que mendigo hidalgo, son modelos admirables de personajes tomados del natural, así como el fraile de la Merced, el barbero, el capellán y el alguacil, á quienes sucesivamente sirve; terminando la novela con el casamiento del pobre lazarillo, nacido en el molino del río Tormes, y abandonado después por su desnaturalizada madre. — He aquí cómo describe la casa de su amo el hidalgo, que paseaba su holgazanería por las calles de la corte, mientras el pobre criado recogía limosnas con que darle de comer:

Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él, paseándose por el patio: como entré vínose para mi; pensé que me queria reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venia, y yo le dije:—Señor hasta que dió las dos estuve aqui, y cuando ví que vuesa merced no venia, fuíme por esa ciudad, á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis. Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traia, á lo cual él mostró buen semblante, y dijo:—Pues esperado te hé á comer, y de que vi que no venias, comí; mas tu haces como hombre de bien, en eso de que más vale pedirlo por Dios, que no hurtarlo, y asi El me ayude, como ello me parece bien, y solamente te

encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conocido. Nunca á él yo hubiera de venir.—De eso, pierda señor cuidado—le dije yo—que maldito aquel que ninguno tiene que pedirme esta cuenta ni yo de darla. —Ahora pues, come pecador, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido... Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por glotón callé la merienda, y mirándole comencé á cenar y á morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partía sus ojos de mis haldas que á aquella sazón servian de plato. Tanta lástima haga Dios de mí, como yo habia de él; porque senti lo que sentia y muchas veces habia por ello pasado y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidarle, mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaria el convite. Quiso Dios cumplir mi deseo, y aún pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando, y llegóse á mi y díjome:—Dígote Lázaro que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi á hombre, y que nadie te lo ve hacer, que no le pongas ganas aunque no la tenga.—La muy buena que tú tienes—dije yo entre mí—te hace parecer la mía hermosa. Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele: — Señor el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada que no habrá á quien no convide con su sabor.—¿Uña de vaca es?—Si señor.—Dígote que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que así me sepa. — Pues pruebe señor y verá qué tal está. Póngole en las uñas la otra, y tres ó cuatro raciones de pan de lo más blanco. — Asentóseme al lado, y comienza á comer como aquel que lo habia en gana, royendo cada huesecillo de aquellos, mejor que un galgo suyo lo hiciera.

La Inquisición, que creyó ver en varios retratos la crítica contra algunas clases sociales influyentes á la sazón, prohibió *El Lazarillo* en España cuando más se leía y releía en el extranjero.

El movimiento de protesta contra la poesía importada entre nosotros y contra los importadores de las nuevas rimas, lo inició **Cristóbal Castillejo,** poeta de segunda fila, aunque no falto de ingenio suficientemente epigramático para hacer con fortuna su campaña. — Nació en las postrimerías del siglo XV, y murió en

San Martín de Valdeiglesias, donde fué cartujo, después de haber servido al Emperador Fernando, hermano de Carlos V, y de haberle seguido muchos años en Alemania. — En la forma siguiente ataca á los *petrarquistas*, según llama él á los innovadores:

Juan de Mena como oyó
la nueva trova pulida,
contentamiento mostró,
caso que se sonrió
como de cosa sabida:
y dijo: «Segun la prueba,
once sílabas por pié
no hallo causa por qué
se tenga por cosa nueva,
pues yo mismo las usé».

Don Jorge dijo: «No veo
necesidad ni razon
de vestir nuestro deseo
de coplas que por rodeo
van diciendo su intención.
Nuestra lengua es muy devota
de la clara brevedad,
y esta trova, á la verdad,
por el contrario, denota
oscura prolijidad.»

También debe citarse la alabanza que hace de la mujer en la obra *Condiciones de las mujeres*, de que copiamos una estrofa:

Sin mujeres
careciera de placeres
este mundo y de alegria,
y fuera como sería
la feria sin mercaderes.
Desabrida
fuera sin ellas la vida,
un pueblo de confusión,
un cuerpo sin corazón,
un alma que anda perdida
por el viento;
razón sin entendimiento,
árbol sin fruto ni flor;
fiesta sin gobernador,
y casa sin fundamento, etc.
.....

Francisco de la Torre. A quien no debe confundirse, como hizo Quevedo, con el bachiller del mismo apellido, y de quien hemos hablado, se supone nació en 1534 en Torrelaguna. Algunos han creído que el mismo Quevedo tomó este nombre como pseudónimo, y parece probado que existió dicho literato escribiendo con finura y corrección en el estilo lírico de Garcilaso. Sus obras se componen de canciones, odas y sonetos. También imitó á Horacio y otros clásicos. En todas sus producciones se nota que las inspiraba una pasión amorosa contrariada en su juventud y que persistió hasta sus últimos años, siendo ya sacer-

dote; y después de haber seguido la carrera de las armas y de las letras, siempre escribió en ese mismo estilo erótico. Entre sus más notables poesías se cita *La Tórtola* que, aunque desaliñada, es fácil y fluída, y un hermoso soneto, que también copiamos:

Viuda sin ventura,
tórtola cuitada,
mustia y asombrada
de una muerte dura;
tú, que al valle ameno
con tu arrullo blando
serenaste, cuando
vió tu bien sereno;
quejas inmortales
hieren tus sentidos:
que á bienes perdidos
no hay medianos males.
Vuelve donde muevas
las fieras que dejas,
que no son tus quejas
para monte y cuevas.
En el valle donde
tu dolor te cela,
nadie te consuela,
nadie te responde.
Llora Filomena,
cierva herida brama,
y eco que te llama
te cuenta su pena.
Tu gloria fué tal,
que hizo ser temida;
pero tu caída
fué temido mal.
Si mi compañía
triste y desdichada
por sola te agrada,
oye mi agonía.
Cielo y hados canso,
monte y valle ofendo,
los aires enciendo
las aguas amanso.

—

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro
al apacible viento desordena:
bella, si de sus ojos enagena
el altivo desden que siempre lloro:
Bella, si con la luz que solo adoro
la tempestad del viento y mar serena:
bella, si á la dureza de mi pena
vuelve las gracias del celeste coro:
Bella, si mansa: bella, si terrible:
bella, si cruda: bella, esquiva, y bella
si vuelve grave aquella luz del cielo:
Cuya beldad humana y apacible,
ni se puede saber lo que es sin vella,
ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

✝ **Fray Luis de León** (1527-1591). Agustino, maestro insigne por su saber y virtudes, sufrió cinco años de cárcel por la Inquisición, procesándolo sus mismos émulos, á consecuencia de haber traducido el *Cantar de los Cantares*. Fué sabio profesor de la Universidad de Salamanca y una de las glorias más grandes de la literatura española. Tradujo Virgilio y Horacio, y varios salmos bíblicos, y poetas griegos é italianos. Como muestra de su carácter, se cita su frase célebre del día siguiente de volver á la cátedra desde la prisión, comenzando la explicación de aquella clase con las palabras: «Decíamos ayer...».—Para modelo de sus odas bucólicas, en el sentido de la imitación pagana ensalzando la Naturaleza, copiamos la *Vida del campo*. ✝

¡Qué descansada vida
la del que huye el mudanal ruído,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.
¿Qué présta á mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ánsias vivas, con mortal cuidado?
¡Oh, monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
á vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de á quien la sangre ensalza ó el dinero.
Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
á solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de ódio, de esperanzas, de recelo.
Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa,
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura;
Y luégo, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso ruído,
que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
los que de un falso leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida entena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna; al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada
me basta; y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insacïable
del peligroso mando,
tendido yo á la sombra esté cantando.
A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oido
al són dulce, acordado,
del plectro sábiamente meneado.

De sus poesías místicas, en donde rayó á grandísima altura, únicamente trasladaremos su oda á *La Ascensión del Señor*:

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este vàlle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?
Los ántes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
á tus pechos criados,
de tí desposeídos,
á dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no le sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

A aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
al viento fiero, airado,
estando tú cubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
aun deste breve gozo, ¿qué te quejas?
¿dó vuelas presurosa?
¡cuán rica tú te alejas!
¡cuán pobres y cuán ciegos! ¡ay nos dejas!

Como prosista, tanto bajo el respecto de pensador cuanto en el de orador sagrado, así como, en fin, por su estilo sencillo y bello al propio tiempo, merece lugar preeminente. Sus dos obras más notables en estos últimos respectos, son *Los nombres de Cristo* y *La perfecta casada;* pero no nos entretendremos aquí en copiar trozos escogidos de las dos, porque tampoco en su lenguaje se diferencian grandemente entre sí ni de la forma usada generalmente por otros escritores de su tiempo. — La primera edición de sus obras fué publicada por Quevedo, cuarenta años después de la muerte del insigne maestro, dedicándola al conde-duque de Olivares. — De *Los nombres de Cristo,* es el siguiente párrafo:

En la forma del decir la razon pide que las palabras y las cosas que se dicen por ellas sean conformes, y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo mas levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen; mas en lo que toca á la lengua no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas. Y esto mismo de que tratamos, no se escribiera como debia por sólo escribirse en latin si se escribiera vilmente: que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como á la gravedad le conviene, ó sean españolas ó sean francesas. Que si porque á nuestra lengua la llamamos vulgar se imaginan que no podemos escribir en ella si no vulgar y bajamente, es grandísimo error: que Platon escribió no vulgarmente ni cosas vulgares en su lengua vulgar. Y no menores ni menos levantadamente las escribió Ciceron en la lengua que era vulgar en su tiempo. Y

por decir lo que es mas vecino á mi hecho, los Santos Basilio, y Crisóstomo, y Gregorio Nacianceno, y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega, que cuando ellos vivian la mamaban con la leche los niños, y la hablaban en la plaza las vendederas, escribieron los misterios más divinos de nuestra fé, y no dudaron de poner en su lengua lo que sabian que no habia de ser entendido por muchos de los que entendian la lengua. Que es otra razon en que estriban los que nos contradicen, diciendo que no son para todos los que saben romance estas cosas que yo escribo en romance. Como si todos los que saben latin, cuando yo las escribiera en latin, se pudieran hacer capaces dellas, ó como si todo lo que se escribe en castellano fuese entendido de todos los que saben castellano y lo leen. Porque cierto es que en nuestra lengua, aunque poco cultivada por nuestra culpa, hay todavía cosas bien ó mal escritas que pertenescen al conoscimiento de diversas artes, que los que no tienen noticias dellas, aunque las lean en romance, no las entienden.

Leccion 14

† **Francisco de Figueroa.** Llamado «el Divino», nació en Alcalá de Henares en 1540. Como soldado, acudió á Italia y Flandes. Antes de morir, mandó quemar todas sus poesías, aunque pudieron salvarse. Fué el primero que cultivó con acierto el verso libre en nuestra métrica, en su égloga *Tirsi*, de la cual copiamos aquellos con que empieza. La primera edición de sus obras se publicó en 1626 en Lisboa. †

Fiero dolor, que en el profundo pecho
de este tu propio antiguo usado nido
sacas tan abundante y larga vena
afloja un poco ¡oh dolor fiero! afloja
fiero dolor un poco, y de las lágrimas
que en mis ojos cuajados hacen turbia
mi debil vista, alguna parte enjuga;
porque con este hierro que algun dia
ha de dar fin á mi cansada vida,
en ese tronco escriba mi querella;
do por ventura la engañosa Dafne,
tornando de la caza calurosa
y sedienta, á buscar ó sombra ó agua,
vuelva acaso los ojos y los lea;

ó si esto no, será piadoso ejemplo
á amorosos pastores... Dafne ingrata,
que mientras vas con el sol nuevo y alegre
del espacioso mar las bravas ondas
que crecen con mis lágrimas, mirando,
ó en jardin deleitoso, al manso viento,
de cuidados de amor libre paseas.

De menor importancia, aunque también digno de ser nombrado, es **Pedro de Espinosa,** natural de Antequera. Ignórase la fecha de su nacimiento; la de su muerte fué el año de 1650. Entre sus composiciones más notables, merece citarse su idilio titulado *Fábula del Genil,* y á él se debe la publicación de una colección de poesías que dió á luz reuniendo las de muchos autores ilustres. Poco se sabe de su vida; únicamente se ha conservado, entre otras, la noticia de que fué capellán del duque de Medina Sidonia, el cual lo nombró rector del colegio de San Ildefonso, fundado en Sanlúcar de Barrameda por dicho magnate, y que á fines del siglo XVI ya tenía cierto renombre.

Vestida está mi márgen de espadaña,
y de viciosos apios y mastranto,
el agua, clara como el ámbar, baña
troncos de mirtos y de lauro santo:
no hay en mi márgen silbadora caña,
ni adelfa; mas violetas y amaranto,
de donde llevan flores en las faldas
para hacer las Hénides guirnaldas.

Hay blancos lirios, verdes mirabeles,
y azules guarnecidos alelíes,
y allí las clavellinas y claveles
parecen sementera de rubíes;
hay ricas alcatifas y alquiceles
rojos, blancos, gualdados y turquíes,
y derraman las auras con su aliento
ámbares y azahares por el viento.

Yo cuando salgo de mis grutas hondas
estoy de frescos pálios cobijado,
y entre nácares crespos de redondas

perlas, mi márgen veo estar honrado;
el sol no entibia mis cerúleas ondas,
ni las enturbia el balador ganado;
ni á las napeas que en mi orilla cantan
los pintados lagartos las espantan.

Vicente Espinel (1544-1634). Nació en Ronda; viajó por España y fuera de ella; sirvió de maestro á Lope de Vega, y á los noventa años, sumido en miseria extraordinaria, murió en Madrid. Prosista y poeta, inventó la «décima», que de él tomó el nombre de «espinela». Tradujo la epístola de Horacio á los Pisones, y, gran músico, añadió una quinta cuerda á la guitarra. Su ingenio en la novela fué tan fecundo como abundantes sus locuciones y vocabulario en el verso. — He aquí un ejemplo donde luce, además de estas cualidades, una gran valentía en el empleo de las imágenes, tomado del *Incendio y rebato de Granada:*

Un confuso alharido, ayuda, ayuda,
suena de gritos; nadie á nadie llama,
que no hay quien por salvarse al otro acuda.
Corre la sorda y tragadora llama;
traspasa Darro y de un horrible estruendo
pasó el molino y dió la nueva á Alhama.
Piedras de nuevo y leños esparciendo
que amenazaban la soberbia cumbre,
y á trechos van las torres combatiendo.
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
ladrillo y planchas por el aire vago,
y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el Alhambra hacen tal estrago,
que las reales casas, cual Numancia,
de fuego y humo parecieron lago.
. . . . . .
Cruzan las calles gentes á manadas,
pasan y encuentran, sin saber por donde,
del sin vida enemigo mal guardadas;
Que al uno en las entrañas se le esconde;
tropella al uno, al otro desbarata,
dá en el primero y al de atrás responde:

Derriba, rompe, hiende, parte y mata,
trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
envuelve, desparece y arrebata;
Consume, despedaza, esparce y vuela,
traga, deshace y sin piedad sepulta
á quien del daño menos se recela.

En cuanto á prosista, disputa la palma en su novela picaresca *Vida del escudero Marcos Obregón* á los primeros maestros en el género, como puede probarse por las líneas que siguen. En opinión de algún crítico, es esta novela el verdadero original del *Gil Blas*, de Lesage:

Teniendo cierto requiebro al barrio de San Ginés martes de carnestolendas por la tarde, me envió á decir la señora que le llevase algo bueno para despedirse de la carne, que en estos días hay libertad para pedirlo, y aun para negarlo; pero por usar de fineza, por ser la primera cosa que hacia en su servicio, vendí ciertas cosillas que me hicieron harta falta, y en acabándose la grita de geringas y naranjazos, y el martirio perruno causado por las mazas, dí conmigo en un tabernáculo de la gula, donde henchí un paño de manos de una empanada, un par de perdices, un conejo, y frutillas de sartén, y atándolo muy bien, caminé á darlo por una ventana á más de las once de la noche; y como el dia siguiente, por ser miércoles de ceniza, era dia de mucha recolección, aunque todo el pasado había sido alegría para los muchachos y trabajos para los perros, había silencio general; de suerte que aunque yo iba bien cargado, no me podía ver nadie: llegando á la plazuela de San Ginés, sentí que venía la ronda, y retireme debajo de aquel cobertizo donde suele haber una tumba para los aniversarios y exequias; y antes que pudiesen llegar á mí los de la ronda, metí el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande que tenía la tumba por la parte de abajo, y sacando un rosario que siempre traigo conmigo, comencé á fingir que rezaba... En transponiendo la ronda, torné por mi paño y cena á la negra tumba donde lo había dejado; y aunque con un poco de temor por la luna y la soledad, alargué la mano y brazo todo lo que pude alcanzar y no topé con el paño, ni con todo lo que estaba en él; de lo cual quedé temblando y helado: y es de creer que me causaría horrible miedo una cosa tan espantosa en un cementerio; pues junto con esto, sentí dentro en la

tumba un gran ruido de hierro que se me representaron mil cadenas y otras tantas ánimas, padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fué tanta mi turbación y desaliento, que se me olvidó el amor á la cena; y quisiera hallarme mil leguas de allí; pero lo mejor que pude, ó lo menos mal que acerté, volví las espaldas, y fuime poco á poco, arrimándome á la pared, pareciéndome que iba tras mí un ejército de difuntos; pues yendo con esa turbación me sentí por detrás tirar de la capa, desanimándome de manera que dí un golpazo con mi persona en el suelo, y con los hocicos en la guarnición de la espada; volví á mirar si era algún cadáver descarnado, y no ví otra cosa sino mi capa asida al calvario que está en aquella pared: con esto respiré un poco, y fuí cobrando aliento, y descansando el temor del clavo y de la capa, pero no el de la tumba. Senteme y miré al rededor... Con esta resolucion fuime animosamente á la tumba, desembainé la espada, y rodeando la capa al brazo, dije con muy gentil determinacion: —yo te conjuro y mando de parte del cura de esta iglesia, que si eres cosa mala, te salgas de este lugar sagrado, y si eres ánima que andas en pena, que me reveles, qué quieres ó qué has menester (y el ruido del hierro con mi conjuro andaba mas agudo): —una y dos y tres veces te lo digo y vuelvo á decir; pero cuanto más lo decia, tanto más golpes de hierro sonaban en la tumba que me hacian temblar. Visto que mi conjuro no era válido, y que si dejaba enfriar la determinacion que tenía, tornaría de nuevo el temor á desanimarme, púseme la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abajo, y en alzándola, salió corriendo por entre mis piernas un perrazo negro, con un cencerro atado á la cola, que huyendo de los muchachos, se había recogido á sagrado, y como despues de haber reposado, olió la comida, retirola para sí, y sacó el vientre de mal año.

También, como Espinel, vino **Mateo Alemán** á escribir una novela picaresca al estilo del *Lazarillo*. De su autor se sabe muy poco: sólo se conoce algún que otro detalle de su vida como, por ejemplo, que floreció en tiempo de Felipe II, que estuvo en Roma y en Méjico, y que había estudiado en Alcalá. Es autor de una *Ortografía castellana* y de la novela titulada *Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana.* — Su argumento se reduce á lo siguiente: Guzmán, protagonista, cuenta su vida desde que sale de su casa á probar fortuna, viajando por España y por Italia, haciéndose sucesivamente pícaro, mendigo, paje,

criado y ladrón, hasta que por sus crímenes y mal vivir le condenan á galeras. — Para neutralizar el peligro que esta novela podía presentar contra la moral, cree el autor necesario intercalar digresiones á manera de sermón. — Cierto escritor valenciano, de tercer orden, publicó en Bruselas la segunda parte de *Guzmán de Alfarache*. Entonces, el propio Mateo Alemán, escribió una segunda parte, de la cual se hicieron varias ediciones y traducciones en el extranjero. — Para que se juzgue de su estilo, trasladamos un trozo característico: ✝

Es el pobre moneda que no corre, concejo de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come mas tarde, lo peor y mas caro; su real no vale medio; su sentencia es necedad, su discrecion locura; su voto escarnio; su hacienda del comun; ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oído, si lo encuentran huyen del; si aconseja lo murmuran; si hace milagros que es hechicero; si virtuoso que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie; sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le dá, todos le quitan, á nadie debe y á todos pecha. ¡Desventurado, y pobre del pobre, que las horas de relox le venden, y compra el sol de Agosto! Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas, vienen á ser comidas de perros, tal como inutil, el discreto pobre viene á morir comido de necios.

¡Cuán al revés corre un rico! qué viento en popa! con qué tranquilo mar navega! qué bonanza de cuidados! qué descuido de necesidades agenas! Sus alholíes llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado en el verano del calor! qué empapelado en el invierno por el frio! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necedades sentencias; si es malicioso, lo llaman astuto; si pródigo, liberal; si avariento, reglado y sabio; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesano; si incorregible, burlon; si hablador, conversable; si vicioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente, y si perezoso, maduro. Sus yerros cubre la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua para satisfacer

á su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale: es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella. ¡Cómo lo acompañan! cómo se llegan! cómo lo festejan! cómo lo engrandecen! Ultimamente, pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y así donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre, y la vivifica: y así el que no lo tiene, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos: no se puede hacer sin él alguna cosa en oportuno tiempo, ejecutar gusto, ni tener cumplido deseo.

Dejando á un lado á varios autores de segundo orden, aunque de nota, porque hemos de prescindir de muchos, citaremos á **Baltasar de Alcázar** (1530-1606). Hijo de Sevilla, sirvió á las órdenes de D. Alvaro de Bazán. Gran latinista, mostró en sus composiciones ligeras toda la gracia de Marcial, á quien imitó en ocasiones. Como Espinel, fué también músico, poniendo acompañamiento á algunos de sus madrigales; y, en fin, se mostró diestro dibujante. — Su celebrada *Cena*, manifiesta la facilidad con que dominaba la lengua:

En Jaén, donde resido,
vive Don Lope de Sosa
y direte Inés, la cosa
mas brava de él, que has oído.
Tenía este caballero,
un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino, á punto,
falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
y échole la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
pero arrójame la bota:
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo;
diez y seis vale el cuartillo;
no tiene vino más bajo.
Por nuestro Señor, que es mina
la taberna de Alcocer;
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.
Si es ó no invención moderna,
vive Dios, que no lo sé,
pero delicada fué
la invención de la taberna;

Porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo, y vóyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo;
sólo una falta le hallo,
que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicón
hizo fin; ¿qué viene ahora?
la morcilla, ¡gran señora,
digna de veneración!
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
para que demos en ella.
Pues ¡sús! encójase y éntre:
que es algo estrecho el camino.
No eches agua, Inés, al vino;
no se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
porque con más gusto comas;
¡Dios te guarde, que así tomas,
como sábia, mi consejo!
Mas dí, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica:
tal debe tener especias!
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos,
hechas á cebar lechones.
El corazón me revienta
de placer; no sé de tí,
¿cómo te va? Yo por mí
sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles;
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
alto licor celestial;
no es el aloquillo tal
ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
la moradilla va entrando,
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo:
el de Pinto no le iguala;
pues la aceituna no es mala,
bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena
seis tragos; hecha es la cena,
levántense los manteles.
Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
quédese para mañana.

Al propio tiempo que se desenvolvían en España las escuelas castellana y aragonesa, tomó incremento en Andalucía la llamada

por algunos sevillana ú oriental, á distinción de la clásico-salmantina y de la clásico-zaragozana. Fundador de esta nueva tendencia es **Juan de Mal-Lara** (1527-1571), humanista, que estudió en Salamanca y Alcalá, y que retirado á aquella capital andaluza, abrió cátedra, teniendo por discípulos, entre otros, al insigne Herrera. Mal-Lara escribió un poema en endecasílabo suelto, titulado *La Psiche*; otro, nombrado *Hércules*, y otro, en fin, *Muerte de Orfeo*. También se dice que escribió para el teatro, pero no se conserva nada suyo.

Fernando de Herrera (1534-1597), amigo del canónigo Francisco Pacheco y de Rodrigo Caro, fué llamado «el divino» por la rotundidad de su forma, la grandilocuencia de su estilo, su fogosa imaginación é instrucción vastísima. Llámase su estilo y escuela «oriental» por la imitación hebráica que dió á su propia manera de escribir. La métrica española le debe esa innovación de pompa y galanura, llevando la sonoridad al más alto grado; pero también acaso de él arranque la altisonancia vacía que tanto ha abundado después en los poetas mediocres; en él llega esa magnificencia y hermosura, acaso á la perfección, bajo el punto de vista de la forma, y á veces de la inspiración misma. También ha de verse en la estructura de sus odas el recuerdo constante de los clásicos, singularmente de Horacio.—Sus elegías, así como sus canciones, le colocan en primera fila entre nuestros grandes líricos. Más intelectual, sin embargo, que poeta de sentimiento, mejor debe estudiarse su lenguaje que su idealidad, ternura y sinceridad de afectos. Los contemporáneos suyos y sucesores lo han elogiado extraordinariamente. Acaso la falta de sencillez y la sobra de artificio en sus poesías dependa de aquella pasión que procuró tener oculta toda su vida y que sintió desde su juventud y antes de ser sacerdote, por la condesa de Gelves, á quien llama Eliodora con frecuencia en sus eróticos arrobamientos. Fué muy fecundo, y publicó una colección de sus obras selectas. Después, Rioja, dió á luz otra colección más completa de las mismas. He aquí algunos trozos de su oda *A la victoria de Lepanto*, y las primeras estrofas de la dedicada *A don Juan de Austria, vencedor de los moriscos de Alpujarra:*

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero;
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero;
sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar y descendieron,
cual piedra, en el profundo, y tu ira luégo
los tragó, como arista seca el fuego.
....
Temblaron los pequeños, confundidos
del ímpio furor suyo; alzó la frente
contra tí, Señor Dios, y con semblante
y con pecho arrogante,
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente;
cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Hesperias, que el mar baña;
porque en tí confiadas le resisten,
y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras?
y de mis padres los ilustres hechos,
ó valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medroso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
pudo salvar los de Austria y los germanos?
Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
guardallos de mi diestra vencedora?
. . ..
Cual leon á la presa apercibido,
sin recelo los ímpios esperaban
á los que tú, Señor, eras escudo;
que el corazón desnudo
de pavor, y de fe y amor vestido,
con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
y sus brazos fortísimos pusiste

como el arco acerado, y con la espada
vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
rindiéronse temblando y desmayaron;
y tú entregaste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al ímpetu del viento, á éstos injustos,
que mil huyendo de uno, se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
en las espesas cumbres se derrama,
tal en tu ira y tempestad seguiste,
y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragón, cortando
las alas de su cuerpo temerosas
y sus brazos terribles no vencidos;
que con hondos gemidos
se retira á su cueva, do silbando
tiembla con sus culebras venenosas,
lleno de miedo torpe en sus entrañas,
de tu leon temiendo las hazañas;
que, saliendo de España, dió un rugido
que lo dejó asombrado y aturdido.

. . . . . .

Llorad, naves del mar, que es destruída
vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,
tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
tu ira y la arrogancia que te ofende;
y tus viejos delitos y mudanza
han vuelto contra tí á pedir venganza.

—

Cuando con resonante
rayo y furor del brazo impetuoso
á Encélado arrogante
Júpiter poderoso
despeñó airado en Etna cavernoso;

Y la vencida tierra,
á su imperio rebelde quebrantada,
desamparó la guerra
por la sangrienta espada
de Marte, áun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
con la suave cítara presente,
cantó el crinado Apolo
entónces dulcemente,
y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
suspendía de dioses el senado;
y el cielo, que movía
su curso arrebatado,
el vuelo reprimía enajenado.
Halagaba el sonido
al piélago sañudo, al raudo viento
su fragor encogido,
y con divino aliento
las musas consonaban á su intento.

Imitador de Herrera, fué **D. Juan de Arguijo,** poeta sevillano, que nació á mediados del siglo XVI y murió bien entrado el XVII, de bastante edad. Pocas son las noticias de su vida, pero no debe su nombre quedar en el olvido, porque sus sonetos son de lo mejor que tenemos en castellano, reuniendo, como cualidades de su estilo, profundidad en el pensamiento y armonía en su perfecta versificación. Arguijo también tañía la vihuela como otros de los poetas antes nombrados. Es autor de 60 sonetos, que son sus más notables poesías; entre ellos figuran, en primera línea, *A la tempestad* y *Al Guadalquivir* ;

Yo vi del rojo sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desparece
su alegre faz, y en torno se obscurece
el cielo con tiniebla de horror llena:
El austro proceloso airado suena,
crece su furia, y la tormenta crece;
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto Olimpo, y con espanto truena.

Mas luego vi romperse el negro velo
deshecho en agua, y á la luz primera
restituirse apriesa el claro día.
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
miré, y dije: «¡Quién sabe si le espera
igual mudanza á la fortuna mía!»

—

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
hasta donde tu nombre se dilata,
preciosos dones de luciente plata
que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
rey de los rios entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros,
De la mayor ciudad, por quien famoso
alzas igual al mar la altiva frente,
respeta humilde los antiguos muros.

D. Luis de Góngora y Argote (1561-1627). Nació en Córdoba y, según parece, trocó sus apellidos conforme á la costumbre bastante frecuente en este siglo y en el posterior, anteponiendo el nombre de la madre al del padre, al estilo portugués. Estudió en Salamanca; después pasó á la corte, donde, dada la modestia de su fortuna, tuvo que solicitar un destino, sin lograrlo, durante once años de pretendiente; y por último, lo mismo que tantos otros vates, adoptó la carrera eclesiástica, alcanzando entonces la prebenda que no pudo conseguir en su estado seglar.—Antes hemos dicho que Herrera tal vez inicia la decadencia de nuestra poesía por la exageración altisonante; pues bien, Góngora, en realidad, la desenvuelve, llevando el pensamiento hasta el alambicamiento más intrincado y el estilo hasta los discreteos más laberínticos.—No es sólo á la verdad en nuestra patria donde se llega á tales aberraciones, sino que en Francia, Inglaterra é Italia ocurre el mismo fenómeno del «culteranismo». Góngora representa entre

nosotros el prototipo de semejante tendencia, llegando hasta lo inverosímil, y existen algunas de sus composiciones cuyo sentido es completamente inextricable.—Hay quien atribuye este conceptismo que ha dado nombre á todo un estilo «gongorino», á la enfermedad mental que empezó á padecer el poeta, y que comenzando por la pérdida gradual de la memoria, concluyó en la demencia y la imbecilidad. — Tal ha sido el influjo de Góngora en la poesía y aun en la prosa española, que la abundancia de lo florido, el rebuscamiento de la frase, la manera de retorcer la locución y el abuso de todas las galas retóricas, se ha perpetuado hasta nuestros días. — Así y todo, merece nuestro lírico uno de los sitios más señalados en la historia del arte literario, porque al lado de las extrambóticas concepciones de algunas de sus poesías, escribió otras que serán eterno modelo de perfecta belleza, y porque al mismo tiempo que la hinchada extravagancia llevada hasta el delirio, puede ofrecer ejemplos de encantadora sencillez y de sobriedad admirables. Para muestras: 1.°, de su estilo culterano y conceptuoso, trasladaremos algunos versos de sus celebérrimas *Soledades;* 2.°, como modelos de romances, íntegro *El Cautivo,* y trozos de *Angélica y Medoro;* 3.°, uno de sus más notables sonetos; 4.°, versos que pertenecen á una de las canciones más suaves que existen en el idioma castellano; y 5.° y último, una letrilla. ┼

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
(media luna las armas de su frente,
y el sol todos los rayos de su pelo)
luciente honor del cielo
en campos de zafiro pace estrellas;
cuando el que ministrar podía la copa
á Júpiter, mejor que el garzón de Ida,
naufragó, y desdeñado sobre ausente
y lagrimosas de amor dulces querellas,
da al mar, que condolido,
fué á las ondas, que al viento
el mísero gemido
segundo de Arión, dulce instrumento.

Amarrado al duro banco
de una galera turquesa,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena:
«¡Oh sagrado mar de España,
famosa playa y serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!
»Pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias,
»Tráeme nuevas de mi esposa
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros
que me dice por sus letras;
»Porque si es verdad que llora
mi cautiverio en tu arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.
»Dame ya, sagrado mar,
á mi demanda respuesta:
que bien puedes, si es verdad
que las aguas tienen lenguas;
»Pero, pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta:
aunque no lo debe ser,
pues que yo vivo en su ausencia;
»Pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
á nadie matarán penas.»
En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

....
Todo es gala el africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende
y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
son sus roncos atambores
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
vuela el cabello sin orden;
si lo abrocha, es con claveles,
con jazmines si lo coge.
....
Todo sirve á los amantes,
plumas les baten veloces,
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores.
Los troncos les dan corteza,
en que se guarden sus nombres
mejor que en tablas de mármol
ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra
ni blanco chopo sin mote;
si un valle *Angélica* suena,
otro *Angélica* responde.

Rey de los otros ríos caudaloso
que en fama claro, en ondas cristalino,
tosca guirnalda de robusto pino,
ciñe tu frente y tu cabello undoso;
Pues dejando tu nido cavernoso
de Segura en el monte más vecino,
por el suelo andaluz tu real camino
tuerces soberbio, raudo y espumoso;
A mí, que de tus fértiles orillas
piso, aunque ilustremente enamorado,
la noble arena con humilde planta,
Dime si entre las rubias pastorcillas
has visto que en tus aguas se ha mirado
beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

De la florida falda
que hoy de perlas bordó la alba luciente,
tejidos en guirnalda,
traslado estos jazmines á tu frente,
que piden, con ser flores,
blanco á tu seno y á tu boca olores.
Guarda de estos jazmines
de abejas era un escuadrón volante
ronco si, de clarines,
mas de puntas armado de diamante;
púselas en huída,
ycada flor me cuesta una herida.
Más, Clori, que he tegido
jazmines al cabello desatado,
y más besos te pido
que abejas tuvo el escuadron armado:
lisonjas son iguales
servir yo en flores, pagar tú en panales.

Ande yo caliente
y ríase la gente.

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente:
y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente:
y ríase la gente.

Cuando cubran las montañas
de plata y nieve el Enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente:
y ríase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando á Filomena
sobre el chopo de la fuente:
y ríase la gente.

Pase á media noche el mar,
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yépes y Madrigar
la regalada corriente;
y ríase la gente.

Pues amor es tan cruel,
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente:
y ríase la gente.

— **Los Argensolas.** Son tan análogos los dos hermanos (Lupercio y Bartolomé), hijos de Barbastro, que todos los tratadistas los consideran unidos como idénticos en sus aficiones y méritos. Lupercio Leonardo, el mayor (1563-1613), fué secretario de la emperatriz viuda doña María de Austria, y murió en Nápoles desempeñando también la secretaría de aquel virreinato. — Bartolomé Leonardo (1564-1633), siguió la carrera eclesiástica, sirvió de capellán á la antedicha emperatriz, acompañó á su hermano á Italia, y falleció de canónigo en Zaragoza. — No pueden figurar ciertamente los Argensolas en la categoría de astros de primera magnitud, pero por la corrección de su estilo, por el buen gusto que campea en sus escritos, y por haber sabido mantenerse correctos, huyendo de la corrupción que envenenaba las letras españolas, le es deudora nuestra literatura de gratitud por sus sanas producciones. — No se distingue ninguno de los dos

hermanos por carácter ó temperamento diferente, y como jefes ó directores de la escuela aragonesa, representan el clasicismo ora en sus sátiras, ya en sus canciones, y, por último, en sus sonetos; y á no saber que dos eran los ingenios que cultivaban las musas, bien se podría creer que era uno solo el autor de tan armoniosas composiciones. — Los «Horacios españoles», como han sido llamados, cultivaron todos los géneros. Ambos fueron poetas, historiadores ambos, aunque los trabajos que Lupercio escribió como cronista de Aragón se han perdido, lo mismo que muchos de sus versos, que él quemó, y de Bartolomé nos quedan unos *Anales de Aragón*, además de la *Historia de las Molucas*. Con más juicio y seso que ideal poético, deben brillar mejor como pensadores que como esclarecidos vates. — Para que pueda apreciarse la elegante dicción de uno y otro, trasladaremos aquí algunas muestras de sus escritos. — De Lupercio:

Lleva tras sí los pámpanos Octubre,
y con las grandes lluvias insolente,
no sufre Ibero márgenes ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.
Moncayo, comosuele, ya descubre
coronada de nieve la alta frente;
y el sol apenas vemos en Oriente,
cuando la opaca sombra nos lo encubre.
Sienten el mar y selvas ya la saña
del Aquilón, y encierra su bramido
gente en el puerto y gente en la cabaña.
Y Fabio, en el umbral de Táis tendido,
con vergonzosas lágrimas lo baña,
debiéndolas al tiempo que ha perdido.

—

Yo os quiero confesar, D. Juan, primero,
que aquel blanco y carmín de doña Elvira
no tiene de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero.
Pero también que confeseis vos, quiero,
que es tanta la beldad de su mentira,

que en vano á competir con ella aspira
belleza igual de rostro verdadero.
¿Mas qué mucho que yo perdido ande
por un engaño tal, pues que sabemos
que nos engaña así naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
ni es cielo, ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

De Bartolomé, son las siguientes líneas en que habla del llamado *Arbol triste* ó *Planta singadi de Ternate*. Como buen poeta, y siguiendo también en esto la tradición de los que dentro y fuera de España cultivaron la Historia más bien como poesía que como ciencia, hizo gala de su imaginación y estro en la obra que nos ocupa, publicada en 1609.

El sultán Aerio, Rey de Ternate, era entonces mozo de diez años —Criábalo su madre retirado en una casa de recreación de verdura, donde á la disposición agreste añadía bellezas del arte; y pudo tanto, que aquella flor admirable por su fragancia y por su nacimiento, que vulgarmente llaman *triste* y nace en Malabar y Malaca, sólamente abunda en los jardines de esta señora.

Adoraba ella en él, y criaba á su hijo en esta vanidad para que olvidase los principios que en Goa aprendió siendo niño en los colegios de la Compañía de Jesuítas. Finjen aquellos idólatras ó creen que en tiempos antiguos, una hija que tuvo, Parizataco, sátrapa, se enamoró del sol, y que habiéndole correspondido y obligado, puso su amor en otra, y no pudiendo sufrir la primera amante que la otra fuese preferida, se mató. De sus cenizas (porque en aquellas partes no ha caído aún el uso de quemar los cuerpos muertos), nació aquel árbol, cuyas flores, conservando la memoria del dueño, aborrecen al sol tanto, que no sostienen su luz...

Toda la noche dura esta fecundidad, hasta que la presencia del sol la esteriliza, y se cae con ella toda la flor y las hojas, y quedan los ramos lánguidos. Cesa súbitamente aquella fragancia que ennoblecía el aire de todos los olores de Asia, comprendidos en solo éste, hasta que, huyendo el sol del horizonte, vuelve la planta á florecer en sus tinieblas amadas como descansando con ellas del agravio que recibió

de la luz. Son los asiáticos perdidos por los olores en argumento de su lascivia.

Hemos hablado anteriormente de Fray Luis de León, que por ser maestro en todo lo fué en la poesía mística del siglo XVI. — Síguele en importancia, dentro de esa manifestación de la lírica sagrada, **Santa Teresa de Jesús** (1515-1582), que brilla asimismo como prosista. Nacida en Avila, tomó el hábito carmelita á los veinte años, siendo perseguida y denunciada al Santo Oficio por hipócrita é ilusa; pero venció á sus implacables adversarios, reformó su orden y fundó en doce años 17 conventos. A los sesenta y siete de edad murió, siendo beatificada en 1614 y canonizada en 1622. — Inspirada poetisa, no son, sin embargo, muchas sus obras en verso, y aun se duda de la autenticidad de algunas que se le atribuyen; acaso mejor supo en su prosa trasladar sus arrebatos ascéticos, sus visiones místicas y sus arrobamientos de éxtasis. Es de admirar en Santa Teresa la bella naturalidad con que produce su pensamiento y hasta la gracia elegante que manifiesta en sus *cartas*, contrastando con las exaltaciones del amor á Jesús, que inflama su alma. — Sus principales obras, son: *El camino de la perfección*, *Las Moradas* y sus *Epístolas*, entre otras. — El siguiente soneto, *A Cristo crucificado*, no sólo es una joya literaria, sino que bajo el punto de vista filosófico no ha llegado jamás á mayor altura el concepto de la más pura moral:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, mi Dios: muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme las angustias de tu muerte;
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
que, aunque no hubiera cielo, yo te amára,
y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera:
porque, si cuanto espero no esperára,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Estrofas de su glosa *Al amor de Dios*:

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
Aquesta divina unión,
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo,
y libre mi corazón:
mas causa en mí tal pasión
ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.
Sólo con la confianza
vivo de que he de morir;
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza:
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida,
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte:
mira que muero por verte,
y vivir sin tí no quiero,
que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
viendo que puedo perderte,
se me dobla mi dolor.
Viviendo en tanto pavor,
y esperando como espero,
que muero porque no muero.
¡Ah, qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Del *Camino de la perfección*, donde exhorta á la humildad:

Desasiéndonos del mundo y deudos, y encerrada aquí, con las condiciones que están dichas, ya parece que lo tenemos todo hecho y que no hay que pelear con nada ¡oh, hermanas mías! no os asegureis ni os echeis á dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabeis que no hay peor ladrón que el de casa, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado y cada una no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para perder esta santa libertad del espíritu que buscamos, que pueda volar á su Hacedor, sin ir cargada de tierra y de plomo.

Gran remedio es para esto traer muy continuo en el pensamiento la vanidad, que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar la

afición de las cosas que son baladíes y ponerla en lo que nunca se acaba; que aunque parece flaco medio, viene á fortalecer mucho el alma, y en las muy pequeñas cosas, traer gran cuidado; en aficionándonos á alguna, procurar apartar el pensamiento della, y volverlo á Dios, y Su Majestad ayuda; y hános hecho gran merced que en esta casa lo más está hecho. Puesto que este apartarnos de nosotras mismas y ser contra nosotras, es recia cosa porque estamos juntas y nos amamos mucho; aquí puede entrar la verdadera humildad, porque esta virtud y estotra, paréceme que andan siempre juntas, y son dos hermanas que no hay para qué las apartar...

† **San Juan de la Cruz** (1542-1591). «El Doctor Extático», como se ha llamado al hijo preclaro de Ontiveros, á los veintiún años tomó también el hábito del Carmen, y después de estudiar en Salamanca, se asoció á Santa Teresa para la reforma de la Orden. — Muy semejante en su temperamento poético á aquélla, es más desaliñado acaso en el verso que en la prosa, sin que estos lunares quiten dulzura á sus expresiones, ni mermen en nada la bella forma de su elegante poesía. — Entre sus composiciones, la imitación del «Cantar de los cantares», titulada *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*, es acaso la más notable, y de ella tomamos algunas estancias: †

Esposa.—¿Adonde te escondiste
amado, y me dejaste con gemido?
como ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras tí clamando y eras ído.
Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores, ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

En cuanto á su prosa, bien se prueba en ella la propiedad con que se le llamó con el sobrenombre antedicho, porque escribe como si estuviese embargado en deliquio constante. — En la *Llama de amor viva*, que es uno de sus mejores trabajos, alterando la significación propia de las palabras y frases, da un sentido místico á sus locuciones difícil de entender si no se penetra por completo en la intención del autor; pero aparte de esto, que puede parecer incorrección gramatical, abunda en elevación de ideas y hermosas galas imaginativas, como se comprueba en estos párrafos:

¡Oh, que será de ver aquí el alma experimentando la virtud de aquella figura que vió Ezequiel en aquel animal de cuatro formas y figuras, y en aquella rueda de cuatro ruedas, viendo su aspecto que era como de carbones encendidos, y como aspecto de lámparas! Y viendo la rueda, que es la sabiduría de Dios, llena de ojos de adentro y de fuera, que son admirables noticias de sabiduría! Y sintiendo aquel sonido que hacían en su paso, que significan muchas cosas en una! Y finalmente gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice era como el sonido de muchas aguas, y como sonido del altísimo Dios, que significan el ímpetu de las aguas divinas, que al caer el Espíritu Santo enviste el alma en llama de amor!

Gozando aquí la gloria de Dios en su amparo, y favor de su sombra, como allí tambien dice este profeta, que aquella visión era semejanza de la gloria del Señor! ¡Oh, cuán elevada está aquí esta dichosa alma! ¡oh, cuán engrandecida! ¡cuán admirable de lo que vé aun dentro de los límites de la fe! ¿Quién lo podrá decir? Infundida con tanta copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores, donde el Padre Eterno da con larga mano, el regadío superior y inferior, pues estas aguas, regando el alma y cuerpo penetran.

Fray Pedro Malón de Chaide. Hijo de Cascante, y nacido en 1530, ignórase la fecha de su muerte. Fué profesor de la universidad de Zaragoza, y de los estudios de Huesca, alcanzando gran reputación como orador sagrado. Resplandece en sus escritos la sencillez del maestro Luis de León, y en su estilo bíblico parafrasea los salmos. Como tenía por pecaminosa la aplicación de las formas profanas á los asuntos religiosos, es más

sobrio que nuestros dos santos nombrados anteriormente, y tuvo á Garcilaso como autor lascivo, que no debía leerse. En su *Tratado de la Magdalena*, escrito en prosa, intercala alguna composición en verso. No siempre consigue hermanar con su sobriedad el buen gusto, y queriendo en ocasiones parecer grandilocuente y elevado, degenera en enfático é hiperbólico. A veces, por último, se nota cierto descuido en su dicción, mezclando lo familiar con lo eminente, lo trivial y rastrero con lo sublime. Pero así y todo, no desmerece de nuestros primeros escritores ascéticos en prosa y verso, como lo demuestran las siguientes octavas sobre la felicidad del pecador arrepentido (imitando el «Cantar de los Cantares»), y el párrafo que sigue de la obra nombrada:

Ven, pues, amado mío, que las flores
de mil colores pinta la ribera,
la tortolilla llama á sus amores,
y nuestras viñas dan la flor primera.
¿No sientes ya, mi amado, los olores
de las silvestres yerbas? Sal, pues, fuera,
vámonos al aldea, y cogeremos
las rosas y azucenas que queremos.

Allí cuando el jardín del rico Oriente
abra la clara aurora, y enfrenando
los caballos del sol, saque el luciente
carro, tu y yo, mi amigo, madrugando,
saldremos á la huerta, á do la ardiente
siesta en alguna fuente conversando,
la pasaremos bajo algun aliso,
y no habrá para mí más paraiso.

Y cuando el rubio Apolo ya cansado
los sudados caballos zabullere
en el hispano mar, y algun delgado
zéfiro entre las ramas rebulfere,
y el dulce ruiseñor del nido amado
al aire con querellas le rompiere,
entonces mano á mano nos iremos,
cantando del amor que nos tenemos.

Allí me enseñarás, oh dulce esposo,
allí me gozaré á solas contigo,
allí en aquel silencio alto reposo
tendré, mi amado, en verte allí conmigo;
allí en fuego de amor (¡oh mas hermoso
que el sol!) me abrasaré, y serás testigo
de que te amo así, que por tí solo
el día me es escuro y negro Apolo.
Allí te alabaré, y en dulce canto
cantaré las grandezas que me has hecho,
y contaré, cómo tu brazo santo
con celestial poder rompió mi pecho,
y me libró del reino del espanto,
movido por amor de mi provecho;
y será de mi canto el fin y cabo,
Misericordia Domini cantabo.

¡Oh, sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! quién podrá decir lo que sienten entre los que te gozan.—¡Oh, ricas moradas de la celestial Jerusalén, adonde no se sabe qué cosa es noche, porque el cordero es tu sol que jamás se traspone! ¡Qué hermosas son Señor vuestras moradas! ¡qué dignas de ser amadas de todos! Desmaya Señor mi alma con el deseo de verme en ellas.—Mi corazón y mi cuerpo salen de sí de contento, y se alegran en Dios vivo. Es tanta la alegría que mi alma siente con acordarse de mi Dios, que como el corazón sea su principal asiento, y el cuerpo se gobierne por el corazón, al alegrarse el alma, el corazón no cabe en el pecho de contento, y así es fuerza que se dilate la alegría por todo el cuerpo. No queda potencia en mi alma, ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria—¡Oh pueblo! ¡oh alma! que deseais la causa de Dios, ensanchad ese deseo. Abrid ese corazón, que casa rica tiene Dios, para henchiros de bienes, y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas ni con el espacioso mar Océano ni confina con reinos extraños...

El **Padre Fray José de Sigüenza** (1545-1606). Poeta, é historiador de la Orden de Jerónimos, á que perteneció, nació en la ciudad de su apellido. Estudió en su país natal, y á los veinte años quiso embarcarse en la expedición que iba al socorro de

Malta; pero detenido por una enfermedad, cambió sus inclinaciones y se hizo monje. En el Parral de Segovia, y en El Escorial después, perfeccionó sus estudios, ayudando á Arias Montano en la biblioteca de este Monasterio. — Ocho meses estuvo encarcelado por un proceso de la Inquisición, y fué rector del colegio de San Lorenzo. — Asistió al Concilio de Trento; parafraseó también en verso castellano el «Cantar de los cantares», componiendo otros muchos libros, además de la dicha historia. — Para dar idea de su dicción, publicamos un soneto suyo, aunque no merezca elogio:

De tronco y de raíz firme y segura,
tierno pimpollo y bello se levanta
tan alto, que á la más crecida planta
humilde deja, y vence con su altura.
En medio de él, y en su mayor frescura,
brota una flor, y su fragancia es tanta,
que las almas eleva y las encanta
en sueño dulce de su gracia pura.
A pesar de los cierzos rigorosos
trueca el invierno triste en primavera,
y la más larga noche en claro día.
Llegad mortales, pues, llegad dichosos;
gozad más bien que él la edad primera,
pues cuanto el cielo tiene acá os lo envía.

Aludiendo á la historia que escribía, presenta el siguiente paralelo entre la crónica profana y la sagrada:

Historia (la suya) es humilde de humildes; contra la primera ley de historias que pide siempre cosas grandes. No se ven pensamientos ni discursos largos de príncipes para conquistar nuevos reinos, ó mudar de sus asientos grandes estados, descubrir nuevas provincias, trastornar repúblicas; consejos profundos de paz y guerra, trocar la faz y deshacer las suertes de todo esto temporal y visible; cosas que se huelgan todos de leellas; y con tanto gusto (ojalá con tanto fruto), que se olvidan de la comida y aun del sueño.

A mí no me dieron á escoger, que no es pequeña disculpa: abracé

mi suerte, que á muchos parecía desgraciada, estéril y pobre; y en lo que hasta aquí ha salido á luz, se han desengañado buena parte de ellos, y mudado de parecer. Certifican personas de buen juicio, que se han hecho evidencia, no solo ser sabrosa y de fruto la historia que trata casos raros y empresas grandes, y todo eso que llaman hazañoso, sino tambien la que se humilla al yermo, al claustro, al silencio, y al cilicio, y á cuanto tiene nombre de mortificación, que suena siempre tan mal á orejas del mundo.

Vése en esta historia trocado todo: y en vez de aquellas preñadas pláticas de los consejeros de estado; de los razonamientos de los capitanes para disciplinar el ejército, ó animar los soldados á la batalla; de aquellas promesas de la victoria, ó presagios de la suerte adversa; de las conjeturas de lo que pretende el enemigo; la loa del soldado valiente; la diligencia, destreza y ánimo del capitan; los varios trances de la fortuna; la alegría del buen suceso; la riqueza del despojo y de la presa; el número de los muertos y cautivos, los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro, ó derribaron las banderas enemigas, y otros cien particulares con que se enriquecen las historias profanas: en vez, digo, de todo esto, entran las amonestaciones santas, los consejos de una celestial prudencia, donde se descubre la sutileza y el ingenio de nuestro mortal enemigo; la perseverancia en el ejercicio santo; la fortaleza en el rigor de la penitencia; el fruto de la oracion contínua; la sumision del cuerpo; el desprecio de sí mesmo; el desengaño de las cosas visibles; la victoria contra nuestras pasiones; la lucha porfiada contra nuestros apetitos; la esperanza del premio...

D. Alonso de Ercilla (1533-1594). El noble hijo de Madrid, «menino» ó page del Príncipe D. Felipe (Felipe II), brilló en la carrera de las armas durante la campaña de Chile, donde fué muy joven para someter á los habitantes del Valle de Arauco; y las hazañas observadas dieron vida á su poema, uno de los pocos que del género épico ha producido nuestra musa. Visitó, además de América, las Cortes de Inglaterra y Alemania, y no hubiera vuelto á la Península tan pronto como lo hizo desde Ultramar, á no haber sido por destierro de un desafío. — Escrita *La Araucana* en octavas reales, y distribuída en 37 cantos, viene á ser como una crónica de aquella lucha, en donde los casos de valor y extrañas escenas excitaron la imaginación del autor.

Adolece de gran monotonía, y su asunto se reduce á narrar la expedición de los españoles contra los araucanos á las ordenes de D. García Hurtado de Mendoza. — En cuanto á su lenguaje, peca de pedestre y vulgar con frecuencia; y aunque fáciles sus rimas, ni son elegantes ni esmeradas; no obstante, por la energía de la sentencia, á veces, y lo gráfico de la expresión, hay episodios dignos de nuestros mejores vates. — Para que puedan estimarse las cualidades de esta composición, dividida en tres partes y publicadas sucesivamente con intervalo unas de otras de varios años, transcribiremos de la arenga de Colocolo:

Caciques, del estado defensores,
codicia del mandar no me convida
á pesarme de veros pretensores
de cosa que á mí tanto era debida;
porque, segun mi edad, ya veis, señores,
que estoy al otro mundo de partida;
mas el amor que siempre os he mostrado
á bien aconsejaros me ha incitado.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
y ser en opinión grande tenidos,
pues que negar al mundo no podemos
haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
estando aun de españoles oprimidos:
¡mejor fuera esa furia ejecutalla
contra el fiero enemigo en la batalla!

¿Qué furor es el vuestro ¡oh, araucanos!
que á perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido
no sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
á los pechos de aquellos que os han puesto
en dura sujeción, con afrentoso

partido, á todo el mundo manifiesto:
¡anzad de vos el yugo vergonzoso;
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
no derrameis la sangre del estado
que para redimirnos ha quedado.
No me pesa de ver la lozanía
de vuestro corazón, antes me esfuerza;
mas temo que esta vuestra valentía,
por mal gobierno, el buen camino tuerza:
que, vuelta entre vosotros la porfía,
degolleis nuestra patria con su fuerza:
¡cortad, pues, si ha de ser de esa manera
esta vieja garganta la primera!

D. Bernardo de Valbuena (1568-1629). Nació en Valdepeñas, llegó en su carrera eclesiástica á obispo de Puerto-Rico, y antes á abad de Jamaica. Escribió églogas imitando á Garcilaso, y cultivó, lo mismo que el anterior, la poesía épica, género raro en España. Su obra principal es *El Bernardo*, poema en que alternan por igual las grandes bellezas y los grandes defectos, como producto de su primera juventud. Ni en la concepción del héroe (Bernardo del Carpio), ni en la distribución del plan, se puede censurar á Valbuena. — Su asunto es como sigue: Criado Bernardo por el mago Orestes, le designan las hadas enemigas de Carlo Magno como el héroe que revestido de las armas de Aquiles ha de acabar con el poder de aquel soberbio emperador. Marcha Bernardo en busca de las armas prometidas, penetra hasta el Oriente donde tiene cien encuentros y aventuras, hasta que por fin consigue hallarlas, arrebatándoselas á Ayax Telemon, que las guardaba ocultas desde el sitio de Troya. Con ellas vuelve á España, donde se une al ejército de su tío el rey Alfonso «el Casto»; el cual ejército, moviéndose contra el de Carlo Magno, lleva á cabo la grandiosa batalla de Roncesvalles, en la que Roldán queda vencido y muerto por nuestro héroe. — Es digna de ser leída la descripción de la lucha entre protagonista y antagonista:

Cual generoso león que entre el rebaño
de algún collado de Getulia estrecho,
cansado de matar y de hacer daño,
las garras lame, y el sangriento pecho,
si un dragon vé venir de bulto extraño,
la oveja que á matar iba derecho
deja, y encrespa crin y aire brioso
se arroja al enemigo poderoso;

Así el bravo español, viendo de lejos
lucir las armas del señor Anglante,
tras sus nuevos vislumbres y reflejos
feroz sale á ponérsele delante,
herida el alma de los tristes dejos
del malogrado primo y tierno amante;
bien que el Marte francés al desafío
no salió con menor aliento y brío.

Antes en fuego de honra ardiendo el pecho,
y en deseos de venganza: «Oh fiero hispano,
dijo, que el mundo á golpes has deshecho
¿quién te dará ya libre de mi mano?
Bien que la recompensa al daño hecho
será buscarle igual, cuidado vano;
mas muere, y deje ahora aquí mi espada,
si no el agravio, la honra reparada.»

Así dijo; y cual dos dragones fieros
que en los marsilios campos con la ardiente
ponzoña que vomitan, los postreros
árboles se arden, y su hervir se siente,
gimen las cotas y escamados cueros,
tiembla del grave monte la eminente
altura, y ellos la abrasada arena
de roscas tienen y de golpes llena;

Tales los dos furiosos combatientes
en su horrible batalla andan cubiertos
de espantosas heridas, y valientes
golpes, furias, coraje y desconciertos,
rotas las finas armas, los ardientes
yelmos y arneses sin piedad abiertos,
sus penachos, escudos y testeras
ya hechos rajas cubren las laderas.

Dió Orlando al de León con Durindana
á dos manos un golpe en el escudo,
que ni el temple acerado, ni la sana
pasta valerle, en su defensa, pudo:
que ya partido en dos hasta la grana
de sus venas no entrase el filo agudo,
matizando el color la malla toda
del fino rosicler de sangre goda.
....
Antes, llevando á cércen la alta cresta
del encantado yelmo sin segundo,
bajando al hombro la cruel respuesta
vivo llegó su filo á lo profundo:
corrió la primer sangre á la floresta
que del fuerte Roldán conoció el mundo,
y él de ver su arnés roto, y él herido,
quedó, más que del golpe, sin sentido.

Cultivador también del género épico, es **Fr. Diego de Hojeda,** religioso Dominico, hijo de Sevilla, de cuya vida se ignoran otros detalles que el de haber sido en Lima regente de los Estudios de predicadores. — El autor de *La Cristiada* (que se imprimió en 1611), tomó gran parte de su obra, según se dice, de un poema latino, que con el mismo título compuso Jerónimo Vida. — Empieza la obra en la Cena y concluye en la Crucifixión. — El lenguaje es desigual, no manteniéndose la dignidad propia de un poema de esta índole, máxime cuando se trata de asunto tan elevado; pero en cambio, lo sobrenatural, que constituye en esta obra la «máquina ó maravilloso», está bien concebido y desenvuelto, sin que pueda alcanzar este aplauso á la manera de trazar los caracteres. — Para juzgar del estilo de Hojeda, trasladamos unas octavas, que han sido extraordinariamente elogiadas, sin que su mérito explique semejante alabanza:

«¿Es posible, inmortal noble criatura,
que miras á tu Dios en cruz desnudo,
y ofreces luz á aquella gente dura
que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?

Cubre tu clara faz de noche oscura,
con razón fiero y con verdad sañudo,
desate el mundo así sus gruesas nieblas,
y á su Criador conozca en tus tinieblas.»
Dijo, y el sol avergonzado luégo,
sus rayos en sí propio recogidos,
negó su bella lumbre al mundo ciego
por dejar á los hombres confundidos:
espantóse el romano, admiró al griego,
ambos en esta ciencia esclarecidos,
ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
se quedó pertinaz en su deseo.
¡Oh, Dios! cuando tu luz no resplandece
ni la luz sirve, ni aprovecha el día,
para que el hombre ciego no tropiece,
y ciego se despeñe en su porfía,
ni el quitarle la luz más luz le ofrece,
que quien bañado en luz la luz no vía,
¿qué hará en las tinieblas sumergido?
Dormir en noche oscura y torpe olvido.
Bajó Miguel después triste al Calvario
con su escuadrón de ardientes serafines
do temblaba Luzbel, su gran contrario,
con otro que lo fué de querubines:
y estuvo allí asistiendo al santuario
de Dios, con sus trompetas y clarines,
tambores destemplados, y banderas,
y otros mil instrumentos, y armas fieras.
Mientras esto pasaba, el rey sagrado
ardiendo el corazón, secas las venas,
y por las cuatro llagas desangrado,
fuentes de nuestra gloria, y de sus penas,
con sed del cuerpo y almas abrasado,
pero con luces claras y serenas,
—«Sed tengo»—dijo; y con feroz denuedo
uno á beber le dió vinagre acedo.

De menos mérito que el anterior, es el poema titulado *Monserrate*, del capitán **Cristóbal de Virués** (1548-1616).—Este poeta

valenciano escribió, además, cinco tragedias, que no le dieron tanta fama como la leyenda de la Iglesia española del siglo IX, á que se refiere el «Monserrate».— Su asunto es el pecado y penitencia de Juan Guarín, que deshonra y mata luego á la hija del conde de Barcelona, y arrepentido de su obra, tal es su remordimiento que logra de la divinidad sea su víctima vuelta á la vida; y apareciéndosele la Virgen, funda el penitente para memoria de tan extraordinarios hechos el soberbio santuario. Consta el poema de 20 cantos, versificados con fluidez, y siempre fué muy estimado desde su publicación en 1588. — A continuación van algunas estrofas describiendo á Monserrate:

Cual famosa ciudad puesta en la raya
del enemigo reino poderoso,
donde mil torres y atalayas haya
sobre un asiento altísimo y hermoso,
y que entre el cerco, torre y atalaya,
se muestre el alto templo suntuoso,
la casa principal, los capiteles,
las almenas, las cruces y pineles;

Así parece desde lejos vista
la sierra, porque están los picos puestos
con tal concierto, que uno de otro dista
casi á nivel en el altura y puestos:
engañan al juicio y á la vista,
que parece por arte estar dispuestos,
y por entre ellos ver con varias luces
templos, almenas, capiteles, cruces.

Están las peñas como si aserradas
ó partidas á mano hubiesen sido,
ménos ó más en partes levantadas,
segun ménos ó más hayan crecido;
y de vellas la gente así cortadas,
y el monte en tantas partes dividido,
fué *Mont-Serrat* en catalán llamado,
que es lo mismo decir monte aserrado.

Pero la universal lengua de España,
de *Mont Serrat* llamóle Monserrate,

y así se ha de llamar esta montaña
por cualquier que en tal lengua della trate;
fuera otra cosa afectación extraña,
y quitar á la lengua su quilate,
pues es en ella propio ya tal nombre,
y así es razón, señor, que yo la nombre,
Aunque es mejor nombralla un paraíso,
según es la alegría y el consuelo
de que dotar del monte el aire quiso
el liberal y favorable cielo:
gozo divino, celestial aviso
lleno de clara luz, claro desvelo
influye el rico clima eternamente
del fértil y alto monte al aire ambiente.

Cultivador también del género épico, es **D. José de Villaviciosa** (1589-1658), hijo de Sigüenza, canónigo é inquisidor, publicando su *Mosquea* en 1615. — Este poema burlesco sigue el plan de la *Eneida*, de Virgilio, é imita á la *Batracomiomaquia* de Homero cantando la guerra entre las moscas y las hormigas. — En opinión de los críticos, es acaso, bajo el punto de vista del plan, el mejor de los poemas castellanos. — El argumento se reduce á que llegando á la capital de las moscas la noticia del armamento que hacen las hormigas, se preparan á la guerra, convocan sus aliados y se pone el ejército en campaña; peléase encarnizadamente, y muerto Sicoborón, Aquiles de las moscas, triunfan las hormigas.—Ejemplo:

Resuena el grito en el altivo polo
que tanta gente desde el suelo envía:
túrbase entonces la región de Eolo
con tan súbita y grande vocería;
entre nubes de polvo el claro Apolo
metió la cara, oscureciendo el día,
y al son de las trompetas y atambores
la tierra se espantó con mil temblores.
Parten á darse los primeros botes
de las lanzas los fuertes caballeros,

cercanos ya por los ligeros trotes
de sus bravos caballos y ligeros:
llegan, diciendo injuriosos motes,
y para herirse los caudillos fieros
en los estribos con furor se plantan,
y airados en las sillas se levantan.

Mézclanse con los unos los contrarios,
y todos juntos con furor se pegan
golpes tan sin piedad y temerarios,
que los ecos sin duda al cielo llegan;
los unos y otros con lamentos varios
de los adversos ímpetus reniegan,
y al cielo vuela y desde el suelo sube
de las quebradas lanzas una nube.

. . . . . .

Ya los caballos el rigor no sienten
de la dorada espuela ó acicate,
y sólo sirven de que allí revienten
cuando el hijar cansado se les bate:
ya los fieros soldados no consienten
que dure más el bélico combate,
cuando no sufre el cuerpo la acerada
malla, ni el brazo la sangrienta espada.

Como los galgos que la lengua estiran
y con la fuerza del cansancio anhelan,
que aunque la liebre por los campos miran
no la persiguen ni tras ella vuelan:
entre la sombra y matas se retiran,
y aunque en los vientos nuevo rastro huelan,
la fatiga sus miembros embaraza,
sin que se atrevan á seguir la caza...

Pablo de Céspedes (1536-1608). Natural de Córdoba, estudió en Alcalá, y como discípulo aventajado sustituyó á Ambrosio de Morales. Estuvo en Roma dos veces, y desempeñó el cargo de racionero de la catedral de Córdoba. Fué procesado como tantos otros por el Santo Oficio. Poseía á la perfección el árabe, hebreo, griego y latín, además de algunas lenguas modernas. — Consta que escribió varios discursos sobre materias filosóficas y artísticas

y multitud de poesías y gran parte de un poema sobre el *Cerco de Zamora*, pero todo esto se ha perdido. — Al igual de los genios de su tiempo, como Miguel Angel, su maestro, cultivó todas las artes, desde la pintura á la escultura y la poesía. De su poema *La Pintura*, que se cree no llegó á concluir, nos quedan algunos trozos, entre los cuales elegimos los siguientes donde se pinta al caballo:

Que parezca en el aire y movimiento
la generosa raza do ha venido,
salga con altivez y atrevimiento
vivo en la vista, en la cerviz erguido;
estribe firme el brazo en duro asiento
con el pié resonante y atrevido,
animoso, insolente, libre, ufano,
sin temer el horror de estruendo vano;

Brioso el alto cuello y enarcado,
con la cabeza descarnada y viva;
llenas las cuencas, ancho y dilatado
el bello espacio de la frente altiva;
breve el vientre rollizo, no pesado,
ni caído de lados, y que aviva
los ojos eminentes; las orejas
altas, sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
con los músculos fuertes y carnosos;
hondo el canal dividirá derecho
los gruesos cuartos limpios y hermosos;
llena el anca y crecida, largo el trecho
de la cola, y cabellos desdeñosos,
ancho el hueso del brazo y descarnado;
el casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero
si acaso caminando ignota puente
se le pone al encuentro, y delantero
preceda á todo el escuadrón siguiente;
seguro, osado, denodado y fiero
no dude de arrojarse á la corriente
ráuda, que con las ondas retorcidas
resuena en las riberas combatidas.

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

Si de léjos al arma dió el aliento
ronca la trompa militar de Marte,
de repente estremece un movimiento
los miembros, sin parar en una parte;
crece el resuello, y recogido el viento,
por la abierta nariz, ardiendo, parte;
arroja por el cuello levantado
el cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
de la fiera cerviz con fiero asalto,
cuando con los relinchos encendidas
el aire y blanca nieve á Pelio alto,
las matas más cerradas esparcidas
al vago viento igual de salto en salto,
en el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della;

Tal el gallardo Cílaro iba en suma,
y los de Marte atroz iban iguales;
fuego espiraba la albicante espuma
de los sangrientos frenos y bozales;
tal con el tremolar de líbia pluma
volaban por los campos desiguales
con ánimos y pechos varoniles
los del carro feroz del grande Aquíles.

De igual manera que en la poesía lírica, hubo la escuela erudita y la popular, sirviendo la primera al gusto italiano introducido en España, y la segunda, al desarrollo del Romancero, ocurrió en la escena la lucha entre lo que se llamó el «uso antiguo» y el «uso nuevo», ó sea la imitación de las tragedias clásicas hecha por las gentes cultas, y que no podían interesar á la masa general del pueblo, y la escuela de los que querían convertir los juegos tradicionales de las fiestas públicas que hemos visto aparecer con el nacimiento de la lengua, seguir con los misterios, y que habían de llegar con el espíritu de Lope, principalmente, á constituir nuestro verdadero teatro nacional. — A principios de este siglo XVI que nos ocupa, Vasco Díaz Tanco, Villalobos, médico de Fernando «el Católico», Simón de Abril, célebre humanista, y

otros de quienes hemos hablado, y varios de los cuales hablaremos más adelante, emprendieron la traducción de tragedias griegas y latinas para ver de aclimatarlas en nuestra escena. — El primer autor que trata en nuestro teatro de un asunto moderno, es Bermúdez, y el argumento, la venganza que tomó D. Pedro contra los matadores de doña Inés de Castro, con el título de *Nise Lastimosa*. El título de Nise no es más que el anagrama en forma pseudo-clásica de la palabra *Inés*. También es de Bermúdez *Nise Laureada*, escrita en verso libre endecasílabo, y su asunto los poéticos amores de las dos figuras antes nombradas. — **Jerónimo Bermúdez** era gallego, monje dominico y catedrático después de la Universidad de Salamanca. No se sabe de él otros pormenores sino que en 1577 imprimió sus obras con el pseudónimo de Antonio de Silva. — El corte, sin embargo, de estas obras, es enteramente antiguo, de modo que pueden considerarse las de este autor como el tránsito de las traducciones griegas y latinas al teatro moderno. — Transcribiremos algunos versos que den idea de cómo se manejaba la lengua en el teatro en los primeros momentos de constituirse:

Doña Inés.— Amigos
Venid también vosotros: á tal punto
no me dejeis: pedid misericordia,
pedid misericordia por aquesta
tan inocente cuanto desdichada.
Llorad el desamparo de estos niños
tan tiernos y sin madre. —¡Mis amores!
el padre veis aquí de vuestro padre;
aquel es vuestro abuelo y señor nuestro;
la mano le besad; á su clemencia
os entregad, pedidle que la emplee
en esta vuestra madre, cuya vida
os vienen á robar.
Coro.— ¡Quién puede verte
que no se ablande y llore!

Rarísima vez en nuestra métrica se ha empleado el verso

suelto en arte menor. Bermúdez, en la *Nise lastimosa*, escribe los siguientes, fluídos y cantables.

¡Oh corazones
más que de tigres!
¡Oh manos crudas,
más que de fieras!
¡Cómo pudísteis,
tan inocente
tan apurada
sangre verter!
¡Ay! que su grito
oh! Lusitania,
oh! patria mía
Ay! que su grito
desde la tierra
rompe los cielos
rompe las nubes
rompe los aires
trae las llamas
del celo vivo,
trae los rayos
del vivo fuego
que purifica
toda la tierra
contaminada
con la crudeza
que cometísteis!
.....

En este siglo XVI, que cierra Cervantes y que se puede decir anuncia para la dramática á Lope de Vega, se inaugura el verdadero teatro nacional que habían de inmortalizar el Fénix de los ingenios y Calderón de la Barca, particularmente. — Preceden á estos colosos algunas personalidades preeminentes como, por ejemplo, **Bartolomé de Torres Naharro.** La mayor parte de los pormenores referentes á la vida de este padre de la escena española están envueltos en completa oscuridad. Nació en la Torre (Badajoz), se halló cautivo en Argel; habiendo sido rescatado, pasó á Roma, donde residió el resto de su vida; hízose sacerdote y hallóse al servicio de la famosa casa de Fabricio Colonna, general del Pontífice. Y de igual modo que se ignora la fecha de su nacimiento, tampoco se sabe la de su muerte. En Nápoles imprimió juntas, con el título de *Propaladia*, en 1517, varias comedias españolas, que se representaron en Roma. Debió conocer á Juan de la Encina, porque hacia la misma época se encontraba dicho poeta en la capital del orbe cristiano, y aun parece que lo imita; por más que el paso dado en pro de la formación del verdadero teatro moderno, no es comparable con las églogas de Encina por lo extraordinario é importantísimo.—

Naharro acompañó de un prólogo didáctico sus comedias, dando reglas y estableciendo leyes para las representaciones dramáticas. Divide éstas en dos clases: en comedia «á noticia», y comedia «á fantasía»; entendiendo por la primera la que copia escenas de la vida real, y por la segunda, el poema imaginativo fingido, que tenga color de verdad, aunque no lo sea. Ocho son las impresas *Serafina, Himeneo, Aquilano, Calamita, Soldadesca, Tinelaria, Jacinta* y *Trofea*. Las cuatro primeras, novelescas; las tres siguientes, de costumbres, y la última, en elogio del rey de Portugal D. Manuel. — Como modelo antecedente para las confianzas entre amos y criados, que después había de repetirse constantemente en nuestro siglo de oro, señalaremos el siguiente diálogo entre Leoncio y Floristán, tomado de *Serafina:*

L.—Señor, no te desesperes:
que de todo lo que fundo,
la peor gente del mundo
somos hombres y mujeres.
F.—Por tu fé, pues que te obliga
la voluntad que te tengo,
si delante della vengo,
¿qué será bien que le diga?
L.—Si no recibes fatiga,
pues consejo me pediste,
dime qué le prometiste
el tiempo que fué tu amiga.
F.—Tú sabrás sin que te mienta,
que le vine á prometer
de tomarla por mujer,
cuando ella fuese contenta:
quiso más vivir exenta
que no servirse de mí,
lo cual yo le requerí
de una vez hasta cincuenta.
L.—Por eso no hayas temor.
. . . . . .
Escucha mi parecer:
ella te manda buscar
y buscará todavía,
yo digo que bastaría
que te dejases hallar;
y con buen disimular
llegarás á ver qué quiere,
y entonces como digere
tú le podrás replicar.
Mas vé con tal discreción
y acuérdate siempre desto:
que no te vea en el gesto
lo que vá en el corazón:
que mujeres cuantas son
son vivas como centellas;
que en ver que penan por ellas
luego toman presunción.
. . . . . .

Naharro, por lo general, escribe en verso octosílabo con pie quebrado y rimas cruzadas. Su estilo es el llano y natural que después cultivan los grandes maestros, aunque no deja de lucir en

los momentos solemnes el tono elevado de la obra dramática.— Trasladaremos, por último, para dar una idea de cómo manejaba los asuntos el padre del teatro español, los argumentos de *Himeneo* y *Tinelaria*.

Himeneo, así se llama el galán, ronda la calle de su amada, acompañado de sus criados, y en un diálogo que entabla con uno de ellos, entera al público de sus proyectos. Retírase y sale el Marqués, hermano de Felisa, que seguido de su gente guarda la casa, cuidadoso del honor de su familia. Esto forma la materia del primer acto. — En el acto segundo vuelve Himeneo. Felisa se asoma á la ventana y habla con su amante, que le pide una cita para la siguiente noche. Retírase al rayar el día, pero es descubierto por el Marqués, que intenta desde luego arrojarse sobre él y castigarle, pero desiste á instancias del criado que le indica es mejor sorprenderle al día siguiente, á la hora de la cita. — El tercer acto es episódico é inútil, y se convierte en amores de criados y de pajes. — En el cuarto, que es el de la noche de la cita, Himeneo se introduce en la casa dejando fuera á los criados, que echan á correr en cuanto llega el Marqués. Entra éste en casa furioso, resuelto á lavar con sangre su agravio. — En el quinto, el Marqués se presenta á su hermana, y le dice que va á morir, pero sale Himeneo y declara quién es, y pide la mano de Felisa, concluyendo la comedia con el casamiento y con un villancico en alabanza del amor.

El de *Tinelaria* se desarrolla en Roma, en casa de un cardenal, y se reduce á que sus criados, con lo que le hurtan, comen y gastan, y viven en la mayor disolución y abandono. Al acabar la primera jornada se van á almorzar; la segunda se gasta toda en comer; en la quinta cenan y se emborrachan también. Desde el primero al último de los personajes, que llegan á 22, todos son ladrones, glotones, borrachos, maldicientes, blasfemos, provocativos y disolutos. El autor apela al arbitrio infeliz de introducir diferentes idiomas para animar el diálogo.

Un Pedro de Altamira, entre otros, autor de segundo orden, resucita las obras dramáticas del género sagrado; Juan de Timoneda imita obras antiguas, y **Lope de Rueda** es quien continúa

con acierto el trabajo del anterior. Ignórase la fecha de su nacimiento; se calcula que fué á principios del siglo XVI, dándose á conocer á mediados del mismo. Abandonó su primitivo oficio de batidor de oro por el de hacer comedias, y á imitación del célebre Moliére y de Shakespeare en Inglaterra, es autor al mismo tiempo que cómico; Cervantes y Antonio Pérez lo elogian. Probablemente murió en Córdoba hacia 1567; pormenor que se conoce porque el cabildo catedral mandó que se le enterrase entre los dos coros del templo: muestra que indica el aprecio en que se le tuvo; pues enterramiento sagrado se le discutió en Francia al poeta nombrado más arriba, siglo y medio más tarde. — Lope de Rueda escribió en prosa todas sus obras, que consisten en cuatro comedias, siete pasos y dos coloquios (uno solo de éstos además, debe añadirse, en verso), publicadas en Valencia por Timoneda, el citado amigo suyo en la fecha últimamente escrita. — El influjo de Rueda es decisivo en adelante dentro de nuestra escena, entre otras razones, porque continúan su obra los dos poetas y actores de su compañía, Vega y Cisneros, unidos á la de Timoneda, y que determinan el gusto del público en lo sucesivo. — Entre las obras de Rueda citaremos el pasillo de *Las aceitunas*, y la comedia *Los engaños*, cuyos argumentos son los siguientes:

Las aceitunas.—El labrador Toribio dice á su mujer que ha plantado un olivo. — Ella calcula lo que aquel olivo producirá dentro de seis ó siete años y el olivar que podrá plantar con sus productos. Embebida con estas cuentas galanas, le dice al marido que llevará las aceitunas al mercado y Mencigüela las venderá á dos reales; el marido cree que sólo deben venderse á catorce ó quince cuartos, y sobre esto promueven una fuerte disputa que se resuelve en reconvenciones y golpes dados á la hija porque promete á los dos venderlas al precio que cada uno dice, en cuyo tiempo llega un vecino y pone término á aquella ridícula contienda. — El argumento de *La Comedia de los engaños* nos presenta á una joven que se disfraza de hombre para sembrar la discordia entre su amante y su nueva rival, y tiene algunas escenas divertidas. — Ahora veamos, gracias á su brevedad, el pasillo citado primero:

Torubio. ¡Válgame Dios, y qué tempestad ha hecho desde el resquebrajo del monte acá, que no parescía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora que os terná aparejado de comer la señora de mi mujer, así mala rabia la mate! ¿Oislo? ¡mochacha! ¡Mencigüela! Si todos duermen en Zamora! ¡Agueda de Turuégano! ¿oislo?

Mencigüela. ¡Jesús, padre! y habeisnos de quebrar las puertas.

Torubio. Mira qué pico, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra madre, señora?

Mencigüela. Allá está en casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á cocer unas madejillas.

Torubio. Malas madejillas vengan por ella y por vos; andad y llamadla.

Agueda. Ya, ya, el de los misterios: ya viene de hacer una negra carguilla de leña; que no hay quien se averigüe con él.

Torubio. Si; carguilla de leña le paresce á la señora; pero al cielo de Dios, que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, y no podíamos.

Agueda. Yá, noramala sea, marido; ¡y qué mojado que venís!

Torubio. Vengo hecho una sopa de agua, mujer: por vida vuestra que me deis algo que cenar.

Agueda. ¿Yo qué diablos os tengo de dar si no tengo cosa ninguna?

Mencigüela. ¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña.

Torubio. Sí, despues dirá tu madre que es el alba.

Agueda. Corre, mochacha, aderézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama; y os aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

Torubio. ¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle, como me rogaste?

Agueda. Calla, marido, ¿y dónde le plantaste?

Torubio. Allí junto á la higuera breval, adonde si se os acuerda os dí un beso.

Mencigüela. Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está aderezado todo.

Agueda. Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas allá, y

plantas acullá, de aquí á veinticinco ó treinta años teneis un olivar hecho y derecho.

Torubio. Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lucido.

Agueda. Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? que yo cogeré el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las dés menos el celemín de á dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? No veis que es cargo de conciencia, y nos llevará el almotacén cad' al día la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemín.

Agueda. Callad, marido, qu' es el vidueño de la casta de los de Córdoba.

Torubio. Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

Agueda. Hora no me quebreis la cabeza: mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de á dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Mencigüela. A como quisiéredes, padre.

Torubio. A catorce ó quince dineros.

Mencigüela. Así lo haré, padre.

Agueda. ¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

Mencigüela. A como mandáredes, madre.

Agueda. A dos reales castellanos.

Torubio. ¿Cómo á dos reales castellanos? Y' os prometo que si no haceis lo que y' os mando, que os tengo de dar más de doscientos correazos. ¿A cómo has de pedir?

Mencigüela. A como decís vos, padre.

Torubio. A catorce ó quince dineros.

Mencigüela. Así lo haré, padre.

Agueda. ¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hace lo que y'os mando.

Torubio. Dejad la mochacha.

Mencigüela. ¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

Aloja. ¿Qué es es eso, vecinos? ¿Por qué maltratais así á la mochacha?

Agueda. ¡Ay señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á

menos precio, y quiere echar á perder mi casa: ¡unas aceitunas que son como nueces!

Torubio. Yo juro á los huesos de mi linage, que no son ni aun como piñones.

Agueda. Sí son.

Torubio. No son.

Aloja. Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

Agueda. Averigüe ó póngase todo del quebranto.

Aloja. Señor vecino, ¿qué son las aceitunas? Sacadlas acá fuera que yo las compraré aunque sean veinte hanegas.

Torubio. Qué, no señor, que no es de esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

Aloja. Pues traedlas aquí que y' las compraré todas al precio que justo fuere.

Mencigüela. A dos reales quiere mi madre que se venda el celemín.

Aloja. Cara cosa es esa.

Torubio. ¿No le parece á vuesa merced?

Mencigüela. Y mi padre á quince dineros.

Aloja. Tenga yo una muestra dellas.

Torubio. Válgame Dios, señor, vuesa merced no me quiere entender. Hoy he y' plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi muger que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceituna, y que ella la cogería, y que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese; y que á fuerza de drecho había de pedir á dos reales por cada celemín: yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

Aloja. ¡Oh qué graciosa quistión! Nunca tal se ha visto: las aceitunas no estan plantadas, ¿y ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

Mencigüela. ¿Qué le parece señor?

Torubio. No llores, rapaza: la mochacha, señor, es como un oro. Hora, andad, hija, y ponedme la mesa que y'os prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieran.

Aloja. Hora andad, vecino, entráos allá dentro, y tené paz con vuestra muger.

Torubio. Adios, señor.

Aloja. Hora por cierto, que cosas vemos en esta vida, que ponen espanto: las aceitunas no están plantadas, y ya las habemos visto reñidas.

Merced á las causas anunciadas y á Naharro, el teatro se lanza en este camino, y de tal progreso da cuenta así Cervantes: «En tiempo de este célebre autor, todos los aparatos de un autor de comedia se encerraban en un corral y se cifraban en cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado, y con cuatro barbas y cabelleras y cuatro calzados, poco más ó menos... No había figura que saliera del centro de la tierra por lo hueco del teatro, el cual lo componían cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacían lo que se llamaba vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra alguna, romances antiguos... Sucedió á Lope de Rueda, Navarro, natural de Toledo, famoso en hacer la figura de rufián cobarde. Este levantó algún tanto más el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y baules. Sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público, quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representasen á cara rasa, si no era los que habían de representar los viejos ú otras figuras que pidieren mudanza de rostro. Inventó tramoyas, rayos, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas.»

Gracias también á **Juan de la Cueva** (1550-1606), el teatro español no interrumpe el camino emprendido, prosiguiendo la senda en que había de recoger los frutos, á poco, Lope de Vega. — Cueva, hijo de Sevilla, dotado de talento é instrucción, produjo sus versos con facilidad, aunque incorrectos; innovó en materia de escena, exornándola con un movimiento hasta entonces desusado; procuró levantar la comedia á nivel más decoroso; y aunque no fué autor atinado y discreto, merecen indulgencia sus errores y alabanza sus designios. — Muchas fueron sus obras: unas se refieren á la historia antigua, otras á la nacional; éstas de pura fantasía, tales como *El Infamador*, que se cree sirvió luego á Tirso para el *Burlador de Sevilla*, y el primer *D. Juan*, por consiguiente; aquéllas, en fin, pertenecen al género alegórico,

con intervención de entidades quiméricas. — A continuación damos dos modelos de su manera de versificar en distintos metros, tomados de su comedia *La constancia de Arcelina:*

¿Del dulce fuego del amor que aspira
tu firme pecho eres conmovido,
fiel Fulcino, á despreciar la ira
del reino horrible del eterno olvido?
¿Y quieres ver (que su crueldad no admira
tu excelso corazón de amor regido)
los que habitan el triste río Aqueronte
y los del encendido Flegetonte?
¿Y quieres por mi apremio poderoso
que parar haga de Ixión la rueda,
que tenga Ticio de su mal reposo,
que Sísifo en descanso verse pueda,
que deje el Can trifauce el espantoso
ladrido, y salir fuera les conceda
á las terribles furias, y á mi mando
vengan, el reino de Plutón dejando?

A.—Injusto y severo amor,
que me traes á tal extremo
que ausente la vida temo
porque vivo en tal dolor;
¿Qué puedo hacer ¡ay cuitada!
del cielo tan perseguida,
y del mundo aborrecida
y de Melancio apartada?
Huyendo la cruda muerte
que á mi hermano dí ¡ay cruel!
ausente vivo de aquel
que causó mi acerba suerte.
En estas malezas moro
sola, entre animales brutos,
comiendo silvestres frutos,
bebiendo el agua que lloro.
Paso el día suspirando,
de ansias y recelos llena,
revuelta en mi culpa y pena,
la noche en vela llorando.
Miro ¡ay! sin ventura al cielo
á quien enemiga soy,
cuéntole el mal en que estoy,
y no hallo en él consuelo.

En cuanto á la novela pastoril, de mayor mérito que la *Diana* de Montemayor es la *Diana enamorada* de **Gil Polo,** más breve que otras imitaciones de la *Arcadia* del autor italiano Sannazaro;

teniendo además la condición de que los versos intercalados en esta linda obra son dignos de elogio, como se prueba por su conocida *Canción de Nerea*, cuyas primeras quintillas copiamos.— Gil Polo era valenciano, y floreció á mediados del siglo XVI.

En el campo venturoso,
donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
dejando el suelo abundoso,
da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
del dolor que á Licio daña,
iba alegre y bulliciosa
por la ribera arenosa
que el mar con sus ondas baña.

Entre el arena cogiendo
conchas y piedras pintadas,
muchos cantares diciendo
con el son del ronco estruendo
de las ondas alteradas.
Junto al agua se ponía,
y las ondas aguardaba,
y en verlas llegar huía;
pero á veces no podía,
y el blanco pié se mojaba.

Y como prueba de su prosa, trasladamos algunas líneas de su célebre novela pastoril, en las cuales el pastor Marcelio pinta los celos:

No hay en amor contento, cuando no hay esperanza, y no la habrá en tanto que los celos estén de por medio. No hay placer que dellos esté seguro, y no hay deleite que con ellos no se guste, y no hay dolor que con ellos no nos fatigue. Y llega á tanto la rabia y furor de los venenosos celos, que el corazón, donde ellos están, recibe pesadumbre en escuchar alabanzas de la cosa amada, y no querría que las perfecciones que él estima, fuesen de nadie vistas ni conocidas, haciendo en ello gran perjuicio al valor de la gentileza que le tiene cautivo. Y no solo el celoso vive en este dolor, mas á la que bien quiere le dá tan contínua y trabajosa pena, que no le diera tanta, si fuera su capital enemigo.

Según antes hemos indicado, cierra la poesía del siglo XVI, como resumen de las cualidades más preclaras de esta centuria, y como síntesis del genio español llegado á su madurez y completo esplendor **Miguel de Cervantes Saavedra** (1547-1616), el primero de nuestros escritores y el más profundo de nuestros filósofos. — De padres oriundos de Galicia y de linaje ilustre, aunque de

estrecha fortuna, nació el insigne español en Alcalá de Henares, donde estudió humanidades, y se supone que amplió sus conocimientos durante dos cursos en Salamanca. Visitó Roma, yendo al servicio del cardenal Aquaviva, alistándose después como soldado voluntario en las legiones de la Santa Liga, por lo que asistió á la batalla de Lepanto, en la cual, herido en el pecho y en el brazo izquierdo, quedó manco de éste. Al volver á España, fué hecho cautivo y tratado con dureza en Argel, obteniendo su libertad mediante rescate de 500 escudos á los cinco años y medio de cautiverio, merced á los padres Trinitarios, el año de 1580 y á la edad de treinta y tres. Alistado de nuevo para la expedición en Portugal del Marqués de Santa Cruz, abandonó luego el ejercicio de las armas para consagrarse á los trabajos literarios, dando á luz su primera producción, *La Galatea*, novela pastoril, en 1584, y á la cual se dice dió ocasión sus amores con doña Catalina Salazar y Palacios, natural de Esquivias, con quien casó por entonces. Inmediatamente después, y no habiendo tenido gran favor del público, se dedicó á escribir para el teatro, y en no más de cuatro años produjo gran número de entremeses y tres de sus comedias, que fueron muy aplaudidas: *Tratos de Argel*, *Batalla naval* y *Destrucción de Numancia* (se conservan la primera y última); pero las restantes, hasta treinta, no lograron igual éxito. Disgustado por ello, buscó medios de subsistencia en los empleos, y desde 1588, en que se trasladó á Sevilla, hasta la publicación del *Quijote*, en 1605, vivió oscurecido por completo. — Un alcance de dos mil y pico de reales, ocurrido en la administración de su destino, fué causa de que se le procesara y prendiera, sucediéndole lo que al mismo D. Diego Hurtado de Mendoza. En la cárcel andaluza parece lo más probable que comenzase á escribir su *Quijote*, y no en los pueblos de la Mancha, en donde no está probado que sufriese prisión, aunque sí disgustos por su cargo de alcabalero; y como antes se indicó, á los cincuenta y ocho años dió á luz su obra prodigiosa. El gran éxito que obtuvo *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, hasta el extremo de que en el primer año se hicieran ya dos ediciones, y que se tradujese inmediatamente á varios idiomas extranjeros, acarreó á Cervantes grandes enemistades y la envidia

le causó todo género de mordeduras, dándose el caso del atrevimiento de que un autor obscuro, ocultándose bajo el nombre de Avellaneda, escribiese el engendro en que se imitó al *Quijote*. — Entre los diez años que mediaron de la primera á la segunda parte de la obra inmortal, publicó también Cervantes algunas comedias, precedidas de interesantísimo proemio para la historia del teatro, imprimió sus *Novelas Ejemplares* y el *Viaje del Parnaso*, dejando algunas obras concluídas que se han perdido y otras que hubieron de darse á la estampa después de la muerte del genio insigne, como por ejemplo *Pérsiles y Sigismunda*. — Las novelas que denominó *Ejemplares*, son doce, y las mejores, indudablemente, originales, que hasta entonces se escribieron. Los títulos de estas novelas, son: *La Gitanilla*, *La fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El amante liberal*, *El licenciado Vidriera*, *El celoso extremeño*, *Las dos doncellas*, *La ilustre fregona*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y el *Coloquio de los perros*.

El asunto de *La Gitanilla* se reduce á la historia de una muchacha, llamada Preciosa, de familia ilustre, que robada en su niñez y criada por gitanos, se parece al carácter que andando el tiempo había de traducir en «Esmeralda» el célebre Víctor Hugo.— El argumento de *Rinconete y Cortadillo* consiste en la serie de aventuras de dos muchachos vagabundos, donde se pintan las costumbres de la truhanería de su tiempo, en el estilo de las novelas picarescas de otros autores que hemos estudiado. — En cuanto al *Viaje del Parnaso*, es un poema escrito en tercetos, que consta de ocho cantos y de unos dos mil cuatrocientos versos, y su asunto viene á representar una excursión en un bajel alegórico. Apolo pide á Cervantes lista de los vates que deben ser admitidos en dicha embarcación, y el autor da su opinión, harto benévola por cierto, calificando á todos los poetas de España, y haciendo valer sus títulos personales para ocupar él mismo un asiento también en el Parnaso. — *Los trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, finalmente, es la última obra que produjo el peregrino ingenio que nos ocupa. Según él, debía ser la mejor de sus composiciones; pero la posteridad no ha confirmado su apreciación.

Porque si bien es cierto que merece encomio su fuerza de inventiva, en cambio cansa la lectura de tanto episodio, descrito en lenguaje afectadamente serio. Lo más interesante de esta obra se halla en su dedicatoria al conde de Lemos, protector de Cervantes, porque fué escrita en los últimos momentos de aquella existencia tan preciada. — Las rudas vicisitudes de la guerra; los apuros de la estrechez en el seno de la familia en tiempo de paz; las tristezas experimentadas en la nostalgia del cautiverio y de la prisión; los dardos envenenados de la envidia, toda la escala de los dolores humanos sufrió Cervantes en los setenta y siete años de su azarosa existencia, siendo excepcional en todo, hasta en la intensidad de sus desgracias.— Ahora copiaremos, sucesivamente, ligeros ejemplos de sus obras principales. — De la *Numancia* (de la escena entre Morandro y su amante Lira, y del discurso reconviniendo á los numantinos):

MORANDRO.— No vayáis tan de corrida,
Lira; déja megozar
del bien que me puede dar
en la muerte alegre vida;
deja que miren mis ojos
un ráto tu hermosura,
pues tanto mi desventura
se entretiene en mis enojos.
¡Oh, dulce Lira, que suenas
contino en mi fantasía
con tan suave armonía,
que vuelve en gloria mis penas!
¿Qué tienes? ¿Qué estás pensando
gloria de mi pensamiento?
LIRA.....—Pienso cómo mi contento
y el tuyo se va acabando;
y no será su homicida
el cerco de nuestra tierra,
que primero que la guerra
se me acabará la vida.

¿Qué pensáis, varones claros?
¿Resolvéis aun todavía
en la triste fantasía
de dejarnos y ausentaros?
¿Queréis dejar por ventura
á la romana arrogancia
las vírgenes de Numancia
para mayor desventura?
¿Y á los libres hijos nuestros
queréis esclavos dejallos?
¿No sería mejor ahogallos
con los propios brazos vuestros?

. . . . . .

Hijos de estas tristes madres,
¿qué es esto? ¿Cómo no hablais,
y con lágrimas rogais
que no os dejen vuestros padres?
¿No basta que el hambre insana
os acabe con dolor,
sin espirar al rigor
de la aspereza romana?
Decidles que os engendraron
libres, y libres nacistes;
y que vuestras madres tristes
tambien libres os criaron;
decidles que pues la suerte
nuestra va tan de caída,
que como os dieron la vida,
asimismo os den la muerte.
¡Oh, muros de esta ciudad
si podeis, hablad, decid,
y mil veces repetid:
¡Numantinos, libertad!

En la misma obra, quéjase España de su suerte:

Jamás en su provecho concertaron
los divididos ánimos briosos;
antes entonces más los apartaron,
cuando se vieron más menesterosos;

y ansí con sus discordias convidaron
los bárbaros de pechos codiciosos
á venir y entregarse en mis riquezas,
usando en mí y en ellas mil crueza.

. . . . . .

Duero gentil, que con torcidas vueltas
humedeces gran parte de mi seno,
ansí en tus aguas siempre veas envueltas
arenas de oro, cual el Tajo ameno;
y ansí las ninfas fugitivas, sueltas,
de que está el verde prado y bosque lleno,
vengan humildes á tus aguas claras,
y en prestarte favor no sean avaras;

Que prestes á mis ásperos lamentos
atento oído, ó que á escucharlos vengas,
y aunque dejes un rato tus contentos,
suplícote que en nada te detengas.
Si tú con tus contínuos movimientos
de estos fieros romanos no me vengas,
cerrado vea ya cualquier camino
á la salud del pueblo numantino.

Del entremés *Los dos hablaáores:*

Sarmiento. Tome, señor procurador, estos doscientos ducados; y doy palabra á usted que aunque me costara cuatrocientos, holgara que fuera la cuchillada de otros tantos puntos.

Procurador. Usted ha hecho como caballero en dársela, y como cristiano en pagársela; y yo llevo el dinero contento de que me descanse y él se remedie.

Roldán. ¡Ah, caballero! ¿Es usted procurador?

Procurador. Si soy: ¿qué manda usted?

Roldán. ¿Qué dinero es ese?

Procurador. Dámelo este caballero para pagar la parte á quien dió una cuchillada de doce puntos.

Roldán. ¿Y cuánto es el dinero?

Procurador. Doscientos ducados.

Roldán. Vaya usted con Dios.

Procurador. Dios guarde á usted.

Roldán. ¡Ah, caballero!

Sarmiento. ¿A mí, gentil hombre?

Roldán. A usted digo.

Sarmiento. ¿Y qué es lo que me manda?

Roldán. Cúbrase usted, que si no, no hablaré palabra.

Sarmiento. Ya estoy cubierto.

Roldán. Señor mío, yo soy un pobre hidalgo, aunque me he visto en honra, tengo necesidad, y he sabido que usted ha dado doscientos ducados á un hombre á quien ha dado una cuchillada, y por si usted tiene deleite en darlas, vengo á que usted me dé una á donde fuere servido: que yo lo haré con cincuenta ducados menos que otro.

Sarmiento. Si no estuviera tan mohino me obligara á reir: ¿Usted dícelo de veras? Pues venga acá, ¿piensa que las cuchilladas se dan sino á quien las merece?

Roldán. Pues ¿quién las merece como la necesidad? ¿No dicen que tiene cara de hereje? ¿Pues dónde estará mejor una cuchillada que en la cara de un hereje?

Sarmiento. Usted no debe ser muy leído: que el proverbio latino no dice sino que *necessitas caret lege,* que quiere decir que la necesidad carece de ley.

Roldán. Dice muy bien usted: porque la ley fué inventada para la quietud; y la razon es el alma de la ley; y quien tiene alma tiene potencias: tres son las potencias del alma, memoria, voluntad y entendimiento: usted tiene muy buen entendimiento, porque el entendimiento se conoce en la fisonomía, y la de usted es perversa, por la concurrencia de Saturno y Júpiter; aunque Venus le mira en cuadrado, en la decanoria del signo ascendente por el horóscopo.

Sarmiento. ¡Por el diablo que acá me trajo: esto es lo que había menester, despues de haber pagado doscientos ducados por la cuchillada!

Roldán. ¿Cuchillada dijo usted? Está bien dicho: cuchillada fué la que dió Caín á su hermano Abel, aunque entonces no había cuchillos: cuchillada fué la que dió Alejandro Magno á la reina Pantasilea, sobre quitalle á Zamora la bien cercada; y asimismo Julio César al conde don Pedro Ansúrez, sobre el jugar de las tablas con don Gaiferos entre Cabañas y Olías; pero advierto á usted que las heridas se dan de dos maneras; porque hay traición y alevosía: la traicion se comete al rey; la alevosía contra los iguales; por las armas lo han de ser, y si yo riñere con ventaja; porque dice Carranza en su Filosofía de la espada, y Terencio en la conjuración de Catilina...

Sarmiento. ¡Váyase con el diablo, que me lleva sin juicio! ¿no echa de ver que me dice bernardinas?

Roldán. ¿Bernardinas dijo usted? Y dijo muy bien; porque es muy lindo nombre; y una mujer que se llamase Bernardina estaba obligada á ser monja de San Bernardo; porque si se llamase Francisca, no pudiera ser: que las Franciscas tienen cuatro efes: la F es una de las letras del A, B, C: las letras del A, B, C, son veintitres.

Sarmiento. Téngase, que me ha muerto; y pienso que algun demonio tiene revestido en esa lengua.

Roldán. Dice usted muy bien: porque quien tiene lengua, á Roma vá: yo he estado en Roma, y en la Mancha, en Transilvania y en la Puebla de Montalbán. Montalbán era un castillo, de donde era el señor Reinaldos; Reinaldos era uno de los doce pares de Francia, y de los que comían con el emperador Carlo-Magno en la mesa redonda; porque no era cuadrada ni ochavada; en Valladolid hay una placetilla que llaman el Ochavo: un ochavo es la mitad de un cuarto: un cuarto se compone de cuatro veces un maravedí: el maravedí antiguo basta tanto como agora un escudo: dos maneras hay de escudo; hay escudos de paciencia, y hay escudos...

Sarmiento. ¡Dios me la dé para sufrille: téngase que me lleva perdido!

Roldán. ¿Perdido dijo usted? Y dijo muy bien: porque el perder no es ganar: hay siete maneras de perder: perder al juego, perder la hacienda, el trato, perder la honra, perder el juicio, perder por descuido una sortija, ó un lienzo; perder...

Sarmiento. ¡Acabe con el diablo!

....

De la *Galatea:* «El valle de los cipreses»:

Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era extraño y maravilloso, que aun á los mismos que muchas veces le habían visto, causaba nueva admiración y gusto. Levántase en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y compuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida; los cuales mismos collados se estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados,

altos é infinitos cipreses, puestos por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto más de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretejidos, como suelen estar en las vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas, y puntosas cambroneras. De trecho en trecho de estas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba, claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin de estas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman; en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente de blanco y de precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tíbuli, y las soberbias de la antígua Trinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua de esta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deliciosa plaza; y lo que más hace á este agradable sitio digno de estimación y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado; que sólo sirve de guardador de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos en el contorno de aquellas riberas, se determina y ordena ser dignos y merecedores de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que había de ellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados.

De *Pérsiles y Sigismunda*: «Tempestad y naufragio»:

Cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerro la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por mensajeros á los relámpagos tras quien se siguen, comenzaron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia, que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así á un mismo tiempo los cogió la turbación y la tormenta: pero no por eso dejó cada uno de acudir á su oficio, y hacer la faena que vieron ser necesaria, sino para excusar la muerte, para dilatar la vida; que los atrevidos que de unas tablas la fían, la sus-

tentan cuanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el cual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila su hija, Antonio con Ricla y con Constanza, su madre y hermana; sólo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecía su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la cristiana ley y católica religión, que con muchas veras procuraba guardar; y así se recogió entre ellos, y hechos un nudo y por mejor decir, un ovillo, se dejaron calar asi hasta la postrera parte del navío, por excusar el miedo espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relámpagos, y el confuso estruendo de los marineros; y en aquella semejanza del limbo se excusaron de no verse, unas veces tocar al cielo con las manos, levantándose el navío sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gavia las arenas del mar profundo. Esperaban la muerte cerrados los ojos; ó por mejor decir, la temían sin verla; que la figura de la muerte, en cualquier traje que venga es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitad del capitán, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oían voces que mandaban, sino gritos de plegarias y votos que hacían y á los cielos se enviaban. No había allí reloj de arena que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atinase el lugar donde estaban: todo era confusión, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio que ocupó las voces de los más de los míseros que se quejaban. Atrevióse el mar insolente á pasearse por cima de la cubierta del navío, y aun á visitar las más altas gavias, las cuales también ellas, casi como en venganza de su agravio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente, al parecer del día, si se puede llamar día el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le pueden suceder á un bajel: finalmente, combatida de un huracán furioso, como si se volviera por algún artificio, puso la gavia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de cuantos en ella estaban.

De *La Gitanilla:*

Nosotros guardamos inviolablemente la ley de la amistad, ninguno solicita la prenda del otro: libres y exentos vivimos de la amarga pestilencia de los celos: no vamos á la justicia á pedir castigo, nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas ó amigas, y con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos como si fueran animales nocivos; no hay pariente que las vengue, ni padres que nos pidan su muerte: con este temor y miedo ellas procuran ser castas, y nosotros, como ya hemos dicho, vivimos seguros. Pocas cosas tenemos que no sean comunes, excepto la muger ó la amiga, que queremos que cada una sea del que le cupo en suerte: entre nosotros así hace divorcio la vejez como la muerte.

Con estas y con otras leyes y estatutos, nos conservamos y vivimos alegres. Somos señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes, de los ríos: los montes nos ofrecen leña de balde, los árboles fruta, las viñas uvas, las huertas hortaliza, las fuentes agua; los ríos peces, y los vedados caza; sombra las peñas, aire fresco las quiebras, y casas las cuevas. Para nosotros las inclemencias del cielo son oreos, refrigerio las nieves, baños la lluvia, músicas los truenos, y hachas los relámpagos. Para nosotros son los duros terrones colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestro cuerpo nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende: á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barrenos, ni la contrastan paredes...

No hay águila ni ninguna otra ave de rapiña, que más presto se abalance á la presa que se le ofrece, que nosotros nos abalanzamos á las ocasiones que algun interés nos señalen: y finalmente, tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen, porque en la cárcel cantamos, en el potro callamos, de día trabajamos y de noche hurtamos, ó por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar dónde pone su hacienda. No nos fatiga el temor de perder la honra, ni nos desvela la ambición de crecentarla: ni sustentamos bandos, ni madrugamos á dar memoriales, ni á acompañar magnates, ni á solicitar favores. Por dorados techos y suntuosos palacios estimamos estas barracas y movibles ranchos: por cuadros y países de Flandes, los que nos dá la naturaleza en estos levantados riscos y nevadas peñas, tendidos prados y espesos bosques, que á cada paso á los ojos se nos muestran.

Somos astrólogos rústicos, porque como casi siempre dormimos al cielo descubierto, á todas horas sabemos las que son del día y las que

son de la noche. Vemos cómo arrincona y barre la aurora las estrellas del cielo, y cómo ella sale con su compañera el alba, alegrando el aire, enfriando el agua, y humedeciendo la tierra, y luego tras ellas el sol dorando cumbres (como dijo el otro poeta) y rizando montes. Ni tememos quedar helados por su ausencia cuando nos hiere á soslayo con sus rayos, ni quedar abrasados cuando con ellos perpendicularmente nos toca: un mismo rostro hacemos al sol que al yelo, á la esterilidad que á la abundancia: en conclusión, somos gente que vivimos por nuestra industria y pico; y sin entremeternos con el antiguo refrán *iglesia ó mar ó casa real*, tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos.

Del *Quijote*: «Dos ejércitos fantásticos»:

Pusiéronse sobre una loma, desde la cual se veían bien las dos manadas que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, y con voz levantada comenzó á decir:—Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuerpo de serpiente, y tiene por escudo una puerta que segun es fama es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que, segun se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique; el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano

que dice así: *Rastrea mi suerte.*—Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo:—A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro de la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo, los númidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En esotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del selvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

Del *Quijote*: «La edad de oro»:

¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados! Y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes ríos, en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles formaban

su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabellos, sin más vestidos que aquellos que eran necesarios para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. No había la fraude, el engaño, ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado.

Del *Quijote*: «Sancho, gobernador de la ínsula, y un mozo tejedor»:

Llegó un corchete, que traía asido á un mozo, y dijo: «señor gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás.»—«¿Por qué huías, hombre? preguntó Sancho.—A lo que el mozo respondió: señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.—¿Qué oficio tienes?—Tejedor. ¿Y qué tejes?—Hierros de lanzas, con licencia buena de v. m.—¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picáis? Está bien: ¡y á dónde íbades ahora?—Señor, á tomar el aire.—

¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula?—Adonde sopla.—Bueno, respondéis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asidle ¡hola! y llevadle, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche.—Por Dios, dijo el mozo, así me haga v. m. dormir en la carcel como hacerme rey.—¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho, ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere?—Por más poder que v. m. tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.—¿Cómo que no? replicó Sancho: llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel.—Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.—Díme, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algún ángel que te quite los grillos que te pienso mandar echar y te saque?—Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razón y vengamos al punto. Presuponga v. m. que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y quiero estarme despierto toda la noche sin pestañear, ¿será v. m. bastante con todo su poder para hacerme dormir? —No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intención.—De modo, dijo Sancho, ¿qué no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mía?—No, señor, dijo el mozo, ni por pienso.—Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos.

El Beato Maestro **Juan de Avila** (1502-1569). Llamado «el apóstol de Andalucía», nació en Almodóvar del Campo, estudió en Salamanca y se hizo sacerdote, dedicándose á la predicación, en la que tanto se dejó llevar de su constante inspiración, que no se conservan sus sermones, los cuales, fiados á la memoria, nunca escribió. Varias fueron sus obras que legó á la posteridad, y su mérito estriba en haber enriquecido la lengua con nuevas locuciones graves y armoniosas. De sus obras místicas no habla-

remos, y sólo citaremos sus cartas, que son notables, copiando un trozo de la que dirigió á San Juan de Dios:

Vuestra carta recibí, y no penséis que me da pena porque me escribís largo; que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta. Y ruégoos que os acordéis de ser tal, que cuando me escribiéreis, ó yo de vos sepa, me alegre yo de saber tales nuevas cuales deseo: y pues vos deseáis no darme enojo, no seáis perezoso en ponerlo por obra, aunque algo os cueste, que el amor no se parece en las palabras, sino en las obras, y entonces se demuestra más, cuando más duele lo que hacemos por quien amamos. Mirad, hermano, cuán caro costó á nuestro Señor el bien que en vuestra ánima puso: y como si os hubiera dado una joya que le costara su sangre, la pusiérais en buen recaudo; así habéis de hacer el bien que en vuestra ánima os dió, pues por eso se os dió, porque el lo ganó, no como quiera, sino peleando por vos en el monte Calvario, y perdiendo la vida porque vos la cobraseis. Pues ¿qué sería entregar vos debajo de los pies de los puercos, lo que nuestro Señor os dió para que fuéseis semejable á los ángeles? ¿Qué sería, si perdiéseis aquella hermosura que él pone en las ánimas, con que son á él más agradables y hermosas que el mismo sol?

Más vale morir, que ser desleal á nuestro Señor, y para ser fiel es menester ser prudente. Que así dice nuestro Señor que ha de ser su siervo, que puso sobre su familia, fiel y prudente; porque si no hay prudencia, cae el hombre en mil cosas que desagradan á Dios, y es castigada su necedad con recio castigo. Y por esto hemos de aprender de una vez para otras; y basta que el hombre sea necio una vez para escarmentar toda su vida; pues el perro apaleado no osa tornar donde le apalearon, ni el pájaro á la losilla donde se libró, porque si el cuerdo escarmienta en la cabeza ajena y el necio en la propia, ¿qué será de aquél que aun después de muy escalabrado no escarmienta? ¿Qué merece éste tal, sino que el Señor le deje del todo, para que sea castigado con los muy necios que van al infierno?

De mucha más importancia es entre nuestros escritores ascéticos el Venerable Padre **Fray Luis de Granada** (1504-1588) de la orden de Santo Domingo. Nació en la ciudad de su nombre, y á él se atribuye un influjo decisivo en la oratoria sagrada y en la literatura religiosa, porque procuró limpiar el estilo de las cláu-

sulas afectadas, ora en sentido afeminado, ó ya en formas de hinchazón y vana pompa. La elegancia de su dicción, el propio empleo de las imágenes y la pureza de la lengua, siempre escogida en sus labios y en su pluma, hace que se le deba colocar el primero entre los primeros de nuestros místicos como prosista. Sus principales obras, son: *El libro de la oración, La Guía de pecadores* y *La Imitación de Jesucristo,* tomada de Kempis, y *Retórica eclesiástica.* Además publicó «trece sermones». He aquí cómo describe al pavón:

Entre los animales, el que más claro parece que conoce su hermosura es el pavón; pues vemos que él mismo hace alarde de sus hermosas plumas, con aquella rueda tan vistosa, que por muchas veces que la veamos, siempre holgamos de verla, y de sentir la ufanía con que él extiende aquellas plumas, preciándose de su gentileza, y haciendo esta demostración de ella. Y cuando quiere ya deshacer la rueda, hace un grande estruendo con las alas, para mostrar juntamente valentía con la hermosura. En lo cual todo, vemos una imitación de las cosas que se pasan en la vida humana.

Es la hermosura de esta ave digna de grande admiración; mas la costumbre de cada día quita á las cosas grandes su debida admiración. Porque los hombres de poco saber no se maravillan de las cosas grandes, sino de las nuevas y raras. Y aun esto se prueba con el ejemplo de esta misma ave, la cual traída de las Indias á Grecia (donde nunca había sido vista) causó tanta admiración que (como refiere Eliano) el hombre que la trajo andaba ganando dineros por mostrarla. Y de un hombre principal dice el mismo autor, que dió mil dracmas, que es una gran suma de dinero, por un par de ellas. Y Alejandro Magno mandó que nadie fuese osado matar esta ave. Tan sagrada cosa le pareció aquella tan nueva y tan extraordinaria hermosura. Pues como sea verdad que en las cosas más excelentes resplandezca más la sabiduría de aquel Artífice soberano, no será fuera de propósito detenerme un poco en describir la condición y hermosura de esta ave...

Del *Símbolo de la Fe* (figura del Mundo, descrita por Séneca):

Esta hermosísima figura del mundo describe Séneca elegantemente á una noble matrona romana, por estas palabras: «Imagina que al tiempo que naces en este mundo, te declaro la condición de este lugar

adonde entras, y te digo: mira que entras en una gran ciudad, que abraza y encierra en sí todas las cosas, gobernadas por leyes eternas. Verás aquí innumerables estrellas, y una sola, que es el sol, el cual hinche con su luz todas las cosas, y con su ordinario movimiento reparte igualmente el espacio de los días y de las noches, y divide en partes iguales los cuatro tiempos del año. Verás aquí cómo la luna recibe del sol su hermano la claridad, á veces mayor, á veces menor, según el aspecto y disposición en que lo mira: la cual unas veces del todo se encubre, y otras, llena la cara de claridad, del todo se descubre, mudándose siempre con sus crecientes y menguantes, y diferenciándose del día que precedió. Verás otras cinco estrellas, que van por diversos caminos, y corren contra el común curso del cielo. Maravillarte has de los nublados oscuros, y de las aguas que caen del cielo, y de los truenos y relámpagos, y de los rayos que caen de través.»

El **P. Pedro de Rivadeneyra** (1526-1611). Nació en Toledo el que, en opinión de los críticos, figura entre los maestros del habla castellana; y un escritor ha calificado á Fr. Luis de León, Fr. Luis de Granada y Rivadeneyra diciendo que el primero es más sublime, el segundo más patético y el tercero más real y positivo, porque purgó el lenguaje de términos anticuados; por lo que puede llamársele el más moderno de los escritores antiguos. — He aquí cómo habla el célebre jesuíta «de los labradores y mercaderes, que debe favorecer el príncipe en su reino»:

No hay trabajos más bien empleados que los que se toman en cultivar la tierra; porque son trabajos honestos, justos, saludables, provechosos y necesarios, y sin los cuales no se puede pasar la vida. Son trabajos que tocan á todos, y que ejercitan el cuerpo de los labradores, y conservan y apartan el ánima de muchos vicios, y proveen de sustento y mantenimiento á toda la república. Porque de las otras cosas que se traen á ella por industria de los artífices y mercaderes, muchas hay que son perniciosas para las costumbres, y que hacen afeminados y regalados á los que usan de ellas. Demás de esto al tiempo de la necesidad el labrador puede tomar las armas mejor que el mercader, y pasar los trabajos de la milicia, el calor y el frío, el hambre y la sed, y andar con sus armas, y dormir en el suelo, porque está ya hecho á ello; y como no tiene otros tesoros, ni otras riquezas,

sino las que le da la tierra, pelea por ella y la defiende mejor que el mercader, que tiene sus bienes como portátiles, y hoy está aquí y mañana en otra parte, donde le lleva el viento de su mayor aprovechamiento y ganancia.

Y por esto en la república romana no sólo se sacaban los soldados del campo, pero aun los cónsules, y dictadores, y los más principales magistrados que la habían de gobernar; y del arado y de la azada salieron capitanes generales y varones excelentísimos, los cuales, después de haber vencido á sus enemigos y desbaratado sus ejércitos, se volvieron á la labor del campo, como lo hicieron Cincinato, Fabricio y Curio Dentato. Una de las mayores alabanzas que solían dar los romanos á alguno de sus ciudadanos (aunque fuese caballero y principal) era decir que era buen hombre y buen labrador, como dijo Catón el Censor, del cual por gran loa se dijo que era muy buen senador, y muy buen orador, y muy buen capitán general, y muy buen labrador, juntando con los otros oficios de tanta honra el de labrador; y así escribió algunos libros maravillosos del arte de cultivar el campo.

D. Francisco de Moncada (1585-1635). Brilla entre los historiadores más preclaros el famoso valenciano, que ha sido comparado á César por su estilo, aunque puede tacharse de hiperbólica la comparación. Es más claro y natural que muchos de los cultivadores de la crónica y de los pocos que ostentando los timbres de la nobleza no desdeñaron el estudio. Representó nuestro país en otras cortes, y fué generalísimo de las tropas españolas. — La obra más importante salida de su pluma, fué la titulada *Expedición de catalanes y aragoneses contra griegos y turcos.*— De la siguiente manera pinta cómo los que quedaron después de la prisión de Berenguer, barrenan las naves de la Armada:

Tuvieron consejo, y en él hubo diferentes pareceres. Hubo algunos que les pareció forzoso el desamparar á Galípoli, y que tratar de defenderla era desatino; que se embarcasen en sus navíos y fuesen la vuelta de la isla de Metellín, porque con facilidad la podrían ganar y con la misma defenderla, de donde correrían aquellos mares con más seguridad suya y daño del enemigo; y que sus pocas fuerzas no daban lugar á mayor satisfacción. Fué tan mal recibido este consejo de los

más, que con palabras llenas de amenazas le contradijeron, y determinaron que Galípoli se defendiese, y que fuese tenido por infame y traidor el que lo rehusase. Estimaron en tanto su determinación, que por quitarse el poder de mudarla, barrenaron los navíos; con que perdieron la esperanza de la retirada por mar, quedándoles la que abriesen sus espadas en los escuadrones enemigos.

Siguieron el ejemplo de Agatocles, en África, y le dieron á Hernán Cortés, en el Nuevo Mundo; entrambos celebrados en la memoria de los hombres por los más ilustres que el valor humano pudo emprender. Agatocles, rey de Sicilia, pasó con una armada á la África contra los cartagineses. Echada su gente en tierra, echó á fondo sus navíos, con que forzosamente hubo de vencer ó morir; pero éste tenía más confianza y razón de vencer, porque llevaba consigo treinta mil hombres, y la guerra sólamente contra Cartago. Los catalanes se hallaron pocos, léjos de su patria, y la guerra contra todas las naciones del Oriente. Superior á la mayor alabanza fué la determinación de Cortés; porque ¿quién pudo en ignotas provincias, distando inmenso espacio de su patria, echar á fondo sus navíos y escoger una muerte casi cierta por una victoria imposible, sino un varón á quien Dios con admirable providencia permitió que fuese el que á su verdadero culto redujese la mayor parte de la tierra? No quiero hacer juicio si éste ó el de los catalanes fué mayor hecho, porque pienso que son entrambos tan grandes, que fuera hacerles notable injuria si para preferir al uno buscáramos en el otro alguna parte menos ilustre por donde le pudiéramos juzgar por inferior. Españoles fueron todos los que lo emprendieron, sea común la gloria.

D. Carlos Coloma, marqués del Espinar, es otro noble, amante de la historia, y que escribe la de las *Guerras de los Países Bajos desde* 1588 *hasta* 1599. — Nació en Alicante en 1573 é ignórase la fecha de su muerte. A los quince años comenzó la carrera de las armas, logrando en Flandes aumentar el renombre de sus antepasados. Como actor, y en calidad de diplomático, escribió su obra en los ratos de ocio, teniendo todo el carácter de la naturalidad más sincera. Acaso conoció á los clásicos latinos, pero se propuso más bien seguir algún modelo castellano para su tarea; y aunque no logró imitar en corrección á Mendoza, sí pudo parecérsele en elegancia. Su constante vida en el

extranjero le obligó á salpicar con frecuentes galicismos é italianismos su castellano. — Las líneas siguientes están tomadas del capítulo en que pinta Coloma la situación del ejército católico y de los sublevados:

Pusieron los señores de la Mota y Rogua, maestros de campo generales, uno de la gente del rey, y otro de la francesa el ejército en esta ordenanza. — La vanguardia se dió á la infantería española, que, agregado á ella el tercio de Camilo Capizuca, hacia el número de seis mil infantes. La batalla ocuparon los esgüízaros; y, á causa de consistir sus fuerzas en muchedumbre de picas, y carecer de armas de fuego, se guarneció su escuadrón de la infantería del Papa y de arcabucería y mosquetería walona y alemana. La retaguardia se formaba de dos batallones, uno de alemanes y walones, y otro de franceses y alemanes, gente toda lucida y deseosa de pelear. Había en aquellos llanos de Umala, donde se puso la gente en batalla, dos bosques, uno á la mano derecha, y otro á la izquierda, distantes entre sí una legua francesa, por cuyo beneficio mandó el duque que los tres batallones hiciesen frente, y ordenó las alas de la caballería en esta forma: la vanguardia y por consiguiente el cuerno derecho, tocó aquel día á la caballería española y á los capitanes don Carlos Coloma y Diego Dávila Calderón, á quien en ordenanza estrecha seguían las demás compañías de dos en dos. A esta tropa de vanguardia envió el duque al príncipe su hijo; agregóse también á ella el marqués del Vasto con sus gentiles hombres, en número de veinte muy bien armados, y él extremadamente lucido con armas cuajadas de estrellas de oro, casaca y paramentos bordados sobre terciopelo azul. El cuerno siniestro llevaban las compañías llamadas favoridas, á cargo del conde Nicola Cessis, por frente marchaban nueve cañones de batir; en guardia de ellos seis tropas de corazas francesas dispuestas á acudir á lo que se les mandase, conforme la ocasión lo pidiese. La retaguardia tocó aquel día á la caballería del Papa; por ambos lados, fuera de las alas de la caballería, marchaban los carros del bagaje de tres en tres, con que se acabó de ocupar toda la distancia de bosque á bosque.

Figura á la cabeza de todos los historiadores de este tiempo, y acaso en primera línea entre cuantos le antecedieron y los que le han seguido hasta nuestros días, el jesuíta padre **Juan de Mariana** (1536-1623), nacido en Talavera de la Reina y de pa-

dres, ya que no envueltos en el misterio, sí en el descrédito.— Vistas sus cualidades excepcionales, fué educado por personas ilustradas, y á los diecisiete años se preparó en Alcalá para entrar en la Compañía de Jesús. Dos más tarde de su noviciado, perfeccionó sus conocimientos en la Universidad misma, y á los veinticuatro pasó á Roma como profesor de Teología, de allí á Sicilia, y, por último, á París, en cuya Universidad fué igualmente catedrático. Vuelto á España, á los trece años de residir más allá de las fronteras, defendió á Arias Montano en su proceso defalsedad del texto hebreo de la Biblia políglota. — También él fué objeto de persecuciones, encarcelamientos y condenas por sus obras sobre *La Compañía de Jesús*, sobre *La Monarquía* y *La moneda*. Absuelto al fin, murió á los ochenta y siete años de edad. — Su obra más importante es la *Historia general de España*, primera en su género, y la más completa que hasta su tiempo vió la luz pública. Sirvióse para su trabajo de cuanto hasta entonces se conocía, recogiendo materiales que habían de servir para la gran obra resumen de la vida española en todas sus manifestaciones:—Quizá tengan razón los que no estiman á Mariana como juez enteramente imparcial en la referencia de los sucesos, ó en la apreciación de los personajes; así como tal vez no van descaminados tampoco los que le creen pesimista, y en fin, los que asimismo le censuran que admitiera como buenas, fábulas rechazadas por la sana razón, y que divulgara preocupaciones. El último defecto que se le señala, es que no fué demasiado escrupuloso en la cronología. — De todo ello, no obstante, puede defenderse á Mariana, ora por la razón óptima del límite de sus propósitos, ya porque los errores de su tiempo pasaban como verdades inconcusas, y finalmente, porque siendo el primero que en nuestra patria acometió empeño de tal magnitud, bien pueden disculparse sus lunares teniendo en cuenta las cualidades extraordinarias de la empresa. — Escribió primeramente su *Historia de España* en latín, traduciéndola luego al castellano, siendo en uno y otro idioma modelo de estilo. La *Historia* de Mariana, claro está, que no puede ser la científica y filosófica de nuestros días, sino la enteramente «literaria», cultivada en el sentido clá-

sico de la forma épica griega y la no menos poética latina; así es, que bien puede encontrársele parecido cuando narra, con Tito Livio, y cuando razona, con Tácito, que es á lo más, probablemente, á que aspiró el célebre jesuíta. Un crítico de nuestro siglo ha dicho que en sus brillantes descripciones no siempre es exacto; en la pintura de caracteres peca de difuso; en las arengas, de demasiado prolijo, y que en las máximas, á menudo, resulta trivial; añadiendo que, si bien puede servir de modelo su lenguaje, suele ofrecer, no obstante, cláusulas ingratas al oído por el empleo de partículas y artículos supérfluos, sin cuidarse de redondear la dicción y armonizar los períodos. — Sin embargo, así y todo, por muchos defectos que se amontonen sobre su obra, siempre se reconocerá que ha de permanecer como monumento inmortal de nuestra literatura. — Trasladaremos á continuación algunos trozos. — «Destrucción de Sagunto»:

En el entretanto Aníbal daba por algunos días reposo á sus soldados, cansados con las peleas y baterías que se daban, cuando á la sazon le nació un hijo de Himilce su mujer, llamado Aspar: causó esto grande alegría á su padre y á todo el ejército. Hiciéronse en los reales por su nacimiento grandes juegos y regocijos de todas maneras.

Los Saguntinos por tanto no reposaban, antes apercibían todo lo necesario para su defensa, y asimismo repararon los muros por la parte que el enemigo abriera entrada. Por demás fué esta diligencia, ca los enemigos, con una torre de madera que levantaron, se arrimaron á la muralla, y desde allí con lanzas y flechas forzaban á desamparalla los que defendían la ciudad. Demás desto, quinientos Africanos con picos y con palancas echaron por tierra una buena parte de la dicha muralla por no estar edificada con cal, sino con barro, y por tanto tener menos resistencia. Esto hecho, los soldados, con esperanza del saco que á voz de pregonero les fué prometido, entraron la ciudad por fuerza de armas. Los Saguntinos, por no ser bastantes para defender la entrada, se retiraron más adentro, y con un nuevo muro que de repente á toda priesa levantaron, juntaron la parte de la ciudad que les quedaba con el castillo. Todo esto era poca defensa, y solamente estribaban en la vana esperanza del socorro que de Roma se prometían.

Dióseles algun espacio para respirar con la partida de Aníbal, que

acudió á los pueblos llamados Carpetanos y Oretanos, que tomaron las armas, por el rigor que en levantar gente los Cartagineses usaban: quedó en el cerco Maharbal, hijo de Himilcon, como Lugarteniente de Aníbal, el cual apretaba los Saguntinos con reprimir sus correrías y salidas, y ganar como ganó otra parte de la ciudad: con que los cercados se hallaban reducidos á extremo peligro. Sosegó Aníbal las alteraciones de aquellos pueblos: esto hecho, dió vuelta á Sagunto, y con su llegada se apoderó de una parte del mismo castillo, con que los miserables ciudadanos perdieron de todo punto la esperanza de poderse defender.

«Batalla de Las Navas»:

El rey Moro, por amonestación de Zeit su hermano, se salvó en un mulo, con que huyó hasta Baeza; desde allí, mudada la cabalgadura, no paró hasta llegar aquella misma noche á Jaén. A puesta de sol fueron tomados los reales de los enemigos, que robaron los Aragoneses, porque los demás siguieron y ejecutaron el alcance. Las presas del rey Moro y alhajas, que solas quedaron enteras, fueron por don Diego de Haro dadas por iguales partes á los reyes de Navarra y de Aragón. En particular la tienda de seda roja y carmesí en que alojaba el rey bárbaro se dió al rey de Aragón por orden de don Alonso, rey de Castilla; el cual, como quier que deseoso sólamente de honra se quedase con la mayor loa de la guerra y con el prez de la victoria, del buena gana dejó lo demás á sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacallo en público y repartillo, como era razón, conforme á los méritos de cada cual, antes dejaron que cada uno se quedase con lo que tomó, porque tenían recelo de algún alboroto, y entendían que á los particulares sería más agradable lo que por su mano tomaron, que si de la presa común se lo restituyesen mejorado y multiplicado.

«Retrato y muerte de San Fernando»:

Tratóse de pasar la guerra á África, y con este intento en las marinas de Vizcaya por mandado del rey don Fernando se apercibía una nueva y más gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á 30 de Mayo el año que se contaba de 1252. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veinte y tres dias; en León veinte y dos años poco mas ó menos. Fué

varón dotado de todas las partes de ánima y de cuerpo que se podían desear, de costumbres tan buenas que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dió no más el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes: muchos dudaron si fuese más fuerte, ó más santo, ó más afortunado. Era severo consigo, exorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que en conclusión cumplió con todos los oficios de un varón y príncipe justo y bueno.

En ningún tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Comulgóle don Ramón, arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puestos los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la Cruz delante, como reo pecador pidió perdón de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad; ya que quería rendir el alma, demandó perdón á cuantos allí estaban: espectáculo para quebrar los corazones, y con que todos se resolvían en lágrimas. Tomó la candela con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos: «El reino (dijo), Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecía, te le devuelvo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra; recibe, Señor mío, mi ánima; y por los méritos de tu santísima pasión ten por bien de la colocar entre los tus siervos.» Dicho esto, mandó á la clerecía cantasen las Letanías y el *Te Deum Laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. Á su hijo don Alonso, que nombró por heredero poco antes de morir, dió muchos avisos; y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la Reina doña Juana y sus hijos.

En los comienzos del siglo XVI floreció un escritor famoso como jurisconsulto, **D. Francisco López de Palacios Rubios,** togado en Valladolid, y consejero Real después, que por su sabiduría fué distinguido por los Reyes Católicos. Ignórase la fecha de su nacimiento y de su muerte, sabiéndose sólo que era natural de la provincia de Salamanca. — Su obra principal entre las varias que se supone escribió, es el *Tratado del esfuerzo bélico heroico,* en donde, por principios filosóficos, estudia el valor y serenidad en los lances de la guerra. — Realzan su estilo, una dicción siempre correcta, sencillez en la frase y claridad en la expresión del pensamiento. — Ejemplo:

Porque la voluntad determine bien cerca del esfuerzo, es necesario que haya consideración á los dos extremos que se hallan en cualquier cosa grave, difícil, temerosa y peligrosa, que son osadía y temor; los cuales proceden del amor que el hombre tiene á sí mismo; por él osa ó teme más que conviene, ó por honrar su persona, ó por conservarla. Quando la cosa grave, difícil, terrible ó peligrosa se representa al ánimo por los sentidos corporales, luego la siente, y se inclina á querer lo que puede ser provechoso, y lo ama.

Deste amor nace la osadía, que es acometimiento inconsiderado contra los peligros con esperanza de sobrarlos, por la gran confianza que de sí mesmo hace por sus fuerzas, ó por su industria y experiencia, ó de los que le han de ayudar ó favorecer. Desecha y menosprecia el temor, que es natural en los hombres, y pónese arrebatadamente en los peligros, porque osa lo que debe y lo que no debe. Los hombres que ansí son osados, comúnmente son gloriosos, ventajosos, hinchados, arrogantes, blasonadores, alaban sus cosas más que deben, y pensando por esta vía mostrarse fuertes ó esforzados, pésales de los actos virtuosos que los otros hacen, y han envidia y detraen de ellos por les abajar, menospreciándolos, ó á lo menos no diciendo bien dellos.

Estos y otros muchos daños resultan deste extremo, porque él en sí es vicio quando está en sus fuerzas. Por tanto el hombre virtuoso y esforzado no lo debe seguir ni tomar; pues tiene por compañera y guiadora la temeridad, por la cual el hombre confía de sí más de lo que conviene para hacer y obrar lo que quiere: y quanto mayor osadía y confianza tuvo al principio, tanto mayor temor ó flaqueza tiene en la prosecución del negocio; y al mejor tiempo desfallece, y lo deja con mayor mengua y daño suyo...

Fray Antonio de Guevara, de familia nobiliaria de la provincia de Alava, no se sabe la fecha en que nació. Abrazó la carrera eclesiástica, perteneciendo á la Orden de San Francisco, y llegó á ser obispo de Guadix y Mondoñedo. Siguió en sus primeros años á la corte de los Católicos monarcas, y después fué cronista y predicador de Carlos V. Murió en 1548. Como escritor político, merece consideración especial. Sus mejores obras, son: *Reloj de Príncipes ó vida de Marco Aurelio* y *Menosprecio de la Corte* y *alabanza de la Aldea*, y sus *Cartas*. — Para dar idea de su espíritu jocoso, trasladaremos aquí su carta á D. Enriquez, en

donde marca las faltas que deben evitarse en las epístolas, contesta á las preguntas que el nombrado le dirigiera, y señala los vicios de la corte:

Magnífico señor y mi amigo antiguo.—Valdivia, vuestro solicitador, me dió una carta, la cual parecía bien ser de su mano escrita; porque traía pocos renglones y muchos borrones. Si como os hizo Dios caballero, os hiciera escribano, mejor maña os diérais á entintar cordobanes que á escribir procesos.

Siempre trabajad, señor, en que si escribiéreis alguna carta mensajera, que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la nema sutil, la plegadura igual y el sello claro; porque es ley de corte, que en lo que se escribe se muestre la prudencia, y en la manera de escribir se conozca la crianza. En la carta que me fué dada, se contenían muchas preguntas debajo de muy pocas palabras.

Preguntáisme, señor, que ¿á qué vine á la corte? Y á esto os respondo, que no vine de mi voluntad, sino que me constriñó necesidad. Decísme, señor, ¿qué es lo que hago en la corte? Y á esto os respondo, que según mis contrarios me siguen, y mis negocios se alargan, que ninguna cosa hago, sino que me deshago.

Decísme, señor, que os escriba ¿qué es la cosa en que más ocupo el tiempo? Y á esto os respondo, que según los cortesanos tenemos por oficio, con más verdad podremos decir del tiempo, que le perdemos, que no le empleamos. Decísme, señor, con ¿quiénes converso más en esta corte? Y á esto os respondo, que es de tan mal viduño la corte y su gente, que los que en ella andamos, y dende niños nos criamos, no es nuestro estudio buscar con quién conversemos, sino en descubrir de quiénes nos guardemos. Apenas tenemos tiempo para defendernos de los enemigos, ¿y queréis que nos ocupemos en buscar nuevos amigos? En las cortes de los príncipes, yo confieso, que hay conversación de personas, mas no hay confederación de voluntades; porque aquí la enemistad es tenida por natural, y la amistad por peregrina.

Es de tal condición la corte, que los que más se visitan, peor se tratan, y los que mejor se hablan, peor se quieren. Los que andan en las cortes de los príncipes, si quieren ser curiosos, y no necios, hallarán muchas cosas, de qué se espantar, y muchas más de qué se guardar.

Otras cosas hay en esta corte á buen precio, ó por mejor decir, á buen barato: es á saber, crueles mentiras, nuevas falsas, amistades fingidas, envidias continuas, malicias dobladas, palabras vanas y esperanzas falsas: de las cuales siete cosas tenemos en esta corte tanta abundancia, que se pueden poner tiendas y pregonar ferias. Preguntáisme, señor, si hay buena expedición en los negocios, porque queríais enviar á despachar algunos. A esto os respondo, que según las cosas de la corte son pesadas, enojosas, prolijas, costosas, intrincadas, malhadadas, deseadas, suspiradas, lamentadas y marañadas, téngome por dicho, que si son diez los despachados van noventa desesperados.

Escribísme, señor, que os escriba, si hay hogaño buena feria aquí en Medina. A esto os respondo, que como yo no tengo mercadería que vender, y menos dineros con que las comprar, ni sé de qué la loar, ni hallo de qué me quejar, más de que andando por esta feria, veo en estas tiendas de burgaleses tantas cosas ricas y apacibles, que en mirarlas tomo gozo, y de no poderlas comprar, tomo pena...

Muchas veces he tornado á leer vuestra carta, y no he hallado más que responder á ella: que á la verdad más parecía interrogatorio para tomar testigos, que no carta para amigos. No quiero más decir, sino que escapo de escribiros muy cansado, y aun enojado, no de responder á la carta, sino de construir vuestra maldita letra. Nuestro Señor sea en vuestra guarda, y á mí me dé gracia para que le sirva. — De Medina del Campo á 5 de Junio, año de 1532.—Guevara.

Antonio Pérez (1539-1611). Célebre en la Historia, más que como literato de primer orden, por las alternativas de su azarosa existencia, nació en Madrid y estudió sucesivamente en Alcalá, Salamanca y Padua. Sabida es la persecución de que fué objeto por parte del mismo Felipe II á causa de la suposición de que su propio secretario tuvo parte en el asesinato de D. Juan de Austria; aunque parece probado que si Antonio Pérez intervino en semejante crimen fué para cumplir, ya que no órdenes, terminantes deseos al menos del terrible soberano absoluto. Tampoco parece que fuesen extraños á este odio los celos del Rey por creer á Antonio Pérez en amorosas relaciones secretas con la hermosa tuerta, la princesa de Éboli. — Once años de prisión sufrió, y aunque condenado á muerte, pudo huír á Zaragoza; preso de

nuevo allí, promovido el alzamiento en su favor quiso la fortuna que Antonio Pérez pudiese escapar á Francia, donde protegido por el rey Enrique IV, acabó su existencia. — Sus trabajos literarios más notables, son las *cartas*, y he aquí algunas:

Ha llegado á mi noticia que se imprimen todas aquellas cartas; y estoy confuso en si pasaré por ello, ó me quejaré, y hallo que es mejor dejarlas correr. Vayan. Rían unos, roan otros, muerdan otros, que algunos se quebrarán los dientes: otros las recibirán con gusto. En fin, juzgue cada uno como quisiere, que al cabo al cabo, los más aristarcos y críticos jueces serán los miradores del juego de ajedrez, que tachan, que reprenden; y si se sentasen al tablero, no sabrían menear pieza.

Demás que en el juicio de mis cosas no juzgan todos de una manera. Unos, conforme á la razón y libertad del ánimo: muchos destos. Otros, conforme al respeto que los manda: no muchos destos. Otros, conforme á la landre de que están heridos: pocos destos. Digo landre, porque landres hay del ánimo, peste más contagiosa que la de los cuerpos. Trátenme como al Cid el otro judío, que por despecho en la sepultura le asió de la barba.

Pues no se fíen en la vida del favor; que quien permitió que la estatua del Cid menease el brazo y empuñase la espada en espanto del judío, puede mudar las suertes. A lo menos vivirá con tal confianza el que ha enterrado uno á uno á tantos de sus enemigos y verdugos.

Hijos: á todos tres va ésta. Hijos digo, que sobre esta palabra se funda ella. A las lanzadas de vuestras palabras, que tales son al alma de un padre las que me refieren pasajeros, de *Padre mío, Padre de mi alma, Padre de mis entrañas*, con una las reparo y recompenso todas: *Hijos!*... Que quien dijo hijos de sus entrañas, dijo de todos esotros rincones de las partes de su obra, porque de todas aquellas teneis parte y sois parte de mí. Pero esotro, *Padre de mi vida, Padre de mis entrañas*, todo esotro, la fuerza que tiene es á mi favor, porque es confesar que sois parte de mí; y esta confesión de vuestra boca, que es lo que más amo, pues cada uno ama más á sus prendas, que las prendas á su dueño. Que os cuesta caro, que os han martirizado por mí, que aún estais en el tormento, eso os debo, eso también me debeis, pues vuestros agravios me hacen á mí inocente y á vosotros mártires. Pues más os digo, que vivís obligados á los mismos agra-

vios, porque os han consignado la deuda en el cielo: pagamento infalible y de grandes recambios de feria á feria.

¿Qué pensais que quiere decir de feria á feria? En el cielo y en la tierra; que tales agravios, tales tormentos, en pellejos niños, en almas niñas, acá y allá han de ver la satisfacción. La palabra de Dios lo dixo: *mea est ultio, ego retribuam.* Esperad un poco: vivid digo, y veréislo.

No penseis que tiro ese lugar de los cabellos á mi propósito. Oíd: decir Dios *mea est ultio*, á buena razon ha de ser más en general por los que padecen inhabilitados de defensa, quales niños, pupilos, viudas, sobre inocentes: demás de ser los reservados á su cargo y cuidado por especial privilegio de su palabra.

Juan Luis Vives del Vergel (1492-1540). Es el filósofo más grande de estos tiempos, y que no sólo formó escuela en nuestra patria, sino que fuera de ella siguieron su enseñanza muchos científicos de importancia suma. Nació en Valencia, y este «Cervantes de la filosofía», como le llama un crítico, hirió de muerte al exagerado escolasticismo, inaugurando el renacimiento español en las ciencias, puesto que es el primero que se lanza á ser pensador por cuenta propia, presentando ideas y teorías que después aplicaron ó desenvolvieron Bacon y Descartes.—Estudió en su patria y en la Universidad de París. Vivió en Brujas, donde casó con española ilustre. Fué maestro de la mujer é hija de Enrique VII de Inglaterra, y profesor de la Universidad de Oxford. Por censurar la conducta de dicho príncipe con Catalina de Aragón, estuvo preso; y vuelto á Brujas, murió de gota.—Sus obras principales son la titulada *De la corrupción de las artes y de las ciencias*, verdadero monumento del saber, y sus *Tratados de dialéctica, de literatura y de filosofía.*—Vives se dedicó, sobre todo, á la reforma de los métodos de enseñanza y de estudio, y procuró poner de acuerdo la doctrina de los Santos Padres con la de Platón y Aristóteles.— He aquí una apreciación de Vives:

La comparación que hacen algunos de la superioridad de los modernos sobre los antiguos, como un enano subido sobre las espaldas de un gigante, es al propio tiempo pueril é inexacta. «Todos somos hombres de la misma especie», sólo que nos hacemos más grandes

que los antiguos, añadiendo su talla á la nuestra, con tal que no les cedamos en estudio, vigilancia y amor á la verdad.

Juan Huarte, filósofo. Nació en 1520 y escribió, entre otras, una obra titulada *Examen de los ingenios para las ciencias*. Siguió la medicina, y reunió en sus teorías todo lo conocido sobre frenología hasta él. — La importancia de este trabajo consiste en que estableció una división enciclopédica de las ciencias, con arreglo á las facultades anímicas que están destinadas al estudio de cada una de aquellas ramas del saber. Algunos pensadores extranjeros, como el citado Bacon y como D'Alembert, ó coincidieron con Huarte, ó copiaron de él dicha clasificación.

Jorge Gómez Pereira, filósofo que nació, según unos en Portugal en 1524 y según otros en Galicia; es autor de la *Margarita Antoniana*, famosa obra, donde se halla el silogismo abreviado que después el repetido Descartes fijó para su filosofía, *cogito ergo sum*.—En su libro, además, defendió Pereira la teoría de los animales, máquinas que también Descartes presentó, y fué admitida por muchos sabios.

Miguel Servet, aragonés (1509-1558). Estudió medicina y derecho, y en la primera de estas ciencias llegó á formular la teoría de la circulación de la sangre que, en opinión de Leibnitz, es muy superior á todo lo que se sabía antes acerca de la materia. Al publicar una de sus obras, *Christianismi restitutio* (sin su nombre), interpretando las Sagradas Escrituras, y en la dirección de la escuela neo-platónica, promovió tanto escándalo entre los calvinistas, que lo prendieron, y murió quemado en Ginebra por la intolerancia de los protestantes, y por no haber transigido en abjurar sus ideas filosóficas cristiano-panteistas.

Francisco Suárez, filósofo (1547-1617). El célebre jesuíta, hijo de Granada, estudió sucesivamente en las Universidades de Alcalá, Salamanca, Roma y Coimbra. Jurista al propio tiempo que teólogo, sus teorías han sido elogiadas de propios y extraños. Muchas fueron sus obras originales, y también figura como gran comentarista de la *Suma Teológica*, de Santo Tomás.

Siglo XVII.

D. Esteban Manuel de Villegas (1595-1669). Cabe al distinguido hijo de Nájera la gloria de haber sido el creador de la oda anacreóntica en España, y sólo con este título es suficiente para que la Historia no lo olvide. Fué discípulo de los Argensolas y estudió en Salamanca. A los veinte años compuso sus *eróticas*, y bien pronto hubo de abandonar las musas para buscar su subsistencia. Por ser muy características, conocidas y con razón estimadas, copiamos las estrofas en versos sáficos y adónicos de su oda «Céfiro», y su preciosa «cantinela»:

Dulce vecino de la verde selva,
huésped eterno del Abril florido,
vital aliento de la madre Venus,
Céfiro blando;
Si de mis ansias el amor supiste,
tú, que las quejas de mi voz llevaste,
oye, no temas, y á mi ninfa dile,
dile que muero.
Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
quísome un tiempo, más agora temo,
temo sus iras.
Así los dioses, con amor paterno,
así los cielos, con amor benigno,
nieguen al tiempo que feliz volare,
nieve á la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
cuando amenace la elevada cumbre,
toque tus hombros, ni su mal granizo
hiera tus alas.

Yo ví sobre un tomillo
quejarse un pajarillo,
viendo su nido amado,
de quien era caudillo
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento
dar mil quejas al viento,
para que al cielo santo
lleve su tierno llanto,
lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
esforzando el intento,
mil quejas repetía:
ya cansado callaba,
y al nuevo sentimiento
ya sonoro volvía.
Ya circular volaba,
ya rastrero corría,
ya pues de rama en rama
al rústico seguía;
y saltando en la grama,
parece que decía:
«Dame rústico fiero,
mi dulce compañía;»
y que le respondía
el rústico: «No quiero.»

—

De igual mérito que el anterior, es **D. Juan de Jáuregui** (1570-1641), poeta sevillano y pintor al propio tiempo, brillando más en el primer concepto, sin embargo, que en el segundo. Discípulo de Herrera, tradujo del italiano y del latín obras poéticas; y no siempre dejó de incurrir en ampulosidad y conceptismo. — En la traducción de la *Aminta*, del Tasso, muchas veces es digno de alabanza, y alguna también, en la de la *Farsalia*, de Lucano.— De una y otra respectivamente son los siguientes versos:

Entonces por el agua y por las flores
iban con dulces bailes retozando
los cupidillos sin aljaba ó lazo:
Sentábanse las ninfas y pastores,
caricias mil al razonar mezclando,
y á lasca ricias uno y otro abrazo
. . . . . .
Tú, honor, fuiste el primero que negaste
la fuente de deleites tan copiosa
y á la sed amorosa la escondiste.

—

Recibe el golpe el delicado y blando
pecho del joven Argos de Marsella,
y sobre el asta el cuerpo derribando
ayuda él mismo á atravesar en ella.

Su padre, que morir le está mirando
de lejos, por los bancos atropella,
sin que la chusma el paso le embarace
hasta do el hijo agonizando yace.
Este, cuando mancebo, competía
en entender y usar de la robusta
guerra con cuantos de su tiempo había,
y así de la palestra, y de la justa:
y aun hoy, que á su vigor y valentía
los años vencen, de las armas gusta,
y entre los suyos, débil y cansado
sirve de ejemplo ya, no de soldado,
.....

Mejor que discípulo, puede llamarse imitador de los Argensolas al **Príncipe de Esquilache** (1578-1658). Hijo de Madrid, usó el título de aquel principado de Nápoles por su mujer, y fué virrey en el Perú. Son fáciles y galanos sus romances cortos y letrillas, como se ve en el siguiente ejemplo:

Niñas de mi aldea
que váis á la fuente
por agua, las menos,
las más, porque quieren
.....
Mirad el peligro
porque á las mujeres
verdad y mentira
dañan igualmente
.....
mirad cómo el árbol
cuando está más verde
en Abril un cierzo
le burla y le ofende
.....
¿No veis que las manos
del tiempo, convierten
las rubias espigas
en nevadas mieses?
Los alegres años
no espereis que vuelen
y los tristes, vengan
que jamás se vuelven.
Pierde, cuando turbio
con los años crece
del amor el río,
el vado y la puente.
¿Vísteis las que hollando
tiempos diferentes
causaron envidias?
ya lástima mueven.
Oid mis consejos
mirad que os advierten
que los años vuelan
que el engaño vuele.
.....

Baltasar Gracián (1584-1658). Nació en Calatayud, fué jesuíta y rector de los colegios de Tarragona y Tarazona. Publicó sus obras con el nombre de su hermano Lorenzo. Como imitador de Góngora, llegó al delirio, según se prueba por los siguientes versos de su poema *Selvas del año;* y en cuanto á sus obras en prosa, la más célebre es la titulada *Agudeza y arte de ingenio,* donde quiso dar reglas y clasificar los géneros literarios y estilos en boga. De ella copiamos algunas líneas más abajo también.

Después que en el celeste anfiteatro
el jinete del día
sobre Flegonte toreó valiente
al luminoso toro,
vibrando por rejones rayos de oro;
aplaudiendo sus suertes
el hermoso espectáculo de estrellas,
turba de damas bellas
que á gozar de su talle alegre mora,
encima los balcones de la aurora;
después que en singular metamorfosi
con talones de pluma;
y con cresta de fuego,
á la gran multitud de astros lucientes,
gallinas de los campos celestiales
presidió gallo el boquirrubio Febo,
entre los pollos del tindario huevo...

Conténtanse algunos con sola el alma de la agudeza, sin atender á la bizarría del exprimirla; antes tienen por felicidad la facilidad del decir. No fué paradoja, sino ignorancia, condenar todo concepto; ni fué Aristarco, sino monstruo, el que satirizó lá agudeza, antípoda del ingenio cuya mente debía ser el desierto del discurso. Son los conceptos vida del estilo, espíritu del decir, y tanto tienen de perfección cuanto de sutileza; mas cuando se junta lo realzado del estilo y lo remontado del concepto, hacen la obra cabal. Hase de procurar que las proposiciones hermoseen el estilo, los reparos lo aviven, los misterios le hagan preñado, las ponderaciones profundo, los encarecimientos

salido, las alusiones disimulado, los empeños picante, las trasmutaciones sutil; las ironías le den sal, la crisis hiel, las paranomasias donaire, las sentencias gravedad, las semejanzas lo fecunden y las paridades lo realcen.

Francisco de Rioja (1600-1658 ó 59). Sevilla fué su patria, y siguiendo sus estudios de jurisprudencia, llegó á Inquisidor general; antes se hizo sacerdote y había sido racionero de la catedral de su ciudad por la protección que en la corte de Felipe IV le concedió el Conde-Duque, de quien fué bibliotecario. Caído repentinamente en desgracia, sufrió una prisión, y vuelto á Sevilla, se dedicó por completo á sus aficiones literarias. Escribió algunas obras en prosa de argumento místico. Pertenece á la escuela de Herrera, pero supo mantenerse en los límites del buen gusto sin las exageraciones de estilo que habían de afear más adelante esa tendencia, y aun á veces puede decirse que superó al maestro en la delicadeza y buen corte del estilo. — Hombre versado en el hebreo y el griego, no abusa sin embargo de esta educación clásica para rellenar sus poesías de alusiones paganas, vicio tan frecuente desde Herrera. Las cualidades distintivas del lenguaje de Rioja, son: elegancia, claridad y tersura en la versificación. — La crítica moderna ha querido despojar á este poeta de sus laureles, porque imitó á Rodrigo Caro en su canción *A las ruinas de Itálica*; mas no es justa la censura, llevándola tan adelante, porque si bien es cierta la imitación á veces servil de dicha composición, no lo es menos, que la mejoró notablemente, habiéndola convertido en una de las joyas de nuestra poesía. Y si los autores dramáticos del siglo XVII se copian unos á otros arrebatándose los asuntos y hasta glosando y parafraseando las escenas, sin que por esto haya la opinión de los doctos hecho desmerecer el renombre de dichos autores, debe aplicarse igual criterio á Rioja. — Después de despojado de la gloria anteriormente citada, se le ha arrebatado también la de ser autor de la famosa *Epístola Moral*, que parece estar probado pertenece al capitán **Andrés Fernández de Andrade.** Ajeno nuestro libro á estas cuestiones, y sea de ello lo que quiera, todavía le restan bastantes timbres para

ocupar un buen puesto en la poesía castellana.— Más abajo transcribimos: 1.°, su *Silva á la rosa*, que todavía no se ha descubierto sea de otro; 2.°, algunos trozos de la *Epístola Moral* (como modelo de Andrade, si se quiere), y 3.°, de *Las ruinas de Itálica* también trasladaremos algunas estancias, aunque sea de las inspiradas en

Rodrigo Caro. — De éste, sólo diremos que nació en Utrera en 1573, y que siendo sacerdote escribió al propio tiempo que poesías historias de asuntos particulares, llevándole su afición á las antigüedades á escribir sobre las de Sevilla, y sobre las inscripciones halladas en su pueblo natal. — He aquí los ejemplos en el orden antes enumerado:

Pura, encendida rosa
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría,
si sabes que la edad que te dió el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
¡y no valdrán las puntas de tu rama
ni tu púrpura hermosa
á detener un punto
la ejecución del hado presurosa!
El mismo cerco alado
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dió Amor de sus alas blandas plumas,
y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas:
y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aun no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.

Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento ó muerte llora.

. . . . . .

Dejémosla pasar como á la fiera
corriente del gran Betis, cuando, airado,
dilata hasta los montes su ribera.

. . . . . .

Ven y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo clima
te será más humano y más sereno;
A donde por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«blanda le sea», al derramarla encima;
Donde no dejarás la mesa ayuno,
cuando te falte en ella el pece raro,
ó cuando su pavón nos niegue Juno.

. . . . . .

Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

. . . . . .

Como los ríos, en veloz corrida
se llevan á la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.

. . . . . .

¡Pobre de aquél que corre y se dilata
por cuantos son los climas y los mares,
perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

. . . . . .

¡Cuán callada que pasa las montañas
el aura, respirando mansamente!
¡qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡qué redundante y llena de ruído
por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido;
en las costumbres sólo á los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea
igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado,
que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
hubo ya quien bebió tan ambicioso
como en el vaso múrice preciado;
Y alguno tan ilustre y generoso
que usó, como si fuera plata neta,
del cristal trasparente y luminoso.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fué; por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
este llano fué plaza, allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales:
del gimnasio y las termas regaladas,
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron
á su gran pesadumbre se rindieron.

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

Este despedazado anfiteatro,
ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillojaramag o,
ya reducido á trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues, fieras, ¡ay! está el desnudo
luchador? Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo:
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros á los ojos,
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano,
ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna y la que baña
el mar, también vencido, gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino
rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya del laurel, ya de jazmínes
coronados los vieron los jardínes,
que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡ay! yace de lagartos vil morada;
casas, jardines, césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruídas;
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,

y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
así á su antiguo muro,
y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas
¡oh patria de los dioses y los reyes!
y á tí á quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades:
que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ay! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
....

D. Antonio Mirademescua ó de Amézcua (1570-1635), fué natural de Guadix, llegando en su carrera á Arcediano de ésta catedral; sirvió en el virreinato de Nápoles, y murió en Madrid de capellán de Felipe IV. El elogio que Cervantes y otros hacen de él, basta para no discutir su reputación. — Como poeta lírico son muy aplaudidos sus versos de la canción que copiamos, y como autor dramático (imitador de Lope, á quien disputó la palma en la comedia), llegó á escribir muchas obras, de las cuales se conservan 50. — De una de las más célebres, que es *La Fénix de Salamanca*, también trasladamos algunos versos de la escena entre Garcerán y Solano:

Ufano, altivo, alegre, enamorado,
rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
se sentó en los pimpollos de una haya,
y con su pico de marfil nevado,
de su pechuelo blanco y amarillo
la pluma concertó pajiza y baya;
y celoso se ensaya
á discantar en alto contrapunto
sus celos y amor junto,
y al ramillo, y al prado, y á las flores
libre y gozoso cuenta sus amores.
Mas ¡ay! que en este estado

el cazador cruel, de astucia armado,
escondido le acecha,
y al tierno corazón aguda flecha
tira con mano esquiva,
y envuelto en sangre en tierra lo derriba.
¡Ay, vida mal lograda,
imagen de mi suerte desdichada!
De la custodia del amor materno
el corderillo juguetón se aleja,
enamorado de la yerba y flores;
y por la libertad, del pasto tierno
el cándido licor olvida y deja,
por quien hizo á su madre mil amores.
Sin conocer temores,
de la florida primavera bella
el verde manto huella
con retozos y brincos licenciosos,
y pace tallos tiernos y sabrosos.
Mas ¡ay! que en un otero
dió en la boca de un lobo carnicero,
que en partes diferentes
lo dividió con sus voraces dientes,
y á convertirse vino
en purpúreo el dorado vellocino.
¡Oh inocencia ofendida!
¡Breve bien, caro pasto, corta vida!

....

G.—¿Dónde tomaste posada?
S..—Junto al Carmen.
G.— ¿Preveniste
La cena?
S..— Sí.
G.— ¿Qué trajiste?
S..—Un capón, una empanada,
dos perdices...
G.— Bien las como.
S..—Medio cabrito extremado,
dos gazapos.....
G.— Regalado
plato.
S..— ¡Tiene tanto lomo!
Un jigote de carnero...
G.—Si está manido, no es malo.
S..—Un jamón.
G.— ¡Gentil regalo!
Has hecho buen despensero.
S..—De clarete y moscatel
tres azumbres; que sin vino
está en la mesa el tocino
como cautivo en Argel.

De menor importancia, y contemporáneo del anterior, es **D. Luis Vélez de Guevara** (1570-1644). Imitador de Lope, asimismo, se dice que escribió más de cuatrocientas comedias, aunque actualmente sólo se conserva la décima parte. Es el resumen de los vicios y resabios culteranos, así como de las bellezas del estilo propias de su tiempo. — Su nota de jurisconsulto eminente le condujo hasta la vida íntima de Felipe IV en la corte; y obtuvo mayor favor público que los grandes poetas de aquel entonces, quizás por la adulación consiguiente á su privanza. — Muchas de sus comedias tienen por asunto el que otros habían ya desenvuelto, y plagió sin empacho á cuantos poetas brillaban en su época. Los siguientes versos prueban algo de lo que queda apuntado. — En cuanto á su prosa, la más célebre de sus novelas picarescas es *El Diablo Cojuelo*, imitada por el autor de *Gil Blas*, y que constituye una ingeniosa sátira de la vida y de la literatura contemporánea al novelista.—Su asunto es el siguiente: Un estudiante saca al diablo de la redoma en que cierto mágico lo tenía aprisionado; agradecido el diablo á semejante servicio, lleva á su libertador por los aires, y levantando en obsequio suyo los tejados de las casas de Madrid en medio de la quietud y silencio de la noche, presenta á su vista los secretos que aquéllas encierran. — Transcribiremos también á continuación de sus versos algunas líneas de esta prosa:

Pero poco importa todo,
si este monstruo, este escorpión,
á quien llaman hermosura
(veneno fuera mejor);
este basilisco humano,
esta esfinge, que nació
para vencer á su dueño
de un pacto con la traición;
esta breve tiranía,
esta lisonjera flor
de la maravilla, aquesta
breve, mortal ambición,
para romper el respeto
por privilegios que dió
la cortesana hidalguía,
no hubiera dado ocasión.

Quedó D. Cleofás absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, pies y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo: —¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños, hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Dejadme que me asombre,

que entre las grandezas de la Providencia divina, no es esta la menor. Entónces el Cojuelo, previniéndole le dijo: —Advierte que quiero enseñarte atentamente en este teatro donde tantas figuras representan, las más notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí, primeramente, cómo están sentados muchos caballeros y señores, á una mesa opulentísima, acabando una media-noche, que eso les han quitado á los relojes no más... Mira aquel preciado de lindo, ó aquel lindo de lo mas preciado, cómo duerme con bigoteras torcidas de papel en las guedejas, y el copete, sebillo en la mano y guantes descabezados, y tanta pasa en el rostro, que puede hacer colación en él toda la cuaresma que viene... Vuelve allí y mira cómo se está untando un hipócrita á la moderna para hallarse en una gran junta de brujos que hay entre San Sebastián y Fuenterrabía, y á fe que nos habíamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio... Pero mucho más nos podemos entretener por acá y más si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcón en casa de aquel extranjero rico, con una llave maestra, porque las ganzúas son á lo antiguo y han llegado donde está aquel talego de vara y media estofado de patacones de á ocho, á la luz de una linterna que llevan: que por ser tan grande, y no poder arrancarle de una vez, por el riesgo del ruido, determinan abrirle é hinchir sus faltriqueras y los calzones, y volver otra noche por lo demás, y comenzando á desatarle, saca el tal extranjero (que estaba dentro de él guardando su dinero, por no fiarle de nadie), la cabeza, diciendo: —Señores ladrones, acá estamos todos... Aquél, es pretendiente, y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita... Bien haya aquel tabernero, que se quita de esos cuidados y él cura de su vino, que lo está bautizando en sus pellejos y las tinajas y á estas horas está hecho diluvio en pena con su embudo en la mano y antes de mil años, espero verlo jugar cañas por el nacimiento de algún príncipe.—¿Qué mucho, dijo Cleofás, si es tabernero y puede emborrachar á la fortuna?

Inferior á su vez, aun á los anteriores, **D. Juan de Zavaleta**, natural de Madrid, que floreció á mediados del siglo XVII, ignorándose la fecha de su nacimiento; prosista y poeta á la vez, en uno y otro género dejó ricas muestras de su estilo, y tiene sobre todo un gran interés la lectura de algunas de sus obras, porque retratan de manera fidelísima la vida menuda diaria de su tiem-

po. — Copiaremos pocas líneas de su prosa en que se pinta *(El día de fiesta)* un cuadro de costumbres de exactísimo parecido, sin duda, con el natural:

Despierta el galán el día de fiesta, á las nueve del día, atado el cabello atrás con una colonia. Pide ropa limpia, y dánsela limpia y perfumada... Dícele á un criado que le dé de vestir, que otro vaya á llamar al barbero y al zapatero. Pónele un jubón cubierto de oro, porque es constitución de la gala cuidar más del adorno interior que del exterior... Cálzase luego, y pónese unas medias de pelo tan sutiles, que después de habérselas puesto con grande cuidado es menester cuidado grande para ver si las tiene puestas. Yo pienso que ha de llegar tiempo en que hasta las medias las hagan hechiceras, porque las puedan hacer invisibles... Ajústase las medias á las piernas con unos ataderos tan apretados que, no parece que aprietan, sino que cortan. Garrotes suelen dar á los que están sin sentidos; muy sin sentidos está quien no vuelve en sí con estos garrotes... Entra el zapatero oliendo á cansado. Saca de las hormas los zapatos, con tanta dificultad como si desollara las hormas. Siéntase en una silla el galán; híncase el zapatero de rodillas, apodérase de una pierna con tantos tirones y desagrados, como si le enviaran á que le diera tormento... Entra el barbero dando priesa desde que entra; pide lumbre para los hierros, y dice que pongan el escalfador á la lumbre. Siéntase el galán en una silla, y en sentándose pierde el dominio de su cuerpo, porque no se puede menear sino hacia donde el barbero le manda. Pónele un peinador muy plegado, que es lo mismo que ponerle unas enaguas por el cuello...

También entre los autores dramáticos de segundo orden, figura el mismo rey **Felipe IV** (1605-1665), y se le han atribuído todas las comedias que aparecen impresas bajo el pseudónimo de «Un ingenio de esta Corte». Asegúrase que la titulada *El Conde de Essex* es suya, y en ella hay interés de asunto y facilidad de versificación. He aquí una hermosa escena en que la Reina visita en su cárcel al Conde, y aun cuando se niega á perdonarlo, como soberana, le da no obstante una llave para que huya:

C. En fin: la Reina no puede
usar de piedad?
R. No puedo.
C. Pues si no puede la Reina
doblarse al llanto y al ruego,
una mujer á quien yo
dí la vida, por lo menos,
no dejará de mostrarse,
pagándome con lo mesmo,
agradecida.
R. La Reina
no puede, que de ese empeño
desobligación ha sido
el haberos dado medio
para huir de la justicia.
C. ¿Y eso es agradecimiento
de quien me debe la vida?
R. No soy yo; pero supuesto
que fuese yo, ya cumplí
pagando con lo que os debo.
C. ¿Sólo con darme esta llave?
R. Sí, conde, solo con eso.
C. Luego ésta, que si camino
abriere á mi vida abriendo,
tambien le abrirá á mi infa-
mia:
luego ésta que es instrumento
de mi libertad, también
lo habrá de ser de mi miedo;
ésta que solo me sirve
de huir, es el desempeño
de reinos que os he ganado,
de servicios que os he hecho,
y en fin, de esa vida, de esa
que teneis hoy por mi esfuer-
zo?
En ésta se cifra tánto!...
pues, vive Dios, estoy ciego,
que he de hacer que si quereis
tenerme agradecimiento,
y darme la vida, sea
por otro más noble medio;
y si no, que pueda á voces
quejarme al mundo, diciendo
que no pagais beneficios;
que de los reales pechos
es la más indigna acción.
R. ¿Dónde vais?
C. Vil instrumento
de mi vida y de mi infamia,
por esta reja cayendo,
del parque que bate el río
entre sus cristales, quiero,
si sois esperanza, hundiros;
¡caed al húmedo centro,
donde el Támesis sepulte
mi esperanza y mi remedio!
No quiero huyendo, vivir.
(Arroja la llave.)
R. ¡Ay de mí! Mal habeis hecho.
C. Sed agora agradecida;
ya os he quitado este medio
de agradecerme y librarme,
ahora, ahora os acuerdo
servicios y obligaciones:
que es forzoso, no teniendo
aquel que me estaba mal,
buscarme otro modo nuevo
de librarme ó ser ingrata.
R. Ser ingrata escoger quiero.
Sin vida estoy, que ese modo
solo, á pesar del respeto
os supo hallar mi piedad.
C. ¿Luego he de morir?
R. Es cierto.
Yo hice por vos cuanto pude
á pesar de lo severo.
Como mujer os libraba;

como Reina, no me atrevo.
Mañana habeis de morir:
¡mañana, mañana es luego!
¡Oh llanto! No me publiques
humana; que cuando dejo
de serlo en tener piedad
no lo soy en los efectos.
Adios Conde.

C. ¿En fin, sois bronce?

R. Pluguiera á Dios fuera cierto;
más soy...

C. ¿Qué sois?

R. Ya es ocioso.
Soy quien pondrá un escarmiento
con vuestra cabeza al mundo.

C. Por vos inocente muero.
¿Quién me digera algún día?...

R. Vos teneis la culpa de eso;
que algún día pensé yo...
Mas tan poca dicha tengo,
que os doy la muerte yo misma:
apenas el llanto enfreno.
¡Ay honor, cuánto me cuestas!

C. ¡Ay amor, cómo me has muerto!

Guillén de Castro (1569-1630). El más notable de los contemporáneos de Lope, es el famoso valenciano, autor de 40 comedias. De ilustre familia, llevó una vida desordenada y de privaciones por su carácter impetuoso y díscolo. Desempeñó cargos de confianza al lado de los magnates de la corte, obteniendo pensiones del conde-duque de Olivares; y en los últimos momentos de su existencia, se le enterró de limosna en Madrid en el hospital de la Corona de Aragón. — Bastaría para su gloria haber escrito *Las Mocedades del Cid*, que imitó Corneille y aun en su *Cid* copió. El plan de la obra fué mejorado por el autor francés; pero en cambio, el original tiene más sabor histórico para nosotros desde el momento en que sus prolijidades retratan la vida del héroe tal y como lo conoce la fantasía popular por el «Romancero». También escribió la segunda parte del drama titulado *Hazañas del Cid*. Es muy hermoso el monólogo del protagonista, que transcribimos, en que combaten en su espíritu el amor y el honor. Trasladaremos dicho monólogo, escrito en tres metros diferentes, y el reto de Rodrigo de Vivar al conde Lozano:

Suspenso de afligido,
estoy, Fortuna. ¿Es cierto que lo veo?
Tan en mi daño ha sido
tu mudanza, que es tuya y no lo creo.
¿Posible pudo ser que permitiese
tu inclemencia, que fuese
mi padre el ofendido (¡extraña pena!)
y el ofensor el padre de Jimena?
¿Qué haré, suerte atrevida,
si él es el alma que me dió la vida?
¿Qué haré (¡terrible calma!)
si ella es la vida que me tiene el alma?
Mezclar quisiera en confianza tuya
mi sangre con la suya.
¡Y he de verter su sangre, brava pena!
¡Yo he de matar al padre de Jimena!
Mas ya ofende esta duda
el santo honor que mi opinión sustenta
razon es que sacuda
de amor el yugo, y la cerviz exenta,
acuda á lo que soy; que habiendo sido
mi padre el ofendido,
poco importa que fuese ¡amarga pena!
el ofensor el padre de Jimena.

¿Qué imagino? Pues que tengo
más valor que pocos años
para vengar á mi padre,
matando al conde Lozano.
¿Qué importa el bando temido
del poderoso contrario,
aunque tenga en las montañas
mil amigos asturianos?
¿Y qué importa que en la corte
del rey de León Fernando,
su voto sea el primero,
y en la guerra el mejor brazo?
Todo es poco, todo es nada,
en descuento de un agravio,
el primero que se ha hecho
á la sangre de Lain Calvo.
Daráme el cielo ventura,
si la tierra me dá campo,
aunque es la primera vez
que doy el valor al brazo.
Llevaré esta espada vieja
de Mudarra el castellano,
aunque está bota y mohosa
por la muerte de su amo;
y si le pierdo el respeto,
quiero que admita en descargo

del ceñírmela ofendido
lo que le digo turbado:
«Haz cuenta, valiente espada,
que otro Mudarra te ciñe,
y que con mi brazo riñe
por su honra maltratada.
Bien sé que te correrás
de venir á mi poder,
mas ne te podrás correr
de verme echar paso atrás.
Tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado:
segundo dueño has cobrado
tan bueno como el primero;
pues cuando alguno me venza,
corrido del torpe hecho,
hasta la cruz en mi pecho
te esconderé de vergüenza.

CID. ¿Conde?
C...¿ Quién es?
CID. A esta parte
quiero decirte quien soy.
C.... ¿Qué me quieres?
CID. Quiero hablarte.
Aquel viejo que está allí
¿sabes quién es?
C.... Ya lo sé...
¿por qué lo dices?
CID. ¿Por qué?
habla bajo: escucha.
C.... Dí.
CID. ¿No sabes que fué despojos
de honra y valor?
C.... Sí sería.
CID. Y que es sangre suya y mía
la que tengo yo en los ojos
¿sabes?
C.... Y el saberlo (acorta
razones) ¿qué ha de impor-
CID. Si vamos á otro lugar tar?
sabrás lo mucho que im-
porta.
C.... Quita, rapaz, ¡puede ser!
Vete, novel caballero,
vete, y aprende primero
á pelear y á vencer.
Y podrás después honrarte
de verte por mí vencido,
sin que yo quede corrido
de vencerte y de matarte.
Deja ahora tus agravios;
porque nunca acierta bien
venganzas con sangre, quien
tiene la leche en los labios.
CID. En tí quiero comenzar
á pelear y aprender;
y verás si sé vencer,
veré si sabes matar;
y mi espada mal regida
te dirá en mi brazo diestro
que el corazón es maestro
de esta ciencia no apren-
Y quedaré satisfecho dida.
mezclando entre mis agra-
vios
esta leche de mis labios
y esa sangre de tu pecho.

Otro de los poetas ya de primer orden, como el anterior, en la literatura dramática de este siglo XVII, es el madrileño **D. Juan Pérez de Montalbán** (1602-1638). Hijo de un librero, estudió en Alcalá, doctorándose en Teología. A los veintitrés años era presbítero, y tal su entusiasmo por el saber, que brillaba por sus conocimientos y laboriosidad; pero víctima de esfuerzos tan continuados, á los treinta y cinco perdió la razón. Sus entusiastas, que eran todos los escritores de su tiempo, publicaron en honor suyo gran número de panegíricos, consiguiendo la misma honra que él dedicara anteriormente á Lope. — A los diecisiete años escribía comedias aplaudidas; y aunque la crítica venenosa le hizo abandonar el cultivo del teatro, dejó escritas hasta 36 obras y 12 autos sacramentales. Un distinguido literato ha dicho, con razón, que sus trabajos han pasado á la posteridad, mientras que la censura de ellos se ha olvidado por completo, no quedando sino el conocido y maligno epigrama siguiente:

El doctor, tú te lo pones; con que en quitándote el dón
el Montalbán, no lo tienes; vienes á quedar Juan Pérez.

Imitador de Lope, incurre con frecuencia en los desaliños del «Fénix de los Ingenios», lo cual no quita que también siga al gran maestro en sus aciertos. Fué muy dado á intercalar en sus obras trozos líricos descriptivos para hacer gala de imaginación rica y de galana dicción, siendo notable también, como los grandes dramáticos, en la facilidad del diálogo. A semejanza de Moreto, procuró regularizar los argumentos; pero no consiguió hacer de sus damas el prototipo selecto de las mujeres de Lope y Calderón. Su culteranismo lo condujo á menudo á emplear exageradas tautologías, repitiendo la misma idea con palabras semejantes; vicio muy propio de las amplificaciones tan en boga en el discreteo de nuestro teatro. — Damos más abajo un trozo descriptivo y un diálogo de *Cumplir con su obligación*, una de sus mejores obras. — Además de ésta, son las más elogiadas *Los amantes de Teruel* y *No hay vida como la honra*.

Llegué á Florencia, y Clenardo
á recibirme salió:
ya sabes lo que me honró.
Entré en la ciudad gallardo
en un valiente alazán,
de aquellos que alienta y cría
la yerba de Andalucía;
tan corpulento y bizarro,
que al verle peinar el suelo,
pudo codiciarle el cielo
para el tiro de su carro.
Ví á Camila, más hermosa
que la Venus que en altares
Chipre con rosas y azahares
venera por madre y diosa,
con el cabello esparcido,
por más gala ó más decoro,
pareció diamante en oro:
allí el travieso Cupido,
que preso en ellos vivía,
tal vez la frente besaba,
y con los rizos jugaba
hasta que los deshacía.
De un ébano trasparente
su arquitectura formaban
las cejas, que se apartaban
por dividir cada Oriente:
negras las pestañas fueron,
entre obscuros arreboles;
más ¿qué mucho, si á sus soles
tantos años anduvieron?
De los ojos no quisiera
hablarte, por no ofender
la majestad de su ser:
no tiene en la octava esfera
el cielo dos luminarias,
dos antorchas, dos estrellas,
con más alma en sus centellas,
si bien á mi amor contrarias.
Las manos suyas, en fin,
sacó entre varios diamantes
de la cárcel de sus guantes
con diez hojas de jazmín,
Y tanto las admiré
cuando la luz advertí,
que despues que se las ví
de la cara me olvidé.
Miróme su cielo hermoso,
y con ser cielo estrellado,
para mí estuvo nublado,
por no decir riguroso.
. . . . . .

D. Juan y Camila, en la misma obra:

D. J. ¿Señora mía?
C.... ¿Qué haceis?
D. J. Cierto negocio traía
en que á hablar á Useñoría.
C.... Aquí estoy; ¿qué me quereis?
D. J. Mucho pudiera decir.
C.... Yo tambien tengo que ha-
D. J. Vuestro soy. blaros.
C.... A preguntaros
vengo yo para mentir
si teneis amor.
D. J. ¿Yo?
C.... Vos.
. . . . . .
D. J. No vivo tan descuidado
que no tenga á quien que-
C.... Venturosa es la mujer. rer.
D. J. Sí, más yo muy desgraciado.

C.... Su ventura colegí,
porque á vos os mereció.
D. J. Y mi poca suerte yo,
porque no la conocí.
C.... ¿Conózcola yo?
D. J. Sí, á fe.
C.... ¿Es mi prima?
D. J. No, por Dios
C.... ¿Es hermosa?
D. J. Como vos.
C.... ¿Quiéreos bien?
D. J. Eso, no sé.
C.... ¿Qué aguardais?
D. J. A declararme.
C.... ¿No lo habeis hecho?
D. J. No puedo.
C.... ¿Es falta de amor?
D. J. Es miedo.
C.... ¿Qué os detiene?
D. J. El despeñarme.
C.... ¿Por qué?
D. J. Porque llego tarde.
C.... ¿Quiere ya bien?
D. J. ¡Ay de mí!
C.... ¿Qué decís?
D. J. Pienso que sí.
C.... Aborrecedla.
D. J. Estoy ciego.
C.... ¿Tiene dueño?
D. J. Ya le espera.
C.... ¿Es fácil?
D. J. Es principal.
C.... Y ¿quién sois vos?
D. J. Soy su igual.
C.... Pues, ¿qué os falta?
D. J. Que me quiera.
C.... ¿Es mi amiga?
D. J. Os quiere bien.
C....¿Suelo verla?
D. J. Cada día.
C.... Decidme quien es.
D. J. Querría...
C.... Pues ¿qué temeis?
D. J. Su desdén.
C.... ¿Qué os hará.
D. J. Se ofenderá.
C.... ¿En fin, decís que hoy la ví?
D. J. En vuestro espejo.
C.... ¿Yo?
D. J. Sí.
C.... ¿Luego soy yo?
D. J. Claro está.

D. Antonio de Solís y Rivadeneira (1610-1688), autor dramático también, brilla menos por sus dotes en la escena que en el campo de la historia. Eclesiástico en los últimos años de su vida, como tantos otros literatos de su tiempo, ha pasado á la posteridad, sobre todo por su libro sobre la *Historia de la conquista de Méjico*, escrita en estilo agradable, aunque extremadamente estudiado y no siempre de buen gusto. — Copió también asuntos de otros autores, llevándolos al teatro con mediano éxito, y de sus doce obras son las más notables: *Un bobo hace ciento*, *Eurídice y Orfeo*, y *Amor al uso*, que fué traducida al francés.— Sus estudios en Alcalá (de donde era hijo) y en Salamanca, le ele-

varon, andando el tiempo, al cargo de cronista mayor de Indias, desempeñando el cual escribió la obra arriba mencionada, así como muchas de sus *cartas* literarias. — Solís ha sido considerado como el último escritor de mérito en nuestro teatro; después de él comienza ya la decadencia. — En lo «dramático» nunca sobresalió; en cambio, en lo «cómico», manifiesta siempre gracia y donosura. De *Amparar al enemigo* es la siguiente escena entre Muñoz y Carlos; y en el trozo que sigue de su *Historia*, anima Hernán Cortes á sus soldados para la famosa empresa de Méjico:

M. ¿En fin, que me das licencia
y me prestas el oído?
Pues ármate de marido,
que es armate de paciencia.
Venía tu despreciada...
por Dios que la he de pintar
sólo para averiguar
si la puedes ver pintada.
Venía Leonor; es bella,
vive Cristo, aunque más digas,
pues da á los astros dos higas,
cuando con ellos se estrella;
y por no ver competida
su luz de esta que es primera,
se parte el sol de carrera,
y la luna de corrida.
A sus ojuelos no iguala
lo de las mil maravillas;
y con sus bellas mejillas
la rosa es vergüenza mala.
La boquilla es de las lindas,
sin hacer á nadie agravios:
quien ve el color de sus labios,
dirá que bebe con guindas.
Y en fin, toda tan airosa
se mostró allí...

C.. Necio, calla:
ves que me duele el dejalla,
¡y me la pintas hermosa!
Píntame su condición
al lado de su hermosura,
y verás que esa pintura
cifrada está en un borrón.
Píntame su aleve trato;
y cuando la alabes más,
en mi razón hallarás
más color que en su retrato.
Píntame cómo es cruel,
cómo mil penas me da,
y dí...

M. Todo se andará
si no se quiebra el pincel.
Ahora iré á lo que dices,
diciendo cómo Don Diego
tuvo en los ojos el fuego,
pero el humo en las narices;
y cómo en viendo que vió
á Leonor en una calle,
donde debió de encontralle,
ofendelle, ó qué sé yo,
llegó á ella denodado
con semblante hácia cruel;
y cómo ella huyó de él,

y él la siguió porfiado;
y cómo cansada ya,
en una casa se entró;
y cómo me vine yo,
y cómo los dejé allá.

C. ¡Don Diego, ay Dios, tan airado!
¿Qué causa le pudo dar?...

M. Él debe de negociar
á coces, como soldado.
Pero ¿aqueso te deshace?
Padezca, pues es mujer;
y pues hace padecer,
sepa la tal lo que hace.
Que yo, cuando estas taimadas
me dejan, siempre, señor,
quisiera que el sucesor
me las moliese á patadas.

Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y cómo se nos han deshecho las dificultades: conozco la mano de Dios en esta obra, que emprendemos, y entiendo que en su altísima Providencia, es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos. Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que también es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos; combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales, en que habréis menester socorreros de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencia del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazón como el primero; que en las guerras más veces sirve la paciencia que las manos. Hechos estáis á padecer, y hechos á pelear en esas islas, que dejáis conquistadas; mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía; que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. Pocos somos; pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza; uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere; una la mano en la ejecución; común la utilidad, y común la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Más tendréis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar el mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no se qué movimiento extraordinario que suele ser

el mejor de los presagios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mía; pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo fiar de mí lo que espero de vosotros.

D. Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648). El ilustre hijo de Algezares (Murcia), después de estudiar en Salamanca y de abrazar la carrera eclesiástica, emprendió la política, pasando á Roma, donde desempeñó varias comisiones diplomáticas, así como en Suecia y en Alemania. Es tenido, y no sin razón, el noble caballero de Santiago, como superior á los prosistas de su época, incluyendo á Quevedo. — Tres son sus principales obras: *Empresas políticas ó idea de un príncipe cristiano, República literaria* y *Corona gótica*. Maestro en el arte del decir, es profundo de pensamiento y esmerado de forma, siguiendo á los escritores latinos en concisión y majestad. Peca, sin embargo, de afectación por exagerar aquellas mismas virtudes, y es característico su estilo por no emplear cláusulas largas, sino antes al contrario, frases y períodos cortos; con lo que, separándose de nuestros clásicos y empleando un laconismo excesivo, resulta á veces oscuro, y aspira siempre á sentencioso. — La primera de las obras nombradas tiene el corte de otras analizadas ya, y que emplearon nuestros autores desde el siglo XIV en adelante. — Se reduce á «una serie de alegorías representadas mediante una empresa y seguida de sus correspondientes discursos, con los cuales nos dice el autor lo que debe ser un príncipe perfecto, presentándonos además muchos y oportunos ejemplos sacados de la historia.» He aquí el retrato que hace de Fernando «el Católico»:

En el glorioso reinado de Fernando, se ejercitaron todas las artes de la paz y de la guerra, y se vieron los accidentes de ambas fortunas, próspera y adversa. Las niñeces de este gran rey fueron adultas y varoniles; lo que en él no pudo perficionar el arte y el estudio, perficionó la experiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Fué señor de sus afectos, gobernándose más por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Reconoció Dios su grandeza y la gloria de las acciones propias, no de las heredadas. Tuvo el reinar más

por oficio que por sucesión. Sosegó su corona con la celeridad y la presencia; levantó la monarquía con el valor y la prudencia; la firmó con la religión y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio; y la dejó perpetua con fundamentos y institutos verdaderamente políticos.

Fué tan rey de su palacio como de sus reinos, y tan ecónomo en él como en ellos. Mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con la justicia. Amenazó con el castigo de pocos á muchos; y con el premio de algunos, cebó las esperanzas de todos. Perdonó las ofensas hechas á la persona, pero no á la dignidad real: vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre de ellos. Antes aventuró el estado que el decoro. Ni le ensoberbeció la fortuna próspera, ni le humilló la adversa; sirvióse del tiempo, no el tiempo de él; obedeció á la necesidad, y se valió de ella reduciéndola á su conveniencia. Se hizo amar y temer. No se fiaba de sus enemigos, se recataba de sus amigos. Su amistad era conveniencia, su parentesco razón de estado, su confianza cuidadosa, su difidencia advertida, su cautela conocimiento, su recelo circunspección, su malicia defensa, y su disimulación reparo. Ni á su majestad se atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja.

Se valió sin valimiento de sus ministros; de éstos se dejaba aconsejar, pero no gobernar. Lo que pudo obrar por sí no fiaba á otros. Consultaba despacio y ejecutaba deprisa: en sus resoluciones antes se veían los efectos que las causas. Impuso tributos para la necesidad, no para la codicia ó el lujo. No tuvo corte fija, girando como el sol por los orbes de sus reinos. Trató la paz con la templaza y entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia. Lo que ocupó el pié mantuvo el brazo y el ingenio, quedando más poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas: lo que pudo vencer con el arte no remitió á la espada. Ponía en ésta la ostentación de su grandeza, y su gala en lo feroz de sus escuadrones. Obraba lo mismo que ordenaba, y se confederaba para quedar árbitro, no sujeto. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido. Firmó las paces debajo del escudo. Vivió para todos, y murió para sí.

D. Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645). Fué su cuna Madrid, y su familia noble; sobresalió en todos los estudios y creó una escuela, que antes de él, con varia fortuna, se inició en nuestra historia, pero que él acabó por darle cuerpo real, debien-

do considerársele como el verdadero padre del «conceptismo». Mientras Góngora inventó su estilo en la palabra, Quevedo le dió vida en las ideas; y en tanto que el primero marchaba como mariposa atraída por la luz tras los cambiantes de un fuego artificioso de palabras centelleantes y de refulgencias fantásticas, el segundo, acaso no queriendo decir su pensamiento con toda claridad en los tiempos en que floreciera, se valió de ingeniosidades que el vulgo y la gente poco avisada no podían comprender; y sutilizando el entendimiento, atraído por este camino y por el goce de un discreteo intelectual, se dejó arrastrar hacia intrincado laberinto, donde á veces es imposible penetrar. Todas las figuras de pensamiento, todos los jugueteos retóricos de dicción, todas las frases equívocas derrochó en sus producciones. — Talento verdaderamente genial, cultivó todos los géneros, desde los sagrados hasta los profanos; desde la profunda filosofía hasta la superficial y jocosa sátira; y bien puede decirse que acaso sea el más serio de nuestros pensadores, vestido con el ropaje alegre de la broma y de la insustancialidad. Acaso es de las pocas figuras de nuestra historia que puedan codearse con Cervantes y Calderón; ó por lo menos, tal vez sea el único que no desmerezca al lado de los primeros genios de España y del extranjero. De todos modos, aparte sus defectos de mal gusto, dentro de lo que hoy llamaríamos naturalismo desenfrenado, es tal la armonía de la versificación, el gracejo de su mordacidad, el hábil manejo de la lengua, que no debe vacilarse en asegurar que de él procede en parte la escuela realista de la literatura española. — Estudió en Alcalá humanidades, jurisprudencia, filosofía, matemáticas, teología, ciencias naturales, medicina, griego, árabe, hebreo, francés, italiano... figurando como un portento de la naturaleza entre sus compañeros y maestros. — Diestro como en las lides del pensamiento en las de las armas, tuvo que fugarse á Sicilia por consecuencia de un desafío, donde defendió á una dama desconocida. Encargado de misiones importantes cerca de varios Príncipes y Estados, se le concedió en recompensa el hábito de Santiago y una pensión.—Excepcional en todo hasta en la integridad de su carácter y conducta lo fué; y enemigo irreconciliable del fraude y

del engaño, se echó encima multitud de enemistades y se granjeó terribles antipatías. Preso en la torre de Juan Abad, de la cual era Señor, salió libre al cabo de tres largos años; encarcelado segunda vez, se le privó de honores y bienes, y la terminación de su vida fué bien triste, modesta y enfermiza. —Trece gruesos volúmenes forman las obras publicadas de este asombro de los siglos, y acaso material para otros tantos tomos haya con sus trabajos inéditos. Escribió en portugués algunas poesías, y cultivó todos los grados de la lírica y de la épica.—Sólo al teatro no mostró afición. —Para citar modelos de sus musas, sería preciso dedicar muchas páginas. Nos contentaremos, por consiguiente, con muy pocos ejemplos. — Otro tanto podemos decir de sus trabajos en prosa, de los cuales sólo extractaremos tal cual pasaje de alguna de sus muchas obras, cuyos títulos son como siguen: *Origen humilde del papel, Soneto del ladrón, Idem del narigudo, Epístola al Conde-Duque, Idem contra el matrimonio, Romance de Fabio, Silva á Roma, Retrato de Marco Bruto*, y dos *Cartas del Caballero de la Tenaza*.

Una incrédula de años
de las que niegan el fué,
y al limbo dan tragantonas
callando el Matusalén;
de las que detrás del moño
han procurado esconder,
si no el agua del bautismo
las edades de la fe;
buscaba en los muladares
los abuelos del papel,
(no quise decir andrajos
porque no se afrente el leer).
Fué, pues, muy contemplativa
la vejezuela esta vez,
y quedóse así elevada
en un trapajo de bien.
Tarazón de cuello era,
de los que solían ser
más azules que los cielos,
más entonados que juez.
Y bamboleando un diente,
volatín de la vejez,
dijo con la voz sin huesos,
y remedando el sorber:
«Lo que era ayer estropajo
que desechó la sartén,
hoy, pliego, manda dos mundos
y está amenazando tres.
Buen andrajo, cuando seas,
(pues que todo puede ser)
ó provisión ó decreto
ó letra de ginovés;
acuérdate que en tu busca
con este palo soez
te saqué de la basura
para tornarte á nacer.»
En esto, haciendo cosquillas
al muladar con el pie,

llamada de la vislumbre,
y asustado el interés,
si es diamante, no es diamante.
sacó envuelto en un cordel
un casquillo de un espejo,
perdido por hacer bien.
Miróse la viejecilla,
prendiéndose un alfiler,
y vió un orejón con tocas
donde buscó un Aranjuez,
dos cabos de ojos gastados
con caducas por niñez,
y á boca de noche un diente
cerca ya de anochecer.
Más que cabellos arrugas
en su cáscara de nuez;
pinzas por nariz y barba
con que el hablar es morder.
Y arrojándole en el suelo
dijo con rostro cruel:
«Bien supo lo que se hizo
quien te echó donde te ves.»—
señoras, si aquesto propio
Os llegare á suceder,
Arrojar la cara importa:
Que el espejo no hay por qué.

Yo que en este lugar haciendo Hurtados
tanto extendí la casa de Mendoza;
yo que desde el alcázar á la choza
sofaldé cerraduras y candados:
Estos dos garabatos sazonados,
con quien toda ventana se retoza,
galgos de mucho trasto y mucha broza,
ministros del *agarro* corcovados:
Esta lima, esta llave, con que allano
todo escondite, ofrezco ante las aras
del arañón de bolsas cortesano.
Y compungido de maldades raras,
harto de hurtar á palmos con la mano,
quiero Alguacil hurtar con ella á varas.

Érase un hombre á una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriva
érase un peje espada muy barbado.
Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una galera,
érase una Pirámide de Egito,
las doce tribus de narices era.
Érase un naricísimo infinito,
muchísima nariz, nariz tan fiera,
que en la cara de Anás fuera delito.

No he de callar, por más que con el dedo
ya tocando la boca ó ya la frente,
silencio avises ó amenaces miedo.
. . . . . .
Pues sepa, quien lo niega, y quien lo duda,
que es lengua la verdad de Dios severo.
Y la lengua de Dios nunca fué muda.
. . . . . .
Y pródiga del alma, nación fuerte,
contaba por afrentas de los años,
envejecer en brazos de la suerte.
. . . . . .
Hilaba la mujer para su esposo
la mortaja primero que el vestido,
menos le vió galan que peligroso.
. . . . . .
Del mayor infanzón de aquella pura
república de grandes hombres, era
una vaca sustento y armadura.
No había venido al gusto lisonjera
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera.
Carnero y vaca fué principio y cabo,
y con rojos pimientos y ajos duros
tan bien como el señor comió el esclavo.
. . . . . .
¡Qué cosa es ver un infanzón de España
abreviado en su silla á la gineta,
y gastar un caballo en una caña!
. . . . . .
¡Con cuánta majestad llena la mano
la pica, y el mosquete carga el hombro
del que se atreve á ser buen castellano!

Dime, ¿por qué con modo tan extraño
procuras mi deshonra y desventura,
tratando fiero de casarme ogaño?
Antes para mi entierro venga el cura
que para desposarme; ántes me velen
por vecino á la muerte y sepultura.
Antes con mil esposas me encarcelen,
que aquesta tome; y antes que el *sí* diga,
la lengua y las palabras se me hielen.
Antes que yo le dé mi mano amiga,
me pase el pecho una enemiga mano;
y antes que el yugo, que las almas liga
Mi cuello abrace, el bárbaro Otomano
me ponga el suyo, y sirva yo á sus robos,
y no consienta el himeneo tirano.
Eso de casamientos, á los bobos,
y á los que en tí no están escarmentados,
simples corderos que degüellan lobos.
A los hombres que están desesperados,
cásalos, en lugar de darles sogas:
morirán poco menos que ahorcados.
. . . . . .
Ofréceseme un soberbio casamiento,
sin ver que el ser soberbio es gran pecado,
y que es humilde mi cristiano intento.
Escribes que por verme sosegado
y fuera de este mundo, quieres darme
una mujer de prendas y de estado.
Bien haces, pues que sabes que el matarme,
para sacarme de este mundo importa,
y el morir se asegura con casarme.
Dícesme que la vida es leve y corta,
y que es la sucesión dulce y suave,
y al matrimonio Cristo nos exhorta;
Que no ha de ser el hombre cual la nave
que pasa sin dejar rastro ni seña
ó como en el ligero viento el ave.
¡Oh, si aunque yo pagase el fuego y leña,
te viese arder, infame, en mi presencia,
y en la de tu mujer que te desdeña!

Yo confieso que Cristo da excelencia
al matrimonio santo, y que le aprueba;
que Dios siempre aprobó la penitencia.
Confieso que en los hijos se renueva
el cano padre para nueva historia,
y que memoria deja de sí nueva.
Pero para dejar esta memoria,
le dejan voluntad y entendimiento,
y verdadera por soñada gloria.
. ...
De su buen parecer me has informado,
como si por ventura la quisiera,
por su buen parecer para letrado.
Que tiene condición de blanda cera:
bien me parece, Polo, pero temo,
que la derrita como tal cualquiera.

Parióme adrede mi madre,
¡ojalá no me pariera!
....
Dos maravedís de luna
alumbraban á la tierra;
que por ser yo el que nacía,
no quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde porque el sol
tuvo de verme vergüenza,
en una noche templada
entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
tuvieron grande revuelta,
sobre que ninguno quiso
que en sus términos naciera.
....
De noche soy parecido
á todos cuantos esperan
para molerlos á palos,
y así, inocente, me pegan.
Aguarda hasta que yo pase
si ha de caer una teja:
aciértanme las pedradas,
las curas sólo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
me responde tan á secas,
que en vez de prestarme á mí
me hace prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
ni juego donde no pierda,
ni amigo que no me engañe,
ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
y la hallo en las tabernas,
que mis contentos y el vino
son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
porque sé por cosa cierta,
que siendo yo calcetero
andarán todos en piernas.

Si estudiara medicinas,
aunque es socorrida ciencia,
porque no curara yo
no hubiera persona enferma.
....
Siempre fué mi vecindad
mal casados que vocean,
herradores que madrugan,
herreros que me desvelan
Si yo camino con fieltro
se abrasa en fuego la tierra,
y llevando guarda-sol
está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer,
y la digo mil ternezas,
ó me pide ó me despide,
que en mí es una cosa mesma.
....

Esta que miras grande Roma, ahora,
huésped, fué yerba un tiempo, fué collado,
primero apacentó pobre ganado:
ya del mundo la ves reina y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora
de unos admiración, de otros cuidado:
y la que pobre Dios tuvo en el prado,
deidad preciosa en alto templo adora.
....
Cuando nació, la dieron
muro un arado, reyes una loba,
y no desconocieron
la leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses que trujo hurtados
del Dánao fuego la piedad troyana,
fueron aquí hospedados
con fácil pompa, en devoción villana;
fué templo el bosque, los peñascos aras,
víctima el corazón.
... .
Trofeos y blasones
que en arcos diste á leer á las estrellas,
y no sé si á envidiar á las más de ellas
¡oh Roma generosa!
Sepultados se ven donde se vieron
los orgullosos arcos
como en espejo, en la corriente undosa:
tan envidiosos hados te siguieron,

que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
los dá en sus ondas llanto y sepultura.

. . . . . .

Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
y descansadas de los altos templos,
vuelven á ser riberas las riberas:
los que fueron palacios son ejemplos.

Era Marco Bruto varon severo, y tal que reprendía los vicios agenos con la virtud propia, y no con palabras. Tenía el silencio elocuente y las razones vivas. No rehusaba la conversación, por no ser desapacible, ni la buscaba por no ser entremetido. en su semblante resplandecía más la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oídos; era alegre solo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué robusta y sufrida, lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinación era el estudio perpetuo, su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito, y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras, é inducidas de Casio y de sus amigos, que poniendo nombre de celo á su venganza, se la presentaron decente, y se la persuadieron por leal.

Primera. Cuanto más me pide V., más me enamora, y ménos la doy. Miren donde fué á hallar que pedir ¡pasteles hechizos! Que aunque á mí me es fácil enviar los pasteles, y á V. hacer los hechizos, hé querido suspenderlo por ahora V. muerda de otro enamorado: que para mí, peor es verme comido de mujeres que de gusanos; porque V. come los vivos, y ellos los muertos. A Dios hija: hoy día de ayuno, de ninguna parte; porque los que no envían no están en ninguna parte, solo están en su juicio.

Segunda. Doscientos reales me envía V. á pedir sobre prendas para una necesidad, y aunque me los pidiera para dos, fuera lo mismo. Bien mío, y mi señora: mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas, que es muy humilde, y no es nada altanero, ni amigo de andar sobre nada: que como es de materia grave y no leve, su natural inclinación es bajar y no subir. V. me crea que no soy hombre

de prendas, y que estoy arrepentido de lo que he dado sobre V. Si V. dá en pedir, yo daré en no dar, y con tanto daremos todos. Guarde Dios á V., y á mí de V.

Con intención hemos dejado para este sitio á Lope de Vega, á fin de reunirlo con los otros grandes dramaturgos del siglo XVII, aunque, cronológicamente, pudo colocarse á fines del XVI. Pero nuestro siglo de oro, en realidad, comienza en éste y concluye en el antes nombrado; es decir, que el momento culminante de nuestra literatura, llegando á su mayor edad y esplendor en todos los géneros, puede decirse que alcanza desde mediados del siglo XVI hasta mediados de la siguiente centuria. Y estudiados todos los ingenios de primero y segundo orden que impulsaron la literatura nacional hasta colocarla en tan alto grado, restan sólo los principales dramaturgos para completar el cuadro. — De todos ellos, **Fray Lope Félix de Vega Carpio** (1562-1635) aparece bajo el punto de vista de la fecundidad como el mayor portento de la naturaleza; y gran parte de su fama póstuma y de la popularidad que gozó entre sus contemporáneos ha de atribuírse á que fué el verdadero fundador del teatro nacional. Abandonando la forma culterana y erudita en la poesía, para lanzarse á los metros populares y al sentido sencillo y usual de las gentes llanas, escribió para el vulgo y creó para todos el gran teatro moderno.—En su tiempo fué llamado «Fénix de los ingenios», siendo acreedor á semejante título por las maravillosas cualidades que le adornaban y por la flexibilidad de su temperamento artístico, adecuado para el cultivo de todos los tipos literarios. — No hubo clase alguna dentro de la poesía, género alguno dentro de la literatura, en que no diera muestra preciada de sus extraordinarias facultades; desde el madrigal hasta el gran poema épico; desde la oda sencilla hasta el drama trágico; desde la canción burlesca hasta la novela, en todo demostró lo que antes queda dicho. Con su adivinación genial, comprendió cuál debía ser en lo porvenir el teatro, y cómo había de ser la escena moderna á diferencia del «uso antiguo», y del gusto que llegó hasta sus días valiéndose para sus obras de la hábil discreción de complacer á los erudi-

tos por el lenguaje bello y culto en que exponía los conceptos, y satisfacer á la generalidad por la elección de los asuntos y la natural presentación de las pasiones y pintura de los caracteres. — Dada su fecundidad no es extraño que empañe sus méritos cierta incorrección, hija del natural descuido, así como la falta de originalidad que en ocasiones se advierte, repitiendo tipos, situaciones, sentimientos, palabras y hasta escenas completas. — Son muy lindas, entre sus líricas, las composiciones *A la vida del campo*, la tan conocida *A la barquilla*, y sus sonetos. En el género épico, los nombres de *Circe*, *Andrómeda* y *Filomena* son prueba de sus talentos dedicados á las fábulas; *El Isidro*, en el sagrado, es otro poema muy estimable, y, por último, *La corona trágica*, pintando el desdichado fin de María Stuardo, y *La Jerusalén conquistada*, que él estimaba como la mejor de sus obras y la que más renombre le daría, tanto entre sus contemporáneos cuanto en la posteridad, forman variado é interesante conjunto de bellezas. El asunto de este último poema es la conquista de Jerusalén por Saladino. La índole de nuestro libro no consiente que entremos á juzgar detalladamente la obra que nos ocupa, que realmente desmerece bajo el punto de vista del plan de tan altas prendas de insigne autor, y es posible que si no llegó á la elevación requel rida en la épica acaso deba culparse á su tiempo y á nuestra raza-porque sabido es que esta clase de poesía no ha logrado desenvolverse en nuestro pueblo como en otros, por causas que no son del caso analizar. — En cuanto al subgénero didáctico, no quiso Lope ser menos que Juan de la Cueva, y si éste escribió su *Ejemplar poético*, Lope compuso su famoso *Arte nuevo de hacer comedias*, á veces en versos rimados, á veces en versos sueltos y en sentido humorístico; él mismo se llama á sí propio «bárbaro» al defender su doctrina. En el género sagrado, plagió á Fray Luis de León en su composición á *Cristo Crucificado* y otras, como si no supiera él inspirarse y sentir por sí la poesía mística, y como si artificialmente la produjera en vez de hacerlo en forma espontánea.

Para juzgar aproximadamente de las condiciones de Lope de Vega, bastará decir, en resumen, que compuso 1.800 comedias en tres actos, y todas en verso; 400 autos sacramentales; mu-

chísimos intermedios, además de los poemas antes citados; otros burlescos, disertaciones varias, epístolas, sonetos, composiciones sueltas, novelas (como las de la *Fuga de las vocales*, y la picaresca *Dorotea*, nueva «Celestina»), etc., etc. — Se calcula que si se repartiesen sus obras en los setenta años que vivió tocaría cada día á ocho páginas escritas, y sus trabajos publicados componen el número verdaderamente asombroso de 133.000 y 21.000.000 de versos. Él mismo declara que en un día de trabajo componía una comedia,

> y más de ciento en horas veinticuatro
> pasaron de las Musas al Teatro.

Lope, á quien Cervantes, con razón, llamó monstruo de la naturaleza, nació en Madrid, y muy niño todavía, componía versos; y á los once años era autor de varias piezas cortas. Su esmerada educación le hizo aprender todas las ciencias y artes, llegando á ser maestro hasta en las distracciones de recreo, como eran entonces la esgrima, la danza y la música. Completados en Alcalá sus conocimientos, empezó para él su trabajo formal al quedar joven huérfano, y escaso de hacienda, entrando á servir al inquisidor general, obispo de Avila; pero necesitando mayor horizonte sus aspiraciones, se lanzó á visitar fuera de su patria otros países, cambiando por las vicisitudes de la espada la tranquilidad de una vida cómoda. Después de azarosa existencia de soldado, en cuya vida galante no sucumbió en su espíritu la sublimación de la mujer como prototipo supremo de la belleza y la virtud, entregóse al trabajo, pasado dicho paréntesis, con ardor extraordinario. Abandonó la secretaría del duque de Alba y se casó con doña Isabel de Urbina, de quien tuvo que separarse para cumplir su destierro en Valencia por causa de un desafío. Viudo á poco de esto, se embarcó en la «Armada invencible», y de regreso, sirvió á varios potentados hasta que se casó en segundas nupcias con doña Juana de Guardio, de quien tuvo dos hijos, y de quien quedó viudo de nuevo á poco tiempo, perdiendo también al vástago varón. Se dice que asimismo tuvo otros dos fuera de

matrimonio, uno de los cuales murió en una expedición naval: dolores todos que le hicieron cambiar el rumbo de su vida trocando el estado seglar por el eclesiástico. — Se han clasificado las obras de Lope en la forma siguiente: 1.°, comedias de costumbres (un tanto libres), en el estilo latino; 2.°, de intriga, ó sea de capa y espada; 3.°, pastoriles, al gusto italiano; 4.° heroicas, tomadas de las leyendas de la historia; 5.°, tragedias en el estilo moderno y propio del que son sus dramas; 6.°, mitológicas; 7.°, sagradas, y 8.° filosóficas, en donde se desenvuelve ó se plantea una máxima moral ó un problema social y humano. — El drama más hermoso, es sin duda alguna *Sancho Ortiz de las Roelas*, y de él daremos algunas muestras más adelante, así como de alguna de las obras nombradas anteriormente. Y para no dilatar más este trabajo, reproducimos varios modelos á continuación: 1.°, de la *Vida del campo;* 2.°, de la oda *A la barquilla;* 3.°, un soneto; 4.°, de la *Gatomaquia,* y 5.°, de *Sancho Ortiz,* ó *La Estrella de Sevilla*:

. . . . . .

Cuando de las humanas
tinieblas vi del cielo
la luz, principio de mis dulces días;
aquellas tres hermanas,
que nuestro humano velo
tejiendo, llevan por inciertas vías,
las duras penas mías
trocaron en la gloria
que en libertad poseo
con siempre igual deseo,
donde verá por mi dichosa historia,
quien más leyere en ella,
que es dulce libertad lo menos della.
Yo pues, Señor, exento
desta montaña y prado,
gozo la gloria y libertad que tengo.
Soberbio pensamiento
jamás ha derribado
la vida humilde y pobre que entretengo

cuando á las manos vengo
con el muchacho ciego,
haciendo rostro embisto,
vengo, triunfo y resisto
la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,
y con libre albedrío
lloro el ajeno mal y canto el mío.
Cuando la aurora baña
con helado rocío
de aljófar celestial el monte y prado,
salgo de mi cabaña,
riberas deste río,
á dar el nuevo pasto á mi ganado;
y cuando el sol dorado
muestra sus fuerzas graves,
al suelo el pecho inclino
debajo un sauce ó pino,
oyendo el son de las parleras aves,
ó ya gozando el aura,
donde el perdido aliento se restaura.
Cuando la noche escura
con su estrellado manto
el claro día en su tiniebla encierra,
y suena en la espesura
el tenebroso canto
de los nocturnos hijos de la tierra,
al pie de aquesta sierra
con rústicas palabras
mi ganadillo cuento,
y el corazón contento
del gobierno de ovejas y de cabras,
la temerosa cuenta
del cuidadoso rey me representa.
Aquí la verde pera
con la manzana hermosa,
de gualda y roja sangre matizada,
y de color de cera
la cermeña olorosa
tengo, y la endrina de color morada;

aquí de la enramada
parra que el olmo enlaza,
melosas uvas cojo;
y en cantidad recojo,
al tiempo que las ramas desenlaza
el caluroso estío,
membrillos que coronan este río.
.....

Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola;
¿adónde vas perdida?
¿adónde, dí, te engolfas?
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.
Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra
y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeña en las defensas,
incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
á dar entre las rocas
de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
andabas costa á costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas:
segura navegabas;
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa;
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas
volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
de las que van y tornan;
que á muchas ha perdido
la dicha de las otras.
Para los altos mares
no llevas cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.
....
No quieras que yo sea,
por tu soberbia pompa,
faetonte de barqueros,
que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
cuando lamiendo rosas,
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan,
que salpicando estrellas,
del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
de la vulcana forja,
en vez de torres altas

abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
á la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿qué importa?
....
Mi honesto amor te obligue:
que no es digna victoria,
para quejas humanas,
ser las deidades sordas.
Mas ¡ay, que no me escuchas!
pero la vida es corta;
viviendo, todo falta,
muriendo, todo sobra.

Daba sustento á un pajarillo un día
Lucinda, y por los hierros del portillo
fuésele de la jaula el pajarillo
al libre viento, en que vivir solía.
Con un suspiro á la ocasión tardía
tendió la mano, y no pudiendo asillo,
dijo (y de sus mejillas amarillo
volvió el clavel que entre su nieve ardía):
«¿Adónde vas? por despreciar el nido
al peligro de ligas y de balas,
el dueño huyes que tu pico adora?»
Oyóla el pajarillo enternecido
y á la antigua prisión volvió las alas;
¡Que tanto puede una mujer que llora!

Zapaquilda gallarda.
estaba en su balcón, que no atendía
más de á saber si Mizifuf venía,
cuando Garraf su paje,
si bien de su linaje,
llegó con un papel y una bandeja;
ella la cola y el confín despeja
y la bandeja toma
sobre el negro color labrada de oro
por el indio oriental, y con decoro
mira si hay algo que primero coma:
ofensa del cristal de la belleza,
propia naturaleza
de gatas ser golosas,

aunque al tomar se finjan melindrosas,
y antes de oír al paje
ve las alhajas que el galan envía,
¡qué joya, qué invención, qué nuevo traje!
En fin, vió que traía
un pedazo de queso
de razonable peso
y un relleno de huevos y tocino:
dos cintas que la sirvan de arracadas,
galas que sólo á gatas regaladas,
cuando pequeñas, las mujeres ponen,
que de rosas de nacar las componen.
Tomó luego el papel y con sereno
rostro, apartando el queso y el relleno,
vió que el papel decía:
«Dulce señora, dulce prenda mía,
sabrosa (aunque perdone Garcilaso,
si el consonante mismo sale al paso)
más que la fruta del cercano ajeno,
ese queso, mi bien, ese relleno,
y esas cintas de nacar os envío
señas de la verdad del amor mío.»
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz celoso, que mirando
estaba desde un alto caballete
tan gran traición, colérico arremete,
y echa veloz, de ardiente furia lleno,
una mano al papel y otra al relleno.
Garraf se pasma y queda sin sentido,
como el que oyó del arcabuz el trueno
estando divertido;
á quien el ofendido
tiró una manotada con las fieras
uñas, de suerte que formando esfera
por la región del aire vagoroso
le arrojó tan furioso,
que en el claro cristal de sus espejos
pudo cazar vencejos
menos apasionado y más ocioso.

No de otra suerte el jugador ligero
le vuelve la pelota al que la saca
herida de la pala resonante,
quéjase el aire, que del golpe fiero
tiembla hasta tanto que el furor se aplaca,
y chaza al que interviene el pie delante.
El gatazo arrogante
sin soltar el relleno, despedaza
el papel que en los dientes
con la espuma celosa vuelve estraza,
y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
de los undosos ríos quien se ahoga:
que asiéndose de rama, yerba ó soga,
la tiene firme, de sentido ajeno,
así Marramaquiz tiene el relleno:
que ahogándose en congojas y desvelos,
no soltaba la causa de sus celos.
¡Oh, cuánto amor un alma desespera,
pues cuando ya se ve sin esperanza,
en un relleno tomará venganza!
¿Mas quién imaginara que pudiera
dar celos al amor en ocasiones
con rellenos de huevos y piñones?

(Sancho.) Señor:
Siendo Roelas, y soldado,
¿me quereis hacer traidor?
¡Yo dar muerte á un desarmado!
Cuerpo á cuerpo he de matalle,
donde Sevilla lo vea,
ó en la plaza ó en la calle:
que al que mata y no pelea,
nadie puede disculpalle.
Vos decís que está culpado;
y porque ese es su destino,
y vos me lo habeis mandado,
lo mataré como honrado
pero no como asesino.

(Idem.)

¡Muerto soy!... ¡Sentencia fiera!
cuanto bien pensé encontrar,
voló, como si humo fuera...
¿Si acaso mal lo leí?
mano, no á temblar empieces...
á Bustos Tavera. . sí...
Bustos Tavera... mil veces...
caiga el cielo sobre mí...
perdido soy... ¿Qué he de hacer?

al rey la palabra he dado;
soy noble... ¿Y he de perder
después de tanto cuidado
á Estrella? No puede ser.
Viva Busto... Busto injusto,
contra su rey, ¿por mi gusto
ha de vivir?... Bustos muera...
¿A qué batalla tan fiera
me entrega tu nombre, Busto?
Yo no puedo con mi honor
cumplir, si á mi amor acudo;
¿mas quién resistirse pudo,
si es verdadero el amor?
morirme será mejor
ó ausentarme, de manera
que por mi mano no muera...
¿Pero al rey he de faltar?
Si le mata por Estrella
el Rey, y en servirla trata,
si por Estrella le mata,
no muera Bustos por ella.
Ofenderle es ofendella...
¡La espada sacásteis vos,
y al Rey quisísteis herir!
¿El Rey no pudo mentir?
¡no, que es imagen de Dios!
Bustos, habeis de morir:
no hay ley que tanto me obligue
mi loco amor se mitigue.
No sé si es injusto el Rey;
es obedecerle ley;
si lo es, Dios le castigue.
¡Perdóname, Estrella hermosa,
que no es pequeño castigo
por no perder otra cosa,
perderte, y ser enemigo
de mi más querida esposa!
.....

Estrella y Sancho, en la misma obra:

E. ¡Sosténme, Teodora un poco!
Sosténme, que estoy sin brío...
Acércame á ese infelice,
de mi sosiego enemigo,
que fué duro como un mármol,
y está como un mármol frío...
Vuélveme á sentar, amiga...
No pueden mis pies conmigo...
¿Lloras, Sancho? ¿En ese pecho
tan feroz y empedernido
pudo lástima caber
del pesar y dolor mío?
¿Del dolor que vos causais?
Acercádmelo, os suplico;
que aun alzar la voz no puedo.
S. ¡Gran Dios! ¿Hay mayor suplicio?
E. Dime, corazón de piedra,
Sancho, por mi mal nacido,
de odio y de amor junto extraño,
y origen de mis martirios;
¿en que te ofendió mi hermano?
Estrella ¿en qué te ha ofendido?
¡De donde esperé el amparo
la desolación me vino!
¡Me trajo la desventura
de donde esperé el alivio!
S. Pues veis que un corazón duro,
cual decís, y empedernido,
llora, ¿qué me preguntais?
Leed el interior mío;
que estas lágrimas os dicen
todo aquello que no digo.

El dolor que ellas publican
del aparente delito,
pudiera ser gloria acaso
si fuera de ellas más digno;
pero de ser digno dejo
porque lo soy en sentirlo.

E. No vos entiendo, don Sancho.

S. Ni yo me entiendo á mí mismo.

E. ¿No sabías las venturas
que el amado hermano mío
te preparaba?

S. Señora,
Bustos propio me las dijo.

E. ¿Y pagaste su fineza
con darle la muerte, impío?

S. Pues entonces le maté,
ved cuál sería el motivo.

E. ¿Dió él la causa?

S. No la dió.

E. ¿Y la dí yo?

S. Estais sin juicio:
¡vos ofender á don Sancho!

E. Pues si los dos no hemos sido,
¿quién pudo tanto con vos
que os arrastró al precipicio?
¿Ha sido el Rey?

S. ¡Ay, Estrella!
No fué sino mi destino.
Maté á un hombre, maté á Bustos,
maté á mi mayor amigo,
á un hombre, tal que primero
me mataría á mi mismo;
y lo maté con razón,
matándole sin motivo.
Cometí una atrocidad,
mas no cometí un delito.
Ni puedo, ni diré más;
y aun más que debiera he dicho:
enteded vos lo que callo
por lo mismo que no digo.

S. Decidle á su Alteza, amigo,
que yo cumplo lo que ofrezco;
y si él es don Sancho el Bravo
yo de Sancho Ortiz me precio.
Añadid que bien pudiera
tener papel; mas me afrento
de que papeles le pidan
á uno que sabe romperlos.
Alguno quedó que acaso
por su firma fuera bueno;
mas porque nadie lo viese
supe comérmelo entero;
y en verdad, que todo el día
no he querido otro sustento.
Yo maté á Bustos Tavera;
y aunque libertarme puedo,
no quiero, por entender
que alguna palabra ofendo.
Rey soy en cumplir la mía,
y tan exacto y completo,
que si en esto ser pudiera,
más que rey, no fuera menos.
Quien conmigo ha prometido,
es razón haga lo mesmo:
obre quien se obligó hablando,
pues yo me he obligado haciendo,
á quien me dijo: «Prudente
sois vos, obrad y callemos.»
....

Sabido es que al par de Lope y Calderón florecen otros ingenios que, sin llegar á la altura colosal de estos dos, mantienen sin embargo su reputación de talentos de primera fuerza. Son estos «Tirso de Molina», Alarcón, Moreto y Rojas, y ellos cuatro, con los dos primeramente citados, forman el grupo de los grandes dramaturgos españoles, por quienes la escena nacional ha logrado dentro y fuera de España renombre eterno y gloria inmarcesible. — Dejaremos á Calderón para el último, y estudiaremos sucesivamente á los restantes ya citados. En opinión de algunos críticos, á no existir Lope de Vega, hubiera sido Tirso el rey de la escena española bajo el punto de vista de la fecundidad, pues al igual de aquél, compuso en catorce años 300 comedias; y además, bajo el respecto de lo que se llama «vis cómica», es muy superior al mismo «Fénix de los Ingenios». En Tirso no es la mujer, en cambio, aquella divinidad ante la cual se prosternan siempre los personajes de Lope, sino que más ó menos, todas afectan cierta liviana ligereza. De vez en cuando se permite usar un lenguaje libre y hasta licencioso, aunque su gracia hace que se perdone la desenvoltura con que habla. Muchas de sus obras fueron prohibidas, cayendo en el disgusto y descrédito públicos autor y producción, y sólo se ha resucitado el prestigio del insigne monje, dos siglos después. Aunque hay cierta repetición y parecido en los argumentos, tanto de las comedias como de los dramas, no es este defecto en que él sólo incurre, sino la mayoría de nuestros dramáticos. Las escenas chistosas y de movimiento están presentadas con tal verdad, y hablan los personajes de modo tan natural y corriente que, purgadas de algunas frases de color subido, hoy mismo se representan sus comedias en nuestra escena, teniendo la frescura propia de los autores contemporáneos. — **Gabriel Téllez** (1585-1648) nació en Madrid, sin que pueda asegurarse que es exacta la fecha de su nacimiento, porque todo lo que se refiere á su vida hállase envuelto en las sombras, parte porque él mismo las produjera (ignorándose por qué), parte porque sus contemporáneos le combatiesen, sin que nadie se preocupase de averiguar nuevos y más verídicos pormenores. Tampoco se sabe la razón de adoptar como nombre de

guerra el pseudónimo de «Tirso de Molina», con que desde un principio se disfrazó. Sábese que estudió en Alcalá, y andando el tiempo y ya entrado en años, según se cree, buscó en el retiro del claustro tranquilidad, tomando el hábito de la Merced calzada. Dentro de su orden desempeñó cargos de importancia, hasta ser elegido comendador del convento de Soria, donde se supone falleció con más de sesenta años. Alguien dice que fué casado, y que vivió durante su juventud en Portugal y otras naciones, sirviendo en nuestros ejércitos; pero nadie puede asegurar estas noticias. — Además de sus comedias, publicó con el título de *Deleitar aprovechando*, colección de cuentos y novelas cortas, á los que dió su verdadero nombre; escribió la historia general de la orden á que perteneció y otros trabajos de diversa índole, con lo cual demostró sus variadas aptitudes. — Y si en la manera de presentar el plan de sus obras, no siempre es acertado, bajo el punto de vista en cambio del manejo de la lengua, tanto en verso como en prosa, acaso no tenga rival entre sus contemporáneos, y aun entre sus antepasados. Por último, en la cualidad de la sencillez y verdad en la pintura de los personajes, y en la descripción de los caracteres, si alguno le iguala, nadie le supera, porque jamás el villano expresa su pensamiento como el noble, ni la mujer honrada se produce en términos parecidos á la desenvuelta y procaz. Una sola vez parece ser que desmintió su habitual costumbre de presentar al bello sexo en tipos poco atractivos y deshonestos, y lo hizo por cierto de modo magistral en su afamada obra *La prudencia en la mujer*. Permítasenos trasladar ahora alguna escena de sus obras principales, como son: *La villana de Vallecas*, *Pruebas de amor y amistad*, y *Mari-Hernández la Gallega*. — Por último, aunque no tuviera Tirso otro título á la fama inmortal que el de ser autor de *El burlador de Sevilla*, padre del tipo de *Don Juan* que ha recorrido el mundo y se ha repetido en tantas literaturas, sería bastante para colocar su nombre entre los más ilustres del Parnaso español.

D. Juan y Violante, en *La villana de Vallecas:*

D. J. Vos seais tan bien venida
como por Mayo la lluvia,
como por Enero el sol,
como en creciente la luna,
que alegrando el caminante,
preside en la noche oscura,
y enseñándole la senda,
sus peligros asegura.
V... ¿Aquí estaba su merced?
¡Han vido lo que madruga!
D. J. El cuerpo sí, porque el alma
desde que ayer os vió, os busca.
....
D. J. Donaire teneis.
V.... Sin *don*;
que en Vallecas más se usa
el aire al limpiar las parvas
que el don que mos las ensucia.
¿Tienen de bajar por pan?
D. J. ¿Es blanco?
V.... Como el azúcar.
D. J. ¿Sabroso?
V.... Como unas nueces.
D. J. ¿Reciente?
V... Que abrasa y suda.
D. J. Todo lo que vos traeis quema.
V.... Será calentura.
D. J. ¿Habéisle vos amasado?
V.... Pues.
D. J. ¿Vos misma?
V.... ¡No, si el cura!
D. J. Partidle, veré si es blanco.
V.... ¿Es antojo?
D. J. ¿Quién lo duda?
. .....
V.... Tome.

D. J. Habéisle de partir con los dientes.
V.... De mi burra.
¿Y querrá que se le masque?
D. J. También.
V.... Arre, que echa pullas.
D. J. Pan de vuestra hermosa boca,
dado contra mordeduras
de celos, perros rabiosos,
es pan que el amor saluda.
V.... ¿Luego rabia su merced?
D. J. Casi, casi.
V.... Dóle á Judas:
apártese no me muerda,
y pegue el mal á mi rucia.
. ...
D. J. En el campo vivís vos;
cazadora es mi ventura
caseras aves la enfadan,
perdices del campo busca.
V.... Pardiez que en eso acertáis:
que las aves ó avechuchas
de Madrid, son papagayos,
pluma hermosa y carne dura.
....
D. J. ¿Hay gracia más sazonada?
Dame esa mano.
V.... ¡O.....!
....
D. J. Dámela, no seas cruel.
V.... Hágase allá; no se aburra
por ella, que tiene dueño.
D. J. Ea.
V.... A fe que le sacuda.
¿No le he dicho que hay quien pida
cuenta de ella?
D. J. ¿Cuenta?
V.... Y mucha.

D. J. ¿Luego quieren bien?
V.... Un poco.
D. J. ¿Amor tienes?
V.... Una punta.
D. J. ¿Eres casada?
V.... En eso ando.
D. J. ¿Serás, pues, doncella?
V.... En muda.
D. J. ¿Estás concertada?
V.... Estaba.
D. J. ¿Y ahora?...
V.... Se ofrecen dudas.
D. J. ¿Qué esperas?
V.... Que mos arrojen.
D. J. ¿De dónde?
V.... De la trebuna.
D. J. ¿Para desposaros?
V.... Pues.
D. J. ¿Quién lo estorba?
V.... Mi fortuna.
D. J. ¿Tienes celos?
V.... Por arrobas.
D. J. ¿Con justas causas?
V.... Con justas.
D. J. Yo te vengaré.
V.... ¿Y podrá?
D. J. ¿Pues no?
V.... Es persona robusta.
D. J. ¿No es villano?
V.... Eslo en trato.
D. J. Pues muera.
V.... ¿Quién lo arrempuja?
D. J. Tu agravio.
V.... Él se enmendará.
D. J. Los míos.
V.... ¿En qué le injuria?
D. J. En amarte.
V.... ¡A Dios pluguiera!
D. J ¿Es mudable?
V.... Cual la luna.
D. J. Aborrécelle.
V.... ¿Por quién?
D. J. Por mí.
V.... ¡Arre, que echa pullas!
....
¿Parécele á su merced
que las labradoras usan
quillotres de amor infame,
sino es con voluntad lumpia?
D. J. Limpio es mi amor.
V.... Si le lava,
¿Casárase él por ventura
conmigo como mi Antón?
D. J. Por ventura, y será mucha
la que el cielo me dará.
.....
¿Y empalagaráse luego?
D. J. Amor firme siempre dura.
V.... Lo dulce luego empalaga,
y como el amor es fruta
suele comerse al principio
y enfadar después madura.
D. J. No hayas miedo de eso.
V.... ¿A fe?
D. J. Por tu vida.
V.... ¿Y por la suya?
D. J. Toda es una.
V.... En fin, ¿le agrado?
D. J. Infinito.
V.... ¿Iré segura?
D. J. Noble soy.
V.... ¿Querráme mucho?
D. J. Adoraréte.
V.... ¿De burlas?
D. J. De veras.
V.... ¿Regalaráme?
D. J. Como á reina.
V.... ¿Hará locuras?

D. J. En quererte.
V.... ¿Es namorado?
D. J. Más que un portugués.
V.... ¿Arrulla?
D. J. Como palomo.
V.... ¿Rezonga?
D. J. De ningun modo.
V.... ¿Murmura?
D. J. Pocas veces.
....
V.... Si hay comedias...
D. J. No las perderás.
V.... ¿Ninguna?
D. J. Ninguna, pues.
V.... ¿Iré al prado?
D. J. Irás al sol.
V.... ¿Y á la luna?
D. J. El verano.
V.... ¿Y qué ha de darme?
D. J. El alma.
V.... Arre, que echa pullas.
....

Estela, en *Pruebas de amor y amistad:*

Mal don Grao, conjeturais,
si del monte que frecuento,
con tan poco fundamento
que no tengo amor sacais.
Porque antes me dan lección
sus peñas, plantas y flores,
que en la facultad de amores
eternas escuelas son.
Las peñas, de su firmeza
me enseñan á ser constante;
no hay planta que no sea amante,
coronando su cabeza
de las yedras, cuyos lazos
tejen laberintos bellos;
pues si unas aumentan cuellos
otras multiplican brazos.
Las flores cuyos matices,
labran planteles perfetos,
de amor imitan afetos
ya prósperos, ya infelices,
y siendo sus semejanzas,
pintan con varios colores,
en lo amarillo temores
como en lo verde esperanzas.
Si lo azul me causa celos,
lo morado me asegura,
lo blanco es voluntad pura,
si lo leonado desvelos;
y todo junto pregona
con guirnaldas que me ofrece,
que al que amando permanece
la posesión le corona;
y así estos montes, de donde
conjeturais mi desdén,
me enseñan á querer bien.
....

D. Diego de Haro, en *La prudencia en la mujer:*

Infantes, de mi Estado la aspereza
conserva limpia la primera gloria
que le dió, en vez de Rey, naturaleza,
sin que sus rayos pase la vitoria.

Un nieto de Noé la dió nobleza;
que su hidalguía no es de ejecutoria,
ni mezcla con su sangre, lengua ó traje,
mosaica infamia que la suya ultraje.
Cuatro bárbaros tengo por vasallos,
á quien Roma jamás conquistar pudo,
que sin armas, sin muros, sin caballos,
libres conservan su valor desnudo.
Montes de hierro habitan, que á estimallos,
valiente en obras, y en palabras mudo,
á sus miras guardárades decoro,
pues por su hierro España goza su oro.
Si su aspereza tosca no cultiva
aranzadas á Baco, hazas á Ceres,
es porque Venus huya, que lasciva
hipoteca en sus frutos los placeres.
La encina hercúlea, no la blanda oliva,
teje coronas para sus mujeres,
que aunque diversas en el sexo y nombres,
en guerra y paz se igualan á sus hombres.
El árbol de Garnica ha conservado
la antigüedad que ilustra á sus señores,
sin que tiranos le hayan deshojado,
ni haga sombra á confesos ni á traidores.
En su tronco, no en silla real sentado,
nobles, puesto que pobres, electores
tan solo un señor juran, cuyas leyes
libres conservan de tiranos reyes.
Suyo lo soy agora, y del Rey tío,
leal en defendelle, y pretendiente
de su madre, á quien dar la mano fío,
aunque la deslealtad su ofensa intente.
Infantes, si á la lengua iguala el brío,
intérprete es la espada del valiente;
vizcaíno es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.

La protagonista, en *Mari-Hernández la Gallega:*

Si vos, el hechizador,
lo sentís como lo habrais,
á buen puerto vos llegais,
que á la fe que os tengo amor.
No lo saben sermonear
los de acá tan á lo miel:
quizás lo hace el burriel,
ó el carrasqueño manjar;
mas vos, aunque carihato,
en cada ojo socarrón
tenedes, si hechizos son,
dos varas de garabato.
Yo sirvo al mejor serrano
que toda la Limia tien:
es rico é home de bien,
é cinco ducados gano.
Siete da á cada vaquero:
si él os recibe y conoce,
siete y cinco serán doce:
juntaremos el dinero,
haremos hucha yo y vos;
diez años le serviremos;
la alcancía quebraremos,
á los diez años los dos.
A doce ducados, son
diez años, si bien los cuento,
diez á doce, veinticiento,
que será rico pellón.
Compraremos bacorriños,
que los gallegos son bravos;
un prado en que sembrar navos,
dos cabras y dos rociños,
cogeremos ya el centeno,
ya la boroa, ya el millo;
buen pan éste, aunque amarillo,
sano el otro, aunque moreno:
gallinas que con su gallo
nos saquen cada año pollos;
manteca de vaca en rollos;
seis castaños, un carballo,
una becerra y un buey;
á los diez años pasados,
podrá envidiarnos casados
el conde de Monterey.

Lección 21ª

Aunque en realidad nos hemos propuesto dejar para el relato de la literatura americana aquellos de nuestros poetas que nacieron en los paises descubiertos por Colón, exceptuamos á **D. Juan Ruiz de Alarcón,** nacido en Tasco (Méjico) en los últimos años del siglo XVI, sin que se conozca la fecha precisa. Hacia 1622 se le encuentra en Europa, y habiendo estudiado las enseñanzas preliminares en su país, en España se licenció en leyes, llegando á ser relator del Consejo de Indias, y muriendo en 1639. — Es uno de los talentos más peregrinos de nuestra escena; pero habiéndole dotado la naturaleza de facultades intelectuales eminentes, no fué tan benévola en lo referente á sus cualidades corporales, puesto que era jorobado; y mentira parece hasta qué punto pudo influir en su suerte y reputación este de-

fecto físico, que no hubo contemporáneo suyo de nota que dejase de escarnecerlo, á pesar de la protección del conde-duque de Olivares y de su reconocido ingenio, que tampoco hubo quien negase. Góngora, Lope, Quevedo, Montalbán, Tirso y otros de menor nombradía, escribieron sátiras envenenadas acerca de él, y toda la maledicencia desencadenada contra Montalbán, fué realmente insignificante al lado de las deslenguadas murmuraciones con que le vilipendiaron. — Es curioso que una de las acusaciones, la de plagiario, era la más injusta que darse puede; porque precisamente él, bastante original, fué el robado en todos los asuntos que llevó á la escena, y hasta como ahora se dice, no hubo autor que no «fusilase» alguno de sus argumentos. No solamente dentro de casa se imitó á Alarcón, sino fuera: Corneille mismo copió su comedia *La verdad sospechosa*, y para colmo, se la atribuyó á Lope; y Alarcón tuvo necesidad de poner al frente de una edición de sus obras, una nota en que aseguró que todos los trabajos que él había dado á luz eran suyos, aunque algunos anduvieran impresos con el nombre de otros que se titularan sus dueños. — La filosofía de las comedias de Alarcón, siempre sana, se dirige á un fin moral, hábilmente oculto bajo la gracia de amena é ingeniosa fábula; así es que no hay una de sus obras que carezca de tendencia benéfica y donde no se vitupere la mentira, el dolo, la infamia, ó deje de ensalzarse el pudor, la liberalidad y el decoro. — La distribución en el plan de sus comedias, generalmente ordenado, regula los incidentes de la intriga y prepara con naturalidad los desenlaces. La limpidez de la versificación, donde imperan frases sencillas, sin lunares de culterana afectación, ha de señalarse como modelo en el habla adecuada del teatro moderno. Con justicia, después de todo lo dicho, apunta un razonador crítico español que el teatro francés formó su tragedia y su comedia modernas con la traducción de dos obras de autores españoles. Molière escribió su famosa *El embustero* con *La verdad sospechosa*, y Corneille su *Cid*, sobre el de Guillén de Castro.—Distínguese la gracia particular de Alarcón de la de Tirso en que depende frecuentemente más de las situaciones que de las palabras, con ser también sus chistes muy ingeniosos.—

Transcribiremos aquí algunos trozos de *La verdad sospechosa*, la mejor tal vez de sus comedias, y de *Ganar amigos*.

D. Beltrán y D. García, en la primera de dichas obras:

B. ¿Sois caballero, García?
G. Téngome por hijo vuestro.
B. ¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?
G. Yo pienso, señor que sí,
B. ¡Qué engañado pensamiento!
sólo consiste en obrar
como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos;
luego en obrar mal ó bien
está el ser malo ó ser bueno.
¿Es así?
G. Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no negueis que sin ellas
también la da el nacimiento.
B. Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto
que por el contrario puede,
quien con él nació perdello?
G. Es verdad.
B. Luego si vos
obrais afrentosos hechos,
aunque seais hijo mío,
dejais de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
diga á mis oídos mesmos
que á Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacerlo,
si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquel que me dijo
que mentía no me vengo?
¿Tan larga teneis la espada,
tan duro teneis el pecho,
que pensais poder vengaros,
diciéndolo todo el pueblo?
¡Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
más sin gusto y sin provecho!
El deleite natural
tiene á los lascivos presos;
obliga á los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
á los que cursan el juego;
su venganza al homicida,
al robador su remedio,
la fama y la presunción
al que es por la espada inquieto:
todos los vicios, al fin,
ó dan gusto ó dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?

D. García y Tristán, en la misma comedia:

G. Yo te lo quiero contar;
que pues sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fíar.
A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas don Juan de Sosa
para un caso de importancia.
Callé, por ser desafío:
que quiere el que no lo calla
que le estorben ó le ayuden:
cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio,
donde don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja...
Su sentimiento propuso;
satisfice á su demanda;
y por quedar bien, al fin,
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil,
le dí una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba;
que topando en él la punta
hizo dos partes mi espada.
Él sacó pies del gran golpe;
pero con ardiente rabia
vino tirando una punta;
mas yo por la parte flaca
cogí su espada, formando
un atajo. Él presto saca
(como la respiración
tan corta línea le tapa,
por faltarle los dos tercios
á mi poco fiel espada)
la suya, corriendo filos;
y como cerca me halla
(porque yo busqué el estrecho,
por la falta de mis armas),
á la cabeza furioso
me tiró una cuchillada.
Recibíla en el principio
de su formación y baja,
matándole el movimiento
sobre la suya mi espada.
¡Aquí fué Troya! Saqué
un revés con tal pujanza,
que la falta de mi acero
hizo allí muy poca falta!
Que abriéndole en la cabeza
un palmo de cuchillada,
vino sin sentido al suelo,
y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
me vine. Esto es lo que pasa,
y de no verte estos días,
Tristán, es ésta la causa.

T. ¡Qué suceso tan extraño!
¿Y si murió?

G. Cosa es clara,
porque hasta los mismos sesos
esparció por la campaña.

T. ¡Pobre D. Juan!...
¿Mas no es este
que viene aquí?

G. ¡Cosa extraña!

T. ¿Tambien á mí me la pegas?
¡al secretario del alma!

....

D. Fadrique y D. Fernando, en *Ganar amigos:*

F.... Levantad, ejemplo raro
de fortaleza y valor
alto blasón del honor,
de nobleza espejo claro.
Vivid: no permita el cielo
que quien tal valor alcanza,
por una ciega venganza
deje de dar luz al suelo.
Para con vos quedo bien
con esto, pues si sabeis
que sé que muerto me habeis
mi hermano, sabeis también
que cuerpo á cuerpo os vencí;
y si ya pude mataros,
hago más en perdonaros,
pues también me venzo á mí.
Para con el mundo, nada
satisfago si aquí os diera
muerte, pues nadie supiera
que fué la autora mi espada,
por el secreto que ofrece
esta muda oscuridad;
y tanto que la verdad
de mi ofensor se oscurece,
no tengo yo obligación
de daros muerte, si bien
la tengo de inquirir quién
hizo ofensa á mi opinión.
Guarda, si viene á saberse
que fuísteis vos mi ofensor,
porque en tal caso mi honor
habrá de satisfacerse;
mientras no, para conmigo
no sólo estais perdonado,
pero os quedaré obligado
si me quereis por amigo.
FER. De eterna y firme amistad
la palabra y mano os doy.
F.. . Don Fernando de Godoy,
idos con Dios, y pensad
que puesto que ya la muerte
de mi hermano sucedió
que más que á mí quise yo,
os estimo de tal suerte,
que trueco alegre y ufano,
á mi suerte agradecido,
el hermano que he perdido
por el amigo que gano.

Lección 30

D. Agustín Moreto y Cabañas. Se dice que nació en Madrid en 1618, aunque no es segura la fecha ni el lugar. Algunos lo creen natural de Valencia. En cuanto á su familia, también hay quien piensa era nobiliaria, y quien asegura que era hijo de una cómica. Muy joven empezó á escribir comedias, y después de veinte años de este trabajo, lo abandonó por completo, haciéndose clérigo, como hemos visto que estuvo en moda. Fué rector de un colegio en Toledo, y se presume que licenciado en Alcalá. Con respecto á él, existe una historia tenebrosa, por la que se le supone matador de un joven y malogrado poeta, y que este homicidio no ocurrió en desafío, como le pasó á otros literatos de su tiempo. Lo único que hace sospechar que un gran remor-

dimiento y tristeza existía en su ánimo, es el hecho de que abandonó las musas tan pronto como abrazó la carrera eclesiástica, por un lado, y por otro, la recomendación de su testamento encargando que se le sepultase en el «pradillo de los ahorcados». — Las obras de Moreto son de las más regulares en su contextura y juego escénico, hasta el extremo de que pueden, apenas sin supresión ni corrección alguna, representarse en nuestros días; ni es tampoco extrambótico en su lenguaje ni exagerado en el vicio que hemos llamado el «discreteo», tan corriente en este siglo; su versificación, en general, cuidada, sin dejar de ser natural y fácil, y aunque picante y gracioso, se mueve siempre en los límites de la delicadeza y la urbanidad. Por último, una de las notas distintivas de este autor es el esmero con que presenta y mantiene en escena los caracteres de sus personajes. Más de cincuenta comedias, todas buenas, escribió Moreto, y antes ya hemos indicado que se le tilda de poco original, y con razón, pero sin que este defecto sea sólo suyo, puesto que muchos otros incurrieron en igual tacha; y á veces ocurrió que algunos de los poetas, sus amigos, le encomendaban el arreglo de sus propias obras para que pudieran pasar por la censura teatral, según le sucedió con Tirso.— Trasladaremos en lo que sigue, y por el orden que se enumeran, trozos de sus hermosas comedias *El rico-hombre de Alcalá*, *El desdén con el desdén*, y *El Lindo D. Diego*.

El Rey, D. Tello y Perejil, en *El valiente y justiciero y el rico-hombre de Alcalá:*

R. Sentado se está el grosero
sin saber quién es el que entra.
Estoy por echarle á coces
á rodar; pero aquí es fuerza
disimular, encubrirme,
porque su castigo sea
para después escarmiento
de otras tiranas cabezas.
Déme su mano Vusía.
T. Cúbrase, hidalgo.
R. Eso es fuerza;
que no hablo yo descubierto
con quien sentado me llega
á recibir.
T. Taburete.
R. ¿Eso más?
P. Y eso agradezca;
porque mi amo no da asientos
ni aun á genoveses.
R. Venga.
T. Dos sillas tengo: la una
ocupa mi esposa bella,

la otra yo: mas no os admire;
que ricos hombres apenas
dan silla al Rey en sus casas.
R. Ya lo veo que es grandeza;
y así elijo lo que es mío.
T. Aunque su buena presencia
quién es nos dice, ¿en qué altura
de hidalgo se halla?
R. Aguilera,
de la montaña.
T. Escuderos
son de mi casa. Y ¿qué intenta?
R. Al Rey sigo por un pleito.
T. Habiendo espadas ¿quién deja
gastar su hacienda en procesos?
R. La ley es bien se obedezca.
Ya el Rey en Madrid está.
T. Con doña María su prenda
nos vendrá á dar buen ejemplo.
R. Ya es su esposa y nuestra reina;
¡y al que no hablare en sus
partes
con decoro y con decencia,
con mi espada!...
T. Bueno está.
Brío el hidalguejo muestra.
Mucho quiere al Rey.
R. Sí quiero.
T. Siéntese el buen Aguilera.
¿Que está ya en Madrid el Rey?
R. Si vueseñoría lo espera
ya puede pasar á verle.
T. Cuando el Rey valerse quiera
de mí para alguna cosa,
vendrá á verme, y hacer venta
en mi casa, donde yo
á los reyes que aquí llegan,
como á parientes regalo
y hospedo; y aun se me acuerda
que á don Alonso su padre
hospedó esta cuadra mesma
más de una vez, cuyas glorias...
¡Ah, qué Rey Alonso era!
Mas hoy su hijo le infama.
R. Téngase usía y advierta
que habla del Rey don Pedro,
que es su Rey; y aunque no
fuera
su Rey, es tan mal sufrido
que le cortara la lengua,
á saber cómo habla de él.
P. ¡Criados! ¡Hola!
T. ¿Qué intentas?
P. Matarle.
R. Mi Rey defiendo:
contradígalo quien quiera.
P. ¡Escuderos!
T. No los llames.
loco, necio: ¿en mi presencia
hablas, tú? Si dar castigo
á su osadía quisiera,
¿no bastara yo?
R. No sé.
T. ¡Eh! Que la intención es buena;
y el buen celo de su Rey
le disculpa: no le ofendan.
Sosegáos.
R. Soy buen vasallo,
¡vive Dios!
T. Sin jurar...
R. Sea.
T. Mucho quiere al Rey.
R. Es ley.
T. Siéntese el buen Aguilera.
R. Perdonadme, que esto ha sido
locura de la nobleza
de vasallo.
T. Yo lo soy

tambien del Rey, y se precia
de leal, más que ninguna,
mi sangre: díganlo empresas
de mis ilustres abuelos;
y por esta razón mesma
me ha parecido gloriosa
aquí la osadía vuestra.
Dadme esa mano.
T. Los nobles
deben hablar con decencia
de los Reyes porque son
las deidades de la tierra,
y en ella los pone Dios,
y su imagen representan
tanto el bueno como el malo;
pues como á él se reserva
su soberano secreto,
nos le da su providencia,
malo cuando nos castiga,
y bueno cuando nos premia.

El Rey, en la misma comedia:

En fin; vos sois en la villa
quien al mismo Rey no da
dentro de su casa silla.
¿El rico hombre de Alcalá
es más que el Rey de Castilla?
¿Vos sois aquel que imagina
que cualquiera ley es vana,
sólo la de Dios es dina?
Mas quien no guarda la humana
no obedece la divina.
¿Vos quien, como llegué á vello,
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma ó sello
se obedece, sin que vos
deis licencia para ello?
¿Vos quien vive tan en sí,
que su gusto es ley; y al vellas,
no hay honor seguro allí
en casadas ni doncellas?
¿esto lo aprendeis de mí?
pues entended que el valor
sobra en el brazo del Rey,
pues sin ira ni rigor,
corta, para dar temor,
con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
piensa que hará oposición
á su impulso, mal se fía;
que al herir de la razón
no resiste la osadía.
Para el Rey nadie es valiente,
ni á su espada la malicia
logra defensa que intente:
que el golpe de la justicia
no se ve hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
os lo ha enseñado la ley
que vuestro error despreció;
porque después de ser Rey
soy el Rey D. Pedro yo.
Y si á la alteza pudiera
quitar el violento efeto,
cuyo respeto os altera,
mi persona en vos hiciera
lo mismo que mi respeto.
Pero ya que desnudar
no me puedo el ser de Rey,
por llegároslo á mostrar,
y que os he de castigar
con el brazo de la ley;

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

yo os dejaré tan mi amigo,
que no darme cuchilladas
querais; y si lo consigo,
á cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas.
(Dale contra un poste y vase.)

Diana, en *El desdén con el desdén:*

¿Qué es quererle? ¿Tú de Carlos
amada, y yo despreciada?
¿Tú con él casarte, cuando
del pecho se está saliendo
el corazón á pedazos?
¿Tú logrando sus cariños,
cuando su desdén helado,
trocados efecto y causa,
abrasa mi pecho y rayos?
Primero, viven los cielos,
fueran las vidas de entrambos
asunto de mi venganza,
aunque con mis propias manos
sacara á Carlos del pecho
donde á mi pesar ha entrado,
y para morir con él
matara en mí su retrato.
¿Carlos casarse contigo
cuando yo por él me abraso,
cuando adoro su desvío
y su desdén idolatro?
Pero ¿qué digo? ¡ay de mí!
¿yo así mi decoro ultrajo?
miente mi labio atrevido,
miente; mas él no es culpado;
que si está loco mi pecho,
¿cómo ha de estar cuerdo el labio?
mas yo me rindo al dolor
para hacer de uno dos daños:
muera el corazón y el pecho,
y viva de mi recato
la entereza. Cintia amiga,
si á tí te pretende Carlos,
si da amor á tu descuido
lo que niega á mi cuidado,
cásate con él, y logra
casto amor en dulces lazos.
Yo sólo quise vencerle;
y este fué un empeño vano
de mi altivez, que ya veo
que fué locura intentarlo,
siendo acción de la fortuna;
pues, como se ve en sus casos,
siempre consigue el dichoso
lo que intenta el desdichado.
El ser querida una dama
de quien desea, no es lauro,
sino dicha de su estrella;
y cuando yo no lo alcanzo,
no se infiere que no tengo
en mi hermosura y mi aplauso
partes para merecerlo,
sino suerte para hallarlo.
Y pues yo no la he tenido
para lo que he deseado,
lógrala tú que la tienes;
dále de esposa la mano,
y triunfe tu corazón
de sus rendidos halagos.
Enlace... Pero ¿qué digo?
que me estoy atravesando
el corazón: no es posible
resistir á lo que paso.
Toda el alma se me abrasa.

¿Para qué, cielos, lo callo,
si por los ojos asoma
el incendio que disfrazo?
Yo no puedo resistirle;
pues cuando lo mienta el labio,
¿cómo he de encubrir el fuego
que el humo está publicando?
Cintia, yo muero: el delito
de mi desdén me ha llevado
á este mortal precipicio
por la senda de mi engaño.
El amor, como deidad,
mi altivez ha castigado;
que es niño para las burlas,
y dios para los agravios.
Yo quiero, en fin, ya lo dije,
y á tí te lo he confesado,
á pesar de mi decoro,
porque tienes en tu mano
el triunfo que yo deseo:
Mira si habiendo pasado
por la afrenta de decirlo,
te estará bien el dejarlo.
.....

D. Mendo y D. Diego, en *El Lindo D. Diego:*

M. Don Diego, tanto primor
es ya estilo impertinente:
si todo el día se asea
vuestra prolija porfía,
¿como os puede quedar día
para que la gente os vea?
D. Don Mendo, vos sois extraño:
yo rindo con salir bien,
en una hora que me ven,
más que vos en todo el año.
Vos, que no tan bien formado
os veis como yo me veo,
no os tardeis en vuestro aseo
porque es tiempo malgastado.
Mas si veis la perfección
que Dios me dió sin tramoya,
¿quereis que trate esta joya
con menos estimación?
¿veis este cuidado, vos?
pues es virtud más que aseo:
porque siempre que me veo
me admiro y alabo á Dios.
Al mirarme todo entero,
tan bien labrado y pulido,
mil veces he presumido
que mi padre fué tornero.
La dama bizarra y bella
que rinde quien más regala
la arrastro yo con mi gala;
pues dejadme cuidar de ella:
y vos, que vais á otros fines,
vestíos de prisa, yo no,
que no me he de vestir yo
cual frailes para maitines.
M. Si lo haceis con ese fin,
¿qué dama hay que os quiera bien?
D. Cuantas veo, si me ven
porque en viéndome, dan fin.
M. ¡Que llegueis á imaginar
locura tan conocida!
¿Habeis visto en vuestra vida
mujer que os venga á buscar?
D. Eso consiste en mis tretas;
que yo á las necias no miro,
y en las que yo logro el tiro,

sufren como son discretas;
y aunque las mueva su fuego
á hablar, callarán también;
porque ven que mi desdén
ha de despreciar su ruego.

M. ¿Vos desdén? ¡Tema graciosa!

D. Pues quereis que me avasalle?
¿Fácil yo con este talle?
¡No me faltaba otra cosa!

M. Mirad que eso es bobería
de vuestra imaginación.

D. No paso yo por balcón
donde no haya batería;
pues al pasar por las rejas
donde voy logrando tiros,
sordo estoy de los suspiros
que me dan por las orejas.

M. Vive Dios, que eso es manía
que teneis.

D. Mujer sé yo
que dos veces se sangró
por haberme visto un día.

M. Yo desengañaros quiero.

D. ¿Cómo?

M. Que á una dama vamos
á festejar, y veamos
á cuál se rinde primero.

D. ¿Pues no tenemos aquí
á nuestras primas, y vos?
¿Cuánto va que ambas á dos
hoy se enamoran de mí?

M. ¿No veis que en ellas es más
el honor que las refrena?

D. Hasta verme, norabuena;
pero en mirándome, zás.

M. Loco soy, pues quiero yo
á este necio disuadir. *(Aparte)*

D. ¿Qué decís?

M. Que temo ir
con vos ya.

D. Pues no, sinó;
mas dejadme que yo mismo
vuelva el talle á repasar;
que hoy por vos temo sacar
en mi gala un solecismo.

....

El pelo va hecho una palma:
guárdese toda mujer;
yo apostaré que al volver
en cada hebra tráigo un alma.
Los bigotes son dos motes;
diera su belleza espanto
si hiciera una dama un manto
de puntas de estos bigotes.
El talle está de retablo;
el sombrero va sereno;
de medio arriba está bueno,
de medio abajo es el diablo.
Lo bien calzado me agrada
¡qué airosa pierna es la mía!
De la tienda no podía
parecer más bien sacada.
Pero tened, vive Dios,
que aquesta liga va errada,
más larga está la lazada
el canto de un real ó dos.
¡Llega, mozo, á deshacella!

M. ¡Que aquesto os cuesta fatiga!
Pués ¿qué importará esa liga?

D. No caer pájaro en ella.

M. Mirad que esas son locuras
que á quien las ve á risa obliga.

D. Sólo con aquesta liga
cazo yo las hermosuras.

M. Ya está bueno.

D. Ahora están
iguales las dos; bien voy;
con el reparillo estoy

cuatro dedos más galán.
Siempre que verme repito
queda el alma más ufana:

mozo, acuérdate mañana
de traerme pan bendito.
.....

Lección 31

D. Francisco de Rojas y Zorrilla (1607-1660?). También, como algunos de los escritores antes citados y por incuria de sus contemporáneos, continúan en la penumbra muchos de los detalles concernientes á la vida de este autor. Toledo fué su patria, y recibió esmerada educación.—En el foro consiguió bastantes triunfos y renombre. Por atención á su ilustre familia y á los méritos personales por él contraídos, le concedió Felipe IV el hábito de Santiago. — Los trabajos de jurisconsulto los hizo compatibles con el culto á Talía; y aunque no produjo con tanta exuberancia como sus colegas, se cuentan de él dos docenas de comedias, muchas excelentes y todas aceptables. — En Rojas empieza á mostrarse la pendiente de la hinchazón gongorina y del conceptismo de Quevedo, que alcanza al propio Calderón; y mientras Lope, Tirso, Alarcón y Moreto se contuvieron en ciertos límites, procurando al menos no incurrir en este defecto, Rojas hizo gala del mismo, creyéndolo de buen gusto, y desbordóse la barrera para él y para el gran Calderón de la Barca. La vana palabrería fué para Rojas galano ornato de su métrica, y la exaltación de los giros retóricos llegan á empañar las raras prendas que adornan á este autor. Aparte la falta de sencillez, Rojas es acreedor á incondicional aplauso, porque tanto en sus pensamientos se muestra sagaz y agradable, y á veces distinguido y elevado, cuanto en su dicción fácil y armonioso. Cuando no se deja arrastrar de aquella música que recrea los sentidos, pocos poetas han sabido como él retratar con una pincelada y describir con un solo rasgo cualidades morales, paisajes ó situaciones.— Entre sus dramas, alguno siempre será visto con entusiasmo, causando la verdadera emoción patética, cual ocurre con *García del Castañar;* y en sus obras jocosas muestra una gracia particular y exclusivamente suya bajo el punto de vista de ser el más socarrón de ellos, aunque todos los dramáticos analizados apa-

rezcan igualmente graciosos. Copiaremos de la obra citada algunos trozos, por ser la de más renombre, y de la titulada *Donde hay agravios no hay celos.*

El protagonista, en *Garcia del Castañar:*

Mas precio entre aquellos cerros
salir á la primer luz,
prevenido el arcabuz,
y que levanten los perros
una banda de perdices;
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo;
y cuando son á los ojos
pardas nubes con pies rojos,
batir sus alas al vuelo;
y derribar esparcidas
tres ó cuatro; y anhelando,
mirar mis perros buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz que los provoca,
y traer las que palpitan
á mis manos que les quitan
sin disgusto de su boca;
levantarlas, ver por donde
entró entre la pluma el plomo,
volverme á mi casa, como
suele de la guerra el conde
á Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador
con seis dedos de un pernil,
que á cuatro vueltas ó tres,
pastilla de lumbre es,
y canela del Brasil;
y entregárselo á Teresa,
que con vinagre, su aceite,
y pimienta, sin afeite
las pone en mi limpia mesa,
donde, en servicio de Dios,
una yo, y otra mi esposa,
nos comemos: que no hay cosa
como á dos perdices dos;
y levantando una presa,
dársela á Teresa, más
porque tenga envidia Brás
que por dársela á Teresa;
y arrojar á mis sabuesos
el esqueleto roído:
y oír por tono el crujido
de los dientes y los huesos;
y en el cristal trasparente
brindar, y con mano franca,
hacer la razón mi Blanca
con el cristal de una fuente:
levantar la mesa, dando
gracias á quien nos envía
el sustento cada día,
varias cosas platicando...
que aquesto es el Castañar,
que en más estimo, señor,
que cuanta hacienda y honor
los reyes me pueden dar!

Escena entre García y D. Mendo, en dicha obra:

G. *(Ap.)* ¡El rey es! válgame el cielo!
y que le conozco sabe:
honor y lealtad ¿qué haremos?
¿qué contradicción implica
la lealtad con el remedio?
M. *(Ap.)* ¡Qué propia acción de villano!
temor me tiene ó respeto:
aunque para un hombre humilde
bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
por valiente! Al fin, es viejo.
(Alto.) En vuestra casa me hallais,
ni huir, ni negarlo puedo;
mas en ella entré esta noche...
G. A hurtar el honor que tengo.
Muy bien pagais á mi fe
el hospedaje, por cierto,
que os hicimos Blanca y yo.
Ved qué contrarios efectos
verá entre los dos el mundo;
pues yo ofendido os venero,
y vos de mi fe servido,
me dais agravios por premios.
M. *(Ap.)* No hay que fiar de un villano
ofendido; pues que puedo,
me defenderé con este...
G. ¿Qué haceis? Dejad en el suelo
el arcabuz, y advertid
que os lo estorbo, porque quiero
no atribuyais á ventaja
el fin de aqueste suceso;
que para mí basta sólo
la banda de vuestro cuello,
cuita del sol de Castilla
á cuya luz estoy ciego.
M. Al fin ¿me habeis conocido?
G. Miradlo por los efectos.
M. Pues quien nace como yo
no satisface ¿qué haremos?
G. Que os vais y rogad á Dios
que enfrene vuestros deseos:
y al Castañar no volvais,
que de vuestros desaciertos,
no puedo tomar venganza,
sino remitirla al cielo.
M. Yo la pagaré, García.
G. No quiero favores vuestros.
M. No sepa el conde de Orgaz
esta acción.
G. Yo os lo prometo.
M. Quedad con Dios.
G. Él os guarde,
y á mí de vuestros intentos,
y á Blanca.
M. Vuestra mujer...
G. No, señor, no hableis en eso;
que vuestra será la culpa:
yo sé la mujer que tengo.
M. *(Ap.)* ¡Ay Blanca! sin vida estoy:
¡Qué dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
tú, adorándote, me has muerto.
G. ¿A dónde vais?
M. A la puerta.
G. ¡Qué ciego venís, qué ciego!
por aquí habeis de salir.
M. ¿Conocéisme?
G. Yo os prometo
que á no conocer quien sois
que bajárades más presto.
Mas tomad este arcabuz
ahora; porque os advierto

que hay en el monte ladrones,
y que podrán ofenderos
si, como yo, no os conocen.
Bajad aprisa: no quiero
que sepa Blanca este caso.
M. Razón es obedeceros.
G. Aprisa, aprisa, señor,
remitid los cumplimientos,
y mirar que al descender
no caigais; porque no quiero
que tropeceis en mi casa,
porque de ella os vais más
M. ¡Muerto soy! presto.
G. Bajad seguro,
pues que yo la escala os tengo.
.....

García mata á D. Mendo al descubrir que no es el rey, y se lo cuenta al monarca:

Vivía sin envidiar,
entre el arado y el yugo,
las cortes, y de tus iras
encubierto me aseguro,
hasta que anoche en mi casa
vi aqueste huésped perjuro
que en Blanca atrevidamente
los ojos lascivos puso:
y pensando que eras tú,
por cierto engaño que dudo,
le respeté, corrigiendo
con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
venzo al temor con quien lucho,
pídeme el honor venganza,
el puñal luciente empuño,
su corazón atravieso...
Mírale muerto; que juzgo
me tuvieras por infame,
si á quien de este agravio acuso
le señalara á tus ojos
menos, señor, que difunto.
Aunque sea hijo del sol,
aunque de tus grandes uno,
aunque el primero en tu gracia,
aunque en tu imperio el segundo,
esto soy, y este es mi agravio,
este el ofensor injusto,
este el brazo que le ha muerto,
este divida el verdugo;
pero en tanto que mi cuello
esté en mis hombros robusto,
no he de permitir me agravie,
del rey abajo, ninguno.

Monólogo de *Donde hay agravios no hay celos:*

Después de Dios, bodegón:
luego dirán que es deshonra
comerlo allí sin sabor.
¡Bendito seais vos, señor,
que no me habeis dado honra!
En ser hombre desigual,
por más me vengo á tener;
porque yo más quiero ser
pícaro que cardenal.
Esto tengo por más bueno
que ser señor y aun reinar;
que allá suele en el manjar

disimularse el veneno;
pues ser pícaro dispongo;
que, como Lope advirtió,
á ningún hombre se vió
darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser más profundo,
y yo me entro á discurrir:
porque esto me ha de pudrir
que se use honra en el mundo.
Porque uno llegue á plantar
(dejemos á un lado miedos)
en mi cara cinco dedos,
¿le tengo yo de matar?
Pues respóndame, ¿por qué?
si hay barbero que me pone,
cuando afeitarme dispone,
como á un San Bartolomé;
y llega con su navaja
que sabe Dios donde ha andado;
y en fin, después de afeitado,
me toma el rostro y me encaja
cuatro ó cinco bofetones;
¿por qué en otras ocasiones
hay duelo é indignación?
¿No es mejor un bofetón
que quinientos bofetones?
¡Que aquestos duelos prosigan,
que sea el mentir afrenta!
¡Que no importa que yo mienta,
é importa que me lo digan!
¡Que haya en el mundo este afán!
¡Que este uso en los hombres haya!
Señor, aun los palos, vaya,
que duelen cuando se dan.
Duelista, que andas cargado
con el puntillo de honor,
díme, tonto, ¿no es peor
ser muerto, que bofeteado?
Y que á la muerte tan ciertos
vayan, porque el duelo acaben:
¡bien parece que no saben
los vivos lo que es ser muertos!

D. Pedro Calderón de la Barca (1600-1681). Nació en Madrid ignorándose los pormenores de los primeros años de su existencia. Cursó gramática y letras en el colegio Imperial de Madrid, y luego amplió sus estudios en Salamanca. Siguió á nuestras tropas en Lombardía y Flandes, donde su nombre adquirió de día en día mayor gloria por la representación de sus comedias en los Reales Sitios y por los autos sacramentales que le encargara la villa de Madrid. Fué actor, como los demás dramaturgos enumerados, en muchos trances, dando y recibiendo cuchilladas por intrigas amorosas; y estando ocupado en una de sus obras, suspendió el trabajo para acudir á la guerra de Cataluña. De pronto, en 1651, se hizo clérigo, sin que se sepan á punto fijo los motivos de tan repentina vocación, no imitando á Lope en seguir haciendo la vida alegre, á pesar de los hábitos, sino que por el contrario, hasta se resistía á escribir para el teatro después de ordenarse; y únicamente por encargo del rey ó

del Concejo, salía de su retiro para componer autos ó improvisar composiciones piadosas. Felipe IV y Carlos II le colmaron de honores y beneficios, y su muerte estuvo rodeada de tanta pompa como la de Lope de Vega, escribiéndose en su honor elogios fúnebres. — Así como éste tuvo el sobrenombre de «Fénix de los Ingenios», por sus cualidades, Calderón ha sido igualmente llamado «Príncipe de los dramáticos españoles», y la síntesis de su personalidad, que después se ha traducido naturalmente en muchos de los personajes de sus obras, se ha dado en su retrato, diciendo que era laureado poeta, sacerdote ejemplar, honra de Castilla, gran maestro, bienhechor de los menesterosos, afectuoso amigo, discreto consejero y dechado perfecto de las virtudes sociales; y aun se ha añadido, comparándolo con los cinco renombrados autores de este siglo, que Lope carecía de fuerza y arte para combinar sus fábulas; Tirso era licencioso y procaz; á Moreto no le adornaba toda la inventiva indispensable; Alarcón tenía poca idealidad, y Rojas, en fin, era gongorino y exagerado: en Calderón, por el contrario, se reunían todas las cualidades más eminentes para la alta poesía y el gran arte; y así se ha creído ver en él que mientras todos los demás figuraban en sus obras como poetas puramente nacionales, aparece en la mayor parte ó en gran número de sus creaciones como el autor «humano» y general que, salvando las fronteras, habla y canta para todos los pueblos y todas las edades; aquéllos pintan la vida que les rodea y dentro de la cual se mueven; éste, en alas de su idealidad poderosa, se remonta á otras épocas, vislumbra otras aspiraciones y retrata lo que es y lo que debe ser la vida, y al propio tiempo lo que es y debe ser la humanidad. De aquí, que se le considere como el poeta filósofo al par de Cervantes, á cuya personalidad se asemeja en este último concepto, y á Shakespeare, con quien propios y extraños le han comparado; y de igual manera que en D. Quijote y Sancho están resumidas todas las condiciones de la humanidad entera, en los protagonistas de los dramas de Calderón están sintetizados todos los ideales de la mente humana y todos los sentimientos del humano corazón. — Si pudiera concretarse en una frase lo que los críticos han visto en la

manera de ser del ilustre vate, acaso respondería con cierta exactitud decir que es el autor que piensa y expresa cosas más sublimes en la forma más poética y hermosa.—El nombre de Calderón, como el de Cervantes y Lope de Vega, ha saltado por cima de los límites nacionales y de los siglos, repitiéndose en todas las lenguas alabanzas en honor del insigne dramaturgo. — Con razón se ha comparado el talento calderoniano con la naturaleza misma, que exuberante en la producción de sus bellezas y de sus admirables frutos, también es fecundísima en dar vida á la maleza estéril y á la perniciosa cizaña; aludiendo con ese simil á que este genio no se halló enteramente libre de lunares que mancharan ó empañaran, al menos, su lustre y esplendor.— Todos esos defectos los hemos apuntado anteriormente á medida que veníamos viendo el desarrollo del conceptismo, del culteranismo y del gongorismo. Pues bien; el príncipe de los dramáticos es fiel espejo de aquellos vicios, los cuales en él toman el vuelo propio de sus excepcionales dotes. — Como era la vida en España es el teatro de Calderón: si los hombres aparecían, como apunta un biógrafo suyo, pundonorosos, valientes, enamorados, caballerescos, galantes, fieles á su rey y á su dama, cumplidores de su palabra, religiosos en extremo y constantemente bien hablados, también exageraron esas virtudes mostrándose pendencieros, fanfarrones, celosos, opresores de sus mujeres y hermanas, vengativos hasta la crueldad, supersticiosos en las creencias, y afectados y confusos en su manera de discurrir y de hablar. Las mujeres, de otra parte, se presentan altivas, recatadas, devotas y discretas; mas la opresión y la vigilancia ejercidas sobre ellas las convertía en astutas para los amoríos, ingeniosas para la secreta intriga é hipócritas en su conducta; y habida cuenta á todo lo cual, lo que hoy nos parecen defectos, eran en aquel entonces y son ahora bellezas de las obras, por representar la verdad genuína de semejante época.

Parece ser que á los trece años escribió Calderón su producción primera, titulada *El carro del Cielo*, representada y aplaudida; á los ochenta y uno, poco antes de su muerte, la última, *Hado y divisa de Leónido y Marfisa*, y durante su vida á 109 as-

cienden las comedias impresas, porque escribió algunas más que no se hallan coleccionadas, ni en las ediciones españolas ni en las hechas en el extranjero. Los «Autos sacramentales» publicados suben á 72 y algunos otros inéditos; 200 son las «loas» y 100 los «sainetes» que han visto la luz pública; y, en fin, algún discurso, algún tratado, alguna defensa, ora en prosa, ora en verso, y gran número de canciones, sonetos, romances, líricas diversas, completan su obra total, que si no alcanzó la inconcebible magnitud de la de Lope, al menos bien puede colocarse á su lado sin miedo á perder en la compañía. La fama inmortal de Calderón ha sido, sin embargo, más discutida que la de otros genios de nuestra literatura por escritores nacionales y extranjeros. No hemos de hacernos eco aquí de las censuras, por ser ajeno al propósito que encierra el presente trabajo, y nos limitaremos á lo que queda dicho.

Se han dividido las obras de Calderón en las siguientes categorías: dramas simbólicos ó filosóficos, religiosos, heroicos y trágicos, mitológicos; comedias de capa y espada, zarzuelas y sainetes ó entremeses. — La más importante de las obras de Calderón es *La vida es sueño*, perteneciente al género filosófico-moral, y cuyo objeto es demostrar el pensamiento de que las venturas de esta vida son un sueño; y que mientras más encumbrados nos creemos despertamos en la desgracia, no hallándonos jamás, por consiguiente, seguros de los bienes que poseemos; por lo cual, conviene usar de todos ellos con templanza y moderación. El pensamiento de *La vida es sueño* se desenvuelve en la siguiente fábula: — Basilio, rey de Polonia, tiene un hijo que nace bajo funestos auspicios; consultadas las estrellas, sabe que un día le humillará á sus pies. Para evitarlo, encierra al niño en oculta torre, donde no ve sino á Clotaldo, ayo y guardián que le instruye, aunque le mantiene encadenado y vestido de pieles. Llegado á hombre, y remordiéndole la conciencia al padre, lo trae á la corte narcotizado, y despierta Segismundo en el palacio rodeado de esplendor. El príncipe, obedeciendo á sus instintos salvajes, arroja por el balcón á un hombre, y se muestra brutal en todo. Vuelto mediante el narcótico á su retiro, con objeto de que crea que todo

fué un sueño, Segismundo reflexiona sobre su situación, creyéndose víctima de una pesadilla más que de un engaño; pero la rebelión de su pueblo lo trae de nuevo á palacio, en donde, curado de su exaltación, procura ser prudente por temor á perder de nuevo aquella realidad, que sueño le parece. Pero resuelto á que se cumpla su horóscopo, ve por fin, á sus plantas, á su padre, y de esta manera, satisfecho el hado, se somete al Rey, prometiendo ser en el porvenir un gran monarca. — *El Alcalde de Zalamea*, drama más humano y menos simbólico, aunque tan filosófico como el anterior, representa la lucha de la Aristocracia y el Estado llano; de la prepotencia de las armas, y la milicia, como clase privilegiada, sobre el pueblo inerme; y con un alto sentido de justicia y democrático, muestra la energía cívica del alcalde de mísero pueblecillo, enfrente de la tiranía de un coronel, y del cínico atropello en la seducción de una mujer llevada á cabo por un capitán de guardias: reo que paga con la muerte la deshonra de la hija de aquel alcalde. —Esta obra todavía se ejecuta en nuestro teatro, arreglada al gusto del día por el aplaudido Ayala. — Copiamos á continuación algunos trozos de *La vida es sueño*: 1.°, el apóstrofe de Rosaura, que demuestra el gusto de la época, en el estilo culterano; 2.°, las conocidas décimas del monólogo del protagonista en su prisión; 3.°, las exclamaciones del mismo al encontrar á Rosaura, primer ser humano que ha visto; 4.°, la contestación de ella; 5.°, la escena de Basilio y Segismundo después de haber arrojado éste á un hombre por el balcón; 6.°, el soliloquio de Segismundo cuando vuelve á su cárcel; 7.°, el que pronuncia al salir de nuevo. 8.° De *Casa con dos puertas, mala es de guardar* (de las mejores de «capa y espada»), la primera escena; 9.°, lo que dice «El primer hombre» en el Auto sacramental, titulado también *La vida es sueño*, y tomado su asunto del drama; 10.°, las palabras que pronuncia el mismo, cuando vuelve á la prisión del mundo, después de haber estado en el Paraíso y de haber comido de la fruta prohibida; 11.°, parlamento (gongorino) del sentido del «oído», en este auto.

Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento,
dónde, rayo sin llama,
pájaro sin matiz, pez sin escama,
y bruto sin instinto
natural, al confuso laberinto
destas desnudas peñas
te desbocas, te arrastras y despeñas?
Quédate en este monte,
donde tengan los brutos su Faetonte,
que yo, sin más camino
que el que me dan las leyes del destino,
ciega y desesperada,
bajaré la aspereza enmarañada
deste monte eminente,
que arruga al sol el ceño de su frente.
Mal, Polonia, recibes
á un extranjero, pues con sangre escribes
su entrada en tus arenas,
y apenas llega, cuando llega á penas.

Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratais así,
qué delito cometí
contra vosotros, naciendo.
Aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido:
bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor;
pues el delito mayor
del hombre, es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos,
(dejando á una parte, oh cielos,
el delito del nacer)
¿qué más os pude ofender
para castigarme más?
¿no nacieron los demás?
pues si los demás nacieron,
¿qué privilegio tuvieron
que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
que le dan belleza suma,
apenas es flor de pluma,
ó ramillete con alas,
cuando las etéreas salas,
corta con velocidad,
negándose á la piedad
del nido que deja en calma:
¡y teniendo yo más alma
tengo menos libertad!
Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,
apenas signo es de estrellas
(gracias al docto pincel)

cuando, atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña á tener crueldad,
monstruo de su laberinto:
¡y yo, con mejor instinto,
tengo menos libertad!

Nace el pez, que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas, bajel de escamas,
sobre las ondas se mira,
cuando á todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le dá el centro frío:
¡y yo con más albedrío,
tengo menos libertad!

Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata
entre las ondas se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad,
que le dá la majestad
del campo abierto á su huída:
¡y teniendo yo más vida,
tengo menos libertad!

En llegando á esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho,
pedazos del corazón.
¿Qué luz, justicia ó razón
negar á los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado á un cristal,
á un pez, á un bruto y á un ave?

Tu voz pudo enternecerme,
tu presencia suspenderme,
y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? que aunque yo aquí
tan poco del mundo sé,
que cuna y sepulcro fué
esta tierra para mí;
y aunque desde que nací
(si esto es nacer), sólo advierto,
este rústico desierto
donde miserable vivo,
siendo un animado muerto;
y aunque nunca ví ni hablé
sino á un hombre solamente
que aquí mis desdichas siente,
por quien las noticias sé
del cielo y tierra; y aunque
aquí, porque más te asombres,
y monstruo humano me nombres,
entre sombras y quimeras,
soy un hombre de las fieras,
y una fiera de los hombres;
y aunque en desdichas tan graves
la política he estudiado,
de los brutos enseñado,
advertido de las aves,
y de los astros suaves
los círculos he medido:
tú sólo, tú has suspendido
la pasión á mis enojos,
la suspensión á mis ojos,
la admiración á mi oído.
Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más,
aún más mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
que mis ojos deben ser,

pues cuando es muerte el beber
beben más, y de esta suerte,
viendo que el ver me dá muerte,
estoy muriendo por ver.
Pero véate yo, y muera;
que no sé, rendido ya,
si el verte muerte me dá,
el no verte qué me diera;
fuera más que muerte fiera,
ira, rabia y dolor fuerte;
fuera muerte, y de esta suerte
su rigor he ponderado:
pues dar vida á un desdichado,
es dar á un dichoso muerte.

Con asombro de mirarte,
con admiracion de oírte,
no sé qué pueda decirte,
ni qué pueda preguntarte:
sólo diré que á esta parte
hoy el cielo me ha guiado,
para haberme consolado,
si consuelo puede ser
del que es desdichado, ver
otro que es más desdichado.
Cuentan de un sabio, que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogía.
¿Habrá otro (entre sí decía)
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las yerbas que él arrojó.
Quejosa de mi fortuna
yo en este mundo vivía
y cuando entre mí decía:
¿habrá otra persona alguna
de suerte más importuna?
piadoso me has respondido;
pues, volviendo en mi sentido,
hallo que las penas mías,
para hacerlas tú, alegrías,
las hubieras recogido.

B. ¿Qué ha sido esto?
S. Nada ha sido:
á un hombre que me ha cansado
deste balcon he arrojado.
B. ¿Tan pronto una vida cuesta
tu venida al primer día?
S. Díjome que no podía
hacerse y gané la apuesta.
B. Pésame mucho, que, cuando,
príncipe, á verte he venido,
pensando hallarte advertido,
de hados y estrellas triunfando,
con tanto rigor te vea,
y que la primera acción
que has hecho en esta ocasión
un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
á darte ahora mis brazos,
si de sus soberbios lazos,
que están enseñados sé
á dar muerte? ¿Quién llegó
á ver desnudo el puñal
que dió una herida mortal,
que no temiese? ¿Quién vió
sangriento el lugar adonde
á otro hombre le dieron muerte,

que no sienta? Que el más fuerte
á su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
desta muerte el instrumento,
y miro el lugar sangriento,
de tus brazos me retiro:
y aunque en amorosos lazos
ceñir tu cuello pensé,
sin ellos me volveré;
que tengo miedo á tus brazos.

S. Sin ellos me podré estar,
como me he estado hasta aquí;
que un padre que contra mí
tanto rigor sabe usar,
que en su condición ingrata
de su lado me desvía,
como á una fiera me cría,
y como á un monstruo me trata,
y mi muerte solicita,
de poca importancia fué
que los brazos no me dé,
cuando el ser de hombre me quita

B. Al cielo y á Dios pluguiera
que á dártelo no llegara;
pues ni tu voz escuchara,
ni tu atrevimiento viera.

S. Si no me lo hubieras dado
no me quejara de tí;
pero una vez dado, sí,
por habérmelo quitado;
pues aunque el dar, la acción es
más noble y más singular,
es mayor bajeza el dar
para quitarlo después.

B. Bien me agradeces el verte,
de un humilde y pobre preso,
príncipe ya.

S. ¿Pues en eso
qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
si viejo y caduco estás,
muriéndote ¿qué me das?
¿Dásme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi rey;
luego toda esta grandeza
me la dá naturaleza
por derecho de su ley;
luego aunque esté en tal estado,
obligado no te quedo,
y pedirte cuentas puedo
del tiempo que me has quitado
libertad, vida y honor;
y así agradéceme á mí
que yo no cobre de tí,
pues eres tú mi deudor.

B. Bárbaro eres y atrevido:
cumplió su palabra el cielo;
y así, para el mismo apelo,
soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quien eres,
y desengañado estés,
y aunque en un lugar te ves
donde á todos te prefieres,
mira bien lo que te advierto;
que seas humilde y blando;
porque quizá estás soñando,
aunque ves que estás despierto.

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y sí haremos; pues estamos
en mundo tan singular,

que el vivir sólo es soñar,
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando;
y este aplauso que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte; (¡desdicha fuerte!);
¿qué hay quien intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece,
su miseria y su pobreza.
Sueña el que á medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado:
y soñé que en otro estado
más lisonjero me ví.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

¿Otra vez (¡qué es esto cielos!),
quereis que sueñe grandezas
que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez quereis que vea,
entre sombras y bosquejos,
la vanidad y la pompa
desvanecida del viento?
¿Otra vez quereis que toque
el desengaño ó el riesgo
á que el humano poder
nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser;
miradme otra vez sujeto
á mi fortuna; y pues sé
que toda la vida es sueño,
idos, sombras que fingís
hoy á mis sentidos muertos
cuerpo y voz, siendo verdad
que ni teneis voz ni cuerpo;
que no quiero majestades
fingidas, pompas no quiero
fantásticas, ilusiones
que al soplo menos ligero
del aura han de deshacerse:
bien como el florido almendro,
que, por madrugar sus flores
sin aviso y sin consejo,
al primer soplo se apagan,
marchitando y desluciendo
de sus rosados capullos
belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
y sé que os pasa lo mesmo
con cualquiera que se duerme:
para mí no hay fingimientos:
que desengañado ya,
sé bien que la vida es sueño.
.....

Marcela y Lisardo, en *Casa con dos puertas:*

M. Caballeros,
desde aquí habeis de volveros,
no habeis de pasar de aquí;
porque si intentais así
saber quién soy, intentais
que no vuelva donde estais
otra vez; y si esto no
basta, volveos, porque yo
os suplico que os volvais.
L. Difícilmente pudiera
conseguir, señora, el sol,
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera;
difícilmente quisiera
el norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara:
y el imán difícilmente
intentara que obediente
el acero le dejara.
Si sol es vuestro esplendor,
girasol la dicha mía;
si norte vuestra porfía,
piedra imán es mi dolor;
si es imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
pues, ¿cómo quedarme espero,
cuando veo que se van
mi sol, mi norte, mi imán,
siendo flor, piedra y acero?
M. A esa flor hermosa y bella
términos el día concede,
bien como á esa piedra puede
concederlos una estrella;
y pues él se ausenta, y ella,
no culpeis la ausencia mía;
decid á vuestra porfía,
piedra, acero ó girasol,
que es de noche para el sol,
para la estrella de día;
y quedáos aquí; por qué
si este secreto apurais,
y á saber quién soy llegais,
nunca á veros volveré
á aqueste sitio, que fué
campaña de nuestro duelo;
y puesto que mi desvelo
me trae á veros aquí,
creed de mí que importa así.
L. De vuestro recato apelo
señora, á mi voluntad;
y supuesto que sería
no seguiros cortesía,
también será necedad.
Necio ó descortés, mirad
cuál mayor defecto es;
vereis que el de necio, pues
no se enmienda; y así, á precio
de no ser, señora, necio,
tengo de ser descortés.
Seis auroras esta aurora
hace, que en este camino
ciego el amor os previno
para ser más salteadora;
tantas ha que á aquella hora
os hallo á la luz primera
oculto sol de su esfera,
de su campo rebozada
ninfa, deidad ignorada
de su hermosa primavera.
Vos me llamásteis, primero
que á hablaros llegara yo;
que no me atreviera, no,
tan de paso y forastero.
Con estilo lisonjero,

áspid ya de sus verdores,
no deidad de sus primores,
desde entonces fuísteis; pues
áspid, que no deidad, es
quien da muerte entre las flores.
Digísteisme que volviera
otra mañana á este prado,
y puntüal mi cuidado
me trajo como á mi esfera.
No adelante la primera
ocasión, porque bastante
no fué mi ruego constante
á que corriese la fe
(que adora lo que no ve)
ese velo de delante.
Viendo, pues, que siempre es nuevo
el riesgo, y el favor no,
quiero á mí deberme yo
lo que á vuestra luz no debo;
y así á seguiros me atrevo,
que hoy he de veros, ó ver
quién sois.
M. Hoy no puede ser.

El Primer hombre, en el auto citado:

Pues, ¿por qué
si ese hermoso luminar
que á un tiempo ver y cegar
hace otra criatura, fué
apenas nacer, se ve
cuando con la majestad
de su hermosa claridad
azules campos corrió:
¿teniendo más alma yo,
tengo menos libertad?
¿Por qué, si es que es ave aquella,
que ramillete de pluma,
va con ligereza suma
por esa campaña bella;
nace apenas, cuando en ella
con libre velocidad
discurre la variedad
del espacio en que nació:
¿teniendo más vida yo
tengo menos libertad?
¿Por qué, si es bruto el que á be-
manchas salpica la piel llas
(gracias al docto pincel
que aún puso primor en ellas)
apenas nace, y las huellas
estampa, cuando á piedad
de bruta capacidad,
uno y otro laberinto
corre: ¿yo con más instinto
tengo menos libertad?
¿Por qué, si es pez el que en frío
seno nace, y vive en él,
siendo argentado bajel,
siendo escamado navío,
con alas que le dan brío
sulca la vaga humedad
de tan grande inmensidad
como todo un elemento:
¿teniendo yo más aliento,
tengo menos libertad?
¿Qué mucho, pues si se ve
torpe el hombre en su creación,
que tropiece la razón
donde ha tropezado el pie?
Y pues hasta ahora no sé
quién soy, quién seré, quién fuí,
ni más de que ví y oí,
vuelva á sepultarme dentro
ese risco en cuyo centro
se duela mi amor de mí.

Ya, ya sé quién soy, y aunque
la tierra fuese mi madre,
competir puedo á mi padre,
pues sé sus ciencias, y sé
que inmortal príncipe soy
del orbe; y pues ya me ví
su dueño... *(se despierta)*. Mas ¡ay
¡Infeliz! ¿A dónde estoy? de mí!
¿Esta no es de mi fortuna
la primera prisión fiera?
¿No es esta aquella primera
bóveda que fué mi cuna?
¿No es esta la desnudez
en que primero me ví?
¿Qué se hicieron ¡ay de mí!
la majestad, la altivez,
el obsequio, el aparato,
las músicas, los olores,
plumas, cristales y flores;
y en fin, el sublime ornato
de reales ropas, cercado
de gentes, cuyo desvelo
me asistió? ¡Válgame el cielo!
¡Qué de cosas he soñado!
Pero, ¿qué me desconfía
presumir, que sueño fué
si por lo menos saqué
de él (según mi fantasía)
saber quién soy? No encerrado
viva, pues salga á buscar
el alcázar, y á cobrar,
pues es mío el alto estado
en que me ví. Pero ¡cielos!
el orgullo reprimamos,
por si ahora también soñamos:
mas no, que heroicos anhelos
me llaman; y así iré ¡ay triste!
que aún es hoy mayor mi pena
de lo que fué. ¿Qué cadena
es esta, que me resiste
que salir pueda? Y aún no
pára en eso mi fortuna,
pues no hay criatura ninguna
de que ya no tiemble yo,
viendo en todas cuatro esferas
que afilan contra mí graves
uñas y picos las aves,
presas y garras las fieras.
¡Si miro al sol me dá enojos,
pues no me alumbra y me abrasa;
frío el aire me traspasa;
si piso, todo es abrojos
la tierra; el agua que fué
claro espejo, me retrata
feo; si la sed me mata,
turbia está; y si el hambre ve
frutas, que á ellas no me atreva
dice, y por partido toma
que pan de dolores coma,
y agua de lágrimas beba!

La Fe, que allí hay cuerpo y alma
y carne y sangre me ha dicho;
y pues sentido de fe
es solamente el oído,
crea el Oído á la Fe
y no á los demás sentidos.
Que si la Vista, el Olfato,
el Tacto y el Gusto han visto,
tocado, olido y gustado
pan, es porque no han creído
que sólo los accidentes
duran en aquel divino
milagro de los milagros,
prodigio de los prodigios.
No la substancia de pan,

pues con poder infinito
transubstanció la substancia
del Pan en Carne y del Vino
en Sangre, quien es la misma
verdad, que imperiosa dijo:
«Este es mi cuerpo y mi sangre»
con alma y vida; y pues rindo
mi afecto á cinco palabras
en fe de ellas solicito
el tiro acertar; y así
cerrados los ojos digo:
que transubstanciado el Pan
de aquellas palabras cinco
no es Pan; Carne y Sangre, sí:
con que vereis que el Oído
deja, á pesar de los cuatro
su entendimiento cautivo.
.....

Juan Caramuel Lobkowitz (1606-1682). Tenido por un prodigio de ciencia en su tiempo, nació en Madrid, y desde niño, á semejanza de Pascal, resolvía difíciles problemaa matemáticos. Siguió el estudio de la filosofía y de las ciencias en Alcalá y Salamanca, siendo después profesor de teología en aquel primer centro. Dedicado á la carrera eclesiástica, llegó á Obispo, muriendo en el Milanesado con esta dignidad. El horizonte de sus conocimientos fué tan amplio que, al par de los estudios mencionados, figuró como gran filólogo, conocedor especialmente de las lenguas orientales, dominando el asirio, entre otras. De sus obras más notables, debe citarse la *Teología dudosa*, en que discute las objeciones protestantes contra el catolicismo.

De menor importancia que el anterior es **D. Nicolás Antonio** (1617-1684). El ilustre sevillano estudió en su ciudad natal y en Salamanca, pasando después á Roma como Embajador de Felipe IV. Su trabajo más notable es la *Biblioteca* de escritores desde el siglo de Augusto hasta 1670.

Juan Valdés. Filósofo, Secretario de Carlos V, á quien sirvió también como diplomático. Ignórase la fecha de su nacimiento, y de él sólo se sabe que fué blanco de grandes enemistades por sus ideas religiosas protestantes, y por su influjo decidido sobre los herejes de Italia, adquiriendo gran renombre entre los Socinianos. Murió en Nápoles en 1540. Escribió muchas obras, y entre otras se cita *Las ciento diez consideraciones sobre lo más útil, lo más necesario y lo mas perfecto de la profesión cristiana.*

Siglo XVIII.

Señálanse por algunos autores en la literatura española tres grandes épocas: una, desde el poema del Cid, mediados ó fines del siglo XII, hasta fines del XV, ó aun hasta la terminación del reinado de los Reyes Católicos; otra, desde aquí hasta la terminación del reinado de la casa de Austria, ó sea el final del siglo XVII; y la tercera, desde este momento, y á la cual quieren hacer concluir en nuestros días. Otros tratadistas limitan esa última época en el medio del siglo XIX, abriendo nuevo período desde dicho promedio del actual para lo porvenir.—De todos modos, el XVIII constituye, ya que no una época entera, un período completo. Termina con los Austrias nuestra tradicional historia literaria, y empieza con los Borbones un influjo decisivo, enteramente distinto. Nuestra poesía que, como hemos visto, recibió influencias provenzales primero é italianas después; nuestro arte literario, en general, que también se vió influído por la literatura hebraica y la árabe, se ha mantenido sin otras nuevas influencias hasta el siglo que nos ocupa; en el cual, puesta en crisis la vida en todas sus manifestaciones, había de verse también modificada en la producción literaria.—A fines del siglo XVII, preciso es reconocer que se había llegado á desbordar el culteranismo hasta la mayor de las exageraciones, y muertas las brillantes tradiciones pasadas, ó desnaturalizadas al menos, un diferente aspecto en la manera de sentir y pensar, y una nueva dirección en la forma de exponer y de embellecer los conceptos, había de presentarse. A este diverso sentido responde el movimiento de reacción hacia los estudios clásicos, iniciado por buen número de escritores, y hacia la consiguiente corrección gramatical; y de otra parte, á esta dirección también pertenecen las tendencias de los imitadores de preceptistas franceses, de donde proviene una corriente decisiva,

puesta de moda en toda Europa, y que no sólo en la literatura, si que también en todas las artes es tan general como avasalladora, correspondiendo á la época borbónica absorbente, que esparce su gusto en todos lados, con sus monarcas y sus pensadores. En ese camino criticista ¡mientras se incuba, no produce en la primera mitad de este siglo XVIII autores sino de muy segundo orden; y ya un tanto más entrados los años en el mismo, aparecen algunas figuras merecedoras de especial estudio. Contribuyó á la tendencia regeneradora de nuestra literatura la fundación de la Academia Española, la de la Historia, y la de la Biblioteca Nacional, y andando el tiempo, la de Bellas Artes de San Fernando. La primera figura de importancia que se presenta en estos tiempos, es la de **D. Ignacio de Luzán** (1702-1754). Educado más en Italia que en España, habiendo seguido sus estudios universitarios en aquel país, no conservaba del espíritu de Zaragoza, su patria, ni siquiera el recuerdo de su padre, muerto cuando apenas contaba él cuatro años. Fué, por consiguiente, uno de los que imbuídos en el alma de la literatura francesa, é inspirándose en Boileau, escribió otra *Poética* también, que por mucho tiempo pareció el código indiscutible del buen gusto. Sus poesías, donde se revela más ¡bien que inspiración y sentimientos espontáneo, artificio, no ¡carecen, sin embargo, de aquellas cualidades de discreción y severidad recomendadas por él mismo, como protesta contra el exagerado ornato y la vana palabrería. Sus *canciones* y su *Conquista y defensa de Orán* se reputan por los mejores acordes de su lira. El influjo de Luzán sobre los escritores de su tiempo, fué extraordinario, porque ninguno se atrevió á discutir siquiera el fundamento de aquellos principios que estableciera como incontrovertibles en su «poética». De la *Conquista de Orán:*

Estas ¡oh noble España! son tus artes:
al cielo dirigir guerras y paces,
pelear y vencer sólo por Cristo.
Del orbe entero ya las cuatro partes,
siempre invencibles, discurrir tus haces
por la sagrada religión han visto.
Por tí, desde Calixto

hasta el opuesto polo, en trecho inmenso,
al verdadero Dios el indio adora,
y el que en la tierra mora
donde al cruel Plutón se daba incienso.
Por tí del Evangelio arrebolada,
con mejor luz la aurora
del Gánges sale; por tí da la entrada
á nuestra fe la más remota playa
del Japón, de la China y de Cambaya.
Por tí, de hoy más, el bárbaro numida,
el de Getulia y el feroz masilo
dejarán la ímpia secta y ritos vanos;
renacerán á más felice vida
cuantos habitan entre Lixo y Nilo
abrazando la ley de los cristianos;
con tratos más humanos
el togado español pondrá sus leyes
entonces al morisco vasallaje,
y parias y homenaje
recibirá de los vencidos reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
virtud y el nuevo traje
aprenderá la Libia prisionera;
y sabiendo imitar, sin otra cosa,
su misma esclavitud la hará dichosa.

Los errores de Luzán en algunos extremos, como en la crítica de Lope de Vega, no fueron debidamente estimados hasta mucho después de su tiempo. En todos los trabajos de este escritor y de varios de sus contemporáneos, lo que se advierte es un extraordinario prosaismo, y no hay que buscar en ninguno numen verdadero ni estilo poético espontáneo.

Después de Luzán, acaso la personalidad más importante es **D. José Gerardo Hervás,** que, según todas las probabilidades, se ocultaba bajo el pseudónimo de «Jorge Pitillas». Afrancesado en su sentido artístico, no lo era á la verdad en su estilo propiamente literario, y su *Sátira* contra los malos escritores se recomienda unánimemente como una hermosa composición en su gé-

nero, y en la que se pinta de modo perfecto el estado á la sazón de las letras españolas. — Alma del *Diario de los Literatos*, que con la «Poética» de Luzán compartió el criterio y gusto público en aquel entonces, Hervás representa progreso real y positivo dentro de esa primera mitad del siglo que nos ocupa, renovando, ya que no el sentido estrictamente nacional y clásico de nuestros autores, sí la pureza de la lengua, encaminando el idioma por mejor derrotero y el pensamiento hacia puntos nuevos y de verdadera trascendencia. De su nombrada *Sátira:*

No más, no más callar, ya no es posible;
allá voy, no me tengan; fuera digo,
que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, oh Lelio amigo,
pues sabes cuánto tiempo he contrastado
el fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
ya llegó la paciencia al postrer punto,
y la atacada mina se ha volado.
Protesto que pues hablo en el asunto,
ha de ir lo de antaño y lo de hogaño,
y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras, que mil días ha que apaño,
he de tirar sin miedo, aunque con tiento,
por vengar el común y el propio daño.
. . . . . .
Preguntarásme, acaso, Lelio, ahora,
cuáles son los implícitos escribas
contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas
cuando hable *nominatim* de estos payos
y les ponga el pellejo como cribas.
Más claro que cincuenta papagayos
dirá sus nombres mi furioso pico,
sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? ¿Tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras, te suplico.
. . . . . .

Cervantes, el divino viajero,
el que se fué al Parnaso piano, piano,
á cerner escritores con su arnero.
Si el gran Mercurio no le va á la mano,
echa á *Lofraso* de la nave al Ponto,
por escritor soez y chabacano.
De *Arbolanches* descubre el genio tonto,
nombra á *Pedrosa* novelero infando,
y en *criticar* á entrambos está pronto.
Sigue el *Pastor de Iberia*, autor nefando,
y el que escribió la *Pícara Justina*,
capellán lego del contrario bando,
Y si este libro tanto se acrimina,
¿qué habría si al *Alfonso* áspero y duro
le pillase esta musa censorina?
Otros más, con intento casto y puro,
ata de su censura á la fiel rueda,
y les hace el satírico conjuro.
Aunque implícitamente, y sin que pueda,
discernir por la bulla y mescolanza
cuál es Garcilasista ó *Timoneda*.

Los Moratines. Continuadores también de igual sentido de corrección en la escuela que venimos analizando, son los dos Moratines. D. Nicolás Fernández de Moratín (1737-1780) nació en Madrid de familia asturiana, siguiendo los primeros estudios en los Jesuítas de Calatayud y continuando los de Derecho en la Universidad de Valladolid. Sirvió en Palacio durante muchos años. Su buen gusto y el deseo de purgar la literatura de su tiempo de los lunares que la afeaban, le hizo estimado entre todos los poetas y grandes personajes de la corte. Esta escuela de Moratín y de los anteriores, se ha llamado neo-clásico-francesa, y el D. Nicolás fundó la renombrada «Tertulia de San Sebastián», á la cual asistían los hombres más distinguidos de esa tendencia modernista en las letras y las artes. En ella estaba prohibido hablar de otra cosa que de teatros, diversiones, devaneos y literatura: la política no podía tratarse en aquella reunión. En D. Nicolás resucita la musa nacional del romancero, siendo modelo

en su género la *Fiesta de toros de Madrid* (escrita en fáciles y galanas quintillas), así como los acentos épicos del siglo XVI en su canción *A las naves de Cortés destruídas*. De una y otra composición, las principales de dicho autor, transcribimos algunos trozos, descriptivo el primero, y del retrato de Hernán Cortés el segundo. Su poema *La caza* no es muy digno de elogio, así como tampoco sus tragedias ni su comedia *La pelimetra*, aunque siempre su versificación es cuidada no obstante su facilidad, y animada siempre de ideas levantadas y de pinturas verdaderamente hermosas.

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
de la hermosa Zaide amante,
las ordena celebrar,
por si le puede ablandar
el corazón de diamante.
Pasó, vencida á sus ruegos,
desde Aravaca á Madrid;
hubo pandorgas y fuegos,
con otros nocturnos juegos
que dispuso el adalid.
.....
Vinieron las moras bellas
de toda la cercanía,
y de lejos, muchas de ellas:
las más apuestas doncellas
que España entonces tenía.
Aja de Jetafe vino,
y Zahara la de Alcorcón,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo el camino
el moraicel de Alcabón.
.....
El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende á ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.
La bella Zaida ocupó
sus dorados miradores
que el arte filigranó,
y con espejos y flores
y damascos, adornó.
.....
Salió un toro del toril,
y á Tarfe tiró por tierra,
y luégo á Benalguacil;
después con Hamete cierra,
el temerón de Conil.
Traía un ancho listón
con uno y otro matiz
hecho un lazo por airón,
sobre la enhiesta cerviz
clavado con un arpón.
Todo galán pretendía
ofrecerlo vencedor
á la dama que servía:
por eso perdió Almanzor
el potro que más quería.
El alcaide muy zambrero
de Guadalajara huyó
mal herido al golpe fiero,

y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.
Todos miran á Aliatar,
que aunque tres toros ha muerto
no se quiere aventurar;
porque en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.
.. ..
Dió vuelta hiriendo y matando
á los de á pie que encontrara,
el circo desocupando;
y emplazándose, se pára,
con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir:
la plebe grita indignada,
las damas se quieren ir,
porque la fiesta empezada
no se puede proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo,
cuando un portero que llega
de la puerta de la Vega
hincó la rodilla, y dijo:
«Sobre un caballo alazano,
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para alancear un toro
un caballero cristiano.»
Mucho le pesa á Aliatar:
pero Zaida dió respuesta
diciendo que puede entrar;
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.
. ...
Sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube,
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube.
Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores,
en el yelmo los plumajes,
por los visos y celajes
vergel de diversas flores.
En la cuja gruesas lanza,
conrecamado pendón,
y una cifra á ver se alcanza
que es de desesperación,
ó á lo menos de venganza.
En el arzón de la silla
ancho escudo reverbera
con blasones de Castilla,
y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.
Era el caballo galán,
el bruto más generoso,
de más gallardo ademán:
cabos negros, y brioso,
muy tostado, y alazán.
Larga cola recogida
en las piernas descarnadas,
cabeza pequeña erguida,
las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.
Nunca en el ancho rodeo
que da Betis con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto,
ni más hermoso paseo.
Dió la vuelta alrededor:
los ojos que le veían
lleva prendados de amor.
¡Aláh te salve! decían
¡Déte el Profeta favor!
.....

Mas cuando en medio se pára,
y de más cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara,
y así le dice, y suspira:
«Señora, sueños no son;
así los cielos vencidos
de mi ruego y aflicción,
acerquen á mis oídos
las campanas de León,
»Como ese doncel que ufano
tanto asombro viene á dar
á todo el pueblo africano,
es Rodrigo de Vivar,
el soberbio castellano »
.. ..
La mora se puso en pie,
y sus doncellas detrás:
el alcaide que lo ve,
enfurecido además,
muestra cuán celoso esté.
Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid:
«No habrá mejor caballero,
— dicen—en el mundo entero;
y algunos le llaman *Cid*.»
....
El bruto se le ha encarado
desde que le vió llegar,
de tanta galá asombrado;
y alrededor le ha observado
sin moverse de un lugar.
Cual flecha se disparó
despedida de la cuerda,
de tal suerte le embistió;
detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.
Brama la fiera burlada;
segunda vez acomete,
de espuma y sudor bañada;
y segunda vez le mete
sutil la punta acerada.
Pero ya Rodrigo espera
con heroico atrevimiento,
el pueblo mudo y atento;
se engalla el foro y altera,
y finge acometimiento.
La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el cuerno retorcido;
el suelo huele y lo moja
en ardiente resoplido.
La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás,
para que la fuerza sea
mayor, y el ímpetu más.
.....
A caballo como estaba
Rodrigo el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba;
en su lanza le clavó
y á los balcones llegaba.
Y alzándose en los estribos,
le alarga á Zaida, diciendo:
«Sultana, si bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto don admitiendo,
»Si no os dignáredes ser
con él benigna, advertid
que á mí me basta saber
que no lo debo ofrecer
á otra persona en Madrid.»
Ella, el rostro placentero,
dijo, y turbada: «Señor,
yo le admito y le venero,
por conservar el favor
de tan gentil caballero.»
.....
Pero Aliatar el caudillo

de envidia ardiendo se ve:
y trémulo y amarillo,
sobre un tremecén rosillo
lozaneándose fué.
Y en ronca voz «Castellano,
—le dice—con más decoros
suelo yo dar de mi mano,
si no penachos de toros,
las cabezas de cristiano.
»Y si vinieras de guerra
cual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra,
al valor que dentro encierra
Madrid, ningún se iguala.»
«Así—dijo el de Vivar—
respondo», y la lanza en ristre
pone, y espera á Aliatar;
mas sin que nadie administre
orden, tocaron á armar.
. . . . . .
El alcaide, recelando
que en Madrid tenga partido,
se templó, disimulando;
y por el parque florido
salió con él razonando.
Y es fama, que á la bajada,
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane á Madrid.

Ginete y caballo, en *Las naves de Cortés destruídas*:

. . . . . .
Ricas armas de esmero y maestría,
listadas de oro puro centellantes,
con pernos de preciosa pedrería,
hebillas y chatones de diamantes,
gorjal grabado en cuyo canto había
de perlas y crisólitos pinjantes,
cegando como el sol, á quien parece
el arnés con que armado resplandece.
. . . . . .
La gruesa lanza estriada y rebutida
de barras de metal lleva en la cuja,
y un pendoncillo ó banderilla asida
que bordó con primor sutil aguja:
y al encuentro y veloz acometida
hace corriendo que al impulso cruja
cuando con duro y resonante callo
embiste el hermosísimo caballo.
Era alazán tostado, corpulento,
de ardiente vista, y con feroz ultraje
bate el suelo, mirándose opulento
con tan precioso y bárbaro equipaje:

de ormesí recamado el paramento,
de seda y oro y borlas el rendaje,
de bronces entallados la estribera,
zafiros y balajes la testera.
El soberbio animal la crin extiende,
como quien sabe el dueño que pasea,
con agudo relincho el aire enciende
yatónito y ufano se pompea,
en cuanto ¡oh Betis! tu raudal comprende,
que con verdes olivas se hermosea,
tal monstruo no abortó naturaleza
ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Leccion 34

D. Leandro Fernández Moratín (1770-1828). Hijo del anterior, nació también en Madrid, y casi un niño, á los diez y nueve años, ganó un premio de la Academia Española por su poema *La conquista de Granada*. Recibió esmerada educación, y de las más completas para su tiempo, puesto que en el extranjero amplió sus conocimientos, gracias á la protección del Príncipe de la Paz; y en París, también, precisamente, huyendo por «afrancesado», le sorprendió la muerte. No figura ciertamente como poeta lírico de primer orden, pero escribió composiciones muy estimables, siendo esclavo siempre de la forma, irreprochable por lo depurada. En calidad de satírico, se celebra su composición en verso libre *El filosofastro*, de que daremos una muestra más adelante; pero su renombre lo adquirió para la historia por su significación como autor dramático. Sabido es que logró arrancar la comedia española de la bochornosa decadencia en que se encontraba con compositores como Comellas; y representa en nuestro teatro el triunfo de la escuela clásico-francesa, al propio tiempo que la restauración del buen gusto, el decoro y la discreción.—Los actores no se avinieron fácilmente á la nueva tendencia y estructura de las obras de Moratín, temiendo que el público las rechazaría por encontrarlas demasiado sencillas en su enredo, pudorosas en su intriga y apacibles en su desarrollo; y, con efecto, sólo tuvo mediano éxito su primera producción representada, titulada *El viejo y la niña*. Inmediatamente su segunda obra, en prosa, *El Café*,

alcanzó en cambio éxito extraordinario; *El Barón* y *La Mogigata* no consiguieron igual triunfo. En ésta el pensamiento está tomado de una obra de Calderón, y es notable por el estudio y contraste de los caracteres entre las dos mujeres principales, la devota, y la franca y sincera. Por último, *El sí de las niñas*, á pesar de su prosaismo y vulgaridad, consagró el nuevo camino en las aficiones despertadas en el público, debido indudablemente al influjo del autor. Dicha obra se representó 36 noches, cosa verdaderamente desusada á la sazón. Por último, tradujo y arregló *La escuela de los maridos* y *El médico á palos*, de Molière, que hoy mismo se ven con agrado. Su traducción del *Hamlet*, de Shakespeare, nunca llegó á estrenarse. En la crítica que hace de esta última obra Moratín, se retrata perfectamente con sus tremendos errores y sus grandes cualidades.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante
locuaz, declamador, á verme vino
en punto de las diez. Si de él te acuerdas,
sabrás que no tan sólo es importuno,
presumido, embrollón; sino que á tantas
gracias añade la de ser goloso,
más que el perro de Fílis. No te puedo
decir con cuántas indirectas frases
y tropos elegantes y floridos,
me pidió de almorzar. Cedí al encanto
de su elocuencia, y vieras conducida
del rústico gallego que me sirve,
ancha bandeja con tazón chinesco
rebosando de hirviente chocolate;
(ración cumplida para tres doctores
de Salamanca) y en cristal luciente,
agua que serenó barro de Andújar;
tierno y sabroso pan, mucha abundancia
de leves tortas y bizcochos duros,
que toda absorben la poción suave
de Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
mira la enferma res, que en solitario

bosque perdió el pastor, como el ayuno
huésped, el don que le presento opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
altos elogios hizo del fragante
aroma que la taza despedía,
del esponjoso pan, de los dorados
bollos, del plato, del mantel, del agua:
y empieza á devorar. Mas no presumas
que por eso calló: diserta y come,
engulle y grita, fatigando á un tiempo
estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin, en ronca voz;—¡Oh, edad nefanda;
vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupción!—exclama – y de camino
dos tortas se tragó.—¡Que á tanto llegue
nuestra depravación, y un placer solo
tantos afanes y dolor produzca
á la oprimida humanidad! Por este
sorbo llenamos de miseria y luto
la América infeliz, por él Europa,
la culta Europa, en el Oriente usurpa
vastas regiones; porque puso en ellas
naturaleza el cinamomo ardiente;
y para que más grato el gusto adule
este licor, en duros eslabones
hace gemir al atezado pueblo,
que en Africa compró, simple y desnudo.
¡Oh! ¡qué abominación!—dijo, y llorando
lágrimas de dolor, se echó de un golpe
cuanto en el hondo cangilón quedaba
....
..... No hay picarón tramposo,
venal, entremetido, disoluto,
infame delator, amigo falso,
que ya no ejerza autoridad censoria
en la Puerta del Sol, y allí gobierne
los Estados del mundo: las costumbres,
los ritos y las leyes mude y quite.

.... Claudio, todos
predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
¡Dichoso aquel que la practica y calla!

D. Diego. ¿Está usted desazonada?

D.ª Francisca. Alguna cosa.

D. Diego. ¿Qué siente usted? *(Siéntase junto á D.ª Francisca)*

D.ª Francisca. No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo, nada.

D. Diego. Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

D.ª Francisca. Sí, señor.

D Diego. Pues ¿por qué no hace usted más confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

D.ª Francisca. Ya lo sé.

D. Diego. ¿Pues cómo sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

D.ª Francisca. Porque eso mismo me obliga á callar.

D. Diego. Eso quiere decir qué tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

D.ª Francisca. No, señor, usted en nada me ha ofendido.. No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. Diego. Pues ¿de quién, hija mía?... Venga usted acá .. *(Acércase más.)* Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación. Dígame usted, ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnáncia este casamiento que se le propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

D.ª Francisca, Ni con otro.

D. Diego. ¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

D.ª Francisca. No, señor; no, señor.

D. Diego. Mírelo usted bien.

D.ª Francisca. ¿No le digo á usted que no?

D. Diego. ¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida más...

D.ª Francisca. Tampoco, no señor... Nunca he pensado así.

D. Diego. No tengo empeño en saber más... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apénas le reconozco? ¿Son éstas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

D.ª Francisca. Y ¿qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. Diego. ¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones; si apresuro las diligencias de nuestra unión; si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

D.ª Francisca. Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. Diego. ¿Y después, Paquita?

D.ª Francisca. Después... y mientras me dure la vida seré mujer de bien

D. Diego. Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

D.ª Francisca ¡Dichas para mí! Ya se acabaron.

D. Diego. ¿Por qué?

D.ª Francisca. Nunca diré por qué.

D. Diego. Pero ¡qué obstinado, qué imprudente silencio!... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

D.ª Francisca. Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. Diego. Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi mujer.

D.ª Francisca. Y daré gusto á mi madre.

D. Diego. Y vivirá usted infeliz.

D.ª Francisca. Ya lo sé.

D. Diego. He aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una pérfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruídas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se les permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten; con tal que finjan aborrecer lo que más desean; con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas: ¡y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo!

D.ª Francisca. Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

D. Diego. Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

D.ª Francisca. ¡Dios mío!

D. Diego. Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta. ¡Mire usted qué desorden éste! ¡qué agitación! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

D.ª Francisca. Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

D. Diego. Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura! en la situación dolorosa en que la veo? *(Asiéndola de las manos.)*

D.ª Francisca. ¿De veras?

D. Diego. Mal conoce usted mi corazón.

D.ª Francisca. Bien lo conozco.

(Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)

D. Diego. ¿Qué hace usted, niña?

D.ª Francisca. Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

D. Diego. Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que le tengo... Lo demás, todo ha sido... ¿qué sé yo? una equivocación mía, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

D. Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811). Nació en Gijón, estudió filosofía en Oviedo, y más tarde en Avila, Alcalá y Madrid, donde completó su educación y carrera de Derecho. Destinado á la Iglesia en un principio, renunció á la profesión eclesiástica obteniendo un cargo de la magistratura que sirvió en Sevilla diez años. Desempeñó en Madrid, entre otros, la plaza de Consejero de órdenes; y la caída de su amigo el conde de Cabarrús fué causa de que lo desterrasen á Asturias. Cambiadas las tendencias políticas, á los pocos años fué llamado á la corte para ocupar el Ministerio de Gracia y Justicia, de cuyo alto puesto cayó de nuevo, sufriendo esta vez, no sólo el destierro, sino larga prisión, como reo de Estado, en Mallorca, provocada por los manejos de la Inquisición y las intrigas cortesanas. En 1808, los sucesos de Aranjuez abrieron las puertas de su calabozo para trasladarlo á la Junta Central; y á la disolución de ésta, no pudo volver á su país á causa de la invasión napoleónica. —Es Jovellanos una de las personalidades más grandes de la historia nacional, no sólo bajo el punto de vista de escritor y literato, si que también por la elocuencia de sus razonamientos, la profundidad de sus reflexiones y la altura de sus ideas, representando por todo ello el modelo más acabado de nuestra prosa después de la transformación sufrida por el influjo francés. Educado en la literatura de la Enciclopedia transpirenáica, poseía vastísimos conocimientos en todos los órdenes del saber; filósofo é historiador á la par, no dejó de cultivar la poesía ni de aprender las ciencias prácticas y políticas para el gobierno de un Estado. Además reuníanse en tan insigne varón todas las virtudes públicas y particulares, exaltadas por un sentimiento de amor pátrio verdaderamente ejemplar. Jovellanos, pues, debe servir de modelo bajo todos respectos en la historia moderna.—Sus poesías reunidas bajo el título *Ocios juveniles*, demuestran que donde les falta inspiración brillan no obstante la corrección de forma y gra-

vedad é intensidad de pensamiento. Entre otras son recomendables aquellas de que más abajo copiamos trozos, y cuyos títulos enumeramos en el orden en que van insertos: *Canto guerrero á los asturianos, Al sol,* y la *Sátira á Arnesto sobre las costumbres corrompidas de la época,* que por la energía de la frase merece recomendarse muy especialmente. Como autor dramático escribió la tragedia *Munuza;* y por último, su famoso drama *El delicuente honrado.* En el respecto de hombre de ciencia, sus producciones se refieren, según apuntamos más arriba, á filología, política, legislación, humanidades, instrucción pública, industria, comercio y artes en general. Su principal obra es el admirable *Informe sobre la Ley agraria,* trabajo digno de verdadero estadista bajo el punto de vista filosófico y práctico á la vez, y en el cual las bellezas del estilo son tan estimables á veces como las de las ideas, y que termina con las palabras que copiamos más adelante.—En el himno siguiente se repite cada dos cuartetos el estribillo final.

.. ..

En Astúrias Pelayo alzó el trono
que Ildefonso afirmó vencedor;
la victoria ensanchó sus confines;
la victoria su fama extendió.
Trece reyes su imperio rigieron;
héroes mil rëalzaron su honor,
y engendraron los héroes que altivos
dieron gloria á Castilla y León.
Y hoy que viene un villano enemigo
libertad á robaros y honor,
¿en olvido pondréis tantas glorias?
¿sufriréis tan indigno baldón?
Menos fuerte que el fuerte romano,
más que el godo y el árabe atroz,
¿sufriréis que esclavice la patria,
que el valor de Pelayo libró?
No creáis invencibles ni bravos
en la lid á esos bárbaros, no:
sólo en artes malignas son fuertes,
sólo fuertes en dolo y traición.

Si en Bailén de sus águilas vieron
humillado el mentido esplendor,
de Valencia escaparon medrosos,
Zaragoza su fama infamó.
Alcañiz arrastró sus banderas,
el Alberche su sangre bebió,
ante el Tormes cayeron batidos,
y Aranjuez los llenó de pavor.
Fué la heroica Gerona su oprobio,
Llobregat reprimió su furor,
y las ondas y muros de Gades
sus sepulcros serán y baldón.
Y vosotros de Lena y Miranda,
no los vísteis huír con terror?
¿y no vísteis que en Grado y Doriga
su vil sangre los campos regó?
¿Pues quién hoy vuestra furia detiene?
¿pues quién pudo apagar vuestro ardor?
¿los que ayer eran flacos, cobardes,
serán fuertes, serán bravos hoy?
Cuando os pide el amor sacrificios,
cuando os pide venganza el honor,
¿cómo no arde la ira en los pechos?
¿quién los brazos nerviosos ató?
A las armas valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor,
que otra vez con sus huestes el corso
el solar de Pelayo manchó.
Corred, corred, briosos,
corred á la victoria,
y á nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Padre del universo,
autor del claro día,
brillante sol, á cuyos
influjos la infinita
turba de los vivientes
el ser debe y la vida:
tú, que rompiendo el seno
de la alba cristalina,
sales sobre el Oriente
á derramar el día,

por los profundos valles
y por las altas cimas;
de cuyo reluciente
curso las diamantinas
y voladoras ruedas,
con rapidez no vista
hienden el aire vago
de la región vacía;
en hora buena vengas
de luces matutinas,
de rayos coronado
y llamas nunca extintas,
á henchir las almas nuestras
de paz y de alegría.
La tenebrosa noche,
de fraudes, de perfidias
y dolos medianera,
se ausenta de tu vista,
y busca en los profundos
abismos su guarida.
El sueño perezoso,
las sombras, las mentidas
fantasmas y los sustos,
su horrenda comitiva,
se alejan de nosotros;
y en pos del claro día
el júbilo, el sosiego
y el gozo nos visitan.
Las horas transparentes
de clara luz vestidas
señalan nuestros gustos
y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
por elevadas cimas
rigiendo tus caballos
con las doradas bridas;
ó ya el luciente carro
con nuevo ardor dirijas
al reino austral, de donde
más luz y fuego vibras;
ó, en fin, precipitado
sobre las cristalinas
occíduas aguas caigas
con luz más blanda y tibia:
tu rostro refulgente,
tu ardor, tu luz divina,
del hombre serán siempre
consuelo y alegría.

¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte envuelto, con patillas
de tres pulgadas afeado el rostro,
magro, pálido y sucio, que al arrimo
de la esquina de enfrente nos acecha
con aire sesgo y baladí? Pues ese,
ese es un nono nieto del rey Chico.
Si el breve chupetín, las anchas bragas
y el albornoz, no sin primor terciado,
no te lo han dicho; si los mil botones
de filigrana berberisca, que andan
por los confines del jubón perdidos,
no lo gritan; la faja, el guadigeño,

el arpa, la bandurria y la guitarra
lo cantarán: no hay duda, el tiempo mismo
lo testifica. Atiende á sus blasones:
sobre el portón de su palacio ostenta,
grabado en berroqueña, un ancho escudo
de medias lunas y turbantes lleno.
Nácenle al pie las bombas y las balas
entre tambores, chuzos y banderas,
como en sombrío matorral los hongos.
....
El águila imperial con dos cabezas
se ve picando del morrión las plumas
allá en la cima; y de uno y otro lado,
á pesar de las puntas asomantes,
grifo y león rampantes le sostienen.
Ve aquí sus timbres; pero sigue, sube,
entra, y verás colgado en la antesala
el árbol gentilicio, ahumado y roto
en partes mil; empero de sus ramas,
cual suele el fruto en la pomposa higuera,
sombreros penden, mitras y bastones.
En procesión aquí y allí caminan
en sendos cuadros los ilustres deudos,
por hábil brocha al vivo retratados.
¡Qué gregüescos! ¡qué caras! ¡qué bigotes!
El polvo y telarañas son los gajes
de su vejez. ¿Qué más? hasta los duros
sillones moscovitas y el chinesco
escritorio, con ámbar perfumado,
en otro tiempo de marfil y nácar
sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
la ancianidad de su solar pregonan.
Tal es, tan rancia y tan sin par su alcurnia,
que aunque embozado y en castaña el pelo,
nada les debe á Ponces y Guzmanes.
No los aprecia, tiénese en más que ellos,
y vive así. Sus dedos y sus labios,
del humo del cigarro encallecidos,
índice son de su crianza. Nunca
pasó del *b*, *a* : *ba*. Nunca sus viajes

más allá de Getafe se extendieron:
fué antaño allá por ver unos novillos
junto con Pacotrigo y la Caramba;
por señas, que volvió ya con estrellas,
beodo por demás, y durmió al raso.
. . . . . .
¿Y es este un noble, Arnesto? ¿Aquí se cifran
los timbres y blasones? ¿De qué sirve
la clase ilustre, una alta descendencia,
sin la virtud? Los nombres venerados
de Laras, Tellos, Haros y Girones,
¿qué se hicieron? ¿qué ingenio ha deslucido
la fama de sus triunfos? ¿son sus nietos
á quienes fía su defensa el trono?
¿Es ésta la nobleza de Castilla?
¿es éste el brazo, un día tan temido,
en quien cifraba el castellano pueblo
su libertad? ¡Oh vilipendio! ¡Oh siglo!
Faltó el apoyo de las leyes; todo
se precipita; el más humilde cieno
fermenta, y brota espíritus altivos,
que hasta los tronos del Olimpo se alzan.
¿Qué importa? Venga denonada, venga
la humilde plebe en irrupción, y usurpe
lustre, nobleza, títulos y honores.
Sea todo infame behetría; no haya
clases ni estados. Si la virtud sola
les puede ser antemural y escudo,
todo sin ella acabe y se confunda.

Dígnese, pues, Vuestra Alteza de derogar de un golpe las bárbaras leyes que condenan á perpetua esterilidad tantas tierras comunes; las que exponen la propiedad particular al cebo de la codicia y de la ociosidad; las que, prefiriendo las ovejas á los hombres, han cuidado más de las lanas que los visten que de los granos que los alimentan; las que estancando la propiedad privada en las eternas manos de pocos cuerpos y familias poderosas, encarecen la propiedad libre y sus productos, y alejan de ella los capitales y la industria de la nación;

las que obran el mismo efecto encadenando la libre contratación de los frutos, y las que, gravándolos directamente en su consumo, reunen todos los grados de funesta influencia de todas las demás. Instruya Vuestra Alteza la clase propietaria en aquellos útiles conocimientos sobre que se apoya la prosperidad de los Estados, y perfeccione en la clase laboriosa el instrumento de su instrucción, para que pueda derivar alguna luz de las investigaciones de los sabios. Por último, luche Vuestra Alteza con la naturaleza, y si puede decirse así, oblíguela á ayudar los esfuerzos del interés individual, ó por lo menos, á no frustrarlos. Así es como Vuestra Alteza podrá coronar la grande empresa en que trabaja tanto tiempo ha; así es como corresponderá á la expectación pública, y como llenará aquella íntima y preciosa confianza que la nación tiene y ha tenido siempre en su celo y su sabiduría; y así es, en fin, como la Sociedad, después de haber meditado profundamente esta materia, después de haberla reducido á un solo principio tan sencillo como luminoso, después de haber presentado con la nueva confianza que es propia de su instituto, todas las grandes verdades que abraza, podrá tener la gloria de cooperar con Vuestra Alteza al restablecimiento de la Agricultura y á la prosperidad general del Estado y de sus miembros.

Leccion 35

D. Juan Melendez Valdés (1754-1817). Rivera del Fresno es su país natal. En Madrid, Segovia y Salamanca siguió estudios; y protegido por Jovellanos, obtuvo cargos en la magistratura. Adherido al nuevo Gobierno del Rey José, al caer Bonaparte, emigró, muriendo en Montpeller.—Es de los poetas de más fama del siglo XVIII, y entre cuyos méritos se cuenta el de haber purificado la lengua, restituyendo la poesía á su antiguo brillo, por lo que fué llamado «restaurador del Parnaso español». Todo este prestigio de sus contemporáneos no se ha mantenido hasta el día, puesto que, cambiado el gusto moderno, resulta un tanto dulzón y de poca fibra, no siendo quizás su inspiración tan sincera como se requiere en los tiempos presentes. Acaso un exceso de fecundidad le llevara á escribir trabajos indignos de pasar á la historia. El género en donde parece maestro es la bucólica, que en el siglo pasado se renovó tratando de volver á resucitar en nuestra lírica los tiempos de Garcilaso: gusto tan artificial en aquel siglo como en éste. Esto aparte, nadie podrá negarle cierta

ternura de sentimiento y cierta delicadeza en la expresión de los mismos. En sus letrillas y anacreónticas alcanza también laureles merecidos, como se verá por los dos ejemplos de una y otra clase que van á continuación:

Bebamos, bebamos
del suave licor,
cantando beodos
á Baco y no á Amor.
Amigos, bebamos,
y en dulce alegría
perdamos el día:
la copa empinad.
¿En qué nos paramos?
la ronda empecemos
y á un tiempo brindemos
por nuestra amistad.
¡Oh, qué bien que sabe!
otro vaso venga:
cada cual sostenga
su parte en beber.
Y quien quiera alabe
de Amor el destino;
yo tengo en el vino
todo mi placer.
¡Oh vino precioso!
¡Cómo estás riendo,
saltando, bullendo!
¿Quién no te amará?
Tu olor delicioso,
color sonrosado,
sabor delicado,
qué no rendirá?
Bebamos, bebamos,
del suave licor, etc.

Tras una mariposa,
cual zagalejo simple,
corriendo por el valle,
la senda á perder vine.
Recostéme cansado,
y un sueño tan felice
me asaltó, que aún gozoso
mi labio lo repite.
Cual otros dos zagales
de belleza increíble,
Baco y Amor se llegan
á mí con paso libre;
Amor un dulce tiro,
riendo, me despide,
y entrambas sienes Baco
de pámpanos me ciñe.
Besáronme en la boca
después, y así apacibles,
con voz muy más suave
que el céfiro, me dicen:
«Tú de las roncas armas
ni oirás el són terrible,
ni en mal seguro leño
bramar las crudas sirtes.
»La paz y los amores
te harán, Batilo, insigne;
y de Cupido y Baco
serás el blando cisne.»

D. José Cadahalso (1741-1782). Nacido en Cádiz, educado en París, después de recorrer varios países de Europa, ascendió

hasta muy alta graduación en el ejército, asistiendo al sitio de Gibraltar, donde falleció. Amigo de Moratín, no merecería, sin embargo, puesto distinguido en la poesía de este tiempo á no haber colaborado con él en el restablecimiento de la pureza de nuestra literatura.— Imitó al inglés Young en sus *Noches lúgubres*, que no es una de sus mejores composiciones. Más estimables son sus poesías ligeras, aunque en todas hay falta de verdad y sobra de artificio. Entre sus sátiras, *Los eruditos á la violeta*, en que se dan reglas para aprender todos los conocimientos humanos en una semana, es citada con elogio. Ejemplo de una de sus conocidas anacreónticas:

Unos pasan, amigo,
estas noches de Enero
junto al balcón de Cloris,
con lluvia, nieve y hielo;
otros la pica al hombro,
sobre murallas puestos,
hambrientos y desnudos,
pero de gloria llenos;
otros al campo raso,
las distancias midiendo
que hay de Venus á Marte,
que hay de Mercurio á Vénus;
otros en el recinto
de lúgubre aposento,
de Newton ó Descartes
los libros revolviendo;
otros contando ansiosos
sus mal habidos pesos
atando y desatando
los antiguos talegos.
Pero acá las pasamos
junto al rincón del fuego,
asando unas castañas,
ardiendo un tronco entero,
hablando de las viñas,
contando alegres cuentos,
bebiendo grandes copas,
comiendo buenos quesos;
y á fe que de este modo
no nos importa un bledo
cuanto enloquece á muchos,
que serían muy cuerdos
si hicieran en la corte
lo que en la aldea hacemos.

El Conde de Noroña (1770-1815). Este ilustre hijo de Castellón, aguerrido militar y diplomático, después del sitio de Gibraltar llegó al generalato al cabo de sus victorias en la guerra de la Independencia.—Sus tareas en las armas y en las cortes de Inglaterra y San Petersburgo no le impidieron el cultivo de las musas, dejando escrita una tragedia en verso *Madama González*, dos comedias en prosa, un poema, muchas poesías y algún trabajo de crítica. La importancia del Conde de Noroña es debida

singularmente á que tradujo del inglés á nuestra lengua poesías árabes, persas y turcas, que con el nombre de *Asiáticas* vieron la luz primeramente en París muchos años después de su muerte. Para conocimiento de su estilo y como prueba de cómo un bravo militar se hallaba influído de las teorías filantrópicas de su tiempo, damos á continuación una tirada de sus versos libres *contra la guerra*, en donde se prueba también el prosaismo que palpitaba en sus mejor pensadas que sentidas composiciones.

Cuando miro, Fernando, congregadas
las huestes sobre el llano; que tremolan
las bélicas banderas; que el infante
aprieta en la robusta mano el arma;
que el jinete impaciente arde y suspira
por aflojar la rienda al bridón suelto,
que tascando el bocado se consume,
y que, por otra parte, los cañones
estremecen los montes convecinos;
cuando veo, por fin, saltar ligera
á la muerte feroz sobre su carro,
y resonar sus ruedas pavorosas
sobre nuestras cabezas, arrastrando
tras sí sus espantosos compañeros,
el pálido Temor, la no saciable
mortandad, los relámpagos, el trueno;
y que, empuñando en la derecha el hierro,
y el fuego en la otra mano, se salpica
el eje con la sangre de los hombres,
y su carro se cubre de ceniza
de las obras y esfuerzos de las artes,
que el tiempo mismo respetado había:
cuando encuentro á la Guerra en sus estragos,
cuando contemplo á César coronado
de sangrientos laureles, y que el triunfo
de Aníbal, de Scipión, del grande Tito,
sobre fuego, sobre humo, sobre nada
se eleva y engrandece: me enardezco
y de lo hondo del pecho saco fuera
estas palabras, en furor envueltas:

«¡Maldito una y mil veces el primero
que, destrozando las sagradas leyes
de la naturaleza, quiso, osado,
elevar su cabeza con orgullo,
sobre todos los otros sus iguales;
y, deshaciendo los estrechos lazos
con que estaban los hombres reünídos,
dió á la Discordia entrada, y á la Guerra
revistió con el traje de la Gloria,
para que, deslumbrados los mortales,
por diosa del honor la diesen culto!
¡Maldito, digo, quien así del orbe
desterró para siempre la Paz dulce;
la Paz, único bien que el hombre debe
estrechar en su seno y con su boca
cubrir de ardientes amorosos besos!
¡Maldito, vuelvo á repetir airado,
su nombre horrible! ¡para siempre sea
cubierto de ignominia, ó confundido
en los abismos hondos del Averno!»

D. Nicasio Álvarez Cienfuegos (1764-1809). Educado en Salamanca, la amistad de Meléndez y de otros literatos de la generación de verdaderos patriotas, amantes de la cultura nacional y del progreso, que, aparte de la conquista, traían las armas de Napoleón, fué hombre de temple extraordinario, y de alma apasionada por lo bueno y por lo bello, aunque como escritor y como poeta no pueda tener timbres tan superiores como los de sus virtudes cívicas. A veces resulta afectado y ampuloso, pero siempre late bajo formas en ocasiones incorrectas, una grande hermosura de ideas nobles y de generosos sentimientos. Cultivó todos los géneros de moda en su tiempo (incluso la tragedia), y entre sus composiciones pasa por una de las superiores su oda *A la paz* entre España y Francia en 1795; pero por tener un corte más original, copiamos algunas estrofas de su *Canto fúnebre*.

CORO DE DONCELLAS

¿Dónde está nuestra gloria,
oh hijos de Ismael? El marchitado
lauro romped que un día
os ciñó la victoria
esclava de Almanzor. ¡Infortunado!
¡Le holló la muerte impía!
Venid, y de ciprés la sien orlada,
en lágrimas regad su tumba helada

CORO DE MANCEBOS

Cubrid entristecidas,
¡oh hijas de Ismael! vuestra hermosura
de dolor y de muerte;
¡ay, ay! ya orfanecidas,
vuestras trenzas cortad, y sin ventura
llorad al grande, al fuerte,
al que héroe entre los héroes relucía,
como en el cielo el luminar del día.

AMBOS COROS

El cedro, que orgulloso
alza á las nubes la pomposa frente,
cae, y braman temblando,
al caer estruendoso,
las selvas; y á los cielos, inocente,
pide el pastor llorando
su sombra. ¡Oh Almanzor, cedro caído!
tu sombra paternal hemos perdido.

. . . . . .

D. Vicente García de la Huerta (1734-1787). La importancia del hijo de Extremadura estriba muy principalmente en haber sido el campeón de la escuela antigua genuínamente española enfrente de la restauración francesa que pusieron en boga todos los talentos de primer orden del siglo XVIII, y con razón. De ilustración muy mediana, aunque académico de las tres altas Corporaciones, su talento suplió sin embargo allí donde sus conocimientos no alcanzaban. Fué el enemigo irreconciliable de los

innovadores, maltratándolos públicamente en la prensa; pero al fin y á la postre influído, bien á su pesar, del gusto moderno, él, que como poeta había figurado entre los de forma rotunda y armoniosa al estilo antiguo, sucumbió á escribir su tragedia *Raquel* (basada en la tradición amorosa de Alfonso VIII con la judía de Toledo), logrando en esta obra que ya que sus adversarios lo vencían por la escuela, él saliera victorioso de todos como poeta muy superior á sus enemigos. He aquí el trozo de la escena en que uno de los personajes, hablando en nombre de los soldados, expone sus quejas al rey:

Pero cómo han de estar, sino marchitos,
campos á quienes niega el Sol sus rayos,
jardines que descuida el jardinero,
flor que no riega diligente mano?
Los campos del imperio de Castilla
del valeroso Alfonso abandonados
sólo espinas producen y venenos,
que ofenden y atosigan sus vasallos.
Raquel... Permite, Alfonso, que la nombre,
y si te pareciere desacato
que quejas de Raquel se te repitan,
pague mi cuello culpas de mi labio.
Raquel (vuelvo á decir) no solamente
el reino tiraniza castellano;
no sólo de los ricos hombres triunfa,
no sólo el pueblo tiene esclavizado,
no sólo ensalza viles idumeos,
no sólo menoscaba tus erarios,
no sólo con tributos nos aqueja,
sino que (lo que es más) de Alfonso octavo
el alma y los sentidos de tal suerte
domina y avasalla, que postrado
oscuramente yace en su ignominia
siendo mofa de propios y de extraños.
Ya no conquista Alfonso: ya no vence:
ya no es Alfonso rey: aprisionado
le tiene, entre sus brazos, una hebrea;
¿pues cómo ha de ser rey el que es esclavo?

¿Esto los timbres son de tus victorias?
¿Este el fin de tus triunfos y tus lauros?
¿De este modo coronas tus hazañas?
¿Para esto de la fama al metal claro
diste gloriosa voz con tus proezas?
¿Para esto al noble esfuerzo de tu brazo
venciste reyes, conquistaste imperios?
Sí: para que Raquel atropellando
tus glorias, tus hazañas, tus conquistas,
tus timbres adquiridos y heredados
oscureciese Alfonso tu memoria
deshonrase tu nombre y tu reinado!

Leccion 36

D. José Iglesias de la Casa (1748-1791). Hijo de Salamanca, en aquella Universidad cursó Humanidades y Teología, haciéndose presbítero. De la época en que todavía no se había ordenado son su mejores composiciones festivas, que le han dado renombre; y ya de clérigo, intentó, géneros á su parecer más en consonancia con su nuevo estado, no siendo tan feliz en el desempeño de semejante tarea en la última fase de su vida por carecer de la frescura, espíritu picante y espontaneidad que sobresalían en las primeras y picarescas. Daremos aquí una de sus letrillas:

¿Ves aquel seor graduado,
roja borla, blanco guante,
que, *nemine discrepante*,
fué en Salamanca aprobado?
pues, con su borla, su grado,
cátedra, renta y dinero,
es un grande majadero.

¿Ves servido un señorón
de pajes en real carroza,
que un rico título goza
porque acertó á ser varón?
pues con su casa, blasón,
título, coche y cochero,
es un grande majadero.

¿Ves al jefe blasonando
que tiene el cuerpo cosido
de heridas que ha recibido
allá en Flandes batallando?
pues con su escuadrón, su mando,
su honor, heridas y acero,
es un grande majadero.

¿Ves al juez con fiera cara
en su tribunal sentado,
condenando al desdichado
reo que en sus manos pára?
pues con sus ministros, vara,
audiencia y juicio severo,
es un grande majadero.

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

¿Ves al que esta satirilla
escribe con tal denuedo,
que no cede ni á Quevedo,
ni á otro ninguno en Castilla?
pues con su vena, letrilla,
pluma, papel y tintero,
es mucho más majadero.
....

Fray Diego González (1733-1797). Agustino, predicador excelente, cursó carrera en Madrid y Salamanca, y es legítima gloria de Ciudad-Rodrigo.—Por su temperamento, siguió las huellas de Fray Luís de León, y como pureza en el lenguaje y suavidad en el concepto, merece puesto distinguido. Amigo de Jovellanos y de los demás escritores de nota contemporáneos suyos, compuso muchas poesías profanas, en el sentido y gusto neo-clásicos. En el género sagrado, vertió algunos salmos, y no dejó de producir algo también y bueno en la musa festiva.—Entre lo más notable, se cita *El murciélago alevoso.*—Para ver sus variadas dotes, trasladamos más abajo las décimas *A una señora,* que se quejaba de que hubiesen tratado á otra antes que á ella; el soneto *A un mal orador sagrado,* y algunas estrofas, y el epitafio de la «oda invectiva», primeramente nombrada.

Si un caminante penára
de sed, y junto al camino,
por acaso peregrino
una fuentecilla hallára,
y no siendo la más clara
el agua, bebiera aquí,
aunque no lejos de allí
otra mejor agua hubiera,
¿extrañáras que bebiera?
pues esto me pasa á mí.

Si un infeliz naufragára,
y á una tabla que encontrase,
gustoso la mano echase
y así la vida salvára;
¿hubiera quien lo extrañára,
ni juzgára frenesí
porque tal vez por allí
pasar un barco pudiera
que al puerto le condujera?
pues esto me pasa á mí.

Yo soy aquel caminante
á quien la sed desalienta,
y en amorosa tormenta
soy infeliz naufragante.
Ya os he dicho lo bastante
en comparaciones dos:
hablad, Señora, por Dios,
que ese silencio me abrasa;
eso es lo que á mí me pasa,
decid lo que os pasa á vos.

Botijo con bonete clerical,
que viertes la doctrina á borbollón,
falto de voz, de afectos, de emoción;
lleno de furia, ardor y odio fatal.
La cólera y despique por igual
dividen en dos partes tu sermón,
que, por tosco, punzante y sin sazón,
debieras predicárselo á un zarzal.
¿Qué prendas de orador en tí se ven?
zazoso acento, gesto pastoril,
el metal de la voz cual de sartén,
Tono uniforme cual de tamboril:
para *orador* te faltan más de cien;
para *arador* te sobran más de mil.

Estaba Mirta bella
cierta noche formando en su aposento,
con gracioso talento,
una tierna canción; y porque en ella
satisfacer á Delio meditaba,
que de su fe dudaba,
con vehemente expresion le encarecía
el fuego que en su casto pecho ardía.
Y estando divertida,
un murciélago fiero, ¡suerte insana!
entró por la ventana.
Mirta dejó la pluma, sorprendida,
temió, gimió, dió voces, vino gente;
y al querer diligente
ocultar la canción, los versos bellos
de borrones llenó por recogellos.
Y Delio, noticioso
del caso que en su daño había pasado,
justamente enojado
con el fiero murciélago alevoso,
que había la canción interrumpido
y á su Mirta afligido,
en cólera y furor se consumía,
y así al ave funesta maldecía:

«¡Oh monstrode ave y bruto,
que cifras lo peor de bruto y ave,
visión nocturna grave,
nuevo horror de las sombras, nuevoluto;
de la luz enemigo declarado,
nuncio desventurado
de la tiniebla y de la noche fría,
¿qué tienes tú que hacer donde está el día?
. . . . . .

»Y acuda á tus chillidos
el muchacho, y convoque á sus iguales,
que con los animales
suelen ser comúnmente desabridos:
que á todos nos dotó naturaleza
de entrañas de fiereza,
hasta que ya la edad ó la cultura
nos dan humanidad y más cordura.
. . . . . .

»Y todos bien armados
de piedras, de navajas, de aguijones,
de clavos, de punzones,
de palos por los cabos afilados
(de diversión y fiesta ya rendidos),
te embistán atrevidos,
y te quiten la vida con presteza,
consumando en el modo su fiereza.

»Te puncen y te sajen,
te tundan, te golpéen, te martillen,
te piquen, te acribillen,
te dividan, te corten y te rajen,
te desmiembren, te partan, te degüellen,
te hiendan, te desuellen,
te estrujen, te aporréen, te magullen,
te deshagan, confundan y aturrullen.

»Y las supersticiones,
de las viejas creyendo realidades,
por ver curiosidades
en tu sangre humedezcan algodones,
para encenderlos en la noche oscura,
creyendo sin cordura

que verán en el aire culebrinas
y otras tristes visiones peregrinas.

. . . . . .

«Aquí yace el murciélago alevoso
que al sol horrorizó y ahuyentó el día.
De pueril saña triunfo lastimoso,
con cruel muerte pagó su alevosía.
No sigas, caminante, presuroso,
hasta decir sobre esta losa fría:
acontezca tal fin y tal estrella
á aquel que mal hiciera á Mirta bella.»

D. Tomás de Iriarte (1750-1791). El fabulista, hijo de Tenerife, amante de la música al par que de la poesía, era uno de los concurrentes á aquella renombrada moratinesca tertulia de San Sebastián.—Aliado á la nueva escuela, tradujo de antiguos y modernos gran número de composiciones; y sus obras de controversia, en la época de lucha en que vivió, prueban sus cualidades personales y buen sentido.—Dedicó un poema á la música, y á su amigo Cadahalso, la traducción del «Arte poética», de Horacio. Sirvió en la Secretaría de Estado, como intérprete, y se distinguió, sobre todo, en la fábula. Exageradamente original, se complacía en usar metros extrambóticos; y el principal defecto que se le atribuye es el prosaismo, poniendo en rima los asuntos más vulgares y expresándolos de un modo tan trivial, que todo aparece en ellos menos poesía. A decir verdad, este lunar no sólo es suyo, sino que participan de él, más ó menos, la mayoría de los tertulianos de San Sebastián. No por ello falta gracia y facilidad á la versificación de Iriarte, ni pureza al lenguaje, ni vis cómica en los conceptos vertidos en extraordinaria variedad de medidas.—Copiaremos aquí de sus «literarias», sucesivamente, sus fábulas *La ardilla y el caballo*, *La compra del asno*, *El gusano de seda y la araña*, y su soneto epigramático, *Levántome á las mil:*

Mirando estaba una ardilla
á un generoso alazán
que dócil á espuela y rienda,
se adiestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
tan veloces y á compás,

de aquesta suerte le dijo
con muy poca cortedad:
«Señor mío,
de ese brío,
ligereza
y destreza
no me espanto,
que otro tanto
suelo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
soy activa,
me meneo,
me paseo,
yo trabajo,
subo y bajo,
no me estoy quieta jamás.»
El paso detiene entonces
el buen potro, y muy formal,
en los términos siguientes
respuesta á la ardilla da:
«Tantas idas
y venidas,
tantas vueltas
y revueltas
(quiero, amiga,
que me diga)
¿son de alguna utilidad?
Yo me afano,
mas no en vano;
sé mi oficio,
y en servicio
de mi dueño
tengo empeño
de lucir mi habilidad.»
Con que algunos escritores
ardillas también serán
si en obras frívolas gastan
todo el calor natural.

Ayer por mi calle
pasaba un borrico,
el más adornado
que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
eran nuevecitos,
con flecos de seda
rojos y amarillos.
Borlas y penacho
llevaba el pollino,
lazos, cascabeles
y otros atavíos;
y hechos á tijera,
con arte prolijo,
en pescuezo y anca
dibujos muy lindos.
Parece que el dueño,
que es, según me han dicho,
un chalán gitano
de los más ladinos,
vendió aquella alhaja
á un hombre sencillo;
y añaden que al pobre
le costó un sentido.
Volviendo á su casa,
mostró á sus vecinos
la famosa compra,
y uno de ellos dijo:
«Veamos, compadre,
si este animalito
tiene tan buen cuerpo
como buen vestido.»
Empezó á quitarle
todos los aliños,
y bajo la albarda,
al primer registro,

le hallaron el lomo
asaz malferido,
con seis mataduras
y tres lobanillos,
amén de dos grietas,
y untumor antiguo,
que bajo la cincha
estaba escondido.
«Burro (dijo el hombre)
más que el burro mismo
soy yo, que me pago
de adornos postizos.»
A fe que este lance
no echaré en olvido,
pues viene de molde
á un amigo mío,
el cual á buen precio
ha comprado un libro,
bien encuadernado,
que no vale un pito.

Trabajando un gusano su capullo,
la araña, que tejía á toda prisa,
de esta suerte le habló con falsa risa,
muy propia de su orgullo:
«¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
esta mañana la empecé temprano,
y ya estará acabada al mediodía.
Mire qué sútil es, mire que bella...»
El gusano con sorna respondía:
«Usted tiene razón: así sale ella.»

Levántome á las mil, como quien soy;
me lavo. Que me vengan á afeitar,
traigan el chocolate, y á peinar.
Un libro... Ya leí... Basta por hoy.
Si me buscan, que digan que no estoy...
polvos... venga el vestido verdemar...
¿si estará ya la misa en el altar?...
¿Han puesto la berlina?... Pues me voy.
Hice ya tres visitas; á comer...
traigan barajas: ya jugué. Perdí.
Pongan el tiro. Al campo, y á correr...
Ya doña Eulalia esperará por mí...
dió la una. A cenar y á recoger.
—¿Y es éste un racional?...—Dicen que sí.

D. Félix María Samaniego (1754-1801). No se conservan del popular riojano todas sus composiciones, porque antes de su fallecimiento hizo quemar durante su enfermedad gran número de ellas.—Educado en Francia é influído por las ideas que de allá tomaron gran auge entre nosotros, fué uno de los celosos miembros de la primera Sociedad de Amigos del País. La tendencia de sus fábulas, dedicadas á la infancia, más responden á un deseo pedagógico que á un fin verdaderamente poético. En la primera colección de las mismas, se contienen 90 originales, y el resto, hasta 147, tomadas de Esopo, Fedro, La Fontaine, Gay y de fabulistas orientales. Quizá no son tan correctas bajo el punto de vista estrictamente literario como las de Iriarte; pero en cambio son mucho más naturales y sencillas, y como producto más espontáneo y de superior numen poético. Las de aquél, por lo general, como es sabido, son fábulas de sátira literaria, y las de éste, más dedicadas á la censura de vicios sociales; por lo cual, su fama ha llegado á ser mayor que la de Iriarte. A continuación van algunos ejemplos: 1.° *El lobo y la oveja;* 2.° *Los gatos escrupulosos,* y 3.° *El zagal y las ovejas:*

Cruzando montes y trepando cerros,
aquí mato, allí robo,
andaba cierto lobo,
hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
fué de sus enemigos cruelmente;
quedó con vida milagrosamente,
mas inválido, al fin, y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia,
el hambre al mismo tiempo le afligía;
pero como cazar aún no podía,
con las hierbas hacía penitencia.
Una oveja pasaba, y él le dice:
—Amiga, ven acá, llega al momento;
enfermo estoy y muero de sediento;
socorre con el agua á este infelice.—
—¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
le responde la oveja recelosa;

dime, pues, una cosa:
¿sin duda que será para enjuagarte,
limpiar bien el garguero,
abrir el apetito
y tragarme después como á un pollito?
anda que te conozco, marrullero.—
Así dijo y se fué; si no, la mata.
¡Cuánto importa saber con quién se trata!

¡Qué dolor! por un descuído
Micifuf y Zapirón
se comieron un capón,
en un asador metido.
Después de haberse lamido,
trataron en conferencia
si obrarían con prudencia
en comerse el asador.
¿Le comieron? No, señor,
¡era caso de conciencia!

Apacentando un joven su ganado,
gritó desde la cima de un collado:
«¡Favor, que viene el lobo, labradores!»
Estos, abandonando sus labores,
acuden prontamente,
y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve á clamar, y temen la desgracia;
segunda vez los burla. ¡Linda gracia!
Pero, ¿qué sucedió la vez tercera?
que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entónces el zagal se desgañita,
y por más que patea, llora y grita
no se mueve la gente escarmentada,
y el lobo le devora la manada.
¡Cuántas veces resulta de un engaño
contra el engañador el mayor daño!

Antes hemos hablado del autor dramático que, cultivando la tragedia, llegó á mayor renombre en este siglo (Huerta), y nos toca hablar ahora de una de las personalidades más eminentes de nuestra literatura, no sólo en este siglo, sino en todos, y que

acaso debe figurar al lado de los verdaderos genios, aunque por el género que cultivaba y de que en realidad es creador, quiera alguno discutirle los laureles de tan alta jerarquía. Queremos hablar de **D. Ramón de la Cruz** (1731-1795). Unía el simpático madrileño á la reflexión sesuda y mesurada propia de quien como él regentaba una cátedra de Filosofía, la gracia socarrona y la intuición rapidísima del pensador práctico, al estilo en que pudieran serlo Cervantes y Quevedo.— Hay quien ha desdeñado el «sainete» como pieza ligera y sin importancia en el teatro. Pero si se considera en primer lugar que D. Ramón resucitaba las primeras obra de Lope de Rueda y del autor del «Quijote», creadores de nuestra escena; si por otra parte se medita sobre el «humorismo» que encierra esta clase de producciones, en donde al mismo tiempo que sale á borbotones la carcajada á nuestros labios llega hasta el fondo del corazón algo tierno que conmueve las fibras más sensibles, y que no sin pena y bien á nuestro pesar, reímos de la escena presenciada; si, en una palabra, se dá al sainete la verdadera trascendencia que encierra, no contentándonos con considerarlo como juguete de mero recreo, sino que al ser copia viva y exacta de la realidad pintando las costumbres populares, lleva en el fondo la amargura de la reflexión filosófica y la censura satírica, como moraleja del buen sentido; teniendo todo esto en cuenta, repetimos, dicho género merece toda clase de alabanzas, y el autor que lo ha vivificado y creado en el siglo XVIII toda especie también de aplauso y galardón. Así es D. Ramón de la Cruz: sencillo, caritativo, bondadoso, hábil en la intención picaresca, seguro en la fotografía de los caracteres, gracioso en la presentación de los tipos, ingenioso en el juego escénico rudimentario propio de esta clase de piezas ligeras, y maestro, en fin, de la pintura moral y material de la sociedad en que vive, compuesta de «lechuguinos», «petimetras», majos, manolas y chisperos. Se le ha censurado por escasa ciencia, por mal gusto, y hasta por falta de corrección; pero de todos modos, si son verdad esos defectos, pueden atribuirse asimismo á escritores tan de primera talla como el propio Lope; además, que fecundo como él, es sabido que van unidas la incorrección con la facilidad en producir.

Más de trescientas obras escribió este príncipe de la escena cómica, que ha dejado tras de sí la semilla del sainete para el futuro en el teatro español, donde cada día se renueva, y donde será perpetua la existencia del mismo.—No por dedicarse especialmente á este ligero género menor, dejó de ensayarse, á veces con maestría, en obras serias.—Cítanse, como modelos de sus sainetes, *Las Castañeras picadas*, *El Rastro por las mañanas*, y *El Muñuelo*.—La mayor parte de sus piezas están escritas en verso de arte menor; pero también emplea los endecasílabos como si tratase de dar altisonancia á las escenas más vulgares y jocosas, en forma de parodia trágico-burlesca. —De esta clase copiamos algo de una escena del último sainete citado, y de otra de *Las Castañeras*, que aún se representa:

Z. y M..... —Sea para bien, Pizpierno.
PIZPIERNO— ¡Mudo! ¡Zaque!
mis ilustres antiguos camaradas,
dadme muchos abrazos, y decidme
cómo va de salud, bolsillo y majas.
MUDO..... —*(Con desdén.)* Yo así, así.
ZAQUE..... — Yo tan gordo como siempre.
PIZPIERNO —¿Y cómo va el oficio?
ZAQUE..... — No se gana
para fumar. Tú sí que vienes güeno.
PIZPIERNO —No hay en el mundo tierra más templada
que el Africa.
ZAQUE..... — ¿Y el pan?
PIZPIERNO— Güeno, aunque poco;
que allí está en todo su vigor la tasa.
ZAQUE..... —¿Y Roñas?
PIZPIERNO— Entre tanto que yo vengo
á darle dos abrazos á mi hermana,
ha ido á ver á la suya y prevenirla
de que luego iré yo á congratularla
y á que me congratule, mientras tanto
que los trenes de boda se preparan.
MUDO..... —¡Oh golpe de fortuna!

PIZPIERNO— Amigo Mudo,
¿qué espamientos son esos?
ZAQUE.....— Calla, calla:
y no sea correo tu semblante
de tal noticia.
PIZPIERNO— ¿Qué noticia?
ZAQUE.....— ¡Mala!
no, no me la preguntes. Me atraganto...
me da hipo de sólo imaginarla.
PIZPIERNO—¿Por qué tú te estremeces, y á este otro
el cuerpo se le encoge y se le alarga
dende que aquí me vió? ¿Estoy acaso
sentenciado á segundas caravanas?
¡Hablad claro!
MUDO.....— ¡Ojalá!
ZAQUE.....— ¡Menos mal fuera!
PIZPIERNO—¿Pero qué es ello?
ZAQUE.....— ¡Es cosa muy amarga
dar un amigo á otro un trabucazo!
PIZPIERNO—Peor es darle una purga que no alcanza
para hacer el efecto que es corriente,
y le corrompe á un hombre las entrañas.
Dilo.
ZAQUE.....— Es contra tu honor.
PIZPIERNO— Eso es lo menos.
ZAQUE.....—Que...
PIZPIERNO— Dí.
ZAQUE.....— A tu novia encuentras azotada.
PIZPIERNO—¿A la señora Pepa?
MUDO.....— A la señora
Pepa, tu dulce esposa idolatrada.
PIZPIERNO—¿Y cómo?
ZAQUE.....— Con la mano.
PIZPIERNO— ¿Y dónde?
ZAQUE.....— ¡Harto!
harto te he dicho ya; rúmialo y basta!
PIZPIERNO—¿Y quién fué la infelice criatura,
¡hecho veneno estoy! que puso osada
la fuerte mano sobre cosa mía?

MUDO.....—¡Según dijo la novia, no es muy blanda!
PIZPIERNO—Aunque vuelva á presillo otros diez años,
se la voy á cortar. ¿Quién fué? *(Saca un cuchillo.)*
ZAQUE.....— Tu hermana.
PIZPIERNO—¿La Curra fué?
ZAQUE.....— La Curra.
PIZPIERNO— ¡Qué contraste
siente mi corazón, y qué batalla
de afectos divididos! De aquí tira
el amor, de aquí afloja y me desarma
la sangre el brazo: la naturaleza
medita compasión; amor, venganza...
Estoy borracho.
ZAQUE..... No te precipites.
PIZPIERNO—Te aseguro que poco me faltaba;
mas valga la prudencia, y entre tanto
envainemos.
MUDO.....— Lo propio hizo Carranza.

La Temeraria y la Pintosilla, en *Las Castañeras*:

T. ¿Y de cuándo acá es vesita
de la señora? Si pasa
otra vez á la otra acera...
P. No se le pegará nada
malo.
T. Ni tampoco bueno.
P. Si es güeno el humo y la grasa
de la tarángana frita,
y el mosto de las tinajas,
no se la pegará, porque
fuera de pringue, que mancha
por acá.
T. Provocación;
pero no tengo ahora gana
de reñir contigo.
P. Avisa
luego que te dé, y señala
hora en que no me incomode,
ó no esté desafiada
de otra, que no he de privarle
á ella de las bofetadas
que le tenga prevenidas
por hacerte á tí esa gracia.
T. Pintosilla, ¿has reparado
en la mujer con quien hablas?
P. ¡Mucho! Nada menos que á
Geroma la Temeraria,
por mal nombre y peor lengua,
castañera de portada
de taberna.
T. Por lo menos
tengo tienda señalada,
soy del número, y estoy
como tal matriculada
en el gremio; pero tú
eres supernumeraria
y castañera de esquina,
que si el amo de la casa

quiere, te echará esta tarde
del puesto.
P. ¿Cómo?
T. A patadas.
P. ¿A mí? ¿Y el amo? ¿Discurres
que también estas son tapias
de taberna?
T. No había visto
el cañón de hoja de lata,
la alfombra de esparto, y que
estás con las dos mamparas
y el techo en un gabinete
conforme á tus circunstancias.
.....

El Padre Isla. José Francisco de Isla (1703-1781). El insigne jesuíta segoviano es modelo en el siglo XVIII como ejemplar el más fácil, fluído, festivo y elegante, y siempre correcto, en esta época verdaderamente decadente de nuestra literatura. Siguió la carrera de leyes, y casi un niño, ingresó en la Compañía, siendo profesor de varias materias en distintos puntos. Su trato muy ameno y su espíritu abierto y agradable, cautivaba á cuantas personas conocía, contribuyendo á que siguieran tratándole numerosos amigos, lo cual le obligó á sostener larga correspondencia que, por fortuna para las letras, no ha sido perdida. A la expulsión de su Orden, y después de recorrer Italia, instalóse en Bolonia, sobre cuya ciudad escribió interesantes epístolas descriptivas, históricas ó filosóficas. Entre sus muchas obras notables, deben mencionarse, además de las *cartas familiares*, la *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, donde combate á los malos oradores sagrados, fustigándolos con tanta malicia como sazonada gracia. La lectura de esta obra resulta un poco monotona. Insertamos una de sus cartas, donde describe, en tono festivo, la mencionada ciudad, y unas líneas de «Fray Gerundio»:

Amigo y señor: estoy vivo, robusto, alegre, flaco y viejo; voy á entrar en los setenta años. No me morí á tres jornadas de Turin, llamado del Rey de Cerdeña, según dijeron en Bilbao, no sé para qué. Sería para predicar en Ginebra el próximo Adviento.

Nada tengo, y nada me falta, porque estoy más contento con mi nada, que cuando me sobraba todo. He tenido gran consuelo en saber de vuestras mercedes. Este país no puede ser más delicioso, ni la ciudad más magnífica, ni la gente noble más tratable; limpieza, poli-

cía y cultura, expresiones cuantas Vmd. quisiere: mas no se hable de otra cosa. Los templos y edificios soberbios, palacios suntuosos, muebles especiales, calles espaciosas, carrozas, tabernáculos, caballos frisones (salvo que son de azabache), literatos á pasto, Academias como paja, plaza abundantísima, comercio grande y bullicioso, hombres que corren y damas que vuelan.

Este es el pueblo en donde vivo, las campañas, jardines, palacios, bosques, huertas, arroyos, ríos, pozos, fuentes, y en una misma pieza, viña, monte, tierra y huerta. Los caminos públicos como las calles de los jardines reales de Aranjuez y San Ildefonso: los alimentos de bella apariencia, pero de poca substancia. El vino es la mitad agua, pero sabe á vino. Puede hacer hidrópicos, pero no borrachos (hablo del vino venal). Está Vmd. obedecido en la descripción que me pide de esta región, y lo estará siempre en todo lo que dependiere de mí.

Era el caso que por mal de sus pecados se encontraba nuestro Fray Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozalvete poco más ó menos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.—Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa, obra toda de ciertas beatas que se desvivían por su padre predicador. En conclusion, él era un mozo galán, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea encajadas con grande denosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicadores que jamás citaban á los Santos Padres, ni aun á los sagrados evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que ésta es vulgaridad. A San Mateo, le lla-

maba el *ángel historiador;* á San Marcos, *el evangélico toro;* á San Lúcas, *el más divino pincel;* á San Juan, *el águila de Patmos;* á San Jerónimo, *la púrpura de Belem;* á San Ambrosio, *el panal de los doctores;* á San Gregorio, *la alegórica tiara.* Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el evangelio y el capítulo de donde le tomaba, había de decir sencilla y naturalmente *Joannis, capite decimo tertio; Matthœi, capite decimo quarto,* eso era cuento, y le parecía que bastaría eso para que le tuviesen por un predicador sabatino: ya se sabía que siempre había de decir: *Ex Evangelica lectione Matthœi vel Joannis, capite quarto decimo;* y otras veces, para que saliese más rumbosa la colocacion: *Quarto-decimo ex capite* ¡Pues qué, dejar de meter los dos deditos de la mano derecha con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en ademán de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle dar dos ó tres brinquitos disimulados; y, como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desdén á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y relincho!...

. . . . . .

Ya era sabido que siempre había de dar principio á sus sermones, ó con algún refrán, ó con algún chiste, ó con alguna frase de bodega, ó con alguna cláusula enfática ó partida, que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad ó un desacato: hasta que, después de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salía con una explicacion que venía á quedar en una grandísima friolera... En un sermón de la Encarnación comenzó de esta manera: «A la salud de ustedes, caballeros»; y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dijo con chulada, él prosiguió diciendo: «No hay que reirse; porque á la salud de ustedes, de la mía y la de todos bajó del Cielo Jesucristo y encarnó en las entrañas de María. Es artículo de fe» Pruébolo; *Propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cœlis, et incarnatus est.*» —Al oír esto, quedaron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia, que poco faltó para que parase en pública aclamación.

El P. Fray Benito Jerónimo Feijóo. (1676-1764). Entró muy niño en la orden de su nombre. El sabio escritor gallego fué catedrático de Teología, y llegó á adquirir fama extraordi-

naria su larga y fecunda existencia.—Autor del *Teatro crítico universal*, de las *Cartas eruditas*, y de los *Discursos varios sobre todo género de materias*, es Feijóo uno de los talentos más enciclopédicos de su siglo. Para sus contemporáneos, fué materia de instrucción y hasta de curiosidad cuanto expuso, por recoger las últimas novedades de múltiples asuntos en sus escritos; pero estos progresos de la ciencia y de la filosofía, todos los adelantos de la época, han dejado de tener después otro valor que uno muy relativo y secundario.—Ha sido censurado, con razón, de flojedad de estilo, de poco atractivo en las locuciones, y de abusar de los galicismos; pero, no obstante tales defectos, quien tanto hizo por desarrollar los estudios de las ciencias exactas, y de las artes, muy atrasadas en su tiempo; quien tanto propuso para la reforma de la enseñanza; quien, en fin, combatió la superstición predicando constantemente contra las equivocaciones y los vicios sociales, literarios y filosóficos, merece la consideración y estima de la posteridad. Es, pues, Feijóo un enciclopedista, cuyo trabajo, si á veces no resulta acertado, considerado literariamente, siempre aparecerá como digno de aplauso por la obra realizada y el impulso dado á lo que tan paralizado se hallaba en su época.—Ejemplo de su manera de razonar y escribir, tomado del *Discurso en defensa de las mujeres:*

Sobre las buenas cualidades expresadas, resta á las mujeres la más hermosa y más trascendente de todas, que es la vergüenza; gracia tan característica de aquel sexo, que aun en los cadáveres no le desampara, si es verdad lo que dice Plinio, que los de los hombres anegados fluctúan boca arriba, y los de las mujeres boca abajo: *Veluti pudori defunctarum parcente natura.*

Con verdad y agudeza, preguntado el otro filósofo qué color agraciaba más el rostro á las mujeres, respondió que el de la vergüenza. En efecto, juzgo que ésta es la mayor ventaja que las mujeres hacen á los hombres. Es la vergüenza una valla, que entre la virtud y el vicio puso la naturaleza. Sombra de las bellas almas y carácter visible de la virtud la llamó un discreto francés. Y San Bernardo, extendiéndose más, la ilustró con los epítetos de piedra preciosa de las costumbres, antorcha de la alma púdica, hermana de la continencia, guarda de la

fama, honra de la vida, asiento de la virtud, elogio de la naturaleza y divisa de toda honestidad. Tintura de la virtud la llamó, con sutileza y propiedad, Diógenes. De hecho este es el robusto y grande baluarte, que, puesto enfrente del vicio, cubre todo el alcázar de la alma, y que, vencido una vez, no hay, como decía el Nacianceno, resistencia á maldad alguna: *Protinus extincto subeunt mala cuncta pudore.*

Diráse que es la vergüenza un insigne preservativo de ejecuciones exteriores, mas no de internos consentimientos; y así, siempre le queda al vicio camino abierto para sus triunfos por medio de los invisibles asaltos que no puede estorbar la muralla del rubor. Aun cuando ello fuese así, siempre sería la vergüenza un preservativo preciosísimo, por cuanto, por lo menos, precave infinitos escándalos y sus funestas consecuencias. Pero si se hace atenta reflexión, se hallará que defiende, si no en un todo, en gran parte, aun de esas escaladas silenciosas que no salen de los ocultos senos del alma; porque son muy raros los consentimientos internos cuando no los acompañan las ejecuciones, que son las que radican los afectos criminales en la alma, las que aumentan y fortalecen las propensiones viciosas. Faltando éstas, es verdad que una ú otra vez se introduce la torpeza en el espíritu, pero no se aloja en él como doméstica, mucho menos como señora, si sólo como peregrina.

Las pasiones, sin aquel alimento que las nutre, yacen muy débiles y obran muy tímidas; mayormente cuando en las personas muy ruborosas es tan franco el comercio entre el pecho y el semblante, que pueden recelar salga á la plaza pública del rostro cuanto maquinan en la retirada oficina del pecho. De hecho se les pintan á cada paso en las mejillas los más escondidos afectos: que el color de la vergüenza, es el único que sirve á formar imágenes de objetos invisibles. Y así, aun para atajar tropiezos del deseo, puede ser rienda en las mujeres el miedo de que se lea en el rostro lo que se imprime en el ánimo.

A que se añade, que en muchas sube á tal punto el rubor, que le tienen de sí mismas. Este heroico primor de la vergüenza de que trató el ingeniosísimo padre Vieira en uno de sus sermones, no es puramente ideal, como juzgan algunos espíritus groseros, sino práctico y real en los sujetos de índole más noble. Así lo conoció Demetrio Falereo, cuando instruyendo la juventud de Atenas, les decía que dentro de casa tuviesen vergüenza de sus padres, fuera de ella de todos los que los viesen, y en la soledad, cada uno de sí propio

D. Juan Pablo Forner (1756-1797). En Mérida nació, donde empezó sus estudios brillando desde muy niño; todavía estudiante en Salamanca, la Academia Española premió su *Sátira contra los abusos introducidos en la poesía castellana*. Luchó en la corte en animosa contienda con Huerta, siguiendo primero la tendencia francesa y luego la dirección castellana restablecida por Meléndez y González. Ocultóse á veces bajo el pseudónimo de «Tomé Cecial», y como prosista, distínguese también por el vigor de la argumentación y la sobriedad de lenguaje. Más adelante damos uno de sus sonetos, y un párrafo de su *Oración apologética de España*.

Ya silba el viento en la nevada cumbre,
y al soplo impetuoso la cabaña
vacila del zagal, que en frágil caña
con paja entretejió flaca techumbre.
Y Bato, el mayoral, sin pesadumbre,
aunque su grey del alquilón la saña
siente y perece, con paciencia extraña
huelga al calor de regalada lumbre.
El mísero zagal humedecido
dehelada nieve, por salvar se afana
la grey, no suya en el pelado ejido.
Zagal, reposa; tu fatiga es vana;
su hacienda el mayoral tiene en olvido,
y ni á acordarse de tu afán se humana.

Sus mismos descubrimientos le encaminaban al término de la felicidad que buscaba; y hubiera sido feliz si supiera detener los pasos á su precipitación. Mas, ¿en qué tiempo fué el destino de esta voluble criatura contenerse en los límites de lo que necesita para su bien, y conservar las cosas en el estado conveniente á su uso? Halla los remedios, y corrompiendo en el instante el antídoto, con lo mismo que creyó hacerse feliz, se hace miserable. Aumenta sus necesidades, después de expeler las que le oprimían. Corre inconsiderado á un extremo, huyendo de otro. Busca la línea del bien, y pasando ciego sobre ella, la pisa y deja tras de sí. Se aparta tímido de la infelicidad é inventa nuevas infelicidades que sufre animosamente, porque son hijas

de su capricho, y no de la naturaleza. Convierte en ostentación el abrigo; en crápula la sazón de los alimentos; la cultura en afeminación liviana: reduce á ceremonias frívolas los vínculos de la sociedad; hace necesidad de la profusión; alaba la virtud, y sujeta la estimación al traje; castiga á un bandido y llama héroe á un usurpador magnífico; sus acciones son una perpetua contradicción de los sentimientos que profesa en el labio, y su vida no es más que una continua repugnancia entre lo que cree y lo que practica.

D. Gregorio Mayáns y Siscar (1699-1781). Fué este distinguido valenciano uno de los eruditos que con mayor ahínco trabajaron por la renovación literaria del siglo XVIII; y más que por la perfección y mérito de sus trabajos, por la intención que los guiaba y el entusiasmo que los producía, debe atraerse las simpatías y gratitud de España. Desempeñó cátedra de Derecho y escribió, entre otras obras, *Retórica* y *Orígenes de la lengua española*. Más abajo damos algunas palabras de su *Discurso sobre la elocuencia española*.

Que las principales lenguas europeas hayan llegado ya á perfeccionarse tanto que gloriosamente compitan con los antiguos idiomas latino y griego, cosa es de que debemos regocijarnos mucho, pues logramos vivir en tan erudito siglo. Pero que la lengua española, majestuosa entre todas las que hoy se hablan, como la más semejante á su nobilísima madre la latina, haya degenerado tanto que desconocida ya su natural grandeza viva tan poco favorecida aun de los ingenios propios, cosa es sensible, cosa por cierto lastimosa. No acabo de admirar por una gloriosísima nación que dió á la lengua latina un Porcio Latrón, primer profesor de retórica de nombre y fama que tuvo Roma; una y tan insigne familia como la de los Anneos Sénecas, seminario ilustre de elocuentísimos varones; un Marco Fabio Quintiliano, que fué el primero que con el salario del fisco abrió escuelas públicas en la metrópoli del mundo; no acabo, digo, de admirar que una nación tan gloriosa sufra que otras la excedan en el adorno y cultura de sus lenguas, siendo éstas los principales instrumentos de la sociedad humana y pruebas incontestables de estar la razón más ó menos ilustrada.

Yo ciertamente no sé á qué poder atribuírlo, sino á la falsa idea

que comúnmente se tiene de la verdadera elocuencia. Muchos piensan que hablar perfectamente es usar de ciertos pensamientos, que llaman ellos *conceptos*, debiéndose decir *afectados delirios;* procurar vestirlos con frases inventadas, taraceadas éstas de palabras poéticas extranjeras, y nuevamente forjadas; multiplicar palabras magníficas sin elección ni juicio; y en fin, hablar de manera que lo entiendan pocos y á veces nadie, y ni aun ellos mismos; y por eso mismo lo admiran muchos ignorantes é idiotas. ¡Oh torpeza de la razón humana: hasta dónde llegas!

¿No es así que se inventó el lenguaje para representar á los oyentes con la mayor viveza una clarísima idea de lo que la mente esconde? ¿Pues qué locución mejor que la que más bien explica nuestros pensamientos? ¿A este fin nos conduce el mendigar oscuros vocablos buscados con diligencia, ó en las obras poéticas de nuestros tiempos, ó en los diccionarios extraños, ó en el capricho propio? Las palabras comunes, aunque no vulgares, propiamente aplicadas ó decorosamente traspuestas á la materia sujetas, estas son las voces de que la oración se compone. Y que esto sea así, manifiestamente se convence.

Si preguntamos á los mismos que estudiosamente afectan un tan extraño lenguaje cuáles han sido los principios de la elocuencia española, el uno dirá (y con razón) que el venerable Padre Fray Luis de Granada; el otro (y bien) que el Padre Pedro de Rivadeneira; el otro (si se inclina más á la moderna elocuencia) que el Padre Antonio de Vieira, para que pongamos ejemplo en autor que haya escrito en portugués y castellano.

El **Padre Fray Fernando de Ceballos** (1732-1802). Nacido en Cádiz, cursó Derecho en Sevilla y tomó el hábito de San Jerónimo, escribiendo la obra que le ha dado más fama, titulada *La falsa filosofía, crimen de Estado*, y en que se defienden principios muy restrictivos con respecto al poder civil, por lo cual prohibieron su publicación los Gobiernos «regalistas»; en vista de ello, el autor, resuelto á terminar los volúmenes de su obra que faltaban, se trasladó á Lisboa. Compuso, por último, muchos tomos de polémica filósofica contra Rousseau, Voltaire, etc.

Andrés María Santa Cruz. Filósofo, de quien se ignora á punto fijo las fechas de su nacimiento y muerte, se sabe que Guadalajara fué su suelo natal, y que desempeñó el cargo de ayo ó

pedagogo de los hijos de un príncipe alemán, hasta el año 1790, en que se trasladó á París, siendo una de las personalidades más salientes en la sociedad religiosa radical de los *teofilántropos* ó amantes del Hombre como Dios, culto que, según es sabido, tuvo algunas iglesias á su disposición en París durante el hervor del filosofismo revolucionario. Los fieles de la nueva religión, y entre ellos nuestro Santa Cruz, acudían á San Sulpicio ó San Roque para este rito nuevo intermedio entre el del Ser Supremo de Robespierre y el ateista de los radicales. El libro que publicó en francés, titulado *El culto de la humanidad*, se imprimió el año V de la República, manteniéndose en él la «moral independiente» y atacando la religión católica. A cambio de otros errores se contienen en dicha obra principios tan hermosos como el de que la tolerancia es la suma y compendio de todas las virtudes humanas.

Pablo Olavide (1740-1803). Nació en Lima y vino á España á perfeccionar su educación acompañando á Francia al conde de Aranda, como Secretario de Embajada. Proyectó la reforma de la enseñanza de la declamación con reglamento para autores y actores. Llevó á cabo el pensamiento de colonización de Sierra Morena, estableciendo manufacturas al estilo de Francia, de donde trajo fabricantes y artistas. Sus enemigos lo acusaron ante la Inquisición de herético, y sufrió proceso y encarcelamiento durante algún tiempo. Después se le conmutó la pena por destierro; pero no pudo librarse de dos años de reclusión en un convento sin poder leer otros libros que los piadosos. Pudo evadirse, no obstante, fugándose á Francia, donde contaba con la amistad de algunos filósofos enciclopedistas que lo estimaban extraordinariamente, y en donde Voltaire llegó á decir que «sería de desear que hubiese en España cuarenta hombres como Olavide». Sus amigos, los filósofos franceses, con motivo de su causa, atacaron el fanatismo inquisitorial de España, y pedida por nuestro Gobierno la extradición, pudo huír á Ginebra. Con el triunfo de la revolución en París, volvió Olavide, y la Convención le dió varios cargos y el título de «ciudadano adoptivo de la República franccsa.» En el período del Terror, también fué preso

allí, y se dice que en esta última cárcel empezó á escribir la obra que más tarde había de publicar en Valencia en 1797 bajo el título de *El Evangelio en triunfo*. Dicha obra, aparte de ser más ó menos ortodoxa en opinión de algunos teólogos, contiene amplísimas ideas y gran cantidad de doctrina en defensa de la religión como forma necesaria del sentimiento, apoyándose en pruebas históricas para demostrar la divinidad del catolicismo. Gracias á este libro, Carlos IV indultó á Olavide, que regresó á España, donde vino á morir en un pueblo de Andalucía.

R. P. M. Fr. Francisco Alvarado (1756-1814). Nació en Marchena, y se hizo fraile dominico contando muy pocos años. Bajo el pseudónimo de «El filósofo rancio», escribió varias *Cartas de Aristóteles*, en que se combatía el eclecticismo francés, así como el sensualismo y el racionalismo en todas sus formas.

Para terminar este siglo XVIII, no podemos dejar de nombrar á varios autores, que no figurando en primera línea, dieron, no obstante, impulso á los estudios y cultura pátria, si bien sus obras no merezcan, bajo el punto de vista literario, que se copie muestras de su estilo. — Entre estos figura, en primer término, **D. Agustín Montiano y Luyando,** Consejero de Estado, y que trabajó en pro de la tragedia clásico-francesa, escribiendo *Virginia y Ataulfo*, en verso endecasílabo libre, y que animó con su ejemplo á otros escritores de menor importancia aún.

P. Fray Enrique Florez (1701-1773). Este célebre agustino, autor de la famosa obra *La España sagrada* y de otras históricas y de arqueología, presta un gran servicio á las ciencias de su predilección con sus trabajos eruditos y curiosos.

Juan Francisco Masdeu (1744-1817). Aunque nació en Palermo lo fué de padres españoles, y aunque empezó á publicar en italiano su *Historia crítica de España y de la civilización española*, desistió de su intento, escribiéndola y publicándola toda ella en la lengua de Cervantes. Prestó además á las letras nacionales un gran servicio, dando á conocer nuestros principales maestros en el idioma del Dante.

El Conde de Campomanes (1723-1802). A la cabeza de todo el movimiento de renovación en las artes y en las ciencias, figura

este insigne hombre público, de conocimientos universales en el derecho, la arqueología, la economía política, las lenguas clásicas y orientales, etc., etc. Académico de la Historia, á él se deben importantísimos trabajos para restablecer la verdad en sucesos dudosos; traducciones que han formado época, discursos sobre toda clase de materias y escritos de filosofía y de historia.

El **Conde de Cabarrús** (1752-1810). Hábil financiero, diplomático y ministro distinguido, escribió *Memorias y cartas al Príncipe de la Paz*, curiosas por el contenido y por la forma.

P. Lorenzo Hervás y Panduro, filólogo, primero que fija la clasificación de las lenguas, es un semitradicionalista que escribe *Historia de la vida del hombre* (Antropología) en italiano (1778) y en castellano (1779), y además *El hombre físico.*

También de los innovadores de la filosofía ecléctica debe nombrarse al jesuíta **Antonio Javier Pérez López** (1736-1792), hijo de Sevilla y catedrático en aquella Universidad.—*Discursos sobre la honra y deshonra legal.*

Al lado de Feijóo y de su tendencia figura el aragonés **Andrés Piquer** (nació 1711), profesor en la Universidad de Valencia y autor, entre otras, de las siguientes obras: *Lógica, Filosofía moral, Discurso sobre el sistema del mecanismo, Aplicación de la Filosofía á la Religión, Física moderna, racional y experimental.* En todas campea un espíritu ecléctico entre sensualista y sincrético. En la Física, la razón sirve para generalizar los experimentos; en la Lógica, es la fuerza y nervio, pero sometido á la sensibilidad; en la Moral, es la razón reguladora é independiente.

En esa misma dirección innovadora, que hasta penetra en los seminarios, poniendo de moda aun á los autores materialistas de Europa, brilla como sensualista **P. Antonio Eximeno,** que publica en 1789 sus estudios filosóficos y matemáticos.

Y entre los que resisten con brío las novedades del extranjero influídas del sentido de la Enciclopedia, descuellan, al lado de Ceballos, el cisterciense **P. José Rodríguez,** autor de *El Philateo* (1776), y **Vicente Fernández Valcárcel**, *Desengaños filosóficos*, 1787.

Siglo XIX.

D. Juan B. Arriaza (1770-1837), fué hijo de Madrid, sirviendo en el ejército de mar y tierra y en la diplomacia. Varias Academias le abrieron sus puertas, figurando como poeta de primer orden por sus himnos patrióticos, que lograron gran popularidad. Sus composiciones eróticas tampoco carecen de mérito. Copiaremos, para muestra de su estilo y gusto de la época, las dos poesías patrióticas siguientes: *Canción cívica* y el soneto *Sentimiento de la España al tiempo de la partida de su legítimo Rey*.

Vivir en cadenas
¡cuán triste vivir!
Morir por la patria
¡qué bello morir!

Partamos al campo,
que es gloria el partir;
la trompa guerrera
nos llama á la lid.

La patria oprimida,
con ayes sin fin,
convoca á sus hijos,
sus ecos oíd.

Vivir, etc.

¡Quién es el cobarde
de sangre tan vil,
que en rabia no siente
sus venas hervir!

¡Quién rinde sus sienes
á un yugo servil,
viviendo entre esclavos,
odioso vivir!

Vivir, etc.

Placeres, halagos,
quedáos á servir
á pechos indignos
de honor varonil.

Que el hierro es quien sólo
sabrá redimir
de afrenta al que libre
juró ya vivir.

Vivir, etc.

A Dios, hijos tiernos
cual flores de Abril:
á Dios, dulce lecho
de esposa gentil.

Los brazos, que en llanto
bañais al partir,
sangrientos con honra,
veréislos venir.

Vivir, etc.

Mas tiemble el tirano
del Ebro y del Rhin,
si un astro á los buenos
protege feliz.

Si el hado es adverso,
sabremos morir...

morir por FERNANDO,
y eternos vivir.
Vivir, etc.
Sabrá el suelo pátrio
de rosas cubrir
los huesos del fuerte
que expire en la lid.
Mil ecos gloriosos
dirán: Yace aquí
quien fué su divisa
triunfar ó morir.
CORO.
Vivir en cadenas
¡cuán triste vivir!
Morir por la patria
¡qué bello morir!

Triste la España *¿adónde vas Fernando?*
al hijo fugitivo dice ansiosa;
y él sigue, y deja de su madre hermosa
llevar los vientos el acento blando:

Y la materna falda abandonando
pisa de Francia la ribera odiosa;
y aún está oyendo aquella voz piadosa
que le repite *¿adónde vas?* llorando.

No ve ya al hijo la infeliz matrona:
mas su voz oye, que con regio brío.
Dice: *Tirano, es mía esa corona.*

Ella, al primer dolor, gritó *¡hijo mío!*
mas luego, vuelta al déspota en Bayona,
dame á Fernando, exclama, *ó tiembla, impío!*

Madrid cuenta también entre sus hijos ilustres á **D. Manuel José Quintana** (1772-1857), educado primero en Córdoba y después en Salamanca, donde fué discípulo de Meléndez, y en cuya Universidad se hizo abogado. Periodista, censor de teatros, académico y político de temple ardoroso, redactó las proclamas y manifiestos más notables de su tiempo. Sus ideas liberales le proporcionaron encarcelamientos y persecuciones desde 1814 á 1820. En los tres años consecutivos de situación constitucional, desempeñó importantes cargos; y muerto Fernando VII, fué ayo de Isabel II, Presidente del Consejo de Instrucción pública, senador, alcanzando la gloria de ser coronado pública y solemnemente en 1855. — Cultivó, además de la poesía y el periodismo, la crítica y la historia, citándose entre sus mejo-

res trabajos: las *Vidas de españoles célebres*, la de *D. Alvaro de Luna*, la *Recopilación de poesías selectas castellanas desde Juan de Mena;* su tragedia *Pelayo;* el *Semanario patriótico* (que dirigió y sedactó); las *Cartas á lord Holland;* y, por últi no, todas sus poerías, entre las que descuellan la dedicada á *Guzmán el Bueno*, á *Padilla*, á *América*, á *Trafalgar*, y su famosa oda á la *Invención de la imprenta.* — He aquí su no menos celebrada *Oda á la paz entre España y Francia en* 1795.

Dos lustros ya de plácido sosiego
sobre el regazo dela paz hermosa
gozado el mundo había;
y adormecido el fuego
de la discordia atroz, la espada ociosa
entre el polvo y orín se consumía.
Nada turbó las cándidas auroras
de tan dulce quietud; logró en su asilo
el labrador tranquilo
ver coronadas de su afán las horas.
Mas sangre y fuego respirando viene
con violento ademán Mavorte fiero,
y á la cumbre escarpada
de la antigua Pirene
sube ardiendo en furor: cruje el acero
de su carro espantoso, y empuñada
la mortífera lanza que blandea,
mueve sañudo la execrable frente,
y en su rabia impaciente
cebarse en llanto y mortandad desea.
Tronó su voz: al escucharla entonces
el suelo en luto y en pavor gemía;
destrozado, oprimido
con los enormes bronces,
vió la flor de la Hesperia que corría
de la bélica trompa al gran sonido.
¡Míseros! id donde el honor os lleva,
ardiendo en ansia de funesta gloria;
volad á la victoria,
y haced de vuestro aliento heroica prueba.
. . . . . .

Muerte horrible á la muerte. Así espantosos
bate las altas cimas de Apenino
el Aquilón sañudo;
á su ímpetu fragoso
el cedro añoso y el soberbio pino,
sin encontrar á su defensa escudo,
caen; y el hondo valle estremeciendo,
por los ecos alígeros llevado,
asorda dilatado
de caverna en caverna el ronco estruendo.

. . . . . .

Mas no; junto á la rueda sanguinaria
van la viudez y la orfandad que lloran.
Monarcas de la tierra,
¿la mísera plegaria
no escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término á la guerra;
y si el rayo, el relámpago y el trueno
vuestro poder mostraron á porfía,
ya es bien que luzca un día,
debido á vuestra unión, dulce y sereno.
Le dais por fin; á vuestra voz levanta
en el aire la paz de su alma oliva
la bienhechora rama.
¿No veis cuál se adelanta
á aplaudiros la tierra, y cuán festiva
bendice vuestro nombre y os aclama?
¡Salud, divina paz! Eterna amiga
de la vida y del bien, ven, y en contento
convierte el desaliento,
y en sosiego apacible la fatiga.

. . . . . .

A tí en los templos el incienso humea,
á tí las musas su divino acento
sonoramente envían;
y en cuanto el mar rodea,
en cuanto ilustra el sol y gira el viento,
de tí sola su bien los pueblos fían.
¡Ah! Maldición eterna al inhumano
que, profanando la quietud del suelo,

muestre en bárbaro anhelo
ardiendo el hierro en su homicida mano!
¡Maldición, maldición! Corren veloces
los ríos á la mar; nosotros ciegos
al crimen y á la muerte
nos llevamos feroces,
sin atender á los humildes ruegos
de la virtud, sin escuchar la fuerte
lección del tiempo, que incesante clama.
¡Triste destino! El hombre fascinado
va siempre al carro atado
de la ambición frenética que brama.
....

Debe colocarse á **D. Juan Nicasio Gallego** (1777-1853), ilustre hijo de Zamora, entre los que restauran en los comienzos del siglo actual la literatura pátria. No fué obstáculo á sus aficiones y aptitudes la carrera eclesiástica que siguió, figurando entre los liberales más distinguidos de las Cortes de Cádiz, delito que castigó la reacción en distintas épocas del reinado de Fernando VII; también, como Quintana, desempeñó altos puestos en el Consejo de Estado y en las Academias de la Lengua y de la Historia.—Prosista, al par que poeta, tradujo la novela de Manzoni, *Los novios*, donde demuestra entre otras obras, las bellas cualidades de estilo que le adornaban. Sus poesías elegiacas, sus odas y sonetos le han colocado en primera línea. A continuación copiamos algunas estrofas de su hermosa oda á *El Dos de Mayo*.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que, esquivando el sueño,
en tu silencio pavoroso gime:
no desdeñes mi voz; letal beleño
presta á mis sienes, y en tu horror sublime
empapada la ardiente fantasía,
da á mi pincel fatídicos colores
con que el tremendo día
trace, al furor de vengadora tea,

y el odio irrite de la patria mía,
y escándalo y terror al orbe sea.
¡Día de execración! La destructora
mano del tiempo le arrojó al averno;
mas ¿quién el sempiterno
clamor con que los ecos importuna
la madre España en enlutado arreo
podrá atajar? Junto al sepulcro frío,
al pálido lucir de opaca luna,
entre cipreses fúnebres la veo:
trémula, yerta, desceñido el manto,
los ojos moribundos
al cielo vuelve, que le oculta el llanto:
roto y sin brillo el cetro de dos mundos
yace entre el polvo, y el león guerrero
lanza á sus piés rugido lastimero.
¡Ay, que cual débil planta
que agota en su furor hórrido viento,
de víctimas sin cuento
lloró la destrucción Mántua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
correr inerme al huesped ominoso.
¿Mas qué su generoso
esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
en quien su honor y su defensa fía,
la condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
la horrible asolación habrá que cuente,
que, hollando de amistad los santos fueros,
hizo furioso en la indefensa gente
ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
gritando se despeña
la infame turba que abrigó en su seno,
rueda allá rechinando la cureña,
acá retumba el espantoso trueno,
allí el joven lozano,
el mendigo infeliz, el venerable
sacerdote pacífico, el anciano
que con su arada faz respeto imprime,

juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
de los duros satélites en torno,
la triste madre, la afligida esposa.
Con doliente clamor, la pavorosa
fatal descarga suena,
que á luto y llanto eterno la condena.
¡Cuánta escena de muerte! ¡cuánto estrago!
¡cuántos ayes doquier! Despavorido
mirad ese infelice
quejarse al adalid empedernido
de otra cuadrilla atroz: «—¡Ah! ¿Qué te hice?
exclama el triste en lágrimas deshecho:
mi pan y mi mansión partí contigo,
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
templé tu sed, y me llamé tu amigo;
¿y ahora pagar podrás nuestro hospedaje
sincero, franco, sin doblez ni engaño,
con dura muerte y con indigno ultraje?»
¡Perdido suplicar! ¡inútil ruego!
el monstruo infame á sus ministros mira,
y con tremenda voz gritando: *¡fuego!*
tinto en su sangre el desgraciado expira.

Martínez de la Rosa (1786-1862). Nació D. Francisco en Granada, donde regentaba cátedra de Filosofía al estallar la guerra de la Independencia, por cuya causa abandonó su puesto, presentándose en Cádiz á la Junta nacional, que le encargó secretas embajadas para Gibraltar y Londres. Diputado *doceañista* por Granada, sus exaltadas ideas liberales le granjearon el odio de Fernando VII y sus esbirros, siendo confinado en los penales de África, de donde salió para presidir algún Ministerio de la época liberal del 1820 al 23. Restaurado el Gobierno absoluto, emigró á Francia, publicando en París una edición de sus obras, y donde también logró que se representase su drama *Aben-Humeya*. María Cristina, gobernadora del Reino, le encargó el Gobierno de la nación á la muerte de Fernando VII, planteando el «Estatuto Real», y sucesivamente figuró hasta su muerte en las Presidencias del Congreso, Consejo de Estado, de Instrucción pública, Ateneo,

Academia española, y Ministro y Embajador varias veces, va su nombre unido al partido moderado en la evolución de la política española.—Cultivó Martínez de la Rosa todos los géneros literarios, brillando dentro del gusto particular de su tiempo y entre los románticos, con justicia. Moralista, historiador, novelista, preceptista, autor dramático y poeta lírico, son muchas las obras que dejó á la posteridad, y entre otras deben citarse, en cada uno de los géneros que acabamos de mencionar, el *Libro de los niños*, *Hernán Pérez del Pulgar*, *Isabel de Solís*, su famosa *Arte poética*, la tragedia *Edipo* y el drama *La conjuración de Venecia*, primer paso y primer éxito del romanticismo en la escena española. Entre sus líricas, por último, sobresale su *Epístola* en verso libre, dedicada al Duque de Frías con ocasión del fallecimiento de su esposa. Para juzgar de su estilo, copiaremos algunas estrofas de su oda *La vuelta á la patria* y sus sáficos *Al sueño*.

¡Amada patria mía,
al fin te vuelvo á ver!... Tu hermoso suelo,
tus campos de abundancia y de alegría,
tu claro sol y tu apacible cielo!...
sí: ya miro magnífica extenderse
de una y otra colina á la llanura
la famosa ciudad; descollar torres
entre jardines de eternal verdura;
besar sus muros cristalinos ríos;
su vega circundar erguidos montes;
y la Nevada Sierra
coronar los lejanos horizontes.
No en vano tu memoria
doquiera me seguía;
turbaba mi placer, mi paz, mi gloria:
¡el corazón y el alma me oprimía!
Del Támesis y el Sena
en la aterida margen recordaba
del Dauro y del Genil la orilla amena;
y triste suspiraba;
y al ensayar tal vez alegre canto,
doblábase mi pena,
mi voz ahogaba el reprimido llanto.
....

Tal vez en mi dolor más me placía
de agreste sitio el solitario aspecto;
de las ciudades azorado huía,
y ansioso, palpitante,
los escabrosos Alpes recorría;
mas su nevada cumbre
no tan viva y tan pura reflejaba
del Sol la clara lumbre
cual la Nevada Sierra,
cuando el astro del día
un torrente de luz vierte en la tierra.
De Pompeya las ruinas pavorosas,
sus calles silenciosas,
sus pórticos desiertos,
de hierba ya cubiertos,
mi profundo pesar lisonjeaban;
y graves reflexiones
en mi agitada mente despertaban.
¿Qué vale el poder vano
del miserable humano?
En abatir su orgullo y su renombre
la suerte se complace;
y las obras que eternas juzga el hombre,
con un soplo deshace...
....
Así en mi juventud yo vi las torres
de la soberbia Alhambra quebrantadas
amenazar del Dauro la corriente
con su ruina inminente;
cada rápido instante de mi vida
el plazo apresuró de su caída;
y del antiguo Alcázar soberano,
en que el moro poder vinculó ufano
su gloria á las edades,
tal vez un día ni hallarán mis ojos
los míseros despojos...
¡A tan funesta imagen, en el pecho
mi corazón se ahogaba;
y en lágrimas deshecho,
al pie de los sepulcos me postraba!...

¡Único alivio del mortal infausto,
bálsamo dulce del herido pecho,
ven, blando Sueño, y mis cansados ojos
lánguido cierra!
Ven, y cobija con tus graves alas,
dios silencioso, mi apartado lecho,
de amor un tiempo venturoso nido,
mísero ahora.
Goce adormido en tus tranquilos brazos,
al son del viento que las hojas mueve,
ó al sordo ruído de lejana lluvia,
plácida calma.
La hermosa imagen de mi dueño ausente
miren mis ojos y mis brazos ciñan;
y el dulce néctar de su dulce boca
ávido beba.
Ni oscura sombra ni mortal gemido
turben, ¡oh sueño! mi feliz descanso;
ni de mi frente en el beleño escondas
áspero abrojo.

El Duque de Rivas (1791-1865). El insigne cordobés don Angel Saavedra, cursó carrera en el Seminario de Nobles de Madrid, abandonando pronto las áulas para unirse á los dieciseis años al regimiento á que pertenecía desde niño por gracia particular. En Bailén y en Ocaña mostró sus bríos el joven militar, sufriendo en la segunda de dichas batallas once heridas. En Cádiz trabó íntimas amistades con Arriaza, Quintana, Gallego y Martínez de la Rosa, y sus aficiones literarias que despuntaron de estudiante, se desenvolvieron merced á estas relaciones. También cultivó la pintura, sin que brillase no obstante en este arte tanto como en la poesía. Fué uno de los diputados que votaron la suspensión del rey en las Cortes de 1820, siguiendo en su existencia los mismos azares de todos los liberales de su tiempo; y además de haber residido durante sus huídas en París, Gibraltar y Londres, vivió también en Malta.—Estas emigraciones fueron de grande utilidad para depurar su gusto artístico y para completar su educación literaria en distintos órdenes, connaturalizándose con el estudio de escritores como Byron, Lamartine y Víctor Hugo, que

influyeron poderosamente en su manera de ser. Con la muerte de Fernando VII volvió, como tantos otros, á España, para ser prócer, ministro, embajador, desempeñando en 1854 la Presidencia del Consejo de Ministros en el gabinete de las cuarenta y ocho horas, donde también figuró Ríos Rosas. — Entre sus obras, deben nombrarse *El Moro expósito*, *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, el poema *El paso honroso*, sus tragedias *Ataulfo* y *Aliatar*, prohibida la primera de ellas por la censura, sus hermosísimos romances históricos, su estudio sobre la sublevación de Masaniello y, por último, sus líricas, entre las cuales las hay verdaderamente admirables. — Representa el Duque de Rivas en la literatura española y en nuestro siglo uno de los creadores del romanticismo, donde habían de figurar tantos ilustres prosistas y poetas.—Aquí sólo copiaremos parte de su hermoso romance titulado *Un castellano leal*, y algunas estrofas de *Al sol poniente*:

I

«Hola, hidalgos y escuderos
de mi alcurnia y mi blasón,
mirad como bien nacidos
de mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
que no ha de entrar, vive Dios,
por ellas quien no estuviese
más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
un fementido traidor,
que contra su rey combate
y que á su patria vendió.
»Pues si él es de reyes primo,
primo de reyes soy yo;
y conde de Benavente,
si él es duque de Borbón;
»Llevándole de ventaja,
que nunca jamás manchó
la traición mi noble sangre,
y haber nacido español.»
Así atronaba la calle
una ya cascada voz,
que de un palacio salía,
cuya puerta se cerró;
y á la que estaba á caballo
sobre un negro pisador,
siendo en su escudo las lises,
mas bien que timbre, baldón;
y de pajes y escuderos
llevando un tropel en pos,
cubiertos de ricas galas,
el gran duque de Borbón;
el que lidiando en Pavía,
más que valiente, feroz,
gozóse en ver prisionero
á su natural señor.
Y que á Toledo ha venido,
ufano de su traición,
para recibir mercedes
y ver al Emperador.

II

En una anchurosa cuadra
del alcázar de Toledo,

cuyas paredes adornan
ricos tapices flamencos;
al lado de una gran mesa
que cubre de terciopelo
napolitano tapete
con borlones de oro y flecos;
ante un sillon de respaldo
que entre bordado arabesco
los timbres de España ostenta
y el águila del imperio;
de pie estaba Carlos quinto,
que de España era primero,
con gallardo y noble talle,
con noble y tranquilo aspecto.
De brocado de oro y blanco
viste tabardo tudesco;
de rubias martas orlado,
y desabrochado y suelto:
dejando ver un justillo
de raso jalde cubierto,
con primorosos bordados
y costosos sobrepuestos;
y la excelsa y noble insignia
del Toisón de Oro, pendiendo
de una preciosa cadena
en la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
con un blanco airón, sujeto
por un joyel de diamantes
y un antiguo camafeo,
descubre por ambos lados,
tanta majestad cubriendo,
rubio, cual barba y bigote,
bien atusado el cabello.
Apoyado en la cadera
la potente diestra ha puesto,
que aprieta dos guantes de ámbar
y un primoroso mósquero;
y con la siniestra halaga
de un mastín muy corpulento,
blanco, y las orejas rubias,
el ancho y carnoso cuello (*).
. . . . . .
Cuando un tropel de caballos
oye venir á lo lejos,
y ante el alcázar pararse,
quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
rumor impensado luégo;
álzase al fin la mampara
y entra el de Borbón soberbio.
Con el semblante de azufre
y con los ojos de fuego,
bramando de ira y de rabia
que enfrena mal el respeto,
y con balbuciente lengua
y con mal borrado ceño,
acusa al de Benavente,
un desagravio pidiendo.
. . . . . .
El Emperador un punto
quedó indeciso y suspenso,
sin saber qué responderle
al francés de enojo ciego.
Y aunque en su interior se goza
con el proceder violento
del conde de Benavente,
de altas esperanzas lleno
. . . . . .
Mucho al de Borbón le debe,
y es fuerza satisfacerlo,
le ofrece para calmarlo
un desagravio completo;
y llamando á un gentil-hombre,
con el semblante severo
manda que el de Benavente
venga á su presencia presto.

(*) Describe el retrato del Ticiano.

III

Sostenido por sus pajes
desciende de la litera
el Conde de Benavente
del alcázar á la puerta.
Era un viejo respetable,
cuerpo enjuto, cara seca,
con dos ojos como chispas,
cargados de largas cejas;
....
Tan sólo de Calatrava
la insignia española lleva,
que el Toisón ha despreciado
por ser orden extranjera.
....
Con grave paso entre el Conde,
sin que otro aviso preceda,
salones atravesando,
hasta la cámara regia.
Pensativo está el Monarca
discurriendo cómo pueda
componer aquel disturbio
sin hacer á nadie ofensa.
.....
Grave el Conde lo saluda
con una rodilla en tierra,
mas como grande del reino,
sin descubrir la cabeza.
El Emperador, benigno,
que alce del suelo le ordena,
y la plática difícil
con sagacidad empieza.
Y entre sereno y afable
al cabo le manifiesta,
que es el que á Borbón aloje
voluntad suya resuelta.—
Con respeto muy profundo,
pero con la voz entera,
respóndele Benavente
destocando la cabeza:
«Soy, señor, vuestro vasallo,
vos sois mi rey en la tierra;
á vos ordenar os cumple
de mi vida y de mi hacienda.
»Vuestro soy, vuestra mi casa,
de mí disponed y de ella,
pero no toqueis mi honra
y respetad mi conciencia.
»Mi casa Borbón ocupe
puesto que es voluntad vuestra,
contamine sus paredes,
sus blasones envilezca:
»que á mí me sobra en Toledo,
donde vivir, sin que tenga
que rozarme con traidores
cuyo solo aliento infesta.
»Y en cuanto él deje mi casa,
antes de tornar yo á élla,
purificaré con fuego
sus paredes y sus puertas.»
Dijo el Conde, la real mano
besó, cubrió su cabeza,
y retiróse bajando
á do estaba su litera.
Y á casa de un su pariente
mandó que lo condujeran,
abandonando la suya
con cuanto dentro se encierra.
....

IV

Muy pocos días el Duque
hizo mansión en Toledo,
del noble Conde ocupando
los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
dejó vacío, partiendo
con su séquito y sus pajes
orgulloso y satisfecho,

Turbó la apacible luna
un vapor blanco y espeso,
que de las altas techumbres
se iba elevando y creciendo;
á poco rato tornóse
en humo confuso y denso,
que en nubarrones oscuros
ofuscaba el claro cielo;
después en ardientes chispas,
y en un resplandor horrendo
que iluminaba las calles
dando en el Tajo reflejos,
y al fin, su furor mostrando
en embravecido incendio
que devoraba altas torres
y derrumbaba altos techos.
....
El Emperador, confuso,
corre á procurar remedio;
en atajar tanto daño
mostrando tenaz empeño.
En vano todo: tragóse
tantas riquezas el fuego,
á la lealtad castellana
levantando un monumento.
.....

A los remotos mares de Occidente
llevas con majestad el paso lento,
¡oh! sol resplandeciente,
alma del orbe, de su vida aliento.
Otro hemisferio con tu luz el día
espera ansioso, y reverente adora
ya un rayo de alegría,
con que te anuncia la risueña aurora.
Sobre ricas alfombras de oro y grana,
que ante tus plantas el ocaso extiende,
tu mole soberana
lentamente perdiéndose desciende.
La tierra que abandonas te saluda,
el mar tus rayos últimos refleja,
y la atmósfera muda
ve que contigo su esplendor se aleja.
.....
El plazo designado se consuma,
que el Dios tres veces santo
dió á la creación en su sapiencia suma.
Sí, volverás, y durarás, que tienes
criatura predilecta, el dón de vida,
y hermoso te mantienes
burlando de los siglos la corrida.
No así nosotros, míseros humanos,
polvo que arrastra el hálito del viento,

efímeros gusanos,
cuya vida es un rápido momento.
Nuestro afán debe ser solo, al mirarte
trasmontar y dejarnos noche umbría,
si aun vivos, admirarte
nos será concedido al otro día.

.....

ya oculta tu magnífica corona.
Pero tu sacra lumbre
aún deja en pos una encendida zona.

José de Espronceda (1810-1842). En Almendralejo (Badajoz) vió la luz primera, y en Madrid, bajo la dirección de D. Alberto Lista, estudió en el célebre colegio de San Mateo. A los catorce años ya figuraba en la Sociedad de «Los Numantinos», conspirando y jugando á la política con otros jóvenes que habían de figurar también como glorias de nuestra patria. El proceso que por pertenecer á dicha sociedad se le formó, le llevó á Guadalajara, donde, encerrado en un convento, planeó y aun comenzó su poema *Pelayo*, y emigrado después en Portugal, Francia é Inglaterra, se dejó influir por la literatura de estos países, como fácilmente se advierte en sus escritos. Temperamento ardiente de liberal y patriota, hallándose en París en 1830 se batió en las barricadas. Vuelto á España, de nuevo fué desterrado á Cuéllar, donde escribió su novela *Sancho Saldaña*, y en la que manifiesta sus dotes de prosista. Después de varias alternativas de su azarosa existencia, ocupó un cargo en la legación de Holanda, y representó en las Cortes como diputado á Almería. Sus obras más notables son el conocido poema *El diablo mundo* y su popular leyenda *El estudiante de Salamanca*; y por último, entre todas sus líricas, sobresalen *A la rosa*, *El pirata*, *El mendigo*, *El verdugo*, el *Himno al sol* y el *Canto del cosaco*.—En opinión de los más eminentes críticos, es Espronceda el resumen de todas las excelencias y de todos los defectos de sus contemporáneos, y hay quien le concede igual importancia que á los primeros vates de Alemania, Italia é Inglaterra. Si la política no hubiese ocupado la mitad de su pensamiento y de sus pasiones, tal vez hubiera llegado Espronceda á figurar entre los genios de la literatura moderna.

Su influjo en todos los poetas posteriores á él es tan palmario, que aún hoy se le copia ó plagia, ó cuando menos bebe en sus versos, como en rica fuente de inspiración, gran número de escritores.

La nostalgia por las desdichas personales que le sobrevinieron, contribuyó á que toda su literatura se halle impregnada de un tedio malsano y de una melancolía escéptica, no siempre sincera acaso, pero cuya imitación ha producido detestables resultados.

Copiamos á continuación un trozo de su *Oda al Dos de Mayo* y su soneto *A la muerte de Torrijos y sus compañeros.*

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
del hondo mar alborotado brama:
las esplendentes glorias españolas,
su antigua prez, su independencia clama.
Hombres, mujeres, vuelan al combate,
el volcán de sus iras estalló:
sin armas van, pero en sus pechos late
un corazón colérico español.
La frente coronada de laureles,
con el botín de la vencida Europa,
con sangre hasta las cinchas los corceles,
en cien campañas veterana tropa;
los que al rápido Volga ensangrentaron,
los que humillaron á sus pies naciones
y sobre las pirámides pasaron
al galope veloz de sus bridones:
á eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira:
su pueblo inerme allí entre la metralla
y entre los sables reluchando gira.
Graba en su frente luminosa huella
la lumbre que destella el corazón;
y á parar con sus pechos se atropella
el rayo del mortífero cañón.
¡Oh, de sangre y valor glorioso día!
Mis padres cuando niño me contaron

sus hechos ¡ay! y en la memoria mía,
santo recuerdo de virtud, quedaron.

....

Y vosotros, ¿qué hicistéis entre tanto,
los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
ó adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta
seguro á vuestras vidas y muralla,
y siervos viles á la plebe inquieta
con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla!* sí, vosotros los traidores,
los que negais al entusiasmo ardiente
su gloria, y nunca vísteis los fulgores
con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla!* sí, los que en la lid, alarde
hicieron de su infame villanía,
disfrazando su espíritu cobarde
con la sana razón segura y fría!

¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra,
y arrebatada en su entusiasmo santo
quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
del suelo ensangrentados recogía,
y un nuevo trono en sus robustos brazos
levantando á su príncipe ofrecía.

Brilla el puñal en la irritada mano,
huye el cobarde y el traidor se esconde;
truena el cañón, y el grito castellano
de *Independencia* y *Libertad* responde.

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
sonó la hora y la venganza espera;
id, y hartad vuestra sed en los torrentes
de sangre de Bailén y Talavera.

....

Mas ¡ay! ¿por qué cuando los ojos brotan
lágrimas de entusiasmo y alegría,
y el alma atropellados alborotan
tantos recuerdos de honra y valentía,

negra nube en el alma se levanta
que turba y oscurece los sentidos,
fiero dolor el corazón quebranta
y se ahoga la voz entre gemidos?

. . . . . .

¡Oh! levantadla del eterno sueño
y con los huecos de los ojos fijos,
contemplad una vez con torvo ceño
la vergüenza y baldón de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde
del castellano honor, aun sóbre vida
para alentar el corazón cobarde
y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿cuál fué el galardón de vuestro celo,
de tanta sangre y bárbaro quebranto,
de tan heroica lucha y tanto anhelo,
tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura
sobre huesos de héroes levantado,
un rey ingrato de memoria impura
con eterno baldón dejó manchado.

¡Ay! para hollar la libertad sagrada
el príncipe, borrón de nuestra historia,
llamó en su auxilio la francesa espada
que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron
y esa sagrada tumba abandonaron,
hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron
y hollarla á los franceses les dejaron.

. . . . . .

Y aun hoy helos allí que su semblante
con hipócrita máscara cubrieron,
y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervención! gritaron,
y del rey mercader la reclamaban;
de vuestros timbres sin honor mofaron,
mientras en su impudor se encenagaban.

. . . . . .

Verted juntando las dolientes manos
lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
mares de eterno llanto, castellanos,
no bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorad como mujeres; vuestra lengua
no osa lanzar el grito de venganza:
apáticos vivís en tanta menguá,
y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor eterno que me inspira
el pueblo en torno avergonzado calle,
y estallando las cuerdas de mi lira
roto también mi corazón estalle.

—

Helos allí: junto á la mar bravía
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, á España nombradía.
Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.
Españoles, llorad, mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue á siervos y opresores.
Y los viles tiranos, con espanto
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

Pastor Díaz (1811-1863). Pocas veces la musa lírica ha mostrado á nuestra literatura romántica tanta ternura como la característica de D. Nicomedes, orador distinguido y estimable prosista, nacido en Vivero, pueblo de la provincia de Lugo.—Las lides periodísticas le llevaron á ser ministro varias veces, diplomático representando á España en el extranjero y, por último, sus méritos le hicieron ocupar una poltrona en la Academia de la Lengua.—La nota saliente de su estilo es un pesimismo acentuado en donde sobresalen notas fúnebres y melancólicos anuncios de doloroso porvenir: diríase que en él resucita un nuevo

conceptismo por la oscuridad que en ocasiones campea en sus escritos.—He aquí su hermosa oda *A la Luna.*

Desde el primer latido de mi pecho,
condenado al amor y á la tristeza,
ni un eco en mi gemir, ni á la belleza
un suspiro alcancé.
Halló por fin mi fúnebre despecho
inmenso objeto á mi ilusión amante,
y de la Luna el célico semblante,
y el triste mar, amé.
El mar quedóse allá por su ribera,
sus olas no treparon las montañas;
nunca llega á estas márgenes extrañas
su solemne mugir.
Tú empero, que mi amor sigues do quiera,
cándida Luna, en tu amoroso vuelo,
tú eres la misma que miré en el cielo
de mi patria lucir.
Tú sola mi beldad, sola mi amante,
única antorcha que mis pasos guía,
tú sola enciendes en un alma fría
una sombra de amor.
Sólo el blando lucir de tu semblante
mis ya cansados párpados resisten;
sólo tus formas inconstantes visten
bello, grato color.
Ora cubra cargada, rubicunda
nube de fuego tu ardorosa frente,
ora cándida, pura, refulgente
deslumbre tu brillar;
ora sumida en palidez profunda
te mire el cielo desmayada y yerta,
como el semblante de una virgen muerta
¡ah!... que yo ví expirar...
La he visto ¡ay, Dios!... Al sueño en que reposa,
yo le cerré los anublados ojos;
yo tendí sus angélicos despojos
sobre el negro ataúd.
Yo sólo oré sobre la yerta losa

donde no corre ya lágrima alguna...
báñala al menos tú, pálida Luna,
báñala con tu luz.
Tú lo harás, que á los tristes acompañas,
y al pensador y al infeliz visitas;
con la inocencia ó con la muerte habitas:
el mundo huye de tí.
Antorcha de alegría en las cabañas,
lámpara solitaria de las ruínas,
el salón del magnate no iluminas,
pero su tumba sí...
Cargado á veces de aplomadas nubes,
amaga el cielo con tormenta oscura,
mas ríe al horizonte tu hermosura,
y huyó la tempestad.
Y allá del trono do esplendente subes,
riges el curso al férvido Oceano,
cual pecho amante que al mirar lejano
hierve de su beldad.
Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantas:
ese hechizo falaz no es de alegría,
y huyen tu luz y triste compañía
los astros con temor.
Sola por el vacío te adelantas,
y en vano en derredor tus rayos tiendes,
que sólo al mundo en tu dolor desciendes
cual sube á tí mi amor.
Y en esta tierra, de aflicción guarida,
¡quién goza en tu fulgor blandos placeres!
del noturno reposo de los seres
no turbas la quietud.
No cantarán las aves tu venida,
ni abren su cáliz, las dormidas flores:
sólo un ser de desvelos y colores
ama tu yerta luz...
Sí, tú, mi amor, mi admiración, mi encanto;
la noche anhelo por vivir contigo,
y hacia el ocaso lentamente sigo,
tu curso al fin veloz.
Páraste á veces á escuchar mi llanto,

y desciende en tus rayos amoroso
un espíritu vago, misterioso
que responde á mi voz...
. . . . . .

Enrique Gil y Carrasco (1815-1846). Nació en Villafranca del Bierzo y murió en Berlin en ocasión de estar estudiando la organización de la Confederación germánica, comisionado por nuestro país. Aunque de menor importancia que los vates del movimiento romántico, la sencillez de sus composiciones y la idealidad de su espíritu, le colocan dentro de la gama de la escuela melancólica de Pastor Díaz. Cultivó además la leyenda histórica en el estilo de Walter Scott. He aquí algunos trozos de su sentida poesía *La niebla*, y de su «canción elegiaca» en la muerte de Espronceda.

Niebla pálida y sutil
que en alas vas de los vientos,
no así callada y sombría
desparezcas á lo lejos;
ó en pos de tí correré,
sin vagar, y sin sosiego,
porque está sedienta el alma
de tus sombras y misterios.
Acuérdate engañadora,
del inocente embeleso
con que, niño embebecido,
contemplaba tu silencio,
por ver si en él resonaban
perdidos y blandos ecos
de las arpas melodiosas
de las magas de los cuentos.
Crédulo entonces y puro
rasgar intenté tu velo,
pensando que me ocultaba
sus palacios hechiceros,
sus fantásticos pensiles
sus músicas y torneos,
y los flotantes penachos
de encantados caballeros.

Rasgada en pedazos mil,
cual perdido pensamiento
te ví envolver cuidadosa
y con solícito anhelo
las almenas carcomidas
del alcázar, que en un tiempo
escándalo fué del mundo
por su pompa y desvaneos,
sin ver que era vano afán
y descabellado intento
velar sus rotos blasones
y sus mutilados fueros
con tu liviano ropaje
y más liviano deseo;
y con todo alguna vez
el sol te daba contento
reverberando apacible
del torreón altanero
en el musgo húmedo y triste,
roja chispa de su fuego
que después tú disfrazabas
hasta mentir el reflejo
de perfilada armadura
ó de rutilante yelmo.

¡Cuántas veces me engañaste
con donosos sortilegios
haciéndome atropellar,
desapoderado y ciego,
las ruínas del castillo,
cándido infante, creyendo,
mirar de pie en tu poterna
membrudo y alto guerrero
como lúgubre guardián
de la prez de sus abuelos!
¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas
por tus mentiras corrieron
al ver que mi fantasía
y mi dulcísimo ensueño
tornábanse entre mis manos
manojo de musgo seco,
que en vagas ondulaciones
flotaba á merced el viento!
Y á la verdad no era mucho
que el sol oyera tu ruego;
porque nunca le engañaste
para mostrarse severo;
y á pesar de tus engaños,
yo te adoraba en extremo.
Y aún te adoro, parda niebla
porque excitas en mi pecho
memorias de bellos días
y purísimos recuerdos;
porque hay fadas invisibles
en el vapor de tu seno,
y porque en tí siempre hallé
blando solaz á mi duelo.
. . . . . .
Bogaba la fantasía
por tu misterioso mar,
y en su ignorancia creía
la virgen isla, lugar
de ventura y de alegría.
Y crédula la soñaba
puerto en la vida seguro,
y desde allí imaginaba
un porvenir que llegaba
sereno, radiante y puro.
En tu piélago tal vez
de gótica catedral
la fábrica colosal
flotaba con altivez,
ó fortaleza feudal.
Y el ánima embebecida
en entrambas se fijaba,
y ya la veleta erguída,
ya la almena esclarecída
solitaria acompañaba.
Que en los mares de la edad
no flotan, no, de otra suerte
mundana pompa y beldad,
hasta que en la oscuridad
relumbra el sol de la muerte.
Todo confuso y borrado
en tu seno aparecía,
vaporoso y nacarado
y en celajes mil velado
como luna en noche umbría.
Y la mente virginal
que sólo á ver alcanzaba
las rosas en el zarzal
y otros vientos no soñaba
que la brisa matinal.
Tus enigmas resolvía
á favor de la inocencia,
y calma tan sólo vía,
y solamente escondía
amor sin fin y creencia.
. . . . . .
Niebla, ya no puedo ver
en tu misterioso espejo
los vergeles del placer,
que el corazon está viejo
de quebranto y padecer.
Pasó mi infancia muy triste,

mas pasa mi juventud;
que entonces tú me acogiste,
y hoy mi ventura consiste
en la paz del ataúd.
Mas, ya que has sido mi amor
envuélveme con tu velo,
dame sombras y consuelo,
que tú sola mi dolor
has comprendido en el suelo.
—

. . . . . .

Aguila hermosa que hasta el sol subías,
que los torrentes de su luz bebías,
y luego en ráudo vuelo
rastro de luz é inspiración traías
al enlutado suelo:
¿quién llevará las glorias españolas
por los tendidos ámbitos del mundo?

. . . . . .

¡Oh mi Espronceda! ¡oh generosa sombra!
¿Por qué mi voz se anuda en mi garganta
cuando el labio te nombra?

. . . . . .

¡Ay! si el velo cayera
con que cubre el dolor mis yertos ojos,
menos triste de tí me despidiera:
blanca luz templaría mis enojos
cuando siguiese tu sereno vuelo
hasta el confín del azulado cielo.
¡Adiós, adiós! la angélica morada
de par en par sus puertas rutilantes
te ofrece, sombra amada:
ve á gozar extasiada
la gloria inmaculada
de Calderón, de Lope y de Cervantes.

D. Gabriel García Tassara (1817-1875). Con Ríos Rosas y Pastor Díaz cultivó la crítica y el periodismo político, mostrando el insigne sevillano que era tan hábil y discreto diplomático como vate original. Conocedor de la literatura clásica latina, ha legado á la posteridad magníficas versiones de varios poetas, así como durante su estancia en calidad de plenipotenciario en los

Estados Unidos de América, tradujo algunas obras de Shakespeare.—A juicio de insignes críticos, la personalidad de Tassara es de las más estimables de la época que reseñamos, por el equilibrio de sus dotes para el cultivo de todos los géneros y el empleo de todos los estilos; y hay quien coloca su talento rayando en los linderos del genio. En ocasiones, por la propia modestia, y como si produjese por mero recreo, es desaliñado en la forma aunque nunca deje de brillar en sus escritos el buen gusto.—He aquí algunas estrofas de su hermosa oda *A la traslación del cadáver de Napoleón.*

Vuelve: tu sombra en el Océano impera;
no hay tempestad; el Oceáno calla;
Él te conoce ya como si fuera
tu bridón generoso de batalla.
¿No es éste el voto que elevaba al cielo
la voz de tu alma con su Dios á solas,
allá en las noches de tu inmenso duelo,
al solemne murmullo de las olas?
Vuelve, Napoleón; vuelve á esa Francia
que tu ojo moribundo requería:
ya, ya se pierde en la brumal distancia
la roca del martirio y la agonía.
Gime el viento si suena, la onda gime
y el silencio otra vez. ¡Silencio y calma!
El mundo siente en su estupor sublime
la sublime presencia de tu alma.
¿Cuál són, empero, de repente agita
el velo que la mar cubre y el viento?
¿no la conoces tú? ¿Ya no palpita
tu inmóvil corazón al grande acento?
Es tu pueblo francés. Los santos lazos
que la Europa deshizo atar la engríe:
él te recibe en sus abiertos brazos
y tu sombra magnánima sonríe.
. . . . . .
Tú fuíste á despertar á un pueblo esclavo,
no temible á la Europa en su ignorancia;
fuiste á decir al scita y al eslavo,
tú les fuiste á decir: «Hay una Francia.»

Así, moviendo el corazón romano
á la alta empresa de su gloria un día,
en sus oscuros bosques al germano
César le fué á decir que Roma había.
Y el germano fué á Roma, y en la tumba
de César se sentó. Vagando incierta,
así la voz de las conquistas zumba
y á los pueblos atónitos despierta.
. . . . . .
¡Napoleón! ¡Napoleón! El día
en que, temblando el ámbito europeo,
en el ocaso del destino hundía
tu sol de gloria el disco giganteo;
En que, arrastrando el genio de la historia
inmenso luto en generosa pena,
fuíste á expiar el crimen de tu gloria,
como el Luzbel de Europa, en Santa Elena;
. . . . . .
En aquel día en que, el silencio roto
que guardaba la Europa en tu presencia,
la paz del mundo ejecutó su voto
y firmaron los reyes tu sentencia;
¿No viste en tu vendido Capitolio,
con aplauso y escándalo de Europa,
trotar por las alturas de tu solio
de un czar salvaje la salvaje tropa?
. . . . . .
¿No sientes, di, Napoleón, no sientes,
aun de la muerte en la insondable estancia,
que acaba de sonar en el Oriente
un nuevo Waterlóo para la Francia?
¿No escuchas el rugido y los furores
del Leopardo que el piélago domina,
y hace indignos de tí los Tres Colores
y también en la tumba te asesina?
. . . . . .
¿Qué paz es esa paz? ¿Qué Francia es esa?
Mas ¡ay! que acaso se levante un día,
y renovando la tremenda empresa,
ella misma se espante en su osadía.
. . . . . .

¡Guerra aquella será que el mundo llora
con funeral presentimiento! Entonces
cortará la segur niveladora
cuanto dejen en pie marciales bronces.

.....

Los tronos derretidos como cera,
tronos y altares, leyes y blasones;
los pueblos consumiéndose en la hoguera,
la Europa ardiendo como cien Iliones;

.....

Y al contemplar tan iracundos hados,
dueños del mundo y de los hombres dueños,
á los ojos de sangre salpicados,
¡aun los Napoleones son pequeños!

Lección 40

Antonio Trueba (1819-1889). A pesar de ser hijo de un caserío de las Encartaciones de Vizcaya, pocos escritores han manejado el castellano con mayor corrección al propio tiempo que con sencillez más candorosa. Su extraordinaria y rápida popularidad arranca desde sus *Cuentos de color de rosa*, sus *Cuentos campesinos* y *Libro de los cantares*, singularmente. La nota saliente de su musa es la juventud y galanura que siempre rebosa en sus trabajos, como si fueran producto de un espíritu siempre adolescente y de una imaginación constantemente susceptible de impresionarse. Los sentimientos que por punto general brillan en sus obras, ni llegan á los desastres de la tragedia, ni alcanzan otros horizontes que los dolores y las alegrías usuales en los pequeños rincones del hogar. La paz de la vida en el seno de la naturaleza es otro de los resortes que descuellan en la manera de ser de Trueba. El periodismo, la historia y la novela le cuentan también en sus anales; y tanto en prosa como en verso habrá de figurar como modelo de naturalidad y claridad en la elocución. Más abajo copiaremos la primera parte de la vida de *Juan Soldado*, y el retrato del cura Artiaga en su novela *El gabán y la chaqueta*, escrita y publicada en 1872.

—¡Qué noche...! En la chimenea
sopla el viento sin cesar,
y son ríos las canales,
y hace un frío que ya, ya!
Hijos, avivad la lumbre;
más leña... aunque sea un haz,

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

para que así se caliente
y se seque el militar.
Tú, Soledad, entre tanto
baja un pernil del varal,
y haz al militar la cena,
que buena gana tendrá.
—Gracias, patroncita, gracias
por su infinita bondad.
—¡Eh! déjese usted de gracias;
no hacemos nada de más.
En este mundo, hoy por tí,
mañana por mí, y en paz.
Como dice el señor cura,
el que siembra cogerá,
que mañana ú otro día,
tal vez mis hijos irán
por esos mundos de Dios
como usted ahora va,
y Dios les dará patronas
que no me los traten mal...
¡Hijitos de mis entrañas,
Dios los tenga por acá! —
Así dice la patrona;
y el honrado militar
de negro y largo bigote,
de continente marcial,
de ojos negros, tez morena,
algo rudo en el hablar,
pero de aquellos que llaman
vino al vino y pan al pan,
siente una lágrima tierna
por su mejilla rodar,
aunque el silbo de las balas
no le conmovió jamás.

Y los dos hermosos niños
que ocho á diez años tendrán,
no se cansan de echar leña,
leña seca en el hogar,
ni se cansa de partir
rico jamón Soledad,
que es una chica morena
llena de gracia y de sal;
ni se cansa la patrona
huevos frescos de cascar.
—Militar, ¿cómo es su gracia?
dice la patrona.
—Juan.
—¿Y ha mucho que usted milita?
—Seis años cumplidos ha.
—Tiene usted padres?
—Los tengo,
y no los puedo olvidar.
—Aunque joven, ¡qué trabajos
habrá pasado usted ya!
—¿Qué si he pasado? ¡Ay patrona,
no me quisiera acordar!...
—¡Ya tiene usted á mis hijos
muertos de curiosidad
por saber toda la historia
de su vida militar!
—Hola, caporales, ¿sois
curiosos? Venid acá
y sentáos á mi lado,
que os la voy á relatar;
aunque hay un cantar antiguo
que dice y dice verdad:
la vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.

«Era lo que se llama un buen cura párroco; y téngase entendido que el autor de este libro es un poquillo descontentadizo en materia de curas, á pesar de que por ahí corren voces de que es un neocatólico como una loma. El autor de este libro no está conforme con la

opinión, muy común, de que los curas son hombres como los demás; con que se pretende cohonestar ó cuando menos disculpar las debilidades de algunos, tales como el egoísmo, el geniazo, la avaricia, la afición al trago y la tajada, á los toros y romerías, á tirar de la oreja á Jorge, á los pleitos, á la política, á las banderías locales ó nacionales, y á otras cosas que por sabidas se callan. Los curas renunciaron solemne é irrevocablemente á ser hombres como los demás, cuando se hicieron curas.—El de Urtiaga, que abundaba en esta opinión, era celoso en el desempeño de su sagrado ministerio, caritativo, de genio apacible, olvidadizo de su propio bien, amante del ajeno, indulgente con todos, severo con sí propio, parco en la mesa, sencillo y placentero en su trato y extraño á toda bandería, como no fuese para predicar la paz y la conciliación. Así no había en la aldea quien no le respetase y amase.—Curas así no faltan ni sobran en España.»

Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881). Nació en Salamanca el que es sin disputa uno de los primeros líricos de nuestro siglo. En Alicante comenzó su gloriosa carrera de escritor, perteneciendo á esta época sus poesías impregnadas de espíritu cristiano á la vez que democrático. Las obras maestras de D. Ventura son las de la madurez de su edad en que produjo sus elegías, traducidas hoy á varios idiomas, y su poema *Magna Mater*, donde pinta las estaciones del año como vate de primer orden comparable á los grandes épicos de todos los tiempos y de todos los países. El patriotismo de los *Ecos nacionales*, lo popular de sus *Cantares*, la dulzura de sus *Armonías*, y, en fin, el hondo pensamiento de su poema «Los abandonados», constituyen una serie perfecta de todas las cuerdas del corazón humano. Ruíz Aguilera escribe para toda clase de personas: para el culto y el inculto; para el niño y el anciano; para el hombre, lo mismo que para la mujer, y ha sido comparado, con razón, á Lucrecio, á Virgilio y á Fray Luis de León. Es acaso el poeta más sano de nuestro tiempo, y cuyos versos pueden entregarse sin temor alguno á toda clase de lectores. Intentó como prosista escribir novelas, y más de una produjo; pero no obtuvo éxito en estas tentativas ni en sus ensayos en la escena.—Unido siempre al partido progresista avanzado, desempeñó algunos cargos en la Administración pública, y acabó sus días en la Dirección del Museo Arqueológico nacional.

—De sus composiciones daremos sólo ligera muestra en *Roncesvalles*, un trozo de *La gaita gallega*, y otro (del Otoño) de *Magna Mater*.

—Cuéntame una historia, abuela.
—Siglos ha que, con gran saña,
por esa negra montaña
asomó un emperador.
Era francés y el vestido
formaba un hermoso juego:
capa de color de fuego
y plumas de azul color.
—¿Y qué pedía?
—La corona de León.
Bernardo del Carpio, un día
con la gente que traía,
«*Ven por ella*», *le gritó...*
De entonces suena en los valles
y dicen los montañeses:
Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!
—¿Se acabó la historia, abuela?
—Allí con fiera arrogancia
los *Doce Pares* de Francia
también estaban también.
Eran altos como cedros,
valientes como leones,
cabalgaban en bridones,
águilas en el correr.
—Sigue contando.
—Salió el mozo leonés;
Bernardo salió y luchando
uno á uno les fué matando
y hubiera matado á cien.
De entonces, etc.
—Me gusta la historia, abuela.
—¡Con qué ejército, Dios mío,
de tan grande poderío
llegó Carlo-Magno acá!
¡Cuántos soldados!... No tiene
más gotas un arroyuelo,
ni más estrellas el cielo
ni más arenas la mar.
—Y qué: ¿triunfaron?
—Dios no les quiso ayudar.
El alma les arrancaron;
como espigas se troncharon
cuando silba el huracán.
De entonces, etc.
¡Qué triste es la historia, abuela!
—Diz que dice un viejo archivo,
que no quedó francés vivo,
después de la horrenda lid,
y así debió ser, pues vieron
al sol de estos horizontes,
muchos huesos en los montes,
y muchos buitres venir.
—¡Qué gran batalla!
—No fué menos el botín.
Banderas, cotas de malla,
y riquezas y vitualla
se recogieron sin fin.
De entonces, etc.
—¿Y el emperador, abuela?
—Huyó sin un hombre luego,
la capa color de fuego
rota, y sin plumaje azul.
Bernardo del Carpio, torna
á Castilla tras la guerra,
y al poner el pie en su tierra
le aclama la multitud.
—¡Qué de alegrías!
—En verlas gozarás tú.
Hubo fiestas muchos días,

tamboriles, chirimías
y canciones á Jesús.
De entonces suena en los valles
y dicen los montañeses:
¡Mala la hubísteis, franceses,
en esa de Roncesvalles.

I.—Cuando la gaita gallega
el pobre gaitero toca,
no sé lo que me sucede
que el llanto á mis ojos brota.
Ver me figuro á Galicia
bella, pensativa y sola,
como amada sin su amado,
como reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone,
y dance la turba loca,
la voz del grave instrumento
suéname tan melancólica,
á mi alma revela tantas
desdichas, penas tan hondas,
que no sé deciros
si canta ó si llora.
II.—Recuérdame aquellos cielos,
y aquellas dulces auroras,
y aquellas verdes campiñas,
y el arrullo de sus tórtolas;
y aquellos lagos, aquellas
montañas que al cielo tocan,
todas llenas de perfumes,
vestidas de flores todas,
donde Dios abre su mano
y sus tesoros agota:
mas ¡ay! como me recuerda
también que hay allí quien dobla
en medio de la abundancia,
al hambre la frente torva,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.
III. Suena, y cruzan por mi espíritu,
puras, risueñas y hermosas,
las sombras de los cien puertos
de que Galicia es señora.
Y lentamente pasando,
como ciudades que flotan,
van sus cien naves soberbias
al ronco son de las olas:
mas ¡ay! como en ellas veo,
con el oro de sus costas,
sus tiernos hijos desnudos
que miran tristes á Europa,
pidiendo su pan amargo
á la América remota,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.

¡Nacer! ¡sufrir! ¡pasar!... ¡Hondos misterios
para la ciega multitud! No sabe
que en huesa humilde y monumento grave
con que el tiempo sembró los cementerios,
ni un átomo de polvo, inerte, anida;
que allí la noche es cuna de la aurora
de un mundo que en silencio se elabora,

y es cada tumba, al parecer dormida
cuando en Noviembre la campana llora,
volcán en donde hirviendo está la vida.
Nunca ¡oh vida! en tu altar el fuego extinto
los hombres han de ver ni las edades:
al fúnebre recinto
aun llega de campestres soledades
el eco del placer con que la aldea
acompaña la rústica tarea
de la alegre vendimia: en el sarmiento,
secándose, el follaje amarillea;
marchítase el pezón: es el momento
de entrar á saco, entre festivo coro,
la vid cargada de racimos de oro,
y la que el peso agobia y ha rendido
del que se arrastra en púrpura teñido.
Trabajo y recompensa á todos llaman:
las mujeres, los mozos, los ancianos,
y aun la turba infantil, corriendo ufanos,
por la viña en tropel se desparraman.
Arde el acero al sol: aquí, derriba
el codiciado fruto, y prontas manos
lo recogen avaras; allá, en cesto
de entretejida mimbre, bien dispuesto,
aquél, en hombros al lagar vecino
lo conduce, bañado,
sintiendo el rostro de sudor honrado,
que, al par, sombrea el polvo del camino;
éste, guiando va la tarda yunta
que de la viña removió la tierra,
donde, inseguro, su tesoro encierra,
y la serena voz hoy alza y junta
al rechinar del carro en que rebosa
la cosecha del vino, generosa.
Y cuando, en fin, se apagan á lo lejos
de la tarde las últimos reflejos,
y el toque de oración despide al día,
y la luz de la aldea,
y el humo de la tosca chimenea,
al descanso, que ansía,

llaman al viñador, la gente moza,
siempre al placer dispuesta, se alboroza
—oyendo el tamboril, que va delante—
y grita, y bulle, y danza delirante;
pues ya del mosto, que su sangre enciende,
rico de aroma y de color opaco,
y por su faz extiende
la máscara jovial del viejo Baco,
sus fuerzas restauró con libaciones
alternadas de risas y canciones.
.....

José de Selgas (1822-1872). Nació en Murcia, y desde muy joven demostró sus cualidades poéticas. Temperamento muy semejante á Trueba en punto á sencillez, procuró huir de las dos escuelas (clásica y romántica) dentro de las cuales se educó. Talento claro é imaginación viva, supo dominar la lengua, figurando como gran estilista. En cuanto al fondo, siempre palpita bajo sus versos un sentimiento vivo y una idea clara que le hacen atractivo y simpático. Como prosista era en las luchas del periodismo osado y violento, mordaz y cáustico, sin que la vehemencia de sus escritos quitase corrección al lenguaje ni colorido á la expresión. Los arranques impetuosos que la pasión política le inspiraba, sabía envolverlos en la fina sátira y la punzante crítica que quedó como modelo imperecedero en las columnas de *El Padre Cobos*. Fué diputado, desempeñó altos puestos, y murió pobre. He aquí su bella composición titulada *Uno viene y otro va.*

Por un misterio profundo
que vedado al hombre está,
en la sucesión del mundo,
uno viene y otro va.
Los que van... los que vinieron
sienten la misma aflicción;
los muertos, por lo que fueron;
los vivos, por lo que son.
Y sólo en vivir resuelven
los hombres todo su afán;
y los que se van no vuelven,
y los que vienen se van.
Ambos á la vez suspiran
en ansias de opuesto bien,
los vivos, por lo que miran,
los muertos, por lo que ven.
Oscuro arcano contiene
la vida que el mundo da;

viene llorando el que viene,
va muy triste el que se va.
Por razón ó por manía
que no alcanza mi razón,
causa el que nace alegría,
causa el que muere aflicción.
Siempre de esta vida amarga
distintas cuentas se harán:
para los que vienen, larga;
corta para los que van.
¡Qué tristes esfuerzos hacen!
¡Qué pena deben sentir
los que nacen, cuando nacen;
los que mueren, al morir!
Hondo misterio profundo,
que al hombre vedado está;
desde el principio del mundo:
uno viene y otro va.

Lección 43

Gustavo Adolfo Becquer (1836-1870), hijo del pintor D. Joaquín, y hermano del distinguido pintor también D. Valeriano, es una de las glorias de Sevilla y de la lírica contemporánea. Venido á Madrid joven y lleno de ilusiones, le fué adversa la fortuna, tanto en las relaciones exteriores de la amistad cuanto en las más íntimas. Luchó con la desgracia, y aun con la miseria á brazo partido, gastando sus pocas fuerzas físicas, aunque tal vez su misma desdicha templó su alma para las grandes inspiraciones y los grandes sentimientos. Espíritu soñador, ni fué fecundo en el trabajo, ni dejó de ser enfermizo en sus concepciones poéticas. Pero si en otros la amargura y el tedio de la vida son fingidas manifestaciones, en él todo es verdad sufrida, quizá personalmente.—Durante su vida no fué estimado sino de sus más allegados amigos; y gracias á uno de ellos (Correa) se han reunido sus trabajos esparcidos acá y allá, y publicados para glorificar su nombre. En los dos volúmenes de sus composiciones hay tradiciones y leyendas muy bellas, pero que no habrían logrado que Becquer pasase á la posteridad. Sus rimas, en cambio, que ocupan pocas páginas, son tan selectas, que ellas han bastado por sí solas para labrar la reputación de este insigne lírico. Altura de pensamiento, sentimiento delicado, arte extraordinario para hacer atractivo el dolor y para suavizar la aspereza del escepticismo, son cualidades características de Becquer, quien ni aun dentro de la desesperación deja de mostrar un vago rayo de esperanza ni aun en la desolación más completa deja de haber vislumbres de consuelo. Becquer es uno de los poetas más originales de nuestro siglo, y con justicia ha llegado á ser modelo de una escuela. Por

desdicha, sus imitadores de tal manera han abusado de aquel gusto, que se han hecho insoportables las copias de tan notable original. Trasladaremos más abajo una rima breve de Becquer, y la tan conocida de la *Soledad de los muertos*.

Te ví un punto y, flotando ante mis ojos,
la imagen de tus ojos se quedó,
como la mancha oscura, orlada en fuego,
que flota y ciega, si se mira al sol.
A donde quiera que la vista fijo,
torno á ver tus pupilas llamear:
mas no te encuentra á tí; que es tu mirada,
unos ojos, los tuyos, nada más.
De mi alcoba en el ángulo los miro,
desasidos, fantásticos lucir:
cuando duermo, los siento que se ciernen
de par en par abiertos sobre mí.
Yo sé que hay fuegos fátuos que en la noche
llevan el caminante á perecer;
yo me siento arrastrado por tus ojos,
pero donde me arrastran no lo sé.

Cerraron sus ojos,
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo;
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.
La luz, que en un vaso
ardía, en el suelo,
al muro arrojaba
las sombras del lecho;
y entre aquella sombra
veíase á intérvalos,
dibujarse rígida
la forma del cuerpo,

Despertaba el día,
y á su albor primero
con sus mil rüídos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
medité un momento;
«¡*Dios mío, qué solos*
se quedan los muertos!»
De la casa en hombros
lleváronlo al templo,
y en una capilla
dejaron el féretro;
allí rodearon
sus pálidos restos

de amarillas velas
y de paños negros.
Al dar de las ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos:
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedóse desierto.
De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba...
que pensé un momento:
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»
De la alta campana
la lengua de hierro,
le dió, volteando,
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila,
formando el cortejo.
Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho á un extremo;
allí le acostaron,
tapiáronle luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
el sepulturero,
cantando entre dientes
se perdió á lo lejos.
La noche se entraba,
reinaba el silencio.
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»
En las largas noches
del helado invierno,
cuando las maderas
crujir hace el viento,
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
á solas me acuerdo.
Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
acaso de frío
se hielan sus huesos!...
....
....
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo:
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes
tan solos los muertos!

Bernardo López García (1840-1870). Nació en Jaén demostrando en los pocos años de su existencia un temperamento poético de primer orden, aunque viciado por el mal gusto im-

perante en las provincias, y desnaturalizado por la exageración de las luchas políticas en la corte. En las composiciones del genial andaluz, no pueden buscarse ni estilo correcto, ni pensamientos bien definidos, ni naturalidad en el concepto, ni sencillez en la expresión; pero la manera valiente de manejar la hipérbole, la hermosura con que abusa de todas las galas de la imaginación, la riqueza con que describe y el entusiasmo que vibra en todo lo que improvisa con facilidad extraordinaria, colocan al malogrado vate entre los más estimables de su tiempo. He aquí su oda al *Dos de Mayo*.

Oigo, patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman tocando á muerto
la campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse á otras regiones
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias
y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
los que su amor te ofrecieron...
¡A tí, á quien siempre temieron,
porque tu gloria admiraron;
á tí, por quien se inclinaron
los mundos de zona á zona;
á tí, soberbia matrona,
que, libre de extraño yugo,
no has tenido más verdugo
que el peso de tu corona!...

Doquiera la mente mía
sus alas rápida lleva,
allí un sepulcro se eleva
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el Africa, que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!...

Tembló el orbe á tus legiones,
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria;
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual
cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros...
porque, indómitos y fieros,
saben hacer tus vasallos
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

Y aun hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto...
¡espacio falta á mi canto
para maldecir su nombre!...

Sin que el recuerdo me asombre,
con ansia abriré la historia;
presta luz á mi memoria,
y el mundo y la patria á coro
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
que, en su delirio profundo,
cantando guerra hizo al mundo,
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león
ansiando á España regir;
y no llegó á percibir,
ébrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la lira
con indómito cantar;
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron
gritando: ¡Venganza y guerra!

La virgen, con pátrio ardor,
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en el pecho
odio á muerte al invasor;
la madre mata su amor;
y cuando calmado está,
grita al hijo que se va:
«¡Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate y muere,
tu madre te vengará!...»

Y suenan pátrias canciones,
cantando santos deberes;
y van roncas las mujeres
empujando los cañones;
al pie de libres pendones
el grito de patria zumba,
y el rudo cañón retumba,
y el vil invasor se aterra:
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba...

.....

Mártires de la lealtad,
que del honor al arrullo
fuísteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad...
En la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que, hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero!

—

D. Antonio Gil de Zárate (1893-1861). Es uno de los hombres más distinguidos de la presente centuria, á quien mucho debe la instrucción pública, tanto como las letras, descollando como pensador profundo, como diestro gobernante, como autor dramático de gran talla, y como escritor de asuntos filosóficos, históricos y de administración. Sus obras doctrinales de *Principios é historia de la literatura* han sido tenidas por modelos de su género.—Nació en el Escorial, y recibió en Francia su primera educación. Filiado en el partido liberal, fué perseguido más de una

vez por la reacción. Andando el tiempo llegó á ser Director general de Instrucción pública, y desempeñó otros destinos de importancia. Como periodista, colaboró en varias publicaciones, y sus principales obras dramáticas son algunas tragedias, como *Doña Blanca de Borbón;* los dramas *Guzmán el Bueno, Carlos II el Hechizado, Don Alvaro de Luna, Guillermo Tell, Másaniello,* etcétera, algunos de los cuales todavía se representan con aplauso y, por último, las comedias *Cuidado con las novias* y el *Entremetido.* Algunas de esas obras, tanto por su hermosa versificación, como por el interés dramático con que sabe presentarlas, han producido verdadero entusiasmo y hasta delirio en la época en que se estrenaron. A Gil y Zárate se debe, en fin, la creación de los Institutos de segunda enseñanza.—Insertamos á continuación las primeras estrofas de su oda *A la libertad,* y el monólogo de *Guzmán el Bueno* en el acto cuarto.

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Numen sagrado,
á cuyo santo nombre
laten los pechos que tu amor inflama!
Naciste el día que naciera el mundo;
y á par del gran lucero,
fuiste del Hacedor el don primero.
Don más grato que el sol, don más brillante,
aura pura y eterna
que aliento al alma das, ¿por qué, envidiosos,
entre sí los mortales se arrebatan,
ensangrentando el suelo
un bien que á todos repartiera el cielo?
Libres os hizo Dios, hombres injustos;
y pudiendo ser libres,
¡forjais cadenas y os hacéis esclavos;
quitais á la razón sus santos fueros,
y degradado el hombre,
es crimen pronunciar de libre el nombre!
¡Inútil afanar! Cual en su seno
la llama abrasadora
el duro pedernal oculto guarda,
brotando al golpe del bruñido acero,

tal donde esclavos vieres,
duermes ó libertad, pero no mueres.
Tal si tiranos mil, con furia insana,
aprestando cadenas,
atar intentan tus robustos brazos;
al herir de los hierros ponderosos,
con ímpetu iracundo,
brotas, muestras la faz, vengas al mundo.
Así en las rocas de Apenzel un día,
alzando el noble vuelo,
á Helvecia sombra con tus alas diste;
é hiriendo el pecho del germano altivo,
justa muerte lanzaste,
y en la flecha de Tell al fin triunfaste.
Así en las olas del antiguo Egeo,
en noche vengadora,
ardieron del infiel las altas naves:
tu soplo alimentó su vasto incendio;
y obra allí de tus manos,
renace un pueblo y mueren sus tiranos.

Sí... no hay duda... esto dice... En vano, en vano
vuelvo á leer este fatal escrito...
Palabras busco en él que lo desmientan...
y estas líneas de sangre sólo miro.
No me engañan mis ojos... ¡Desdichado!
Parricida ó traidor ser es preciso.
¿Esto á un padre propones?... ¿Esto quieres
de un noble, de un soldado, fementido?
¡Y eres tú caballero!... ¡Y de un Alfonso,
de un castellano rey, eres el hijo!
No, no lo eres... Te abortó en su furia
para baldón de España el negro abismo.
Pero no puede ser... Un vano amago
es sin duda, un ardid, con que ha creído
mi constancia vencer... ¡Ah! Le conozco,
y es de ello harto capaz su pecho inicuo.
Le matará el traidor... ¡Cielos! ¡Tan joven!
¡Tan valiente!... ¿Y habré de consentirlo?

Nadie... Perdona ¡oh Rey! perdona ¡oh patria!
En vano lo pedís, no he de cumplirlo.
Ya mi deuda os pagué. Ya en cien combates
mi sangre por vosotros he vertido,
y con ella doquier en toda España
mi lealtad y valor se hallan escritos.
¿Queréis aún más de mí?... ¿Queréis los muros
del poder musulmán bello residuo?
¿A Granada queréis?... Pues á Granada
os daré por Tarifa... Mas ¿qué digo?
¡Necia, vana ilusión!... ¡Hazañas sueño,
y á darlas voy con la traición principio!
¡Y aún espero vencer, cual si quedara
valor alguno en pecho envilecido!
No, la infamia, Guzmán, será tu suerte:
tu preclaro blasón verás marchito,
y el hecho de Julián, fatal á España,
infiel renovarás; y aborrecido
con ese hijo que salvar pretendes
te ocultarás entre ignorados riscos.
No, más vale morir... ¿Qué es él?... Tan solo
sangre mía que está en vaso distinto;
¿y de ella avaro me verán ahora
cuando tanto otras veces la prodigo?
La patria la reclama, suya sea:
no tengo yo valor para impedirlo.
¡Viviendo, á eterna infamia le condeno;
muriendo, á mejor vida le destino!

× **Bretón** (1796-1873). El simpático dramaturgo D. Manuel Bretón de los Herreros vió la luz primera en Quel, siguiendo sus primeros estudios en los Escolapios de San Antón de Madrid. Voluntario á la invasión francesa, sirvió en el ejército hasta 1822 desempeñando un modesto empleo entonces en Játiba; y dos años más tarde, se representó su primera comedia *A la vejez viruelas*, dedicándose con ardor á traducir y arreglar para nuestra escena obras del francés. Después de lograr algunos triunfos en esta tarea, se entregó á producir obras originales en gran número, hasta el extremo de podérsele comparar con los ingenios más fecundos de nuestro teatro. Pasan de ciento sus obras originales y de se-

senta sus traducciones, debiendo añadirse á este catálogo diez refundiciones de otras obras. Bretón llegó á ser Director de la Biblioteca nacional y Secretario perpetuo de la Academia Española. Aunque cultivó todos los géneros dramáticos, en el que verdaderamente llegó á brillar fué en la comedia, entre las cuales las hay tan notables como la de *Muérete y verás, Marcela, El pelo de la dehesa, Mi secretario y yo, A Madrid me vuelvo, Don Frutos en Belchite*, etc. También escribió algunas poesías líricas y varias sátiras, algunas de las cuales merecen ser colocadas entre las primeras de nuestra poesía.—La originalidad de Bretón fué tanta, que creó un género en la comedia sencilla, urbana y de costumbres, luciendo su inagotable vena de chistes en todos los asuntos sociales dignos de burla ó escarnio. Pasa por ser uno de los dialoguistas más fáciles y de los versificadores más perfectos. No es nuestra misión marcar aquí el defecto capital que se le atribuye, consistente en la gran vulgaridad é insignificancia de la mayor parte de sus producciones, ya que su temperamento de un lado y de otro el género que cultivaba, lo inducían al prosaismo; y aún podría asegurarse que, intencionadamente, Bretón se inclinaba á esa trivialidad como protesta del exagerado romanticismo que en la lírica y en la escena dominaban por completo en su tiempo. Sentía, además, de esa manera y no contrariaba su manera de ser.—A continuación copiamos las primeras estrofas de su letrilla *Los ojos de mi morena*, y algunas redondillas que dice Pablo en el acto cuarto de *Muérete y verás*.

Brame el cierzo enhorabuena,
que mal pueden darme pena,
crudo invierno, tus rigores,
cuando me brindan amores
los ojos de mi morena.

Mientras el cañón atruena
las ondas del yerto Escalda,
al son de rústica avena
yo canto en la verde falda
los ojos de mi morena.

Amarre á dura cadena
el francés batallador
á la turba sarracena,
mientras me llaman señor
los ojos de mi morena.

Más que en la playa tirrena
tiemblan hombres y ganados
si el Etna abrasando truena,
tiemblo yo de ver airados
los ojos de mi morena.

Más que la del rico Sena
precio yo tu pobre arena,

Guadalquivir espumoso,
que en ella me hacen dichoso
los ojos de mi morena.
Otros con frágil entena
navegan en pos del oro
que á la virtud encadena;
yo no, que son mi tesoro
los ojos de mi morena.

No he muerto, gracias al cielo,
ni por una infiel y un loco
quiero exponerme tampoco
á dar la vida en un duelo.
Que perdone este mal rato
pido á la tertulia toda,
pues mal sienta en una boda
el funeral aparato;
pero hombre de calidad,
cuya muerte es tan sentida,
justo es que vuelva á la vida
con cierta solemnidad.
Conozco que algún menguado
en esta cómica escena
más me quisiera alma en pena
que muerto resucitado;
pero si alguno desea
ser pasto á la muerte avara,
yo no: ya he visto su cara
y me parece muy fea;
y puesto que debo tanto
al Sumo Hacedor, no es justo
que por dar á nadie gusto
me vuelva yo al campo-santo.
Mis quejas no escucharán
los amigos fementidos;
no; porque á muertos y á idos ..
conocido es el refrán.
Que matan los desengaños
dice la gente.—No á mí;
que, como muerto los ví,
no han de abreviarme los años.
Nada de rencor, Matías:
querer á una dama hermosa
más que á un fiel amigo, es cosa
que se ve todos los días.
Siempre amor en tal pelea
ha de triunfar, esto es cierto;
y más si el amigo ha muerto
y la dama pestañea.
Yo la quise; tú la quieres...
Tuya debe ser la bella,
pues yo he muerto para ella,
y tú por ella te mueres.
Ni á tí, Jacinta del alma,
culparé. ¿Con qué derecho
pidiera yo á tu despecho
una tumba y una palma?
Se olvida al galán más pulcro,
vivo, lozano, fornido,
¿y no ha de echarse en olvido
al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros días
como el Fénix se renueva,
que ya no hay almas á prueba
de balas y pulmonía.
Yo te creía más firme;
mas si otro me reemplazó,
la culpa me tengo yo
¿quién me mandaba morirme?

Hartzenbusch (1806-1880). La obra completa de D. Juan Engenio es compleja y extensa puesto que cultivó la crítica y la poesía, la filología y la historia, el teatro y los trabajos de eru-

dición. Madrid se enorgullece con ser la patria de tan preclaro hijo. Los primeros años de Hartzenbusch estuvieron dedicados al oficio que ejerció su padre, de ebanista, y su primer cargo público fué el de taquígrafo en un puesto temporero en la *Gaceta oficial*. *Los Amantes de Teruel* fundaron sólidamente su fama, y en la sola noche del estreno alcanzó lo que á tantos otros cuesta años de constante labor. Antes de este triunfo no habia logrado éxito en sus versiones y arreglos del teatro francés, ni producido entusiasmo con sus refundiciones del teatro antiguo español, y hasta fué mal acogido en algún que otro drama original; pero á partir da 1837, fecha del estreno de *Los Amantes*, marchó constantemente de triunfo en triunfo, ingresando luego en la Academia Española, dirigiendo la Escuela normal, y la Biblioteca nacional por último.—Sus *Notas al Quijote*; los *Prefacios* en varios tomos de la *Biblioteca de autores españoles*, en sus *Cuentos y Fábulas*, y en sus *Artículos en prosa*, muestra sus variados talentos y sus cualidades preeminentes, con todo lo cual ha prestado á la literatura pátria extraordinarios é importantes servicios.—Entre sus comedias deben nombrarse la *Visionaria* y *Juan de las Viñas*, y entre sus dramas *Honoria*, la *Jura de Santa Gadea*, *Doña Mencía* y *Alfonso el Casto*.—Correctísimo y elegante ha sido llamado por un crítico moderno, y la Academia Española lo proclamó autoridad de la lengua castellana en la primera sesión que celebró la docta corporación después de la muerte de Hartzenbusch. Añádese como nota distintiva de su estilo, que ningún escritor antiguo ni moderno le aventajó en el difícil arte de decir las cosas pronto y bien, por lo que se le reputa como raro ejemplo de concisión.—Más abajo trasladamos algunas estrofas de su *Elegía* á la muerte de la Duquesa de Frías, y parte de una escena del acto cuarto de *Los Amantes*.

Tú que elevando la tranquila frente
marchas de luto y de silencio llena,
y tu estrellado velo
tiendes ¡oh noche! en majestad serena
por el fulgente cielo;
dulce concede plácida acogida

en tu regazo blando,
al que cansado de arrastrar su vida
bajo el peso fatal que su alma agobia
respira sollozando.
Todo es reposo en tí: por blandas flores
aquí el arroyo su cristal desata,
contemplando en su curso perzosoe
tu carro adormecido y silencioso
coronado de sombras y de plata.
Y más allá.... ¡qué lúgubre gemido
tu hondo silencio á quebrantar se atreve!
¿Será tal vez el viento que escondido
manso susurra entre la rama leve,
depuesto ya su furibundo ceño?
¿O la tímida virgen que suspira,
ó el eco plañidor de infausto sueño?
Mas no... un sepulcro solitario miro:
el genio del dolor el himno canta
que al fuerte eleva y al feliz espanta.
¡Salud, paz del sepulcro! En tu hondo seno
sorda enmudece la profana lira,
horror no causa el espantoso trueno,
y la voz del placer helada expira.
¿Quién en su abismo cóncavo se esconde?
Al inspirado són del plectro mío
rompe el silencio del sepulcro frío.
¡Eternidad, responde!
Purpúrea faja retiñó sangrienta
la tibia luna, y su esplendor cubría
con fuego misterioso;
el rayo cruza el aire; brama el trueno;
y ella en su curso lento parecía
mancha de sangre sobre azul sereno;
con sonante fragor rómpese en tanto
la losa sepulcral, y en el momento
mi vista se hunde en su profundo asiento:
lo que entonces miré dígalo el llanto,
y el concertado son del triste canto.
Bella como entre nácares llevada
pálida reina de la noche umbrosa,

que de blandos jazmines coronada
en la trémula fuente se reposa,
ví en el cóncavo seno de la tumba
una beldad que en plácido desmayo
estar me parecía,
como la rosa que parece en Mayo
al respirar el moribundo día.
. . . . . .

ISABEL . . .—¡Gran Dios!
MARSILLA.— ¿No es ella?
ISABEL . . .— ¡El es!
MARSILLA.— ¡Prenda adorada!
ISABEL . . .—¡Marsilla!
MARSILLA.— ¡Gloria mía!
ISABEL . . .— ¿Cómo ¡ay! cómo
te atreves á poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?
MARSILLA.—Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,
para que hacia Isabel vuele Marsilla,
querer, deber, necesitar mirarla?
¡Oh! ¡Qué hermosa á mis ojos te presentas!
Nunca te ví tan bella, tan galana...
y un pesar sin embargo indefinible
me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien; lana modesta,
cándida flor en mi jardín criada,
vuelvan á ser tu virginal adorno:
mi amor se asusta de riqueza tanta.
ISABEL . . .— *(Ap.)* (¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo
su dolorida, atónita mirada.)
¿No entiendes lo que indica el atavío?
¡que no puedes mirar sin repugnancia!
Nuestra separación.
MARSILLA.— ¡Poder del cielo!
Sí: ¡funesta verdad!
ISABEL . . .— ¡Estoy casada!
MARSILLA.—Ya lo sé. Llegué tarde. Ví la dicha,
tendí las manos, y volé al tocarla.

. . . . . .

ISABEL . . .—Pero tú en mi lugar también el cuello
dócil á la coyunda sujetaras.
MARSILLA.—Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo
despreciar una mano soberana
y la muerte arrostrar, por quien ahora
la suya vende, y el por qué lo calla.
ISABEL . . —*(Ap.)* (¡Madre, madre!)
MARSILLA.— Responde.
ISABEL . . . - *(Ap.)* (¿Qué le digo?)
Tendré que confesar... que soy culpada.
¡Cómo no lo he de ser! Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa. *(Llora.)*
mátame si es tu gusto .. aquí me tienes
para el golpe mortal arrodillada.
MARSILLA.—Idolo mío, no; yo sí que debo
poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
que esos luceros fúlgidos empaña;
ese llanto es de amor, yo lo conozco,
de amor constante, sin doblez, sin tacha,
ferviente, abrasador, igual al mío.
¿No es verdad, Isabel? Dímelo franca.

García Gutiérrez (1812-1884). De padres artesanos, nació en Chiclana; á fuerza de privaciones de su familia cursó medicina en Cádiz; y sin terminar esta carrera, viajando sin recurso alguno, se trasladó á Madrid á pie. Grandes contrariedades y amarguras experimentó en la corte, donde no fueron estimadas sus primeras composiciones poéticas, y casi desesperado, sentó plaza en 1835. Hallábase nuestro D. Antonio de guarnición en Leganés cuando se anunció el estreno de *El Trovador*, y abandonando la guardia, se presentó en el teatro aquella noche. Desde los comienzos el público se dejó arrastrar por un verdadero frenesí, llegando á tal extremo el delirio, que se empeñó la concurrencia en conocer personalmente al autor, y puestos en pie los espectadores no cesaron de aclamarlo, hasta que al fin, trocado el capote de soldado por la levita que le prestara Ventura de la Vega, salió á las tablas, siendo en España el primer autor que pisaba la

escena, costumbre que después se ha generalizado. Al día siguiente, Mendizábal le dió la licencia absoluta. Pasados algunos años, marchó García Gutiérrez á América, y ni antes ni después volvieron á repetirse sus éxitos con aquella vehemencia primera, y aun alguna vez fracasaron sus obras teatrales. Las que más gloria le dieron fueron, aparte de *El Trovador*, *Simón Bocanegra*, *Juan Lorenzo*, *Venganza catalana* y *Crisálida y Mariposa*. El primero de estos dramas, así como *El Trovador*, sirvieron de libretos para óperas italianas, cosa que ocurrió asímismo con el *Don Alvaro* del Duque de Rivas. También se citan algunas poesías líricas, excelentes, de él. Fué académico de la Lengua, y director hasta su muerte del Museo Arqueológico.—Su principal condición ha sido una espontaneidad prodigiosa y una inspiración purísima. Espíritu de viva y rica imaginación, ha sabido crear y manejar la fábula legendaria como pocos, y es tan española toda su manera de ser y tan genuínamente nacional su musa, que no puede tacharse de influjo extraño ninguna de sus creaciones. Versificación fácil, naturalidad asombrosa y lenguaje puro, sin arcaísmos, son finalmente las prendas de su elocución.—Trasladamos á continuación sus composiciones *Consejos* y *Amor sin celos*, y la escena tercera de *Venganza catalana*.

—Quieres casarte buen Juan,
y pides con impaciencia
consejos á mi experiencia;
¿no es así? pues allá van.
Oye: tiene mil azares
eso de tomar mujer:
por lo pronto, suelen ser
malos los preliminares.
Estos son, ansias, desvelos,
temores, citas, desvíos,
trasnochadas, desafíos
y peloteras y celos.
Amanece con el día
y vela: no hay más recurso;
yo, de novio, estudié un curso
completo, de astronomía.
Decídeste á ser esposo;
y sufres, que es *la más negra*,
de la veterana suegra
el examen codicioso.
Entra el gasto,—es cosa obvia:
y te exprimen sin piedad,
cuando no la vanidad,
los caprichos de la novia.
Llegamos al desposorio:
das el suspirado sí,
¡Gracias á Dios! hasta aquí
has pasado el purgatorio.
Mas preso en el lazo tierno
tu amoroso afán reposa.
¡Ay, Juan! ¡esto es otra cosa!
como que empieza el infierno.

Tengo aprensiones yo como cualquiera,
y tocante á caprichos ¡no se diga!
El campo siempre verde me fatiga,
el cielo siempre azul me desespera.
Triste la luz del sol me pareciera
sin esa noche del dolor amiga,
y sin la pena que el placer mitiga,
hasta la vida misma aborreciera.
Pues esos ojos tuyos, dueño mío,
que pueden afrentar á uno y mil cielos,
causaron mi amoroso desvarío.
No hallé sombra en su luz, no hallé desvelos,
y mi ardiente pasión murió de frío:
que así muere el amor cuando no hay celos.

ROGER, NACLARA Y BERENGUER.

R. Dí Naclara.
N. Pues... hablando con respeto,
os advierto que la gente
ha días que anda impaciente,
y murmura... y no en secreto.
Todos se llaman á engaño,
y ya con cierto descoco
dicen que el provecho es poco
aquí donde es mucho el daño.
Que esta guerra es tan cruel,
señor, tras de no ser breve,
que no hay hombre que no lle-
ve como reliquia la piel.
Mas de esto, como soldados
que son, nadie se lamenta;
todos se han hecho la cuenta
de morir acuchillados;
pero es terrible pensión
la de este negro ejercicio,
y bien merece el oficio
alguna compensación.
R. ¿Y la gloria, dí?
N. La gloria
acompañará á los nombres
que han de quedar de los hom-
bres
guardados en la memoria;
mas para un pobre cualquiera
que sangre y vida aventura,
y tendrá por sepultura
lejana tierra extranjera:
que su patria desampara
por... no sé qué! — ¡Me confun-
do!
¿qué sabrá mañana el mundo
si hubo un Peric de Naclara?
R. ¿Qué pedís?
N. Necesidad
al par que orgullo nos mueve;
dénnos lo que se nos debe,
y entremos en la ciudad.
R. Sois impacientes y osados:
ya otra vez cuanto os debía
pagó Miguel.

N. ¡Sí á fe mía!
con escudos cercenados;
les falta de su valor
más de un tercio: así nos dan
tan caro el mísero pan,
y el vino, que es lo peor.
R. De mi afecto sois testigos.
¿Qué puedo hacer?
N. Yo diría
á Miguel el mejor día:
«Dejemos de ser amigos.»
R. ¿Aunque os pagara?
N. También;
y pues la puerta nos cierra
de la ciudad, haya guerra:
porque he oído no sé á quién,
pero soldado, decir
que en la escuela militar,
la muralla es para entrar,
la puerta para salir;
y pues Miguel se concierta
con esa infame canalla,
entremos por la muralla
y echémosle por la puerta.
R. ¡Y no sabes que la muerte
puede costarte el consejo!
N. Por eso en el campo dejo
tantos que envidian mi suerte.
R. De condición poco mansa
eres.
N. Tengo aborrecida
con estas cosas la vida:
¡pues! y el que muere descansa.
B. Ya lo veis. (*Aparte á Roger*).
R. ¿Cómo has venido
aquí? ¿por tu voluntad?
N. Sí, señor; mas la verdad,
los otros me han elegido.
R. Eso te valga.
N. Corriente *(Con indiferencia)*.
R. Pero otra vez, sin remedio,
te descuartizo. (No hay medio
de poder con esta gente).
N. ¿Qué respondo?...
R. Les dirás
que enfrenen su orgullo loco.
N ¿No más?
R. No más.
N. Es bien poco;
pero... puesto que no hay más...
R. Y si esa audacia de nuevo
áu sar volvieren conmigo,
no quedará sin castigo.
N. Mala respuesta les llevo *(Váse)*.

—

Ayala (1829-1879). Con decir que D. Adelardo López de Ayala ha sido comparado con Calderón, sin que tamaña afirmación levantase gran protesta, se dice todo lo bueno y aun puede añadirse que todo lo malo del insigne autor dramático é ilustre orador y lírico, y periodista distinguido. Es indudable que Ayala está dentro de la manera de sentir de Calderón y también de Lope; que versifica con el conceptismo de nuestros clásicos; que nadie le aventaja en el arte de hacer maravillosos sonetos, y que algunas de sus obras dramáticas, si no superiores pueden competir con muchas de las más famosas de la literatura nacional.—Guadal-

canal fué su patria; en Sevilla estudió primeramente, y completó su educación en Madrid. Pasó sucesivamente desde redactor de *El Padre Cobos* á diputado de la Unión liberal y autor del manifiesto de Cádiz en la revolución de Septiembre de 1868, siendo Ministro de Ultramar de aquel primer Gobierno provisional, y desempeñando igual cartera en el primer Gobierno de la restauración borbónica. A su muerte ocupaba la presidencia del Congreso de los Diputados.—Sus mejores obras son *El tanto por ciento*, *El tejado de vidrio* y *Consuelo*. Por la primera, fué coronado en vida, repitiéndose el caso de Quintana. Sus obras encierran profunda trascendencia, tanto por el pensamiento filosófico como por su fin moral, y en ellas las pasiones humanas se desarrollan de modo natural en el juego de los personajes, cuyos caracteres constituyen perfectos modelos. La versificación es tan admirable, que ora sea sobria (lo más frecuente), ora galana y florida, siempre expresa la idea con precisión tal, que difícilmente en prosa se diría en menos palabras. Elegancia, vigor y corrección son finalmente las cualidades de la inspiración de Ayala.—A continuación damos dos de sus más citados *sonetos* (composición en que hemos dicho fué maestro), doblemente célebre el segundo por haber sido puesto en música por su amigo el insigne compositor Arrieta; la décima sobre la música y, en fin, uno de los monólogos de su última producción *Consuelo*.

Nací soberbio en miserable cuna;
volé al combate y alcancé renombre:
mi salvaje valor y mi fortuna
me hicieron luego despreciar al hombre.
El ronco son de la batalla hirviente,
el bosque solitario con su calma,
ni un pensamiento levantó en mi mente
ni un sentimiento despertó en el alma.
Tú solamente, Elena, vida mía,
tú, como Dios que arranca con su mano
agua sin fin del pedernal que toca,
sacaste amor y sentimiento humano
de este desierto corazón de roca.

Dame, Señor, la firme voluntad
compañera y sostén de la virtud,
la que sabe en el golfo hallar quietud
y en medio de las sombras claridad;
La que trueca en tesón la veleidad
y el ocio en perennal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud
y los torpes engaños en verdad;
Así conseguirá mi corazón
que los favores que á tu amor debí
te ofrezcan algún fruto en galardón;
Y aun tú, Señor, conseguirás así
que no llegue á romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí.

Es la música el acento
que el mundo arrobado lanza
cuando á dar forma no alcanza
á su mejor pensamiento:
de la flor del sentimiento
es el aroma lozano:
es del bien más soberano
presentimiento suáve,
y es todo lo que no cabe
dentro del lenguaje humano.

«Sola en casa de once á una
mañana...» ¿Estoy delirando?
«Ven y hablaremos, Fernando,
de nuestra varia fortuna.» (*Pausa.*)
Punzante frío penetra
mis huesos No es sueño, no.
(Mirando el sobre y recreándose).
Es mi nombre: lo escribió
su mano letra por letra...
Brilla entre ellas cariñosa
su mirada; oigo su acento;
y... ¿quién lo creyera? ¡Siento
una angustia dolorosa!
¡Dichas que yo merecí
en cambio de amor sincero:
por tan oscuro sendero
qué tristes llegais á mí!
En la paz de la inocencia
las buscó mi tierno afan,
¿por qué, por qué se me dan
á costa de mi conciencia? *(Pausa.)*
Surge al par que mi deseo,
de la vida que me aguarda
el cuadro... ¡Y no me acobarda!...
¡Y es horrible!... ¡Sí! Ya veo
el acechar escondido;
la perdurable falsía;
el placer sin alegría;
el tormento sin gemido;
afectos que se reprimen;
conflictos que la impostura
protege; y como ventura
suprema, ¡paz en el crimen!
(Pausa corta.)
¡Cese tu latir extraño,
(Con la mano en el corazón.)

y préstame decidido,
ó virtud para el olvido,
ó infamia para el engaño!
Huir... ¡Mil veces huiría,
y el papel que ahora recibo,
como esclavo fugitivo,
á sus pies me arrastraría
mil veces! ¡Honor!... ¡Deber!...
Calle, conciencia, tu grito:
(Golpeándose el pecho con ira.)
si no impides el delito,
¿por qué turbas el placer? ..
Yo, ¿qué he jurado? ..Me espera...
Yo no he jurado extinguir
mi amor. Iré. ¿No he de ir?...
¡Aunque el mundo se opusiera!
¡Abra el alma con anchura
sus poros, y éntre de lleno
el delicioso veneno
de que el mundo me satura!
(Pausa corta.)
Ni ella lo quiso ni él la ama.
Los unió la ceguedad...
Fué un sueño... ¡Sólo es verdad
que la adoro y que me llama!
¡Eh!.. ¡Valor!... Que no trascienda
el dulce y activo fuego
que ya me inunda. ¡Sosiego!...
¡Calma!... Temo que me venda
mi afán; que mi rostro mismo
mis intenciones proclame...
¡Si alguno de tanto infame
me prestara su cinismo!...
¡Oh! Yo aprenderé á encubrir
mi pasión; yo aprenderé.
¿Qué semblante miraré
que no me enseñe á mentir?
¿Él? Ya prepara su ausencia...
¿Ella?... Burló mi pasión,
y aun quiso que la traición
me pareciese inocencia.
Fulgencio... ¡Si ese ha nacido
para que el remordimiento
no exista, y viva contento
el mundo!
....

Narciso Serra (1830-1877). Nació en Madrid, y desde niño mostró tanto ingenio como indómito carácter. Curso varios años en la Academia militar sin conseguir ganar un solo curso, dedicándose entonces al teatro por entero é intentando ser actor al propio tiempo que autor. Más éxitos alcanzó desde un principio en el segundo concepto que en el primero. Por las veleidades de su temperamento abandonó las tablas durante la revolución de 1854, cuyo movimiento insurreccional le hizo oficial de coraceros. Ocho años más tarde, para evitar una sumaria, pidió la licencia absoluta, y atacado después de una parálisis, se le concedió la censura de Teatros para alivio de su suerte, ya que no podía desempeñar otro cargo. Finalmente, suprimido este puesto por la revolución de 1868, vivió en la estrechez y casi en la miseria durante los últimos años de su vida.—Publicó algunos tomos de poesías, y escribió cuarenta y tantas obras es-

cénicas, amén de las que se dice que vendía para ser firmadas por otros nombres. Están reputadas por las mejores *Don Tomás, El amor y la Gaceta, El loco de la bohardilla*, y *A la puerta del cuartel*. Serra se parece ora á D. Ramón de la Cruz, ora á Bretón de los Herreros en sus buenas cualidades; en sus defectos, no se parece á nadie, por ser de una originalidad rayana en la extravagancia. Su incorrección puede perdonarse á cambio de la gracia, de las situaciones, de la pintura de los caracteres y de la fresca versificación que, á pesar de su descuido, es de una ligereza tal en el diálogo, que acaso la superen muy pocos autores de los famosos, ya muertos, por su facilidad, y aun de los vivos.—Copiamos su propio retrato, y parte de una escena entre Tomás é Inocencia, del *Don Tomás*.

Joaquina, me desatina,
cuando me miro al espejo,
el encontrarme tan viejo,
¡pero tan viejo, Joaquina!
Llena el corazón de pena
que ya no moje la lluvia
mi larga melena rubia,
que ni es rubia ni melena.
Y escucho á cuantos me ven:
—¡Oh! Narciso Serra, salvo
que se halla baldado, calvo
y hecho una plasta, está bien!
Y cada vez que te veo
en mi dolor siento creces:
tú cada día embelleces,
y yo cada día *enfeo*.
Y comento por mil puntos
este pensamiento amargo:
—Yo soy viejo, y sin embargo,
hemos sido niños juntos.

TOMÁS É INOCENCIA.

T. ¿Ha firmado usted?
I. Aún no...
por supuesto, usted después
dirá lo que el otro día...
lo debe usted sostener...
que usted no me encuentra digna
de ser capitana... ¿Eh?...
Que renuncia por no amarme...
T. Yo no mancharé el papel
con semejante mentira;
hoy es hoy y ayer ayer;
¡lo que va de ayer á hoy!...
¿Quién me hubiera dicho que...
lo que yo pondré, señora,
es que no oso merecer
una ventura tan alta.
I. ¡Qué florido que está usted!
(Por un clavel que tiene en el ojal.)
T. Es una casualidad:
yo nunca suelo tener...
Salió tras de mí una chica
en la esquina del café,
y no me dejaba andar

metiéndose entre mis pies,
gritándome: señorito,
cómpreme usté este clavel
para su novia.—Muchacha
yo no tengo novia.—Pues
siendo usted tan rebuen mozo
no me lo hace usté creer. –
Ella, por despachar su...
porque mi figura es bien...

I. No es ridícula, es marcial...

T. *(Animándose)* Sí, marcial, marcial sí es,
y en poniéndome á caballo
valgo mucho más que pie
á tierra; si usted me viera
con el correaje y el
casco, saliendo á galope...
vamos, tengo así otro ver...
¿Quiere usted verme esta tarde
á caballo? Pasaré...
en cuanto oiga usté en el piso
ren .. peteeten... peteeten...
es que me he *puesto al piafe.*

I. ¿Y si llega usté á caer?

T. Ojalá que me rompiera
cinco costillas ó seis;
me haría el interesante:
me traerían entre tres...
me cuidaría usted mucho. .
¡Qué bonita que es usted!
¿Me cuidaría usted, sí?
(Ella se levanta y coge la pluma).
Señora ¿que va usté á hacer?
Va usted á firmar... tan pronto...
no quiero verlo. *(Se vuelve.)*

I. ¡Firmé!
(Sin tocar siquiera el papel.)

T. Malhaya, amén, mi franqueza;
mal haya mi suerte, amén.
(Tira con rabia el clavel sobre una mesa. Inocencia lo recoge.)

I. ¡Mal corazón!

T. Que yo tengo
mal corazón, ¿y por qué?

I. ¿Qué le ha hecho á usté el po-

T. ¿Qué pobrecito? brecito?

I. El clavel.

T Eso es, tenga usted lástima
de esa planta, mientras que
un bípedo racional
como yo... ¡cómo ha de ser!

I. Es que yo adoro las flores;
resabios de la niñez;
son las primeras sibilas
que consulta la mujer.
Quizá su aroma es su vida,
quizá sienten... quizá ven...
Parece que hasta responden
con cariñoso vaivén
al que las cuida, moviendo
su talle así...

T. (¡San Miguel!
¡Qué tallo, digo, qué talle...
es mucho mejor que el pie...
y una sensibilidad...
siente tanto esta mujer..
.....
es la flor de mis amores;
con llanto la regaré ..
sí; la regaré... con llanto,
aquí, donde usted me ve...
me está costando un trabajo
el poderme contener...
que... si... tengo el corazón
del tamaño de una nuez;
pero me pega unos golpes
tan fuertes...

I. A ver, á ver.
(Poniéndole la mano en el corazón).

¡Y es verdad!
T. ¡Ay! ¡ay! ¡Señora!
¿Por qué me ha tocado usted?
Se han puesto todos mis ner-
vios ..
(Arrodillándose poco á poco)
No puedo tenerme en pie.
Parece que he ido á Palacio
á cumplimentar al rey...
No hay más... ¡Estoy de rodi-
llas!
I. ¡Gracias al Dios de Israel!

D. Félix José Reinoso (1772-1841). Poeta y prosista, nació en Sevilla; estudió teología y filosofía. Ordenóse, y fué cura de Santa Cruz en dicha capital y canónigo después. Desde 1827 fué redactor primero de la *Gaceta*, ocupando más tarde un puesto en el Tribunal de la Rota. Muchas son sus obras, entre las que merecen citarse el poema épico *La inocencia perdida*, y varias tesis sustentadas en corporaciones sabias y discursos sobre diversas materias. Por su corrección y elegancia, así como por la pureza de su dicción, merece ser estudiado entre los más distinguidos escritores.— Transcribimos algunos versos de su oda *Firmeza de la virtud*, y algunas líneas de su trabajo sobre el influjo de las Bellas Letras.

Nace expirando céfiros y amores
la alegre primavera
torna al mundo la vida, y la pradera
entapiza de flores.
Mas ¡ay! ya asalta la frondosa vega
el estío sediento,
y aja su pompa y al sañudo viento
en aristas la entrega.
Templa otoño sus fuegos, y racimos
ciñe y doradas pomas,
y más pingües derrama los aromas
de sus frutos opimos.
Pero el cierzo invernal hórrido zumba
con las crugientes alas,
desnuda al año las postreras galas
y le arroja á su tumba.
¿Qué bien, oh dulce Albino, habrá durable
en la humana ventura,

si en volar así rápida natura
enseña á ser mudable?

.....

Voraz el tiempo su mortal guadaña
blandiendo en rudo encono,
sobre las gradas del volcado trono
asienta la cabaña.
Los reyes ata el triunfador de Jena
al carro de su gloria.
¡Ay! robóle infiel hado la victoria,
y á un peñón le encadena.

.....

¡Ah! sólo la virtud del tiempo fiero
triunfa y la adversa suerte.
¿Qué puede en ella, inexorable muerte,
el golpe de tu acero?

Porque no es menor el influjo de las Bellas Letras sobre la voluntad y sus hábitos, que sobre las percepciones del hombre. Verdad conocida por los mismos á quienes parece peligroso el estudio de la belleza, pues ningún daño pudiera temerse de él si no se le supusiese alguna acción sobre las costumbres.....

No os sobresalteis, severos estoicos; no tembleis, moralistas rígidos al oir el nombre, mal entendido, de placer ¿Pretendeis privar al día de la aurora, robar al año su primavera, desnudar al campo de sus galas? ¿Osais despojar de las flores á la naturaleza, y hacerla que sólo brote espigas y racimos? He dicho mal; abrojos y espinares, pues sus frutos nos brindan un sinnúmero de delicias La naturaleza dió al placer y al dolor el imperio sobre todos los sentimientos y operaciones del hombre; en vano intentareis vosotros arrebatárselas; sus vasallos sois cuando pensais haber sacudido su yugo. La honestidad, el buen nombre, su estimación propia, la tranquilidad de su conciencia, que busca el filósofo cuando huye los deleites, lo atraen con un placer superior al que estotro le ofrecería Si la reputación de virtud es un placer peligroso y detestable para un asceta; si la complacencia de un interior puro y sin mancilla todavía le parece reprensible, ¡cuántos placeres no siente en obedecer la voluntad divina! ¡Cuántos, cuán inmensos y perdurables no espera por cada momento de privaciones! El Dios de la naturaleza y de la gracia ha formado de tal manera el cora-

zón humano, que jamás será atraído por el dolor ni repulsado por el placer. Atractivos seductores nos extravían y arrastran á los crímenes, pero el crimen nunca es bello, nunca su imagen bien trazada debe causar placer, y es una ocupación del orador y del poeta retratar su deformidad para arredrarnos, pintar la hermosura de la virtud para atraernos. Si hay una belleza en el orden moral, como lo han mostrado tantos filósofos, ¿por qué no será ella el estudio del humanista, cuya profesión es el conocimiento de la belleza bajo todas sus formas?

D. Alberto Lista (1775-1848). El ilustre sevillano, desde su niñez, procuró compartir los estudios con el oficio de tejedor de seda, trabajo que servía para mantener á sus padres. Entrando á sustituir una cátedra de matemáticas bien joven, pasó luego á la de Retórica y Poética de la Universidad de Sevilla, habiéndose ordenado poco antes de sacerdote. En 1813 se vió obligado á emigrar, y en 1817, vuelto á España, ganó la clase de Matemáticas del consulado de Bilbao. Tres años después regentó el célebre colegio de San Mateo, y al ser cerrado por el Gobierno absoluto, tornó á la emigración, residiendo en Bayona, París y Londres hasta el año 1833, en que fué nombrado Director de la *Gaceta de Madrid*. Retiróse á Sevilla en 1840, donde á los pocos años murió.—Es Lista uno de los escritores que mayor influjo y más benéfico han ejercido en la literatura patria durante la primera mitad del siglo; con él se educó casi toda la generación de los grandes publicistas y de los estadistas de nuestro tiempo. A falta de inspiración como poeta, lo castizo y perfecto de la forma suple aquella cualidad. Ya que no como vate original, como maestro para los escritores en todos los géneros, fué incomparable. En calidad de crítico, tanto por su buen gusto como por su acertado juicio, debe figurar en primera línea, concediéndosele el mérito extraordinario de haber armonizado en su enseñanza las dos escuelas literarias que luchaban á la sazón: la neoclásica, que él mismo cultivó en su juventud, y la romántica, más tarde, la cual supo moderar en sus desórdenes. Lista creó escuela tanto en Madrid como en el colegio de San Felipe Neri en Cádiz y en sus enseñanzas de Sevilla. Redactó con Hermosilla y Miñano *El Censor*, y entre sus obras más notables deben citarse sus

Ensayos críticos y la traducción verdaderamente hermosa de la *Historia Universal*, del Conde de Segur, de que damos muestra, así como algunas estrofas de su oda *El triunfo de la tolerancia*.

El Evangelio, proclamando una doctrina pura é interior, y buscando en lo más profundo de los corazones los vicios para debelarlos, estableció un nuevo elemento de sociedad; es decir, la comunicación del hombre con Dios, en la cual y por la cual adquirieron nuevo vigor las virtudes fuertes, nueva delicadeza las suaves; y el mortal cumplió los deberes de padre de familia, de ciudadano y magistrado por un motivo más sublime y activo que los de la ambición individual ó nacional, que hasta entonces fueron la única regla de su conducta. La igualdad de todos los hombres ante Dios; la sumisión á las potestades legales, salvo el imperio de la conciencia; la ruina de la esclavitud doméstica; la emancipación del bello sexo: en fin, una política más humana fueron los resultados sociales del principio cristiano.

A la verdad, estos resultados no se conocieron de una vez, ni pudieron lograrse sino paulatinamente bajo los emperadores de Roma, desde Constantino que dió la paz á la Iglesia, ni en el imperio griego. Como la autoridad imperial se componía de las diversas magistraturas de la república, siendo una de ellas la de Sumo Pontífice, los Emperadores cristianos, sucesores de Constantino, se creyeron en virtud de esa dignidad con la facultad de inspección sobre los asuntos religiosos; inspección que algunos pretendieron extender hasta el dogma, á pesar de las reclamaciones de la Iglesia, que siempre insistió en que la protección del Príncipe no destruyese la santa libertad del Evangelio. No bien deslindados los límites entre la autoridad temporal del Emperador y la espiritual de los ministros de la Iglesia, debió suceder, y efectivamente sucedió, que la intervención de los Emperadores impidiese al principio cristiano desenvolverse y producir sus efectos con la rapidez deseable, y aun que degenerase adulterado en las herejías y cismas que han afligido la Iglesia de Oriente desde Arrio hasta nuestros días. Pero la observación más importante, y que caracteriza esencialmente el cristianismo del imperio de Constantinopla, es que jamás llegó á ser en él *un principio político*. El sacerdocio estuvo sometido á los Emperadores, como ahora lo está á los Sultanes, aunque de diferente religión; y aunque en tiempo de Príncipes cristianos era respetado, nunca tuvo una influencia *legal* y pública en los negocios del Imperio. Al contrario, los Emperadores intervinieron más de lo justo en los negocios de la Iglesia. La causa de este fenómeno fué la

parte de autoridad que los Emperadores se atribuían desde la paz dada á la Iglesia por Constantino en los asuntos religiosos; y sus efectos, el gran número de herejías favorecidas y castigadas alternativamente por el Príncipe secular, y sobre todo *las penas eclesiásticas*, usadas exclusivamente contra los dogmatizantes. Las crueldades ó castigos temporales impuestos por los Emperadores eran más bien actos de arbitrariedad que consecuencias de un sistema de legislación; y la prueba es que en tiempos de Príncipes adictos á la herejía solían recaer estas persecuciones sobre los ortodoxos.

¡Ay! ¿cuándo brillarás, felice dia,
en que estreche el humano
con el humano la amorosa diestra?
¿Cuándo será el momento que destierre
á la olvidada historia
el grito funeral de guerra y gloria?
Dulce beneficencia, tú del cielo
el dón más delicioso,
del mísero mortal desconocida,
¿adónde, adónde fijarás tus aras,
cuando en tu fuego ardiente
se purifique la malvada gente?
¡Ah! desciende; tu santo trono sean
rendidos corazones,
y la virtud tu sacrificio; extiende
el cetro bienhechor, que te confía
el Hacedor del mundo,
y llena el orbe de tu ardor fecundo.
... .
¿Dónde correis, impíos? ¿qué inhumana,
qué sed devoradora
de sangre y de suplicios os enciende?
¿No veis esa víctima sin crimen,
que la impiedad condena
de la patria la mísera cadena?
Y ¡qué, grande Hacedor! ¿en nombre tuyo
siempre el mortal perverso
degollará y oprimirá? Creando
cual es su corazón un Dios de ira,
¿volará á las matanzas

invocando al Señor de las venganzas?
Mas ¡ay! ¿qué grito por la esfera umbría
desde la helada orilla
del caledonio golfo se desprende?
Hombres, hermanos sois, vivid hermanos;
y vuela al mediodía
y al piélago feliz do nace el día.
Sí; que una vez el Hacedor benigno
dijo: *Que la luz sea,*
y fué la luz. Tronó sereno el cielo,
y desde el Tajo hasta el remoto Ganges
desplómanse al abismo
las aras del sangriento fanatismo.
Salud, mundo infeliz; ya destruído
ves el imperio horrendo
que levantó el error; ya se oscurece
al celestial aspecto de la lumbre
la abominable hoguera
que un diluvio de sangre no extinguiera
....

Alcalá Galiano (1789-1865). El ilustre gaditano que nos ocupa, brilló siempre más como fogoso orador que como escritor y literato. Empezó su carrera política entre las filas más exaltadas de las agitaciones populares, y la terminó en el partido más moderado y ultraconservador de nuestro siglo. Llamósele el orador de la Fontana de Oro (por el afamado lugar donde brillaba su elocuencia), y fué diputado y ministro varias veces, habiendo tenido que pasar y repasar las fronteras en distintas ocasiones. Un crítico moderno ha dicho que nadie en España puede competir con D. Antonio desde el punto de vista de la facilidad y la espontaneidad en la improvisación, y por la gracia, elegancia y corrección de estilo y amenidad en cuanto decía; añadiendo que en pocos autores existe una identidad tan completa entre lo hablado y lo escrito como en él.—Entre sus trabajos más notables deben citarse el prólogo del *Moro expósito*, y sus estudios críticos. He aquí algunas líneas de estos últimos.

Cuando va á tratarse someramente y de paso en el artículo que sigue del estado de la crítica literaria en España y en el día presente, el intento del autor es hablar de las doctrinas dominantes, y no de las aplicaciones que de ellas suelen hacer los críticos juzgando los trabajos de sus contemporáneos. En estas últimas, por razones que no es del caso examinar ahora, está dado al olvido todo principio de justicia reduciéndose los fallos á elogios triviales y exagerados, de que por fuerza han de reirse en su interior los mismos que los pronuncian. Con suministrar tan abundantemente el manjar de la alabanza, á tal punto está excitado el apetito voraz de los autores, que al recibir dosis razonables las miran como una cantidad mezquina comparada con la que se les debe. Ni se hable de mezclar la desaprobación con el elogio, ni de dar al segundo cierta índole y formas, por donde, si bien aparece un meditado juicio, pierde gran parte de sus extremos de lisonja; porque aun esto último disuena al elogiado; y en cuanto á lo primero lo juzga nacido de negra envidia ó de enemiga personal, no concibiendo posible que puedan acompañar tachas fundadas á alabanzas justas, dándoles realce y más valor verdadero. Así, en la rara ocasión en que un crítico se arroja á dar su fallo un tanto severo, no sobre el todo sino sobre parte de una composición, aun señalando en ella perfecciones á la par que lunares, pasa por envidioso, maligno y mordaz, ó cuando menos por descontentadizo y desabrido. Algunos, con todo, arrostran los inconvenientes de esta empresa, pero pagan la faena de su atrevimiento; y sin contar al autor de estos renglones, que más de una vez he oido calificar de amarga censura juicios suyos donde no escaseaba el elogio, si bien no sin mezcla de desaprobación, podría citar algún otro contemporáneo á quien acarrea odios acerbos su loable empeño en no alabar á bulto.

. . . . . .

Vino de súbito á cambiarse esta situación. El prólogo de *El Moro expósito* del duque de Rivas, sentando una teoría nueva; el poeta mismo poniéndola en práctica; el *Don Alvaro ó la fuerza del sino* del autor acabado de citar, producción de la novel ó renovada forma oída al principio con extrañeza, y recibida al fin con justo aplauso; *El Trovador*, de García Gutiérrez, desde luego aplaudido, y otras varias composiciones que siguieron, así dramáticas como cortas, y entre estas últimas varias á las cuales no cuadra término alguno de los de la antigua nomenclatura, completaron la mudanza empezada en cierto modo por Martínez de la Rosa en su *Conjuración de Venecia*, recibida por el público con aceptación suma, obra de innovación tímida al modo de

las del francés Casimiro Delavigne, parto de la mente de un natural conciliador empeñado en hallar entre opuestos extremos un punto de justa avenencia. La crítica entonces pasó en España á aplaudir con frenesí el gusto nuevo.

D. Agustín Durán (1793-1862). Es considerado como uno de los críticos más notables de la presente centuria. Su primer título honorífico es la formación del Romancero, verdadero monumento para la historia y la literatura españolas. Madrid fué su cuna y Lista su maestro. Sus disertaciones acerca del teatro y de la poesía en general, sus trabajos eruditos sobre la poesía popular, sobre Lope de Vega, y la Introducción á los sainetes de D. Ramón de la Cruz y tantos, han acreditado el sobrenombre que se le dió de «rey de los críticos españoles». Como poeta fué discreto, como prosista castizo.—En el siguiente párrafo discurre sobre los romances históricos.

En extremo interesante es esta serie de romances, considerándolos como origen de la poesía popular, si no es que se la posponga en prelación á las composiciones caballerescas. Los romances históricos importan mucho para el estudio de la historia particular, literaria, política y filosófica de nuestros más remotos tiempos, pues apenas en otra parte se hallan vestigios del sentimiento íntimo de la incipiente sociedad que los produjo. Hubo uno en que los romances viejos, obra del pueblo ó de los juglares por su espíritu inspirados, sirvieron de comprobantes y de texto á las crónicas, tanto que en la *general de España* atribuída á Alfonso X el Sabio, en la del Cid, en la del rey D. Rodrigo, y en otras, se hallan débilmente convertidos en prosa; y hubo otro en que las crónicas dieron el asunto y fueron el modelo para los poetas. En ambos casos, pero más en aquél, estas composiciones, ya originales ó imitadas, nos han conservado los hechos, tradiciones y creencias que germinaban, crecían y se animaban al calor de las masas populares, y que retrataban sus poetas rústicos, sí, pero saturados del espíritu que les influía. Faltos de color, de brillo, de imaginación, de facilidad en el lenguaje, de orden lógico en la expresión de las ideas y de enlace en la frase y en los pensamientos, nuestros romances de la época tradicional, que aun no siendo primitivos se acercan mucho á los originales de esta clase que les servían de pauta, ó en que sólo algunas variantes se introdujeron, tiene un carácter particular, una tendencia firme y vigorosa propia de los tiempos rudos en que nacie-

ron y el sello de una fe ciega, de una idea fija que se prosigue y continúa hasta con terquedad; que no se discute porque se cree; que se defiende hasta el martirio porque se ama; y, en fin, que más que un tesoro se conserva, porque suele ser la esperanza animadora y vivificante de todo un pueblo. Ajenos estos romances de toda pretensión literaria, rimados sólo para que mejor se imprimiesen en la memoria, ni han llegado á nosotros cuales fueron en su primitiva redacción, ni existen en ningún códice, que sepamos, anterior al siglo XVI. Los romances viejos, reformas de los primitivos, tales como los poseemos, pocos parecen anteriores á la segunda mitad del siglo XV, aunque es de presumir que muchos de ellos tienen su origen en otros de tradición oral mucho más antiguos. Sin embargo, la presunción no pasa de serlo, pues no puede documentarse, aunque el sentimiento íntimo que deja el análisis de los pensamientos, formas y estilo de estas composiciones lo puedan moralmente persuadir, y más si se atiende á las muchas locuciones y palabras y aun fragmentos que allí se conservan de un lenguaje y de un tipo más antiguo que el que corresponde á la época en que se presume hecha la supuesta reforma. Trasmitidos á nosotros de memoria y sin escribirse, deben por lo mismo haber experimentado alteraciones propias de cuanto se confía á ella El juglar ú hombre del pueblo, inventor ó improvisador de un romance, hoy lo cantaba de un modo, mañana lo alteraba, ó lo añadía, ó lo cortaba; y el pueblo y los otros juglares que lo oían, al repetirlo lo cambiaban á su antojo, llenando los huecos de lo que le faltaba á la memoria como Dios y su ingenio les daban á entender. Tal sucedió sin duda con esta clase de composiciones que, pasando de boca en boca, hubieron de modificarse más ó menos prontamente, según las costumbres y el idioma se alteraban. ¿Y cómo no había de ser así si, aun después de escritas é impresas, al copiarse ó reimprimirse cada copiante ó editor, á pretexto de corregirlas ó completarlas, se creía autorizado á glosarlas, ó á lo menos á modernizarlas? No igual fué la suerte de los romances sobre asuntos de las crónicas, los cuales se escribían ó imprimían desde luego. Esta moda de remedar los viejos cuando ya el pueblo, falto del espíritu vivificador que le animaba, y separado de los intereses públicos, ni los hacía para sí, ni tenía sus poetas peculiares que lo hiciesen; esta moda, decimos, nació á mediados del siglo XVI; y los autores de tales composiciones afectaban, sí, el estilo, lenguaje y ruda expresión de los romances primitivos y de los viejos de tradición oral, exageraban sus barbarismos y solecismos, pero los despojaban de la sencilla espontaneidad propia de los originales.

Donoso Cortés (1809-1853). El insigne extremeño, que después se llamó marqués de Valdegamas, siguió carrera en Salamanca y Sevilla, llegando á catedrático de literatura en Cáceres y á diputado por Cádiz en las Cortes de 1837. Mendizábal lo nombró secretario del Consejo de Ministros; pero á poco abandonó el puesto, dejando las filas liberales y declarándose moderado. Periodista distinguido, orador notabilísimo y filósofo de gran talla, debe pasar su nombre á la historia por sus méritos indiscutibles. En España, la significación de los últimos tiempos de D. Juan Donoso, es muy señalada por haber llegado á representar la jefatura del más exaltado ultramontanismo. Los hechos más importantes de su vida fueron combatir la regencia de Espartero y acompañar en su destierro á María Cristina, con la que volvió á España en 1844. Fué secretario de Doña Isabel II, y parece ser que concertó los matrimonios de la reina y de su hermana la infanta con el duque de Montpensier. Al ser nombrado embajador en Berlín (también desempeñó más tarde igual cargo en París), se le otorgó el título citado antes, además de haber sido diputado y senador; la Academia de la Historia le abrió sus puertas, y el Ateneo su cátedra. Donoso concibió la idea de reconciliar el catolicismo y la revolución, y hasta soñó con la esperanza de armonizar la democracia y la Iglesia. En otras épocas de su vida, un poco desengañado de estas aspiraciones, defendió un dominio religioso, donde imperase el Pontificado sobre todos los pueblos, y tuvo hasta sus ensueños de un vago socialismo cristiano. Alma de poeta y temperamento de artista, tampoco puede negársele el calificativo de pensador, aunque carezca de la serenidad que debe adornar al filósofo. A veces es oscuro en el concepto y apocalíptico y nebuloso en la expresión, sin que esto empañe sus cualidades verdaderamente geniales de escritor insigne y de notable orador.—He aquí un fragmento de su discurso académico sobre la Biblia:

Señores: llamado por vuestra elección á llenar el vacío que ha dejado en esta Academia un varón ilustre por su doctrina, célebre por la agudeza y fecundidad de su ingenio, y por su literatura y su ciencia merecedor de eterna y esclarecida memoria, ¿qué podrá decir que sea digno de escritor tan eminente y de esta nobilísima Asamblea, quien

como yo, es pobre de fama y escaso de ingenio? Puesto en caso tan grave, me ha parecido conveniente escoger para tema de mi discurso un asunto sabidísimo, que cautivando vuestra atención, os fuera á apartar de mí vuestros ojos y á ponerlos en su grande majestad y en su sublime alteza.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que hoy es fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella de Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Este libro es la *Biblia*, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos; en él vió Dante sus terroríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rojas aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos, y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos; de sus soberbias pompas y sus santas magnificencias.

Sanz del Río (1817-1869). El ilustre filósofo, catedrático de la Universidad Central, nació en Torre de Arévalo, y en 1843

pasó á Alemania comisionado por nuestro Gobierno para estudiar el estado de la filosofía, encargo que desempeñó dos años, y con la obligación de explicar á su vuelta la cátedra de Historia de la filosofía. Unido por lazos de íntima amistad con muchas eminencias científicas de Alemania, al volver á la patria expuso las teorías de Krause; pero como quiera que se encontraban en el poder los moderados en aquel entonces, renunció D. Julián la cátedra prometida. Desde su retiro tradujo la Historia Universal de Weber, con notas y prólogo que avaloran la obra, y refundió el ideal de la humanidad para la vida, de aquel filósofo antes nombrado. Habiéndosele otorgado al cabo de algún tiempo la cátedra que se le prometió á cambio de su viaje y estudios, la desempeñó en la facultad de letras de Madrid hasta 1865, en que fué destituído por intrigas de sus enemigos. La revolución de 1868 le volvió á su puesto, así como á los demás catedráticos á quienes la reacción había procesado. — Entre sus obras debe citarse el *Análisis del pensamiento racional*, edición agotada, más en el extranjero que en España; la *Analítica* y otras muchas, inéditas, que van saliendo á luz poco á poco. - Por disposición testamentaria, creó una cátedra en la Universidad de Madrid, dotándola con rentas propias, de *Sistema de la Filosofía*. Sanz del Río es el padre de toda una generación de pensadores, escritores y profesores de nuestro tiempo. Entre sus trabajos es verdaderamente modelo su discurso inaugural de la Universidad en el curso de 1857-58, que puede citarse como verdadero modelo por «varonil y austera elocuencia», según el testimonio del Sr. Menéndez y Pelayo.—He aquí algunos de sus párrafos.

Toda nuestra vida se manifiesta de dos modos, activa de uno, pasiva de otro, aunque caminando en solidaria continuidad la acción y la pasión, la espontaneidad y la receptividad. La trama dorada de nuestros discursos nace y remata en cabos extremos, que se esconden en la eternidad, como el horizonte sensible se pierde en la inmensidad del espacio. Regimos, es verdad, y guiamos nuestros pensamientos; tejemos algunos hilos de nuestra ciencia, pero no fundamos nosotros los principios de ella, ni continuamos sino hasta un cierto límite sus consecuencias; brotan impensadamente del fondo del espíritu ideas primordiales, como ecos de armonías lejanas, que resisten á

todo análisis é indagación ulterior. Y en el mundo del sentimiento, en los movimientos del corazón que nos revelan á nosotros mismos, en las determinaciones de la voluntad que nos revelan á los demás, se levantan cada día y hora simpatías imprevistas, movimientos involuntarios, cuyo origen no sabemos explicar, cuya dirección y último estado no sabemos dominar ni prever. En vano queremos anticiparnos á estas ideas, sentimientos, movimientos primitivos, que nos salen al encuentro y nos acompañan por todo el camino de la vida; en vano estamos alerta y guardamos las puertas del espíritu para que nada entre en él, sino á nuestra vista y con nuestro pase. ¿Quién de nosotros, ó en qué hora, puede abrazar nuestro ser entero, de modo que todo en él sea causado, no concausado y condicionado, y que nuestra voluntad sea en ello pura y enteramente activa, no pasiva ni influída? Es continua y solidaria en el hombre la acción y la pasión, la libertad y la limitación, aunque sin confundirse una con otra, como los rayos encontrados penetran en el ojo sin oscurecerse, como las ondas opuestas del aire sacuden el oído sin quebrar el sonido. Y si de nuestra vida interior llevamos la vista á la vida exterior é histórica, observamos con asombro que, poco más arriba del suelo agitado de la libertad, de los intereses encontrados, de las pasiones desordenadas en pueblos y siglos, reina ley y orden invariable y progreso constante.— Nada dentro del mundo, ni entre el mundo y el hombre, si otra cosa no hubiera, puede explicar este hecho maravilloso: que sabiéndonos libres, nos sintamos en el mismo punto y con la misma voz limitados, y sin embargo, ni la libertad sea menguada por la limitación, ni ésta sea contrariada, borrada por la libertad. El mundo, sólo, no explica esta primitiva armonía de una contradicción primitiva también; si por éste sólo fuera, el individuo no sería libre; si por el individuo solo fuera, y otra cosa no hubiese, el mundo estaría á sus pies. Del mundo abajo sólo cabría la libertad sin límite, ó la servidumbre sin libertad.

. . . . . .

El hombre que contempla en Dios el principio y fin de su vida, imprime á toda su conducta la dirección inmutable del *bien por el bien*, reconociéndose, inmediatamente, en su propia libertad y en el mérito legítimo de sus acciones; supremamente, en la ley, justicia y bondad de Dios. Mira este hombre la religión como fin último, jamás como medio para fin ajeno; la profesa con obra y palabra, nunca sólo con la palabra; la confiesa como una verdad profunda que llena su corazón y penetra su espíritu, y se derrama afuera en doctrinas y obras y ejemplos de edificación; la practica como una señal de alianza, que lo une

más estrechamente á la humanidad y á todos los seres, y con ellos á Dios en vínculo de amor filial. Con esta bella armonía entre su conciencia moral y su conciencia religiosa, conoce en la ley moral la manifestación de Dios como voluntad personal infinita á nuestra voluntad personal finita; como conciencia santa y eterna á nuestra conciencia libre y limitada. Por esto hallamos la ley promulgada anticipadamente á la entrada de la vida, y promulgada con tal sanción, que ninguna autoridad humana puede desatar, ninguna circunstancia histórica excusar ni prescribir; que se impone y sobrepone á nuestra conciencia con autoridad inmutable.

D. Cándido Nocedal (1807-1885), Liberal exaltado en un principio y convertido poco á poco hasta el carlismo, pasó por varios partidos y altos cargos, incluso el de ministro en 1856. Orador de primera fuerza, hábil polemista y hablista distinguido, escribió una *Vida de Jovellanos*, entre otros trabajos que acreditan sus cualidades de prosista. De este libro es la siguiente descripción del alzamiento nacional de 1808.

Gloriosa fué á más no poder la conducta de España: invadida alevemente, ocupada por sorpresa, no tenía á quien volver los ojos: de ejércitos organizados carecía por completo; de generales prácticos en la guerra, dignos de medirse con los invictos caudillos de las armas francesas, nadie tenía noticia; los hombres de Estado, suponiendo que algunos mereciesen tal nombre, por cálculo los unos, creyendo segura la victoria, por convencimiento los otros, pensando que la dinastía de Bonaparte reinaría con gloria sobre los españoles, habíanse hecho partidarios de José Napoleón. Pero el instinto general juzgó de otra manera, y resolvió con acierto; someterse equivalía á perder la nacionalidad, derribar la línea natural del Pirineo, entregarse al coloso de Francia, uncirse al carro triunfador del héroe extranjero, borrarse del mapa de Europa como pueblo independiente, y sufrir el yugo infamante que pesa sobre las naciones envilecidas que hacen traición á la santa causa tradicional de su existencia. Quizá no se discurrió sobre nada de eso en el momento primero; pero todo se sintió con vivísimo impulso, y produjo el levantamiento más general, más espontáneo y más glorioso, por consiguiente, que en sus páginas registra la historia. Los jóvenes que se dedicaban al estudio, abandonaron las universidades, los religiosos dejaron sus conventos, los canónigos sus catedrales, los médicos se olvidaron de sus enfermos, los abogados de sus pleitos,

los labradores soltaron el arado, los fabricantes sus máquinas, y todos corrieron á combatir en confuso turbión algunas veces, con más orden después, con desgracia en muchas ocasiones, con gloria siempre, al enemigo, que alevoso y artero se había apoderado del territorio.

Se han burlado algunos, y entre ellos nuestros mismos poco desinteresados auxiliares y sus capitanes más célebres, de aquellos nuestros ejércitos improvisados, sin táctica, sin disciplina, sin conocimiento del arte de la guerra, sin oficiales experimentados ni generales famosos: en esto precisamente se cifra nuestra gloria, y por esto, además, vencieron los españoles. Que la tierra en que vimos la luz produce grandes hombres y capitanes invencibles, lo tenían ya demostrado muchas generaciones. Los más de nuestros antiguos reyes fueron eminentes caudillos: bastan los Alfonsos, los Fernandos, los Pedros y los Jaimes, de Castilla y de Aragón, para formar un catálogo tal de heroicos monarcas, que no pueda presentarle más numeroso ni de mayor valía pueblo alguno de Europa; el Gran Capitán, el Duque de Alba y Hernán Cortés han elevado su gloria y la de la patria, sin que nadie se atreva á oscurecerla; nuestra infantería en Italia, nuestros tercios en Flandes, nuestros hombres de armas en Pavía, en San Quintín, y en Otumba, no han menester que ahora nuevamente se les alabe. De lo que España cumplía dar testimonio, y patente lo dió, asombrado al orbe entero, es de que, sin soldados veteranos, sin generales expertos, sin planes estratégicos y sin plazas pertrechadas, todavía es incontrastable por el indómito valor de sus moradores. Tan gloriosa es á nuestros ojos la batalla de Bailén como la rota de Ocaña: figurará la primera en los faustos de nuestras marciales glorias; la segunda contribuye á formar esa magnífica epopeya en que vencedores ó vencidos, bien acaudillados como en Bailén ó mal dirigidos como en Ocaña, nuestros padres no economizaban su sangre, ni perdían el denuedo, ni se arredraban por los reveses, ni se cuidaban del éxito de una batalla, ni dejaban de volver á la pelea. Hambrientos casi siempre y desnudos, guiados por hombres de humilde extracción, como Mina y Morillo, ó por hijos de casas solariegas, como Castaños y Palafox; revueltos los descendientes de nobles familias, como los que después fueron duques de Frías y de Rivas, con proletarios como el Empecinado, y con modestos representantes de la clase media, como el padre del autor de estas líneas, soldado voluntario en aquellas campañas, nunca cejaron en propósito, aunque alguna vez, aunque muchas veces, fueron derrotados en encuentros infelices.

Ríos Rosas (1808-1873). No por ser el que escribe estos renglones deudo muy allegado del ilustre orador político, periodista, académico (y poeta en sus primeros tiempos), se ha de omitir en este sitio el nombre del que compartió con Tassara y Pastor Díaz los triunfos de las campañas de la prensa, con Donoso Cortés los de la política en determinada época de su vida, y con Olózaga y Rivero la gloria de la tribuna parlamentaria.—Nació en Ronda, cuyo distrito representó varias veces en Cortes; fué ministro, embajador en Roma, Presidente del Consejo de Estado, del de Instrucción pública, de la Academia de Jurisprudencia, y del Congreso de los Diputados, y en fin, académico de la Lengua y de la de Ciencias morales y políticas. Educado en el colegio de Santiago de Granada, curso en su Universidad la carrera de leyes, y de entonces datan sus primeras poesías y trabajos literarios é históricos, á los cuales de vez en cuando, aun en sus últimos años, dedicaba por recreo sus ocios. Orador incorrecto y vehementísimo, su palabra era temida en la Cámara popular por la valentía de sus conceptos y lo inquebrantable de sus convicciones. La rectitud de sus ideas y puritanismo de su conducta, le llevó constantemente á estar en disidencia con el partido moderado y el de la Unión Liberal, donde militó, constituyendo siempre dentro de los mismos una fracción.—Para honrar aquella vida inmaculada, y al saber la República que murió pobre quien ocupara tan altas posiciones, costeó el Gobierno su entierro, acudiendo la representación nacional al mismo, y publicando la *Gaceta* un extraordinario, que redactó el Ministerio de la República. Sus restos mortales reposan en Atocha. Una calle en Madrid y un sencillo monumento en su pueblo natal, recuerdan su nombre.—Sus principales obras son discursos políticos y académicos, un tomo de poesías y una cantidad extraordinaria de artículos publicados en revistas, periódicos y diarios.—Damos más abajo su conocido soneto *La opinión*, algo de su prólogo á las obras de Pastor Díaz, y menos aún de su discurso de recepción en la Academia Española.

La sien latiendo, turbia la mirada,
teñido el rostro de rubor sangriento,
la espléndida melena suelta al viento,
la vestidura al seno desgarrada;

Ella me ciñe en lúbrica lazada,
trémulo el cuerpo, el labio macilento,
con honda sed bebiéndome el aliento,
en su boca mi boca aprisionada.
¡Oh visión, que mis sueños envenenas
y en lava de volcán hinchas mis venas!
¿Quién eres, dí, mujer, deidad ó arpía?
—Soy la opinión, tu esclava y tu tirana:
hoy, transida de amor, tu barragana;
ayer, tu dama infiel con befa impía.

Igualando, sino excediendo á los más aventajados periodistas extranjeros, esto hizo durante los tres años en que de consuno con el señor García Tarrasa y conmigo, escribió sin descanso al principio en *El Español*, luego en *El Correo Nacional*, y después en *El Heraldo* y en *El Sol;* y á la par que en los dos últimos diarios, en *El Conservador*, revista política y literaria.

Comenzamos los tres la vida y la tarea de escritores públicos cuando estalló en la corte el trascendental y famoso pronunciamiento de Septiembre, y cuando huérfano de sus redactores habituales por efecto de las circunstancias el primero de aquellos diarios, acogimos gozosos la ocasión que se nos brindaba de militar en la imprenta conservadora, y ensayar nuestros juveniles bríos combatiendo cuerpo á cuerpo y brazo á brazo con los veteranos adalides del periodismo progresista. Y sucedió por cierto entonces que la Junta de Gobierno de Madrid, herida en lo vivo por nuestras duras arremetidas, mal servida por sus agentes y poco ducha en adivinar al autor por el estilo, hubo de desfogar en otros ya célebres publicistas su ira contra *El Correo*, desterrándolos á ellos inocentes, bien que á pueblos no lejanos, y sinestrépito ni aparato. Entre tanto nosotros, los verdaderos reos, ya que no podíamos redimir á las víctimas ni aun acusándonos á nosotros mismos, persistimos en acometer á la Junta más de continuo y más de recio, embozados sin designio en nuestra oscuridad como en nuestras capas, y usando de nuestro derecho...

Fruto era de estas dotes y circunstancias el estilo acaso reposado, acaso pomposo, ordinariamente rápido, á veces precipitado, siempre original, pintoresco, vario, imprevisto, con que por un doble efecto que pocos escritores han logrado, persuadía Pastor y encantaba á los hombres de letras, y arrebataba al vulgo.

Cada semana y cada día de aquella época característica, tan diver-

sa de la presente y tan distante ya de nosotros, indagaban y averiguaban los políticos del *Ateneo*, y los del *Casino*, y los de la calle de la Montera, cuándo y de qué tema (y usaban de esta frase) *predicaba* Pastor Diaz. Y al caer, en medio de la espectación aguzada, en aquella hoguera de pasiones el esperado artículo, era para nosotros una victoria y una alegría, y para el público una solemnidad y un estallido. Lo leían y releían y comentaban las gentes, y daba asunto á las conversaciones de la sociedad y pasto á las glosas y querellas de cafés y de corrillos, y se conmovía Madrid, y se presentaban erguidos y casi triunfantes los moderados, y andaban entre amoscados y mustios los progresistas, y la milicia se irritaba y el ministerio se sobrecogía. ¡Tal es en el seno de las crisis el poder de la elocuencia servida por el rápido vehículo de la imprenta, y tal la fuerza concentrada de los sentimientos colectivos!

....

Un hombre existió entonces que poseyó en alto grado el tacto de la realidad y el instinto de la situación, y que por esta cualidad sola, aunque también le adornaban otras no vulgares dotes, dominó una gran crisis y echó los fundamentos del triunfo de la buena causa. Este hombre, que sentía y practicaba, tal vez sin comprenderlo, el régimen oculto de las revoluciones, fué D. Juan Alvarez de Mendizábal.

Imputad, pues, señores, la malhadada tardanza con que acudo á recibir de vuestras manos la hermosa investidura que ilustra mi oscuridad y ennoblece mi carrera; imputadla, más que á los obstáculos que me ha opuesto y vicisitudes que me ha enviado no ha mucho la fortuna; más que á las apremiantes tareas y preocupaciones enojosas con que me ha afligido á la vez la política; más que á la notoria insuficiencia de que adolezco y que en mí reconozco, no con modestia hipócrita, sino con íntimo convencimiento; imputádsela, más que á todas esas causas, ya que tan liberalmente me la habeis perdonado, á aquel miedo y reverencial temor de que os hablaba antes, y que en este sitial y en este momento acrecienta en mi ánimo la misma novedad con que halagan y sorprenden mis sentidos el dulce ambiente, el templado movimiento, la regularidad inalterable, la serenidad majestuosa de este sosegado y pacífico recinto.

El que en otras lizas y acciones y espectáculos, donde tan fielmente se retrata la dura condición de nuestros tiempos, se ha avezado al oleaje y fragor y tumulto que levanta y embravece entre los hombres

la discordia; el que de las ásperas impresiones que allá le asedian é inflaman, y de su persuasión tenaz, y de su preocupación perenne, y de su patriotismo contristado, y de su espíritu de partido, y de su propia pasión, y de la pasión de sus amigos, y de la ardiente contradicción de sus adversarios, deduce allá la mitad de su inspiración y la mitad de su fuerza, ¡cuán helado y desconcertado no ha de hallarse aquí, donde soberanamente imperan el gusto, que es la moderación en la forma; la imparcialidad, que es la moderación en la sustancia; la sobria y austera razón, que es el criterio de la verdad, la piedra de la belleza y el contrapeso de la fantasía!

Así me disimularéis indulgentes que, esforzándome en no quedar del todo inferior á la difícil tarea que me incumbe, á la solemne ocasión en que me encuentro, á la espectación benévola de este selecto auditorio, escoja para mi desempeño un tema que, sin traspasar los límites de vuestra dilatada jurisdicción, se compadezca cuanto sea dable con el imperio de mis hábitos y con la calidad de mis estudios. Examinaré, pues, el génesis, la naturaleza, la vida *del principio de autoridad en el orden literario*, ahora que á toda influencia, á toda función, á todo órgano, á toda institución, á todo poder social demanda sus títulos con tan desusada altanería la exigente y presentuosa generación contemporánea.

El Conde de Toreno (1776-1843).—D. José María Queipo de Llano, asturiano, que combatió contra los franceses, negoció con gran habilidad un tratado entre España é Inglaterra en contra de aquella nación. Por sus ideas exaltadas en las Cortes de Cádiz, tuvo que emigrar, regresando á la patria en 1820. Habiendo modificado sus ideas, fué uno de los fundadores del partido moderado; ministro de Hacienda en 1834, llegó á la presidencia del Consejo, siendo arrojado del poder por la revolución de 1840, y emigrando por cuarta vez á consecuencia del triunfo de Espartero. Las cualidades más preeminentes del Conde de Toreno son, bajo el punto de vista de historiador eminente, las mismas que como orador parlamentario; á saber, gran lógica en la manera de discurrir, concisión y elegancia en la frase, claridad en la expresión y verdadero nervio para narrar, inculcando en el lector las ideas y convencimiento de que él se halla poseído; debe agregarse además, que es un verdadero maestro en describir, y que pinta con tanta belleza como exactitud los retratos. Los lunares que empa-

ñan estas cualidades sobresalientes, es el abuso de voces y locuciones anticuadas y la dureza de ciertos giros en su lenguaje. Bajo el punto de vista de la imparcialidad tan requerida en el historiador, no puede citarse á Toreno como ejemplo digno de imitación.

De su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España,* tomamos los siguientes párrafos sobre la «heroica conducta seguida por las tropas españolas, que al comienzo de la guerra de la Independencia en 1808, servían en el Norte á Bonaparte.

D. Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, de una de las más ilustres casas de Mallorca, había nacido en Palma, capital de aquella isla. Su edad era la de cuarenta y seis años; de pequeña estatura, mas de complexión recia y enjuta; acostumbrado su cuerpo á la abstinencia y rigor. Tenía vasta lectura, no desconociendo los autores clásicos, latinos y griegos, cuyas lenguas poseía. De la marina pasó al Ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tío D. Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña, ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo después otros cargos. Habiendo antes viajado por Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraído, cayendo en olvido y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna, en la ocasión actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, así por la buena disposición del marqués, como también por ser casi unánime en favor de la causa nacional la decisión de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto, en efecto, se les ofreció ocasión de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde Junio los diputados de Galicia y Asturias habían procurado, por medio de activa correspondencia, ponerse en comunicación con aquel ejercito: mas en vano; sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. También el gobierno inglés envió un clérigo católico, de nombre Robertson, el que si bien consiguió abocarse con el marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto, llegaron á Londres D. Juan Ruiz de Apodaca y D. Adrián Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo así, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados, y resolvieron que los de Andalucía enviasen al Báltico á su secretario el oficial de marina D. Rafael Lobo, sujeto capaz y celoso. Proporcionó

buque el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en Julio, arribó Lobo en 4 de Agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se había apostado, á las órdenes de Sir R. Keats, parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte.

D. Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se había despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida, empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojo del oficial de voluntarios de Cataluña, D. Juan Antonio Fábregues, puso término á la angustia. Había éste ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta, con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo paraje buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía, columbrando tres navíos ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiración tiró del sable, y ordenó á los dos pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues si pronto y resuelto éste, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados, pues, se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuánto gozo se embargarían los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como también cuánta sería la satisfacción del último cerciorándose de que lasuerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los jefes españoles.

. . . . . .

Causaron allí las nuevas que traía, profunda impresión. Crítica era en verdad y apurada la posición de su jefe. Como buen patricio anhelaba seguir el pendón nacional; mas como caudillo de un ejército pesábale la responsabilidad en que incurría si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido á no haberle estimulado con su opinión y consejo los demás oficiales. Decidióse en fin al embargo, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se había pensado en que se suspendiese, hasta que noticiosas del plan acordado las tropas que había en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo antes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados éstos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fué acelerar la operación trazada.

D. Modesto Lafuente (1806-1865). En León, Santiago y Valladolid siguió su carrera el ilustre hijo de Ravanal de los Caballeros; y muy joven, en 1830, entró á regentar la cátedra de Retórica en el colegio de Astorga, donde también fué nombrado bibliotecario, ganando á poco por oposición otras cátedras sucesivamente. Pocos años más tarde empezó á reunir los materiales para su *Historia de España*, trabajo que no suspendió á pesar de intervenir en el Parlamento como diputado y en las Academias de la Lengua y de la Historia como individuo laborioso, y en la Escuela de Diplomática como Director. En España llegó á ser popularísimo como periodista satírico, conocido por el seudónimo de *Fray Gerundio*. Y su actividad fué tanta, que su vida es una serie constante de folletos, periódicos, revistas y libros. Sus viajes por el extranjero fueron leídos con verdadera avidez por todas partes. Pero la obra más importante de su vida es la *Historia general de España*, escrita con criterio mesurado y sano. Aunque salpicada de errores según la crítica moderna, merece ser considerada como un verdadero monumento de nuestra literatura. Su estilo es dasaliñado á fuerza de natural, y no se halla tampoco exento de galicismos.—He aquí los párrafos con que comienza el capítulo III:

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes; los Flavios y los Antoninos, que dieron á España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fué como una mancha que cayó enmedio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustración de Adriano, la piedad de Antonio y la filosofía de Marco Aurelio, hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo, España dió grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilización. Sólo faltaron á estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos: el de haber abrazado la nueva religión, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habían quitado.

Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores que, como aquellos para dicha, éstos para azote de la humanidad,

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO Diputación Provincial MALAGA

parece haber sido permitidos, por no atrevernos á decir enviados por la Providencia. Lo haremos rápidamente, ya porque no nos proponemos escribir la historia de los emperadores romanos, sino en la parte que de ello pudo tocar á España, ya porque no es grato ni exponer ni contemplar un cuadro de negros vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada á alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos seres, que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrara un monstruo como su hijo Cómodo, y no extrañamos que, por respeto á las virtudes del padre, supongan algunos historiadores que Cómodo no fué hijo del emperador filósofo... Los hombres no pueden imaginar vicio, ni crimen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupción de ningún género, que no se hallase reunido en Cómodo. Sus acciones, sus gustos, menos eran ya de hombre corrompido que de bestia salvaje. Nerón, Calígula, Vitelio y Domiciano habían sido templadamente desenfrenados en comparación de Cómodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura á sus crímenes á fin de no espantar demasiado á la tierra.»

D. Antonio Ferrer del Río (1814-1872). También debe ocupar un puesto en nuestra literatura el distinguido hijo de Madrid. La nota característica de su ingenio es la amenidad y brillantez, y la intuición demostrada en todos sus trabajos. Fué discípulo de Lista, y de él heredó la prudencia y sensatez para escribir la historia. Entre sus libros, el más discutido y el más importante al propio tiempo es la *Historia del reinado de Carlos III en España*, donde resplandece aquella sagacidad á que hemos aludido, y una forma literaria tan estimable por su corrección como por su elegancia. La cultura patria debe mucha gratitud al ilustre académico.—Veamos algunos conceptos del prefacio de dicha obra:

Verdaderamente la historia del reinado de Carlos III contiene fructuosísima enseñanza. A impulsos del espíritu reformador, que corrige, crea y perfecciona, no del espíritu revolucionario, que trastorna, destruye y extingue así los usos y las leyes como las creencias y las instituciones, adelantaba entonces España por las vías de la civilización y el progreso con paso triunfal y seguro. Desde la era memorable de

Isabel I y Fernando V nunca había sido teatro de animación tan ordenada ni de tan sólida grandeza; jamás se hizo al mérito personal acogida tan grata, ni tuvo mayor imperio la justicia. Ventiláronse á la sazón muy arduas cuestiones eclesiásticas y civiles, y para todas hubo intérpretes autorizados, y sostenedores perspicaces que, sin menoscabo del orden público, fuera del cual sólo veían infortunios, ni de la piedad religiosa, que encendía sus almas en vivo fuego, acertaron á sortear escollos y á guiar por buen derrotero la nave del Estado.

Una época tan fecunda en nobles esfuerzos y ópimos frutos, arguye contra los exclusivistas que derivan de las formas políticas de gobierno la ventura de las naciones; y el fiel cuadro que me propongo trazar ha de robustecer la opuesta doctrina. Entre sus más notables figuras ninguna aventaja á la de Carlos III; y no por el lugar jerárquico que ocupa, sino por el brillante papel que representa, ora tome la iniciativa, ora el consejo para efectuar las innumerables reformas que le valieron inextinguible fama Ya sé que algunos tachan á este monarca de cortedad de luces y de estrechez de miras; y que algunos otros suponen que sus ministros le engañaron ó sorprendieron para dictar ciertas providencias. Cuarenta y ocho tomos de cartas semanales y escritas de su puño desde Octubre de 1759 hasta Marzo de 1783 al marqués de Tanucci, existentes en el archivo de Simancas, por mí leídas hoja tras hoja, sacando de ellas largos apuntes, sirven á maravilla para pintarle tal como era, y penetrar hasta sus más recónditos pensamientos, y contradecir á los que le juzgaban á bulto.

....

Sin jactancia blasono de haber procedido con absoluta independencia sobre todo aquello en que lícitamente se puede explayar el discurso; mi pluma, aunque humilde, no sabe correr sino á compás de la inspiración propia y tomando la verdad por única guía. Según la concibo, la expongo: fúndola en datos, no en conjeturas trato de probar lo que afirmo; y como ningún otro interés me anima al divulgarla con noble libertad que el de la gloria de mi patria, no quiero aplauso que no gane ni indulgencia que me contemple, sino aviso que me corrija, censura que me convenza y, en suma, todo lo que logre comunicar más luz á los hechos, mayor solidez á los juicios, y la posible perfección al conjunto de mi trabajo.

D. Fernando de Castro (1814-1874). El ilustre hijo de Sahagún, apenas ordenado sacerdote, fué profesor en el Seminario de León, y pocos años después catedrático por oposición de

Historia en el Instituto de San Isidro de Madrid. Al fundarse la Escuela normal central de Filosofía (para el profesorado de Institutos y Universidades), la dirigió en su segunda época; después, pasó por concurso á desempeñar la misma cátedra de Historia en la Facultad de Letras de la Universidad central, siendo nombrado rector de este centro á raíz de la revolución de Septiembre de 1868. A él se deben las Conferencias para la enseñanza de la mujer y la Escuela de Institutrices fundada también para la educación de la misma. Presidió la Sociedad española abolicionista de la esclavitud, y fué Académico de la Historia. La crítica venenosa se ha ensañado contra tan respetable personalidad porque en sus últimos años dejó de pertenecer al sacerdocio católico; pero todos los que desapasionadamente lo conocieron y le estudian, reconocen á la vez sus altas dotes, sus extraordinarias virtudes y su vida inmaculada. Elocuente orador, prosista correctísimo, y erudito, sereno, severo é imparcial historiador, es el eminente maestro una de las personalidades más salientes en los tiempos actuales. Sus principales obras son: una *Historia elemental* para los Institutos; la *Historia universal ampliada* para las Universidades; su discurso de recepción en la Academia «sobre los caracteres históricos de la Iglesia española», y sus conferencias y sermones.—De su célebre *Sermón* del Dos de Mayo:

Cuando un ejército numeroso defiende una plaza bien fortificada y abastecida, cumple, al hacerlo, con los deberes de la profesión de la milicia y con los del pundonor. Mas cuando unos cuantos militares, unidos á un paisanaje desarmado, se proponen defender una ciudad desmurallada y sin condiciones naturales de defensa, y se comprometen bajo juramento á «vencer ó morir,» porque dicen: el que apetece una vida deshonrada es cobarde ó malvado; y quédese para las almas bajas preferir á la muerte una esclavitud infame; y ¿cómo vivir sin honor, sin patria y sin religión?»; cuando en fuerza de estos sentimientos todas las clases compiten á porfía para trabajar de consuno, y los religiosos hacen cartuchos, y las religiosas y las seglares preparan hospitales de sangre, y los ancianos aconsejan, y los niños ayudan, y los hombres pelean; y cuando es tan fuera de lo ordinario y común el desinterés y desprendimiento, que de los ricos, unos ceden gustosos su propia casa para obras de fortificación, y otros ayudan á talar y que

mar sus olivares, sus viñedos, sus huertas y torres para el mismo objeto; y por fin, cuando reuniendo sus víveres, se resignan todos á comer pan de munición y á sufrir los rigores de un asedio: á los deberes de la profesión de la milicia y del pudonor, hay que agregar el más alto del patriotismo. Y cuando para avivarlo se apela al sentimiento religioso, y el pueblo invoca los sagrados objetos que venera, y en los cuales tiene toda su confianza, y repítese el triunfo del pueblo de Dios como en tiempo de Débora, y mujeres prodigiosas, después de implorar la protección de la Virgen, quizá, más renombrada de España, y de entonar himnos sagrados y cantos nacionales, excitan el entusiasmo en los guerreros, construyen baterías y las defienden, y arrojándose sobre los cañones arrancan la mecha aún encendida de las manos de un cadáver, y hacen fuego al enemigo: entonces hay algo de sobrehumano y sobrenatural en la defensa de sus templos y hogares. Y si el ardimiento, el tesón y la constancia rayan tan alto que á pesar de las explosiones que sepultan miles de patriotas bajo las ruinas de centenares de casas, de templos y otros edificios; si no obstante pesar ya sobre la ciudad sitiada la guerra, descargan además el hambre y la epidemia; si ésta es tan mortífera que hay días de llevarse 500 vidas; si en medio de una desolación tan universal se propone una paz honrosa, y se desecha con indignación, contestando: «guerra á cuchillo,»—«defenderemos hasta la última tapia,»—«la última piedra será nuestro parapeto,» y ni el bombardeo, ni la brecha, ni los repetidos asaltos, ni las minas, ni el hambre, ni la peste enflaquecen el ánimo de aquellos valientes, y de calle en calle, de casa en casa, de piso en piso y de habitación en habitación se defienden como leones, y es preciso «matarlos para vencerlos;» y por último, si capitulan con valentía, cuando su ilustre caudillo yace postrado en cama á causa de la epidemia; cuando la población es un montón de escombros; cuando no se pisa sino sobre cadáveres insepultos; y cuando los que viven son tan cadáveres como los que mueren: entonces la lengua humana no tiene palabras con que expresar lo heroico y sublime de la defensa. ¡Bien puede decirse que en nuestros tiempos se han renovado en tal pueblo las hazañas que se suelen colocar entre las fábulas de los tiempos homéricos!

Miñano (1779-1845). Debe considerarse al prebendado de Sevilla D. Sebastián como uno de los mejores prosistas del siglo XIX, siendo el principal nervio de sus escritos la fina sátira con que censura los vicios y ridiculeces sociales y nacionales. Sus

célebres *Cartas del pobrecito holgazán* dirigidas contra todo el régimen antiguo (inquisición, diezmos, comunidades religiosas, etcétera), llegaron á obtener extraordinario favor público, y están escritas con suma gracia, aunque impregnadas de espíritu volteriano á pesar del carácter de clérigo del autor.—Muestra de sus *Cartas:*

Amigo D. Servando.....

Cosa increíble parece si no lo hubiéramos visto; pero ni siquiera por descuido hubo aquel año entre los Diputados ningún exinquisidor que hubiese podido sacar la cara en favor de tan extinguido cuerpo; y ya ve usted que una exclusión tan injusta cerraba enteramente la puerta á las más remotas esperanzas. Fueme, pues, indispensable hacerme la mortecina y tirarme, como dicen, por el golpe, sin que me hiciesen salir de mi agujero, ni los desmerecidos elogios, ni las injustas recriminaciones, ni los estúpidos imitadores, ni los malhadados críticos, ni la suplantación de mi testamento, ni los fingidos sollozos y campanadas por mi muerte. Quise también hacerme sordo á los gritos de la amistad y del parentesco, pues ni siquiera me determiné á contestar á ninguna de las veinte cartas que me escribió *mi compadre*, aunque las recibí todas; tal fué el estado de abatimiento en que me dejó la inesperada reunión de Cortes.

Verdad es que, como ya le dije á usted en una de mis cartas, yo nunca había podido hincar el diente á esa decantada Constitución, ni había podido recabar de mí más que tararearla mal y de mala manera, lo cual me daba mucha desventaja para poder impugnarla según eran mis deseos. Con este santo objeto me aproveché de la voluntaria oscuridad de mi vida, no sólo para leerla, sino para estudiarla y perifrasearla de mil maneras, amplificando y sustituyendo muchas de sus palabras para poder argüir con ellas á los que en adelante se propusieran defenderla. Mas ya que con usted puedo hablar con toda confianza, no encontré en este estudio todos los auxilios que yo me había figurado, porque, en efecto, la Constitución en sí misma contiene ciertas cosas que podrían contentar, no sólo á ustedes y á mí, que la aborrecíamos sólo por el sonido, sino también á los que con más ahinco se habían propuesto contrariarla...

D. Serafín Estébanez Calderón (1799-1867). Desde los primeros estudios de filosofía y humanidades que llevó á cabo en su pueblo natal, Málaga, empezó á mostrar sus raras cualidades el que andando el tiempo habría de firmarse con el seudó-

nimo *El solitario;* y casi un niño todavía, á los veinte años regentaba una cátedra de Retórica y de griego. Novelista y escritor de costumbres, crítico afamado, no sólo formó su educación en el conocimiento de los clásicos, si que también la afirmó y amplió con los autores españoles, sin que su buen gusto le arrastrara á los defectos del culteranismo tan usuales en nuestros maestros del siglo de oro y anteriores. Sus escenas andaluzas pasan por ser de lo mejor que se ha escrito desde el punto de vista pintoresco y de fina observación y aguda gracia en lengua castellana.—De *La feria de Mairena:*

¡Ay, Mairena! ay, Mairena del Alcor! ¡Cómo recuerdo el delicioso y sereno día en que llegué desde Sevilla á tu rica y visitada feria. Un sol claro y benigno daba vida al lindo paisaje de Alcalá de Guadaira, que jamás tendrá pincel que lo retrate en toda su belleza, ni trovador que revele todos los dulces y risueños pensamientos que sugiere. A un lado y otro se extendían las simétricas selvas de olivos que se pierden á la vista, como el horizonte en el mar, y al frente, como cerrando el cuadro, se miraban coronados de rosadas neblinas los altos collados sobre que se ve fundada la antigua Carmona. Carmona, la ciudad más fiel á la causa del justiciero D. Pedro, y última depositaria de sus hijos y sus tesoros. En derredor y al lejos descollaban los oteros, las colinas, ó se abrían los valles y cañadas, teatro de las hazañas de los descendientes y rivales de los antiguos Francisco Esteban, de Nebrón, y de Cadenas, los Siete Niños de Ecija, José María, Caballero y otros ciento, reyes de los bosques y caminos de Andalucía, y al fin entre los árboles é iluminadas vagamente por una luz de púrpura y oro, se dejaban ver las moriscas almenas de tu castillo, juro hereditario de los heroicos Ponces de León, timbre después de la casa de Arcos.

. . . . . .

El refinamiento de la civilización no ejerce allí su odiosa y exclusiva tiranía; todos disfrutan los goces, la holgura, son allí el patrimonio de la muchedumbre, porque están al alcance de todos. Esto derrama una bienandanza por todo aquel inmenso concurso, que añade nuevos quilates al placer del curioso observador. Al lado de los dulces laboriosamente confeccionados y sobrecargados de esencias y perfumes, regalo sólo del rico, se encuentra el acitrón, el alajú, los turrones y otros mil azúcares todavía de raza mora, que por su módico precio procuran igual sabrosa satisfacción á la aldeana, al rústico y demás

gente menuda. Si allí el fondista muestra al gastrónomo su luciente aparador y batería, allá las gitanas cubiertas de flores, en un aduar de chozas, de singular talle y traza, ofrecen rubia como el oro, saltando entre el aceite, la masa candeal convertida en buñuelos, si apetitosa al paladar, fácil de costear para todo bolsillo. Los vinos extranjeros ceden allí al famoso y barato manzanilla; la aceituna de mil modos y siempre sabrosamente disfrazada, toma prioridad, como ama de casa, sobre la francesa y apatatada trufa, y la lima, el limón dulce y la naranja, manjar aristocrático en otros países, bailan de mano en mano entre las turbas de muchachos, y entre los corros y ruedas de los mayorales, ganaderos y otra gente, así de más alta como de más baja estofa. Acaso con sus blancas tocas y su pintado albornoz algún moro en una ancha cesta ofrece el dátil de Tafilete destilando miel á los aperadores y guardas de campo que no tienen los ojos menos negros ni las mejillas menos atezadas que él; y todos, todos disfrutan, huelgan, se solazan y recrean Allá asisten á los títeres y volatines, aquí á la chirinchina y pulchinelas; acullá tratan y contratan; por este lado dicen la buenaventura, por aquél se ajusta un caballo ó una yunta de ganado; aquí se canta, allí se baila. Este requiebra, aquel enamora; todos se agitan, todos bullen. ¡Cuánta gente, cuánto viviente! ¡Qué discurrir de hombres á caballo, de calesines que llegan, de coches que pasan, de barroches que vuelan, de pretales que suenan, de campanillas que alborotan, de zagales que gritan! Los ojos se deslumbraban y la cabeza se desvanecía.

Mesonero Romanos (1803-1882). En Madrid vió la luz primera; y la holgura de su cuna y la templanza de su carácter le mantuvieron siempre á distancia de las ambiciones políticas y de la lucha por el medro personal en los cargos públicos, permitiéndole todas esas cualidades en que nació y vivió consagrarse por completo á la literatura, en donde llegó á alcanzar popularidad y renombre como pocos, no sólo en su querido pueblo natal, sino en los más apartados rincones de las provincias. Temperamento suave el de D. Ramón, incapaz del odio y de la hiel, bondadoso y cándido como un niño, fué estimado por los hombres de todos los partidos y escuelas, y por la serenidad y nobleza con que defendía sus ideas y exponía sus juicios. Sincero patriota, ni desconocía los méritos de España, ni callaba nuestros vicios y defectos.—Las principales obras de «El curioso parlante» (que así

se firmaba), son: *Escenas matritenses, El Manual de Madrid, Recuerdos de viajes* y *Memorias de un setentón.* Su estilo es natural y sencillo, sin pecar en desaliñado; su locución siempre castiza, y su manera de discurrir llena de gracia y de ingenuidad un tanto infantil.—He aquí algunos *Requiebros del Avapiés,* y algunos párrafos «De Madrid á la luna» *(Escenas matritenses)*:

Asoma estrella del barrio
á esa ventana rasgada
y oirás cómo tu manolo
sabe expresarse cuando ama.
. . . . . .
¿No soy yo aquel temerón
cuya historia se relata
desde el *Campo de Manuela*
hasta la costa africana?
¿No soy aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemplada guitarra?
¿No soy aquel que los hombres
supo humillar á sus plantas
dispensando á las mujeres
su protección soberana?
¡Cuántas me hicieron favor!
¡Cuántas me dieron las gracias
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!
Mas... ¿qué digo? Tú también,
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo... ¿no te acuerdas?
en que digiste me amabas.
Y aquel tiempo ya pasó...
¿mas por qué ha pasado ingrata?
¿Qué causa te pude dar
para tan fiera mudanza?
¿Culpa de un garrote fué?
Mas ¿qué son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana?
Fantasías juveniles,
celos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.
Ya la razón me templó,
ya no soy celoso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas.
Seis años de *esposa* dura
la hacen desear la blanda;
hierros borraron sus yerros
y amasaron su pujanza.
Héme, que ya arrepentido
torno á humillarme á tus plantas
en demanda de aquel *sí*
que el amante pecho aguarda.
. . . . . .

Ya había un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de los balcones de una casa principal hirió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista; y al resplandor de la suntuosa iluminación que despedían las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegan-

tes, que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compás. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares, con sendas bandejas, distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes; y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; y todo era risa, y algazara, y movimiento, y vida, y dulzura y placer. El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolón de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos, que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor, y á la puerta, varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando más embelesados estábamos en esta contemplación, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrían paso de honor á los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso por una disonancia *sui generis*, que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices, acometidas de improviso, nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos, y refugiarse al medio del salón, y prestarse mútuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor pára y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su vez le imitan igualmente todos los demás funcionarios con sus respectivos instrumentos; y sin hacer alto en la consternación del concurso, ni en la incongruencia de su determinación, se preparan á ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestión.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza: éste, horrorizado, baja la escalera, vestido de rigurosa etiqueta, con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena, le suplica que dilate hasta el siguiente día su operación, otras veces le amenaza, le insulta y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano el complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus jefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginación de todos los concurrentes; las damas

acuden á buscar sus chales y sombreros; los galanes toman capas y sobretodos; los lacayos corren á hacer arrimar los coches; el amo patea, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que al fin se compondrá: nadie lo cree, y los salones van quedando desiertos, los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos, y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

. . . . . .

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena, que á juzgar por la obertura no podía menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero hasta en el nombre, formaba un estrépito original y extravagante, que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que expresa rápidamente, y no da lugar á dudas ni interpretaciones. Así que luego que oimos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *lira de Medellín*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Eralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigían aquel agasajo á un honrado tabernero, que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y sus cuatro de viudez, con una calcetera, también viuda, también vieja, y también honrada; determinación heroica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara, que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del himeneo. . . . . .

¡Las dos y media: y... sereno.—«Gracias, amigo,» dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza, que asomó envuelta en un gorro como verde por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena, que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

D. Antonio María Segovia (1808-1874). Escritor del mismo género que Estébanez y Miñano, debe figurar entre los más distinguidos de su tiempo, el que se firmó con los seudónimos de «El Estudiante» y luego «El Cócora». Como articulista de costumbres, crítico, acaso deba anteponérsele á muchos de los ya

nombrados desde el punto de vista del chiste ático y de la ligera caricatura. Menos estimable es como poeta, aunque siempre su dicción es de pureza intachable y de atractiva galanura. ¡Lástima que sus numerosísimos trabajos no hayan sido coleccionados hasta el día!—He aquí unos párrafos del boceto *Los aficionados*.

Salí, como digo, de mi casa para la de un D. Trifón Acebo de la Sierra, á quien desde Jaén me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo y me encontré con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio, vestido sobre una camisa no muy blanca, una levitilla de cúbica no muy negra, pantalón naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artísticos pliegues el lugar que deberían ocupar las medias, y dejando ver unos pantuflos, que empezaron á despellejarse el mismo día en que murió *por primera vez* el Sr. D. Fernando VII.—Anuncié mi embajada y de parte de quién venía, lo cual oído por D. Trifón, con entrambas manos agarró la derecha mía, y sobándomela y estrujándomela, me hizo saltar las lágrimas, porque las tales manos más parecían forradas de lija que de cutis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de adentro, diciendo que quería tratarme con franqueza: yo me dejé guiar, y fuimos por una escalera camino de una buhardilla. Subíamos un escalón, y subía un grado de Reaumur la temperatura: así llegamos á los veintidós escalones, entretanto que él me iba preparando para entrar en *su taller*, «porque ha de saber usted (añadió) que el haberme hallado así en este traje, y todo lleno de virutas, serrín y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanistería».—¡Aficionado, dije para mí, Dios nos asista!—Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca abajo un cajón viejo de cigarros, me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad é hiciese cuenta que estaba en mi propia casa; ilusión imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias menos calurosas. Quise entonces hablar de mi asunto y despachar; pero D. Trifón me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. «Vea usted, mi amigo (me decía), aquí estoy empleado ahora en hacer estas frioleras;» y me enseñó un gran cajón de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provisión de salvado para las gallinas, una percha, y un mango de martillo. «No es esto solo (añadió), aquí tiene usted una jaula, que por dejarla acabada el jueves, no fuí á la oficina. ¿Qué le parece á usted?» Perfectamente

(dije yo); y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como también el sutil ingenio con que ha ocultado usted la portezuela por donde haya de entrar el pájaro.—¡Qué dice usted! exclamó, y acompañado este grito con una interjección muy de ebanista, «soy un borrico (añadió), que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula.»—Con todo eso (le dije yo), el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscabarle un olvido tan natural, como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de Correos.

Dióle consuelo la comparación, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual había puesto un pie de nogal pintado; un comedero de palomas en que había transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan extraño conservatorio, pregunté dónde ó cómo había aprendido el oficio.—No le he aprendido (contestó); si es todo de pura afición.—¿Y cuáles maderas prefiere usted entre las que produce España por sus calidades?—De eso no estoy enterado (dijo), porque no me he dedicado á la farmacia.—Y de los tornos modernos, ¿cuál es el que usted usa?—El del tornero de la esquina (replicó), que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece.....

D. Mariano Jose de Larra (1809-1837). En los pocos años que contó de existencia dejó sobradas muestras de su genio, desnaturalizado por un temperamento hipocondriaco y misantrópico, que exacerbó sin duda el romanticismo de su tiempo y la exaltación de las pasiones políticas corrientes á la sazón. Recibió su educación el ilustre madrileño en un colegio de Francia y la completó en la corte de España.—Las primeras muestras de sus entusiasmos literarios fueron la traducción de la *Iliada* (del francés), y la del *Mentor de la juventud*. En Valladolid y Valencia había estudiado el griego, el inglés y el italiano, las matemáticas y las leyes. Publicó el periódico *El Pobrecito hablador*, por folletos que no tenían fecha para salir, mostrando su implacable saña y su firmísima penetración, con la censura de instituciones, usos y personas. Más tarde adoptó el seudónimo de *Fígaro*, que lo ha hecho inmortal.—En esta época, los trabajos políticos, los de crítica literaria y los de índole social, lo colocaron á la cabeza de todos los escritores de su tiempo, y dentro de su género,

acaso de su siglo. Menos afortunado como autor dramático que como crítico teatral, ni en la escena ni en la novela logró laureles. Entre sus producciones didácticas se cuenta un *Diccionario de Sinónimos* que dejó sin concluir. Larra en su estilo es siempre ameno; y lo que escribió como de ocasión, resulta siempre con interés, porque en el fondo de sus escritos no es solamente un literato, sino que bajo la belleza de la forma palpita el pensamiento de un verdadero filósofo. Quizá desde Quevedo no ha vuelto á existir en la literatura española escritor semejante. El pesimismo de Larra le llevó á poner fin á su azarosa vida en un rapto de loca desesperación. — Copiaremos algo: primero de *El castellano viejo*, y segundo, de *El día de difuntos*.

...Andábame días pasados por esas calles á buscar materiales para unos artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas, y moviendo maquinalmente los labios: algún tropezón me recordaba de cuándo en cuándo, que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de mi espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada, que una gran mano pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni despreciaba el agasajo de quien sin duda había creído hacérmelo más que mediano dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy? Un animal,

iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales *—Braulio eres*, le dije. Al oirme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena.—¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?—¿Quién pudiera sino tú? ..—¿Has venido ya de tu Vizcaya?—No, Braulio, no he venido.—Siempre el mismo genio.—¿Qué quieres? es la pregunta del español.—¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?—Te los deseo muy felices.—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo; el pan, pan, y el vino, vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos, pero estás convidado.—¿A qué?—A comer conmigo.—No es posible—No hay remedio.—No puedo, insisto ya temblando.—¿No puedes?—Gracias.—¿Gracias? Vete á paseo, amigo; como no soy el duque de F, ni el conde de P. (¿Quién se resiste á una sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?)—No es eso, sino que...—Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos; en casa se come á la española: temprano. Tengo mucha gente: tendremos al famoso X, que nos improvisará de lo lindo; T nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche, J cantará y tocará alguna cosilla.—Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder: un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener valor de aguantar sus obsequios.—No faltarás si no quieres que riñamos.—No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.—Pues hasta mañana; y me dió un torniscón por despedida. Vile marchar, como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo lo imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta, que tiene una cintilla atada al ojal y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educación más escogida y modales más suaves é insinuantes.....

En atención á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribía) que vivía en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder también que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte; cuestión en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy día de difuntos de 1836, declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He vist tanto, tanto, tanto... como dice alguien en el *Califa*. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un día de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan: sucédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el día de los Santos, y fundado en el antiguo refrán que dice *fíate de la Virgen y no corras* (refrán cuyo origen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que solo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro; un inexperto que se ha enamorado de una mujer; un heredero, cuyo tío indiano muere de repente sin testar; un tenedor de bonos de Cortes; una viuda que tiene asignada pensión sobre el Tesoro español; un diputado elegido en las penúltimas elecciones; un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto; un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado sólo liberal; un general constitucional que persigue á Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad, sin encontrarla en ninguna parte; un redactor del *Mundo* en la cárcel, en virtud de la libertad de imprenta; un ministro de España, y un rey, en fin, constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvía en un sillón de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente; ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis

dedos otros tantos gobiernos; ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él; ora la bajaba avergonzado, como quien ve un faccioso más, cuando un sonido lúgubre y monotono, semejante al ruído de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Día de difuntos! exclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte. Ellas también, las campanas, han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo; ellas también van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica; y ellas serán las únicas en España, ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reacción natural, cuando se ha agotado una situación, ocurriéndome de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión... ¡fuera! exclamé, ¡fuera! como si estuviera viendo representar á un actor español; ¡fuera! como si oyese hablar á un orador en las Cortes, y arrojeme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gómez.

— Lección 45 —

Zorrilla (1818-1896). El ilustre vallisoletano se educó en Madrid, y en Toledo y Valladolid siguió estudios jurídicos por empeño de su padre, que él contrarió abandonándolos al par que la casa paterna, para ir en busca de aventuras y de laureles á la corte.—Un año entero estuvo su familia ignorando su paradero, hasta que en el entierro de Larra, con asombro del cortejo fúnebre, leyó ante la tumba del malogrado *Fígaro* una composición poética. Como dice Pastor Díaz en el prólogo á la primera colección de líricas que D. José dió á luz (1837) aquel día, perdió España un literato ilustre y nació otro que había de eclipsar á todos los poetas.—Dos libros predilectos tuvo Zorrilla en su primera época, formando su gusto y su enseñanza literaria: la *Biblia* y *El genio del Cristianismo*, de Chateaubriand. Byron también influyó mucho en su estilo, sin que nadie deba enorgullecerse de haber mermado en lo más mínimo la originalidad característica del autor de tantas y tantas producciones. Lanzado al campo de la literatura, rápidamente fué coronado por la opinión, llegando á

alcanzar la más extraordinaria popularidad que ha existido en España. No ya por miles, sino por millones, pueden contarse sus versos; y su rica vena mostróse, no sólo en la lírica, si que también en la épica, con admirables leyendas moriscas y cristianas, y en la dramática con una veintena de obras que no hay español que no haya visto representar ó que conozca de oídas, ó que por lo menos, no le sean familiares sus títulos. Desde los jóvenes que inauguran sus juegos escénicos con *El puñal del godo* (por carecer de mujeres), hasta los aficionados que tienen al *Don Juan Tenorio* como la piedra de toque en que pueden contrastarse sus aptitudes, y los actores que en la interpretación de los dramas *El Zapatero y el Rey, Sancho García, Traidor inconfeso y mártir*, prueban sus facultades, ó en las comedias *Ganar perdiendo*, y *La mejor razón la espada*, etc., etc, no hay entusiasta del teatro romántico moderno que no vea en Zorrilla la más alta representación poética de nuestra tradicional escena.—Entre sus leyendas deben nombrarse *Margarita la Tornera* y *A buen juez mejor testigo*, sin que deban omitirse los «Cantos del Trovador», publicados por primera vez en 1840, y su poema á Granada (1852).—Después de complicadas vicisitudes en su vida, y de ver cómo una sola de sus obras *(Don Juan Tenorio)* producía pingües rentas á los editores mientras que él la vendiera por poco más de nada, cansado de la lucha con la escasez, marchó á América, donde fué poeta de la corte del infortunado emperador Maximiliano, en Méjico. De esta su segunda época, é influído sin duda alguna por el gusto dominante en toda la América latina, son multitud de líricas en forma ora de baladas, ora de simbolismos más ó menos conceptuosos, pero de una riqueza de lenguaje y de una galanura tan exuberante como jamás se ha producido desde el nacimiento de la hermosa lengua castellana. Zorrilla tiene sin disputa entre sus mil méritos el de poseer el más amplio y perfecto vocabulario de la poesía española, y bien puede asegurarse que ningún escritor ha dominado el diccionario de su lengua como él, que por ser singular en todo, hasta escribió en verso su discurso de entrada en la Real Academia Española, pocos años antes de morir en Madrid. Granada le coronó en vida también en esos últimos años, y no

hubo provincia á quien no cantase y de quien no recibiera inequívocas pruebas de acendrado cariño, y la Historia le proclamará el primero y el más grande de nuestros poetas.—Citar algo selecto de Zorrilla es tarea difícil, porque todo es bueno, y al acaso trasladamos á continuación trozos de *El reloj*, *La siesta*, *El pueblo del porvenir*, *La carrera del caballo* (del poema «Alhamar el Nazarita», donde emplea *todos* los metros usados en la poesía castellata), y *La Tempestad* (de los «Cantos del Trovador»).

Cuando en la noche sombría,
con la luna cenicienta,
de un alto reloj se cuenta
la voz que dobla á compás;
Si al cruzar la extensa plaza,
se ve en su tarda carrera
rodar la mano en la esfera
dejando un signo detrás;
Se fijan allí los ojos,
y el corazón se estremece,
que según el tiempo crece
más pequeño el tiempo es;
Que va rodado la mano,
y la existencia va en ella,
y es la existencia más bella,
porque se pierde después.
Tremenda cosa es pasando
oír entre el ronco viento,
cual se despliega violento
desde un negro capitel.
El son triste y compasado
del reloj que da una hora
en la campana sonora
que está colgada sobre él.
Aquel misterioso círculo,
de una eternidad emblema,
que está como un anatema
colgado de una pared,
Rostro de un ser invisible
en una torre asomado
del gótico cincelado
envuelto en la densa red,
Parece un ángel que aguarda
la hora de romper el nudo
que ata el orbe, y cuenta mudo
las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido
con la punzante campana
las horas que habrá mañana
de menos al despertar.
. . . . . .
¡Ay! que es muy duro el destino
de nuestra existencia ver
en un misterioso círculo
trazado en una pared;
Ver en números escrito
de nuestro orgulloso ser
la miseria... el polvo... nada,
lo que será, nuestro *fué!*
Es triste oír de una péndola
el compasado caer,
como se oyera el ruído
de los descarnados pies
de la muerte que viniera
nuestra existencia á romper;
oír su golpe acerado
repetido una, dos, tres,
mil veces, igual, contínuo,
como la primera vez.
. . . . . .

Son las tres de la tarde, Julio, Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla:
la luz es una llama que abrasa el cielo:
ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre á la mosca todo se enerva:
la culebra se enrosca bajo la hierba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño á la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galbana se asoma á su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
ni hoza la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea;
todo el fuego se agosta del seco estío:
duerme hasta la langosta sobre el plantío.
Sólo yo velo y gozo fresco y sereno;
sólo yo de alborozo me siento lleno,
porque mi Rosa
reclinada en mi seno
duerme y reposa.
Voraz la tierra tuesta sol del estío;
mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
¡Duerme entretanto,
que yo te velo: duerme,
que yo te canto!

Yo quiero un pueblo que alegre
con gracia y con perspicacia;
que lo que derroche en gracia
su trabajo lo reintegre.

Yo quiero un pueblo que crea
en Dios y que á Dios adore;
mas que trabaje é implore,
sin cesar en su tarea.

Yo quiero un pueblo que cante
y que alegre sus talleres;
yendo allí con sus mujeres
y sus hijos por delante.

Quiero un pueblo noble y bravo
que trabaje porque debe;
no que en el trabajo lleve
el yugo vil del esclavo.

Quiero un pueblo que enamore
cantando, mas que se instruya;
que fabrique, que construya,
que maniobre y que labore.

Quiero un pueblo que trabaje
y en su casa no se aburra;
que investigue, que discurra,
que lea y hasta que viaje.
Quiero un pueblo con labranza,
con industria y con caminos
por donde anden sus vecinos
con holgura y con holganza.
Quiero un pueblo con ciudades
donde tengan por recreos
Institutos y Museos,
Sociedad y Sociedades.
Quiero un pueblo de aptitudes
capaces de iniciativas
cristianas, serias y activas,
y de cívicas virtudes.
Pueblo, en fin, con las ventajas
de las prácticas modernas;
con más granjas que tabernas,
con más virtudes que alhajas;
sin viles pasiones bajas;
sin resabios ni secuelas;
con más libros que barajas,
más aperos que vihuelas;
con muchísimas escuelas
y poquísimas navajas.

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvaje
ganando á saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramaje
á riesgo de la vida de su jinete real.
....
y matas y peñas, vallados y troncos
en rápida, loca, confusa ilusión
del viento á los silbos, ya agudos, ya roncos,
pasaban al lado del suelto bridón.
....
Pasaban y Al-hamar las percibía
pasar, sin concebir su rapidez,
en más vertiginosa fantasía,
en más confusa y tumultuosa orgía
más juntas, más veloces cada vez.
....
Y en su faz estrellándose el viento,
la ponía en nerviosa tensión,
y cortaba el camino al aliento,
y prensaba el cansado pulmón;
....
Y vió que un alba serena
con blanquísimos reflejos
amanecía á lo lejos
en esta nueva región;
y el alma exenta de pena
cruzando el éter tranquilo
volaba á un eterno asilo
en otra inmortal mansión.
.....
Vió islas encantadas

flotando en los espacios
con templos de palacios
y muros de marfil;
y casas fabricadas
de nácar, cuyas puertas
de ébano, dan abiertas
sobre jardines mil.
.....
.....

Avanza y niebla
pálida ve
que el aire puebla,
según pie á pie
ganando va
aquel extenso
espacio inmenso
dó errando está;
y le parece
que se ennegrece
mar, niebla y viento
en torno de él
y que se acrece
cada momento
el movimiento
de su corcel.
Anochece
y oscurece
más aprisa
cada vez
el ambiente,
que se espera

Vió luego estos ríos
crecer sin vallares
perdiéndose en mares
de leche y de miel
y en ellos navíos
dó van los amores
meciéndose en flores
de uno á otro bajel.
.....
con creciente
lobreguez.
.....
Israfel
allí está
para ver
el que va
sin caer,
y pasar
no dejar
al infiel;
y he aquí
que por él
va á pasar
el corcel
de Al-hamar.
.....
Ya toca
la opuesta
ribera:
ya poca
carrera
le cuesta.

.....
¡Valor!
ya llega;
le ciega
el pavor.
Oh ¡dadle
favor!
Salvadle
Señor!
Saltó.
Pasó
con bién
y allá
cayó
de pie.
Salvo
fué.
¡Oh!
ya
¿quién
ve
dó
va?

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
del aire trasparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
del Zénit suspendiendo su tenebroso tul?
¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
y al firmamento trepan en lóbrego montón,
y el puro azul alegre del firmamento manchan
sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamcnte por cima de los montes,
avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
los huecos oscurecen de entrambos horizontes;
el orbe y las tinieblas bajo ellas va á quedar.
La luna huyó al mirarlas: huyeron las estrellas:
su claridad escasa la inmensidad sorbió;
ya reinan solamente por los espacios ellas;
do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.
En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
del tenebroso velo que le embozó detrás,
que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle,
se esconde el firmamento de nuestros ojos más.
¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por doquier!
á cada instante que huye la lobreguez aumentan,
y se las ve en montones sin límites crecer.
Ya montes gigantescos semejan sus contornos
al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión,
ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
ya de movibles mónstruos alígero escuadrón.
Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
las desiguales copas, y el campo desigual,
ya informes pelotones de objetos peregrinos
que mudan de colores, de forma y de local.
¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?
¿quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
cuando retumba el trueno y cuando va bravía
rugiendo por su vientre la tempesta t veloz?.....
¡Señor, yo te conozco! La noche azul serena
me dice desde lejos: «tu Dios se esconde allí,»
pero la noche oscura, la de nublados llena,
me dice más pujante: «tu Dios se acerca á tí.»
Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
en esa ardiente nube con que ceñido estás;
el resplandor conozco de tu semblante santo
cuando, al cruzar el éter, relampagueando vas.
Conozco de tus pasos las invisibles huellas
del repentino trueno en el crujiente són,
las chispas de tu carro conozco en las centellas,
tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.

¿Quién ante ti parece? ¿Quién es en tu presencia
más que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el día: tu soplo la existencia:
tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser...
Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
aunque mi vista impura tu aparición no ve,
mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
te adora en esas nubes mi solitaria fe.

Emilio Castelar (1832-1899). Cádiz fué la cuna de aquel que había de llegar á ser Jefe del Estado en la nación española.—A los veinte años, y cuando seguía sus estudios en la Escuela normal central de Filosofía para dedicarse al profesorado, y donde ganó su plaza por oposición, pronunció su primer discurso político en el teatro de la Plaza de Oriente de Madrid, causando verdadero asombro su portentosa elocuencia. De entonces data su gloria, que le ha acompañado hasta la tumba.—Catedrático de Historia crítica de España en la Universidad Central, redactor de *La Discusión*, que dirigía D. Nicolás María Rivero; redactor jefe de *La Democracia*, y colaborador después de un sinnúmero de publicaciones literarias y políticas de ambos mundos, la obra de Castelar espanta por la cantidad de trabajo que supone, pues dada su fecundidad y su laboriosidad, acaso Lope de Vega ni ningún otro de los escritores más fáciles le hayan podido, no ya superar, sino igualarle siquiera. En sus primeros años escribió una novela titulada *Ernesto*, que cuando adquirió su gran notoriedad, fué publicada por la casa editorial de Gaspar y Roig, de Madrid, y más tarde también intentó de nuevo continuar en ese género con *La hermana de la Caridad*, y alguna que otra obra más. Tampoco pudo la musa lírica hacerle brillar, quedando reducido su papel á la oratoria. De tal modo absorbió este género su pensamiento y vida, que escribía en forma de discurso desde sus correspondencias hasta sus artículos de fondo; y desde sus lecciones á sus libros de historia, que varios editores le compraron, siempre resaltaba el estilo declamatorio, que le era característico.—Su maravillosa imaginación y su memoria prodigiosísima eran las dos facultades principales de que se servía su elocuencia. Tanto sus entusiastas

partidarios cuanto sus acérrimos enemigos, reconocen que los discursos tribunicios ó parlamentarios, de su primera como de su última época, pueden figurar al lado de los de Demóstenes, Cicerón, Mirabeau ú otro genio, sin que en ninguna de las clases de oratoria pueda citarse un solo modelo superior á nuestro insigne académico.—En su cátedra, educando con sus tempestuosos discursos á la juventud, acasó despertó vehementísimas pasiones, pero en cambio animó con su consejo para el progreso y el cambio radical de nuestra patria. La época verdaderamente excepcional en que fué Gobierno, tanto como Ministro de Estado en el presidido por D. Estanislao Figueras, como siendo él mismo Presidente de la República, pudo hacer muy poco por la civilización española, y su energía, perdida enteramente en la política, no ha impulsado la cultura nacional tanto como hubiera sido de desear, dadas sus dotes singularísimas.—Castelar murió pobre, y católico después de haber dejado de serlo.—A continuación damos un trozo del último artículo que escribió el día antes de su muerte, y un párrafo de su famoso trabajo titulado, El cementerio de Pisa, de los *Recuerdos de Italia*.

(«La descomposición del protestantismo en Inglaterra»).— Quien asistiera el día 11 de este mes (Mayo) en Londres á la sesión de los Comunes, imaginara encontrarse, no en la ciudad del cálculo y del cambio, sino en una ciudad teológica, semejante á la Constantinopla de los siglos medios. No se hablaba ni del Transvaal ni de China; la Economía de puertas abiertas, callaba; se interrumpía el eterno contradictorio coloquio entre liberales y conservadores; tratábase únicamente de ritos, de cánones, de ceremonias eclesiásticas, del Papa y su infalibilidad, del culto y sus grandezas, de Roma y sus recuerdos, de la Iglesia nacional y su arraigo, así en la sociedad como en el Estado. Pues entre la dilucidación de todos estos asuntos, y entre la remembranza de todos estos recuerdos, resaltaba una triste nota de recelo agudo por la suerte del anglicanismo religioso en la Gran Bretaña, considerado por muchos allí como la base y la cúpula de aquella sociedad complicada é intrincadísima.

. . . . . .

Ninguna religión, ninguna entre las religiones cristianas pertenece al Estado como la religión británica. Intereses políticos, voluntarie-

dades regias, pasiones varias, y hasta misterios de alcoba, cambiaron la religión católica en religión denominada con propiedad anglicana, por su carácter exclusivamente insular y británico. Enrique VIII produjo lo que llamaban nuestros clásicos la cisma de Inglaterra, para poner la primacía de su majestad sobre la tiara del Papa y sobre la corona de todos los cleros heterodoxos y ortodoxos. En virtud de tal pretensión, condenó á la última pena dos católicos y dos protestantes, que negaron la supremacía eclesiástica de su regia persona: sólo que ahorcó á los protestantes y quemó á los católicos. Tan política resultaba la Iglesia de Inglaterra, que seguía las mismas excitaciones del Estado. Reinó Enrique VIII, y la Iglesia fué anglicana; reinó Eduardo VI, y la Iglesia fué protestante; reinó María Tudor, y la Iglesia volvió á la ortodoxia católica; reinó la hija de Ana Bolena, y la Iglesia recayó de modo inapelable y definitivo en la ortodoxa luterana.

Jamás creí que hubiera en el mundo una ciudad tan muerta como Toledo. Pero no había visto á Pisa. La diferencia entre estas dos magníficas poblaciones, sin embargo es grande. En Toledo, junto á edificios maravillosamente conservados como la Catedral, hay edificios casi destruídos como San Juan de los Reyes y el palacio de Carlos V. Las ruinas en su desolación, justifican la soledad. Pero en Pisa todos los monumentos se hallan de pie; todos cuidadosamente conservados; algunos enlucidos y resucitados por restauraciones modernas; los más pintados de vivísimos colores. Diríais que aquellos palacios aguardan sus habitantes, y se hallan preparados á recibirlos; pero que los habitantes no vienen. Yo me paré el día mismo de mi llegada, por el mes de Mayo, en el puente central de Lungarno, á las dos de la tarde; y puedo asegurar que estaba solo, completamente solo, casi tentado á creer la inmensa ciudad destinada únicamente á mi persona. Magnífico sitio para un egoísta. Era triste, tristísimo ver aquellas dos largas hileras de edificios preciosos, de casas elegantísimas; aquellos varios puentes, aquellas magníficas aceras, aquella limpieza exquisita; el río en el fondo, el cielo sonriente; por uno de los extremos, copudos árboles mecidos al soplo de las frescas brisas marinas; y nadie, absolutamente nadie más que yo, en aquella hora y en aquel delicioso sitio para contemplar tanta hermosura.

. . . . . .

No sé por qué este Cementerio me parece por todas partes el Cementerio de la Edad Media. Un discípulo de Fray Angélico, de aquel místico en cuya retina se pintaban los ángeles y los querubines, de

cuyas manos jamás una Vírgen ni un Cristo salió sino entre oraciones y lágrimas; un discípulo de ese fraile sublime, que pintaba de rodillas, ha dejado una graciosa figura en los inmensos frescos arrojados por su mano sobre casi toda la galería occidental del Cementerio: una figura que sólo podría nacer en tiempos más sensuales, y que representa la curiosidad infinita por los secretos de la naturaleza.....

Fray Angélico hubiera maldecido á su discípulo Gozzolli. Pero esa es la nueva edad, la edad del renacimiento, de la naturaleza maldecida hasta entonces; la edad del despertar de los sentidos hasta entonces embotados; la edad en que el fauno va á hollar de nuevo con su pie hendido los campos, y á coronarse de nuevo con guirnaldas de hiedra los cuernos . . . . . .

...La Edad Media, al morir, en todas las literaturas, reproduce la «Danza de los Muertos». Ese tétrico poema no podía faltar en el Cementerio de Pisa y en el cielo inmortal de sus pinturas del siglo décimocuarto y el siglo décimoquinto. Orcagna, el grande Orcagna lo ha pintado ahí. Miradlo y acordáos de los otros monumentos que acabais de ver, y encontraréis toda la geología del arte. La tumba donde reposa la princesa Beatriz, casi es la cuna del pensamiento nuevo. En ella ha estudiado Nicolás de Pisa. En las obras de Nicolás de Pisa ha estudiado su hijo Juan de Pisa, arquitecto y escultor del Cementerio. En las obras de Juan ha estudiado Andrés de Pisa; en las obras de Andrés ha estudiado Orcagna. En pos de Orcagna vendrá Ghiberti, que esculpirá las puertas del baptisterio de Florencia, las puertas triunfales del Renacimiento, llamadas por Miguel Angel las puertas del Paraíso... Allí me quedé apoyado en una tumba, reposando la frente agobiada sobre el mármol de una ojiva, los ojos fijos en el cuadro de la muerte y en los vestiglos del Juicio universal, iluminados por los últimos resplandores del crepúsculo, aguardando las tristezas mayores que debía traerme la oscuridad de la noche. Pero no: fresca brisa vino como á despertarme de mis sombríos ensueños; las flores de Mayo levantaron sus corolas antes agobiadas por el calor del día; un aroma penetrante, embriagador, lleno de vida, se esparció por los aires: las luciérnagas voladoras comenzaron á discurrir entre las sombras del claustro y las líneas de las tumbas como estrellas errantes, mientras la luna llena salía por el horizonte nadando majestuosa en el éter, cubriendo con sus gasas la frente de las estatuas funerarias; y un ruiseñor, oculto en el espeso ramaje de los altos cipreses, entonaba su canción de amor, como una serenata á los muertos y una plegaria á los cielos.

Doña Concepción Arenal (1820-1893). Cerramos el presente siglo con la insigne personalidad de la mujer ilustre, que en opinión de propios y extraños merece uno de los puestos principales en la criminología moderna. Dijo de ella Cos-Gayón que para señalarle el sitio que le corresponde en las ciencias filosóficas y políticas, hay que remontarse, tratándose de su sexo, á Santa Teresa y á Doña Oliva Sabuco de Nantes. Cánovas la coloca entre los seres excepcionales que han honrado la historia nacional, y hombres de todos los partidos y de todas las ideas de dentro y fuera del país, proclaman unánimes á nuestra insigne compatriota como una de las figuras más grandes de este siglo.—Tres Congresos penitenciarios internacionales la declararon autoridad incontrovertible; siendo saludado su nombre con respeto, entusiasmo y cariño á la par; tres veces nuestras Academias y Corporaciones sabias premiaron sus trabajos; por miles se cuentan sus artículos, esparcidos en diarios y revistas; sus veintitantas obras pasan como modelo de concisión de estilo, de originalidad de pensamiento, de elevación en los ideales, de profundidad en los conceptos y de atrevidas lucubraciones acerca de la reforma radical y completa del estado social, no sólo en España sino en el mundo entero. Pensador de primer orden, su filosofía es sin embargo clara y accesible á todas las inteligencias, y á pesar de la riqueza de doctrina y la exuberancia de ideas, siempre se entiende lo que quiere decir con rara habilidad expuesto en un lenguaje llano, pero cuyo nervio y cuya poesía acaso no encuentren rival en nuestra historia literaria.—La modestia de sus hábitos y la vida consagrada siempre á la intimidad del hogar, han dificultado que se pueda escribir su biografía, recogiendo las peripecias de una existencia tan interesante como la suya; y únicamente, á grandes rasgos, ha sido posible desentrañar lo que ella procuraba tener oculto, y conocer algún que otro pormenor.—Hija de militar, fué también madre de militar andando el tiempo. Liberal é inteligente su padre, abandonó estudios para seguir las legiones que habían de defender nuestra independencia; y se pagaron sus obras escritas sobre asuntos del ejército y el ejercicio de la honrosa profesión del soldado, como á tantos otros, con una prisión en

la ominosa reacción de 1823. A consecuencia de estas persecuciones y de la enfermedad que contrajo en la cárcel, murió, dejando en triste orfandad á sus hijos. Heredó Doña Concepción de varón tan estimable, el talento y la energía; el verdadero patriotismo y la sinceridad.—La precocidad de la autora se mostró casi desde la niñez, aunque de sus primeros años nada se conserva, porque destruía cuanto producía su peregrino ingenio.—En 1847 casó con D. Fernando García Carrasco, abogado y escritor liberal, y de entonces datan los estudios jurídicos de Doña Concepción, que siguió toda la carrera de Derecho, profundizando especialmente en las materias de carácter sociológico y penal. —En unión de su marido, colaboró en *La Iberia*, periódico importantísimo, hasta 1855, en que murió el Sr. García Carrasco, dejándola madre de tres hijos, de los cuales sólo uno (ingeniero) sobrevive actualmente.— No es solamente la vida del sabio la de nuestra eminente gallega, sino que á la par es también la vida de la santa. Toda la obra llevada á cabo en estos últimos años dentro y fuera de España por multitud de Sociedades benéficas, ha sido más ó menos debida en parte ó en todo á esta excepcional mujer.—Bajo el punto de vista literario, versos y prosa, poesía delicada y sana filosofía, estudios serios sociológicos y cuadros de costumbres, todos los géneros los cultivó.—A continuación transcribimos algunas líneas del capítulo titulado «¿Qué es el dolor?», de *El visitador del pobre:* sobre el problema de la «incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos», de *La mujer del porvenir;* el principio de la Epístola V de *Cartas á los delincuentes*, y algo de «el derecho de la guerra, de sus célebres *Cuadros*.

El dolor es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué lección tan sublime encierra á veces una lágrima que vertemos ó que enjugamos! El dolor espiritualiza al hombre más grosero, torna grave al más pueril, le aleja de las cosas de la tierra, y parece que le hace menos indigno de comunicar con Dios.—Levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sabio, inspira al ignorante, y establece un lazo de amor entre los que se aborrecían.—El dolor purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo. Acostumbrémonos,

pues, á mirarle como á un poderoso auxiliar que Dios nos envía, para la perfección del hombre: como el solo cauterio que puede poner coto á la gangrena de la corrupción humana...

Mirad aquellos dos hombres atribulados por el dolor físico ó por el dolor moral: los dos han sido maltratados por la fortuna ó probados por la Providencia. Al uno, desde niño, se le trató con dureza; nunca tuvo una mano que enjugase su llanto, un corazón que fuese el eco de sus penas, una inteligencia que despertase la suya y la elevara á Dios. Todas sus facultades amantes se han embotado por falta de ejercicio; todos sus perversos instintos han adquirido una actividad febril; ha empezado por aborrecer á los que eran duros con él, y ha concluído por aborrecernos á todos. La dureza de los otros le ha petrificado, no hay en él ni gratitud ni compasión. Si queréis hacerle bien, os insulta; si hablarle de Dios, blasfema.—El otro tuvo quien le compadeciera y le exhortara á sufrir con paciencia por amor de Jesús, que tanto sufrió por él. Su dolor, siempre consolado, ha hecho nacer en él una resignación dulcísima. Sin apego á las cosas de la tierra donde tanto padece, parece no estar en ella sino para dar su sublime ejemplo; y fija la vista en el cielo, bendice sus sufrimientos y ama con amor y gratitud infinita al que le lleva consuelo.—Estas dos criaturas tan diferentes habían nacido iguales: el dolor abandonado hizo del uno un monstruo, el dolor compadecido hizo un angel del otro.

Creemos que en todas las clases se podía y se debía dar alimento al espíritu; creemos que en todas se podía y se debía hallar tiempo para pulir los gustos groseros, elevar los sentimientos, rectificar los errores, enseñar las verdades necesarias y elevar el alma del trabajador redimiéndola de la esclavitud en que ahora gime. Grave cuestión es ésta que no puede tratarse incidentalmente, y sólo hablaremos de aquellas clases que *tienen hoy tiempo* para educarse.

....

Así despilfarra la joven los primeros y mejores años de su vida sin hacer nada útil ni tratar de nada formal, ni pensar en nada grave... así, no pudiendo ser para ella la vida una *ocupación*, quiere convertirla en un *entretenimiento*.

...Las grandes señoras y las señoras ricas no gobiernan su casa, ni aun suelen dirigirla. Semejante ocupación es para las mujeres de la clase media y las pobres; estas trabajan muchas horas del día y de la

noche, y les quedan pocas para el gobierno de la casa.—La costura llevaba antes mucho tiempo malgastando en ellas no poco las mujeres hacendosas; no era, ni es raro, ver cómo se gastan muchas horas y muchos días en coser una pieza de ropa vieja que se rompe á la primera lavadura...—El cuidado de la despensa y la vigilancia de la cocina no exigen tampoco tanto tiempo, que á una mujer que madruga y sabe aprovecharlo, no le queden algunas horas ó muchas, según las circunstancias de la familia, para dedicarse á trabajos útiles, mentales ó materiales, según su disposición ó su gusto... Salvo cuando tenga muchos hijos pequeños y nadie que le ayude.. La mujer tiene tiempo para instruirse y utilizar su instrucción en provecho propio y de su familia...—El modo de emplearlo bien es una de las primeras cosas que deberían aprender. La educación de las mujeres hasta aquí podría llamarse sin mucha violencia *arte de perder el tiempo*.

Hermanos míos: Al recordar mis cartas anteriores, siente mi corazón una secreta pena; hay en ellas algunas frases severas, que dirigiéndose á desgraciados, podrían parecer dureza si no fuera necesidad. La blandura, bien lo sabéis, suele tomarse entre vosotros por debilidad que excita desdén, y yo sería objeto del vuestro si con mis palabras os diera á entender la creencia de que todos estábais dispuestos á escucharlas y seguir mis consejos y á penetraros de mis razones... Este es el motivo de bajar con el pensamiento á los abismos de la iniquidad, y decir *sé lo que en ellos pasa*...—¡Respeto y admiración! Extrañeza ó risa os causarán tal vez estas palabras, aplicadas á los que arrastran en la prisión sus cadenas y su ignominia. Sí, admiración y respeto, que no hay hombre caído tan abajo que no pueda levantarse; ninguno tan humillado, que no pueda ennoblecerse; ninguno tan culpable, á quien si de veras se arrepiente y se enmienda no digan Dios y los hombres: *yo te perdono*.

Han pasado más siglos, y todavía se juran y se bendicen las banderas; todavía se llevan ensangrentadas á los altares, y se entona el *Te Deum* para celebrar la carnicería que dió la victoria, y se llama al Padre Celestial el *¡Dios de los ejércitos!* Perdonadnos, Señor, que no sabemos lo que decimos...—Poner algunos *límites* á la crueldad, esto es, lo que se llama *derecho* de la guerra.—...Esconderse para matar á mansalva, se llama *parapetarse* y *hacer trincheras*; talar y destruir, se

llama *privar de recursos al enemigo;* cogerle traidoramente de improviso, se llama *sorpresa;* matar, hiriendo por la espalda á los que huyen, se llama *perseguir á los fugitivos;* y asesinar ancianos, mujeres y niños desde muy lejos, sin riesgo alguno, *bombardear una plaza...*— ¡Qué se tengan y sean tenidos por hombres de honor esos que de lejos, traidoramente, sin peligro, destruyen los monumentos del arte, los archivos de la ciencia, los almacenes del comercio, las máquinas de la industria, los productos del trabajo!... ¡Asombro causará algún día, que ese villano é indigno proceder se tenga por honrado!

Siguiendo lo anteriormente hecho al terminar los otros siglos, concluiremos el presente con algunos ligeros apuntes dedicados á otros literatos, pensadores, oradores, escritores, etc., de quienes dejamos de copiar modelos de sus obras; é inútil creemos añadir que tan sólo consignamos en este sitio y en la lista de autores que sigue al final de este volumen, los fallecidos.

Tomás Lapeña. Entre los filósofos del presente siglo debe figurar este doctor y canónigo de Burgos, que escribió su *Ensayo sobre la historia de la filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros días.*

P. Fr. José Jesús Muñoz, agustino, publicó en 1839 su obra la *Florida,* en que estudia la sensación como única fuente de conocimiento, tratando de armonizar esta teoría con el dogma católico de la espiritualidad del alma y la fe sobrenatural.

Tomás García Luna, autor de las *Lecciones de Filosofía ecléctica,* publicadas en 1843, donde procura conceder con amplio espíritu de tolerancia á cada sistema filosófico la gloria que le compete, aunque sin criterio fijo para la investigación de la verdad.

Nicomedes Martín Mateos. En 1851 publicó sus *Cartas al Marqués de Valdegamas,* rechazando la acusación hecha contra los partidos liberales de falta de conocimientos teológicos. Además de esta obra de polémica, imprimió en 1861 un curso de filosofía titulado *El espiritualismo,* en las tendencias platónicas, que pueden llevar las teorías cristiano-filosóficas á evoluciones panteistas, siguiendo un psicologismo cartesiano.

D. Pedro Mata, catedrático de Medicina y filósofo materialista. *Tratado de la razón humana,* (1860). La dirección de su escuela ha sido casi individual en nuestros tiempos.

D. Patricio de Azcárate, ilustre y laborioso pensador, también es acreedor á lugar preferente en la somera enumeración de filósofos que hacemos en este lugar. En las varias obras del señor Azcárate, tanto originales como traducidas, siempre se advierte un pensamiento crítico razonador, que pudiera acaso clasificarse entre las tendencias de la escuela empírico escocesa y del racionalismo alemán.—Su obra más importante es la *Exposición histórico-crítica de los sistemas filósóficos modernos, y verdaderos principios de la ciencia,* publicada en 1861.

Eduardo Chao. El insigne hijo de Vigo, que en las luchas de la política, figurando siempre á la cabeza del partido democrático, llegó á ser Ministro de Fomento en la República española de 1873, se distinguió desde su juventud como periodista y literato, y sobre todo como historiador; á él se debe la terminación de la «Historia de España» de Mariana, hasta nuestros días, monumento escrito por parte del autor que nos ocupa con la serena imparcialidad del crítico, la firme observación del filósofo, y una corrección de estilo que hace no desmerecer su trabajo de los tomos y páginas que no le pertenecen. La instrucción pública le debió en su rápido paso por el poder la preparación de un plan de estudios, que es tenido por lo mejor pensado en los tiempos modernos, estimándolo así tanto sus amigos como sus más encarnizados adversarios. No llegó, sin embargo, á ponerse en vigor este vasto plan de enseñanza, que alcanzaba la segunda y la facultativa de ciencias y de letras, á causa del vértigo de aquella administración que devoraba cuantos proyectos se presentaban por el Gobierno ó por las Cortes.

Manuel Fernández y González. Nació en Granada y pertenece á una generación de verdaderas eminencias, educadas en la ciudad de la Alhambra. No citaremos sino á algunos de los escritores muertos que constituían esa pléyade, y entre los que figuraron Moreno Nieto, Alarcón, Castro y Serrano. Bastan esos tres nombres para demostrar la verdad de nuestro aser-

to. Aunque lírico muy inspirado y autor dramático de extraordinario vigor, si bien de poco acierto, ha pasado Fernández y González á la historia, más que nada por sus novelas, representando entre nosotros lo que Alejandro Dumas (padre) entre los franceses. La fecundidad de su ingenio llegó á tal extremo, que componía á la vez dos ó tres obras distintas, y aun las producía dictándolas, para satisfacer la ansiedad del público y la avaricia de los editores. En muchas de sus novelas históricas, los sucesos reales se encuentran desnaturalizados, y los ficticios envueltos en laberínticas combinaciones de estupendas peripecias; pero bajo el punto de vista del interés en las fábulas, quizá ningún escritor ha aventajado al insigne autor de *Martín Gil* y *Men Rodríguez de Sanabria*. La pintura de lugares, la descripción de personajes y la viveza en el manejo del diálogo, han sido tres cualidades excepcionales en el fecundo granadino, que llenaba á diario las columnas de los folletines y las prensas de las casas editoriales. Su vida misma fué siempre una verdadera novela, en la que no faltaron accidentes desgraciados, estrecheces y miserias.

García Blanco. La facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central llegó á ser en la revolución de 1868 acaso el cuerpo docente más importante de Europa. Filósofos como Sanz del Río, historiadores como Castro, helenistas como Bardón, orientalistas como Gayangos, oradores como Castelar, profesores como Amador de los Ríos y Canalejas, y, por último, hebraizantes como D. Antonio, hallábanse encargados de las aulas. La mayor parte de estos eminentes catedráticos estuvieron separados de sus puestos por la reacción de los últimos años del reinado de Doña Isabel II, y todos volvieron á ellos en los comienzos del curso académico del 68 al 69.—Los trabajos del insigne profesor sobre la Biblia han sido estimados dentro y fuera de la nación como verdaderamente originales y de inmenso mérito. También, como Bardón, había sido sacerdote, y dejó de serlo.

D. Pascual de Gayangos. La reputación de que ha gozado siempre en Inglaterra y Alemania, aparte del renombre y consi-

deración que logró en su patria, nos ahorran de escribir su elogio en pocas líneas como venimos haciendo de tantos otros. Gracias al eminente catedrático de árabe, la historia nacional ha sido rehecha en muchos puntos, y merced á la intervención del notable académico se han podido poner en claro multitud de nubes de las narraciones y tradiciones españolas. Redactó muchas de sus obras en inglés y pocas en nuestra lengua por falta de público para trabajos de la índole de los que cultivaba, demasiado serios para el común de los lectores. Deja á su muerte una gran labor inédita que para bien de la ciencia y de la historia, irá, sin duda, dándose á luz.

D. José Amador de los Ríos. Entre los hombres más eminentes bajo el punto de vista de historiadores de la Literatura española, debe también nombrarse al sabio Catedrático de la Universidad Central, autor de una obra que será monumento imperecedero en esta materia.

D. Francisco de P. Canalejas, profesor asimismo de la Universidad, que sustituyó á Sanz del Río en la clase de Historia de la Filosofía, fué un comentarista del krausismo, al mismo tiempo que un escritor de crítica literaria; y si la política y el bufete no hubiesen absorbido tanto sus extraordinarias facultades, habría llegado á figurar en primera línea entre nuestros pensadores del presente siglo.

Tamayo y Baus (1829-1898). El que andando el tiempo se firmó con el seudónimo de Joaquín Estébanez (nombre y segundo apellido de su madre), es sin disputa el primer autor dramático español del siglo XIX, y en nuestra humilde opinión merece figurar D. Manuel al lado de los más renombrados genios del teatro de todos los países y de todos los tiempos. Bajo el punto de vista de contextura de las obras no tiene ni ha tenido jamás rival; y por el interés siempre palpitante, el estudio de los caracteres, constantemente tomados del natural y de finísima observación psicológica; por la poesía de los sentimientos, la belleza de las descripciones; la naturalidad del diálogo; la verdad teatral; el efecto escénico; el modo de ensalzar las virtudes, por todo, en fin, cuanto debe ser cualidad preeminente en las tablas

es Tamayo el autor modelo, admirable y perfecto.—A él se debe la renovación de nuestro gusto y las nuevas y distintas corrientes que ora en sus primeras, ora en sus últimas obras, se han dibujado en el arte dramático. Los buenos y los malos autores fueron á beber inspiración en el incomparable dramaturgo. Un solo lunar empaña su arte: el empeño, á veces pueril, de llevar la política á la escena, y que fué causa de que su sentido ultramontano le hiciera equivocarse provocando las iras del público. Y no son sus mejores obras aquellas en que aparece dicha tendencia.—Nació Tamayo en Madrid, hijo de los actores D. José y Doña Joaquina, y á los ocho años (tal fué su precocidad provocada por el espectáculo constante del teatro) traducía y arreglaba obras que representaban sus padres en provincias. Y contando diez de edad, salió por primera vez á las tablas de la mano de aquellos, premiando el público en el niño el talento con que supo traer á nuestra escena *Genoveva de Brabante*. Su pariente Gil de Zárate lo empleó á los diez y nueve años en un puesto de la Administración pública, é inmediatamente se casó con una sobrina del famoso actor Maiquez.—Los mejores intérpretes que en el tablado tuvo Tamayo, fueron el célebre actor D. Joaquín Arjona, y el hermano mismo del autor, Victorino. No es esto decir que los Romea y otros artistas no representaran fielmente sus personajes. Entre las actrices figuró Teodora Lamadrid como la que mejor supo dar vida á sus creaciones.—La primera obra original de Tamayo lleva por título *El cinco de Agosto* (1848), á las que siguieron: *Angela*, la tragedia *Virginia*, *La rica hembra*, escrita en colaboración con D. Aureliano Fernández Guerra; *Locura de amor* (Doña Juana la Loca); la comedia arreglada del francés *Lo positivo*, *La bola de nieve*, *No hay mal que por bien no venga*, *Los hombres de bien*, *Un drama nuevo*, y otras.—Este último ha sido juzgado por la crítica como la obra magistral de Tamayo, que se empeñó en no darle su nombre oficial y públicamente, por más que sea notoria su paternidad.—Dicen los que quieren encontrar un algo que empañe las brillantes cualidades del más insigne de los dramaturgos, que era la soberbia cualidad característica del genial autor, y que juró después de haber devorado al-

gunos sinsabores que la crítica y el público (con razón ó sin ella) le procuraran, no volver á dar su verdadero nombre á sus producciones, como aconteció desde *Lo Positivo*.—Aunque Tamayo es versificador correcto, no brilla en la escena sino por su prosa verdaderamente inimitable, que llegó á cincelar como pocos.

D. Juan Alvarez Lorenzana, vizconde de Barrantes, es acaso, entre los periodistas del último tercio de este siglo, el más notable desde el punto de vista de la intención y de la pureza de la forma. Temperamento nervioso y enfermizo, luchó con tesón, figurando dentro del partido de Unión Liberal; y cada uno de sus artículos en los últimos años del reinado de Doña Isabel, producía extraordinaria sensación y grande efecto en las huestes de las agrupaciones medias y revolucionarias. Lorenzana fué el primer Ministro de Estado de la revolución de 1868, y autor del manifiesto á las naciones europeas y memorandum que remitió aquel Gobierno provisional.

Moreno Nieto. Hemos nombrado anteriormente á este distinguido catedrático de la Universidad Central, que empezando por ser profesor de Lengua árabe, terminó por serlo de Derecho. Filósofo entre racionalista y cristiano, quería amalgamar en sus vastas concepciones el método de la moderna filosofía alemana y el espíritu católico de la escolástica. Como otros tantos talentos de nuestra patria, apenas escribió, y toda la obra de don José se ha perdido en sus hermosos discursos y lecciones. Pasaba en el Parlamento por ser el orador á quien más difícilmente seguían los taquígrafos: ¡tal era la afluencia de aquella incomparable palabra! Ocupó algunos altos cargos en la Administración, sin que el último partido en que se encontraba filiado desde la Restauración premiase sus méritos extraordinarios con una cartera de Ministro. Era, por último, Moreno Nieto uno de los pocos sabios enciclopedistas de este siglo, y con dificultad podría citarse á nadie que tuviese lectura tan vasta y variada como la del insigne presidente del Ateneo.

Gonzalo Morón. Periodista, crítico, filósofo, ha sido el primero entre nosotros que aplicó la filosofía á la historia en estudios profundos sobre las instituciones nacionales, especialmente

de la corona de Aragón. La política, persiguiendo cruelmente á D. Fermín, influyó para que adquiriese la enfermedad mental, que dejándolo á intervalos lúcido, abrevió su existencia, evitando que produjera mayor número de obras que las que dejó escritas. En el antiguo Ateneo pasaba la vida dedicado al estudio, siendo amenísima su conversación.

Los Revilla. En realidad debieran aquí estudiarse juntos á D. Manuel de la Revilla y á su padre D. José, académico este último, y á quien se debió gran número de reformas en la instrucción pública, colaborando con el ilustre Gil y Zárate.—Desde muy niño brillaba D. Manuel entre los estudiantes por la facilidad de su palabra, por la agudeza de su ingenio y su gracia proverbial. A raíz de la Revolución de 1868, fué nombrado profesor interino del Instituto del Noviciado de Madrid, y durante la República de 1873 desempeñó el cargo de Oficial mayor del Ministerio de Fomento, el cual dimitió el 3 de Enero, no queriendo servir á la administración del golpe de Estado. En 1876 ganó por oposición la cátedra de Literatura general y española de la Universidad de Madrid, y á consecuencia de un exceso de trabajo cerebral y de otras causas tal vez, perdió la razón temporalmente en un período de demencia aguda. Curado de la terrible enfermedad, volvió á la cátedra, aunque sin recobrar la brillantez de sus cualidades características, y muriendo el año 1881 víctima de otra enfermedad que la nerviosa de que acabamos de hablar.—Revilla era ante todo crítico y polemista, acreditándose de lo primero en los diarios de Madrid, y de lo segundo en sus discusiones del Ateneo. Sus poesías no llegaron sino á la categoría de ensayos, y los trabajos que le han dado más nombre son sus *Elementos de Ética*, su *Estudio sobre el discurso del método en Filosofía*, y el *Naturalismo en el arte*, y sus *Bocetos literarios*.—Su *Manual de Literatura*, escrito en colaboración, no reviste grande originalidad, puesto que obedece á un programa publicado y conocido muchos años antes de la aparición de esta obra, aunque sí debe reconocérsele en cambio que si no en el plan y contextura, en el desarrollo es acreedor á todo género de aplausos.

Cánovas del Castillo. El ilustre malagueño D. Antonio, vino a la vida pública bajo la protección de Estébanez Calderón y de Ríos Rosas. Después de grandes vicisitudes en su vida y alternativas frecuentes en sus ideas dentro de la tendencia conservadora, acabó por representar á toda la opinión pública monárquica, constitucional de la derecha.—La importancia que en la política llegó á alcanzar en los últimos años de su vida, desde la restauración borbónica, aumentó de modo extraordinario su prestigio literario y científico. Pretendió cultivar desde su juventud todos los géneros, pero en la poesía fué muy desdichado y aun en su derivada la novela tampoco conquistó grandes laureles. Erudito en la primera mitad de su vida, cultivó la Historia, siendo muy estimables sus trabajos en este orden, los cuales le llevaron á ocupar las poltronas de varias Academias; y en la segunda mitad de su azarosa existencia política, se dedicó por completo á los estudios de carácter sociológico, aunque no llegara á producir otras obras de verdadero mérito que sus discursos.—En la oratoria es sin duda donde rayó á grande altura, por lo que pasará sin duda á la posteridad.—Fué presidente del Ateneo de Madrid é individuo de muchas corporaciones nacionales y extranjeras, llegando á ocupar en la gobernación del Estado, después de la restauración, repetidas veces el cargo de Presidente del Consejo de Ministros.—Si la pasión no hubiese oscurecido á intervalos su clarísimo talento, habría podido legar al futuro, tanto en la administración pública cuanto en el progreso de las ciencias y de las artes, hechos insignes que hubiesen concedido inmortalidad á su nombre; pero absorbido en la lucha constante del ardor vertiginoso de la política española en los últimos años del presente siglo, ni tuvo reposo suficiente para producir obras literarias ni para dar vigoroso impulso á la cultura nacional.

LISTA de otros varios autores hasta fines del siglo XVIII, con indicación de alguna de sus obras.

A

Alvarez Gato (Juan).—Trovador. (Siglo XV). Versos.

Acosta (Antonio de).—(Fines del XVI.) Científico naturalista. «Loores de mujeres».

Aldama (Cosme de).—(Fines del XVI.) «La Asneida».

Ayora (Gonzalo de).—(Fines del XVI.) «Cartas militares.»

Agreda (Diego de).—(XVII.) «Doce novelas morales.»

Alcalá Yáñez (Dr. Jerónimo).—(XVII.) «El donado hablador», 1.ª y 2.ª parte, novela.

Altamira (Pedro de). — (Principios del XVII.) «La aparición de Jesús.» Auto.

Abarca y Bolea (Martín).—(XVI). «Orlando determinado», poema

Acevedo (Alfonso de). — (XVI). —«La creación del mundo», poema.

Alarcón (Arcángel de).—(XVII). Poeta místico. «Vergel de plantas divinas.»

Alonso (Agustín).—«Hazañas de Bernardo del Carpio», poema.

Alonso de Córdoba (Martín).—Predicador. «Vergel de nobles doncellas.»

Avila y Zúñiga (Luis de).—(XVI) «Comentario de la guerra de Alemania.»

Alburquerque (José de Silvestre, Duque de). (XVIII). «El robo de Proserpina.» Poema burlesco.

B

Benavente (Fray Jacobo de). — (Predicador, siglo XIV).

Baena (Alfonso de).—(XV). Colector de «cancioneros».

Burgos (Diego de). — Trovador. (XV). «El triunfo del Marqués de Santillana», en verso.

Barrios (Alonso de).—(Mediados del XVI.) «Filosofía cortesana moralizada», en verso.

Barco Centenera (Martín).—(Fines del XVI. «La Argentina», poema.

Bravo (Fray Nicolás).—Poeta místico de fines del XVI. «La universal redención.»

Barahona de Soto (Luis de).—Poeta. (XVII). «Las lágrimas de Angélica.»

Bances Cándamo (Francisco). — (Fines del XVII). «El esclavo en grillos de oro.»

Ballester (Francisco). — Poeta. «Sacro plantel de flores divinas»

Bazans.—Poeta. «Sagradas flores del Parnaso.»

Bermúdez de Alfaro (Juan).—«Narciso», poema.

Bocamo (Manuel). — Filósofo. «Sistema contra Aristóteles.»

Bonilla (Alonso de). — Poeta. «Nuevo jardín de flores divinas.»

Botello (Francisco). — «Alfonso ó la fundación de Portugal», poema (XVIII).

Brutón y Mujica (P. José Anto-

nio).—Poeta. «Armónica vida de Santa Teresa de Jesús.—(XVIII.)

C

Cartagena (Diego de).—Mediados del siglo XV. Traductor del Asno de oro, de Apuleyo.
Casas (Fray Bartolomé de las).—(XV). «Brevísima relación de la destrucción de Indias.»
Caro Mallén (Doña Ana). — «La musa sevillana», poetisa y autora dramática del XVI.
Castellanos (Juan). — (Fines del XVI.) «Elegías de varones ilustres de Indias» y «Neapolina».
Cervantes de Salazar (Francisco). —Moralista (XVI). «De la Fama» (continuación del Diálogo de la dignidad del hombre, de Pérez Oliva).
Coloma (Juan de). — (Fines del XVI.) «Década de la pasión de Cristo.»
Cairasco Figueroa (Bartolomé).—(XVI). Poeta. «Templo Militante».
Cabello de Aragón (Alvaro).—(XVII.) «El genízaro de España y rayo de Andalucía», comedia.
Castillo (Andrés del). — (XVII.) «La mojiganga del gusto», colección de seis novelas cortas.
Castillo Zolórzano (Alonso). — (XVII.) «La garduña de Sevilla.»
Cañizares (José). — (Fines del XVII.) «El Dómine Lucas», comedia.
Céspedes (Gonzalo).—«El español Gerardo.»
Colodredo y Villalobos (Miguel de).— «Divinos versos ó Cármenes sagrados.»
Castrillo (Marqués de).—(XVIII). «Las glorias de Salamanca», poema.

D

Díaz de Gámez (Gutierre).—(Prosista de mediados del siglo XV) «Victorial de Caballeros.»
Díaz de Toledo (Pedro).—(Prosista, mediados del XV.) «Diálogo ó razonamiento sobre la muerte del Marqués d.» Santillana.»
Dueña (Fray Juan).—(Idem del XV.) «Espejo de consolación de tristes.»
Diamante (Juan Bautista). — (Siglo XVII.) «La judía de Toledo», comedia.
Díaz Callecerrada (Marcelo). — (Principios del XVII.) «Endimión», poema.
Díaz (Duarte). — «Conquista de Granada», poema.

E

Enríquez del Castillo (Diego).—(Cronista de mediados del siglo XV.) «Crónica de D. Enrique IV».
Estella (Fray Diego de).—(Mediados del XVI.) Prosista. «De la vanidad del mundo.»
Enríquez de Guzmán (Doña Feliciana).—Poetista y autora dramática del XVII.
Enciso de Monzón (Juan Francisco).—«La Cristiada», poema.
Escoiquíz (Juan de). — (XVIII). Traductor del «Paraíso perdido» de Milton.
Enríquez (Gonzalo). (XVIII.) «A la infancia del hombre».

F

Fernández (Fray Lope).—(Predicador de mediados del XV.) «Espejo del alma.»
Fernández de Valera (Johan).—

(Jurista de mediados del XV.) «Oración retórica.»

Fernández de Velasco (Pero).—(Jurista de mediados del XV.) «Seguro de Tordesillas.»

Fernández Heredia (Juan).—(Poeta de fines del XV.) «Maldición que face á ssi mesmo.»

Fernández de Oviedo y Valdés (fines del XV.) «Historia general y Natural de Indias.»

Florez (Juan de). — (Novelista de principios del XVI.) «Historiade Aurelio é Isabela.»

Ferreira de la Cerda (Bernardo). —(Fines del XVI.) «España libertada», poema.

Fox Morcillo (Sebastián).—(Filósofo del XVI.) «Sobre Platón y Aristóteles»

Fernández de Aragón (Doña Cristobalina). — (Poetisa de Antequera del XVII.)

Fernández de Navarrete (Pedro)—(Didáctico del XVII.) «Cartas.»

Fernández Pinilla (Juan). — (XVII.) «Para sí», colección de novelas.

Fuentes (Alonso de).—(Fines del XVII.) «Romances», imitación de los antiguos.

Fernández Marmanillo (Francisco) —(XVIII.) «San Pedro Arbués», poema.— También escribió en latín el mismo asunto.

G

Gómez (Pero).—(Fines del siglo XIII.) «Proverbios en rimo del Sabio Salomón»

Gómez de Albornoz (Pedro).—(XIV). «Libro de la Justicia de la vida espiritual et perfección de la Eglesia militante.»

González de Mendoza (Pero).—(Mediados del XIV.) «Cántiga de Serrana» y «Cantareses escénicos»

González de Clavijo (Ruy.)—(Mediados del XV.) «Crónica de viajes.» «Vida del Gran Tamerlán.»

Giménez (Fray Francisco).—Fines del XV). «Libro de las mujeres ilustres».

Guillén (Diego).—(Poeta fines del XV.) «Panegírico de Doña Isabel.»

Guillén de Segovia (Pero).—(Trovador del XV.) «Dezires al día del Juicio.»

Girón (Diego).—(Poeta de mediados del XVI.) Traductor de Horacio.

Gutiérrez (Juan Rufo). – (Poeta de mediados del XVI). «La Austriada», poema.

Gallegos (Manuel). — (Fines del XVI.) «Gigantomaquia», poema burlesco.

García Oriolano (Gaspar).—(Fines del XVI.) «Murgetana ó conquista de Murcia, por don Jaime I», poema.

Giménez de Ayllón (Diego).—(Fines del XVI). «Famosos hechos del Cid», poema.

Giménez Patón. — (Fines del XVI.) «Arte de la Elocuencia española.»

Guzmán (Juan).—(Fines del XVI) «Retórica.»

Garay (Doctor). — (Siglo XVII). «Epístola á Fabio», en verso.

García (Marcos).—(XVII) «Flema de Pedro Hernández», novela.

Garibay (Esteban de).—«Los cuarenta libros del compendio historial de las crónicas y universal historia de todos los reinos de España.»

Garcilaso de la Vega. (El Inca.)

Gómez Manrique.— Poeta «Coplas al mal gobierno de Toledo.»

Gallardo de Villaroel (Isidoro F. Ortiz).—(XVIII). «Las noches alegres».

H

Herrera (Hernando). — Filósofo (siglo XVI). «Las ocho levadas con Aristóteles y sus secuaces.»

Huete (Jaime de). — (Fines del XVI.) «Tesorina», comedia prohibida por la Inquisición.

Herrera (Antonio de.) — (XVII.) «Historia de los sucesos de Inglaterra y Escocia» (María Estuardo.)

Hinojosa y Carvajal (Alvaro de). — (XVII.) «Vida y milagros de Santa Inés», poema.

Hoz Mota (Juan de la). — (XVII.) «Castigo de la miseria.»

Huarte (Cayetano M.) (XVIII). «La Dulciada», poema burlesco.

I

Illescas (Gonzalo de).—«Historia pontificial y católica.»

Infante (D. Carlos, el), (hijo de Felipe III). Versos.

L

López de Toledo (Diego).—(Mediados del siglo XV.) Traducción de los «Comentarios de César.»

López (Fray Juan). — (Mediados del XV.) «Libro de la Casta Niña».

López de Mendoza (Fray Iñigo).—(XV.) Franciscano, poeta y escritor «El Dechado», dedicado á Isabel la Católica.

Lucena (Juan de).—(Mediados del XV.) «Vita beata.»

López de Gomara (Francisco).—(XVI). «Historia general de Indias y crónica de la conquista de Nueva España.»

López de Zárate (Francisco). — (fines XVI). «La invención de la cruz.»

La Puente (Padre Luís de). — Jesuíta (fines XVI). «Meditaciones espirituales.»

Laso de la Vega (Gabriel).—(Fines del XVI.) «Cortés valeroso», poema.

Ledesma (Alonso de). — (Fines del XVI). «Conceptos espirituales.»

Leiva Ramírez de Arellano (Francisco de.)—Mediados del XVII). «Príncipe tonto», comedia.

Lara (Fray Francisco de).—Poeta. «Sol máximo de la Iglesia.» San Jerómino (XVIII).

López (Alfonso), el Pinciano.—«El Pelayo», poema.

M

Martín (Maestro Pedro). — (Mediados del siglo XV.) Predicador. «Sermones.»

Martínez de Burgos (Fernán).—(XV.) Colector de «Cancionero.»

Martínez de Toledo (Alfonso).—mediados del XV). «Corbacho.»

Megía (Luís).—(Primera mitad del XVI.) «Apólogo entre la ociosidad y el trabajo.»

Medrano (Francisco de). — (Mediados del XVI.) «Profecía del Tajo» y «Sonetos.»

Morales (Ambrosio de). — (Siglo XVI). «Crónicas.»

Márquez (Maestro Fray Juan).—(Fines XVI.) «Gobernador cristiano.»

Mata (Fray Gabriel).—(Fines del XVI.) «El caballero Asisio.»

Martínez (Esteban). — (Principios del XVII.) «San Juan», auto.

Mesa (Cristóbal de).—(XVII).—«El Patrón de España», poema.

Mármol y Carvajal (Luís del).—«Historia de la rebelión y casti-

go de los moriscos de Granada.»
Martín Braones (Alonso).—Poeta. «Los triunfos de Jesús.»
Martínez Guindal (José).—«Cristo paciente», poema.
Megía (Pedro). - Cronista de Carlos V. «Historia imperial y cesárea.»
Méndez de Vasconcellos (Juan).—«Liga deshecha por la expulsión de los moriscos», poema.
Mendoza (Bernardino de). —«Comentarios de lo sucedido en los Paises-Bajos.»
Mínguez Camargo (Hernando).—Poeta. «San Ignacio de Loyola.»
Miranda (Fray Andrés de).—Predicador «Tratado de la Herejía.»
Mosquera y Barrionuevo (Francisco de).—Poeta. «La Numantina», poema.
Murillo (Fray Diego).—Idem. «Divina, dulce y provechosa poesía.»
Montiel (Fr. Antonio).—(XVIII). «El Eustaquio», poema.

N

Nájera (Esteban de).—(Siglo XV). —Colector de «Romances».
Núñez de Toledo (Alonso). Mediados del XV).—«Renacimiento del mundo».
Núñez de Reinosa (Alonso). — (Principios del XVI). — «Los amores de Clareo y Florisea», novela.
Navarra (Pedro de).—(Fines del XVI.) «Diálogos morales».
Nieto de Molina (Francisco). — (Fines del XVII.) «La Perromaquia».
Nieremberg (P. Juan Eusebio).—Místico Jesuíta principios XVII «Manual de Señores y Príncipes.»
Navas (Francisco de las).—«Tidea», comedia prohibida por la Inquisición.
Niebla (conde). —«Las glorias de S. Juan Francisco Regis.» (XVIII)

O

Ortiz (Alonso). — (Mediados del siglo XV.) «Felicitación á los Reyes Católicos.»
Orozco (Fray Alonso de).—(Mediados del XVI.) Predicador. «Libro de confesiones.»
Ocampo (Florián de). — Cronista de Carlos V. «Crónica general de España.»
Ortí (José). — (XVIII). «Cosmografía.»

P

Palencia (Alfonso de).—(Mediados del siglo XV). Traductor de Plutarco. «Crónica de don Alfonso.»
Prexame (Ximénez de).—(Mediados del XV). «Lucero de la vida christiana.»
Pérez de Oliva (Maestro Fernán). — (XVI.) Filósofo. «Diálogo de la dignidad del hombre.»
Paravicino de Arteaga (Fray Félix Hortensio). - (XVII). «Romances.»
Pastor (Juan). — Principios del XVII.) «La castidad de Lucrecia», tragedia; «Nacimiento de Jesucristo», auto.
Pacheco (Francisco). — (XVII.) «Arte de la Pintura, su antigüedad y grandeza.»
Parra y Quiroga (Sor Gregoria).—Poetisa mística sevillana, carmelita (XVII.)
Pinedo (Sor Valentina).—Poetisa mística sevillana, carmelita. (XVII).
Pérez de Herrera (Cristóbal).—(Fines del XVII). Médico y

poeta. «Proverbios morales.»
Peralta Barnuevo (Pedro).—«Lima fundada ó Conquista del Perú», poema. (XVIII).
Pérez Camino (Manuel N.)—«La opinión», poema. (XVIII.)
Pérez de Hita (Gómez).—«Novela de las guerras civiles de Granada.»
Polo de Medina (Salvador Jacinto). — (XVII.) Poeta festivo. «Buen humor de las Musas.»
Pérez de León (Andrés). —Domi nico. (Fines del siglo XVI.) (Francisco López de Ubeda.) «La pícara Justina», novela, imitación de «Guzmán de Alfarache».

Q

Quintanilla (Alonso de).—Mediados del siglo XV). «Discurso de «Las Hermandades »
Quirós (Pedro de).—(XVII). «Sonetos» y «Madrigales».
Quincoces (Dr.), poeta (XVIII).

R

Rodríguez de Almela (Diego).—(Mediados del XV.) «Valerio de las Historias.»
Rodríguez de la Cámara (Juan).—(Siglo XV). «Trunpho de las Donas.»
Rodríguez de Luna (Pero).—(Mediados del XV). «Crónica del Paso Honroso.»
Rivera (Hernando de). — (Fines del XV.) «Historia de Granada», en verso.
Rhua (Bachiller Pedro de).—(Primera mitad del XVI). Cartas.
Reyes (Matías de los).—(XVII.) «Para algunos.» Colección de novelas.
Rojas (Agustín de)—«Viaje entretenido», poema.
Ruíz (Sor Beatriz Agustina). — «Poema de la historia de la Pasión del Señor (XVIII).
Ruíz de León.—«La Hernandía», poema (XVIII).

S

Stúñiga (Lope de)—(XV). Colector de «Cancionero »
Sánchez (Ruy). — (Mediados del XV.) «Suma de la política.»
Santa María (Pablo de).— Mediados del XV.) «Suma de Crónicas.»
San Cristóbal (Fray Alonso de).—Predicador (XV.) «Vigecio Spiritual.»
Sánchez (Francisco), el Brocense. —(XVI.) «Gramática.»
Sedeño (Juan de). — (Principios del XVI). «Diálogos sobre las Bienaventuranzas.»
Saavedra Guzmán (Antonio de).—(Fines del XVI). «El peregrino indiano ó conquista de Méjico, por Cortés», poema.
Salazar y Torres (Agustín).—(Poeta de mediados del XVII.) «Las estaciones del día.»
Salas Barbadillo. — (XVII.) «La ingeniosa Elena», novela
Sánchez (Miguel), el Divino .— XVII.) «La guarda cuidadosa», comedia.
Santos (Francisco). — (Fines del XVII.) Novelas cortas. «Día y noche de Madrid.
Soto de Rojas (Pedro).—«Desengaños del amor», en verso.(XVII.)
San Juan (conde de). — (XVIII). «Prometeo», poema alegórico.
Silvestre (Pedro).—(XVIII). «Proserpina», poema.
Saldueña (conde de). — (XVIII). «Fábula de Júpiter y Europa», poema.
Sallent (Sor Mariana).—(XXIII.) «Santa Clara», poema.

Sandoval (Fray Prudencio de).—Historiador.
San Felices (Marqués de). —«Atalante é Hipomenes», poema.
San Pedro (Diego de).—«La Cárcel del Amor.»
Silva (Feliciano de). - «La segunda Celestina», poema.
Salas (Francisco). (XVIII). «Observatorio rústico», poema pastoril.

T

Talavera (Fray Hernando de).—(Mediados del siglo XV.) «Tratado del vestir, del calzar y del comer» (contra la incontinencia).
Torre (Fernando de la).—Mediados del XV.) «Carta á la muerte de D. Alonso de Cartagena.»
Torquemada (Antonio). – (Fines del XVI). «Jardín de flores».
Therán (Francisco). – «Laurel del Sol español», poema narrativo (XVIII).

U

Ubeda (Beneficiado de). - (Fines del siglo XIII.) «Sancto Ildefonso.»
Urrea (los hermanos, condes de Aranda). — (Fines del XV.) Versos.
Ulloa y Pereira (Luis de).—(Principios del XVII.) «Raquel», poema.
Ulloa (Alonso de).— «El proceso de cartas de amores que entre dos amantes pasaron», novela.
Uciel (Jacobo).—«David», poema.
Ureña (marqués de).—(XVIII), poeta.

V

Valera (Mossen Diego de).—(Mediados del siglo XV.) «Breviloquio de virtudes.»
Villegas (Antonio de).—Mediados del XVI.) «Historia del Abencerraje y de la hermosa Josefa.»
Venegas (Maestro Alejo). (Siglo XVI.) «Agonía del tránsito de la muerte.»
Villalobos (Francisco).—(Mediados del XVI.) Moralista y traductor de Plauto. «Problemas».
Valdivielso (Maestro José de).—Principios del XVII.) «Romance espiritual del Santísimo Sacramento.»
Velez de Guevara, hijo (Juan).—(XVI). «El mancebo de los Palacios», comedia.
Valenzuela (Fernando). Consejero de Carlos II. «Endechas.»
Vega Tassis (Juan). — (XVII.) «Fábulas mitológicas.»
Villarroel (José).—(XVIII) Poeta.

Y

Yepes (P. Fray Diego de). — (Siglo XVII). «Vida de Santa Teresa de Jesús» é «Historia de la orden de San Benito.»

Z

Zapata (Luis). — (Mediados del XVI.) «Carlo famoso», poema.
Zurita (Jerónimo). — Cronista. (XVI). «Anales de la Corona de Aragón», y «Cartas».
Zárate (Fray Fernando de. — (Principios del siglo XVII.) — «Discursos de la paciencia cristiana.»
Zayas (Doña María de).—(La sibila de Madrid.) Poetisa y autora dramática del XVII.
Zamora (Antonio).—(Fines del XVII.) «El hechizado por fuerza.»

Algunos otros autores del siglo XIX.

A

Alarcón (Pedro A.). Novelista.
Alvarez Espino (Romualdo). Filósofo y literato.
Arjona y Laynez (Joaquín). Autor dramático.
Arnao (Antonio). Poeta lírico.
Alonso (J. Bautista). Periodista.
Alfonso (Luis). Crítico de arte y periodista.
Aparisi Guijarro (Antonio). Orador.

B

Baralt (Rafael María). Filósofo é historiador.
Biedma (Patrocinio de). Poetisa.
Burgos (Francisco Javier de). Literato y periodista.
Barcia (Roque). Escritor y orador.

C

Caballero (Fernán). Novelista.
Caballero (Fermín). Publicista.
Calderón (Laureano). Químico y orador.
Calvo Asensio (Pedro y Gonzalo). Periodistas.
Camprodón (Francisco). Dramaturgo.
Cañete (Manuel). Crítico.
Castro (Adolfo de). Literato cervantista.
Castro y Serrano (José de). Literato.
Catalina (Severo). Literato y orientalista.
Corradi (Fernando). Periodista.
Carvajal (José). Orador.

CH

Chíes (Ramón). Orador y periodista.

D

Díaz de Benjumea (Nicolás). Cervantista.
Díaz Lamarque (los esposos). Poesías.

E

Eguílaz (Luís). Autor dramático.
Escosura (Patricio de la). Polígrafo y orador.
Espejo Valverde (Carmen). Poetisa.

F

Frías (duque de). Poeta.
Fernández de los Ríos (Angel). Periodista.
Fernández Espino (J.). Literato.
Fernández Guerra (los hermanos). Polígrafos.
Flores (Antonio). Escritor de costumbres.
Flores Arenas (Francisco). Literato.
Flórez Estrada (Alvaro). Economista.
Franquelo (Ramón). Periodista.
Figueras (Estanislao). Orador.
Fuentes (José de). Periodista y autor dramático.

G

G. Balmaseda (Joaquina). Poetisa y novelista.

Gallardo (Bartolomé José). Literato.
García Cadena (Peregrín). Crítico dramático.
García de Quevedo (José Heriberto). Poeta.
García Santisteban (Rafael). Autor dramático.
Gil (Isidoro). Dramaturgo,
Giner de los Ríos (Jose Luís). Periodista y economista.
Gisbert (Lope). Literato y economista.
Gómez Hermosilla (José). Humanista.
Gorostiza (Manuel Eduardo). Autor dramático.
Grimaldi (Juan de). Autor dramático.
Gutiérrez de Alba (José María). Poeta.
Gálvez (María Rosa). Poetisa.
González (P. Ceferino). Filósofo.

H

Hurtado (Antonio). Autor dramático.

I

Ibo Alfaro (Manuel). Novelista.
Inza (Eduardo). Poeta.
Iza (José). Crítico y periodista.

J

Janer (Florencio). Historiador y erudito.
Justiniano (Juan). Poeta.
Jiménez de la Espada (Marcos). Geógrafo é historiador.

L

Lasso de la Vega (Angel). Poeta.
Laverde (Gumersindo). Filósoto é historiador.
Lozano de Vilches (Enriqueta). Poetisa.
López (Joaquín María) Orador.

M

Macpherson (Guillermo). Poeta.
Madrazo (Pedro). Historiador y crítico de arte.
Marco (José de). Autor dramático.
Martínez Villergas (Juan). Poeta.
Martín (Melitón). Filósofo.
Martínez Monroy (José). Poeta.
Mora (José Joaquín de). Poeta y crítico.
Molins (marqués de). Poeta é historiador.
Massanés (Josefa de). Poetisa
Monlau (Pedro Felipe) Filósofo y literato.
Montesino. Pedagogo.
Martos (Cristino). Orador.

N

Navarrete (Ramón de), *Asmodeo*. Periodista y autor dramático.
Navarro Villoslada (Francisco de). Polígrafo.
Nougués (Pablo). Publicista.
Núñez Arenas (Isaac). Filósofo y literato.

O

Ochoa (Eugenio de). Crítico, erudito y literato.
Olona (Luís). Autor dramático.
Ortega y Frías (Ramón). Novelista.
Olózaga (Salustiano de). Orador y escritor.

P

Pacheco (Joaquín Francisco). Orador y jurisconsulto.
Parreño (Florencio Luís). Novelista.
Peña y Goñi (Antonio). Crítico musical.

Pérez Echevarría (Francisco) Autor dramático.
Perier (Carlos M.). Periodista.
Picón (José). Autor dramático.
Pidal (Pedro José, marqués de). Orador y polígrafo.
Pina (Francisco, padre é hijo). Autores dramáticos.
Príncipe (Miguel Agustín). Poeta.
Puente Apecechea (Fermín de la). Literato
Puente y Brañas (José de). Autor dramático y periodista.
Pérez Escrich. Novelista.

Q

Quiroga (Francisco). Naturalista.
Quirós de los Ríos (Juan). Humanista.

R

Reus y Vahamonde (Emilio). Polígrafo y orador.
Rodríguez Correa (Ramón). Poeta y periodista.
Rodríguez Rubí (Tomás). Autor dramático.
Romea (Julián). Actor y poeta.
Ros de Olano (Antonio). Poeta, novelista y orador.
Rivera (Luís). Periodista y poeta.
Rivero (Nicolás María). Orador y periodista.
Rosa González (Juan de la). Periodista.
Robert (Roberto). Periodista y literato.
Rosell (Cayetano). Crítico y literato.
Rubio (Carlos) Poeta y periodista.
Ruíz de Quevedo (Manuel). Pedagogo.

S

Sáez de Melgar (Faustina). Novelista.
Salas Quiroga (Jacinto). Poeta y crítico.
Sánchez Barbero (Francisco). Humanista.
Sánchez de Castro (Francisco). Autor dramático.
Sánchez Ruano (Félix). Filósofo y periodista.
Santos Alvarez (Miguel de los). Poeta.
Silvela (Manuel). Novelista y literato
Sinués (María del Pilar) Novelista.
San Miguel (Evaristo de). Historiador y poeta.
Sama y Vinagre (Joaquín). Pedagogo.
Sanz (Eulogio Florentino). Poeta.

T

Tárrago y Mateos (Torcuato). Novelista.
Tapia (Eugenio de). Publicista.
Tapia (Tomás). Filósofo.
Tejado (Gabino). Periodista.
Tubino (Francisco María). Publicista y literato.
Trueba y Cosio (Telesforo). Literato y novelista.

U

Utrilla (Juan). Novelista, periodista y autor dramático.

V

Valladares (Luís y Ramón). Literatos.
Vallejo (Juan). Periodista y poeta.
Vidart (Luís). Polígrafo y filósofo.

Z

Zea (Francisco). Prosista y poeta.

ÍNDICE

de los autores que se citan en este volumen.

Siglo XIII

	Páginas.
Alfonso el Sabio	8
Berceo (Gonzalo de)	6
Sancho el Bravo	13
Segura de Astorga (Juan Lorenzo)	6

Siglo XIV

Carrillo de Albornoz (D. Gil)	18
Don Juan Manuel (Infante)	14
Ferrus (Pedro)	17
Imperial (Francisco)	17
López de Ayala (Pero)	16
Ruíz (Juan)	15
Sánchez de Tovar (Juan)	18

Siglo XV

Bernáldez (Andrés)	37
Cartagena (Alonso de)	19
Cota (Rodrigo de)	28
Don Juan II	19
Encina (Juan de la)	27
Fernández (Lucas)	28
Gómez de Ciudad-Real	33
Luna (D. Alvaro de)	19
Madrigal (Alfonso de)	23
Manrique (Jorge)	25

Páginas.

Mena (Juan de) 24
Padilla (Juan de) 26
Pérez de Cuzmán (Fernán) 35
Pérez del Pulgar (Hernán) 37
Pulgar (Fernando del) 36
Rojas (Fernando de) 30
Sabuco de Nantes (Doña Oliva) 50
Santillana (Marqués de) 21
Sepúlveda (Ginés de) 50
Torre (Alfonso de la) 34
Villena (Marqués de) 20

Siglo XVI

Alcázar (Baltasar de) 72
Alemán (Mateo) 70
Argensola (Lupercio y Bartolomé) 82
Avila (Juan de) 127
Arguijo (D. Juan de) 77
Bermúdez (Jerónimo) 103
Boscan (Juan) 51
Castillejo (Cristóbal) 59
Cervantes (Miguel de) 113
Céspedes (Pablo de) 100
Cetina (Gutiérrez de) 55
Coloma (D. Carlos) 132
Cueva (Juan de la) 111
Ercilla (D. Alonso de) 92
Espinel (Vicente) 68
Espinosa (Pedro de) 67
Figueroa (Francisco de) 66
Gómez Pereira (Jorge) 143
Góngora (D. Luís de) 78
Granada (Fray Luís de) 128
Guevara (Fray Antonio de) 138
Herrera (Fernando de) 74
Hojeda (Fray Diego de) 96
Huarte (Juan) 143
Hurtado de Mendoza (D. Diego) 55
Juan de la Cruz (San) 87

Páginas.

León (Fray Luís de) 62
López de Palacios (D. Francisco) 131
Mal-Lara (Juan de) 74
Malón de Chaide (Fray Pedro) 88
Mariana (P. Juan de) 133
Moncada (Francisco de) 131
Pérez (Antonio) 140
Rivadeneira (P. Pedro de) 130
Rueda (Lope de) 106
Servet (Miguel) 143
Sigüenza (P. Fray José de) 90
Suárez (Francisco) 143
Teresa de Jesús (Santa) 85
Torre (Francisco de la) 60
Torres Naharro (Bartolomé) 104
Valbuena (D. Bernardo de) 94
Vega (Garcilaso de la) 52
Villaviciosa (D. José de) 99
Virués (Cristóbal de) 97
Vives (Juan Luís) 142

Siglo XVII

Alarcón (D. Juan Ruíz de) 194
Antonio (D. Nicolás) 222
Calderón (D. Pedro) 209
Caramuel (Juan) 222
Caro (Rodrigo) 149
Esquilache (Príncipe de) 146
Felipe IV 157
Fernández de Andrade (Andrés) 148
Gracián (Baltasar) 147
Guillén de Castro 159
Jáuregui (D. Juan de) 145
Lope de Vega 177
Mirademescua (D. Antonio) 153
Moreto (D. Agustín) 198
Pérez de Montalbán (D. Juan) 162
Quevedo (D. Francisco de) 168
Rioja (Francisco) 148

Páginas.

Rojas (Francisco de) 205
Saavedra Fajardo (D. Diego de) 167
Solís (D. Antonio) 164
Tirso de Molina 188
Valdés (Juan) 222
Vélez de Guevara (D. Luís) 155
Villegas (Esteban Manuel de) 144
Zabaleta (D. Juan de) 156

Siglo XVIII

Alvarado (R. P. M. Francisco) 273
Cabarrús (Conde de) 274
Cadahalso (José) 245
Campomanes (Conde de) 273
Ceballos (P. F. Fernando) 271
Cienfuegos (Nicasio Alvarez) 248
Cruz (Ramón de la) 260
Eximeno (P. Antonio) 274
Feijóo (P. F. Benito) 266
Forner (Juan P.) 269
Fernández Valcárcel (Vicente) 274
Florez (P. F. Enrique) 273
Hervás (José Gerardo) 225
González (Fray Diego) 252
Hervás (Lorenzo) 274
Huerta (Vicente García de la) 249
Iglesias (José) 251
Iriarte (Tomás) 255
Isla (el P.) 264
Jovellanos (Gaspar) 238
Luzán (Ignacio de) 224
Mayans (Gregorio) 270
Meléndez (Juan) 244
Moratín (Nicolás y Leandro) 227
Masdeu (Juan Francisco) 273
Montiano (Agustín) 273
Noroña (conde de) 246
Olavide (Pablo) 272
Pérez López (Antonio Javier) 274

Páginas.

Piquer (Andrés) 274
Rodríguez (P. José) 274
Samaniego (D. Félix) 258
Santa Cruz (Andrés) 271

Siglo XIX

Alcalá Galiano (Antonio) 335
Alvarez Lorenzana (Juan) 387
Amador de los Ríos 385
Arenal (Concepción) 378
Arriaza (Juan B.) 275
Azcárate (Patricio de) 383
Becquer (Gustavo A.) 308
Bretón de los Herreros (Manuel) 315
Canalejas (Francisco de P.) 385
Cánovas del Castillo (Antonio) 389
Castelar (Emilio) 374
Castro (Fernando) 353
Chao (Eduardo) 383
Donoso Cortés (Juan) 339
Durán (Agustín) 337
Espronceda (José de) 289
Estébanez Calderón (Serafín) 356
Fernández y González (Manuel) 383
Ferrer del Río (Antonio) 352
Gallego (Juan Nicasio) 279
García Blanco (Antonio) 384
García Gutiérrez (Antonio) 321
García Tassara (Gabriel) 298
García Luna (Tomás) 382
Gayangos (Pascual de) 384
Gil y Carrasco (Enrique) 296
Gil de Zárate (Antonio) 312
Hartzenbusch (Juan Eugenio) 317
Lafuente (Modesto) 351
Lapeña (Tomás) 382
Larra (Mariano José de) 363
Lista (Alberto) 332
López de Ayala (Adelardo) 324

Páginas.

López García (Bernardo)..... 310
Mata (Pedro)..... 383
Mateos (Nicomedes Martín)..... 382
Martínez de la Rosa (Francisco)..... 281
Mesoneros Romanos (Ramón)..... 358
Miñano (Sebastián)..... 355
Moreno Nieto (José)..... 387
Morón (Fermín Gonzalo)..... 387
Muñoz (P. Fr. José)..... 382
Nocedal (Cándido)..... 343
Pastor Díaz (Nicomedes)..... 293
Quintana (Manuel José)..... 276
Reinoso (Félix José)..... 330
Revilla (Manuel y José)..... 388
Rios Rosas..... 345
Rivas (duque de)..... 284
Ruíz Aguilera (Ventura)..... 303
Sanz del Río (Julián)..... 340
Segovia (Antonio María)..... 361
Selgas (José de)..... 307
Serra (Narciso)..... 327
Tamayo y Baus (Manuel)..... 385
Toreno (conde de)..... 348
Trueba (Antonio)..... 301
Zorrilla (José)..... 367

71

Finis Finitum

OBRAS DE D. HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

(De venta en las principales librerías.)

París en América, traducción de E. Laboulaye.—Un cuaderno de 100 páginas á dos columnas, en folio, ilustrado con 29 grabados. —Gaspar y Roig, editores.—Madrid, 1868.—(Agotada.)

Mendelsshon, versión castellana de la obra de C. Sélden, precedida de una *Historia de la música*, por el traductor.—Un folleto de XVI + 84 páginas en 12.° menor.—Madrid, 1870.—0,50 peseta.

Elementos de Filosofía Moral, arreglados para la Segunda Enseñanza, de una obra del profesor belga G. Tiberghien.—Un volumen de XVI + 142 páginas en 8.°.—Madrid, 1872.—(Agotada.)

Programa de Ética, para uso de los alumnos de Segunda Enseñanza. Un folleto de 8 páginas en 4.° menor.—Baeza, 1873.—(Agotada.)

Proyecto de Reglamento para el ingreso en el profesorado del Instituto libre de 2.ª Enseñanza de Baeza, formado sobre el vigente oficial.—Un folleto de VIII + 8 páginas en 4.°— Baeza, 1873.—(Agotada).

Teoría del arte é historia de las Artes Bellas en la Antigüedad; y Programa de «Principios de Arte y su historia en España», expuesto por el autor en el Instituto del Noviciado de Madrid como profesor sustituto de la asignatura, en el año 1869. —Un folleto de 38 páginas en 4.°—Raeza, 1873—(Agotada.)

Elementos de Ética ó Filosofía Moral, precedidos de unas nociones de Biología, y arreglados para la 2.ª Enseñanza (en la parte de Ética), del profesor Tiberghien.—2.ª edición corregida y aumentada.—Alfonso Durán, editor.—Un volumen de XVI + 202 páginas en 8.° reducido, cartoné.—Madrid, 1873.— 3 pesetas.

Programa de Psicología, Lógica y Ética, para uso de los alumnos de 2.ª Enseñanza.—Un folleto de 52 páginas, en 4.° menor. —Madrid, 1874.—1 peseta.

La enseñanza obligatoria, versión castellana de la obra de G. Tiberghien, precedida de unas notas biográficas del autor, escritas por el traductor.—Un volumen de XXIV + 280 páginas en 8.°—Madrid, 1874.—Anllo y Rodríguez, editores.—2,50 pesetas.

Programa de Biología y Antropología.—Un folleto de 32 páginas en 4.°—Málaga, 1877.—1 peseta.

Filosofía y Arte, con un prólogo de D. Nicolás Salmerón y Alonso. —Un volumen de XXXVI + 236 páginas en 8.°—Madrid, 1878. —3,50 pesetas.

Almanaque de la «Institución libre de Enseñanza», ordenado para 1879, con la colaboración de varios escritores.—Un volumen de 184 páginas, en 12.°, con el plano general de los teatros de Madrid y dos ilustraciones. - Edición de la Sociedad. - Madrid, 1878.—(Agotada.)

Moral elemental para uso de las Escuelas. - Traducción de G. Tiberghien.—Un volumen de 224 páginas, en 12.°—L. Navarro, editor.—Madrid, 1878.—2 pesetas.

La nueva discordia entre Italia y la Iglesia, considerada con motivo de un hecho particular, por el P. C. M. Curci.— Traducción del italiano.—Un volumen de XVI + 242 páginas en 8.°—V. Suárez, editor.—Madrid, 1878.—2 pesetas.

Pío IX y su sucesor, por R. Bonghi.—Traducción del italiano.— Un volumen de VIII + 272 páginas, en 8.°—Madrid, 1878.— 2,50 pesetas.

León XIII y la Italia, por R. Bonghi, con las tres pastorales del Cardenal Pecci y su primera alocución (y poesías latinas del Pontífice, traducidas por J. Quirós de los Ríos).—Traducción del italiano. —Un volumen de XVI + 332 páginas en 8.° menor.—Medina, editor.—Madrid, 1878. - 2 pesetas.

Fragmentos, retazos y traducciones, por «Ghrein» (H. Giner).— Un folleto de 92 páginas en 12.°—Gijón, 1879.—(Agotada).— (Folletín de periódico.)

El jerife de Benastepar.—Tradición morisca, por A. de los Ríos y Rosas.—Publícala por primera vez con otras poesías, H. Giner. —Un folleto de 64 páginas en 12.°—Gijón, 1879.—(Agotada.)— (Folletín de periódico.)

El Colegio de Bolonia.—Centón de noticias relativas á la fundación hispana de San Clemente.—En colaboración con D. Pedro Borrajo y Herrera.—Un volumen de XII + 420 páginas en 4.°, ilustrada con 7 grabados.—Madrid, 1880.—(Agotada).

Krause y Spencer, por G. Tiberghien, versión precedida de una nueva biografía del autor, por el traductor. - Un volumen de 168 páginas en 8.° prolongado.—Madrid, 1883.—Fernando Fé, editor.—(Agotada.)

Holanda.—Traducción del italiano.—(En colaboración con D. J. Muñiz), por Ed. De Amicis.—Un volumen de 536 páginas en 8.°— V. Suárez, editor.—Madid, 1883.—3,50 petetas.

Constantinopla.—Dos tomos de 354 y 336 páginas, respectivame,ent

con el retrato del autor, Ed. De Amicis, en 8.°—V. Suárez, editor.—Madrid, 1883.—5 pesetas.

Recuerdos de 1870-1871.—Tomo 1.° de las «Obras de Edmundo De Amicis», traducidas del italiano.—Un volumen de 360 páginas en 8.°—E. Guijosa, editor.—Madrid, 1883.—3 pesetas.

Novelas.—Un volumen de 380 páginas en 8.°—V. Suárez, editor.—Madrid, 1884.—3 pesetas.

La vida militar.—Bocetos.—Tomo 2.° de la colección «Obras de Edmundo De Amicis».—Un volumen de X + 344 páginas en 8.° —Madrid, 1884.—3 pesetas.

La vida militar.—Bocetos, 2.ª serie —Tomo 3.° de la colección.—Un volumen de VIII + 344 páginas en 8.°—Madrid, 1884.—3 pesetas.

Páginas sueltas.—Tomo 4.° de la colección.—Un volumen de 352 páginas en 8.°—Madrid, 1884.—3 pesetas.

Retratos literarios.—Tomo 5.° de la colección.—Un volumen de 336 páginas en 8.°—Madrid, 1884.—3 pesetas.

España.—Tomo 6.° de la colección.—Un volumen de 472 páginas en 8.°—E. Guijosa, editor.—Madrid, 1884.—3,50 pesetas.

El vino.—Sus efectos psicológicos.—Tomo 7.° de la colección.—Un volumen de 96 páginas en 8.°—E. Guijosa, editor.—Madrid, 1884.—1 peseta.

Poesías de Ríos Rosas, con su biografía, escrita por el coleccionador.—Un volumen de 184 páginas en 12.°—2.ª edición, aumentada.—Málaga, 1884.—(Agotada.)

A las puertas de Italia.—Dos tomos.—Volúmenes 8 y 9 de la colección «Obras de Edmundo De Amicis», de 328 y 248 páginas, respectivamente, en 8.°—Madrid, 1884 y 1885.—6 pesetas.

Los Amigos.—Tres tomos.—Volúmenes 10, 11 y 12 de la colección, de 326, 296 y 312 páginas, respectivamente, en 8.°—Madrid, 1885. 9 pesetas.

Poesías, traducidas en verso castellano.—Tomo 13 de la colección, con el retrato del autor.—Un volumen de 286 páginas en 8.°—Madrid, 1885.—3,50 pesetas.

Obras completas de J. de Maistre.—Traducción.—Un volumen de 274 páginas en 8.° menor.—Guijosa y Martínez, editores.—Madrid, 1886.—2 pesetas.

Corazón.—Diario de un niño, por Edmundo De Amicis.—Con prólogo de D. Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Un volumen de XVI + 404 páginas en 8.° menor.—M. Fernández Lasanta, editor.—Madrid, 1887.—(Agotada.)

Portugal.—Impresiones para servir de guía al viajero.—En colabo-

ración con D. Francisco Giner de los Ríos.—Un volumen de 336 páginas en 8.°—Madrid, 1888.—2,50 pesetas.

Mar de fondo.—Novela del malogrado escritor F. Rebollo.—Borrador corregido y con un prólogo.—Un volumen de XVI + 172 páginas en 8.°—Madrid, 1888.—1,50 pesetas.

Mentiras, traducción de P. Bourget.—Un volumen de 356 páginas en 8.°—«El Cosmos Editorial.»—Madrid, 1888.—2,50 pesetas.

Recuerdos del destierro, traducción de P. Loti.—Un volumen de 312 páginas en 8.°—«El Cosmos Editorial.»—Madrid, 1888.—2,50 pesetas.

¡Bravia!, traducción de A. Theuriet.—Un volumen de 324 páginas en 8.°—«El Cosmos Editorial.»—Madrid, 1889.—2,50 pesetas.

Artículos fiambres.—Un volumen de XII + 268 páginas en 8.°—Madrid, 1889.—2 pesetas.

La vida del Derecho en sus relaciones con la vida social.—Estudio comparado de Filosofía del Derecho.—Traducción del italiano de G. Carle, en colaboración con D. Germán Flórez Llamas.—Dos tomos de X + 354 y 492 páginas, respectivamente, en 4.° mayor.—«El Progreso Editorial.»—Madrid, 1889 y 1891.—12 pesetas.

Impresiones de América.—Acuarelas y dibujos.—Tomo 14 de la colección, «Obras de Edmundo De Amicis», con 4 fotograbados y prólogo del traductor.—Un volumen de 242 páginas en 8.°—A. Jubera, editor.—Madrid, 1889.—3 pesetas.

Turín, Londres y París.—Tomo 15 de la colección.—Un volumen de 288 páginas.—A. Jubera, editor.—Madrid, 1889.—2,50 pesetas.

Ideas sobre el rostro y el lenguaje y pruebas fotográficas.—Tomo 16 de la colección, con 4 fotograbados y prólogo del traductor.—Un volumen de 242 páginas en 8.°—A. Jubera, editor.—Madrid, 1889.—3 pesetas.

En el Océano.—Viaje á la Argentina.—Tomo 17 de la colección, con una carta-prólogo del autor al traductor y un nuevo retrato.—Un volumen de XVI + 452 páginas en 8.°—A. Jubera, editor.—Madrid, 1889.—4 pesetas.

Curso de Literatura Española.—Apuntes crítico-biográficos y trozos selectos.—En colaboración con D. Juan García Al-Deguer.—Un volumen de XVI + 768 páginas en 4.°—Madrid, 1889.—Encuadernado, 9,50 pesetas.

* **Roberto Helmont. Diario de un solitario**, traducción de A. Daudet.—Un volumen de 224 páginas en 8.°—Ilustrado con más de 100 fotograbados y 15 cromotipias.—Primer tomo de la «Colección Jubera», (Casa editora).—Madrid, 1889.—4 pesetas.

Treinta años de París, á través de mi vida y de mis libros, Traducción de A. Daudet.—Un volumen de 372 páginas en 8.°—Ilustrado con 118 grabados en diversos colores.—Tomo II de la «Colección Jubera». (Casa editora) —Madrid, 1889.—3,50 pesetas.

* **Nuestros hijos.**—Escenas y estudios de familia —Traducción de E. Legouvé.—Dos cuadernos folio á dos columnas, de á 72 páginas cada uno, y 16 y 11 grabados, respectivamente.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores. —Madrid, 1889.—2 pesetas.

Los amigos.—Nueva edición de lujo, refundida y revisada por el autor, con su retrato.—Un volumen en 4.° mayor prolongado, de 316 páginas y 181 grabados.—Barcelona, R. Molinas, editor, 1889.

Recuerdos de un hombre de letras, traducción de A. Daudet.—Un volumen de 288 páginas en 8 °, ilustrado con 88 grabados en diversos colores —Tomo III de la «Colección Jubera». (Casa editora).—Madrid, 1890.—3,50 pesetas.

La lucha por la existencia.—Drama en cinco actos y seis cuadros, traducción de A. Daudet.—Un volumen de 286 páginas en 8.°—ilustrado con 21 láminas en colores diferentes.—Tomo IV de la «Colección Jubera». (Casa editora).—Madrid, 1890.—4 pesetas.

Mujeres de artistas, traducción de A. Daudet.—Un volumen de 240 páginas en 8.°, ilustrado con 102 fotograbados.—Tomo V de la «Colección Jubera». (Casa editora).—Madrid, 1890.—3,50 pesetas.

Sor Filomena, traducción de E. y J. de Goncourt.—Un volumen de 366 páginas en 8.°, ilustrado con 92 fotograbados —Tomo VIII de la «Colección Jubera». (Casa editora).—Madrid, 1890.—4 pesetas.

* **La roca de las gaviotas,** traducción de J. Sandeau.—Dos cuadernos folio á dos columnas, de 68 y 64 páginas, cada uno, y 34 y 36 grabados, respectivamente.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1890.—2 pesetas.

* **De New-York á Brest en siete horas,** traducción (en colaboración), de A. Laurie.—Dos cuadernos folio á dos columnas, de 72 y 68 páginas, respectivamente, y 13 grabados cada uno.—«Biblioteca moral, crentífica y literaria». S. de Jubera, hermanos, editores. —Madrid, 1890 —2 pesetas.

* **El secreto de Maston,** traducción de J. Verne.—Dos cuadernos folio, á dos columnas, de 62 y 64 páginas cada uno, y 20 y 17 grabados, respectivamente.—«Obras de J. Verne».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1890.—2 pesetas.

* **Tartarín de Tarascón**, traducción de A. Daudet.—Un volumen de 298 páginas en 8.°, ilustrado con 112 fotograbados.—Tomo IX de la «Colección Jubera». (Casa editora).—Madrid, 1891.—3,50 pesetas.

Programa de Retórica y Poética, para el examen de los alumnos de esta asignatura en el Instituto de 2.ª Enseñanza de Alicante; curso de 1890-1891.—Un folleto de 32 páginas.—Madrid, 1891.—(Agotada.)

Jack, traducción de A. Daudet.—Un volumen de 674 páginas en 8.°, ilustrado con 92 fotograbados.—Tomo XII de la «Colección Jubera». (Casa editora).—Madrid, 1891.—5 pesetas.

La educación sentimental.—Historia de un joven.—Traducción de G. Flaubert.—Dos tomos de 368 y 404 páginas en 8.°—J. Jorro, editor.—Madrid, 1891.—5 pesetas.

* **Historia de un cascanueces**, traducción de A. Dumas, cuaderno 1.°, folio, á dos columnas, de 64 páginas y 177 grabados.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1891.—1 peseta.

Historia de un cascanueces, (conclusión) y **«Cuentos para niños»**, del traductor.—Cuaderno 2.°, de 64 páginas y 61 grabado y varias viñetas.—Madrid, 1891.—1 peseta.

* **Memorias de un colegial ruso**, traducción de A. Laurie, dos cuadernos folio, á dos columnas, de 76 y 72 páginas, respectivamente, y 14 grabados cada uno.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1891.—2 pesetas.

Arte Literario ó Retórica y Poética.—Preceptiva para servir de texto en los Institutos de Segunda Enseñanza.—Un volumen de XII + 252 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1891.—(Agotada.)

Programa de dicha obra.—Curso de 1891-92.—Un folleto de 48 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1891.—(Agotada.)

* **Tartarín de Tarascón**, nueva traducción reducida, de la «Colección de cuentos escogidos para la juventud», de A. Daudet.—Cuaderno 7 de la «Biblioteca ilustrada, científica y literaria».—Sáenz de Jubera, hermanos, editores.—Un volumen folio á dos columnas, de 68 páginas, con 16 grabados.—Madrid, 1892.—1 peseta.

Dos dramas de Escuela.—Tomo 18 de la colección «Obras de Edmundo De Amicis» —Un volumen de 368 páginas en 8.°—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1892.—4 pesetas.

Amor y Gimnástica.—La cuestión social.—Garibaldi, y otros trabajos —Tomo 19 de la colección.—Un volumen de 374 pági-

nas en 8.°—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1892.—4 pesetas.

Principios de Literatura para texto de los alumnos de Retórica y Poética en los Institutos de Segunda Enseñanza.—Segunda edición corregida, propiedad de la Viuda de Hernando y Compañía. —Madrid, 1892.—Obra informada favorablemente por el Consejo de Instrucción pública y declarada de mérito para los ascensos en la carrera del autor.—Un volumen de 258 páginas en 4.° menor. —(Con su programa correspondiente).—Encuadernada, 7 pesetas.

Programa de dicha obra —Un folleto de 48 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1892.—1 peseta.

Corazón.—(Diario de un niño).—Nueva edición ilustrada —Un volumen de 440 páginas y 202 fotograbados.—M. Fernández Lasanta, editor —Madrid, 1893.—4 pesetas.

Manual de Estética y Teoria del Arte, é Historia de las artes principales hasta el Cristianismo.—Nueva edición con 168 grabados intercalados en el texto.—Obra informada favorablemente por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, premiada con «Medalla de oro» en la Exposición Regional de Lugo de 1896 —Un volumen de XII + 196 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1894.—(Con su programa correspondiente), 4 ptas.

Programa de Estética y Teoria del Arte é Historia abreviada de las artes principales. - Un folleto de 24 páginas en 4.° menor 0,50 peseta.

Cuentos y aventuras. Un folleto de 90 páginas en 4.° menor.—Alicante, 1897. (Agotada.) –(Folletín de periódico.)

Para el 1 ° de Mayo.– Apuntes y argumentos. Tomo 20 de la colección «Obras de Edmundo De Amicis». Un volumen en 8.° de IV + 304 páginas.– Madrid, 1897.—3 pesetas.

Socialismo y Educación.– Estudios y cuadros.– Tomo 21 de la colección.– Un volumen de 300 páginas en 8.°– Madrid, 1898.—3 pesetas.

Mosaico. (Impresiones, apuntes, viajes, estudios, notas).—Un volumen de 186 páginas en 4.°—Alicante, 1898.– (Agotada.) –(Folletín de periódico.)

Programa de Psicología, Lógica y Ética.—Un folleto de 32 páginas en 4.°– Alicante, 1898.—1 peseta.

Resumen de la Psicología, extracto de las «Lecciones sumarias de Psicología» originales de los Sres. D. F. Giner, D. E. Soler y D. A. Calderón.– No se vende separado de esta obra. Unido á ella aumenta su precio 1,50 pesetas.—Un volumen de 116 páginas en 8.°—Alicante, 1899.

Nociones de Lógica.—Un volumen de 110 + VIII páginas en 8.º—Barcelona, 1899.—2 pesetas; encuadernado, 2,50.

Resumen de Ética, extracto de los *Elementos de Filosofía moral*, etc. arreglados para la 2.ª enseñanza.—No se vende separado de esta obra. Unido á ella aumenta el precio en 1,50 pesetas.—Un volumen de 104 páginas en 4.º.—Barcelona, 1899.

NOTA.—Las obras que llevan asterisco no aparecen impresas con el nombre del traductor.

Obras dramáticas estrenadas y publicadas.

Milton, drama en un acto, original y en verso.—Estrenado en 1879 en el teatro de Apolo de Madrid.—Un folleto de 40 páginas en 8.º menor.—1 peseta.

Á tiempo, comedia en un acto y en verso (en colaboración con don J. Contreras) estrenada en el teatro de Apolo, de Madrid, en 1879.—Un folleto de 40 páginas en 8.º menor.—1 peseta.

Los parientes del difunto, sainete lírico, original y en verso (en colaboración con D. J. Utrilla; música de D. C. Mangiagalli y don I. Hernández), estrenado en el teatro de los Jardines del Buen Retiro, de Madrid, en 1881.—Un folleto de 24 páginas en 8.º menor.—1 peseta.

El último sacrificio, drama en un acto y en verso (en colaboración con D. J. Utrilla), estrenado en el teatro de Capellanes, de Madrid, en 1881.—Un folleto de 24 páginas en 8.º menor.—1 peseta.

En busca de protección, juguete cómico original en un acto y en verso (en colaboración con D. J. Utrilla), estrenado en el teatro de Capellanes, de Madrid, en 1881.—Un folleto de 28 páginas en 8.º menor.—Una peseta.

Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, arreglado á la escena española; estrenado en el teatro de Capellanes, de Madrid, en 1881.—Un folleto de 44 páginas en 8.º menor.—2 pesetas.

Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (en colaboración con D. J. Contreras), estrenado en el teatro de Apolo de Madrid, en 1882.—Un folleto de 20 páginas en 8.º menor.—1 peseta.

Teresa Raquin, drama en cuatro actos y en prosa, arreglado á la escena española; estrenado en el teatro de Novedades, de Madrid, en 1885.—Un folleto de 64 páginas en 8.º menor.—2 pesetas.

Por ir al baile, comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Novedades, de Madrid, en 1886.—Un folleto de 44 páginas en 8.º menor.—1,50 pesetas.

¡Sin nombre! comedia en dos actos y en verso (arreglo), estrenada en el teatro-Polo, de Alicante, en 1894.—Un folleto de 38 páginas en 8.º menor.—1,50 pesetas.

Negocios diplomáticos.—Comedia en dos actos y en prosa, arreglada á la escena española. (No estrenada).—Un folleto de 40 páginas en 8.º—Alicante, 1897.—1,50 pesetas.—(Folletín de periódico.)

BIBLIOTECA ANDALUZA dirigida por D. H. Giner de los Ríos.—27 volúmenes en 12.º á 1,50 pesetas.—Editor, J. Jorro, Madrid.

PRIMERA SERIE (ENTERAMENTE AGOTADA)

1. **Ni franceses ni prusianos.**—(Anónimo.)
2. **Gibraltar,** por A. Fernández García, periodista.
3. **El libro de las madres,** por Cándido Salas, médico.
4. **Málaga contemporánea,** por A. Jerez Perchet, periodista.
5. **Los temblores de tierra,** por C. Martínez, catedrático.
6. **Poesías de Ríos Rosas,** y su biografía, por H. Giner.
7. **La cueva del Tesoro,** por Eduardo J. Navarro, publicista.
8. **La guerra.—La asociación,** por S. Casilari, publicista.
9. **Un hombre de corazón,** por A. L. Carrión, periodista.
10. **Un hombre de corazón,** (tomo II y último).

SEGUNDA SERIE

11. **Sociedades cooperativas,** por M. Pedregal, exministro.—Un volumen de XXII + 206 páginas.—Madrid, 1887.

12. **Leyendas y Tradiciones,** por E. de Olavarría, publicista.—Un volumen de 208 páginas.—Madrid. 1888.

13. **Economía política,** para principiantes, por Mrs. Fawcett.—Traducción de S. Innerárity.—Tomo I, con prólogo de Gumersindo de Azcárate, catedrático.—Un volumen de XVI + 174 páginas.—Madrid, 1888.

14. **Filipinas,** notas de viaje y de estancia por J. Fernández Giner, con un prólogo de Luis de Rute, ingeniero.—Un volumen de XVI + 208 páginas.—Madrid, 1889.

15. **Economía política.**—(Segundo y último tomo.)—Un volumen de XII + 236 páginas —Madrid, 1888.

BIBLIOTECA CÁNOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MÁLAGA

16. **La Antígona de Sófocles.—La apología de Sócrates por Jenofonte.—Las poetisas de Lesbos.**—Traducciones del griego, comentarios y estudios por A. González Garbín, catedrático.—Un volumen de 200 páginas.—Madrid, 1889.

17. **El derecho al alcance de todos**, estudios sobre el nuevo Código civil, por J. Aparicio, abogado; prólogo de M. Alonso Martínez, exministro.—Un volumen de 258 páginas.—Ronda, 1889.

18. **Discursos académicos de Ríos Rosas y otros trabajos**, con un estudio de J. Pérez de Guzmán, publicista.—Un volumen de 224 páginas.—Ronda, 1889.

19. **Portugal contemporáneo**, conferencias, por Rafael M. de Labra, diputado.—Un volumen de 300 páginas.—Madrid, 1889.

20. **Educación y Enseñanza**, por Francisco Giner, catedrático.—Un volumen de XX + 220 páginas.—Madrid, 1889.

TERCERA SERIE

21. **La última peseta**, novela, por F. Carbonell, periodista.—Un volumen de 228 páginas.—Madrid, 1890.

22. **Legislación portuguesa contemporánea**, estudios de legislación comparada, por R. M. de Labra.—Un volumen de 216 páginas.—Madrid, 1890.

23. **Bullanga**, novela, por J. Zahonero, publicista.—Un volumen de 224 páginas.—Madrid, 1890

24. **España en Africa**, y otros estudios de política colonial, por G. Reparaz, periodista, con un prólogo de Segismundo Moret, exministro.—Un volumen de XXXII + 222 páginas.—Madrid, 1891.

25. **Estudios sobre artes industriales**, por F. Giner.—Un volumen de 248 páginas.—Madrid, 1892.

26. **Mi primera Campaña** (crítica y cuentos), por R. Altamira, secretario 2.º del Museo pedagógico nacional, con prólogo de L. Alas *(Clarín)*.—Un volumen de XX + 224 páginas.—Madrid, 1892

27. **Elementos de análisis químico y micrográfico**, aplicados á la clínica, por Ed. Lozano y J. Madrid, licenciados en Ciencias.—Un volumen de 192 páginas.—Madrid, 1892.

I.—Egipto.
II.—Caldea.
III.—India.
IV.—Persia.
V.—Fenicia.
VI.—Los Hebreos.
VII.—Los Árabes.
VIII.—Turquía.
IX.—China.
X.—Annam.
XI.—Japón.
XII.—Oceanía.
XIII.—Africa.
XIV.—América.
XV.—Grecia.
XVI.—Roma.
XVII.—Italia.
XVIII.—Alemania.
XIX.—Inglaterra.
XX.—Estados Unidos.

AGA

I.—Egipto.

Aunque no puede asegurarse que Egipto haya sido el primer pueblo que aparece en la historia de la humanidad, sí parece en cambio, por lo menos, que su civilización es la primera.—Los egiptólogos afirman que su vida reconocida y comprobada alcanza á 4.000 años antes de Jesucristo. Cultiva todas las artes, y cuenta con una literatura religiosa, científica y poética.—En sus tumbas se han encontrado libros de medicina, magia, religión, poemas, cartas, narraciones de viajes, y hasta novelas.—La raza primitiva egipcia, los *lotu*, *rotu* ó *retu*, se conserva á través de las dominaciones en los *coptus*, que hablan este idioma, tenido por unos como lengua semítica, por otros como presemítica, y aun estimada, en fin, como de tendencias comunes con las Arias.—Sus monumentos literarios casi se puede decir que se han extraído de sus jeroglíficos, verdaderas inscripciones leídas hoy gracias á los modernos egiptólogos —Champollion, el primero— y que en parte confirman las tradiciones legadas por Herodoto á Grecia, y trasmitidas hasta nosotros por la historia del pueblo helénico, que tanto debió á Egipto en su civilización.—Pero por más que en sus inscripciones esté gran parte de su literatura, existen, sin embargo, manuscritos antiquísimos en caracteres hieráticos ó sacerdotales que se remontan hasta la dinastía XIII, es decir, diez y ocho siglos a. de J. Se considera, hasta el día, como el manuscrito más antiguo del mundo, el papiro egipcio, descubierto por M. Prisse, de la época de Céope.—De escritura popular ó demótica no se conocen manifestaciones literarias tan antiguas, sino de 600 años a. de J. las de más edad. Sólo existen unos treinta documentos en papiro, tales como actas judiciales, contratos y cartas.—También se da el caso de encontrar obras

destinadas en parte á ser leídas y conocidas del común de las gentes, y en parte sólo por los sacerdotes; en estos monumentos alternan la escritura demótica y la hierática.—Los egipcios constituían el pueblo más religioso conocido. Las creencias principales que informaban su vida y su literatura por tanto, se basaban en la idea de la inmortalidad del alma, en el culto á los muertos, en la fe sobre la existencia futura y la justicia de un Ser Supremo. Pueblo misterioso, tranquilo, amante de la paz, desdeñoso con la vida terrenal é indiferente para con los bienes de este mundo, hay en él algo como el reposo que acusa la horizontalidad y pesadez de sus monumentos; algo del árabe que nada admira, sumido en abstrusas contemplaciones. La idealidad de sus principios se revela en los trabajos literarios que nos son conocidos, y en los cuales se advierte tanta poesía como sano y profundo sentido de rectitud para la vida práctica.

Cántico al Nilo.—*(Poesía.)*—¡Salve, oh Nilo! ¡Oh tú que te has aparecido en esta tierra y que vienes en paz para dar la vida á Egipto!... ¿Te levantas? La tierra está llena de alegría; todo vientre se regocija; todo ser recibe su alimento; todo diente cruje. Trae las deliciosas provisiones, crea todas las cosas buenas, hace crecer la hierba para los ganados y los animales todos.

Los egipcios momificaban los cadáveres. Los encerraban en ataúdes donde colocaban entre otras cosas el *libro de los muertos*, donde se explica lo que el alma debe decir en el otro mundo para su propia defensa ante el tribunal de Osiris.

El libro de los muertos.—*(Moral.)*—No he cometido ningún fraude; no atormenté á la viuda; no verifiqué cosa alguna prohibida; no viví en la ociosidad; no sublevé al esclavo contra su señor; no he separado los panes de los templos; no robé provisiones ni vendas á los muertos; no medí mal los granos; no pegué á los animales sagrados ni pesqué los peces sacros; fuí puro; dí pan al hambriento, agua al sediento, vestidos al desnudo. Ofrecí sacrificios á los dioses y comidas funerarias á los difuntos ..

Los egipcios eran monoteistas en el fondo y politeistas en las exteriorizaciones de su culto. Su creencia en el Ser Supremo la

han sintetizado los egiptólogos en la forma siguiente, extractada de los textos de

Filosofía.—*(Teología).*—Todo cuanto vive ha sido hecho por el mismo Dios. Ha hecho los seres y las cosas. Es el formador de cuanto ha sido formado. Es el creador del Cielo y de la tierra. Es el autor de lo que ha sido formado: en cuanto á lo que no lo está guarda reserva. Dios es adorado en su nombre de eterno proveedor de almas á las formas.

Atraviesa la eternidad, vive por siempre. Señor de la infinita duración del tiempo, autor de la eternidad, atraviesa millones de años en su existencia. Es el dueño de la eternidad sin límites.

Es el prodigio de las formas sagradas, que nadie comprende.

Su extensión se dilata sin límites.

Manda á la vez en Tebas, en Heliópolis y en Ménfis.

Se oculta á los hombres y á los dioses. Se esconde y no se conoce su forma. Los hombres no conocen su nombre.

Escucha á quien le implora.

Lo que es y lo que no es dependen de Él. Lo que es está en su mano; lo que no es, está á su costado.

Dicho se está que la casi totalidad de las manifestaciones literarias de Egipto son anónimas, ignorándose juntamente la época de las mismas.—Las producciones propiamente coptas, desaparecen con la independencia del pueblo egipcio. Aunque bajo el dominio de Alejandro es la ciudad de su nombre el emporio de las ciencias y las letras, no se trata ya de una civilización indígena, sino importada é impuesta. Es el helenismo lo que impera. Puede decirse que bajo ninguna de las dominaciones sucesivas, persa, macedónica, romana, musulmana, ha vuelto á resucitar un elemento literario primitivo. La historia ha pasado por allí sin despertar las muertas tradiciones. La antigüedad clásica, la conquista árabe, la entrada del coloso de este siglo, la militar intervención de Inglaterra en nuestros días, nada ha logrado hacer surgir de nuevo aquella poderosa existencia de uno de los pueblos más interesantes de la humanidad, al parecer aniquilado para siempre.

II. — Caldea.

El pueblo caldeo (el Curdistán actualmente), estaba formado de seis distritos. A lo menos, bajo el punto de vista literario, debe considerársele como el resumen de asirios, susitas, medos, armenios, antiguos persas y caldeos.—La escritura común á estos pueblos, conocida con el nombre de *cuneiforme* (por la forma de cuñas, clavos ó flechas de los signos), supone el paso de los caracteres *simbólicos* (que representa cada uno una idea ó un objeto por una palabra completa, como solo, Dios, pez), á los caracteres *silábicos* (que representa cada uno sola sílaba).—Consta de cerca de 200 signos silábicos, muy parecidos y fáciles de confundir; y con frecuencia, un mismo signo sirve para representar á la vez sílabas diferentes. -Los monumentos literarios de estos pueblos que constituyeron primero el imperio asirio y luego el imperio babilónico, han sido descubiertos recientemente (1842), y se conservan, como si dijéramos, en hojas de ladrillo. Este reemplazaba al papel, y se cuenta actualmente con una á manera de biblioteca formada de tales placas. Por una larga inscripción escrita en asirio, medo y persa, valiéndose de la tercera de estas lenguas, se obtuvo la clave para descifrar estos enigmas, que se leen hoy por los orientalistas de igual manera que los más complicados jeroglíficos egipcios.—Probablemente el pueblo caldeo es tan antiguo como el que acabamos de considerar ligeramente. Contaba con gentes civilizadas de distinto origen, establecidas en las llanuras comprendidas entre el Tigris y el Eufrates.—Razas semitas de arábigo abolengo, turaníes muy parecidas á los chinos y kusitas del alto Egipto, formaron, según todos los indicios, el pueblo caldeo (treinta siglos antes de nuestra Era), que fundó, trece siglos a. de J. el imperio que tuvo á Nínive por capital.—

Los asirios, guerreros y cazadores, eran sanguinarios, y sus expediciones conquistadoras formaban larga serie de crueldades, de que dan ejemplo las siguientes frases:

Inscripción.—Construí un muro—(dice el rey Assurnazirpal en 882 a. de J.)—ante las puertas de la Ciudad, y lo cubrí con la piel de los jefes de la insurrección. Emparedé vivos á algunos, crucifiqué ó empalé á otros, y en mi presencia formé una corona con las cabezas de varios y una guirnalda con sus traspasados cuerpos.

Dicho de un héroe (Tuklatabalasar, 745). – Amontoné cadáveres ante las puertas de la Ciudad en que encerré al Rey. Quemé, destruí, asolé las ciudades. Arrasé el país y lo cambié en colinas de despojos.

De otro (Sennakerib, siglo VII a. de J.).—He pasado como huracán devastador. Sobre la tierra mojada y humeante, sobrenadaban armas y arneses en la sangre de los enemigos, como en un río. Reuní los cadáveres de sus soldados como trofeos y les corté las extremidades. Mutilé como aristas á los que cogí vivos, segando para castigo sus manos.

Otra inscripción del rey Asurbanipal.—La cólera de los grandes dioses, mis señores, gravita sobre mis enemigos; ninguno escapó, ninguno fué perdonado; todos cayeron en mis manos. Sus carros de guerra, sus arneses, sus mujeres, los tesoros de sus palacios fueron traídos á mi presencia. A estos hombres, cuya boca había tramado conjuraciones pérfidas contra mí y contra el dios Asur, mi señor, he arrancado la lengua y decretado su ruina.—Los restos del pueblo fueron expuestos vivos delante de los grandes toros de piedra que Sennaquerib, el padre de mi padre había creado, y yo los he arrojado en el foso, he cortado sus miembros, se los he dado á comer á los perros, á las fieras, á las aves de rapiña, á los animales del cielo y de las aguas: al realizar estos hechos, he regocijado el corazón de los grandes dioses, mis señores.

El primer imperio asirio no pudo, á pesar de la carnicería, someter á los pueblos que constantemente exterminaba. Los vencidos luchaban desesperados, y al fin sucumbió en 625 años a. de J. C. sin que nadie tuviera compasión del caído, como dijo el profeta.—La astrología, con el horóscopo, la hechicería y artes

de magia, y en fin, la misma astronomía, nacen en Caldea.—A ellos debemos esas primeras manifestaciones semicientíficas, así como el zodiaco, los siete días de la semana dedicados á los siete planetas, la división del año en doce meses, del día en 24 horas, de la hora en 60 minutos, del minuto en 60 segundos, y el sistema de pesas y medidas, por último, que todos los pueblos de la antigüedad adoptaron, calculado sobre la unidad de longitud.—Del primer imperio caldeo ó asirio y del segundo ó babilónico, apenas se cuenta otra literatura que las inscripciones; y notable entre ellas, es la siguiente:

Nabucodonosor en la inscripción de la Torre de Babel.—Para admiración de los hombres he rehecho y renovado la maravilla de Borsippa, el templo de las siete esferas del mundo. Lo he cimentado y construído tal y como debió ser en los tiempos antiguos.

Es decir, una torre cuadrada de siete cuerpos, dedicado cada uno á un planeta, y pintado del color que la religión les atribuía. Partiendo de la base: negro (Saturno), blanco (Venus), encarnado (Júpiter), azul (Mercurio), rojo (Marte), plata (la luna) y oro (el sol).—Lo mismo que en Egipto, las manifestaciones literarias del pueblo caldeo desaparecen por completo en la historia, no volviendo á producirse. Es otra literatura muerta por completo, apenas aparecida, ó al menos, perdida para nosotros. Nínive y Babilonia no vuelven á presentar expresión alguna de arte literario.

Aparte de las inscripciones asirias citadas antes, la producción literaria babilónica comprendía también algunos himnos, fórmulas de magia, composiciones mitológicas; de todo lo cual se conservan raros fragmentos.—En la poesía sobresale una épica dedicada al Hércules Caldeo Gilgamés (Istubar) en 12 ladrillos, el sexto de los cuales cuenta los amores de Istar, y el undécimo narra el Diluvio.—Tampoco los pueblos Asiro-Babilónicos dejaron de cultivar la fábula, así como formaron textos legales y aun de gramática.—El dialecto babilónico era de tendencias eufónicas suaves en contraposición al caldeo, dentro de la rama ugro-altáica de la familia turaniense.

III.—India.

Sabido es que todas las razas que pueblan Europa (griegos, latinos, celtas, germanos, eslavos, etc.), aun hablando lenguas distintas, tienen raíces ó estirpes comunes, procedentes del sánscrito de los indios y del zend de los persas.—La antigüedad de los *arias* (indios más tarde), asciende á 2.000 años antes de la Era cristiana.—En sus himnos *(vedas)* religiosos, conservados hasta el día, y conocidos desde el siglo XIV a. de J. C., se encuentra su religión primitiva. El sánscrito, idioma en que están escritos estos cánticos, es lengua muerta como el latín; pero el lenguaje actual de la India se deriva de aquél, como el italiano de la lengua del Lacio.—Los libros más antiguos de que se tiene noticia de la India, son los citados *Vedas*, que contienen los elementos primordiales relativos á la filosofía y la religión. En ellos se trata de la Divinidad, de la creación, del alma, y de las relaciones de ésta con el Dios.—El *Maha-barata (gran peso,* porque se dice que puesto en la balanza este poema con los cuatro libros de los *vedas* se inclinó de su lado), es tenido por algunos como una epopeya, y por otros simplemente por un poema épico. Contiene diversos episodios, cada uno de los cuales constituye otro poema dentro del principal. No existe traducción completa de esta grandiosa producción. Schlegel (Federico) se ocupaba de tan importante obra momentos antes de su muerte.

El asunto de este poema heroico es las guerras de los Koros y los Pandos, descendientes de Bharata, príncipe de la dinastía lunar. Supónese que su autor fué el compilador y poeta **Vyasa,** que creen algunos floreció en el siglo XV antes de nuestra Era. Divídese en doscientas mil estancias, distribuídas en dieciocho libros. El poema está dirigido al rey de los koros, Dritaractra.—

Entre los diversos pasajes traducidos, descuellan trozos de gran belleza, tales como los que siguen:

Episodio del «Mahabarata».—En el fragor de la pelea, se suspende ésta por unos momentos para que el dios Krisna hable con el héroe Aryuna. La divinidad explica al guerrero el sistema del universo; los combatientes se detienen, los elefantes se recuestan sobre montones de cadáveres, y en medio de profundo silencio se escucha el diálogo de Aryuna y Krisna. El jefe de los Pandos, en un instante de meditación ante los siniestros de la batalla, oye á su conciencia que se rebela á proseguir una guerra civil de hermanos contra hermanos, y exclama desde su carro, situado entre ambos ejércitos:

Aryuna.—Krisna, mira ante mí á mis deudos armados, jactanciosos, dispuestos á degollarse; mi sangre se hiela, cunde por mis venas mortal frio, se me eriza el cabello de horror; *gandio* mi fiel arco cáeseme de las manos; no tengo fuerzas para sostenerlo; vacilo, no sé avanzar ni retroceder; mi alma, llena de dolor, parece que quiere abandonarme. —Dios de la rubia cabellera ¡ah! dime, ¿cuando haya matado á todos mis deudos, habré conseguido la felicidad? ¿De qué me servirán entonces la victoria, el imperio, la vida? ¿Qué son el triunfo y el imperio cuando aquellos por quienes deseamos obtenerlos y conservarlos han perecido en el combate? Hijos y padres, tíos y sobrinos, amigos y parientes ¡oh, no, celeste conquistador! no querré verlos caer en el campo de batalla aunque hubiera de adquirir como precio de su muerte el triple mundo. ¿Y deberé matarlos para conquistar este mezquino globo? No, jamás, aun viéndolos que se disponen á degollarse sin compasión.

Krisna contesta:—Aquellos cuya muerte lloras no merecen tu llanto; que se viva ó que se muera, el hombre cuerdo no tiene lágrimas para la vida ni para la muerte. No ha habido nunca un tiempo en que no existiese yo, en que no existieses tú, en que no existieran esos guerreros: jamás sonará la hora de nuestra muerte. El alma colocada en nuestros cuerpos atraviesa la edad juvenil, la edad madura, la decrepitud; y pasando á un nuevo cuerpo, empieza en él una nueva carrera. Un dios indestructible y eterno desenvuelve en sus manos el universo, en el cual estamos nosotros, ¿y quién será el que anonade el alma que él ha creado? ¿Quién destruirá la obra del indestructible? —El cuerpo, frágil estorbo, se altera, se corrompe, perece; pero el alma eterna, inconcebible, no perece jamás. ¡Al combate, pues, oh Aryuna! Lanza á la pelea tus corceles. El alma no mata ni se mata;

no se deshace, no muere; no conoce lo presente, lo pasado, lo por venir. Es antigua, eterna, siempre virgen, siempre joven, inmutable, inalterable. Arrojarse á la pelea, dar muerte á los enemigos, no viene á ser más que dejar un vestido ó quitarlo de encima á otro que lo llevaba —Marcha, pues, sin miedo; despójate sin escrúpulo de un traje ya gastado; mira sin terror á tus enemigos y á tus hermanos abandonar su cuerpo ya caduco y vestir su alma de nueva forma. El alma es una cosa que no puede herir la espada ni consumir el fuego, que las aguas son incapaces de corromper, que el viento de Mediodía no marchita: cesa, pues, de gemir.

Otro episodio del «Mahabarata».—HISTORIA DEL PEZ.—El hijo del Sol era rey y gran sabio, príncipe de los hombres.

En fuerza, magnificencia, felicidad y, sobre todo, en penitencia, Manú sobrepujó á su padre y á su abuelo.

Con los brazos elevados este señor de los hombres, este gran santo, sosteniéndose en un solo pie permaneció largo tiempo.

Con la cabeza inclinada, con la mirada fija é inmovil, este terrible penitente continuó muchos años en tales austeridades.

Un pez se acercó al penitente de los cabellos largos y húmedos, y le habló así, á orilla del Vaarini:

«¡Oh afortunado! yo soy un débil pececillo que tengo miedo á los peces grandes; sálvame, pues, tú que acoges los votos de los mortales. —Porque los peces grandes se comen siempre á los pequeños; tal es nuestra eterna condición. – Sálvame, pues, de estos grandes monstruos que inspiran espanto, y quedaré obligado á tí eternamente.»

Y Manú, hijo del Sol, teniendo lástima del pez, lo cogió en la mano.

Habiéndolo llevado junto al agua, lo arrojó en un vaso que brillaba como el rayo de la luna.

Allí—¡oh rey!—(habla el poeta á Drataractra) este pez creció por los cuidados de Manú, el cual lo miró como á hijo, usando con él toda clase de atenciones.—Pero al cabo de mucho tiempo, el pez creció extraordinariamente, no cabiendo ya en el vaso.—El pez dijo á Manú: «¡Oh afortunado! Llévame ahora á habitar en otra parte.»

Habiéndolo sacado del vaso, lo trasladó á un gran lago.

Allí lo arrojó—¡oh vencedor de las ciudades enemigas! Pero el pez creció de nuevo al cabo de muchos años.

El lago tenía tres yoyanas (15 millas) de longitud y una de anchura. El pez de los ojos de loto no podía estar allí cómodamente.

Ni moverse en aquel lago. Entonces el pez, viendo á Manú, le dirigió este discurso:

«Llévame á la compañera y esposa del Océano, al río Ganges, donde me quedaré; llévame á otros puntos, á donde quieras.—Porque me conviene permanecer sin murmurar en el sitio que tú ordenes, pues que á tí debo el extraordinario tamaño que he adquirido. ¡Oh, tú estás libre de pecado!»

Al oir esta súplica, Manú, el bienaventurado, el poderoso, transportó el pez al Ganges, y lo arrojó en él.—Mas allí también el pez siguió creciendo—¡oh domador de enemigos! Y al divisar á Manú, le dirigió estas palabras:

«No puedo moverme en el Ganges. Llévame pronto al Océano; séme propicio.»

Entonces Manú, sacando al pez, lo condujo al mar.—El pez llevado por Manú había crecido excesivamente, y cada vez que se le tocaba con la mano esparcía suaves perfumes.

Cuando lo arrojó al Océano, el pez, sonriendo, habló así:

«Tú me proporcionaste una conservación entera y continua; oye ahora de mi boca lo que debes hacer cuando llegue el tiempo marcado.—Pronto todas las cosas estables y las movibles que pertenecen á la naturaleza terrestre experimentarán una submersión general, una disolución completa.—Esta submersión contemporánea del mundo es inminente; por eso te anuncio hoy lo que debes hacer para tu seguridad.—De lo que se mueve y de lo que no se mueve, de las cosas animadas y de las inanimadas, el tiempo se aproxima amenazador y terrible.—Debes fabricar una nave fuerte, sólida, bien unida con ligaduras; en ella te embarcarás con siete richis (sabios) ¡oh gran santo! —Y llevarás también á la nave todas las semillas designadas ya por los hombres y que han nacido dos veces, para que allí se conserven largo tiempo.—Estando después en el barco me verás acercarme á tí, llevando un cuerno en la cabeza: por él me conocerás.—Ya sabes lo que tienes que hacer, salud: me voy. Las aguas caudalosas no podrán ser dominadas sin mi auxilio.—Pero tú no debes dudar de mi palabra.»

—Seguiré tus prescripciones, respondió Manú —Y cada cual marchó por el lado que más le plugo, después de haberse saludado.

Luego Manú, según lo había ordenado el pez, reuniendo todas las semillas consigo, se puso á bogar por el Océano horriblemente hinchado, en un hermoso buque—¡oh gran rey!

Y Manú pensó en el pez; y éste, habiendo conocido su pensamiento, se presentó inmediatamente con su cuerno.

Manú, cuando vió al pez—¡oh príncipe de los descendientes de Manú!—nadando en las caudalosas aguas del Océano, con un cuerno y con la figura que había predicho, ató una cuerda al cuerno.

El pez arrastró con rapidez el buque sobre las olas del Océano.

Así el señor de los hombres atravesó en su barco el mar, que estaba como bailando con sus hinchadas olas, y como mugiendo con sus vértices.—Agitada por furiosos vientos, la nave vacilaba como una mujer ébria.—Ni la tierra, ni las regiones del cielo, ni el espacio que existe entre ambas cosas, eran ya visibles: todo se había vuelto agua: el espacio y el cielo—¡oh príncipe de los hombres!

En medio del mundo así sumergido se veían los siete sabios, Manú y el pez.

Así este pez hizo bogar la nave muchas series de años, sin cansarse, en la plenitud de las aguas.

Después, allí donde el Himavat (Himalaya) eleva su más alta cima, arrastró el pez á la nave.

Y entonces el pez habló así á los sabios, sonriendo:

«Atad al momento esta nave á la cúspide del Himavat.»

Y la nave fué al instante sujeta, luego que oyeron las palabras del pez.—Por lo cual, esta cúspide, la más alta del Himavat, fué llamada Naubandhanam (atadura de la nave), nombre que conserva, sábelo—¡oh príncipe!

Entonces, lleno de gracia, con la mirada inmóvil, habló así el pez á los sabios:

«Yo soy Brahma, la más antigua de todas las criaturas; ningún ser es más elevado que yo. Bajo la forma de un pez vine á salvaros de los terrores de la muerte. De Manú deben nacer desde hoy todas las criaturas, con los dioses, los espíritus y los hombres.—Él debe recrear todos los mundos, el animado y el inanimado; y por medio de devociones y extraordinarias austeridades, se completará lo que anuncio.—Por favor mío, la creación de los seres no volverá á caer en confusión.»

Dicho esto, desapareció el pez.

Tal es esta antigua y célebre historia que lleva el nombre de Historia del Pez, contada por mí, y que borra todos los pecados.

Otra de las grandes producciones literarias del pueblo indio, es la epopeya titulada *Ramayana*. En ella se canta el rapto de Sita y su rescate por Rama, y la vida de éste.—Pasa por autor **Valmiki;** hallándose dividido el poema en 24 estrofas con 48.000 versos.—

Rama es la séptima encarnación de Visnú: representa la fuerza, la juventud, la belleza, y obra toda clase de milagros. Se halla en el paraíso (Vaikunta) cuidando de la felicicidad de la tierra, y preside á la civilización por él iniciada en su pueblo, habiendo sido también el que enseñó la obediencia á las leyes y la adoración á los dioses.

Por último, la otra obra literaria de grande importancia en la India, es el *Código* ó *Leyes de Manú*.—Manú es el nombre de catorce personajes heroicos de la India, de los cuales sólo siete han venido á este mundo, y el primero de ellos, á su vez; es el padre del género humano, y el que escribió el gran libro llamado *Manava-Darma-Sastra;* código de doce libros, que tratan del derecho público y privado, y de los mandamientos de Dios. Todavía no se ha dilucidado la época, ni siquiera aproximada, en que se escribió el *Código de Manú;* pero de todos modos, es anterior en muchos siglos al nacimiento de Jesucristo.

Después de la reforma de Budha, que modifica esencialmente la manera de ser del pueblo indio con la doctrina de misericordia y benevolencia, significando una religión sin Dios y sin culto, ordenando sólo amar al prójimo y mejorarse, no se han producido manifestaciones literarias de aquella importancia colosal.

Damos más abajo un trozo como pequeño modelo del drama indio.—El más célebre de todos es el *Sacontala* ó *Anillo fatal*, original de Calidasa. Le precede un brevísimo prólogo constituído por un diálogo entre lo que pudiéramos llamar el empresario y una actriz, anunciando la representación y precedido éste á su vez por la bendición solemne del bramán.—Está dividido en siete actos. Sakuntala, en la mitología india, es hijo de una mujer en el paraíso de Indra y de un príncipe de la raza lunar; su marido, que la había abandonado, víctima del maléfico influjo del encanto, pasados algunos años, se acuerda de ella nuevamente, y la vuelve á su lado.—En todo el drama, con acentuado lirismo, se desarrolla la vida de Sakuntala desde que la conoce el rey Dusmanta en los bosques sagrados, donde se enamoran mútuamente. Después, un *hombre santo*, á quien Sakuntala no ha recibido con los honores y benevolencia de la hospitalidad debida á su rango, la

maldice. Ella, embebecida en su éxtasis amoroso, ni advierte su falta, ni se hace cargo del sortilegio que la amenaza. Esposa como ha sido ya por el rito de su religión del rey, se cree segura de su amante. Va al palacio; pero Dusmanta ha perdido la memoria de sus promesas á la infeliz Sakuntala, así como la pasión que sintiera: todo á causa del sortilegio por la maldición del *hombre santo*. Por último, encontrado el talismán ó amuleto, único capaz de destruir el efecto de aquella imprecación, vuelve á la memoria el rey, y con ella encuentra á su amada y al fruto de sus amores, descendiendo, en fin, del paraíso, donde va á buscarla para reinar felices todos en la tierra por largos años de paz en la corte de la ciudad de Hastinapura.

El poeta **Calidasa** es el primero de los denominados *las nueve perlas*. Floreció, según los críticos ingleses que han estudiado la dramática india, en el siglo I a. de J.—Todavía sobre Calidasa se puede apuntar; sin embargo, la opinión de otros doctos, que suponen vivió este vate oriental solamente medio siglo antes de J. C. Otros aún, mantienen que Calidasa no existe hasta el siglo XI de la Era cristiana, hacia el año 1050; y en fin, hay quien cree que en la literatura india se cuentan dos poetas del mismo nombre, correspondientes á las dos mencionadas épocas.—De todos modos, el nombre de este popular ingenio fué usado por muchos que cultivaban las letras, tomándolo como título honorífico.—Por el número de sus obras, por las afinidades que mantienen innumerables pensamientos expuestos en ellas con ciertas ideas de los Santos Padres, se ha estudiado detenidamente al ó á los Calidasa.

He aquí ahora la escena de la partida de Sakuntala para la corte, donde cree encontrar á su rey esposo amante. Despídese de Cannas, ermitaño que le ha servido de padre mientras encontraba el insigne príncipe con quien quería desposarla; despídese de sus dos amigas, Anusuya y Priyamvada, que la han servido de doncellas y compañeras; y despídese, en fin, del bosque y de los animales predilectos, á los cuales cuidaba.

Sakuntala.—Acto IV.—*Sakuntala.*—Dulce es para mí el pensamiento de que voy á volver á ver á mi esposo; sí, dulce... Sin embar-

go, mi pie vacila al abandonar este bosque, este asilo de mi juventud.

Priyamvada.—¡Oh! No eres tú la única triste. Ahora que se acerca el momento de tu partida, ¡mira la general aflicción que aquí reina! ¡La antílope no ramonea en torno del montoncillo de yerba-cusa; la pava real no salta ya en el prado! ¡Los árboles del bosque dejan caer al suelo sus pálidas hojas! No tienen ya vigor, no tienen belleza.

Sakuntala.—Venerable padre mío, permíteme que hable á este madhaví, cuyas rubicundas flores inflaman el bosque.

Canna.—Sé hija mía, cuánto lo amas.

Sakuntala.—¡Oh, la más radiante de las plantas! Recibe mi abrazo y devuélvemelo con tus flexibles ramas. De hoy en adelante, aunque marcho lejos de aquí, seré tuya siempre. ¡Oh, padre! Ten cariño á esta planta; considérala cual si fuese yo misma.

Canna.—Tu afabilidad te ha proporcionado un esposo que se te asemeja. Este acontecimiento ha sido largo tiempo el deseo más vivo de mi alma. Y ahora que ha cesado mi solicitud por tu boda, amaré esta flor, tu predilecta, y la casaré con el ámbar, que despide olor á su lado.

Sakuntala.—(Acercándose á sus doncellas.) ¡Dulces amigas! Esta planta de madhaví sea un precioso depósito en vuestras manos.

Anusuya y Priyamvada. - ¡Ay, ay! ¿Y quién cuidará de nosotras?

Canna.—¡Son inútiles las lágrimas, oh Anusuya, oh Priyamvada! Sakuntala necesita que la fortalezcamos con nuestro valor, y no que la enternezcamos con nuestros lamentos.

Sakuntala.—Padre, cuando esa pobre antílope, que ahora camina lentamente á causa del peso de su vientre, cuando tenga su cría, envíame un mensaje cortés que me anuncie está salva y ágil. Te ruego no lo olvides.

Canna.—Mi muy amada, ve tranquila, que no lo olvidaré.

Sakuntala (echa á andar; luego se para).—¿Quién me coge el extremo de mis ropas? ¿Quién me detiene? *(Se vuelve, y mira.)*

Canna.—Es tu hijo adoptivo; el cabritillo, cuya boca tantas veces medicinaste con tu mano, dándole el salutífero aceite del Sésamo, cuando las agudas puntas de la yerba-cusa cubrieron sus labios de llagas; el que tantas veces alimentaste con un puñado de granos de sylmaka. Mírale, no quiere separarse de las huellas de su protectora.

Sakuntala.—¿Por qué lloras, pobre cabritillo mío? ¿Por qué lloras por mí, precisada á abandonar nuestro común domicilio? Con el mismo cuidado con que yo te crié cuando perdiste tu madre recién nacido, proveerá á tus necesidades mi padre, una vez separado. Vete, pobre criatura, vete, es fuerza que nos separemos. *(Llora.)*

Canna.—Ese llanto, querida, no conviene al presente momento. Cobra ánimo; nos volveremos á ver todavía. Fija la mente en la senda que está ante tí, y síguela. Cuando las lágrimas se agolpen bajo tus hermosos párpados, haz un esfuerzo, y contén su primer ímpetu para estallar. En tu viaje por esta tierra, cuyos senderos son, ya altos, ya bajos, y donde rara vez se conoce el sendero bueno, las huellas de tus pasos, por necesidad, serán desiguales; pero la virtud te empujará en línea recta. *(Abrazándola.)* Todos los corazones, en este sagrado asilo, penden de tí; el dolor de tu partida los tiene agobiados. Observa al chacravaca (oca de los Bramanes), oye al ave acuática hembra su compañera, que lo está llamando allí medio escondida entre las hojas de la ninfea. Y él no le responde, sino que dejando caer de su pico las fibras de un tallo de loto descortezado por él, te mira fijamente con lástima infinita.

Sigue en importancia á Calidasa, y en otro género, el fabulista **Pilpai** ó Bidpai, autor de la obra *Pancha-Tranta.* Su existencia es problemática. Se asegura por alguien que vivió 2.000 años a. de J. La obra citada, escrita en sánscrito, fué traducida en el siglo VI al persa con el título de *Calila y Dimna.* Posteriormente, al griego, al hebreo y al árabe, y de éstos, se divulgó por Europa. En la España musulmana se hizo una traducción castellana y otra latina. Es un cuento político y moral en forma de apólogo, en que sus principales personajes son dos chacales.

Citanse otros poetas de menor importancia del siglo XIV de nuestra Era, y aun posteriormente, en nuestro siglo, ha sido objeto de estudio todo lo que procede de la antigua Benarés de Bengala, la Atenas india, cuya Universidad la reputa como la primera del mundo en punto á antigüedad.—En la India, de todas suertes, la civilización indígena no ha desaparecido. Más ó menos vigorosa, subsiste á través de la conquista macedónica, de la árabe y de las parciales y posteriores de los pueblos modernos europeos, portugueses, holandeses, franceses é ingleses. Los últimos se ocupan en reunir toda la producción indígena literaria de tiempos recientes ó remotos. De los pueblos orientales sometidos ó dominados, el único que subsiste con mucho de su primitiva civilización é histórico carácter, es éste.

IV.—Persia.

Del mismo Zoroastro, reformador (como Budha en la India) de la religión primitiva, no se conserva escrito alguno. Entre el siglo X al VII antes de la Era cristiana, se verifica esta transformación en las tradiciones y leyes religiosas.—Las doctrinas, sin embargo, de Zoroastro fueron redactadas mucho tiempo después de su muerte y reunidas en el libro sagrado de los persas, el *Avesta* ó *Zend-Avesta*. La lengua en que está escrito es el *zend*, idioma de los antiguos fieles, que ni los mismos persas comprendieron andando el tiempo, y que hoy apenas si saben descifrar.—No obstante, los de ciertas tribus que se refugiaron en la India á la invasión musulmana en Persia, han conservado algo de la lengua y algo de la religión. A los descendientes de aquellas familias, que todavía se llaman *parsis*, se debe haber encontrado un ejemplar completo de dicho libro.—Después de la invasión citada, los musulmanes destruyeron los sagrados, y sólo algún raro fragmento se conocía.—El *Zend-Avesta* se compone de 21 libros, escritos en 12.000 pieles de vaca, atadas entre sí con hilos de oro.—Hállase dividido en dos partes, y la segunda está escrita, no en zend, sino en *pehlvi*. La primera es litúrgica y teológica; la otra enciclopédica, reuniendo ciencia, artes, instituciones, etc.

Aunque en realidad podría estudiarse en la civilización oriental de la Edad Media la producción literaria del siglo X al XI en Persia, creemos más adecuado al plan que nos hemos propuesto, hablar en este sitio del poema de Ferdusi.—Nació **Abul-Kacem-Mansur Ferdusi** en 916 de la Era cristiana, y murió el año de 1.020. La gran obra de este célebre poeta es el *Shah-Nameh* ó sea *Historia de los Reyes de Persia*. Empleó treinta años en componer

este poema escrito en 60.000 dísticos, ó lo que es igual, en 120.000 versos.—He aquí ahora uno de sus episodios:

Zoak reina mil años.—Zoak, habiéndose apoderado del trono de los reyes, permaneció en él mil años. El mundo entero se sometió á él, y pasó largo tiempo de este modo. Las costumbres de los hombres de bien desaparecieron, y los deseos de los malvados se realizaron. La virtud era despreciada; la magia enaltecida; la rectitud estaba oculta; el vicio se presentaba á la descubierta. Los Devas eran poderosos en el mal, y nadie se atrevía á hablar de una acción buena, sino en secreto.

Se sacaron del palacio de Chemchid dos mujeres inocentes, trémulas como hojas de álamo, hijas ambas de aquel rey. Eran como la corona para la cabeza de las mujeres. Chebrinaz se llamaba una de estas mujeres veladas; la otra Arnevaz, y su rostro era como el de la luna. Fueron conducidas al palacio de Zoak y entregadas á la libre disposición de este *monstruo* de la cabeza de serpiente que las educó en la senda de la impiedad, y les enseñó la perversidad y la magia. Ni él podía enseñar otra cosa mas que amor al mal, ruina, muerte é incendio.—El cocinero introducía todas las noches en el palacio del rey dos jóvenes, ya de humilde, ya de noble cuna, á fin de preparar el remedio de Zoak. Les asesinaba, les quitaba luego los sesos y se los daba á las serpientes para que se los comieran.

Sucedió que en el país del rey había dos hombres honrados, dos hombres nobles de la estirpe de los Parsos; llamábase uno Irmail, el puro, y el otro Guirmail, el prudente. Estos, encontrándose un día juntos, hablaron de todas las cosas, así grandes como pequeñas, del rey injusto, de su ejército, y de las horribles costumbres dignas de él. El uno dijo:

—Nosotros deberíamos, mediante el arte del cocinero, introducirnos cerca del rey, y aplicar nuestro ingenio á hallar modo de salvar cada día á uno de esos dos hombres á quienes se priva de la vida.

Decididos á ello, aprendieron el arte del cocinero, y lograron preparar buenos manjares. Entonces estos dos hombres echaron sobre sí el cuidado de la cocina del rey con una alegría secreta, y cuando llegó la hora de verter la sangre de las *víctimas* y despojarlos de la dulce vida, fueron conducidos aprisa y con malos tratamientos ante los cocineros dos hombres en la flor de la juventud, de que se habían apoderado los guardias del rey, ejecutores de sus órdenes.

El corazón de los cocineros estaba lleno de dolor; sus ojos llenos de sangre; su cabeza llena del deseo de venganza. Mataron uno, pues

no había otro recurso; en seguida tomaron los sesos de un carnero y los mezclaron con los del hombre. Al otro lo dejaron vivo y lo protegieron, diciéndole: «Procura salvarte secretamente; no te detengas en ninguna ciudad habitada; el desierto y la montaña sean tu parte del mundo».—En vez de su cabeza tomaron la cabeza vil del animal é hicieron un guiso para las serpientes.

De este modo se salvaban treinta jóvenes cada mes. Y cuando los cocineros hubieron reunido doscientos, les dieron algunas cabras y carneros, sin que los jóvenes supiesen de quién procedía el regalo, y los enviaron al desierto.—De ellos nació la actual raza de los kurdos, que no conocen residencia fija; habitan en tiendas, y no tienen en el corazón el temor de Dios.

La conducta de Zoak era tal, que cuando se le antojaba elegía á uno de sus guerreros y le daba muerte, diciéndole: «Tú has hecho alianza con los Devas.»

Y si había alguna doncella famosa por su hermosura, oculta con el velo, pura y sin mancha, la convertía en esclava suya. En él no se encontraban ni virtudes de rey, ni ley, ni fe.

Hay que contar después de Ferdusi (siglo X) en el renacimiento Sasanida al pesimista epicúreo Jeyan (siglo XI), á Auwari (XII), á **Sadi** (XIII), á **Hafiz** (XIV), y hasta nuestros días se conserva larga serie de líricos.—Los cronistas persas de estos siglos han sido hasta hoy traducidos en diversas lenguas europeas, para la formación de la historia.—Las obras teatrales, generalmente, representan el legendario y sangriento suceso de la familia de Alí, convertido en mártir, y el hado implacable que condena á su descendencia á estériles y heroicas luchas.—Entre estos dramas, puede verse el traducido al francés por Gobineau *Las bodas de Jacim*.—El influjo europeo va rehaciendo el teatro moderno persa, singularmente desde Ahmed-Bey.

Por la primera colección de poesías persas publicadas en París en 1819, en que se contiene el *Pend-Nameh ó Libro de los Consejos*, se conocen multitud de poemas, mayores ó menores.—Hay quien pretende que el fabulista Lokman era persa y no árabe, y que debe ser estudiado como tal. Pero como quiera que aun así todos los pueblos orientales han sido cultivadores del género y sólo los árabes lo divulgaron, parece más natural considerar á este poeta entre los autores arábigos que no aquí.

Copiamos á continuación algunas poesías persas de las traducidas al castellano por el conde de Noroña (véase primera parte, página 246).

Fragmentos del «Shah-Nameh», de Ferdusi.—Introducción del poema de Rustan y Asfendiar.

El vino generoso
bebamos, que está el monte perfumado
con almizcle oloroso;
de rayadas tulipas el collado
y jacintos cubierto,
y de rosas bellísimas el huerto.
El huerto do lamenta
El ruiseñor sonoro, y á la rosa
El blando sueño ahuyenta;
Él se ríe en la noche tenebrosa,
Y ella se estrecha y ata
Con el viento fugaz y lluvia grata.
Percibo el dulce ambiente
que viene de la nube, y veo en tanto
al ruiseñor doliente.
¿Qué será? Sin embargo, pára el llanto
en el huerto y gorjea,
y sentado en la rosa se recrea.
¿Qué será lo que dice
el triste ruiseñor, y qué en la rosa
inquiere el infelice
aspirando su esencia deliciosa?
Espera la mañana
y la cantíga le oirás persiana.
De Asféndiar malhadado
llora el duro catástrofe, diciendo:
«Me lo han arrebatado:
ya la canción del ruiseñor entiendo,
que cantarse solía
por nuestros ascendientes algún día.»

Elogio de Mahmud, rey de Persia.

Mahmud, dominador y rey potente,
á cuyas aguas á beber se acercan
el lobo y el cordero mano á mano,
á quien los reyes sin cesar alaban,
desde Cashmir hasta el Catay fragante.
Cuando la madre con su leche baña
la boca al niño que en la cuna mece,
al punto el nombre de *Mahmud* pronuncia.
En los festines liberal y franco;
en la guerra león y altiva sierpe,
por su munificencia el orbe todo
á un vergel de verano le asemeja.

Epigrama del mismo al ver que el sultán Mahmud no premiaba el trabajo que había tenido en componer el «Shah Nameh» de orden suya.

Es Mahmud Zabelí mar generoso,
ni fondo ni ribera en él se advierte;
sumergíme en su seno y no hallé perlas;
no es la culpa del mar, es de mi suerte.

Sátira del mismo contra el sultán, por haberle enviado un regalo mezquino en vez del cuantioso ofrecido por el «Shah Nameh».

¿Has visto de este rey Mahmud mezquino
la generosidad que te esperabas?
Tiempo es de hablar; á la verdad se debe
el tributo del habla, y fuera crímen
el ocultarla ahora, no mostrando
al mundo tan torpísima miseria.
Nada hay como él tan vil, pues no conoce
ni religión, ni leyes, ni costumbres,
falto de entendimiento y con un alma
á la beneficencia en todo opuesta.
. . . . . .

La greda olorosa, fábula de Sadi.

Al entrar al baño un día
me puso un hombre en la mano
una greda, que tenía
un aroma soberano.
Toméla y díjela: «¿Estás
de almizcle ó ámbar formada?
Que me encantas por demás
con tu esencia delicada.
—»Tosco terrón antes era,
repuso; más tuve yo
la rosa por compañera
y este grato olor me dió.
»Así cual parezco ser,
tan sólo un barro sería
muy despreciable, á no haber
tenido tal compañía.»

Oda de Ferdusi, traducida con la misma medida de versos, número y consonantes, para dar una idea de la Gacela (poesía erótica) persa.

Si una noche en tu pecho reposára,
el alto empíreo con mi sien tocára,
rompiera al Sagitario sus saetas,
la corona á la luna arrebatára,
me subiera veloz al nono cielo,
y el orbe con soberbio pié pisára.
Entonces, si tuviera tu hermosura,
ó en tu lugar entonces me encontrára,
para los sin favor fuera piadoso,
benigno con los tristes me mostrára.

Gacela persa, con la misma estructura que las de Hafiz, en alabanza de este gran poeta de Siraz.

La alba deshace la tiniebla fría
y la rosa derrama la alegría;
El ruiseñor en torno revolando,
la saluda con dulce melodía.
Pues, ¿cómo, escanciadora, en este tiempo
tienes la taza matinal vacía?
Tómala y llena, y en su centro vea
tu mejilla copiada, ánima mía;
Den al licor tus ojos nuevo brillo,
y olor la aroma que tu boca envía;
La copa hierva con bullente vino,
y se aumenten los bríndis á porfía,
Celebrando á la luz de la mañana
al que alabarla con ardor solía,
Al gran poeta de Siraz, al dulce
Hafiz, honor del alma poesía;
Cántale, y goza de este tiempo, Nava;
mira que vuela, y ¡ay! no torna el día.

Gacela de Moahmmed Shems-Eddin (alias) Hafiz.

Aquí moran las virtudes;
en mí vicios y pasiones.
¡Cuán diferentes caminos!
Y ¿cómo han de unirse? *¿adónde?*
La bëodez y abstinencia,
¿quién las vió jamás acordes,
ni entonar con dulces flautas
santos himnos? ¿cuándo? *¿adónde?*
Aborrezco el triste claustro,
odio el hábito de monje,
¿Adónde están los banquetes?
¿el alegre vino *adónde?*
Pasó el tiempo delicioso
de mis felices amores.
¿Adónde están los cariños?
¿las blandas quejas *adónde?*
Van tras la luz de mi amada
mis émulos; reflexionen.
¿Dónde está su mecha extinta?
¿la hacha de mi sol *adónde?*
Siendo alcohol de mis ojos
el polvo que á tu umbral cogen
donde tú estás, estoy yo;
si te mudas díme *adónde.*
Guarte, no mires su barba;
ánima mía, te expones:
porque es hoyo en el camino.
¿Dó vas tan aprisa? *¿adónde?*
Ni constancia ni paciencia
pidais á *Háfiz* ¡vanas voces!
¿Dónde hay paciencia y constancia
y tranquilo sueño? *¿adónde?*

V.—Fenicia.

Uno de los pueblos más antiguos de la historia es el fenicio. Y debido á su carácter comercial, y poco fijo por tanto, no ha dejado á la posteridad ni monumentos literarios ni artísticos. Da, sin embargo, el raro ejemplo de haber sido el inventor del alfabeto de todas las lenguas. En el fondo, en todos los abecedarios se encuentra el fenicio. La escritura egipcia es anterior; pero la propiamente alfabética se debe á ellos. Al exportar y cambiar productos de unas á otras apartadas regiones, mediante la navegación, llevaron á todas partes su escritura. Ellos conservaron simplemente algunas letras, y redujeron el número de los signos egipcios, más ó menos modificados, á 22, que en realidad son los que han persistido en todos los idiomas. Cada uno de esos signos representa un sonido, ó mejor dicho, una articulación. Todos los pueblos después imitaron la forma de esos signos, ora escribiéndolos de derecha á izquierda, ora de izquierda á derecha. Los fenicios escribían de la primera manera. Los griegos de la segunda. En suma, los caracteres judío, licio, griego, itálico, etrusco, ibérico y hasta noruego, según se cree, proceden del fenicio. No produjeron literatura, mas sí las letras que habían de ser su base.

Si alguna vez se escribió el «sistema del universo,» filosofía atomística de la creación, no se conservó para pasar á la historia. Así como el pueblo caldeo (lo mismo que otros orientales) estudia la astronomía, el fenicio la aplica á la navegación. – Ignórase en qué época precisa inventaron y empezaron á emplear el alfabeto. Sólo se sabe que su historia alcanza á 2.300 años a. de J. C.—Pasa por ser uno de los escritores más antiguos **Sanconiatón** (del siglo II ó III de nuestra Era), que escribió sobre historia fenicia; pero traducido al griego su trabajo, así como los de **Mocho** ó Mosco, autor del *sistema* citado, nada se conserva con el carácter de deseada autenticidad.

VI.—Los Hebreos.

El pueblo semita se denominó *hebreo*, tomando el nombre de una de sus tribus (y por Heber, padre de Abraham), nombre que significa «más allá del río.» Más tarde, Jacob llamó á su tribu «hijos de Israel,» ó israelitas (luchadores con Dios); así como en un tiempo se apellidaron judíos, de la tribu de Judá, única que permaneció fiel.

Todos los libros santos del pueblo judío se resumen en uno: en el llamado **Biblia,** nombre griego que significa *libros;* el libro por excelencia, ó libro por antonomasia.—A la vez que sagrado, es histórico del pueblo israelita. En la Biblia, esta historia se contiene en el Éxodo, Josué, los Jueces, Samuel, los Reyes, las Crónicas, Esdras, Nehemías y los Macabeos.—Religión, moral, filosofía, historia y poesía, todas las manifestaciones literarias se contienen en la Biblia.—Divídese este *libro* en dos partes: el antiguo y el nuevo Testamento. El primero se ocupa de la historia de la creación del mundo, la de los patriarcas y la de los judíos, y es anterior á la venida de Jesucristo. El Nuevo Testamento se escribió después de la muerte de Jesús, por sus apóstoles ó sus discípulos.—Existen dos caracteres de letra en la escritura hebrea: el samaritano ó fenicio, y el caldeo ó judaico.—El Antiguo Testamento se escribió en hebreo, primitivamente, en épocas todavía mal definidas; pero está fuera de duda, al parecer, que la mayor parte de sus primeros libros se remontan á tiempos muy anteriores á 445 años a. de J.—Los libros de la *Biblia* son los siguientes, expuesto su asunto en reducidísimo extracto.

Antiguo Testamento.—1.° El *Génesis* (generación), ó historia de la creación del mundo y del primer hombre, y su expulsión del Paraíso; Abraham; inmigración en Egipto.

2.° El *Éxodo* (salida), donde se narran las desventuras de los hijos de Jacob, la historia de Moisés, la marcha del pueblo de Dios, y las tablas de la ley.

3.° *Levítico* (sacerdotal), llamado así por griegos y latinos; ritos de la tribu de Leví; código religioso, civil y legal del pueblo elegido.

4.° Los *Números*, tomado el nombre por la enumeración de censos del pueblo judío. Además, contiene la historia de Moisés hasta poco antes de su muerte.

5.° *Deuteronomio*, ó segunda ley, la misma que la primera; pero denominada así porque se aplicaba á la generación que no la oyó directamente en el Sinaí.

A estos cinco primeros libros siguen los titulados históricos, 17. Los 15 primeros son:

1.° *Josué*. Sus conquistas.

2.° Libro de *Los Jueces*. Historia de los israelitas bajo esta forma de gobierno.

3.° *Ruth*. Vida de esta santa mujer.

4.°, 5.°, 6.° y 7.° de *Los Reyes*. Los hechos de todos los Reyes de Judá é Israel.

8.° y 9.° Los *Paralipómenos*. Sucesos ó circunstancias apenas tratadas ú omitidas enteramente, en los libros anteriores.

10 y 11. Los dos primeros de los *Esdrás* (pues los otros dos no están reconocidos por la Iglesia latina); la historia de la libertad concedida a los judíos para que volviesen de Babilonia á Judea, y los sucesos ocurridos 31 años después.

12, 13, 14 y 15. *Tobías*, *Judith*, *Ester* y *Job*. Vida de estas cuatro personas, célebres ellos por su valor y por sus virtudes ellas.

16. El salterio de *David* de 150 salmos.

17, 18, 19, 20 y 21. Los *Sapienciales*, apellidados así por conducirnos al estudio y amor de la celestial sabiduría, y que se nombran: *Los proverbios*, *El Eclesiastés*, *El cantar de los cantares*, *La*

Sabiduría y *El Eclesiástico*. Los cuatro primeros atribuídos al rey Salomón, y el último á Jesús, hijo de Sirah.

22, 23 y 24. Los *Proféticos* (de los profetas mayores): *Isaías, Jeremías con Baruc, Ecequiel* y *Daniel*.

25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35 y 36. De los profetas menores: *Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Abacuc, Sofonías, Aggeo, Zacarías* y *Malaquías*.

37 y 38. Los dos libros históricos de *los Macabeos*, únicos de los cuatro, admitidos por la Iglesia, y que comprenden: la historia de las guerras mantenidas por Matatías con los Macedonios desde el año 137, en que comenzó á reinar Antíoco Epifanés, hasta el 177 del imperio de los griegos; y el otro de la historia de las persecuciones de que fueron objeto los judíos por Epifanés y Eupator.

Nuevo Testamento.—Los libros de esta parte de la Biblia también pueden dividirse en: legales, históricos, sapienciales y proféticos.

1.° de los legales. *Evangelio (Buena Nueva)*, escrito por San Mateo el publicano, convertido por Cristo en su apóstol, y elegido por Él mismo para narrar la historia de su nacimiento, predicación, pasión, muerte y resurrección.

2.° Evangelio escrito por Marcos, discípulo de San Pedro.

3.° Evangelio escrito por Lucas, discípulo de San Pablo; algunos creen que sólo fué San Lucas amanuense de San Pablo en este Evangelio.

4.° Evangelio escrito por San Juan, hijo del Zebedeo. Distínguese de los escritos por Mateo, Marcos y Lucas, en que éstos se limitan á consignar los hechos de Jesús como hombre; mientras que San Juan se ocupa en refutar á los herejes, que Jesús no empezó al nacer de María, sino que el *Verbo era en el principio*. Es él tenido por escrito en época más lejana a la muerte de Jesús.

5.° *Hechos de los Apóstoles* (históricos). Atribuído á San Lucas, donde se refieren los principales actos de San Pedro y San Pablo, y de otros apóstoles, y la historia de la Iglesia en los

30 primeros años posteriores á la Ascensión del Señor, IX del Imperio de Nerón, en que sale de sus prisiones San Pablo.

6.° Las *Epístolas* (21 en total, sapienciales).—*Catorce* de San Pablo: una á los romanos, dos á los corintios, una á los gálatas, una á los efesios, una á los filipenses, una á los colosenses, dos á los tesalonicenses, dos á Timoteo, una á Tito, una á Filemón, y otra á los hebreos.—*Una* de Santiago.—*Dos* de San Pedro.—*Tres* de San Juan.—*Una* de Judas.

7.° El *Apocalipsis*. (Profético). Escrito por San Juan en su destierro de la Isla de Patmos á donde fué enviado por Domiciano por los años 94 á 96 de la Era cristiana. Libro maravilloso, contiene misterios inexplicables, arcanos indescifrables, juicios sublimes, siendo encaminado á levantar los corazones y hacer á las almas temerosas de Dios. Es el último de la Sagrada Escritura, y San Jerónimo dijo de él que encerraba tantos misterios como palabras. Divídense en 22 capítulos las revelaciones sobre el estado de la Iglesia desde el advenimiento de Jesucristo hasta la segunda venida del Redentor.

Los llamados libros apócrifos, son 14.—El 1.° y el 4.° de *Esdrás, Tobías, Judith*, las adiciones al libro de *Ester*, la *Sabiduría* de Salomón, la *Sabiduría* de Jesús, hijo de Sirach, ó el *Eclesiástico, Baruc, El cántico de los tres mancebos, La historia de Susana, La historia de la destrucción de Bel y del Dragón, La oración de Manasés, rey de Israel*, y los libros 1.° y 2.° *de los Macabeos*.

El Antiguo Testamento fué escrito en hebreo, aunque se tienen tres versiones de algunos libros: la que sirvió para la *de los setenta* (de tiempos de Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, 309 á 247 a. de J. C.), la del samaritano, y la del arameo ó lengua vulgar.—En España se discutieron las versiones por los judíos peninsulares, é influyeron más tarde en la publicación de la Biblia, especialmente la *políglota* de Cisneros.—En cuanto al Nuevo Testamento, hay quien sostiene que el Evangelio de San Lucas (el más antiguo) debió escribirse en la lengua misma hablada por Jesús; el de San Marcos, por ser escrito en Roma y al lado de San Pedro, supónese por algunos que debió serlo, originariamente, en latín; el de San Mateo en arameo; en cuanto al de San Juan,

discútese aún en qué lengua lo fué primitivamente. Parece un hecho, indudable para muchos, que aunque redactados en Asia Menor los Evangelios y los Actos de los Apóstoles, se escribieron en griego, por el helenismo que imperaba en Oriente á la sazón.

Además de los libros *apócrifos* citados, existen otros á los cuales, si debe negarse fe y crédito, no debe por ello de quitarse importancia literaria. Los más se escribieron en latín. Posteriormente, en la Edad Media, se redactaron otros varios.— He aquí los títulos de los principales y más antiguos, apreciados como canónicos y leídos en algunas Iglesias:—*La Epístola de San Clemente, El Pastor de Hermas, El Evangelio de los hebreos,* y las Epístolas de San Policarpo y Barnabé.—Entre los que no consiguieron tanta estimación, aunque también antiguos, se cuentan:—*Los Hechos de San Pedro, Predicación de San Pedro, Los Hechos de San Pablo, La revelación de San Pedro,* el *Evangelio de los Egipcios,* el de *Basílides,* el de *Tomás,* el de *Elxai,* y el de *Apeles.*

La piedad, unida á las tradiciones y á la leyenda misma, compañera inseparable de la historia, produjo larga serie de libros escritos en idiomas diversos, ó supuesto escritos al menos en diferentes lenguas y traducidos al latín durante los tiempos medioevales. Las Cruzadas fueron época apropiada para la creación de tales manifestaciones literarias, por las noticias más ó menos novelescas traídas de Tierra Santa ó que se hacían derivar de los cruzados mismos.— Entre esta clase de escrituras apócrifas, se citan: —*La Puericia de Jesús,* el *Proto-evangelio de Santiago, Libro de la Infancia* en texto árabe, *Gesta Pilati, Evangelio* de Nicodemus, el de *Josef de Arimatea, Siete viajes de Jesucristo, Historia de los Apóstoles, Historia de Tecla,* y otros.

La *Biblia,* por último, es la obra más difundida, tanto en los tiempos antiguos como en los de la imprenta; y se han hecho ediciones de ella en todos los idiomas y dialectos conocidos, repartidas con profusión, singularmente por los protestantes.

Cántico de Judit.—*(Judit, cap. XVI).*—Entonces Judit cantó este cántico al Señor:

Comenzad á loar al Señor con panderas, cantad al Señor con címbalos, entonadle un nuevo salmo, ensalzad é invocad su nombre.

El Señor que quebranta las guerras, su nombre es el Señor.

Que puso su campamento en medio de su pueblo para librarnos de la mano de todos nuestros enemigos.

Vino el Asirio de la parte de los montes del Aquilón con la muchedumbre de sus fuerzas: muchedumbre que cerró los arroyos; y sus caballos cubrieron los valles.

Dijo que él quemaría mis términos, y que pasaría á cuchillo mis jóvenes; que daría en presa mis niños, y mis doncellas en cautiverio.

Mas el Señor Todopoderoso le hirió, y le entregó en manos de una hembra, que le mató.

Porque el poderoso entre ellos no fué derribado por mano de jóvenes, ni hijos de Titán le hirieron, ni le hicieron frente corpulentos jigantes; sino que Judit, hija de Merari, le desmadejó con la belleza de su rostro.

Porque se quitó el vestido de su viudez y tomó el vestido de alegría, para que saltasen de alegría los hijos de Israel.

Ungió su rostro con ungüento, y ajustó sus guedejas con el bonetillo; tomó vestido nuevo para engañarle.

Sus sandalias le arrebataron los ojos, su hermosura cautivó su alma: cortóle á cercén con un puñal la cerviz.

Asombráronse los persas de su firmeza, y los medos de su osadía.

Entonces aullaron los campamentos de los asirios, cuando mis humildes se mostraron secos de sed.

Los hijos de las mujeres jóvenes los atravesaron, y los mataron como niños que huyen: perecieron en la batalla delante del Señor mi Dios.

Cantemos himno al Señor, himno nuevo, cantemos á nuestro Dios.

Adonai, Señor, grande eres tú, y muy esclarecido en tu poder, y á quien nadie puede vencer.

Sírvate toda criatura tuya; porque dijiste, y fueron hechas; enviaste tu espíritu, y fueron criados, y no hay quien resista á tu voz.

Los montes con las aguas se moverán desde los cimientos; las piedras se derretirán como cera en tu presencia.

Mas aquellos que te temen, grandes serán delante de tí en todas las cosas.

¡Ay de la gente que se levante contra mi linaje! Porque el Señor Todopoderoso ejercerá en ellos su venganza; los visitará en el día del Juicio.

Porque enviará fuego y gusanos sobre sus carnes, para que sean abrasados y padezcan eternamente.

Salmos de David. *(Salmo XCVI).*—El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense las muchas islas.

Nube y oscuridad alrededor de él: justicia y juicio son el apoyo de su trono.

Fuego irá delante de él, y abrasará alrededor á sus enemigos.

Alumbraron sus relámpagos la redondez de la tierra, y fué conmovida.

Los montes como cera se derritieron á la vista del Señor: á la vista del Señor toda la tierra.

Anunciaron los cielos su justicia, y vieron todos los pueblos su gloria.

Avergüéncense todos los que adoran esculturas, y los que se glorían en sus simulacros.

Adoradle vosotros todos sus ángeles:

Oyólo y alborozóse Sión.

Y regocijáronse las hijas de Judá, por tus juicios, Señor.

Porque tú eres el Señor Altísimo sobre toda la tierra: tú eres en gran manera ensalzado sobre todos los dioses.

Los que amais al Señor, aborreced el mal: guarda el Señor las almas de sus santos, de la mano del pecador los librará.

Luz es nacida al justo, y á los rectos de corazón, alegría.

Alegráos, justos, en el Señor, y alabad la memoria de su santidad.

El cantar de los cantares, de **Salomón.**—Para que se juzgue de su estilo, copiamos algunos versículos. Hay en este libro (que tradujo de modo inimitable nuestro Fr. Luis de León) trozos de excesiva crudeza, que explican bien que en cierta época se prohibiera á los judíos leerlo antes de los treinta años.—Varias han sido las interpretaciones de esta hermosa muestra de poesía oriental. Los católicos, admitiendo que el sentido literal se contrae á las bodas de Salomón, consideran el *Cantar de los Cantares* como de sentido profético de la unión de Cristo con su Iglesia.—El argumento del lindo poema, se distribuye en los siete días de las bodas entre los hebreos, representando los dos personajes, el pastor y la pastora que cuidan sus respectivos ganados.

Yo habité en las alturas, y mi trono se puso sobre una columna de nube. Yo sola rodeé el giro del cielo y me entré por el profundo del mar paseándome por sus olas. En toda la tierra, en todas las ciudades y pueblos de ella y entre todas las gentes, tuve la primacía. Los corazones de los grandes y de los pequeños se pusieron bajo mi dominio. Entre ellos busqué mi reposo y en la heredad del Señor fijé mi morada. Entonces mandó, y me habló el Criador de las cosas: el que me crió, reposó en el tabernáculo, y me dijo: «Habita en Jacob, y ten tu herencia en Israel, y en mis escogidos echa raíces.» Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y por toda la eternidad no dejaré de ser, y delante del Señor le he servido en la morada santa. En el pueblo de mi Dios, que es mi heredad y en la numerosísima herédad de los Santos he fijado mi residencia. He sido exaltada como el cedro sobre el Líbano, y como el ciprés en el Monte Sión; como la palma en Cades, y como la rosa en Jericó; como la oliva vistosa en los campos, y como plátano en las plazas junto al agua. Como cinamomo y bálsamo aromático he dado fragancia, y como mirra escogida he dado suavísimo olor. Como incienso del Líbano sacado sin incisión, perfumé mi habitación; y como bálsamo no mezclado es mi olor. Yo como terebinto extendí mis ramos, y mis ramos son de honor y de gracia. Yo como vid eché fruto de suave olor, y mis flores son fruto de honor y de riqueza. Yo soy la madre del Amor hermoso, del temor santo, del verdadero conocimiento y de la dulce esperanza. Mi espíritu es más dulce que la miel, y los que me poseen son regalados con una dulzura superior á la de la miel y á la del panal.

Epístola de la sabiduría.—*(Ecl. 51.)*—Rey y Señor, yo te confesaré y alabaré por Dios Salvador mío. Yo daré gracias á tu nombre porque fuiste mi ayudador y protector: porque libraste mi cuerpo de la muerte, del lazo de la lengua inícua, y de los labios de los falsarios, y por cuanto te declaraste mi defensor á presencia de los enemigos que me circundaron: tú me libraste según la muchedumbre de la misericodia de tu nombre, de los que rugían preparados á devorarme, de las manos de los que procuraban quitarme la vida, de la multitud de tribulaciones que me circundaron. De la violencia de las llamas que me rodeaba sin que me abrasase en medio del fuego, de la profundidad del infierno, de la lengua impura, palabra falsa, rey inicuo y lengua injusta. Por tanto, mi alma alabará al Señor hasta la muerte, porque salvas á los que en tí esperan, y los libras de las manos de los gentiles, Señor Dios nuestro.

Evangelio de San Mateo. (*Mat. 25.*)—En otro tiempo habló Jesús á sus discípulos con estas palabras: el Reino de los Cielos es semejante á diez Vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. De aquellas, cinco eran necias y cinco eran sabias; pero las cinco necias habiendo tomado las lámparas; no previnieron aceite consigo: por el contrario, las sabias juntamente con las lámparas dispusieron aceite en sus vasos. Tardando venir el esposo, se adormecieron todas, y quedaron dormidas, pero á la media noche se oyó un clamor *que decía:* «ved que el esposo viene, salid á recibirle». Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y acomodaron sus lámparas. Las necias dijeron á las prudentes: «dadnos de vuestro aceite porque nuestras lámparas se apagan». Respondieron las sabias: «no sea caso que el que tenemos no baste para nosotras y para vosotras: id más bien á los que lo venden y compradlo para vosotras». Ínterin fueron para comprarlo, vino el esposo, con quien entraron á la sala de las bodas las que estaban dispuestas, y se cerró la puerta. Últimamente vinieron las demás vírgenes diciendo: «Señor, Señor, ábrenos»; pero les respondió: «En verdad, en verdad no os conozco. Y así, velad, porque ignorais el día y hora de mi venida.»

Copiemos ahora un trozo de los libros apócrifos, por más que ni todos procedan de literatura hebraica, ni se aproximen tampoco á los tiempos de la mayoría de los mismos. Pero como quiera que de ellos se derivan, y bajo el punto de vista de la leyenda encierran su mérito particular, justo es transcribir algo aquí que dé á conocer, por lo menos, el tono y estilo de ellos.

De la **Historia de Tecla.** —Tecla estaba en medio del Circo, sin más ropa alrededor de su cuerpo que el ceñidor. De repente una leona se lanzó furiosa de la cárcel; pero al ver á Tecla se detuvo, se amansó, se echó á sus pies, y empezó á lamérselos suavemente. Las mujeres exhalaron gritos de alegría. Abalanzóse un oso contra Tecla; pero la leona combatió con él, y le mató. Vino en seguida un león, y también con él luchó la leona y le mató, aunque no sin caer muerta junto con su enemigo. Otras fieras se lanzaron furiosas contra la virgen, pero todas, apenas la veían, se amansaban. En vista de esto, las mujeres, ébrias de alegría, maravilladas, arrojaban flores, gritaban con entusiasmo, esparcían perfumes; de suerte que el circo se llenó de olores deliciosos. El prefecto atónito, confuso, llamó á Tecla á su

tribunal, y le dijo: «¿Quién sois? ¿Cuál es vuestra naturaleza? ¿Por qué ninguna de las fieras os ha tocado?»—«Soy una sierva del Dios vivo, respondió Tecla; creo en Jesucristo, hijo de Dios, ved por qué no me ha tocado ninguna fiera».—El prefecto, conmovido al oir estas palabras, hizo traer vestidos, y mandó á Tecla que se los pusiera: ella obedeció, y dijo:—«Aquel Dios que me ha vestido cuando estaba desnuda en medio de las fieras, os vista á vos el día del juicio con la túnica de la salud.»—«Id, sois libre, repuso el prefecto, porque sois la sierva de Dios». Entonces todas las mujeres se agolparon en derredor de ella, gritando en coro: «No hay más que un Dios, el Dios que adora Tecla, el Dios que ha salvado á Tecla». Y la condujeron en triunfo.

Volviendo ahora á la antigua literatura de los hebreos (pasado el paréntesis de la cristiana, su hija), apuntemos sólo una noticia acerca de El **Talmud,** libro donde se coleccionan las tradiciones, doctrinas, ceremonias y costumbres rabínicas, que los judíos han considerado como complemento de la Ley Mosaica.—Divídese en el *Talmud de Jerusalen* y el *Talmud de Babilonia.* Subdivídese éste en dos partes: la primera se denomina *Mischna,* ó segunda ley, que llega hasta el siglo II, y *Gernara,* definición de la ley y comentario terminado en el siglo VI.

A través de las tres modificaciones por que ha pasado la lengua hasta Moisés, conservada intacta desde entonces hasta el día, no ha sufrido alteración su gramática.—Renan divide en dos los periodos de la literatura israeli a post-bíblica: el primero alcanza hasta el siglo XII, y tiene por monumento literario la *Mischna,* en que se hallan palabras arameas, griegas y latinas hebraizadas; y el segundo corresponde á la literatura rabínica moderna.—El lenguaje hasta hoy de los judíos, á partir del siglo X, en que aceptan la cultura árabe, es el idioma literario en que escribieron obras importantes en el XVIII los alemanes Mendelssohn de Dessau y Werely, de Hamburgo.—El nombre más esclarecido de esta literatura en los tiempos recientes es el de **Samuel Cahen** (1796-1863), hebraizante francés, director de los *Archivos israelitas de Francia* y de la escuela consistorial de París. Su obra más importante es la *Traducción de la Biblia,* con notas, y el texto hebreo al frente.

VII.—Los Árabes.

La lengua árabe es una de las más ricas conocidas; su abundancia lexicográfica es tal, que para designar la *miel* se cuentan hasta ochenta nombres; para la *desgracia*, cuatrocientos; para el *león*, quinientos; para la *espada*, mil. Ha prestado á todos los diccionarios europeos multitud de palabras, singularmente al castellano. Y se precian los árabes de su ciencia gramatical, creyéndose en este punto superiores á todos los pueblos. La fusión de los dialectos semíticos, después de Mahoma, parece haber sido causa de esta riqueza del idioma, uno de los más hablados en el mundo (130 millones de mahometanos).—Pertenece á la familia de los semíticos, constituyendo la rama *ismaelita*. Sus orígenes son desconocidos, pues se ignora aún si se hablaba en las remotas épocas fenicia y hebrea. Pero de todos modos, por el empleo de palabras suyas en la Biblia, por antiguas tradiciones y citas griegas, se calcula su existencia como anterior en muchos siglos al Cristianismo. El árabe y el chino son las dos únicas lenguas antiguas que se han conservado vivas hasta nosotros.—Es opinión generalizada que se escribió en un principio con caracteres fenicios y hebreos; y más tarde, en los primeros siglos de la Iglesia cristiana, usaron los estranguelos de los sirios. Poco antes de Mahoma, se introdujo el alfabeto *cúfico*, sin puntos diacríticos, conservándose largo tiempo en los monumentos. Después principió la escritura denominada *nesji*, ó corriente. En España usaron unos y otros signos, adoptando luego la *mogrebina*, que no difiere grandemente de aquellos otros dos.

Desde el punto de vista literario, ofrece igual tesoro asombroso el árabe: ninguna literatura presenta un número no ya idéntico sino aproximado de obras, ni un número comparable de au-

tores. Cierto escritor alemán ha contado cerca de diez mil escritores ilustres en un período que no excede desde un siglo antes de Mahoma, hasta el año 1258; y en un diccionario bibliográfico del siglo XVI se hace mención de 15.000 obras notables. Mientras las literaturas más renombradas no cuentan sino cien autores célebres por cada siglo, la arábiga suma millares en cada centuria.—En los períodos de esplendor de la dominación árabe en Oriente ú Occidente, la cantidad de libros autógrafos era siempre inmensa, y se dice que solamente los Médicis y Luis XIV han repetido el ejemplo de estimar en tanto á los literatos y científicos. Sabido es que llega un momento en que su literatura se extiende desde el Ganges al Tajo, y en estas épocas los califas de Occidente forman bibliotecas como las de Córdoba con volúmenes traídos de las más apartadas regiones.—Si bien es cierto que en la poesía se multiplican las notoriedades, no lo es menos que la cultura intelectual florece en otros géneros, tales como la filosofía, la historia, las matemáticas, la medicina, la geografía, las ciencias naturales, la astronomía y otras ramas del saber, que ora acá, ora allá, tuvieron su asiento, si bien cítase como emporio de las artes, las ciencias y las letras, nuestra renombrada capital andaluza.—Sería interminable este capítulo si fuésemos á citar siquiera los títulos de las obras principales en cada género. Y bastará á nuestro propósito marcar algún que otro tipo señalado. En todos ellos se advierte cómo la lengua se ha transformado desde la sencillez primitiva semítica del hebreo, del arameo, etc., hasta la variedad exuberante del árabe. Así, de las dos formas primarias, la rítmica ó poética fundada en el paralelismo, y la prosaica, más libre, pero limitada al versículo, pasa el árabe, después del Corán, á ser tan continuo como las lenguas europeas. El versículo, forma pobre distribuída en pequeñas porciones, que las comas indican y separan para los momentos de aliento en la respiración, se amplía de modo tal, que casi desaparece en el estilo árabe; y aun el corte métrico de los períodos queda sólo para ciertos trozos de índole intermedia entre la poesía y la prosa.—Antes de Mahoma, los árabes escribían poco. Se reducía su producción literaria á poesías sueltas, cortas, tanto para expansión

de sus sentimientos, como para lucir los autores su habilidad en el manejo de la lengua, cosa muy apreciada entre ellos. También la historia en menor escala y la elocuencia se cultivaban, exhibiendo sus obras en las ferias de Ocad, leyendo ó recitando, para disputar un premio. La mejor composición escribíase en letras de oro, y suspendíase de la puerta de la Caaba. Más tarde se perpetuó esta costumbre con el *Moallakat*, poema en siete libros, tenido por sagrado, y que se halla suspendido en la Caaba de la Meca.—Más adelante copiaremos algún trozo de él; pero primeramente dediquemos unas líneas al Corán.

El texto de este libro del Islam, santo para los árabes, se supone revelado á Mahoma. Hállase dividido en 114 capítulos, denominados *azoras* en castellano; y cada capítulo subdividido en versículos llamados *aleyas* en el castellano morisco aljamiado. Fué escrito primitivamente en huesos (paletillas) de carnero, y confiado tan precioso tesoro á la viuda de Mahoma por el califa Abu-Bekr. Temiendo, después de una derrota, que la obra se perdiera, reunió con prolijo cuidado una asamblea de los sabios que retenían en la memoria todo el Corán por haberlo leído y oído repetida y constantemente al profeta, dándoles el encargo de ordenarlo y copiarlo. Una de esas primeras copias se conservó en España, mandada traer de Oriente por los omeyas de Córdoba. Y en la biblioteca nacional (de Madrid) se guardan preciosos manuscritos del Corán en aljamia, es decir, en castellano, con caracteres árabes.—El Corán está escrito para los hombres y para los genios, los buenos y los malos, todos los cuales han de ser juzgados en el juicio final. La doctrina en él encerrada, puede resumirse en los siguientes principios: creencia en la unidad absoluta de Dios y de la vida futura; en que el arcángel Gabriel es el Espíritu Santo; que los ángeles son mensajeros de Dios, y mortales; y que no hay salvación sin creer en estos puntos, y en que Mahoma es misionero de Dios.—Según el Corán, hay un *Paraíso* en la vida futura ó *Genat*, un *Infierno* ó *Gehenna*, y un *Purgatorio* ó *Araf*. La Gloria ó Paraíso se halla imaginado sobre el Paraíso terrenal descrito en el Génesis.—Así como *Biblia* significa libro por excelencia, *El-Corán* quiere decir *la lectura* por excelencia, y

lo mismo que otros libros religiosos, es á la vez código civil y moral, donde se prescriben las relaciones de los islamitas y sus deberes. Los del culto exterior se reducen á cinco mandamientos: oración, ayuno, limosna, peregrinación á la Meca, y guerra santa, ó propaganda. Agréganse después otros, como abluciones, prohibición de manjares impuros, del vino, de los juegos de azar y de representaciones de seres vivos. La mujer está, aunque defendida en cierto modo y garantizada en sus bodas, postergada como ser inferior al hombre, del cual no puede ser, ni aun en caso de santidad, sino esposa, destinada á compartir con las huríes las caricias del esposo.—El capítulo primero, que hay quien considera como proemio sin formar parte del libro, se llama generalmente *fátiha* (prefacio), reemplaza al Padre Nuestro cristiano, y en él está como la sustancia metafísica del volumen. Su texto es lo primero que copiamos á continuación, y se citan además como notables el capítulo CXII, llamado de la *unidad*, y el versículo del *trono* (II, 256) hermosa muestra de elocuencia oriental:

Fátiha.—Loado sea Dios, Señor de las criaturas, piadoso, misericordioso, soberano del día del juicio; á tí adoramos, á tí acudimos, diríjenos por la vía recta, la de los que poseen tu gracia, no la de los réprobos ni extraviados.

Del capítulo de la **unidad.**—Dí que Dios es único, que Dios es eterno; no engendra, no es engendrado, ni tiene semejante.

Del versículo del **trono**. – ¡Dios! no hay deidad sino Él, vivo, inmutable; no le cogen sopor ni sueño; suyo es cuanto hay en los cielos y en la tierra: ¿quién intercederá con Él sin su beneplácito? Conoce cuanto hay delante y detrás de todos, sin que alcancen de su ciencia sino lo que quiere; extiéndese su trono sobre los cielos y la tierra, sin que le moleste su mantenimiento; y Él es el alto, el grande.

El llamado de la *victoria*, el de la resignación, el imitado, según opiniones de los salmos de David, y otros, son notables también. Se calcula que el Corán se escribió por vez primera hacia el 622 de la Era Cristiana.—Toda la doctrina del islamismo (sumisión) ó de los muslimes (resignados), se encierra en este libro pre-

ciado, del que copiamos más abajo un trozo completo.—Los monumentos literarios más importantes á la aparición de Mahoma, son los poemas citados arriba, titulados los *Moallakats*. Son siete, como se dijo, y se les denominan *suspendidos*, ó *dorados* ó *largos*, por razones apuntadas también anteriormente. Los tres primeros se atribuyen respectivamente á Amru-ben Keltum, Aret-ben-Illiza y Tarafa-ben-Abd. En todos se pintan las costumbres, carácter é índole de los árabes antes de convertirse en pueblo conquistador con la aparición del Al-Corán.—De otro poeta y heroe á la vez, **Antar** (valeroso), cuyos *Moallakats* se colgaron en la Caaba, son los siguientes

Pensamientos.—Tus enemigos temen tu espada; no permanezcas donde puedan despreciarte.

Habita entre los testigos de tus triunfos, ó muere gloriosamente con las armas en la mano.

Sé déspota con los déspotas, y malo con los malos.

Si el amigo te abandona no trates de ir en su busca; pero cierra los oídos á las calumnias de sus rivales.

No hay defensa alguna contra la muerte.

Es mejor morir en el combate que sucumbir en la servidumbre.

Mientras estoy contado entre los esclavos, mis acciones vuelan más allá de las nubes para elevarse hasta los cielos.

Debo mi fama á la espada, no á la nobleza de la sangre.

Mis hazañas harán respetar mi cuna á los guerreros de los Beni-Abess, que tratasen de despreciarla.

Los guerreros, y hasta los caballos, afirmarán altamente las victorias de mi brazo.

Lancé mi caballo en medio del enemigo, en la oleada de la batalla, en lo más reñido del combate.—Le saqué de allí cubierto de sangre, lamentándose de mi vigor sin igual.—Al fin de la pelea era ya de un solo color.

Mi madre Zobiba me reprende porque me aventuro durante la noche, temiendo que sucumba al número.

Quiere asustarme con la muerte, como si no debiéramos morir un día.

La muerte, le digo, es una fuente de la que tarde ó temprano hay que beber. Cesad, pues, de afligiros, pues que, si no muero, seré matado.

Quiero vencer á todos los reyes que están ya á mis pies, temiendo los golpes de mi terrible brazo.

Hasta los leones y los tigres se someten á mí.

Los caballos están tristes como si hubieran perdido á sus dueños.

Soy hijo de una mujer que tiene la frente negra, las piernas de avestruz y los cabellos semejantes á granos de pimienta.

¡Oh, tú, que vuelves de la tribu! ¿Qué se hace allí? Lleva mis saludos á aquella, cuyo amor me preservó de la muerte.

Mis amigos desean mi humillación. ¡Suerte cruel! Mi abatimiento constituye su triunfo.

Decidles que su esclavo lamenta verse ausente de ellos.

Si vuestras leyes permiten que me mateis, satisfaced vuestros deseos; nadie os pedirá cuenta de mi sangre.

Fragmento de una **Poesía de Tarafa**..... - Por eso no he cesado de entregarme á la bebida y los deleites; he vendido cuanto poseía, he disipado para proporcionarme placeres los bienes adquiridos por compra y los heredados, tanto, que todos mis parientes, evitando mi sociedad se han alejado de mí, y me he visto solo como un camello atacado de enfermedad contagiosa. Pero los hijos de la tierra, los infelices cuya miseria he aliviado, no me rechazan, y los ricos que habitan en hermosos y vastos pabellones, no desdeñan mi compañía. Tú, que acerbamente me reprendes mi inclinación á las pendencias, á los deleites, á la alegría, ¿puedes acaso asegurarme la inmortalidad acá abajo? Si no vales para remover el término de mi destino, déjame salir alegre al encuentro de la muerte, gozando los bienes que poseo. Ciertamente no me cuidaré de la hora en que los consuelos de mis amigos vengan á rodear el lecho en que luche con la muerte...

El que sostiene con generosa conducta la nobleza de su origen, abandona el alma á la embriaguez de los placeres, mientras goza de la vida. Si la muerte nos arrebata mañana, entonces sabrás cuál de nosotros dos sentirá disgusto de no haber apagado hoy la ardiente sed. No hallo diferencia entre el sepulcro del avaro locamente económico de sus riquezas, y el del libertino que las prodigó gozando: un montón de tierra á ambos cubre, y grandes piedras forman sus tumbas...

La vida es á mis ojos un tesoro, del que cada noche se lleva una parte; un tesoro que los días y el tiempo disminuyen continuamente, y que dentro de breve plazo se reducirá á nada. Las dilaciones que la muerte concede al hombre hasta herirle con el golpe fatal, son como

la soga que detiene al camello junto al pienso; si la muerte deja á los hombres una sombra de libertad, aflojando la cuerda que los liga, no por eso los extremos se le escapan de la mano.

Conclusión del «**Moallakat**» de **Zoeir.** — El que con sus hazañas pone su reputación á cubierto de las censuras, aumenta su fama; pero el que no las teme, será objeto de ellas.

Verá su gloria convertida en ignominia, y se arrepentirá de los beneficios el que los haya dispensado á personas indignas.

El que no maneja armas para defender su cisterna, verá los bordes de ésta destruídos, y el que se abstiene de toda violencia, será víctima de la injusticia.

La lengua del hombre constituye la mitad de su ser; la otra mitad el corazón: fuera de ambas cosas, no le queda más que el aspecto, compuesto sólo de carne y sangre.

Al delirio de la vejez no sigue una edad más razonable; no le sucede lo que á la infancia, cuya locura da lugar á la adolescencia.

Del **Moallakat** de **Levid.** — Calla la hembra del Onagro que lleva ya en su vientre el fruto de sus amores, y se retira en compañía del macho, vencedor de sus rivales, el cual, debilitado por las batallas empeñadas con ellos y cubierto de la sangre de las heridas, sube con la hembra á la cima de las colinas; la ha visto, admirado, sustraerse de sus caricias, á las que se abandonaba con ardor hacía poco. Desde lo alto de las colinas de Talbut, dirige sus miradas á toda la llanura; teme que algún cazador se haya puesto en acecho detrás de las piedras que en el sendero sirven de guía al caminante. En aquel yermo habitan seis meses completos: todo el invierno. Allí ningún arroyo apaga su sed; para aplacar ésta, sólo tienen la frescura de las yerbas que les sirven de alimento. Después de tan larga privación, deciden generosamente abandonar aquellas áridas moradas: una firme y noble resolución no puede menos de alcanzar feliz éxito. Corren al través de espinosos arbustos (cuyas puntas lastiman sus piernas) á pesar de los vientos de verano que empiezan á hacer sentir su soplo abrasador. Sus pisadas levantan una nube de polvo, cuya inmensa sombra se extiende y vuela; vuela, semejante al humo que despide un montón de leña encendido, cuando la llama agitada por el soplo de los aquilones consume los céspedes aún verdes; como la negra columna que surge de una pira, cuya llama se lanza al aire. Celoso amante, el onagro, en su rápida carrera, ó se coloca delante de la hembra, temiendo sea dete-

nida, ó inquieto, se mantiene detrás de ella. Al llegar á orillas del arroyo se lanzan y hienden las aguas de un copioso manantial, oculto bajo la sombra de espesas cañas entrelazadas.

¿Compararé la precipitada carrera de un camello á la agilidad de este jumento silvestre, ó más bien á la impetuosidad de la gacela que ha perdido su cría, devorada lejos de ella por una fiera, mientras que la había confiado á la guarda del macho, que camina al cuidado de su banda? Privada del objeto de su cariño, la gacela atraviesa sin parar las arenosas colinas, llamándole con espantosos alaridos: su cría, la del blanquísimo pelo, derribada en tierra, sirvió de pasto á hambrientos lobos, que la despedazaron, sin que los distrajese de su funesto festín ningún temor repentino. Los crueles raptores habían aprovechado el instante en que la madre se hallaba ausente, para inmolarla á su furor. Es imposible evitar que el destino se cumpla. Expuesta la gacela á la violencia de un furioso aguacero que inunda los terrenos más áridos, pasa toda la noche sin más protección que el tronco de un árbol aislado y torcido, al pie de una colina cuya movediza arena huye bajo sus pasos. Mientras se agita en la oscuridad, la blancura de su pelo brilla en las tinieblas como una perla de gran tamaño que tiembla sobre la seda en que está ensartada. Con los primeros rayos de la aurora emprende de nuevo la carrera; sus pies se deslizan en la tierra regada por las nubes. En la embriaguez de su dolor, anda errante siete días y siete noches en los pantanos de Soaid; al fin pierde toda esperanza; sus mamas, llenas de leche, se ponen flojas y se secan; si bien ¡ay! no es á causa del alimento proporcionado al fruto de sus amores.

Apodérase de ella súbito miedo; oye la voz de los cazadores; no puede descubrirlos; pero su aproximación la aterra. Cree que el peligro está ya encima, que va á envolverla por todas partes, y huye: los cazadores desesperan de alcanzarla con sus flechas y sueltan contra ella los perros de las orejas colgantes, de los hijares descarnados, dóciles á la voz del amo. Corren en su perseguimiento, la alcanzan, y la gacela les opone sus agudos cuernos como una lanza larga, inflexible, puntiaguda. Sabe que si no rechaza vigorosamente sus ataques, tiene que morir. Cosab, bañado en su propia sangre, sucumbe herido por ella, y sin la menor tardanza, se vuelve contra Sokam, y le deja tendido en el polvo.

Al-Corán.—*(Capítulo LXX).—Las Escalas.* - Dado en la Meca.—(Tiene 44 versículos).—En nombre del Dios Clemente y misericordioso.

1. Tal te pide un castigo sin dilación.
2. Para los infieles. Nadie es capaz de impedir.
3. A Dios de cumplirlo; á Dios, soberano de las *Escalas*,
4. *Escalas* por las cuales los ángeles y el espíritu suben hacia él en el *espacio* de un día, cuyo espacio es de cincuenta mil años.
5. Espera, pues, con resignada paciencia.
6. Ellos (*los infieles*) miran el día *del juicio* como lejano.
7. Y nosotros le vemos próximo.
8. El día en que el cielo será como cobre fundido,
9. En que las montañas serán como copos de lana teñida de rojo,
10. Y en que el amigo no preguntará por el amigo,
11. Aunque se les haga ver los unos á los otros; entonces el culpable deseará librarse del castigo al precio de sus hijos,
12. De su compañero y de su hermano,
13. Al precio de los parientes que le profesan afecto,
14. Al precio de todos los que están sobre la tierra. *Él deseará* ser salvado.
15. Nada de esto: pues el fuego *del infierno*,
16. Agarrando por los cráneos,
17. Reclamará á todo hombre que volvía la espalda y se marchaba,
18. Que amontonaba tesoros y se mostraba avaro.
19. El hombre ha sido creado codicioso,
20. Abatido cuando le sobreviene la desgracia,
21. Insolente cuando la suerte le favorece.
22. Esto no sucederá así en los hombres piadosos
23. Que no cesan jamás de cumplir sus oraciones;
24. Entre cuyos bienes hay siempre una parte
25. Para el que pide y para el pobre vergonzante.
26. Los que miran el Dios de la retribución como una verdad,
27. Que el pensamiento del castigo de Dios llena de terror
28. (Pues nadie está al abrigo del castigo de Dios);
29. Los que viven en continencia,
30. Y no tienen comercio sino con sus mujeres y las esclavas que han adquirldo, pues en esto no incurren en ninguna censura;
31. Y el que lleve más allá estos deseos, es transgresor.
32. Los que guardan fielmente los depósitos que se les han confiado y cumplen sus compromisos.
33. Que son incorruptibles en sus testimonios,
34. Que observan exactamente *las horas* de la oración,

35. Estos serán en los jardines del *paraiso* el objeto de los honores.

36. ¿Qué tienen pues estos infieles que corren anhelantes delante de tí,

37. Divididos en grupos, á derecha é izquierda?

38. ¿Acaso sería esto porque cada uno de ellos querría entrar en el jardín de delicias?

39. De ningún modo.—Nosotros les hemos creado, ellos saben de qué.

40. Yo no juro por el soberano del Oriente y del Occidente que podemos

41. Reemplazarlos por un pueblo que valdrá más que ellos; y no seremos nosotros los que dejemos adelantarnos en el cumplimiento de nuestros decretos.

42. Déjales obrar y divertirse hasta que se encuentren en presencia de su día, y este día que les ha sido prometido,

43. Este día, en que se levantarán de sus tumbas con toda presteza como si fuesen á reunirse bajo sus estandartes;

44. Los ojos bajos cubiertos de ignominia.—Tal es el día que se les promete.

Lokman, citado en la literatura persa (si no es un mito como algunos afirman), pasa por ser el padre de la fábula, legada á Grecia y generalizada por los sarracenos.—De él sólo se sabe que el Corán lo nombra, apellidándole *el prudente,* y según los comentaristas de este libro sagrado es el *Balaam* del Pentatéuco. Se le supone también sobrino de Job, de Abraham, de David. Siempre resulta que es de época incierta y de tiempos remotos. Dícese que vivió muchos años, y que su existencia pasó por larga serie de aventuras que le enseñaron á ser sabio. Varios de sus famosos apólogos fueron traducidos por Esopo, sin que falte quien opine que es el mismo Esopo griego.

Lokman fué traducido en el siglo XVII, en Holanda, por Erpenio, y algunos piensan que tal vez sus fábulas sean de un cristiano llamado Barsuma, que vivía en Egipto hacia el siglo XIII, y que adoptó ese seudónimo para sus bien escritos trabajos, donde se recogen tradiciones, proverbios y dichos orientales.—No vale la pena de transcribir aquí modelo alguno

de sus 41 fábulas, puesto que 27 de estos apólogos han sido reproducidos por Syntipas, y 9 corresponden á otros tantos de Esopo; todo lo cual ha hecho pensar como *fabulosa* la existencia de dicho Lokman.

Terminaremos la ligera reseña de la literatura propiamente árabe con algunas palabras dedicadas á «Las mil y una noches,» traducidas al francés por Galland, traductor también de Lokman, (siglo XVII) y popularizadas en Europa desde los primeros años del XVIII.—En realidad, no se sabe si «Los mil y un días,» cuentos persas, traducidos por Fétis, y publicados en París próximamente en los mismos años, preceden ó siguen á aquella primera obra; pero es el hecho que nunca han alcanzado la justa nombradía de las célebres *Noches*. Aunque demasiado conocido el asunto, no dejaremos de repetir que se reduce á una serie de cuentos maravillosos, empezados á contar por una musulmana á su hermana en la noche de bodas con el Sultán persa Schariar, de la familia de los Sasanidas. Engañado éste por su favorita, se decide á elegir esposa á diario, matando á la joven al dia siguiente. Y cuando el terror cunde en los Estados, la valiente é ingeniosa y de prodigiosísima memoria, al par que de hermosura extraordinaria, Scheherazade, hija de un Vizir, solicita el honor de ser elegida por el soberano, á condición de que su hermana Dinorzade la acompañe para distraerla con sus cuentos. De tal manera interesan estas narraciones al tremendo monarca, que aplacada su furia, al cabo de innumerables cuentos contados en mil y una noches, renuncia á aquellas venganzas de las bodas de un día.—Mantienen, con razón, muchos críticos que el traductor francés Galland exornó sus versiones con multitud de hechos propios y de su particular imaginación. Pero, por muy desnaturalizados que aparezcan en varias ocasiones, sobrenada en todos el genuino espíritu oriental, pintándose de mano maestra las costumbres y carácter de Oriente; y ora el ingenio femenino; ora la doblez é hipocresía; ora la corrupción religiosa; ora la perversión de las leyes, la infidelidad de los esclavos, el conjunto, en fin, del cuadro íntegro de la vida árabe, está retratado de mano maestra.—Los principales títulos de estos cuentos son: *Aventuras de Sindbad el*

marino, Aladino ó la lámpara maravillosa, El califa Harum-al-Roschid, Historia de Abul-kasem, Los cuarenta ladrones, etc.

Damos á continuación, traducidos por el Conde de Noroña (v. 1.ª parte de esta obra, pág. 246), algunos modelos de composiciones árabes.

«A la batalla de Sehbal», por **Jaafer Ben Habla.**

¡Ah valle de Sehbal! absorto viste
cómo contra nosotros se agitaron
varones y mujeres, y tú oiste
cuántas injurias éstas abortaron.
«Haced vuestra *elección*, dicen los vanos;
solamente tenéis dos condiciones:
ó que opriman cadenas vuestras *manos*,
ó agudas lanzas vuestros *corazones*.»
Les replicamos: «Éstas, atrevidos,
para vosotros en la lid rabiosa,
y levantarse nunca los vencidos
logren de su caída vergonzosa;
»y ¿quién sabe si acaso nos espera
en la pugna la muerte destructora,
si ha de ser nuestra vida duradera,
ó cuándo de su fin será la hora?
»Y en pos todo su campo recorrimos
con pie firme, sus filas deshaciendo,
y rojo el suelo con la sangre vimos
que iba la espada en derredor vertiendo.
»Ya veis nuestra *elección* bien pronunciada,
gritamos, pues dejó el combate fiero,
en nuestra *mano* el pomo de la espada,
en vuestro *corazón* el duro acero.»

«Sátira del libro de los amores de Antar y Abla.»

Abandona ya el amor
de las muchachuelas blandas,
y á las vírgenes hermosas
déjalas en paz, *Amara;*
que no es tu mano la que
al enemigo rechaza,
ni eres tú fuerte jinete
el día de la batalla.
No desees con ahinco
poner los ojos en *Abla*,

pues solamente verías
del fiero león las garras.
No quiere que se le acerquen
las espadas aún intactas,
ni, por más que metan ruído,
las no conocidas lanzas;
porque *Abla* es una gacela,
que sólo el león la caza;
con ojuelos adormidos,
pero ardientes como brasas.
Tú te entregas á tu amor
con sobrada confianza,
y clamores y querellas
por todas partes derramas.
Deja, pues, de perseguirla,
porque á no, tu vital planta
con el vaso de la muerte
será por *Antar* regada.
Firme siempre detrás de ella,
sin duda para agradarla,
tus vestidos rozagantes
de armaduras sobrecargas;
las muchachas, al mirarte,
dan alegres risotadas,
y en los valles y collados,
repite eco su algazara.
Por el día, por la noche,
á la tarde y la mañana,
te has hecho fábula y mofa
de todos cuantos te tratan.
Con un manto hacia nosotras
te acercas con grave marcha,
y nosotras nos reímos,
tonteando por tu causa.
Si otra vez vienes, acaso
saldrá, derramando rabia,
el león á quien los fuertes
leones del valle acatan.
No quedando más de toda
esa tu vana arrogancia
que el desprecio que tú llevas,
y el odio que en todos causas.
.. ..
Muérete, pues, de tristeza
ó vive lleno de infamia;
que no hay ninguno que borre
esta mi sátira amarga.

—

«Juventud y vejez», por **Nabegat Ben Jaid.**

No hay bien en la juventud,
si le falta aquel valor
que conserva su esplendor
con toda su plenitud;
ni se encuentra en la vejez,
si no tiene pecho fuerte,
que arrostre la adversa suerte
con generosa altivez.

«La manzana», por **Abu Navas.**

Á trechos azucena
parece la manzana,
anémone por partes
ó flor de la granada:
como cuando amor junta,
después de ausencia larga,
el rostro del amante
á la faz de su amada,

«A una muchacha que se sonrojaba cuando la miraban», por el califa **Radhí Billah.**

Mi rostro se empalidece
cuando á Leyla miro atento;
y el de Leyla en el momento
con el rubor se enrojece.

Como si la sangre ansiosa
de mi corazón huyera,
y á depositarse fuera
en su mejilla preciosa.

«Al mezclar agua y vino», por **Ehni'l Fiadh.**

Mientras la dulce flauta
y la cítara oimos,
levántate y nos trae,
lleno de regocijo,
aquel vaso, á quien, viendo
tan cercado de amigos,
la alma alegría dice:
«Sús, que va á ser unido,
como lo anuncia el canto
y tan graves testigos,
con la hija de las nubes
el hijo del racimo.»

«A la muerte de unos jóvenes», por **Ben Arabshah.**

¿Do están aquellos jóvenes dichosos,
llenos de dignidad y de prudencia,
como el libro sagrado relucientes,
cuya modestia ruboró la luna
y sacó de sus límites los mares?
El viento de la muerte dispersólos,
como dispersa el céfiro la arena.
¿Dónde los jovencillos, y do aquellos
gozo del corazón y luz suave?
Cuando ellos demostraron á la tierra
su faz hermosa sin estorbo alguno,
el orbe relumbró, cual si saliese
de un tenebroso encapotado velo,
y brillaron también con su presencia
los cervatillos de encendidos ojos,
y las cabrillas que á las *huris* vencen.
La hermosura vistiólos con un manto
de sabrosos placeres y alegría;
y el varonil esfuerzo superiores
los hizo á los reveses de la suerte.

Do ellos estaban se encontraba el gozo;
fueron ojos del rostro de la tierra
y lumbre de los ojos, y jardines
de los prados, y flores de los huertos.
Cuando gozaban de su fuerza y brío
y la liviana juventud ardía
en la flor de su edad, cuando Fortuna
les presentaba sus hermosos dones,
hétele aquí el copero de la muerte
con el vaso mortífero en la mano;
riega con él los huertos de sus vidas
y á todos á la nada los reduce.
Quedan anchos palacios convertidos
en sepulcros antiguos; en su copa
suministra la muerte á sus amigos,
opresos de dolor, ajenjo amargo:
rasgan sus vestiduras, y sus pechos
golpean crudamente de tristeza.

«Descripción patética», por un poeta árabe antiguo.

En los horrendos antros de las rocas
penetro, adonde el avestruz se oculta
y las fantasmas y los trasgos silban;
y en una nóche lóbrega, cargada
de espesas nieblas, cual las negras sombras
del Seyan, apiñadas y tenaces,
los paso, mientras en sopor profundo
mis compañeros yacen por el suelo,
como los ramos de *khirio* cargados.
A pesar de cercarme las tinieblas,
como un oscuro mar, y una espantosa
inmensurable soledad adusta,
en la que marcha el conductor á tientas,
lúgubremente la lechuza canta
y el caminante atónito se asombra.

Dado el plan que nos hemos propuesto, aunque pertenezcan algunos de los escritores de que nos vamos á ocupar á época muy

posterior á la reseñada hasta aquí, queremos dejar terminada la literatura arábiga, agregando algo, siquiera sea muy poco, de la poesía de los árabes en Sicilia, que por influjos más modernos tiene carácter distinto á la de los tiempos ante-islámicos. Sabido es que las primeras manifestaciones rítmicas eran versos aislados, improvisados bajo la impresión del momento, entablándose en ocasiones un diálogo entre dos poetas, ó llegando á desafiarse en verso, con frases tan aceradas como sus armas.—Es opinión mantenida por algunos, que hasta el siglo VI de nuestra era no tomó el desarrollo verdaderamente asombroso á que anteriormente hemos aludido, sobresaliendo en aquellas ferias, como la nombrada de Ocaz, donde se abrían los certámenes de gloria *(mufacaras)*, de que también hemos hecho mención.

La poesía ante islámica se conserva principalmente en lo que podríamos llamar rico tesoro de su literatura, coleccionada en los *Muallakat, Hamasa, Divan de los Hudseilitas*, y *Gran libro de los Cantares*.—A imitación de él ó la Muallakat, se empezaron á escribir poesías más extensas ó *kasidas*, que luego se han mantenido aun después de la aparición del Corán —Son famosas las contenidas en *La perla preciosa*, libro de amena lectura, donde se coleccionaron versos de 170 poetas, en la época de dominación de los príncipes normandos en Sicilia. —Dicho se está que en nada se parece la poesía oriental de la hermosa isla á la antigua civilización de la famosa Siracusa, sino que es con ligeras variantes del gusto y corte de su hermana española.

Entre los poetas más ilustres arábigos sicilianos, debe contarse á **Ibn-Handis,** hijo de Siracusa (1056). Su kasida más famosa es la dedicada á la descripción de una orgía en un convento de monjas, cosa que en aquellos tiempos de desenfreno ocurría alguna vez, tanto en la clásica isla de que hablamos, cuanto en la península ibérica. De ésta copiamos más adelante un trozo, así como algunas estrofas de la época juvenil de dicho vate.

A principios del siglo XI florece **Ibn-Tubí,** de quien damos también algunas poesías.

El gramático **Ibn-Taci** es notable por sus epigramas, de los cuales se puede juzgar por los trascritos.

Brilla en la elegía Bellanobí, llamado así por su pueblo natal, así como Abul-arab.—El cronista Ibn-katta escribió una historia de Sicilia y la Crestomatía más arriba nombrada *(La perla)*.—Por último, aparte de los poetas que emigraron de la corte normanda, quedaron otros cultivando la bella literatura, entre los cuales se cuenta **Iben-Omar,** que elogia á Roger en los versos que se trascriben, así como encomia los edificios de Palermo, especialmente el de la Mansuriya (Victoriosa).—**Abdurrahmán** de Trápani celebra la quinta que hoy se llama Maredolce, cerca de Palermo, en los siguientes versos.—Y en fin, **Abu-Daf** dedica una elegía á la muerte de un hijo de Roger, de la que entresacamos algunas estrofas. (Versión de Schack y traducción de Valera).

«*La Mansuriya* de Palermo,» por **Iben-Omar.**

De la victoria el palacio
reluce con sus almenas,
en él encontró el deleite
su venturosa vivienda.
Míranle todos los ojos
con agradable sorpresa;
no hay un primor ni un encanto
que Dios no le concediera.
No hay quinta más deliciosa
sobre la faz de la tierra,
con sus balsámicas plantas
y con su verde floresta.
No son más puras y limpias
las aguas que el Edén riegan
que las que aquí por las fauces
vierten leones de piedra.
Estos patios y estas salas
adorna la primavera
con vestidura tejida
de luz, de flores y perlas.

«Elogio de *Mare-dolce,*» por **Abdurrahmán.**

¡Palacio de los palacios
cual resplandeces Favara,
mansión de deleites llena
á orillas ds entrambas aguas!
. . . . . .
Nada más lindo que el lago
do se miran las dos palmas:
sobre él los árboles doblan
las verdes y airosas ramas.
Como para ver los peces
que por sus cristales nadan
y que de carmín y oro
el líquido seno cuajan,
mientras que encima las aves
gorjean en la enramada.
¡Oh, cuán hermosa es la isla,
donde brillan las naranjas
entre el verdor de las hojas
como relucientes llamas,
y los pálidos limones,
como en noche solitaria
un amador melancólico

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MÁLAGA

que está lejos de su amada!
....
¡Nobles palmas de Palermo:
que la lluvia en abundancia
os bañe: creced frondosas.
mientras duerme la desgracia:
y que florezcan en tanto
árboles, yerbas y plantas,
tálamo dando mullido
al amor, y sombra opaca!

«Elegía,» de **Abú Daf.**

¿Cómo no liquida el llanto
las mejillas por do corre,
y los continuos gemidos
no parten los corazones?
.....
¡Ay de aquel que confianza
en la infiel fortuna pone!
Es cual la luna que brilla
ó apaga sus resplandores!
Bello y espléndido, ha poco,
lucía el ilustre joven;
con él robó la fortuna
brillo á la patria y amores:
que el llanto de las doncellas
por él las mejillas moje
como perlas en corales,
como el rocío en las flores.
Grande es el dolor; no hay pecho
que inflamado no solloce;
y fuego y agua se mezclan,
pues no hay ojos que no lloren.
. .....,.....
Día de horror fué aquel día
en que el mancebo murióse;
cano de espanto se puso
el cabello de los hombres.

Para terminar, diremos del árabe que de las lenguas antiguas ha sido la que se habló en una mayor extensión territorial.—Se divide en *antiguo* (anterior á Mahoma), *literal* ó propio del Korán, y el *vulgar*, en que se halla escrita la Novela de Antar.—Se descompone éste en varios dialectos, en Marruecos, Argel (con influjo español), Egipto, y á lo largo del golfo Pérsico, y en Siria y Turquía, finalmente, donde se encuentra mezclado con elementos tártaros.—Los primeros poemas, *Kasida* de Mohalhil, son del siglo V de la Era cristiana.—De 752 á 846, toma la literatura un vuelo extraordinario hasta la invasión turca (1258). En esa época se traducen al árabe obras de todos los géneros, de Persas, Coptos, Sirios, Indios y Griegos. El sultán Al-Mamum funda las Universidades de Bassora, Kufa, Bojara y Samarcanda.—Después de esta brillante vida (sin contar la de España), sólo en Túnez, en el Cairo y en Sicilia se observaron luminosas huellas. Luego apagóse todo hervor literario. Actualmente parece iniciarse un despertar de tan largo sueño.

VIII.—Turquía.

La literatura otomana puede distribuirse en cinco grupos: *teología, jurisprudencia, ciencias y filosofía, poesía* é *historia.* En ninguno de ellos ofrece puntos de originalidad, como es consiguiente, siendo un conjunto del pensamiento árabe antiguo y persa más moderno. De la época de los califas de Bagdad proceden las más notables obras del tercer grupo, siendo la cuna de la poesía otomana la Persia misma, por lo que se cultiva como planta exótica aunque no exenta de belleza ni de representantes distinguídos. La antología más completa de las últimamente formadas, menciona más de dos mil poetas, entre los cuales sobresalen algunas mujeres, y ellos se enorgullecen con un proverbio suyo, que dice que «la lengua árabe es elocuencia, la persa azúcar y la turca ciencia».—El historiador **Saadeddin** hace el elogio de un libro titulado «Los ocho paraisos», diciendo:

Este libro, que vió por vez primera la luz pública reinando el difunto Sultán Selím (cuya gloria se propague durante la eternidad por los jardines del paraíso), y bajo la protección del gran Visir (que el Sultán le conserve para siempre en estimación) parece envuelto en una nube de oloroso almizcle. Esta preciosidad literaria se distingue entre una multitud innumerable de excelentes libros, por su sublime belleza. Su cabellera, perfumada de almizcle (esto es, los renglones que se entrelazan á manera de cadenas), es su principal adorno, así como los rizos, de negro pelo, son el mayor ornamento de las huríes, y su rostro, teñido de bermellón, resplandece y ofusca.—(Alude á los versos del Corán y sentencias tradicionales que se escriben con tinta roja).

Es muy del gusto otomano mezclar alternativamente versos árabes, persas y turcos; y así, por ejemplo, describe el poeta **Subhí** una lucha contra los persas en la forma siguiente:

Fragmento de descripción de una batalla.—*Árabes.*—Cuando los alfanjes silbaron el himno de la guerra, y saltaron las cabezas dando vueltas por el aire,

Persas.—Empeñáronse en la lucha dos formidables ejércitos, colocados en dos filas opuestas: como en el día del juicio final;

Las lanzas, en manos de los valientes, se abrieron camino, como las venas que surcan serpenteando el seno de las montañas:

Turcos.—Gritemos, Alá, Alá, las banderas del Jan van desfilando en nuestra presencia.

Para marcar la decadencia literaria que hasta en la poesía supone Turquía con respecto á los pueblos sus maestros y predecesores, bastará indicar la frecuencia con que los historiadores precisan la fecha de un acontecimiento, combinando en forma acróstica las palabras de los dísticos que intercalan, para que por el valor numérico de las letras se venga en conocimiento de las cifras.—Así el historiador **Naima** señala la muerte del Sultán Ibraim (destronado, encarcelado y ajusticiado por los genízaros), mezclando en el relato de este suceso el siguiente dístico:

Pero ¡ay! cayó de repente en el hogar de los genízaros.
Y con él se quemaron las riendas del gobierno á despecho de los que querían sujetarla.

Sumando el valor numérico de las letras que componen el segundo hemistiquio, se obtiene el número 1.058, año en que se verificó este acontecimiento.—A esta cábala llaman los turcos cronograma.—La poesía otomana es sentenciosa, moral, dogmática, revestida de forma filosófica, y afectando segunda intención á manera de los poetas gnómicos griegos.—Así hace notar un escritor moderno, que mientras los persas son líricos ó elegiacos, los árabes son épicos, y los otomanos didácticos.

A continuación damos dos modelos de poesías turcas, de las traducidas por el Conde de Noroña.

«A la primavera», por **Mesihi.**

¿Al ruiseñor no escuchas
decir con dulce trino:
«La primavera vino?»
la primavera forma
en todos los vergeles
mil vistosos doseles;
sus flores argentadas
el almendro lozano
en torno esparce
con profusa mano.
Juguemos, bebamos:
que la primavera
se marcha al instante,
nos huye ligera.
Otra vez los jardines,
los prados, los alcores
se revisten de flores;
su pabellón brillante,
de agradarnos ansiosas,
desarrollan las rosas.
¿Quién sabe si nosotros
gozaremos la vida
cuando se acabe
la estación florida?
Juguemos, bebamos, etc.
¡Cuál de su centro lanza
el boscaje de rosas
mil luces deliciosas!
Y ¡cómo las tulipas
que en derredor florecen,
activas resplandecen!
Animo, compañeros,
que ya el tiempo ha llegado
á los risueños gustos dedicado.
Juguemos, bebamos, etc.
En la copa del lirio
el rocío pendiente
da una luz esplendente;
las gotas por el aura
atraviesan gozosas,
y páran en las rosas.
Si buscas los placeres
con un gusto cumplido,
á mí sólo, á mí sólo presta oído.
Juguemos, bebamos, etc.
Son las frescas mejillas
de las niñas hermosas
azucenas y rosas;
y gotas de rocío
las perlas relucientes
que llevan por pendientes;
y así, no creas, necio,
que sea de gran dura
de estas tiernas muchachas
la hermosura.
Juguemos, bebamos, etc.
De anémonas, tulipas,
de rosas y jazmines
se llenan los jardines;
y los rayos solares,
la blanda lluvia, el viento
les dan color y aliento;
tú, cual varón prudente,
goza con alegría,
rodeado de amigos, este día.
Juguemos, bebamos, etc.
Ya ha pasado aquel tiempo
en que estaba tendida
la hierba, dolorida,
y el cáliz de la rosa
se veía reclinado
en su seno agostado;
pues ora las colinas
y las rosas enhiestas

están de flores
por doquier cubiertas.
Juguemos, bebamos, etc.
Al aurora, las nubes
vierten con mil amores
perlas sobre las flores;
y cual tártaro almizcle
en derredor se siente
trascender el ambiente.
No seas perezoso
ni te apegues á vida,
que pasa, cual las flores, de corrida.
Juguemos, bebamos, etc.
Los rosales al aire,
cuando su olor derraman,
de tal suerte embalsaman,
que aun antes que el rocío
toque la tierra ansiosa,
se vuelve agua de rosa,
y el éter los nublados
como toldos extiende,
y los jardines del calor defiende.
Juguemos, bebamos, etc.
¡Qué destrozos causaron
los vientos otoñales
en los tiernos rosales!
Mas ya el rey de la tierra
con equidad derrama
en derredor su llama,
y al bebedor, en tanto
que la áurea lumbre crece,
la vid su jugo delicioso ofrece.
Juguemos, bebamos, etc.
Con mi canto este valle
espero que algún día
logrará nombradía:
convidados, muchachas,
esta halagüeña idea
prueba de mi amor sea.
¡Ay! Tú ruiseñor eres
Mesihi cuando posas
entre niñas
purpúreas como rosas.
Juguemos, bebamos:
que la primavera
se marcha al instante,
nos huye ligera.

—

«Sobre los inciertos placeres de la vida.»

¿Hay estado que esté libre
de la horrorosa tristeza?
¿A quién no roba la sangre
de la mejilla la pena?
Mi alma el vergel de esta vida
contempló con faz atenta,
y no encontró rosa alguna
sin espina que la hiriera.
¡Cuántos años he vagado
en torno de las tabernas:
y no he gustado yo vino
que no cause borrachera!

En el Turkestán existen cantos que se supone ascienden al siglo XV, celebrando la libertad de los turcos de la dominación mongólica. En él también el Emir Alichir ha escrito poemas populares con el pseudónimo de *Nevai*.—Los turcomanos cuentan asímismo con poetas, entre los cuales se cita al bardo nacio-

nal **Majdumkuli,** á quien se atribuye el poema de «Ahmet y Yusuf».

Este poema canta á los dos héroes que organizan una lucha contra el tirano Guzel Shah; mas á pesar de su valor son vencidos y encarcelados. La prometida de Yusuf envía cinco aves á averiguar su suerte, expresándose de esta manera:

Gul Assel. - Id y si vive volved rápidamente batiendo alegres las alas; pero si las rosas palidecen sobre su frente, si la vida toca á su término, tornad con luto, volved gimiendo, gritando, sacudiendo las alas tristemente. Traedme noticias ciertas, escuchad mis quejas y llevad á mi amado el dolor de mi corazón.

Los pájaros vuelan á consolar á los prisioneros con su canto melancólico.—Con la protección de los Santos, ven ambos resbalar sobre su pecho las puntas de las armas que tratan de herirlos.—El tirano, admirado, les promete la libertad si Yusuf vence con una improvisación al poeta de la corte.—Lo consigue y es libertado con Ahmet y colmado de regalos.—Yusuf se casa; pero la pasión de la guerra y del pillaje le lanza de nuevo á la pelea contra el Shah Guzel, á quien vence.—La enumeración de lo que exige el victorioso del Rey caído, demuestra la gran participación que tiene entre los turcomanos la rapacidad, al lado de los sentimientos de valor y de religión.

La edad de oro de la literatura turca, es el siglo de Solimán. Y el XVIII fué la ruina completa en sus estudios y cultura intelectual. Hasta una época muy reciente no parece que ha empezado á despertar de su letargo, á pesar del ejemplo de cultura poética, dado por el Sultán Selim III y los esfuerzos de otros talentos. Hoy parece que se desgaja la literatura otomana de su tipo original, y separándose de Asia se aproxima á Europa.

IX.—China.

La lengua china descansa en principios filológicos distintos de los restantes idiomas. Se compone de caracteres que representan objetos ó ideas, siendo por consiguiente una lengua jeroglífica ó propiamente ideográfica. En su origen, cada signo recordaba, aunque de modo primitivo, una cosa material; pero andando el tiempo, ha desaparecido la apariencia de dibujo en estos caracteres figurativos. Los signos chinos son 608, y combinando ó reuniendo dos ó más, se consigue expresar determinados objetos que no tienen uno suyo propio. Por ejemplo, reuniendo los caracteres que designan el perro y la boca, se manifiesta la idea de ladrar, y colocando el símbolo de hombre sobre el de campiña, se obtiene la representación de aldea.—Bajo ciertos respectos, se comprende por lo dicho que esta lengua mantiene alguna afinidad con las inscripciones egipcias y los caracteres cuneiformes, aunque según más arriba se indica, no ha sufrido otros influjos (que se sepa) que los de su misma historia. En una época inmemorial, Tsang-Ki inventó los tipos de la escritura. Antes se servían de cuerdas con nudos para ayudar á la memoria y llevar las cuentas, como ocurre á los Quipos del Perú.—Las inscripciones más antiguas no se remontan, según todas las probabilidades, á más de once siglos a. de J., aunque los chinos pretenden que tienen más antigüedad las que se encuentran en vasos de bronce para sacrificios.—Por una combinación de signos, han llegado á obtener caracteres fonéticos, colocando los que tienen una pronunciación conocida al lado de los figurativos genéricos.—Y por último, situando en sentido directo ó inverso un signo, han traducido las ideas positivas y negativas; por ejemplo, la *derecha* y la *izquierda* se expresan con término idéntico, pero situado en

opuesto sentido.—Mediante la combinación de todo lo dicho, se calcula en un número de 70 á 80 mil los signos que emplean.

La lengua hablada es monosilábica (mandarina) y se hace ascender las palabras con que cuenta á 450, pudiendo sufrir cada una de las de este reducido vocabulario cuatro acentos y una aspiración que las multiplica hasta la cifra de 1.289 términos.—La particular manera de ser del chino, contribuye á que la elocuencia no sea género muy cultivado; así como parece que tampoco posean grandes poemas teogónicos ó heroicos; pero en cambio es riquísima la lírica, el teatro, la historia, la filosofía y la moral. La enciclopedia que poseen consta de quince mil volúmenes.—En primer lugar debe colocarse á los libros sagrados, cuya colección se denomina «Kin» y que contienen doctrinas morales y preceptos ordenados por Confucio (seis siglos a. d. J.), aunque no compuestas por él. La misión que se propuso este gran reformador fué resucitar y propagar las enseñanzas del pasado.

Llama la atención en toda la literatura china la gran semejanza que existe entre sus obras maestras y todo el modo de ser y de sentir de Europa. A todos los comentaristas ha admirado esta analogía, cuya causa es difícil de señalar, pero cuyo efecto en nosotros es de que la literatura del llámado Extremo Oriente tiene carácter poco oriental.—También es de notar que el amor ocupa papel muy secundario en las poesías chinas, sin llegar jamás á las exaltaciones de la pasión. La ausencia de los arranques pasionales se advierte en casi todos los géneros. Los hijos del cielo son profundos y elevados en sus pensamientos, inspirados en sus sentimientos delicados y exactos en sus descripciones; pero la mesura, la templanza, la circunspección, parecen ser sus ideales, como si prefiriesen lo pálido, dulce y melancólico, según dice un autor moderno, y los matices tiernos y delicados, á los colores brillantes, á las asperezas pronunciadas, á las brusquedades y los cambios rígidos y duros.

Cerca de 221 años a. d. J., el bárbaro monarca Thsin-Chi-Hoag, pretendiendo que la civilización comenzase con su reinado, ordenó la destrucción de todas las obras escritas,—En ocasiones sucesivas, ya el incendio, ya la renovación de estos

atentados, pusieron en peligro la sabiduría tradicional; pero la memoria de unos y otros, conservando las obras literarias ó los preceptos morales, favorecieron la persistencia de la antigüedad.—La introducción del budismo y la propagación de doctrinas filosóficas del reformador Lao-Tseu, contribuyeron á aumentar la perturbación general en las luchas y guerras intestinas desde el III al VI siglo de nuestra era.

La literatura china se divide en cuatro secciones principales: 1.°, Filosofía y arte; 2.°, Historia; 3.°, Poesía, y 4.°, Didáctica.

Después de los libros sagrados, las ciencias morales y políticas ocupan lugar preferente, así como la enseñanza.—El pasado es siempre glorioso para los chinos. El padre es un personaje sagrado, un Dios; los antepasados siempre son perfectos, y la antigüedad se reconoce siempre como tipo indiscutible del bien.—La novela y el drama son, con la poesía, las manifestaciones más importantes de la literatura china.—Los asuntos habituales de la poesía son: los placeres de la mesa, la amistad, el amor, la doble exaltación producida por los vapores del vino y los de la poesía misma, y rara vez, algún principio religioso, velado por el escepticismo y la resignación.—La novela constituye para ellos su epopeya, su leyenda y sus fábulas. Gran número de ellas juega sobre el mismo asunto: salir bien en los exámenes, ir ascendiendo en los concursos, casarse, y por último, establecer á sus hijos lo más pronto posible, para recorrer y repetir la historia de los padres.—Por punto general, sencillas en la trama, no se parecen sus argumentos á los de los demás pueblos, ni á los de la novela moderna en general, y se contenta la crítica entre los chinos con que den algún relieve á las observaciones morales.

El drama chino es muy rico, aunque no se renueva al través de los tiempos. Hoy mismo se representan en Cantón ó Pekín obras que cuentan mil años, y son comprendidas y gozadas por el público como si se hubieran escrito ayer.—Los sinólogos han señalado las siguientes clases: 1.°, dramas históricos; 2.°, judiciales; 3.°, satíricos. Además, comedias de intriga de pura imaginación, en las cuales los versos, el baile y la música vienen á ser como decoraciones de la futilidad del pensamiento. También han

escrito comedias de estudio de caracteres, como la personificación del avaro.—Los autores no se someten á las unidades de tiempo y lugar, ni en general, á ninguna regla preestablecida.

Y sin embargo, á pesar de ser tan exótica esta literatura y de no haber recibido ni comunicado influjos de ninguna clase, se parece á nuestras literaturas occidentales, por la observación de las costumbres, lo positivo de la existencia familiar y cuotidiana: cosa llamativa, como antes hemos indicado, y tan extraña y digna de atención como el hecho de que existan en China, desde la más remota antigüedad, muchas de nuestras instituciones y multitud de las ideas sociales de Europa.—Transcribimos varios modelos de la compilación y traducción de los Sres. Vega é Hidalgo, y de escritores extranjeros.

La poesía, según el libro sagrado Chu-King.—I. Ante la contemplación de los objetos sensibles, se despiertan los afectos del alma. Las evoluciones anímicas producen pensamientos y deseos.

II. La inteligencia, para expresar las pasiones, dispone del don valioso de la palabra; mas como no todos los conceptos reflejan la sensibilidad del corazón, ni el verdadero propósito de la idea, es indispensable escoger la frase que reuna estas condiciones y moldearla en el ritmo poético.

III. Así nace la poesía ó el arte de describir la naturaleza física y moral en estilo lleno de imágenes.

IV. No siendo á las veces bastante el *arte métrica* para representar las explosiones del sentimiento, recurre al canto y á los movimientos de los cuerpos dotados de animación: á la música y al baile.

V. La poesía es el lenguaje de las pasiones: de ahí su triunfo.

VI. Este arte encantador ó armonía mágica, arrebata el espíritu y atrae al corazón.

VII. Los antiguos Emperadores sirviéronse de la poesía para hacer amar la virtud y obligar á cada uno á que desempeñase sus deberes. Mas ¡ah! Si la poesía nació para inmortalizar la memoria de los justos y rodear de lauro inmarcesible á la tímida inocencia, también ha resultado contraria á la ventura de la humana especie.....

La caza del tigre por Kien-Long.—¡Ah, cómo la alegría brilla en todos los semblantes! Los preparativos se dirigen con ardor, y bien pronto todo está ordenado. No es una comitiva de cazadores sino un

ejército el que se pone en movimiento. Desplégase el estandarte y el pico de su elevada asta parece querer remontarse hasta las nubes, atravesando la niebla. Sus vivos colores brillan á manera del arco iris, y la variedad de sus adornos presenta á la vista embelesada un espectáculo enteramente nuevo. Los guiones caen graciosamente hasta el suelo, pero los cazadores los recogen sujetándolos contra la violencia del viento. Al gran estandarte siguen otros muchos más pequeños; cada uno tiene su sitio señalado para evitar la confusión y á la vez servir de punto de reunión á los cazadores.

Suena la señal y la comitiva se pone en movimiento, y mientras unos carros preceden á los cazadores y les indican el camino, otros cierran la marcha. Todos son sencillos como los que van en ellos ó como los que les acompañan: nuestros guerreros no quisieron jamás valerse de otros. Montados sobre caballos nacidos y alimentados en el país, los jinetes les hacen caracolear mil veces, ostentando su gallardía y agilidad. A su derecha llevan suspendido un carcáx lleno de flechas terribles que siempre alcanzan y atraviesan; á la izquierda aquellos famosos arcos que reunen á una gran flexibilidad una fuerza todavía mayor. El ruido producido por estos instrumentos de estrago y muerte en el momento en que se disparan, es parecido al de un trueno. La flecha sale veloz y se clava en su objeto con extraordinaria rapidez, á la manera de aquellos fuegos aéreos que en su curso errante parecen desprenderse y desplomarse de la atmósfera.

¡Qué cuadro! Las brillantes imágenes que nos describen Vang-Leang y Sien-Go (cazadores célebres) no pueden compararse con esta realidad. Dejen, pues, de ponderarnos la perspectiva de sus millares de hombres vestidos y armados de corazas, los cuales, montados sobre ligeros caballos aventajan al gavilán, y fustigando los perros, corren á rienda suelta, trepando hasta la cima de la montaña.....

¡Ah! sí; nuestros mayores marcharon por el camino de la *virtuosa antigüedad;* ellos consideraron la caza desde puntos de vista verdaderamente dignos de un sabio. Cazaban para proporcionarse honesta diversión; cazaban para asegurar á los poseedores de los campos los productos de la tierra que cultivaban; cazaban para impedir que las fieras se multiplicasen con exceso; y finalmente, cazaban para poder practicar sus ceremonias y sus ritos.

Oda al te, por el mismo.—Sobre un fuego lento poned una vasija encima de unas trébedes cuyo color y forma indiquen su respetable uso; llenadla de cristalina agua de nieve y hacedla hervir tan-

to tiempo como necesitaríais para que un pescado se volviese blanco y encarnados unos cangrejos; echadla luego en una tetera de Yue (especie de porcelana) sobre las delicadas hojas de escogido te; y dejadla reposar hasta que el vapor, no levantándose ya en columnas de humo, produzca tan sólo ligera niebla flotante en la superficie.—Hecho esto, bebed á placer de este exquisito licor, el cual alejará de vosotros las cinco causas de vuestra perturbación.—El estado de satisfacción que produce una bebida preparada de este modo se siente, pero no puede describirse.

Principios metafísicos fundamentales de la secta de los letrados chinos.—1.° El filósofo está obligado á investigar cuál es la causa primera del universo; cómo fueron producidos los agentes secundarios; cuáles son los atributos de éstos y qué es el hombre.

2.° De nada, nada se hace; luego no hay principio sacado de ella.

3.° No siendo todo de toda la eternidad y habiendo principio anterior á las cosas, la razón es, sin duda, ese principio.

4.° La razón es la entidad infinita sin principio ni fin; sin esa cualidad, no sería la causa de las cosas.

5.° La causa de las causas no vive; por consiguiente, no piensa, ni tiene voluntad, figura, corporeidad ni espíritu.

6.° La razón es la causa primera; produjo el aire en cinco emanaciones, lo cual hizo sensible y palpable por otras tantas vicisitudes.

7.° El aire así producido, es incorruptible como la razón; sin embargo, es corpóreo.

8.° La razón es la causa primera: el caos, la segunda.

9.° El aire en el caos, produce el calor y el movimiento.

10. El calor y el frío motivan las generaciones.

11. Hay cuatro agentes físicos: movimiento, reposo, calor y frío.

12. De esos cuatro agentes nacieron cinco elementos, ó el aire dotado de cualidades.

13. De tales elementos ó caos, nacieron el cielo, la tierra, el sol, la luna y otros planetas. El aire puro subió y formó el cielo: el denso formó la tierra.

14. El cielo y la tierra, uniendo sus virtudes, engendraron los dos sexos.

15. El cielo, la tierra y el hombre, son origen de todo.

16. Así fué el universo constituído de tres partes, ó principios de todas las demás.

17. El cielo es la primera: comprende el sol, la luna, los plane-

tas, las estrellas y la región del aire, donde están dispersos los cinco elementos generadores de las causas secundarias.

18. La tierra es la segunda: comprende las montañas y los mares, y dispone de agentes universales, eficientes en movimiento.

19. El hombre es la tercera causa primitiva; tiene generación y acciones propias.

20. El mundo formóse por accidente, sin designio, sin inteligencia, y sin predestinación; formóse por conspiración inopinada de las causas eficientes.

Máximas y aforismos de Confucio.—1.ª De la moral provienen dos cosas esenciales: la cultura de la naturaleza inteligente y la duración de los pueblos.

2.ª Es preciso que el entendimiento vaya adornado de la ciencia de las cosas, á fin de separar el bien del mal.

3.ª Filósofo es aquel que conoce á fondo los libros y las cosas; el que todo lo pesa y todo lo somete al imperio de la razón.

4.ª Aparte del cielo, que pertenece al hombre, está la naturaleza inteligente: la conformidad con esta naturaleza, constituye la regla: el cuidado de hacerla efectiva y sujetarse á ella, el ejercicio del sabio.

5.ª El buen procedimiento consiste en ser en todo sinceros, y conformar el alma con la voluntad universal; esto es, hacer con los demás lo que yo deseo hagan ellos conmigo.

6.ª En el medio consiste la virtud; quien lo traspone, no consigue más que lo que logran los infelices, privados de alcanzarlo.

7.ª Recompensa la injuria con la indiferencia y el beneficio con la gratitud: he aquí lo justo.

8.ª No hables bien de tí á los demás, pues no habrás de convencerlos; no hables mal, pues te juzgarán mucho peor de lo que tú pudieras decirles.

9.ª El hombre, aun el más débil, puede hacer alguna cosa buena: si no es capaz de ciencia, tal vez lo sea de virtud.

Discurso de un Ministro del Emperador Tsin-Chi-Hoang-Ti, de la cuarta dinastía (que comenzó en 249), contra los hombres de estudio —Señor: Los hombres de letras que representan al pueblo, forman una clase separada; infatuados con su pretendido saber, sólo hallan bueno lo que de ellos proviene; respetan las ceremonias prohibidas y tienen por verdadera la falsa ciencia que exalta su fantasía, haciéndolos inútiles para el género humano.—¿Osaría yo de-

ciros, Señor, lo que debéis hacer en este caso? Los actos de tolerancia no producen efecto en el espíritu de esos hombres: cada vez están más exaltados; aplíquenseles medidas eficaces; así cortaréis el mal de raíz. Sí, Señor: los libros enardecen el alma de estos vanidosos: tírenseles los libros. Prohibid para siempre el alimento que nutre su orgullo; sólo de ese modo podréis cegar el origen de su contumacia. Exceptuando los de *Fou-hi*, los de Agricultura y Medicina, todos los demás son perniciosos; mandadlos quemar.—No viendo más los libros de Historia y de Moral, donde los antiguos se hallan enfáticamente representados, dejarán de querer imitarlos y de dirigiros recriminaciones porque no seguís su ejemplo en todo. Tiempo es ya de cerrar la boca á los descontentos y de refrenar su audacia. Tiempo es ya de que sepan que vuestro poder no tiene otros límites que los que vos les queréis dar.—(Y así lo hizo, como se refiere anteriormente.)

Fa-tsien.—(Las cartas dulces).—Poema del siglo VII.

.....

Yo he oído en otro tiempo una maravillosa historia del Viento y la Luna.—En la cual el amor, por su ardor, se parecía al Océano ó á la inmensidad celeste.—Si yo callo esta historia, ¿quién la conocerá jamás?—Así, pues, me decido á trasmitirla á las generaciones futuras para que puedan conocerla.

En el departamento de Sutcheu, distrito de Won-Kiang, había un joven distinguído y de talento, cuyo nombre de familia era *Liung*.—Su padre, que tenía por nombre honorífico *Yan pao*, era doctor, y su madre, la dama *You*, era excelente en saber y virtud.—El nombre patronímico del joven, era Font-tchau «lila perfumada» y su segundo nombre Yat-tsong.—Su figura era bella, y su color semejante al de la rosa de la primavera, al que se pudiese añadir el color de la luna.—Su talento era grande, excesiva su galantería, recordando por la elegancia de sus maneras al poeta montado sobre el ave fénix.—Cuando llegó á la edad de diez y ocho años, ávido de distinciones literarias—esperó ocasión propicia para dirigir su vuelo hacia los dominios imperiales.

En su gabinete de estudio, Liung sentía profundo fastidio de la soledad.—Secretamente bajaba al jardín y buscaba, sonriendo, el perfume de las flores.—Amables pájaros, desde lo alto del ramaje, cantaban la bienvenida á su hogar.—Y las flores de todas clases repartían sus aromas á su paso.—Al mismo tiempo que las flores acuá-

ticas inclinaban sus pétalos y corolas una después de la otra, siguiendo el curso del arroyo.—Sus deseos de pasear se sucedían rápidamente, enardeciéndole las entrañas.—«Las flores, se decía, caen juntas como gotas de lluvia cuando la primavera ha pasado.—»¿Cómo el hombre podrá conservar largo tiempo sus atractivos?—»Toda una existencia entera, ¿qué es sin el amor?—»¡Ah! Cuán difícil es esperar la dicha que disfrutan los pájaros *Yuen* y *Ying*,—»Los cuales, juntos, apoyado el uno en el otro, se pasean al borde del estanque;—»¡Y qué existencia la suya de amor y ternura recíprocas!—»Cuando reflexiono que la flor de mi juventud, que mis diez y ocho años se van pasando inútilmente,—»Me pregunto si así, solitario, podrá vivir siempre un estudiante,—»Y cómo podré yo tener una hija que se parezca á Ying, de la familia de Tsou.—»Pero es preciso esperar á que pueda disponer de mi voluntad.—»He oido decir que en la villa de Tchangtcheou hay muchas mujeres bellas,—»Las que rivalizan, tanto por su color rosa delicado y su encantadora blancura, como por su elegancia.—»Mi deseo es trasportar á aquella villa mi gabinete de estudio y vivir allí. —»Entonces podré, por la galantería, seguir los sentimientos de mi corazón.»—El joven Liung se dirigió precipitado al salón,—Y tomando la palabra, sometió sus deseos á su venerable madre, á quien dijo: —«En este distrito no tengo buenos amigos; —»Aislado en mis estudios, me es difícil adquirir talentos literarios;—»En Tchangtcheou hay hombres de talento reconocido;—»Allí podré adquirir excelentes relaciones que me permitirán abordar las cuestiones más arduas;— »Deseo encontrar un sabio que pueda enseñarme acerca de las más hondas discusiones.—»Así, pues, yo me atrevo á suplicar á mi buena madre que dé orden para que preparen mi bagaje.»—La dama le respondió: —«Escuchad, hijo mío:—»En efecto, siempre he oído enumerar y ponderar las ventajas de tener un buen condiscípulo.—»Accedo voluntariamente á vuestro deseo, tanto más, cuanto que en Tchangtcheou reside vuestra tía Iou,—»Cuyo recuerdo, desde nuestra separación, permanece fijo noche y día en mi pensamiento.—»Y á propósito, mañana es el día del aniversario de su nacimiento;—»Llevadla presentes y la taza de la longevidad.—»Enseguida podréis establecer vuestro gabinete de estudio en la casa de vuestra tía Iou;—»Después, tratad de buscar un condiscípulo para estudiar juntos la literatura.— »Yo espero que mi hijo alcanzará el honor de ser inscrito en el *Cuadro de Otoño*, y que perpetuará el renombre literario de sus antecesores.—»Solamente me aflige que vuestro padre resida en la lejana lo-

calidad de Yen King «la capital de las golondrinas.»—»Y que en su lugar no quede persona alguna que pueda reemplazarle en los negocios y asuntos de la casa.—»¡Oh, hijo mío! Haced lo posible por regresar cuanto antes, y así evitaréis á vuestra vieja madre el estar de continuo á la puerta mirando á lo lejos para ver si volvéis.

Después que de esta manera hubo hablado la madre, el joven Liung la saludó y se retiró.—Un criado entró en su gabinete y preparó su equipaje y los presentes de todas clases.—Liung se separó por fin de su madre y se marchó á Tchang Kiang.

Documento diplomático, *en que se detallan los particulares relativos á la recepción de enviados bárbaros (extranjeros) de diferentes naciones, escrito y dirigido en 1845 al Emperador Tao-Kuang, por Ki-Yng, Virey de Cantón.*—«Vuestro esclavo Ki-Yng, humildemente arrodillado, depone esta *Memoria suplementaria* á los pies de V. M.—»..... Tiene el honor de hacer notar á V. M. que ha sido en la vigésimaséptima luna del año 22 (Agosto de 1842) cuando los *bárbaros* ingleses han hecho la paz. Los americanos y los franceses han venido sucesivamente en el verano y el otoño del año actual (1845), y, durante este período de tres años, la situación, frente á frente de los *bárbaros*, ha cambiado de aspecto; y á medida que el carácter de esta situación ha variado, ha sido necesario modificar nuestra conducta en frente de ellos, así como también los medios para mantenerles en paz y tenerlos á raya.

»Nacidos y educados en los límites de sus lejanas comarcas, hay muchas cosas en los usos y costumbres del Celeste Imperio que los *bárbaros* no pueden comprender perfectamente; por lo que á la continua, hacen observaciones sobre cosas de las cuales es difícil explicarles su verdadero alcance. Así, por ejemplo, son los miembros del Gran Consejo á quienes pertenece expedir los decretos; pues bien: ellos los respetan como si emanaran de la misma mano del Emperador; pero si se les hace entender que esos decretos no son obra de V. M., entonces, en lugar de respetarlos, no les dan la menor importancia.

»La comida que los *bárbaros* hacen en común se llama *ta-tsan* (el almuerzo); gustándoles en ese momento reunirse en gran número, para saborear los manjares y beber juntos. Cuando vuestro esclavo les ha hecho el honor de invitarles á comer en Bogue ó en Macao, sus jefes y los notables han venido en número de diez, veinte ó treinta; y cuando más tarde ha tenido el mismo ocasión de ir á sus residencias

en sus navíos, los *bárbaros* se han sentado en torno de él, siendo á vuestro esclavo á quien han ofrecido las primeras viandas y vinos. Para ganar sus voluntades, vuestro esclavo no ha podido menos de servirse, á la par que ellos, de sus vasos y de sus cubiertos.

»Todos estos hechos prueban, en verdad, que no es posible reglamentar las costumbres de las naciones occidentales, según los usos de la China, y que si se quisiera imponerles estos usos, no sólo no se ganaría nada respecto á su instrucción, sino que se correría el riesgo de despertar sus sospechas y de hacer nacer en ellos mala voluntad.....

»Cuanto á su Gobierno, los *bárbaros* tienen á su cabeza, tanto hombres como mujeres, que conservan el poder los unos durante su vida, y los otros durante un tiempo determinado. En el país de los *bárbaros* ingleses, por ejemplo, el soberano es una mujer; en el de los franceses y americanos un hombre; en Francia é Inglaterra el jefe del Estado lo es mientras vive; en el país de los americanos es elegido por sus conciudadanos y solamente por cuatro años, al expirar los cuales, desciende del trono y queda convertido en simple ciudadano.

.....Pero yo creo que si se exigiera de ellos se sometieran á las reglas observadas por los países tributarios de la China, ellos rehusarían ciertamente la obediencia, porque ni aun han adoptado la manera de contar el tiempo y no quieren reconocer la investidura real que V. M. les ha otorgado, para colocarles en el mismo rango que las islas Liou-Tchou y la Cochinchina.—«Por lo tanto, con gentes tan poco civilizadas, tan estúpidas y tan ininteligibles en su estilo y lenguaje y tan obstinadamente apegadas á sus fórmulas en su correspondencia oficial, que colocan al superior encima y al inferior debajo, lo mejor que debe hacerse es no prestar atención alguna á sus usos, rasgarse la lengua y cauterizarse los labios.»

«Oda» del sabio de la antigüedad, **Tung-Fang-Chuo.**

Adiós por siempre, libros adorados,
mi ciencia te es inútil, patria mía;
para hallar el espíritu reposo,
el auxilio del brazo necesita.
No puedo ver con calma que mi padre
anciano ya y rendido de fatiga,
me preste con su amor y su ternura
el anhelado pan de cada día.
¿Cómo podré del noble pensamiento

mitigar esa sed, honda, infinita,
discurriendo en problemas y abstracciones
con los que á resolverlos se dedican,
si acude á mi memoria el padre amado,
cuyo cuerpo, inclemente el tiempo inclina
sobre el arado, que la tierra surca
y cambia en oro de luciente espiga?
¡Pobre anciano! No temas de tu hijo
ingratitud tan negra é inaudita;
pues si el trabajo arrostras por criarle,
va bien presto á pagarte con justicia.
¿Qué fruto mi saber me produjera
si ahogando la voz del alma mía,
alguien por hijo ingrato me tuviese
para colmo de penas y desdichas?
¡Ay! Mañana quizás, cuando á mis hijos
recordase el amor que me debían,
—No—respondieran, no te pertenece:
tu ejemplo derramó mala semilla.
Por esto he de buscarte, padre mío;
que ellos, cual norma, mi conducta sigan,
y si huyen del hogar, cúlpese á ellos
mas nunca al hombre que les dió la vida.

«A una rosa», por **Pan-Tchao.**

Rosa que en verde fanal
perfumes das al espacio
mirándote en el cristal
de las aguas de un palacio;
¿Por qué altiva y orgullosa
miras á tus compañeras
y las hablas desdeñosa
cual si tú su reina fueras?
¡Ay, triste! Dobla tu frente
y no cantes pretenciosa
un mañana en que te ostente
sobre su pelo una hermosa.
....
Y no te olvides ¡oh, rosa!
que en lágrimas anegada
te has de ver por orgullosa,
en la mano más preciosa
marchita, rota y ajada.

«La vida», por **Ten-Hian.**

Es la vida un arroyo
que se desliza,
entre espinas que brotan
sobre ceniza:
ténue suspiro,
que en tus ondas recoges,
mar del olvido!
—

De una recientísima traducción (1900) del *Tao-te-king* («Libro del Camino recto»), atribuído á **Lao-tseu.**

La virtud se parece al agua, que se adecua á todo, se adapta á todo: mientras más se aleja de lo Vulgar más se aproxima á la Vía.

Es, pues, por relación á la Vida, la Terrestridad;
por relación al alma, la Profundidad;
por relación al Sentimiento, el Amor;
por relación al Espíritu, la Sinceridad;
por relación á la Dirección, la Evolución;
por relación á la Actividad, la Energía;
por relación á la Acción, la Oportunidad.

En general, la Adaptación, oblitera al Mal.....

La Vía es abstracta, pero su fuerza de efectuación inagotable... mitiga lo agudo, desbroza lo complejo, coordina los átomos.

Fragmentos de poesías.—«Delante del vino», por **Li-Tai-pe.**

Relámpago fugaz es la existencia
perdura su fulgor tan sólo el tiempo
indispensable apenas á ser visto.
Si el cielo es inmutable cual la tierra,
cuánto por el contrario veloz cambia
el rostro en cada uno de nosotros!
¡Oh! vosotros que estais delante el vino
dudando si beber, ¿pues qué os detiene?

«Tristeza», por **Kao-chi.**

Era un Rey de Kian omnipotente.
Palacio hospitalario era su casa;
vates insignes florecían entonces,
...mil años han pasado poco á poco,
y la torre que ornaba el edificio
es vestigio tan sólo de grandeza;
reina un silencio aterrador ahora,
las hierbas invadieron las paredes,
un soplo de tristeza envuelve todo.

X.—Annam.

La literatura annamita presenta un interés secundario; pero nos es algo más conocida, gracias á los franceses, por Cochinchina y el Tonkin.—Se cuenta entre las manifestaciones literarias de esas regiones del Extremo Oriente (además de un reducido número de tradiciones populares, algunas fábulas inocentes, y tal cual, obra escénica sacada de la historia del país) una especie de poema nacional que el pueblo annamita canturrea hasta en las más modestas cabañas. Títulase **Suc Van Tien,** de autor desconocido, y probablemente procede de tiempos remotos y de rapsodas que los cantaban, pasando de generación en generación hasta ser escrito.—El héroe es hijo de un agricultor. Dedicado á los estudios, se propone examinarse para asegurar su jerarquía social y su porvenir. Su maestro, al despedirlo por la noche, le señala la luna, diciéndole:

Las cosas de aquí abajo, son semejantes al curso de ese astro, que aunque esparce su claridad por el mundo entero, cuenta sus fases, á veces obscuro, á veces luminoso, ora redondo, ora cortado. Penétrate de esto, y no me preguntes más; tu destino se encierra por completo en estas dos palabras: examen y éxito.

El héroe, con su pequeño equipaje á la espalda y una gran cantimplora colgada llena de agua, camina mucho tiempo, hasta tropezar con cierta mansión aislada. Tomado al principio por un malhechor, se niegan á recibirlo; hasta que convencidos los habitantes de esta morada por el encanto de su voz y de sus palabras, admítenlo y acógenlo afectuosamente, y le refieren que una partida de bandoleros ha devastado el país arrebatando á dos jóvenes de belleza extraordinaria.—Van Tien jura exterminar á los bandidos; parte, y con efecto, al cabo de algunas peripecias, los vence, liberta á las cautivas, y, pasando por variados episodios,

concluye por casarse con una de ellas, hija de un poderoso gobernador; y, por último, habiendo abdicado el Rey para hacerse cenobita, «Luc Van Tien» le sucede en el trono de Annam.

Proverbios y dichos populares —Mientras más elevado es un árbol más expuesto está al viento; mientras la reputación es más grande mayor es el número de los detractores.

—Comprar nubes y vender vientos.

—Se conoce á los hombres en su cara; pero ¿quién los conoce en el corazón?

—En los hombres que se conoce no se respeta sino la virtud; en los que no se conocen no se respeta sino el vestido.

—Reuniendo sus fuerzas las hormigas, arrastran un buey.

—Cerca de la tinta se ennegrece, cerca de la luz se llega á brillar.

—Unicamente trabajando se llega á ser hábil.

—Elogiad y seréis considerados: criticad y seréis aborrecidos.

—Nacer es salir: morir es entrar.

—Nadando por un río, debéis seguir el serpentear de la corriente: al entrar en una casa, debéis seguir sus costumbres.

—Barco sin timón, es mujer sin marido.

—Hombre sin mujer, es caballo sin riendas.

—Cuando se pone la vela, hay que mirar de dónde viene el viento.

—Quien bien ama bien castiga.

La lengua annamita es monosilábica, como el chino, del que ha tomado sus caracteres y multitud de expresiones usuales; cuenta con sus reglas particulares, sus formas, idiotismos, etc.—Su vocabulario, sumamente reducido, lo amplían mediante una pronunciación cantante que modifica el sentido de las palabras, según la entonación. Las vocales y los diptongos, dominan sobre las consonantes, siendo desconocidas las flexiones gramaticales.—Cada día que pasa, propagada la lengua francesa por la conquista y las misiones, se nota la particularidad de que la escritura annamita, en vez de escribirse con carácteres chinos, utiliza el alfabeto latino, exceptuando alguna letra, como la *f*, la *j* y la *z*.—Llámase annamita á la lengua hablada en dicho reino, en Cochinchina, Camboche y Tonkin, aunque existen de un país á otro diferencias bastante notables.

XI.—Japón.

La lengua japonesa pertenece á la familia de las altáicas, y al revés de lo que pasa en el chino, las palabras son generalmente polisílabas. En su forma, los caracteres para la escritura son casi iguales á aquéllos; pero agrega á los ideográficos signos fonéticos, por lo cual se puede clasificar como ideo-fonética. En las obras de ciencia y literarias se usa generalmente la escritura china.

Remóntanse las más antiguas poesías japonesas al siglo VII antes de nuestra Era, según los orientalistas y sinólogos que recientemente estudian este pueblo desde que rompiendo su aislamiento se ha lanzado por los rumbos de la civilización moderna. Carece el Japón de poemas heroicos y cosmogónicos, pero cuenta con innumerables pequeños poemas en todos los géneros. Los versos de las poesías nacionales, llamados *uta* (canto), son simples dísticos que encierran un pensamiento completo, más bien tácito que expreso, como el ejemplo siguiente:

¿Por qué el soplo del viento que hace caer las flores,
no arrastra al mismo tiempo, la hoja en sus rigores?

Es característica de dichas poesías, la manera de sugerir en forma metafórica la idea que el dístico encierra; como se quiere expresar en el anterior el dolor de una madre sobreviviendo á sus hijos.—La literatura dramática representa gran papel en el Japón; pero es peculiar á su teatro que los autores dejen á los comediantes la libertad de desarrollar el argumento en la forma que juzguen conveniente, no dándoles sino un ligerísimo resumen de la obra; la cual va acompañada generalmente de ejercicios gimnásticos y acrobáticos; con lo que la inventiva genial de los in-

térpretes es casi de mayor importancia que la del poeta mismo.

Damos á continuación otros dos modelos de pequeñas poesías.

—En mi tristeza, el sol brillante me parece obscuro.
Las lágrimas que mojan mi vestido, nada puede secarlas.
—Donde el reloj retrasa ó adelanta para unos ú otros,
morir á un tiempo en este mundo, es dulce.

La lengua japonesa ha sido considerada como un idioma aparte, hasta que recientemente los estudios de Rosny han demostrado que es turaniense, lo mismo que el húngaro, el turco ó el mongol; é interesa hacer notar que, según Siebol, los caracteres de su escritura primitiva más se parecían á los de los primeros mejicanos que á los de los chinos.—Carecen de grande importancia sus obras de historia, de filosofía, así como las literarias; y en su teología, fundada en Confucio de una parte y de otra en la novela tradicional con sus genios y sus héroes, no se marca tampoco una elevación digna de los pueblos superiores.—El Japón, desde 1855, ha cambiado por completo, y hoy ofrece desde muchos puntos de vista interés extraordinario hasta por la organización de la enseñanza, siendo acaso la secundaria el modelo mejor organizado de todo el mundo culto en nuestros días.—La originalidad del talento de este pueblo ha sabido fundir en un solo molde las civilizaciones más heterogéneas.

La historia del Japón cuenta con 25 siglos de antigüedad; pero su organización actual social y moral le constituye en un pueblo enteramente moderno.—Su civilización es á la vez europea y asiática, oriental y occidental juntamente.—Alguno de los sabios que han estudiado tan importante pueblo, mantiene que sus originarios caracteres de escritura vienen á ser imágenes didácticas que recuerdan á los antiguos signos mejicanos según dijimos antes: escritura que se ha denominado «de los genios».—La literatura primitiva se compone principalmente de obras de historia y de filosofía, de poesías y de novelas.—Las filosóficas y religiosas se distribuyen en tres clases: 1.ª, concernientes á la religión de los genios ó héroes de la patria; 2.ª, las que se refieren á la doctrina de Confucio; y 3.ª, las pertenecientes á la religión búdica.

XII.—Oceanía.

Según el plan que nos hemos propuesto, vamos á dedicar tres breves resúmenes, ya que no á las literaturas, á las lenguas oceánicas, africanas y americanas pre-colombinas.

Las principales lenguas del grupo oceánico son las australianas, malasias y filipinas.—Los idiomas **australianos** constituyen numerosas familias y dialectos, hablados por los indígenas de Australia.—Los sonidos elementales de estas lenguas son sumamente reducidos, y se cuenta entre ellos la particularidad del sonido portugués nasal *ao* (que suena *áon*), de que carecen todas las conocidas. Dichos sonidos elementales se reducen á los siguientes: *a, e, i (j), o, u (w), k (g), l, m, n, p (b), r, t (d).*—En las palabras disílabas, el acento tónico carga en la primera; en las polisílabas, sobre la antepenúltima.—La estructura gramatical de estos idiomas es más complicada de lo que parecería natural, dada la sencillez de su vocabulario.—Algunos filólogos han creído ver diferencias esenciales entre estas lenguas y dialectos; pero parece más generalizada la opinión de que tienen todos un origen común, como lo prueban de consuno la mayoría de sus raíces y ciertas flexiones verbales.

Las lenguas **malasias** comprenden los idiomas hablados en las Filipinas, las Marianas, Madagascar, Java, Sumatra, Malaca y en algunas pequeñas islas. De origen común, tiene sin embargo cada uno de estos idiomas un sistema fonético independiente, así como raíces originales sin conexión con ningunas otras lenguas, ni indo-europeas ni uralo-altáicas. La gramática es la de todas las lenguas aglutinantes, y se escriben con caracteres árabes, que el islamismo les ha importado.—Todas ellas poseen una lite-

ratura limitada á los géneros de cuentos y poesías, habiendo admitido la filosofía y teología de fuentes indias y musulmanas.— En las lenguas maleo-polinesias abundan los cuentos populares y los cantos tradicionales; los javaneses, que toman del sanscrito muchas palabras, y parte de su literatura, cuentan, no obstante, con fábulas propias y leyendas peculiares; el malabar, en fin, es una lengua mirada como antiguo dialecto, y hablada todavía por más de tres millones y medio de individuos sumando en su vocabulario innumerables términos indios.

Las lenguas **filipinas,** propiamente dichas, hubieran ofrecido en este lugar interés particular á los españoles (para quienes se escribe el presente libro) hasta no ha mucho. Pero, perdidas las colonias de aquellos archipiélagos, nos hemos de limitar á decir muy poco, siguiendo el plan de lo apuntado más arriba.— Las principales son el *tagalo,* el *bisayo,* el *ilocano,* el *pampango* y y el *tagbanua.*—Los antiguos habitantes de este archipiélago escribían de abajo arriba, y empezando por la derecha, continuando en columnas paralelas hasta la izquierda.—Los tagbanúas han conservado, á pesar de la dominación española su antigua escritura.—Su alfabeto consta de 15 letras, asemejándose en esto al ilocano y pampango. La lectura de estos textos es muy difícil, y á consecuencia de ello, los filipinos han reemplazado casi en todas partes su alfabeto nacional por el alfabeto latino importado por los españoles.—Les falta las letras *pa* y *ha* de los alfabetos tagalo y bisayo.—Las vocales empleadas en combinación se indican por medio de puntos vocales, excepto la *a.*—Los tagalos tienen una cierta literatura constituída por antiguas poesías heroicas y libros de religión.

Gran número de mestizos ha escrito en castellano, revelando sus producciones una mezcla simpática de sentido legendario y oriental, y de romántico cristianismo. No han faltado á los hijos del país poetas y oradores, aunque sí hombres de ciencia.—El infortunado Rizal (cuyo fusilamiento, 1898, sublevó la conciencia pública tanto ó más que el del vate cubano Plácido, en 1844) era autor de una estimable novela, titulada *Noli me tangere.*

XIII.—África.

En opinión de los más renombrados filólogos, ni siquiera las generaciones del siglo XX llegarán á clasificar las lenguas y dialectos del continente africano, en donde hay regiones como toda la del Sur, el Oeste, el Norte y algo del Este, donde no se conoce la escritura. No existen, por consiguiente (al menos no se conocen hasta el día), manifestaciones literarias de la mayor parte de los idiomas africanos, ni se ha llegado á una satisfactoria división que modifique los seis grupos de F. Müller, que los distribuye en *Bantú, Camítico, Hotentote, Negro, Nubah-Fulah* y *Semítico.*—En todos se halla encerrado por completo el diapasón y gama posible de todos los sonidos imaginables, desde las formas armoniosas que por su belleza eufónica pueden rivalizar con las más bellas de Europa y Asia, hasta los gruñidos ininteligibles que parecen pertenecer á las fieras.—Muchos de estos lenguajes están necesariamente destinados á desaparecer antes de llegar al período escrito y literario, quedando absorbidos por las invasiones indígenas ó extranjeras que renuevan á cada paso la civilización, la religión y las costumbres.

Parece de todos ellos el más interesante el **Bantú,** según las modernas investigaciones, hablado en una vasta extensión desde el Sur del Ecuador hasta la extremidad del Africa, á excepción de ciertas regiones ocupadas por los hotentotes-Bushman. Hasta hoy se han llegado á fijar 168 lenguas y 55 dialectos de esta familia, concordando en el número filólogos y misioneros. Algunas de éstas se dice que son muy notables desde el punto de vista de la melodía, como el zulú y el congo, y también se elogia á otras por la exactitud en la expresión, por la riqueza del vocabulario, sin necesidad de echar mano de extranjerismos africanos.

Las lenguas **Camíticas** comprenden el egipcio, el libio y el etiópico, exparciéndose por todo el Egipto y la costa africana del Mediterráneo.—Entre las últimas se citan el *somali*, el *galla*, el *beja*, el *saho*, el *dancalí* y el *agau*.

El **Hotentote** se habla en la punta meridional del continente africano. Es lengua aglutinante, con subfijos que varían la terminación de las palabras. Sumamente rudimentario, no posee artículos, ni declinaciones, ni conjugaciones, ni verbos auxiliares, completando la expresión de todo mediante la mímica.—El oído de los hotentotes es finísimo para el canto; pero su pronunciación resulta sumamente imperfecta, por la oblicuidad de sus dientes hacia adelante: se puede decir casi que cacarean.

Con la denominación de **Negros**, se han clasificado 195 idiomas y 45 dialectos. La región en que se hablan se extiende desde el Atlántico al Nilo y del Senegal á lo largo de la costa Oeste de Africa, á las montañas de Camevun y al golfo de Biafra.—Las lenguas del litoral han sido más estudiadas, y hasta se ha traducido la Biblia en varias de ellas, y en las del interior se han formado algunos vocabularios por sabios ingleses.

El grupo de las lenguas **Nubah-Fulah** ha sido denominado así por sus dos principales idiomas; el primero ocupa el valle del Nilo, desde la primera catarata hasta Dongola, y el segundo lo habla una raza superior y conquistadora, que ha fundado varios reinos en el Africa central ecuatorial, sometiendo á negros inferiores. Ambas lenguas han sido y siguen siendo objeto de estudios especiales.—En el núbico predominan más las consonantes que en las lenguas del Africa meridional; es dulce en su fonética, sin aspiraciones guturales.

De las lenguas **Semíticas** hemos hablado anteriormente, estudiándolas en su literatura, y únicamente hemos de decir aquí que se agrupan actualmente en tres clases: 1.ª *Arameo-asirio* (que comprende el asirio y los dos dialectos arameos, á saber: el caldeo y el siriaco). 2.ª *Cananeo* (que comprende hebreo y fenicio). 3.ª *Arabe* (que comprende el árabe, propiamente dicho, y el himyarita y el ekili, ghez y tigre, amharique y harari.

XIV. — América.

A reserva de volver sobre el particular más adelante y con otra ocasión, aquí solo vamos á consignar la existencia de algunas lenguas primitivas del nuevo mundo, tanto de las que subsisten aún entre las poblaciones indígenas, cuanto de las que han sido habladas.—Su número es muy considerable y difíciles de determinar sus caracteres respectivos.—En los tiempos pre-históricos, ya razas humanas poblaban América, subdivididas hasta el infinito en multitud de tribus.—A pesar de esta diversidad, se ha llegado á descubrir grandes apariencias de analogía entre los distintos idiomas primordiales: afinidades que han permitido clasificarlos, como ha hecho recientemente Steinen, en cinco grupos: el *Trumais*, el *Tapuya*, el *Tupi*, el *Caraibo* y el *Nu-Aruah* esparcidos desde las cordilleras al Océano Atlántico y desde el Plata á las Antillas.

Otra clasificación es la que considera como irreductibles seis tipos: la de los esquimales, las mejicanas, las ando-parimas y ando-peruanas, las guaraníes y el araucano.—Tienen todas los caracteres generales de las aglutinantes y polisintéticas; en las que por yuxtaposición de los elementos integrantes de las palabras se modifica su significación. Y no careciendo de declinación ni de conjugación, se puede pensar que alcanzaron el período de transición de lenguas aglutinantes á flexivas.

Y con esto terminamos todo lo que, á nuestro entender, constituye las lenguas y literaturas de los pueblos que pueden resumirse en la denominación genérica más ó menos propia de *Orientales*, ó, para hablar con más exactitud, de *civilizaciones primitivas*,

XV.—Grecia.

Antes de reseñar por autores la literatura griega, daremos un ligerísimo extracto de ella, sintetizando todas sus manifestaciones, siguiendo las opiniones de escritores modernos extranjeros, especialmente Gidel y Loliée, en determinados asuntos.

Grecia es, desde el punto de vista literario (y acaso también bajo todos los respectos), el primer pueblo del mundo. El arte que nos ocupa ha tenido en él una vida más larga que ningún otro, puesto que abraza desde nueve siglos a. de J. hasta XV de nuestra Era; y aun después, hasta nuestros días, no ha cesado de producir obras de ingenio.

Puede dividirse su historia literaria en diez períodos, que resumiremos en pocas líneas. El 1.° comprende los siglos IX y VIII a. de J., con una poesía primitiva como única producción, y cuya embrionaria oscuridad se ilumina inmediatamente por la epopeya de Homero.—El 2.° abarca los siglos VII y VI, en que nacen la lírica y las manifestaciones en prosa.—El 3.° lo constituye el siglo de oro, el V.—El 4.° es el Alejandrino.—El 5.°, romano, abraza desde fines del siglo II a. de J. hasta el reinado de Augusto.—El 6.° arranca de aquí hasta la fundación de Constantinopla.—El 7.° comprende ocho siglos, espacio denominado bizantino, que se ha querido desdeñar profundamente, apellidándole Bajo imperio, y que alcanza hasta el Cisma de Focio.—El 8.° desde 800 d. de J. hasta la toma de Constantinopla por los turcos (1453).—El 9.°, desde entonces hasta la fundación de la independencia griega, en el primer tercio de este siglo; y el 10.°, desde 1830 hasta nuestros días.

La superioridad de este pueblo sobre todos los que se han desarrollado en la historia, depende de múltiples causas; aunque no pensemos, como muchos, al señalarlas. Creemos que depende aquélla de ser Grecia (como asegura el sabio Director del Museo Pedagógico Nacional, Sr. Cossío) la florescencia de todo el mundo antiguo. Es decir, que creyéndose los griegos autoctonos, precisamente por no serlo, sino por haber heredado en síntesis maravillosa todas las civilizaciones orientales que les preceden, llegan á la cumbre de la ciencia y la poesía, de la historia y la elocuencia.

Durante el *primer* período de esta literatura, las primitivas generaciones griegas fundan Estados rivales, en cuyas luchas resplandecen los héroes, y de cuyas contiendas nacen las artes bellas y las útiles para la vida.—La poesía épica sucede á los primeros cantos líricos, y Homero es el representante de esta brillantísima manifestación; siendo aún problema si él reune los cantos sueltos de los rapsodas populares, ó si por el contrario son éstos después de él los que los esparcen por los ámbitos de la antigua Grecia, ó si, como parece más natural, ocurren ambos hechos.—Hesiodo da á la poesía un carácter más conforme á la democracia, que se formaba á la sazón activa é industriosa, y la Elegía sustituye á la Epopeya.

El *segundo* período está consagrado por completo á la lírica, por representar una época de transformación social. El sentimiento de libertad é independencia crece con las luchas civiles, y exalta el ánimo. La flauta reemplaza á la lira; la elegía reviste nuevas formas; Tirteo influye en Esparta como un dios. Arquíloco inventa el yambo, y constituye en su estilo el arma poderosa de la sátira, cerrándose en esta época (siglo VI a. de J.) la influencia jónica, y sucediéndole el genio dórico, que une la música y la danza.—Los himnos, los epitalamios, los himeneos, forman ya géneros literarios. Los eolios hacen servir las invenciones dóricas para celebrar las emociones personales del poeta, sus amores y sus odios. Alceo y Safo son dos estrellas de Lesbos, y Anacreonte crea un gusto que no se borra en la historia y que persiste en nuestros días. Píndaro, en fin, con sus himnos olímpicos, píticos

y nemeos, marca el mayor apogeo de la poesía en esta dirección. —A medida que la lírica se desenvuelve, nace la prosa. Los *siete sabios*, Thales, Anaximandro, Anaximenes, Pitágoras, Jenófanes, Parménides y Empédocles, condensan en forma sentenciosa los consejos de la experiencia; alguno de cuyos consejos aún hoy sirven en la vida práctica. La filosofía nace con ellos en Jonia; escriben en verso, aunque la prosa sigue desenvolviéndose.—La introducción del papiro provoca una revolución semejante á la de la imprenta, esparciendo la escritura por medio de logógrafos ó escritores que recogen las leyendas, tradiciones, etc., como materiales para la historia, la filosofía y la poesía.

En el *tercer* período, Atenas toma la dirección de Grecia, y al genio incomparable de esta ciudad se debe el desarrollo de todas las manifestaciones de la actividad y la inteligencia. Cuenta para ello con tres hombres eminentísimos: Solón, Pisistrato y Pericles, dando este último su nombre á su siglo, naciendo en él, entre otras ciencias, la Astronomía y la Geografía.—Sigue á ese triunvirato, el de los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides.—Los ditirambos religiosos se convierten en tragedias y comedias, en que todas las artes tienen una representación con la danza, la música y el decorado, embelleciéndose los teatros. Esquilo con su trilogia y tetralogia, Sófocles escudriñando las miserias de la existencia humana, Eurípides estudiando el corazón de la mujer, alcanzan grado eminente en las profundidades psicológicas.—El nombre más ilustre en la comedia es Aristófanes, con su comedia política, donde la alegría, la vivacidad y la delicadeza llegan á una alta representación.—La Historia se forma con otras tres personalidades insignes: Herodoto, Tucídides y Jenofonte, narrador agradable el primero, realista en su relato el segundo, é ingenioso en la descripción el tercero.—La Ciencia cuenta á Hipócrates, fundador de la Medicina.—El triunfo de la democracia, después de cuarenta años de lucha, crea como lógico efecto la elocuencia: Esquines y Demóstenes son los modelos de la oratoria; y Licurgo, como legislador, completa esta trinidad.—Sócrates y sus discípulos Platón y Aristóteles forman una trilogia sublime, cuyas doctrinas hoy mismo sirven de motivo para la discusión sobre la

esencia del hombre, de la Naturaleza y de Dios. Sin anotar aquí la escuela de los *sofistas*, y contentándonos, en fin, con citar sólo á Euclides, Diógenes y Epicuro, entre otros muchos pensadores.

Después de esta vida de exuberancia interior, el genio griego parece como que se agota para vivir al menos en su propia intimidad, y sobreviene un período, el *cuarto*, de expansión, transportándose desde Atenas hasta Alejandría y Pérgamo.—Con marcada injusticia se ha desdeñado esta época de la historia griega.—Repartido el imperio de Alejandro, encuentran las letras asilo en Egipto. Los Ptolomeos acogen á los poetas, fundan bibliotecas, el Museo, y preparan un nuevo florecimiento. A ellos debe la civilización actual la transmisión de los antiguos libros que todavís estudiamos al presente. La gramática, sobre todo, la cultivan los sabios de aquel tiempo con especialidad, y se encargan, mediante transcripciones sobre pergamino, de legar á la posteridad extraordinario número de obras del pasado.—Los nombres de Calímaco, Zenodoto y Aristarco deben ser consignados al hablar de estos tiempos, tanto como críticos del pensamiento ajeno como ricos productores del propio.—La Historia cuenta con escritores que reúnen la de aquel país, debiéndose á Eratostenes la cronología y la geografía, ciencias auxiliares de aquélla; y si la Tragedia no tiene sino un mísero modelo (la *Casandra*), la Elegía en cambio ofrece autores que han servido de modelo á los romanos y á tal cual poeta de nuestros días.—No dejó tampoco la épica de contar con varios cultivadores, y Virgilio se inspiró en algunos para sus obras maestras.—El idilio de Teócrito es la poesía alejandrina más superior y refinada, sin que deban desdeñarse Bion y Mosco.—Menandro crea la comedia nueva, aunque desdichadamente no se conservan sino fragmentos de sus obras, habiendo inspirado á Terencio sus hermosas creaciones latinas.—Cuando el espíritu poético se debilita, la ciencia se cultiva con más ardor, principalmente en la forma de poemas didácticos, que se ocupan de astronomía, como el de Aratus, ó de medicina, como Nicandro, ó en Fábulas, como la de Babria (del siglo II a. de J.); y Leonidas de Tarento, en fin, reúne todo el ingenio epigramático, esparcido acá y allá, en una Antología: colecciones que se con-

servan hasta el siglo XIV, en que un monje de Constantinopla, Planudio, las resucita y transmite á siglos posteriores.

Durante el *quinto* período pasó á Roma la literatura griega, pudiendo decirse que no existe otro hombre distinguido de quien deba hablarse aquí, mas que Polibio (212), en todo el tiempo que media desde fines del siglo II hasta el reinado de Augusto.

En el *sexto* período, que abraza desde Augusto hasta la fundación de Constantinopla, mantiénese la lengua, aunque languideciendo la poesía.—Cuenta la historia con Dionisio de Halicarnaso, Plutarco y Diógenes Laercio; la Geografía, con Estrabon, Ptolomeo, y Pausanias, que describe el mundo antiguo, singularmente griego: modelo primero é importantísimo de Guías para los viajeros. Epicteto honra la filosofía con sus virtudes (como Marco-Aurelio), y Plotino y Jámblico la hacen degenerar con la mística neo-platónica.

El *séptimo* período comienza en la fundación de Constantinopla (329) y llega hasta el cisma de Focio. En aquellos años, precursores del nuevo establecimiento del Imperio de Constantino, la Retórica determina la plena decadencia para la literatura greco-pagana, atacada por el Cristianismo, que trata de suplantarla. Y en Atenas enseñan unos maestros, otros en Constantinopla, estudiando con ellos Juliano, que hizo subir las letras hasta el trono, y cuyo estilo notable y espíritu superior ha sido motivo de amplias discusiones. Bajo Justiniano son perseguidos los filósofos de Alejandría y Atenas, y bajo Mauricio es tomada Alejandría por los sarracenos, aunque no por ello dejan de cultivarse las letras, siempre sometidas á las disquisiciones de la teología.—El historiador Procopio de un lado (526), la sabia y bella Hipatia, insigne pensadora, víctima de la superstición popular, y Proclo, el filósofo asceta, son tres nombres que en Alejandría y Atenas reproducen pasadas glorias.—La épica resucita con Quinto de Esmirna, que continúa la obra de Homero, y por último, la historia de *Hero y Leandro*, de Museo, cierra el siglo VI. De tal suerte se desenvolvió la novela, y con un carácter tan poco decoroso, que Juliano (como antes Justiniano persiguiera á los filósofos), prohibió la lectura á sus sacerdotes. El modelo en este género es Longus.—Los apolo-

gistas, entre los cuales deben contarse á San Justino y Atenágoras con los antes citados, y Orígenes y San Basilio, constituyen la pléyade de pensadores cristianos en estos primeros siglos.—Finalmente, la cronografía cuenta, así como la historia, con Eusebio, y la poesía de sentimientos tiernos y melancólicos con los himnos de Gregorio Nacianceno.—La oratoria, una vez triunfante el Cristianismo en los siglos III y IV, se desarrolló necesariamente, llevada á su mayor esplendor por Juan Crisóstomo, el más elocuente de los Padres de la Iglesia griega.

Y henos aquí en el período *octavo*, que comprende ocho siglos, espacio denominado Bizantino, que se ha querido despreciar profundamente apellidándole Bajo Imperio, y que alcanza, según se dijo, desde ochocientos años d. de J. hasta la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. No puede estimarse la obra de esta larga época como absolutamente estéril para la Filosofía, la Historia, las Ciencias y las Artes. Las discusiones teológicas, las elucubraciones filosóficas, son sin duda la causa del desprecio con que se le juzga.—El gran cisma de Focio (800) marca un gusto determinado en todos los ramos, y á él se debe la conservación de extractos de 200 escritores antiguos; dándose el caso de que renazcan las letras aun bajo reinados como el de Basilio, que á pesar de ser un ignorante, comprendió la importancia de que su hijo León se educase al lado de Focio mismo. Viene después Constantino Porfirogeneta, que brilla entre los sabios de su tiempo (916). Bajo Basilio II se compone el célebre gran *Diccionario etimológico*, de autor desconocido. La dinastía de los Commenos produce escritores en todos los órdenes, de alguna nota. Caída Constantinopla en los primeros años del siglo XIII en poder de los latinos, sufre la lengua notables cambios, singularmente bajo Miguel Paleólogo, existiendo, sin embargo, algunos que la manejan hermosamente en la literatura; pero andando el tiempo é influyendo en ella la baja teología, la convierten cada vez en más eclesiástica é impropia para las manifestaciones poéticas.

Así como la toma de Alejandría por los sarracenos en los últimos años del siglo VI no influye grandemente en la decadencia del griego, la toma, en cambio, de Constantinopla por los

turcos á mediados del siglo xv arrastra precipitadamente la caída de las letras, determinando el principio del período *noveno*.—Dispersados los principales escritores por Europa, buscan asilo unos en Italia y otros en Francia especialmente.—Aunque privados los griegos de su patria, no por ello dejaron de cultivar la lengua, ejerciendo muchos en el destierro la profesión de preceptores. Los patriarcas en Turquía conservan el idioma como depósito sagrado.—El siglo xvi, si bien no pudo secar las lágrimas y acallar las lamentaciones de los mismos, consiguió, no obstante, salvar multitud de manuscritos rebuscados con ahínco, rehaciendo el *Gran Diccionario* de que se habló anteriormente. Entonces se traduce la *Iliada* en lengua vulgar, copiándose por algunos literatos antiguos manuscritos para la Biblioteca de París.—León X funda en Roma el Gimnasio griego, y á mediados de aquel siglo en toda Italia se mantiene el gusto por el clasicismo helénico, resucitando la Retórica de Aristóteles.—Uno de los nombres más distinguidos de la época, Constantino Láscaris, se mezcla en el movimiento luterano, siendo combatido por los jesuítas.—Proyéctase en el Cisma de Occidente la reunión de las dos iglesias, latina y griega, que preocupa á los bizantinos; y de esta época son la novela *Erotocritos*, de Cornaro, y *Erofile*, de Cortalzes.—En el siglo xvii florecen escritores de nota, aunque corrompen la lengua con italianismos y expresiones turcas, por cultivar estas lenguas además de la propia. En dicho siglo y en los albores del siguiente, varias tentativas de conspiración política procuran restaurar lengua y literatura pátrias. De igual modo, durante los treinta primeros años del xix se intenta repetidas veces la libertad de Grecia; y á consecuencia de las simpatías despertadas en las principales potencias europeas, se consigue su regeneración é independencia.—La lengua ahogada bajo formas bárbaras resucitó mediante el cultivo cariñoso de Juan Bilaros, poeta y médico, defensor de la familiar *romaica*, que intentó escribirla sin acentos; Kristopoulos, hijo de Macedonia y médico también, fué llamado el nuevo Anacreonte, y otros que se dedican á la restauración de las escuelas después de haber viajado por Europa, restablecen la pureza del griego.

Décimo período.—El modelo actual que se proponen como

tipo los griegos modernos es Jenofonte, procurando todo hombre ilustrado imitar ó inspirarse al menos en aquel estilo, como se ve con toda claridad en el periodismo presente.—Los nombres, entre otros muchos, que á fines del siglo XIX ilustran la crítica, la novela, la poesía y otras manifestaciones literarias, son los Rangabé, padre é hijo; Commondouros y Tricoupis.

En la imposibilidad de dar una idea siquiera sea tan sumaria como la que nos hemos propuesto, de las principales obras y de los escritores más eminentes de esta Grecia maravillosa en todos los tiempos y edades, nos limitaremos á hablar de tal cual autor y de alguna que otra de sus más renombradas producciones.

Las primeras manifestaciones literarias de la Grecia de que se tiene memoria, son los himnos de los *aedas*, cantados por estos poetas en las solemnidades, y compuestos por ellos mismos. Ejercían influjo casi sacerdotal como profetas, y eran tenidos por hijos de las Musas tales *cantores* (como su nombre indica), refiriéndose sus poesías á asuntos místicos ó cosmogónicos.—Los nombres de los principales *aedas* son: **Orfeo, Anfión** y **Museo.**

Después de esta época enteramente religiosa, pasaron á cantar asuntos humanos de héroes y hombres y los grandes acontecimientos políticos: algo á la manera de los trovadores de los tiempos medios.—Los nombres de **Demodoro** y **Femio** han pasado á la Historia por el elogio de Homero y pertenecen á ese segundo momento.—Unos y otros son los precursores de los Rapsodas.

Homero.—Dejando á un lado los cantos de Orfeo, que pertenecen á una teogonía enteramente simbólica de los primitivos tiempos, empezaremos por este genio. Antes hemos apuntado algo acerca del ciego ilustre. Aquí sólo añadiremos que debió de ser, no un mendigo que cantaba de plaza en plaza y de ciudad en ciudad, sino un hombre educado y de la suficiente fortuna para poder viajar. Dispútanse la honra de ser su suelo natal lo menos diez ciudades, pero ni se sabe nada sobre su vida ni sobre la composición de sus obras. Nos atenemos á lo anteriormente indicado con respecto á que la *Iliada* es probablemente un producto colectivo, obra de un pueblo, síntesis de una civilización y tipo supre-

mo de la epopeya. En la época de este poema, no era conocida la escritura, y andando el tiempo se transcribió.—La *Odisea*, obra de menor importancia, es, sin embargo, más sabia y más florida.—La *Iliada* se supone escrita del siglo X al IX a. de J., y aunque Wolf negó la existencia real de Homero, su opinión alcanzó poco eco, estando hoy desautorizada.—El asunto de este poema está tomado del sitio de Ilion (Troya) por los griegos confederados. Agamenón, jefe supremo de la Liga Aquea, habiendo arrebatado á Aquiles su esclava Briseida, no pudiendo éste vengarse del rey de Argos, se retira á su tienda, negándose á combatir. Y desde el momento en que los griegos se ven privados del famoso guerrero, experimentan numerosos reveses. Después de haber resistido á todas las súplicas, Aquiles sabe que su más querido amigo Patroclo ha sido muerto por Héctor, el más insigne troyano, é inflamado en cólera, vuelve á tomar las armas, va en busca de Héctor, y venga con su muerte la de su amigo. Este incidente, la cólera de Aquiles y sus consecuencias, forma el argumento de la *Iliada*. Aunque el robo de Helena, hija de Menelao, por Paris, hijo de Priamo, fuese la causa ú ocasión de la guerra de Troya, ocupa en la *Iliada* el amor un puesto secundario. Los dioses juegan, en cambio, un gran papel en el poema.—Los principales personajes son, además de los citados, Ajax, hijo de Telamón, salvaje y carnicero, y otro Ajax, famoso en la carrera; Ulises, que también figura en la *Odisea*, guerrero intrépido, pero reflexivo y elocuente; Diómedes, que únicamente cede á Aquiles y Ajax, y el venerable Nestor, rey de Pilos, que por sus años y su prudente sabiduría es el consejero más respetado. Esto entre los griegos. En cuanto á los troyanos, Héctor, á quien sólo Aquiles vence en hermosura y valor, llena toda la epopeya con sus cualidades excepcionales y sus combates casi solo, manteniendo á su patria amenazada de arruinarse por el crimen de su hermano, el cobarde Paris.—De dos maneras ha sido estimada la Mitología en este poema: el simbolismo y el realismo. Según el primero, todo debe ser interpretado, tanto los dioses como los hechos, con una significación distinta de la histórica y tradicional; según el segundo, todo debe estimarse como positivo y efectivo, de conformidad con la manera de ser de los

griegos, sus tradiciones y sus creencias religiosas. Está dividida en 24 cantos, y consta de 14.000 versos (según los correctores).—La *Odisea* se distribuye también en 24 cantos, y pertenece al tercer grupo de los en que se dividen los antiguos poemas griegos. El primer ciclo ó grupo es el argonáutico, que comprende los poemas relativos á la conquista del «vellocino de oro»; el segundo el tebano, en que se traza la leyenda de Edipo y sus hijos, y el troyano, que se subdivide en las narraciones relativas al sitio, primero, y á la toma de Troya, después, y, por último, á la vuelta de los griegos á su patria.—Canta la *Odisea* las numerosas vicisitudes por que pasó en sus viajes Ulises, salido de Troya para volver á Itaca. Otros de los principales personajes son: Telémaco, su hijo, Minerva, transformada en Mentor, y Penélope.—Ha sido muy discutida también la paternidad de tan hermosa creación, pero de igual manera que la crítica moderna ha reconocido la existencia de Homero, declarándolo autor de la *Iliada*, también se ha pronunciado en su favor con respecto á la *Odisea* (posterior). La diferencia entre ambos estriba en que en la *Iliada* no se respira sino el ambiente de las batallas, y en éste, más tranquilo, aparte de los combates, hay más descripciones, más narraciones maravillosas, y algunas pinturas de la vida interior.—Por último, atribúyense á Homero los 34 himnos que llevan su nombre, y que, sirviendo de introducción á los cantos épicos, estaban dedicados á Apolo, Mercurio, Venus, Ceres, etcétera, se cantaban por los *rapsodas* (músicos y actores) ó cantores de trozos, como dice la palabra.—La *Batracomiomaquia*, parodia de la *Iliada*, poema burlesco en que se canta la lucha de los ratones y las ranas, también se le atribuye. Pero hay quien sostiene que es de Pigres de Halicarnaso, de principios del siglo v. Compónese de unos 300 versos.—Sólo nos resta transcribir dos trozos de aquellos dos principales poemas, eligiendo las traducciones de Hermosilla para la *Iliada* y de Baraibar, y de Lasso de la Vega para la *Odisea*. ✝

Introducción del libro primero:

De Aquiles de Peleo canta, Diosa,
la venganza fatal que á los Aquivos

origen fué de numerosos duelos,
y á la oscura región las fuertes almas
lanzó de muchos héroes, y la presa
sus cadáveres hizo de los perros
y de todas las aves de rapiña,
y se cumplió la voluntad de Jove,
desde que, habiendo en voces iracundas
altercado los dos, se desunieron
el Atrida, adalid de las escuadras
todas de Grecia, y el valiente Aquiles.
¿Cuál de los dioses, dime, á la discordia
sus almas entregó para que airados
injuriosas palabras se dijesen?
De Latona y de Júpiter el hijo,
que, ofendido del Rey, á los Aqueos
enviara la peste asoladora,
y á su estrago la gente perecía,
por no haber el Atrida respetado
al sacerdote Crises que venido
había de los Griegos á las naves
una hija suya á redimir. De mucho
valor era el rescate que traía:
y el áureo cetro en la siniestra mano
y en la derecha la ínfula de Apolo,
así á todos los Dánaos suplicaba,
y señaladamente á los Atridas,
caudillos ambos de la hueste aquea:

A la reclamación admitida por los Aqueos, contesta Agamenón

«¡Viejo! (le dijo). Nunca en este campo,
ahora si retardas la salida,
ó en adelante si á venir te atreves,
á verte vuelva yo: pues de mi saña
no serán á librarte poderosos
ni la ínfula del dios, ni el regio cetro.
Yo la esclava no doy; antes en Argos,
lejos de su país, dentro mi alcázar,
la rugosa vejez tejiendo telas

la encontrará, y mi lecho aderezando.
Vete ya: no mi cólera provoques
si volver salvo á tu ciudad deseas.»

Ofendido Crises, clama á su dios Apolo: «paguen los Dánaos mis lágrimas, heridos por tus flechas», como ocurre en efecto. Hé aquí parte del parlamento de Aquiles contra Agamenón:

Hombre tú sin pudor, ¡alma dolosa!
¿cómo pronto estará ningún Aquivo
obediente á tu voz, ni de las marchas
la fatiga á sufrir, ni con los hombres
á lidiar animoso en la pelea?
No fueron, no, la causa los troyanos
de que yo desde Grecia aquí viniese
á guerrear, ni agravio ellos me hicieron;
porque jamás los bueyes me robaron
ó los bridones en la fértil Phtía,
en guerreros fecunda las cosechas
destruyeron jamás:.....
..... á tí, seguido habemos
de los troyanos á tomar venganza
por Menelao:.....
y á decirme te atreves que, abusando
de tu poder, me quitarás la esclava
que cautivé yo mismo, y entre todas
para mí separáron los Aqueos.....

De la introducción del libro quinto de la *Odisea*:

Cuando la Aurora, abandonando el lecho
del ilustre Titón, la luz traía
para los inmortales y los hombres,
los dioses fueron juntos á sentarse
en consejo; y estando en medio Júpiter,
el del alto tronar dios potentísimo,
Minerva les traía á la memoria
los trabajos sinnúmero de Ulises,
pues por él, que Calipso entretenía
á la sazón, la diosa se cuidaba.

«Padre Júpiter, dijo, sempiternos
y bien aventurados inmortales:
que no sea jamás dulce y benigno
ni justo ningún rey de los que llevan
cetro, sino antes bien injusto y duro,
pues de todos los súbditos que Ulises
gobernó, cariñoso como padre,
nadie se acuerda de él, cuando padece
graves penas, cerrado en una isla,
morada de Calipso, ninfa augusta,
que por fuerza á su lado lo detiene
sin que él pueda tornarse al suelo patrio:
porque ni tiene naves bien provistas
de remos, ni excelentes compañeros
que le lleven del mar sobre las olas.
Y ahora quieren matarle al hijo caro
cuando regrese de la sacra Pilos,
y de Lacedemonia la divina,
donde fué á inquirir nuevas del padre.»
Júpiter, que las nubes amontona,
replicóle: «Hija mía, ¡qué palabras,
se te huyeron del cerco de los dientes!
¿No decidiste tú que el sabio Ulises
se vengaría de ellos al regreso?
Sé tú (que bien lo puedes) cauto guía
de Telémaco, y haz que vuelva incólume
á su suelo natal, y que los procos,
burlados en su intento, den la vuelta.»

Penélope á Diana.—Fragmento de la *Odisea*.

¡Oh diosa, hija de Júpiter, Diana,
á quien débil imploro, que no quieras
hundir en este corazon ¡ay! nunca
un dardo matador de los que llevas,
y arrancarme la vida! ¡Que en los aires
por la terrible tempestad no fuera
llevada en alas, y en el mar profundo
después lanzada y con fatal violencia

por los furiosos vientos no me viese
por último arrastrada como fueran
las hijas de Pandora! A su familia
las robaron los dioses; y ya huérfanas,
el palacio habitaban que hubo sido
mansión de sus abuelos. Con el néctar
y la dulce ambrosía alimentólas
pródiga siempre y generosa y bella,
Venus, y Juno las dotó magnánima
de saber, discreción y de belleza;
dióles Diana majestad augusta,
y sus talentos les prestó Minerva.
Mas las torpes Arpías se llevaron
tan bellos seres: de las Furias prueban
la crueldad, á su imperio sometidas.
¡Que yo una suerte igual sufrir no pueda!
¡Logre al fin verme herida de Diana
y traspasada por sus mismas flechas!
Logre al fin descender á las regiones
donde las sombras eternales reinan,
y de mi Ulises acudiendo en busca,
con él hallarme sin demora en ellas.
Bajo las duras leyes de otro esposo
de sucederle indigno, no me vea
sometida ¡ay de mí! ¡Que á tal suplicio
condenada no mire mi existencia!

Para terminar la breve reseña del primer período, citaremos de **Hesiodo** (siglos x y ix a. de J.) sólo algunas líneas de su poema *Los trabajos y los días*.—Nos inicia en las creencias religiosas é ideas morales de Grecia, cuando se encuentra este pueblo en su infancia.—Se conservan de este poeta grave y serio la *Teogonía* (cuadro de la formación del mundo y sucesión de los dioses), la citada (que contiene preceptos morales y consejos sobre agricultura y sobre el empleo de cada día), y, en fin, *El escudo de Hércules*.—Copiaremos un fragmento de *La edad de oro*, traducción de Lasso de la Vega, y otro, «Pandora», de *Los trabajos y los días*, traducción del francés, de M. Pessonneaux.

Cuando los hombres y los dioses todos
vinieron á la vida, fué creada
por los que moran en el alto Olimpo,
la edad de oro, tan tranquila y grata.
A Saturno obedientes los mortales,
quien en el cielo entonces imperaba,
á la misma existencia de los dioses
la suya asemejaron; de la infausta
inquietud siempre libres, libres siempre
de trabajos, de penas y desgracias,
éranles, pues, desconocidos esos
achaques propios de vejez cansada.
Y sus pies y sus manos no perdían
su vigor, y al placer todos se daban
sin correr riesgo alguno, y sin turbarse
su existencia pacífica por nada.
Su muerte era tan sólo un dulce sueño.
En torno suyo sin cesar brotaban
los bienes, y la tierra por sí misma
abría su seno fértil, con sus galas
prodigándoles todas sus riquezas.
De la discreta libertad tan grata,
del digno afecto, de piedades mutuas,
del bien más alto, la apacible calma,
los dones sin cesar se dividían
como buenos amigos que se aman;
del trabajo, aún entonces voluntario,
los frutos que tan fáciles lograban.
A estos seres primeros, desde el día
en que la tierra sus despojos guarda,
los genios tutelares, cual debido
tributo á sus virtudes, se les llama.
Llenos de afecto y de bondad, del hombre
los infortunios sin cesar apartan;
porque conserve su existencia velan,
y sus acciones, ya buenas ó malas,
observan, y envolviéndose en vapores,
en leve nube por la tierra vagan,
de todos los inmensos beneficios
que el hombre goza, donde quier llenándola.

«El padre de los hombres y los dioses ordenó al ilustre Vulcano que rápidamente amasase la arcilla en el agua y le comunicase la voz y la forma humana, formando una bella virgen, amable, semejante á las diosas inmortales. Mandó á Minerva que le enseñase los trabajos de las mujeres y el arte de urdir maravillosos tejidos; á Venus, *la dorada*, esparcir sobre su cabeza la gracia encantadora, é inspirarle los deseos inquietos y los devoradores cuidados; á Mercurio, el mensajero de los dioses y el matador de Argos, infundir en ella un espíritu impúdico y un pérfido humor. —Así habló Júpiter, y los dioses obedecieron al hijo omnipotente de Saturno..... .... y las Gracias rodearon su cuello con el collar de oro, las Horas la coronaron de flores primaverales .. .. y el heraldo de los dioses le concedió la palabra y la llamó *Pandora* porque todos le hicieron un don ó presente.»

Del *segundo* período citaremos á **Tirteo** (siglo VII a. de J.), maestro de escuela jorobado, bizco y cojo, cuyos cantos guerreros excitaron el valor de los espartanos. De sus elegías tomaremos algunas estrofas del canto primero. (*Biblioteca Clásica.*)

¡Oh qué bello es morir por la querida
patria! Varón en los combates fuerte,
con los primeros expondrás tu vida.
¿Mendigando infeliz quisieras verte?
¿Del que abandona su natal campaña
no sabes, no, la desdichada suerte?
Desamparado vaga en tierra extraña;
los hijos, la mujer, el padre anciano,
familia desolada le acompaña.
Le aborrecen do quier, y clama en vano;
de la indigencia al peso ya caído,
nadie le prestará piadosa mano.

De **Arquíloco** (siglo VII a. de J.), inventor de la sátira mordaz y el verso yámbico, del cual hizo el arma terrible de la rabia:

A GLAUCO

Mira, mi Glauco, mira
cómo el cerúleo Ponto se conmue-[ve,
y cómo, lleno de ira,
sus altas olas á encrespar se atre-[ve.
La nube pavorosa
sobre los altos árboles asienta;
resuena tempestosa
y un súbito pavor nos desalienta.

MENOSPRECIO DE LAS RIQUEZAS

Huid, vana opulencia,
y vosotras al par grandezas tristes.
¿Mendigaré yo acaso en mi indi-[gencia
vuestros falsos favores?
Bienes hay que no gozan
los que son vuestros necios ama-[dores,
yo olvido los pesares que destrozan.

FRAGMENTOS

Al grande Emperador no estimo en nada;
al hombre generoso y fuerte quiero.

Te he de decir, amado compañero,
y bien sé yo que has de gustar de oirlo,
que amas de todas veras sin cansarte,
empero sin hablarle, al afligido.

Tuyo es, Jove, el imperio de los cielos,
y sobre los mortales tú derramas
las obras, de injusticia abastecidas,
sin olvidar tambien las temerarias.

De **Alceo** (siglo VII a. de J.), el de los *cantos sediciosos* como se le llamó en su patria, la isla de Lesbos, copiaremos primero, el *Epitafio* á los lacedemonios muertos en las Termópilas; segundo, *Los dardos del amor*, y tercero, una estrofa de su oda á Harmodio y Aristogiton.

Pasajero, ve á dar tu testimonio
al buen lacedemonio,
que el sueño de la noche aquí dormimos
porque observantes de sus leyes fuimos.

¡Maldito sea el amor! ¿Por qué me lanza
como á salvaje bruto agudas flechas?
¿Por qué á mi corazón vienen derechas?
¿De qué injurias en mí toma venganza?
¿No asombra que de un Dios la llama ardiente,
con ardor tan intenso
me abrase y me consuma?
¿Qué gloria es la que alcanza
en su fácil triunfo el inclemente,
contra un pobre mortal así indefenso?

Yo llevaré mi espada,
de mirto coronada,
como Aristogiton y Harmodio hicieron
cuando al fiero tirano
mataron, y en Atenas
la igualdad de la ley establecieron.

¡Oh Harmodio! tú no has muerto;
tu estás, según se dice,
en la isla de los aventurados
do están los esforzados
Aquiles el ligero
y el gran Diomédes, hijo de Tideo.

Safo (VI a. de J.), la décima musa, como la llamó Platón, era hija de Lesbos, como el anterior, y pretendida del mismo, á quien no quiso por esposo. Parece leyenda lo de su vida desordenada. Fué desterrada por haber escrito contra el tirano Pitaco. Aristóteles también la ensalza en su Retórica. Igualmente créese leyenda su trágico fin arrojándose desde la roca de Leucades.—Safo era maestra, institutriz ó *matetria* en el grupo de las poetisas que han pasado también á la historia, aunque con menos fama. Inventó las estrofas que llevan su nombre (sáficas) y que han sido transcritas con fidelidad en castellano.—A continuación copiamos dos odas, una traducida por Castillo Allenza, y otra por Menéndez Pelayo.

Á VENUS

Hija de Jove, sempiterna Cipria,
varia y artera, veneranda diosa,
oye mi ruego; con letales ansias
no me atormentes.
Antes desciende como en otro tiempo
ya descendiste, la mansión del Padre
por mí dejando, mis amantes votos
plácida oyendo.

Tú al áureo carro presurosa uncías
tus aves bellas y á traerte luego
de sus alitas con batir frecuente
prestas tiraban.
Ellas del Cielo por el éter vago
raudas llegaban á la tierra oscura
y tú, bañando tu inmortal semblante
dulce sonrisa:
¿Cuál es tu pena, tu mayor deseo
cuál, preguntabas? ¿Para qué me invocas?
¿A quién mis redes, ¡oh, mi Safo! buscan?
¿Quién te desprecia?
¿Húyete alguno? Seguiráte presto.
¿Dones desdeñas? Te dará sus dones.
¿Besos no quiere? Cuando tú le esquives
ha de besarte.
¡Ven, y me libra del afán penoso;
ven, cuanto el alma conseguir anhela
tú se lo alcanza, y á mi lado siempre,
siempre combate!

AL AMOR

Igual parece á los eternos dioses
quien logra verse frente á ti sentado:
feliz si goza tu palabra suave,
suave tu risa.
A mí en el pecho el corazón se oprime
solo en mirarte; ni la voz acierta
de mi garganta á prorrumpir; y rota
calla la lengua.
Fuego sutil dentro mi cuerpo todo
presto discurre: los inciertos ojos
vagan sin rumbo: los oídos hacen
ronco zumbido.
Cúbrome toda de sudor helado:
pálida quedo cual marchita hierba;
y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte,
muerta parezco.

. . . . . .

†**Anacreonte** (siglo VI á V a. de J.). Tal ha sido su fama, que ha dado nombre á una clase de poesía ligera, festiva y propia para odas de este género (anacreónticas.) Su busto fué grabado en las monedas como grande honor y se le erigieron estatuas. Aquí copiaremos algunas de sus poesías. (Traducción Lasso.)†

TRANSPORTE BÁQUICO

Verted el licor ése,
vertedle, amigos míos;
imitadme en los bruscos
transportes del delirio;
pero apartad aquellos
furiosos que un sombrío
vapor inspira. Déjense
al Scita enemigo
ensangrentar siniestro
los dones más queridos
de los dioses. Nosotros
cantemos de continuo;
pensemos solamente
en reir de lo lindo.

EL PLACER

Gocemos, lo demás
es sólo una quimera;
el curso de los años
acaba con presteza.
El presente no dura;
del porvenir ¿qué queda?
Cuidados enojosos,
los que el error engendra,
huid, y no turbeis
los días de mi existencia,
Morir quiero sin que
os conozca siquiera,
entre el Amor y Baco,
deidades halagüeñas.

Á BACO

Del dios potente y digno
del bebedor, respetan
los pesares odiosos
el imperio en que reina.
Si gusto sus placeres,
mi espíritu no piensa
sino en reir, y á fe
que río muy de veras.
Al juego, á todo goce,
á la risa que alegra,
consagro mis veladas,
y con ellos de fiesta,
tomo parte en las danzas,
gozando á mi manera,
al choque melodioso
de cien y cien botellas.

EL CORCEL

Caballo joven de Tracia,
¡cuán tu hemosura sorprende!
la osadía está en tus ojos,
y la arrogancia en ti ofreces.
Al freno una mano hábil
te hará doblegar en breve;
en breve esa misma mano
tornará dócil tu frente.
¡Cuántas miradas de asombro
admirándote han de verse
cuando acudas de la Grecia
á las carreras solemnes,

y obtengas el justo premio
que á tu destreza se debe!
Sobre esta encantada margen
hasta entonces, aún tú puedes
hollar los dones de Flora,
correr libre á do quisieres.

EL VASO

¡Oh tú á quien fué siempre el [arte
tan pródigo en maravillas,
comienza un precioso vaso:
pinta en él graciosa y linda
á la dulce Primavera;
purpúreas rosas la ciñan,
y de Ceres y de Como
las abundantes primicias;
pero no los sacrificios
en que la sangre es precisa!
Traza pórticos risueños,
los juegos y fiestas dignas
de Himeneo y de la diosa
Venus, y aquellas festivas
del buen Sileno y de Baco;
antiguos misterios pinta;
carga de frescos racimos,
sin miedo, las gratas viñas;
adorna de bellas flores
á las pastoras más lindas;
entre infantiles placeres
dancen las Gracias solícitas;
preséntanos las costumbres
de la edad más primitiva;
pinta las más bellas luces
del más apacible día,
y el Amor ó el mismo Apolo
coronen obra tan digna.

Píndaro. Cierra este período el príncipe de los poetas líricos de Grecia (VI á V a. de J.). También ha legado á la posteridad su nombre en las odas de elevado tono y heroico asunto (pindáricas).—Los griegos lo estimaban poco menos que como á un dios y los magnates se disputaban el honor de llevarlo á sus cortes.—Se han perdido muchas de sus composiciones propias para la danza, cuya música componía también, por ser gran artista en este género.—A continuación van algunas estrofas de sus odas, en que se cantan triunfos de los juegos olímpicos, piticos y nemeos, traducción de Lasso de la Vega.

Á GERON, REY DE SIRACUSA, VENCEDOR EN LAS CARRERAS ECUESTRES

La Olímpica contienda es entre todas
la primera en grandeza y nombradía.
Asunto da sobrado
á la cancion sublime del poeta
que por la sacra musa es inspirado,
y sus dignos elogios encamina
el hijo de Saturno, y tiene entrada

de Geron que á los sabios patrocina
en la mansion espléndida y dorada.
Geron que rige el siciliano suelo,
y que en su alma justa como pía,
alimenta la flor de las virtudes;
con digna inspiración y altivo vuelo,
del culto no se exime
de la dulce poesía
y el arte de la música sublime.
Complácenle los himnos que entonamos
en el festín alegre,
en que el huésped nos honra cual le honramos.
Mas toma la feliz, dórica lira,
y si al tañerla, Pisa por ventura
el sacro ardor te inspira,
á Ferénico canta, ese que vuela
el viento así cortando,
en la carrera rápida á su gloria,
sin que el látigo pruebe ni la espuela,
del Alfeo en las márgenes llevando
á su dueño y señor á la victoria.

Á SAUMIS, QUE VENCIÓ EN LA CUADRIGA CON EL CARRO TIRADO DE MULAS, Y CON EL CABALLO EN LA SIMPLE CARRERA

¡Oh Ninfa, del indómito Oceano
hija feliz, de la virtud recibe
benévola, en tu solio soberano,
las perfumadas flores,
y recibe la Olímpica diadema
de aquellos proclamados vencedores!
De Saumis dones son; del que gozoso
en su alígero carro á Camarina
tu reina, viene honrando victorioso
y en mil pueblos su fuerza determina.
En seis aras iguales
en las fiestas honró con sacrificios
á los ínclitos dioses inmortales,
y en su carro por mulas arrastrado,
vencedor fué en los juegos los seis días,

y en el corcel aislado, la cuadriga,
suya fué la victoria deseada.
Tal gloria á ti se dió; se dió á su padre
Acron, y unida entonces,
se viera en uno y otro proclamada.

A DIÁGORAS RODIO, PÚGIL.—(Esta oda se dice que fué escrita con letras de oro en el templo de Minerva.)

Una y otra tocando,
con Diágoras hoy alce mi acento
las gracias alabando
de la hija del mar y de Citeres,
de Rodas la que anima audaz aliento,
y que es ninfa del sol. Mis alabanzas
también al hombre ilustre se dirijan,
del laurel de los héroes coronado
junto al sagrado Alfeo,
y do se muestra la Castalia fuente,
por haber la victoria conseguido
del Pugilato ardiente;
y cante á Demageto,
de la justicia el campeón discreto,
del Asia morador en los Argivos,
el de las seis ciudades en la isla
que fértil fruto de su tierra obtiene,
y enfrente y con figura
de la proa de un buque, á Licia tiene.
A aquellos que del noble Tlepolemo
descienden, se dirige el canto mío;
que deudos son de Alcides
á la vez que de Júpiter supremo
y de Astidamia, de Amintor ilustre
la celebrada hija. Al desvarío
ó á mil errores la agitada mente
de los hombres conduce,
y por eso el mortal difícilmente
conoce apenas lo que el bien produce.

Á MELISO, VENCEDOR CON LA CUADRIGA. *(Trad. de Montes de Oca.)*

El hombre que no fía
en próspera fortuna, ni riquezas;
que nunca se gloría
de su poder y atléticas proezas,
merece que con manos
frenéticas le aplaudan sus herma-
[nos.
.....
Con fiestas y canciones
—de las Gracias favor—premiar
[es justo
las ínclitas acciones,
enalteciendo al vencedor augusto.
¡Meliso! Honor y gloria
á ti, que alcanzas hoy doble vic-
[toria.
Sin rival el gentío
en el Ístmico valle hora te acla-
[ma;
de ginete, el umbrío
bosque del gran León te ha dado
[fama.
¡Gózate, tú, que elevas
al cielo el nombre de tu patria
[Tebas.
.....

Debe terminar este segundo período de la literatura griega, con los nombres de los *siete sabios.*

Thales, de origen fenicio (VII, VI a. de J.), geómetra, físico y astrónomo. En filosofía buscó el principio de todo, en la naturaleza material. La substancia universal de las cosas es para él, análoga al agua.

Anaximandro (siglo VI a. de J.), discípulo del anterior, compuso un pequeño tratado sobre *La Naturaleza,* que, aunque en prosa, reviste un estilo semipoético en los fragmentos que de él se conservan, de admirable concisión.

Anaximenes (siglo V a. de J.), discípulo del anterior, sostiene que el aire es la substancia primitiva y principio generador de las cosas, que rodea al mundo. En su cosmogonía materialista, la tierra, aplastada como una hoja, está sostenida también por el aire.

Pitágoras (siglo VI a. de J.), nacido en Samos, viajó, deteniéndose sobre todo en Egipto, donde se inició en los misterios de los sacerdotes, estudiando la religión y las ciencias. Fundó en Crotona una sociedad filosófica, mística y política, que, perseguida y dispersada, le costó la vida.—El poema que se le atribuye (*Versos dorados*), acaso no sea suyo. Las bases principales de su doctrina son las matemáticas y la religión; y encontrando en todas las cosas

COLEGIO CÁNOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MÁLAGA

relaciones numéricas, á las matemáticas refiere la armonía del Mundo.

Jenófanes (siglo VII á VI a. de J.). En su poema *Sobre la Naturaleza* censuró en profundos versos á Homero por haber atribuído á los dioses pasiones y vicios humanos. Quizás es el primero en atreverse á señalar el absurdo de las creencias populares, osando proclamar la idea monoteísta.

Parménides (siglo V a. de J.). Con el mismo título que el de Jenófanes, este filósofo y poeta expuso la doctrina de que sólo el Sér es eterno y las existencias individuales sombras, ilusiones que engañan los sentidos.

Empedocles (siglo V a. de J.). Político al mismo tiempo que filósofo, derribó el gobierno aristocrático, reemplazándolo por instituciones liberales; pero habiendo perdido el aura popular, huyó al Peloponeso, donde murió. Se le reputa como genio universal, llamándole sabio, ingeniero, músico, médico, filósofo, orador y taumaturgo. Su sistema filosófico es un eclecticismo en que procuraba conciliar la física de los Jónicos, la metafísica de los Eleatas y las matemáticas de los Pitagóricos. Los fragmentos que de sus trabajos se conservan han sido comentados en Alemania y Holanda.

El período *tercero*, llamado del siglo de oro, cuenta con los excelsos nombres de que vamos á ocuparnos ligerísimamente.

Solon (638-558 a. de J.). Legislador y arconta único por su prestigio y sabiduría, dió á sus compatriotas una constitución. Compuso elegías, siendo en sus manos la poesía medio para popularizar ideas políticas y justificar las reformas. Como orador figura también en primera línea.—Copiaremos un pasaje de su composición, leída en la plaza pública de Atenas, en cuya ocasión se fingió loco para burlar la ley que prohibía con pena de muerte ocuparse del asunto á que se refiere. Demóstenes ha conservado en una de sus arengas dicha composición. (Trad. A. Roda.)

Gracias á Júpiter y á los demás Inmortales, jamás serán destruídos los muros edificados por nuestros abuelos. Atenas, hija del Padre de los Dioses, extiende su mano fuerte y protectora sobre su ciudad. El pueblo es quien quiere arruinarla con su afición desordenada al

vicio y las riquezas. Sus Jefes meditan el crimen, y alentados por su audacia, desafían el peligro de los más grandes desastres. Jamás supieron imponerse el freno de la moderación y dirigir sus pasos hacia la paz y la virtud. «¡Oro y siempre oro!—gritan.—¿Qué importa la justicia? Levantemos rápidamente el edificio de una dicha pasajera.» Desde el instante en que piensan de este modo, no hay nada seguro en sus manos; atentan á los tesoros de los Dioses; no respetan los bienes de los particulares y ofenden á Temis, que lo ve todo en silencio. ¡Oh, el tiempo lo vengará! Una llaga incurable y profunda se extiende por todas partes: la libertad se cambia en servidumbre; la discordia produce el incendio de la guerra; la tierra se enrojece con la sangre de los ciudadanos, y el país que se ama desde la infancia es primero destrozado y después vendido por sus propios hijos. Estos son los males que amenazan á todos; pero la muchedumbre indigente, ¿qué suerte sufre? Arrastrada y sumida en la vergüenza y la ruína común, tiene que padecer todos los males del destierro. Ni las casas más ricas se libran del desastre; los cerrojos, las defensas, los obstáculos sirven solamente para despertar la obstinación del mal, que penetra hasta el lecho para sorprender á su víctima. ¡Oh, mis conciudadanos! todas estas desgracias nacen del desprecio de las leyes, que es el mayor de los azotes.

Pisistrato.—Contemporáneo del anterior, y su rival á pesar del parentesco, es otro de los legisladores que llegó á obtener tal favor de sus conciudadanos, que alcanza la suprema magistratura. La literatura le debe haber recogido escrupulosamente todos los poemas de Homero y escribirlos, para legarlos á la posteridad. También se debe á Pisistrato la creación de la primera Biblioteca abierta al pueblo en Atenas.

Pericles (499-429 a. de J.).—Es el tercer legislador de este sublime triunvirato, y jamás Grecia apareció tan rica ni gloriosa cual bajo el genio del gran hombre, que presidía los destinos de la República ateniense. Como Pisistrato, fué orador incomparable, y en su tiempo se desarrolló la época más floreciente del siglo de oro, y que lleva su nombre. Las Artes, con Fidias en el Partenón, le deben su más alta expresión divina. En su vida se dice que influyó una mujer insigne, la famosa cortesana Aspasia, de quien se cuenta que hasta educó con sus maneras y su refinamiento, no

sólo á Pericles, de quien llegó á ser mujer legítima, si que también á Sócrates. Merecería mayor espacio el genio insigne que nos ocupa, pero hemos de contentarnos con copiar de él únicamente el epílogo de su hermoso discurso, aconsejando á los atenienses la guerra del Peloponeso:

Despidamos ahora á esos embajadores, diciéndoles que estamos dispuestos á cumplir estrictamente los tratados; que restableceremos nuestras relaciones con los de Megara si los lacedemonios conceden las mismas ventajas á los aliados de Atenas; que no consentiremos que Esparta imponga su forma de gobierno á las ciudades libres, y que, sin deseos de comenzar la guerra, sabremos defendernos de los agresores. Esta es la respuesta más justa y más digna de nuestra República... Así fué como nuestros padres sostuvieron la guerra contra los Medos; así fué como, privados de nuestros inmensos recursos y aun abandonando cuanto poseían, rechazaron las huestes extranjeras y se elevaron á un alto grado de esplendor y de grandeza, fruto de su intrepidez y su pericia, más bien que de su fuerza y su fortuna. No nos mostremos herederos indignos de sus virtudes; empleemos todos los medios posibles para rechazar á nuestros enemigos y qué el patrimonio de gloria y de poder que recibimos de nuestros mayores pase á nuestros nietos sin menoscabo alguno.

Esquilo (525-456 a. de J.).—Padre de la tragedia griega, fué soldado insigne, que combatió en Maraton, Platea y Salamina. Escribió 90 obras, cuya mayor parte se ha perdido. Cincuenta y dos veces fué coronado este genio colosal, que supo evocar las viejas teogonías, cantar á las divinidades y á los héroes, exaltar el alma de su pueblo en el patriotismo. Pintó á Prometeo luchando contra Júpiter, asunto que constituye algo digno de la epopeya. Setenta y tres títulos se conservan de sus obras dramáticas, y son sus principales tragedias: *Prometeo encadenado, Los siete contra Tebas, Los Persas, La Orestiada* (trilogía que comprende á *Agamenón, Las Coéforas, Las Euménides*) y *Las Suplicantes*.—Todas han sido traducidas en prosa por el Sr. Brieva, y de alguna que otra extractaremos tal cual pasaje y el epitafio que él mismo escribió para su tumba, y en el que no alude á su calidad de poeta, sino sólo á su antigua de guerrero.

Argumento de *Prometeo*. Por haber robado á éste el fuego divino, comunicándolo á los hombres, con el cual inventaron las artes, airado Júpiter lo manda amarrar á las rocas del monte Cáucaso. En su suplicio vienen á consolarle, entre otros, el Océano, ofreciéndole suplicar el perdón al dios de los dioses, pero Prometeo les disuade. Io, la hija de Inacho, oye á Prometeo el presagio de que de la descendencia de ella nacerá Hércules, que vendrá á librarlo de sus tormentos. Pero como quiera que con atrevida lengua injurie al Padre de los inmortales, desciende Mercurio amenazándole con el rayo, si no declara qué ha de suceder á Júpiter en lo porvenir. Niégase á ello Prometeo: retumba el trueno, el rayo hiende la roca y desaparece el mismo entre las pétreas ruinas.

Mercurio.—A ti, ladrón del fuego, á ti es á quien me dirijo. Padre manda que digas qué bodas son esas por las cuales ha de caer del imperio. Y esto sin enigmas, antes explicándolo punto por punto. No me obligues á segundo viaje, Prometeo, que bien ves que no es con estos juegos como Júpiter se ablanda.

Prometeo.—¿Parécete que tiemblo á los nuevos dioses: que menguado he de bajarme á ellos? Muy lejos estoy de eso. Vuelve pies atrás por el camino que viniste, pues nada de lo que quieres averiguar has de saber.

Mercurio.—Con esos fieros te acarreaste ya esta desgracia.

Prometeo.—Ten por cierto que no trocaría yo mi desdicha por tu servil oficio; que juzgo mejor servir á esta roca que no ser dócil mensajero de Júpiter, tu padre. Así, es razón que con ultrajes se responda á quien nos ultraja.

Mercurio.—Paréceme que te recreas con tu presente fortuna.

Prometeo.—¡Que me recreo! ¡Que no viera yo recrearse así á todos mis enemigos! Y á tí entre ellos.

Argumento de *Las Suplicantes*. Huyendo de verse casadas con los hijos de Egipto, sus primos, pasan el mar las cincuenta hijas de Danao, refugiándose en territorio argivo. Argos, el rey, les sale al paso y ellas descúbrenle la persecución que allí las lleva. Concedida la hospitalidad, arriba un heraldo de los hijos de Egipto amenazando con la guerra si no se le entregan las donce-

llas danaides; pero se desprecian las amenazas y las suplicantes entran en la ciudad.

Danao.—Ánimo, hijas. Nuestras cosas con los Argivos van bien. El pueblo todo ha votado por nosotros.

Coro.—¡Salve, anciano padre mío, que tan gratas nuevas me anuncias! Pero dinos qué se ha decretado; qué resolución se llevó la mayoría del pueblo.

Danao.—Allí no hubo pareceres, sino que de modo fué que sentía yo remozarse mi vieja alma. El aire apareció como erizado de diestras que se alzaban de todo el pueblo argivo entero que á una voz sancionaba el decreto. Podremos vivir aquí libres, y sin que mortal alguno pueda reclamarnos, gozando el derecho de asilo... Tal fué la sentencia que en pro nuestro obtuvo el rey de los Pelasgos con su persuasiva palabra...

EPITAFIO

Guarda esta tumba al ateniense Esquilo;
su padre era Euforion, y vióse muerto
allá de Gela en los fecundos campos.
Si valiente portóse y con esfuerzo,
de Maraton la célebre espesura,
y el de la larga cabellera, el Medo,
podrán decirlo. Atestiguarlo pueden
porque bien han sentido mi denuedo.

Sófocles (¿495-405? a. de J.).—Renovó el espíritu de la tragedia armonizando la fe y la razón con la concordancia de la voluntad divina y la conciencia humana. Aumentó el número de los actores y disminuyó la importancia del coro. También son siete sus tragedias llegadas hasta nosotros: *Antígona, Electra, Las traquinianas, Edipo rey, Edipo en Colonna, Filoctetes* y *Ajax furioso.*

Argumento de *Ajax.*—Éste hijo de Telamón, que figura en la *Iliada* como uno de los guerreros más temibles, se suicida porque los atridas han dado á Ulises las armas del héroe Aquiles, que en ausencia de éste cree Ajax le pertenecen de derecho; y la cólera y humillación de Ajax son el nervio de la tragedia.—La escena representa, de un lado la tienda de Ajax, y de otro un bosque selvático y la vista del mar.—Minerva aparece en el aire, y le dice á Ulises que va á entrar en la tienda de Ajax, que éste

ha degollado durante la noche los rebaños de los griegos, creyendo inmolar á Ulises y los atridas, por haberle arrebatado las armas que le correspondían del hijo de Peleo. Ajax, perdida la razón, se vanagloría de su acción, y Minerva indica á los espectadores que el héroe griego ha merecido este castigo por su orgullo, despreciando el socorro de los dioses en el combate que quedó indeciso entre Héctor y él á presencia de los dos ejércitos.—En esto estriba la moral religiosa del drama.

Tecmesa (cautiva y esposa de Ajax, responde al coro irritado contra el guerrero, que acaba de recuperar la razón):—Desde el punto que vió el desastre, se golpeó la cabeza, lanzando gritos, revolcándose sobre el montón de víctimas y mesándose los cabellos. Permaneció luego largo espacio sentado y en siniestro silencio. Después, dirigiéndome terribles amenazas si no le revelaba cuanto había pasado y lo que había hecho, se espantó de mi narración y lanzó dolorosos gemidos, tales como jamás escuché salir de sus labios...

Ajax. -¡Tinieblas que sois mi luz! ¡Erebo visible á mis ojos, tomad un nuevo habitante; tomadme, porque no puedo esperar socorro ni de los dioses ni de los mortales!...

Coro.—Si mueres, piensa en que Tecmesa y tu hijo serán recogidos por los argivos y arrastrados á ser esclavos suyos.

Ajax (luego de haber cogido á su hijo dirigiéndose al Sol, después de haber invocado á Júpiter, Mercurio y las Euménides para que venguen á los Atridas) .. y tú, cuyo carro recorre las alturas del empíreo ¡oh Sol! cuando ilumines el país que me ha visto nacer, retén las riendas de oro para anunciar mi muerte á mi padre y á mi desgraciada madre! ¡Qué gemidos lanzará ella que resonarán en la ciudad entera! ¿Pero por qué estos vanos lamentos? Es preciso acabar pronto. ¡Oh muerte! ¡oh muerte, ven, mírame... pronto seré ante tí en el más allá!... Y tú, día brillante; Sol llevado sobre tu carro de oro; por última vez te hablo: luz esplendente, sagrado Sol de Salamina, patria mía, hogar paterno, gloriosa Atenas, amigos y compañeros míos, y vosotros, ríos, fuentes, llanuras, de todos me despido! Estas son las últimas palabras de Ajax... Diré la continuación de las mismas á los que están en el reino de ultratumba. *(Se precipita sobre su propia espada.)*

Antígona. (Trad. G. Garbín.)—*Personajes:*—Antígona é Ismena, hijas de Edipo.—Creonte, Rey de Thebas.—Hemón, hijo de Creonte.—

Tiresias, sacerdote —Eurídice, esposa de Creonte.—Un centinela.—Un mensajero.—Otro mensajero.—Coro de ancianos ó Senadores de Thebas. - La escena representa el exterior del Palacio Real de Thebas, con tres puertas, de las cuales la central es mayor que las otras dos; la de la derecha marca el camino de la ciudad; la de la izquierda, el de las afueras. En cada lado una decoración. Las dos Princesas, Antígona é Ismena, salen por la puerta de la derecha, que conduce al departamento de las mujeres. Antígona lleva en la mano una gran copa de metal para las libaciones. La pieza principia al amanecer del día siguiente al en que tuvo lugar el combate fratricida de Eteocles y de Polynice. Durante la noche, el ejército argivo, sitiador en Thebas, ha levantado el campo. Por esta razón en el primer coro se canta *la salida del sol* y *la liberación de Thebas.*

ANTÍGONA É ISMENA. - *Ant.*—¡Ismena, hermana mía! ¿Hay uno sólo de los males reservados á la raza de Edipo con el que no nos haya afligido el cielo á nosotras, míseras, que aún vivimos? No, no hay dolor, ni humillación, ni oprobio que no hayamos probado (¡y sin culpa!) en la serie de nuestras desgracias. Y ahora ¿qué edicto es ese que acaba de hacer publicar el Rey en toda la ciudad? ¿No lo sabes? ¿No ha llegado á tus oídos? ¿O las nuevas desgracias que amenazan á nuestros amigos se te ocultan?

Ism. Ninguna nueva noticia, Antígona, agradable ni funesta concerniente á nuestros amigos ha llegado hasta mí, después que nuestros dos hermanos perecieron, dándose en un día muerte el uno al otro; el ejército de los argivos ha desaparecido en esta misma noche. No sé que haya más, ni por fortuna ni por desgracia.

Ant.—Pues bien, precisamente te he hecho salir de las puertas del vestíbulo para que tú sola me oigas.

Ism.—¿Qué ocurre, Antígona? Tus palabras revelan una gran agitación.

Ant.—¡Pues qué! ¿No acaba Creonte de conceder preferentemente á uno de nuestros dos hermanos el honor de la sepultura, privando de él al otro, indignamente? Á Eteocles, por un decreto equitativo y justo, le ha hecho sepultar, dicen, con los honores debidos á los manes: —y, por lo que hace al cadáver del desgraciado Polynice, se ha pregonado una orden prohibiendo á los ciudadanos que le sepulten ni le lloren, para que, abandonado, sin honras fúnebres, ni duelo, sirva de preciado pasto á las aves carniceras. Ya sabes, hermana, lo que *el generoso* Creonte ha querido ordenarte á tí y á mí; ¡sí, á mí, á mí también!—y le verás venir aquí á proclamar muy clara su voluntad á to-

dos cuantos pudieran ignorarla; – y para que esta prescripción sea severamente cumplida, conmina al que intente desobedecer su mandato con la pena de morir en la ciudad apedreado á manos del pueblo. – Ya sabes lo que ansiaba comunicarte... ahora tú demostrarás si eres mujer ilustre ó una vil que desmiente su noble sangre.

× **Eurípides** (485-409 a. de J.). Cultivó la filosofía y la pintura antes que la poesía. Nos quedan 18 tragedias suyas y un drama satírico.—Sus dotes preeminentes como autor son despertar la emoción y la compasión por las descripciones brillantes de las pasiones humanas. Redujo los héroes y los príncipes á las proporciones de los hombres, simplificando el lenguaje de la poesía en un término medio entre la bajeza y la elevación. Humanizó los dioses y fué un precursor del espíritu moderno, rompiendo la tradición del Teatro como un innovador; pudiendo casi decirse que su tendencia psicológica en el estudio de los caracteres, se ha perpetuado hasta el día. Esquilo conservó el tipo antiguo del ditirambo; Sófocles la magnificencia de la epopeya; Eurípides fijó para el porvenir la extensión y tono de la tragedia.—Títulos de algunas de sus obras: *Hécuba, Orestes, Medea, Alcestes, Andrómaca, Ifigenia en Aulide, Ifigenia en Táulide, Las bacantes, Helena, Ion, Hércules furioso* y *Electra.* ×

De **Alcestes.** – ESCENA PRIMERA. – *Apolo.* – ¡Oh, palacio de Admeto donde, siendo Dios, me senté á la mesa de los siervos! Porque Júpiter dió muerte á mi hijo Esculapio lanzando el rayo contra su pecho, y excitó mi ira hasta el punto de obligarme á matar á los cíclopes que forjan los rayos de Jove, y mi padre en castigo me forzó á servir á un mortal. Cuando vine, pues, á esta región, apacentaba los bueyes de mi huésped, y desde entonces he protegido siempre á su familia. Yo, piadoso, tropecé con un varón, que también lo era, con el hijo de Feres, á quien salvé de la muerte engañando á las Parcas; concediéronme éstas librar á Admeto del duro trance que le amenazaba, si en su lugar llevaba otro muerto á los infiernos. Exploré la voluntad de todos, importuné á sus amigos, á su padre, á la anciana madre, que le dió á luz, y ninguno quiso morir por él, y dejar de ver el sol, excepto su esposa, la cual ahora, llevada en brazos ajenos, está próxima á morir: hoy morirá fatalmente. Y yo, para no contaminarme en este palacio, abandono sus techos amados. Ya veo á la Muerte, sacerdotisa de Plu-

tón, que la llevará al Orco: oportunamente llega hoy, porque Alcestes ha de morir.

La Muerte.—(Con negros vestidos, negras alas y armada de guadaña.)—¿Qué haces junto á este Palacio? ¿Por qué rondas, Febo? Segunda vez eres injusto, pues cercenas y usurpas honores debidos á los dioses infernales. ¿No te bastó impedir la muerte de Admeto, engañando á las Parcas? Ahora, armada tu diestra con el arco, parece que defiendes á la hija de Pelias, que ha prometido sacrificarse por su esposo.

. . . . . .

El coro.—Sabed, pues, que muere con gloria, y que es la mejor de las esposas.

La esclava.—¿Y cómo no lo sería? ¿Quién lo disputará? ¿Qué mujer habrá que la supere? ¿Cómo probará ninguna lo que ama á su esposo sino muriendo por él voluntariamente? Y esto lo sabe toda la ciudad, y te admirarás de lo que ha hecho en el Palacio. Cuando conoció que se acercaba el día funesto, lavó su blanco cuerpo con agua corriente, y sacando de sus arcas de cedro ropas y joyas, se vistió con elegancia, y delante del hogar, oró así: «Oh, señora mía; yo voy á los infiernos, y ya que por última vez te adoro, te ruego que protejas á los que dejo huérfanos, y des al uno esposa amada, á la otra noble esposo, y que ya que yo, que soy su madre, muero, no perezcan prematuramente mis hijos, sino que dichosos vivan en su patria dichosa.» Llegóse á todas las aras que hay en el Palacio de Admeto, y las adornó y oró, tegiendo una corona de ramos de mirto; sin dar gritos, sin gemir siquiera, y sin que su semblante se alterase un punto al aproximarse la hora funesta..... Los hijos lloraban sin soltar los vestidos de su madre, y ella los besaba, ya abrazando al uno, ya al otro, como la que ha de morir en breve. Y todos los criados lloraban también, compadecidos de su dueña, y ella á todos ofrecía su diestra, y á ninguno, por bajo que fuese su ministerio, dejó de hablar y él á ella. Tales son las desdichas, que ocurren en el palacio de Admeto; si él hubiese muerto, nada sentiría, y librándose de este trance sufre tal dolor, que jamás lo olvidará.

El coro.—¿Y gime Admeto por estos males, forzado á perder tan incomparable esposa?

La esclava.—Llora teniendo en sus brazos á su amada compañera, y queriendo imposibles, le ruega que no lo abandone: ella se consume y desfallece, aniquilada por su enfermedad, y pesa tristemente en su regazo. Sin embargo, aunque respira lentamente, desea ver la luz del sol. Nunca más, y por la vez postrera, mirará sus rayos.

Aristófanes (450-387 a. de J.).—Unico poeta cómico de la antigua Grecia, de quien no conservamos sino escasas obras, siendo doblemente sensible por ser el más grande de todos. De sus 54 piezas representadas, quedan 11, entre las cuales son las más renombradas *Las nubes*, *Las aves*, *Los Acornienses*, *Los Caballeros*, *Las ranas* y *Las Junteras* (asambleas de mujeres). La comedia aristofanesca pertenece por su fondo al género político y filosófico-social, aunque por la forma sea una mezcla incoherente de lirismo y vulgaridad, de elegancia y bajeza, enteramente imaginativa, y de locura genial y de capricho. Cada obra constituye una crítica mordaz de los hombres y de las instituciones, y todas, inspiradas en un solo espíritu y sentido: el amor exaltado hacia un pasado glorioso, en detrimento de las ideas progresivas. Por esto se explica que sea el violento adversario de los innovadores Sócrates y Eurípides.

Las nubes, llamadas así por la particularidad de que el coro está compuesto de nubes parlantes, es una crítica acerba, y en muchas ocasiones desvergonzada, contra los filósofos en general, que predican el cambio de instituciones, de costumbres y de ideales; y como la representación más alta en esta dirección es Sócrates, á él se dirige de una manera cruel Aristófanes, que creía que sobrevendría inmediatamente la decadencia de Grecia por el abandono de lo viejo á impulsos de las nuevas aspiraciones. Todo el nervio del argumento estriba en que Estrepsiades, burgués avaro y poco escrupuloso, tiene un hijo, Fidípides, que le arruina con sus prodigalidades. Y queriendo huir el padre de los acreedores, ruega al hijo que vaya á la escuela de Sócrates, donde aprenderá el arte retórico de hablar y defender las peores causas. Sócrates habla al discípulo de Filosofía, Astronomía, Física; pero el alumno le dice que sólo le interesa que le enseñe á defender la falsedad, para salvarse de las reclamaciones de sus acreedores. Hé aquí algo de la escena en que va el padre á pedir á Sócrates que eduque á su hijo en el arte susodicho. (Trad. Baraibar.)

Un discípulo —¡Vaya al infierno! ¿Quién golpea la puerta?
Estrepsiades.—Estrepsiades, hijo de Fidon, del cantón de Cicinno.
El discípulo.—¡Por Júpiter! Campesino habías de ser para golpear

tan brutalmente la puerta y haberme hecho abortar un pensamiento que había concebido.

Estrepsiades. Perdóname, porque habito lejos de aquí, en el campo; pero dime: ¿cuál es el pensamiento que te he hecho abortar?

El discípulo.—No me es permitido decírselo más que á los discípulos.

Estrepsiades.—Dímelo sin temor, porque vengo á la escuela como discípulo.

El discípulo.—Lo diré: pero ten en cuenta que esto debe de ser un misterio. Preguntaba ha poco Querefón á Sócrates cuántas veces saltaba lo largo de sus patas una pulga que había picado á Querefón en una ceja y se había lanzado luego á la cabeza de Sócrates...

Sócrates. – ¿Qué es lo que te ha hecho venir?

Estrepsiades. – El deseo de aprender á hablar. Los usureros, los acreedores más intratables me persiguen sin descanso y destruyen los bienes que les he dado en prenda.

Sócrates. – ¿Cómo te has llenado de deudas sin apercibirte?

Estrepsiades.—Me ha arruinado la enfermedad de los caballos, cuya voracidad es espantosa. Mas enséñame uno de tus dos discursos, aquel que sirve para no pagar. Sea cual fuere el salario que me pidas, juro por los dioses que te lo he de satisfacer.

Sócrates.—¿Por qué dioses juras? En primer lugar, es preciso que sepas que los dioses no son ya moneda corriente entre nosotros.

Estrepsiades.—¿Pues por quién juráis? ¿Acaso por las monedas de hierro como en Bizancio. .?

De historiadores, ya apuntamos que sólo citaríamos el otro triunvirato famoso de Herodoto, Tucídides y Jenofonte, y nos contentaremos con copiar únicamente algo del tercero.

Herodoto (484-406 a. de J.), llamado el padre de la historia, recorre parte de Asia y de África, se establece en Atenas y compone su gran historia de los pueblos antiguos. Narrador atractivo, de cándido lenguaje, de sagaz observación y justiciero en sus apreciaciones, recrea al par que instruye en su manera de narrar. Los antiguos dieron el nombre de las nueve musas á los nueve libros de la *Historia* de Herodoto.

Tucídides (471-412 a. de J.), general al propio tiempo que historiador, cayó del favor público á consecuencia de un fracaso militar; y siendo condenado al destierro, escribió su *Historia de*

la guerra del Peloponeso. Menos florido que Herodoto, considera la historia más como escuela que como espectáculo; lo cual no le impide describir admirablemente hombres y cosas. La magnificencia de su estilo se parece á la majestad de la tragedia. ×

× **Jenofonte** (445-355 a. de J.). Soldado también al par que historiador, es el discípulo de Sócrates, que supo brillar en tan diversos órdenes como la virtud, el valor guerrero y la elocuencia. Quince de sus obras han llegado hasta nosotros: históricas, didácticas, políticas, filosóficas y morales, de las que sólo citaremos los nombres de *La Economía* (de donde Virgilio se inspiró para sus *Geórgicas*), *La Equitación, La Caza, Las Helénicas* (continuación de las historias de Tucídides), *La Ciropedia ó Historia ae Ciro el mayor* (trad. Gracián y Flórez) y la *Apología de Sócrates*. De ésta, traducida y comentada por González Garbin, trasladaremos algunos párrafos para mostrar, no sólo la sencillez y dulzura de su estilo (por lo que fué llamado «dulce como la miel» por Cicerón, y la «Abeja ática» por sus contemporáneos), si que también la claridad de su exposición y la sabiduría que supo infundir en su espírtu sú inmortal maestro. Acaso Jenofonte sea una de las personalidades más perfectas del mundo antiguo, puesto que reúne tan variadas y complejas aptitudes. ×

Apología de Sócrates.—«Sócrates respondió á las acusaciones de sus enemigos.»—Compareció ante los jueces, y dijo: ¡Atenienses! Lo que más me maravilla en este asunto es la conducta de Mélito (los otros dos acusadores fueron Anito y Licón). ¿Cómo ha osado asegurar que desprecio las deidades de la República, cuando todo el mundo me ha visto, y él mismo si lo ha querido, tomar parte en las comunes festividades y sacrificar en altares públicos? ¿Es, pues, por ventura, introducir númenes extraños el haber yo dicho que la voz de un *Dios* resuena en mi oído enseñándome cómo debo obrar? ¿Pues los que consultan los cantos de las aves ó los pronósticos de los mismos hombres no se dejan influir también *por sonidos* articulados? ¿Quién puede negar que el trueno sea una *voz* y el más grande de todos los presagios? ¿Pues la Pitonisa colocada sobre la trípode, no se vale también de la *voz* para pronunciar los oráculos de su Dios? En una palabra, que Dios conoce y revela á quien le place el secreto de lo porvenir: he ahí todo lo que yo digo, que es lo mismo que dicen y piensan los demás. Pues

bien, los demás llaman á todo eso augurios, pronósticos, presagios, profecías; yo le llamo *Genio* (Daimonio); y creo que llamándolo así uso un lenguaje más verdadero y más piadoso que los que atribuyen á las aves el poder de los dioses. Y la prueba de que no miento contra la divinidad es que cuantas veces he manifestado á mis numerosos amigos los consejos de *Dios*, jamás les he parecido engañado.

Alborotáronse los jueces al oir esta arenga: unos porque no daban crédito á lo que habían oído, otros aguijoneados por la envidia de que aquel hombre hubiera conseguido mayores distinciones que ellos por parte de los dioses.

Sócrates tomó de nuevo la palabra, y les dijo: Ea, pues, escuchad más todavía, á fin de que los que lo desean tengan un motivo más para no creer en los favores que me concede el cielo. Un día, ante una reunión inmensa, interrogó Cherefón sobre mí al oráculo de Delfos: *No existe un hombre*, respondió Apolo, *más independiente, más justo ni más sabio que Sócrates.*

Como era de esperar, levantóse aún más el clamor de los jueces cuando escucharon esto. El sabio ateniense nuevamente les arguyó diciéndoles: ¡Hijos del Ática! pues mayores alabanzas que las tributadas á mí, profirió el oráculo en honor de Licurgo, el legislador de los espartanos. Al verle entrar en el templo cuentan que exclamó: *No sé si te llame Dios ú hombre.* A mí, sin haberme comparado á un dios, sólo me ha hecho superior á los demás hombres.

Sin embargo, yo no quiero que ciegamente deis crédito á las palabras del oráculo; pero ruego que las examinéis una por una. ¿Conocéis un hombre menos esclavo que yo de los apetitos del cuerpo? ¿un hombre *más independiente* que yo, que de nadie admito dádivas ni recompensas? ¿Y á quién podréis vosotros considerar como el *más justo*, sino al hombre moderado que se acomoda con lo que tiene, sin tener nunca necesidad de lo de los demás? ¿Y en fin, cuál de vosotros puede negarme el último dictado del oráculo, si desde el momento que comencé á comprender la lengua humana no he cesado de investigar y he aprendido cuanto bueno he podido?

¿Y la prueba de que mis trabajos no son estériles, no la veis patente en la predilección con que buscan mi sociedad gran número de ciudadanos, y aun de extranjeros, apasionados de la virtud? ¿Por qué tantas gentes desean obsequiarme con regalos, cuando saben que yo no tengo riquezas con que remunerarles? Y en cuanto á mí, mientras que nadie puede decir que le he exigido un servicio, ¿cómo confiesan todos que me deben agradecimiento? ¿Por qué razón, durante el sitio

de Atenas, mientras mis compatriotas se lamentaban todos de su miseria, yo no vivía ni más ni menos angustiado que en los días más prósperos de la República? En fin, los más de los hombres tienen que comprar á caro precio los objetos de sus delicias en el mercado público; yo, sin costo ninguno, los encuentro infinitamente más dulces en el fondo de mi alma. Pues si todo cuanto he alegado en mi defensa es cierto, y nadie puede convencerme de que falto á la verdad, ¿cómo, haciéndome justicia, no he de ser ensalzado por los dioses y por los hombres?

Tal es mi conducta. Y sin embargo, Mélito, tú me acusas de pervertir á la juventud. Pero todos sabemos en qué consisten tales corrupciones: dime si conoces á uno sólo de esos jóvenes que con mis lecciones se haya pervertido; que siendo religioso se haya hecho un impío; que de moderado se haya tornado violento; de reservado en pródigo; de sobrio en amante de la crápula; de trabajador en perezoso; uno sólo que se haya entregado á pasiones vergonzosas... Pues, entonces, ¿te parece... que yo, por ser tenido en la opinión de algunos como el mejor en lo que es el mayor bien de los hombres, la educación del espíritu, me haya de ver por tu causa condenado á muerte?

A **Hipócrates** (470-? a. de J.), el más antiguo y más ilustre de los médicos y el más exacto de los observadores, se le atribuyen 80 obras, pero se duda de la autenticidad de todas, queriendo algunos que se reduzca su número á 6 principales. Su método, que lleva su nombre, huye igualmente del empirismo y de las hipótesis, fundándose directamente en la experiencia. Por ser el más distinguido y eminente de los científicos, no citamos ahora otros.

En cuanto á la oratoria, entre muchos nombres insignes señalados ya ó que omitimos, no deben callarse los dos siguientes.

Demóstenes (385-322 a. de J.), implacable adversario de Filipo, por lo que una serie de sus arengan lleva el nombre de *Filipicas*, que ha quedado en la conversación usual para calificar cierta clase de discursos, fué defensor de las libertades de Grecia, y perseveró en su actitud indefinidamente. Según sus críticos, la elocuencia que le caracterizaba era una síntesis de la energía de Tucídides, de la argumentación de Platón y de la singular vehemencia de su propio temperamento.

Defensa de Demóstenes.—*(Del exordio.)*—Tiene Esquines en esta causa muchas ventajas sobre mí, de las cuales dos sobre todo, ¡oh atenienses! son muy importantes. Los peligros que corremos no son iguales, porque si él no gana, su causa no pierde nada, y si yo me enajeno vuestra amistad... Pero no, no saldrá de mis labios ninguna palabra aciaga en los momentos en que comienzo á hablaros! La otra ventaja que le favorece consiste en que hay natural inclinación á escuchar con agrado las acusasiones y las calumnias y á oir con disgusto á los que se ven obligados á hablar bien de sí propios. Esquines tiene, pues, en su favor todo lo que concilía la atención simpática de la mayor parte de los hombres: yo sólo tengo lo que les enoja y ofende. Si guardo silencio sobre los actos de mi vida pública, será incompleta mi justificación, y podréis creer que os habéis engañado al considerarme digno de premio. Si me extiendo sobre lo que he hecho en servicio del Estado, tendré necesidad de hablar frecuentemente de mi persona. Procuraré hacerlo con toda la mesura que me sea posible, y lo que me vea obligado á decir atribuidlo, ¡oh atenienses! al que me ha reducido á tener que defenderme.

Esquines (siglo IV a. de J.). Discípulo de Sócrates y contemporáneo del anterior, de quien fué enemigo político y personal, al defender á Filipo de Macedonia. Orador de gran talento, se discutieron, sin embargo, sus méritos propios, creyendo los enemigos que había sustraído á la viuda de su maestro diálogos filosóficos, de donde había sacado toda su doctrina. La expresión en estos diarios brilla por lo sobria y límpida; y algunos de los publicados como suyos parece que son apócrifos.

Acusación de Esquines.— ...Lo sabéis, atenienses; hay en los pueblos tres clases de gobierno: monarquía, oligarquía y democracia. Las dos primeras se rigen por la voluntad de los jefes; la democracia por las leyes que á sí propia se da. Tened por seguro que cuando uno de vosotros sube al tribunal para juzgar una infracción de la ley, trata de su propia libertad. El legislador ha escrito á la cabeza del juramento de los jueces: *Decidiré con arreglo á las leyes.* Pensaba que el culto de las leyes es la salvaguardia del poder popular. De este espíritu animados, perseguid al que ataca la ley por medio de un decreto; no creáis ligeras faltas lo que es un crimen enorme; no os dejéis arrebatar por nadie el derecho de castigar; rechazad las peticiones de esos generales que, desde hace algún tiempo, trabajan de acuerdo con

ciertos oradores en la ruina de nuestro gobierno, y los ruegos de esos extranjeros que los prevaricadores presentan para escapar á la acción de los tribunales. Ninguno de vosotros dejaría de avergonzarse si en un día de batalla abandonase las filas; pues bien: hoy ¡centinelas avanzados de la democracia!, avergonzáos de abandonar el puesto que la ley os señala. Preciso es recordaros que todos los ciudadanos, los unos presentes y atentos á este juicio, otros ausentes por causa de sus ocupaciones, han dejado en nuestras manos el cuidado de los negocios públicos y os han confiado la Constitución. Consultad nuestro respeto hacia ella, el recuerdo de nuestro juramento y de las leyes; y si convenzo á Ctesifonte de que ha propuesto un decreto contrario á las leyes, contrario á la verdad, contrario al bien público, anulad ¡oh, atenienses! esas culpables proposiciones; afirmad nuestra democracia; castigad á aquellos cuyas leyes fueron contrarias á la legislación, á la patria y á vuestro bienestar. Si me escucháis animados de esos sentimientos, vuestra sentencia seguramente se ajustará á la justicia, á vuestro juramento, á vuestros intereses personales, así como á los de la República.

Licurgo (396-323 a. de J.). No lo hemos considerado antes porque su significación es compleja como orador, legislador y hacendista. Acaso su principal carácter deba ser este último, pues tal vez es el único financiero con que cuenta Grecia, en el sentido propio de la palabra, por su administración integérrima en los doce años que fué intendente de Atenas. Pero su oratoria popular y la energía con que ataca y defiende, le hacen que figure al lado de los dos oradores precedentes.

Y llegamos á **Sócrates,** de quien ya conocemos algo por la famosa defensa de Jenofonte, y que merecería por sí solo gran espacio si se hubiera de analizar la obra de este genio ateniense (470-401? a. de J.). Fué, como su padre, escultor al principio, y después pagó su deuda á la patria combatiendo en Potidea y Delio, donde libró de la muerte á su querido discípulo Jenofonte.—En su juventud cultivó la física y la astronomía, y la lectura de Anaxágoras imprimió en su pensamiento nueva dirección. Dedujo de la noción del bien la ley dominante de toda filosofía, bien que era el objeto esencial de la vida y de la ciencia. Su enseñanza era fundamentalmente moralista, tomando ocasión para sus dis-

cursos de los asuntos más humildes y de los más simples objetos. Procedía por los dos métodos de conversación llamados entre los griegos la «ironía» y la «maiéutica», guiando las inteligencias hacia el descubrimiento de la verdad. Proclamaba la idea del Sér Supremo y su Providencia, teniendo un concepto sublime de Dios. Sus virtudes no encontraron, sin embargo, en sus conciudadanos suficiente respeto, y acusado de impiedad como innovador en materia de los dioses, y hasta por su creencia en la inmortalidad del alma, fué también citado ante el Tribunal como corruptor de la juventud. Se le condenó á beber la cicuta, siendo su muerte memorable ejemplo entre los más extraordinarios que ha registrado la historia, por la serenidad con que el sabio y justo afrontó la muerte. No queda de Sócrates escrito alguno, sino lo que de él nos han transmitido, entre otros, sus discípulos, especialmente Platón; así es que su espíritu está bien definido en lo antes mencionado y en lo que más adelante transcribimos del filósofo citado últimamente. Copiaremos para concluir, algunas sentencias famosas (Trad. Ortiz) del sabio entre los sabios. Algunos lo consideran por sus doctrinas y sus virtudes, como precursor de Jesucristo, porque sufría con paciencia el menosprecio y las agresiones.

Demetrio cuenta que, habiéndole dado un puntillón, dijo á los que se admiraban de su sufrimiento: «pues si un asno me hubiese dado una coz, ¿había yo de citarlo ante la justicia?»

Eurípides dióle á leer un escrito de Heráclito preguntándole qué le parecía, y le respondió: «Lo que he entendido es muy bueno y juzgo lo será también lo que no he entendido.»

Habiéndosele dado un área muy espaciosa para construir una casa, Sócrates dijo: «Si yo tuviera necesidad de zapatos ¿me daríais todo un cuero para que me los hiciesen? Pues ridículo sería que yo admitiese esa área.»

Viendo las muchas cosas del mercado público exclamaba: «¡Cuánto hay que no necesito!» Por esto repetía:

Las alhajas de plata, de púrpura las telas,
para nada nos sirven en la vida; sólo útiles serán en las tragedias.

Amaba la frugalidad; y nunca pidió recompensa de sus servicios, por lo que decía: «Quien come con apetito no necesita de viandas ex-

quisitas, y el que bebe con gusto no busca bebidas que no tiene á mano.»

«¡Oh, Euclides! podrás muy bien vivir con los sofistas, pero no con los hombres.»

«Sólo hay un bien, que es la sabiduría; sólo un mal: la ignorancia.»

«Las riquezas y la nobleza no contienen circunstancia recomendable; antes bien, todos los males.»

Empezar bien no es poco, sino cercano de lo poco.—Yo, nada sé; excepto que nada sé.—Los que compran á gran precio frutas tempranas, desconfían llegar al tiempo de la sazón de ellas.—Virtud es no excederse en nada.—Se debe estudiar la Geometría hasta que uno sepa recibir y dar tierra, medida.

Preguntado si era mejor casarse que no casarse, respondió: «Cualquiera de las dos cosas que hagas, te arrepentirás.»

«Me admira ver que los escultores procuran que la piedra se asemeje al hombre, y olvidan procurar no parecerse á las piedras.»

«Otros hombres viven para comer: yo como para vivir.»

«Conviene exponerse voluntariamente á la censura, pues si dice la verdad nos corregiremos, y si no, no nos debe importar.»

Platón (430-317 a. de J.).—El gran Homero de la Filosofía como ha sido llamado, penetró en todas las esferas de la conciencia y el saber, cultivando todos los géneros que á la sazón componían la enciclopedia de los conocimientos humanos.—En forma de diálogo están escritas casi todas sus obras.—Á través de una cierta obscuridad propia de sus abstracciones, propende á una unidad inmutable, buscando en todo una sola causa, un solo fin y un solo medio: Dios como causa, la perfección como fin y la doctrina racional del deber, como medio. Sus principales obras son: *Fedra*, cuyo asunto es la belleza; el *Protágoras*, refutación de los sofistas; el *Lisis*, que trata de la amistad; el *Parménides*, donde se combate la doctrina panteísta; la *Política* ó de la *Realeza*, la *República*, y las *Leyes*, y el *Fedon*, en cuya obra, quizás la más célebre, Sócrates, condenado á beber la cicuta, expone con grandeza de pensamiento las pruebas de la inmortalidad del alma. Se dice que algunos de los diálogos de Platón, en que interviene Sócrates, son anteriores á la muerte del maestro, por una frase atri-

buída á éste, concebida en los siguientes términos: «cuántas cosas me hace decir este joven, en las cuales nunca he pensado.» La filosofía de Platón es eminentemente espiritualista, armonizándose en ella lo verdadero, lo bello y lo justo, y esos tres principios en la idea de Dios. Esta unidad absorbente le lleva á la concepción de un Estado, donde el individuo, la familia y la sociedad están condensados en él; y sus concepciones en todos los órdenes han sido tan vastas, que hoy mismo subsiste dando vida á una de las dos direcciones que se disputan el imperio de la Filosofía. Hé aquí un trozo de *La República ó coloquio sobre la justicia*:

«*Sócrates.*—Bajé ayer al Pireo... con deseo de ver cómo celebrarían los moradores la fiesta..., y hecha nuestra oración, y vista la ceremonia, nos volvimos á la ciudad. Pero Polemarco, divisando que nos encaminábamos á su casa, mandó al criado que corriendo nos hiciese aguardar. ¡Oh, Sócrates! —me dijo,—paréceme que os encamináis á la ciudad.—No te parece mal, le dije.

Polem.—Por ventura veis cuántos somos nosotros.

Sóc.—Sí.

Polem.—Ó podéis más que nosotros, ó quedaréis aquí.

Sóc.—Todavía hay un medio: que es persuadiros que nos dejéis ir...

Fuímos á casa de Polemarco..., donde estaba Céfalo, su padre..., sentado en una silla apoyado sobre un rico almohadón y con corona en la cabeza por haber ofrecido en este día un sacrificio doméstico... Sócrates, pocas veces bajais al Pireo á visitarnos...; si tuviese yo bastantes fuerzas para subir á la ciudad... iríamos á veros... Hacedme, pues, esta gracia y estrecháos con estos jóvenes, viniendo acá á menudo... Y yo ¡oh Céfalo!—le dije,—me deleito infinito en tratar con los muy ancianos, como vos: porque me parece que conviene informarse de ellos; como que han andado aquel camino por el cual deberemos nosotros pasar necesariamente algún día, si es escabroso y difícil ó llano y expedito...

....

Sóc.—Siguiendo el camino que hemos llevado hasta aquí, encontraremos, á lo que pienso, en nuestro plan mismo con que justificarnos. Nosotros diríamos que no sería de admirar que la condición de nuestros guerreros fuese muy feliz á pesar de todos estos inconvenientes. Que al cabo, formando una República, no nos hemos propuesto nosotros por objeto la felicidad de un cierto orden de ciudada-

nos, sino la de la República entera... Al presente nos empleamos en concebir un gobierno feliz, por lo menos en nuestro modo de entender, en el cual no ande repartida la dicha entre un pequeño número de particulares, sino que sea común á toda la sociedad. Luego, después, examinaremos la forma de gobierno opuesta á éste. Á la manera, pues, que si haciendo nosotros un retrato viniese alguno á objetarnos que no empleábamos los más hermosos colores para pintar las partes más hermosas del cuerpo, puesto que los ojos, que son los más hermosos, no los pintábamos con púrpura, sino con color negro, creíamos nosotros responder bien á este censor diciéndole: no os imaginéis, buen hombre, que debamos pintar los ojos hermosos en tanto grado que no se descubra siquiera que son ojos... No nos forcéis aplicar á la condición de nuestros guerreros una dicha que les haga ser cualquiera otra cosa que lo que ellos son...

Podríamos, del mismo modo, hacer dichosas todas las otras condiciones, á fin de que el Estado todo gozase de perfecta felicidad; mas no nos déis semejante consejo... porque de que los zapateros nagan mal su oficio... al pueblo no resultará perjuicio gravísimo; pero si los que están puestos para guarda de las leyes y de la República, no son guarda sino en el nombre, ya véis vos que este desorden acarrearía tras sí la ruina del Estado.

Aristóteles (385-322 a. de J.). Fué discípulo de Platón, y su rival después. («Es como los potricos—decía Platón de él,—que tiran coces contra su madre».) Preceptor de Alejandro, abarca su obra el conjunto de todos los conocimientos científicos de la antigüedad. Supo aliar las inducciones metafísicas con la experiencia directa de las cosas; padre de la Lógica, trazó reglas desde la tragedia á la dialéctica, desde la moral á la política, desde las ciencias de la Naturaleza á la Poesía. Fué el creador de la escuela denominada *El Liceo*, enfrente de la escuela de su maestro, *La Academia*. Durante muchos siglos, y hasta hoy mismo, ha sido el modelo más estudiado y comentado de cuantos filósofos ha producido la humanidad; habiendo alcanzado el raro privilegio de que sus doctrinas sirvan á la filosofía cristiana y á la materialista y sensualista; siendo admirado hasta por los idealistas como Hegel, que lo llamó «maestro del género humano», y el su comentarista árabe, Averroes, lo calificó de «el colmo de la perfec-

ción»; y Santo Tomás, en fin, siguió fielmente sus enseñanzas. —Aristóteles, con Platón, forman las dos personalidades más altas, quizá, en el orden filosófico, y desde su tiempo hasta nuestros días, cuantos pensadores les han sucedido pueden agruparse alrededor del uno ó del otro.—Sus principales obras son: *Lógica, Metafísica, Moral, Política, Poética, Retórica, Física, Del cielo, Del mundo, De la generación y la corrupción, Las meteorológicas, El Sueño, La Vigilia, Los Ensueños, Memoria y Reminiscencia, Longitud y brevedad de la vida, Historia de los animales, Del alma, De las plantas, De los colores, De la acústica, De la sensación y de las cosas sensibles.*—Mientras la *Política* de Platón puede servir como precursora del socialismo de Estado y de la democracia en general, la del filósofo peripatético lleva á la ponderación de fuerzas, propia para un doctrinarismo, en que la clase media, gobernante, debe prevalecer, aunque sin exclusión de la aristocracia y la democracia. Así, en Aristóteles se han fundado la generalidad de los políticos dominadores de todos los tiempos posteriores al filósofo estagirita. Aquél es un ideólogo; éste es un hombre práctico. El uno sueña con las utopías; el otro aplica la experiencia y la observación á la realidad.—Según Diógenes Laercio, escribió 150 tratados, distribuídos en 531 libros, amén de muchos versos. He aquí una muestra de estos últimos (trad. de Lasso), por ser poco conocidos, renunciando á copiar algo de sus obras magistrales:

Virtud que obligas á que el hombre venza
á la natura misma; oh tú el primero
de los bienes que él debe conquistarse;
por tí la Grecia sin cesar sufriendo,
es feliz y soporta con constancia
sus trabajos penosos y sin término;
por tu sacra hermosura, oh noble virgen,
ve á tus hijos morir con digno aliento.
Tan hermoso es el fruto inalterable
con que seduces en tu puro anhelo
las almas de los héroes, tanto el fruto
recogido por tí le es á los griegos
preferible al reposo dulce y grato,
al oro, al esplendor y al nacimiento.

Hasta tí se abren paso en ruda senda,
á la implacable muerte no temiendo,
los dos hijos de Leda, y en tu asilo
celestial, presa suya con denuedo
te han hecho al imitar al gran Alcides,
y con la misma decisión y esfuerzo,
aquel divino Aquiles y Ajax fuerte
á las umbrosas márgenes vinieron.

INSCRIPCIÓN EN UNA ESTATUA ELEVADA POR ARISTÓTELES Á SU AMIGO HERMÍAS

Un rey de Persia, violador insano
de las leyes, morir hizo al que ahora
aquí estás viendo: con las nobles armas
vencióle un enemigo, y con la odiosa
apariencia falaz le sorprendiera
en hora infausta la amistad traidora.

Para terminar este período, y prescindiendo de los *sofistas*, contra quienes tanto combatieron los filósofos antes nombrados, citaremos sólo á **Eúclides** (¿300-? a. de J.), célebre geómetra, cuyos *Elementos* sirvieron hasta nuestros días de base para la enseñanza de las Matemáticas; á **Diógenes** (414-324 a. de J.), filósofo cínico, que, arrojado de su patria á los quince años, en unión de su padre, por monederos falsos, vivió después llevando á sus últimos extremos la escuela á que pertenecía, sumido en la mayor pobreza, despreciando los favores de la fortuna, desafiando las preocupaciones, las costumbres y las leyes de su tiempo; haciendo alarde de impudor y soportando el ridículo y el insulto en todo y de todos. Se basaba además su filosofía en la censura universal. Después de su muerte erigiéronle estatuas. Y, por último, á **Epicuro** (311-270 a. de J.), que mantenía en su sistema filosófico que el mundo no podía ser obra de una causa inteligente, si se consideran sus imperfecciones. La Ciencia para él es el arte de hacer feliz al hombre, desde el punto de vista del placer, anteponiendo en este orden los placeres interiores á los meramente mecánicos del cuerpo; sin que llegase, no obstante, á las exageracio-

nes de sus discípulos sensualistas. Nos quedan de Epicuro cuatro *Epístolas:* sobre Física, Filosofía, Astronomía y Moral.

En el *cuarto* período, alejandrino, reseñaremos brevemente algo de lo notable, refiriéndonos á lo dicho en el preliminar.

Calímaco (?-270 a. de J.), poeta y erudito, protegido por Ptolomeo Evergeta, escribió, según Estrabón, 800 obras en prosa y verso, y Quintiliano y Propercio lo colocan á la cabeza de los elegiacos: pero de todas ellas no nos queda más que la elegía titulada «Cabellera de Berenice», imitada por Catulo, 73 epigramas y algunos himnos. Su poesía es más sabia que inspirada.

LA CUARTA GRACIA

Son cuatro las Gracias ya:
á aquellas tres, una nueva
han añadido los dioses,
y humedecida se muestra
con los celestes perfumes
que vertieron sobre ella.
Es la hermosa Berenice,
admirada entre las bellas,
sin la cual las Gracias mismas
tampoco Gracias ya fueran.

EPITAFIO DE SEPILIS

¡Pluguiese al cielo no hubiera
sobre los mares bajeles!
Entonces no lloraríamos
á aquel hijo adolescente
de Doclídides, Sepilis.
Su cadáver es juguete
de las olas, y su tumba
aquí vacía se ofrece,
porque su nombre en su losa
está escrito solamente.

EPITAFIO DE UN HOMBRE RUÍN

Era un hombre pequeño, y su epitafio
no debe ser más grande: «Aquí reposa
Tetis, cretense, de Aristeos el hijo.»
Y aun es muy largo y casi todo sobra.

Zenodoto (siglo III a. de J.), gramático, Intendente de la Biblioteca de Alejandría, bajo Ptolomeo Filadelfo, revisó á Homero, aumentó las partes del discurso y separó los pronombres y artículos, todavía confundidos por el mismo Aristóteles.

EL FUEGO JUNTO AL AGUA

¿Quién el artista que esculpió la imagen
del Amor, y después tan inmediata
al bullicioso manantial la puso,
que aquí sus linfas murmurando arrastra?

¡Oh! El inocente se creyó sin duda
que aquí su fuego apagarían sus aguas.

Aristarco (siglo II a. de J.). Crítico y gramático, dirigió la educación de un príncipe de los Ptolomeos, y reconstruyó los textos de los antiguos poetas. Su obra *Escolios* ha sido recientemente descubierta. Su nombre ha quedado como equivalente al de crítico, en la literatura.

Eratóstenes (274-194 a. de J.). Matemático, historiador, sobre todo geógrafo, dirige la gran biblioteca de Alejandría bajo la dinastía nombrada, y sistematiza esta última ciencia.

Teócrito (siglo III a. de J.). Hijo de Siracusa, tuvo que abandonar Sicilia, viviendo en la corte de los Ptolomeos de Egipto.—De su obra variada no quedan sino 30 idilios, 22 epigramas y algunos fragmentos.—Poeta bucólico por excelencia, es de los más sencillos y naturales al copiar la vida rústica.

LA MUERTE DE ADONIS. — *Idilio.*

Al ver del gallardo Adonis
el postrer instante Venus,
y sus ojos ya cerrados
á la clara luz del cielo,
y su hermosa frente llena
de sangre y de polvo, luego
hizo venir, á sus ayes,
á los Amores corriendo.
«¡Vengadme, les dijo entonces;
corred, buscadme al momento
á ese horrible jabalí,
á ese monstruo tan funesto!»
Conmovidos de su pena,
por donde quier se esparcieron
en los llanos y en los bosques,
y encontrándole al fin, presto
de cadenas le cargaron.
Al temible prisionero
los unos seguían; los otros
le sujetaban haciendo
que no retardara el golpe
vengador, su paso lento.
El animal pensativo
siguióles con gran recelo,
temeroso de la cólera
que rebosaba ya en Venus.
«¿Eres tú, le dijo Cipris,
horrible monstruo funesto
y sanguinario; eres tú
quien de mi Adonis, cruento,
con tus feroces colmillos
heriste el hermoso cuerpo?»
El culpable murmuró:
Por tu esposo, juro, oh Venus,
por ese esposo tan digno
de un destino menos fiero;
por esos Amores todos,
por sus fortísimos hierros,
que darle muerte no era,
aun en mi instinto, el deseo.

¡Oh triste y fatal delirio!
Turbéme al verle tan bello.
....
Citerea su discurso
escuchóle, y con acento
menos duro, dirigiéndose
á los Amores aquellos,
permitióles desatar
al jabalí en el momento.
Mas insensible á la gracia
que así concedióle Venus,
olvidando ya sus selvas,
siguió á la deidad, sintiendo
todos los crudos suplicios
que causa el remordimiento.
.....

Bion (III a. de J.). Bucólico, menos sencillo que Mosco, es, sin embargo, inspirado, como lo muestran sus idilios.

LAS ESTACIONES

TIRSIS.—¿Cuál, oh Damis querido, es entre todas
tu estación favorita?
El Otoño es igual en sus dulzuras
á la estación florida;
del oro de sus mieses el Estío
adorna las campiñas,
y el apacible Invierno al deseado
reposo nos invita.
DAMIS.—No es dado á los mortales que á sus dioses
sus censuras dirijan.
Queridos, pues, nos son todos sus dones,
y preciosos se estiman.
La elección, sin embargo, no es á ellos
osada ni ofensiva.
Te diré cuál prefiere mi Glicera:
su elección es la mía.
El Estío penoso, adusto y seco,
el cielo inflama; avivan
los contagiosos males en la atmósfera
del Otoño las brisas,
y su cruento frío el triste Invierno
sentir hace en seguida.
Mis amores son, pues, la Primavera,
risueña cual festiva;
amor es de natura, siempre hermosa,
testigo de la dicha,

y los tiernos anhelos, dulce madre
de los serenos días,
de Flora y los placeres candorosos
que son nuestra delicia.

Mosco.—Bucólico de igual época que el anterior, es autor de cuatro idilios muy notables y de algunas poesías cortas. Trasladamos á continuación un trozo de su *Rapto de Europa*.

El velo de la noche recubre el ancho espacio;
en calma y en silencio el mundo todo está.
El sueño, encadenando los pérfidos pesares,
sobre los ojos vierte los goces de la paz.
Europa no está libre del sueño mentiroso,
del hado de los hombres intérprete fatal.
Abrázala una ninfa, llamándose su madre.
De extraña tierra al linde, arrástrala fugaz.
Y ya á tocarlo llega... En tal momento Europa
despiértase, sintiendo sorpresa sin igual,
y tiembla, y de repente con voz ahogada dice:
«¡Oh cielos! ¿Hacia dónde me quieres arrastrar?
¿A dónde me conduce Morfeo? Mas ¿qué miro?
¿Quién es ese fantasma que yo no vi jamás?
¿Su hija soy yo acaso? ¿Por qué así viene ahora?»
Las sombras, de la luz al brillo ceden ya;
principia su carrera la Aurora de oro y grana,
que ser parece el día que en breve ha de llegar;
de tal modo los astros que irradian en la noche,
su luz á su presencia perdiendo todos van.
Sus fieles compañeras reúne la Princesa,
pues ya cruce los campos más fértiles, ó ya
de Anauro por la margen discurra, en su sendero
siguiéndola van todas; con ella siempre están.

.....

A Io transformada en blanca ternerilla,
en él se ve paciendo, en él se ve cruzar
del Nilo las riberas, del tábano acosada.

....

en él ya no está Argos: del necio guardián
los ojos son ya adorno de aquel bello plumaje

que del Pavon soberbio la gala es singular.

. . . . . .

«Venid, Europa dice, venid ¡oh ninfas bellas!
las galas de los campos aquí luego dejad.
Venid junto á este toro, el toro más hermoso:
sin gran esfuerzo á todas nos puede transportar
sin riesgo, de la costa cercana á las arenas.
Miradle: no es temible, ni es fiero y montaraz...
Tal dice; y la imprudente de súbito se lanza
ligera sobre el toro, el que, raptor falaz,
su júbilo ya entonces no oculta ni contiene,
y ufano de su peso, su presa lleva ya.
Europa auxilio pide, ¡pero es en vano! ¡Ninfas
que vais así á perderla, llorad; siempre llorad!
Europa ya no es vuestra, que aquel amante pérfido
la arrastra, nuevo monstruo extraño de lá mar,
y al húmedo palacio transporta de las olas.
No está ya con vosotras la espléndida beldad.

. . . . . .

—«Acaba ya tus lloros é inútiles lamentos,
el toro dijo entonces; que no se escuchen más.
De Júpiter conoce el vivo amor, y advierte
que el toro que aquí miras es Jove el inmortal.»
La Creta ante sus ojos mostróse en breve á entrambos:
Europa con su amante vogaron hacia allá...

Menandro (342-290 a. de J.). Observador sagaz, ocupa primera línea en la comedia griega (*nueva*), donde se suprime el coro y la sátira política y personal, representando la verdadera comedia de costumbres que hoy mismo se cultiva. Compuso 110, pero no se conservan sino fragmentos de algunas. Terencio lo imita después en Roma, no llegando á ser, en opinión de Julio César, sino un *medio Menandro*.

Á TEMÍSTOCLES Y EPICURO

¡Salud á los que, hijos de Neocles,
el uno, valeroso, á nuestra patria
libró de esclavitud, y el otro, sabio,
la salvó de la estúpida ignorancia!

Hé aquí cómo deberíamos todos obrar en materia de matrimonio, y ¡por Júpiter! que obtendríamos gran resultado. En lugar de averiguar cosas perfectamente inútiles, investigar sobre los abuelos de la mujer con quien nos vamos á casar, sería mejor estudiar y conocer el carácter de la que ha de ser compañera de nuestra vida. Pero se coloca la dote sobre la mesa, á fin de que un platero examine si son de buena ó mala calidad los escudos que no han de conservarse en casa más de cinco meses, y aquella que ha de ser lote para toda la vida se la toma al acaso y sin examen, tonta, colérica, rara: la suerte decidirá! Yo pasearía mi hija por la ciudad: ¿la queréis por mujer? Hablad; pero sabed de antemano qué azote vais á elegir; porque una mujer es necesariamente un azote. ¡Feliz el que toma el menor! (Trad. de Pessonneaux).

Aratus (siglo III a. de J.). Astrónomo y meteorólogo, compone en verso dos poemas didácticos sobre los *Fenómenos* celestes y sobre los *Pronósticos* de la meteorología popular.

Nicandro (siglo II ? a. de J.). Escribió un poema sobre los antídotos y los contravenenos.

Babria (siglo III ó II a. de J.). Es autor de 123 fábulas de perfecta versificación y delicadeza de pensamiento.

Leónidas de Tarento (276-? a. de J.). Coleccionista que reúne bajo el título de *Antología* los más bellos modelos de la literatura, debe quedar su nombre consignado en la Historia.— Una muestra de su propio ingenio:

¿No ves cómo vacila
el viejo Anacreonte,
beodo y ya vencido
del vino á los vapores?
Su manto se desprende
y baja á sus talones;
tan sólo una sandalia
su pie calza: perdióse le
la otra. Acompañando
la lira sus acordes,
en honra de Batilo
entona sus canciones.
¡Oh Baco, tus miradas
en este viejo pónganse!
Por él vela, y procura
no caiga y se dé un golpe.

Del *quinto* período ya indicamos que sólo hablaríamos de **Polibio** (204-122 a. de J.), célebre historiador y jefe de la caballería en la guerra entre Persas y Romanos.—Preceptor de Escipión el Emiliano, escribió una historia general, cuyos cinco primeros libros se conservan íntegros, pero de los restantes sólo al-

gunos fragmentos. Su estilo es razonador y de carácter crítico, cosa hasta él casi desconocida, ó cuando menos poco frecuente. Como guerrero, es también el escritor militar que ha legado á la posteridad las mejores instrucciones sobre la táctica de los romanos y el arte de la guerra en la antigüedad. Finalmente, la sobriedad de su estilo, lo coloca en el rango de los historiadores á la moderna.

En el *sexto* período cuenta la historia con **Dionisio de Halicarnaso,** de la época de Augusto. Venido á Roma hacia el año 30 de la Era Cristiana; permaneció allí por espacio de muchos, escribiendo las *Antigüedades romanas,* que el tiempo nos ha legado incompletas, y otras obras de crítica literaria sobre escritores griegos. y de retórica. Sus prejuicios de escuela, al ser trasplantado de Grecia á Roma, le hacen poco acreedor á que se estimen sus trabajos como de criterio imparcial, aunque le seamos deudores de pormenores preciosos y de materiales inestimables.

Más distinguido y de importancia superior es el historiador **Plutarco** (50 á 120 d. de J.). Moralista también, sus trabajos llevan el doble sello de la filosofía y de la historia. La obra *Vidas paralelas de hombres ilustres* de Grecia y Roma, ha permanecido á través de las edades como modelo; y, como dice su título, se comparan en ella los personajes entre sí, y se contrastan las acciones con los motivos, los resultados con los medios, los efectos con las causas. Además, publicó: un tratado sobre *La curiosidad y la cólera* y otro sobre *La superstición.* Aunque adversario de los moralistas estoicos, no se puede decir que, dada su calidad de sacerdote, se aproxime demasiado á la moral cristiana.

Comparación de Licurgo y Numa. (Traducción de Ranz.)

Puesto que dejamos expuesta la vida de Licurgo y la de Numa separadamente, teniéndolos á la vista... De ambos se diría que propusieron atraer á las muchedumbres á la moderación y templanza; pero en cuanto á las demás virtudes, que la fortaleza fué más del gusto de Licurgo, la justicia del de Numa; á no ser que se diga mejor que según la naturaleza y costumbres de cada gobierno, que no eran semejantes, necesitaron valerse de distintos medios; porque ni Numa reprimió lo belicoso para hacerlos tímidos, sino para que no fuesen violentos é

injustos, y Licurgo no los hizo guerreros para que ofendiesen á nadie, sino para que no se dejasen ofender. Proponiéndose, pues, ambos quitar lo que había de excesivo y cumplir lo que se notaba falto en sus conciudadanos, tuvieron que introducir grandes mudanzas, y de esta regulación y supresión fué sobradamente popular y condescendiente con la muchedumbre la de Numa, que vino á formar un pueblo entremezclado, y vario, digámoslo así, de orfebres, flautistas y zapateros; severa y aristocrática la de Licurgo, que trasladó las artes mecánicas á las manos de los esclavos y de los ascripticios, y á los ciudadanos los consagró al escudo y la lanza, haciéndolos artífices de la guerra y adoradores de Marte...

Diógenes Laercio (siglo III d. de J.). *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* se titula la compilación de este biógrafo griego, verdaderamente preciosa por los detalles que encierra y textos originales que reproduce.

Proemio (trad. Ortiz). Los que esto dicen atribuyen ignorantemente á los bárbaros las ilustres acciones de los griegos, de quienes tomó principio, no sólo la Filosofía, sino también el género humano. Ateniense fué Museo; tebano, Lino. Museo fué hijo de Eumolpo, y, según dicen, el primero que escribió en verso la *Generación de los dioses* y *De la esfera*, como también que «todas las cosas proceden de una y se resuelven en la misma». Dícese que murió en Falera y se le puso por epitafio esta elegía:

En este monumento sepultado
guarda el suelo falérico á Museo,
hijo de Eumolpo, muerto cuanto al cuerpo.

Estrabón (66 á 24 a. de J.), gran geógrafo escribió sobre esta ciencia 17 libros, donde se resumen los conocimientos antiguos y de su tiempo.—Por orden de Napoleón I se hizo una traducción, la más completa conocida. Llama la atención ver cómo en multitud de cosas no se sabe hoy mucho más de lo que el genio de este hombre excepcional había supuesto, averiguado ó adivinado. Fué autor, además, de *Recuerdos históricos* (43 libros), enteramente perdidos. Viajó por casi todo el mundo conocido en su época; acompañan siempre su trabajo consideraciones filosóficas y morales sobre costumbres, leyes y religión de los pueblos.

Después de él es **Ptolomeo** (siglo II d. de J.) el primer geógrafo y especialmente astrónomo en Alejandría. Sus principales obras son: *Geografía*, de pobre estilo, pero de admirable precisión en la determinación de los sitios de las localidades; *Composición matemática*, *Aparición de los astros fijos*, *Hipótesis sobre los planetas*, que resumen la ciencia astronómica de los antiguos.

Pausanias (siglo II a. de J.) es el tercero de los geógrafos é historiador al propio tiempo, que en el período que reseñamos sintetiza también los conocimientos de su tiempo en este orden de estudios. Viajero constante, visita Grecia, Asia Menor, Egipto y toda Italia, fijando su residencia en Roma. Su libro *Itinerario de Grecia* es de los más curiosos en su clase, porque equivale á una guía de las localidades, donde se recogen tradiciones y leyendas, usos y costumbres, monumentos é instituciones. Su estilo no siempre es agradable por carecer de crítica, y en cambio resulta difícil y pretencioso. Hoy mismo puede ser consultado este itinerario con utilidad para viajar por Grecia.

El nombre de **Epicteto** (siglo I d. de J.) va unido al de Marco Aurelio, porque ambos pertenecen á la escuela estoica, aunque el primero fuera esclavo y el segundo emperador. Uno y otro son modelo de virtudes, y el *Manual* del primero, cuyo principio filosófico es la resignación, se armoniza perfectamente con los *Pensamientos* del segundo, cuyo principio es la moral fraternal con sentencias como las que copiamos más abajo. Recientemente se ha encontrado la correspondencia mantenida por éste, en su juventud, donde se exponen los principios de indulgencia y dulzura de costumbres de que tanto habría necesitado el esclavo de antes, para no ser mortificado por sus amos, según la leyenda. Se cree que el primero nada escribió, sino que su discípulo Arriano transcribió sus preceptos éticos, que por cierto se condensan en una *Epístola moral*, de que hemos hablado. (T. I, pág. 151).

Pensamientos.—**Acuérdate de que la bondad es invencible.—No esperes que jamás exista una república como la de Platón.—Conténtate con hacer adelantar un poco las cosas y no mires como sin importancia los menores progresos.**

Uno de los más célebres filósofos de la escuela de Alejandría es **Plotino** (205-272 d. de J.).—Hijo del alto Egipto, abrió en Roma escuela de filosofía, donde permitía á sus alumnos plantearle problemas que contestaba en el acto, redactando las respuestas en forma incorrecta, pero con idea clara. Reunidas éstas, se publicaron después con el título de *Eneadas*. El fin de su filosofía era la elevación del alma hacia el Sér divino y su unión con él, llegando á este resultado por la contemplación y el éxtasis. No consintió jamás que se hiciera su retrato, "porque el cuerpo es vana imagen en que nos ha encerrado la naturaleza y en la que no vale la pena de reparar„.—Como las religiones deben estar unidas, acepta algunas proposiciones del Evangelio.

Otro de los filósofos de esta escuela de Alejandría ó neo-platónica, es **Jámblico** (?-333 d. de J.), que desarrolla la doctrina del anterior. En sus *Misterios del Egipto* demuestra su espiritualismo menos severo y absoluto y su moral más humana y práctica; pero la superstición hacia las fórmulas numéricas y su culto por la teogonía, rebaja sus teorías científicas.

También en esta escuela de Alejandría ha de citarse al historiador bizantino **Procopio** (principios del siglo VI d. de J.), que como secretario de Belisario lo acompañó en las guerras de este general, llegando á Prefecto de Constantinopla, la segunda autoridad después del Emperador Justiniano. Modesto narrador de los acontecimientos que presenciara, se convierte luego en sus *Anécdotas* y su *Historia secreta* en cronista escandaloso de todas las torpezas y debilidades del largo reinado de aquel soberano.

Hipatia, pensadora griega, hija de un matemático (370-415 después de J.), adquirió en Alejandría extraordinaria celebridad por sus lecciones públicas en que interpretaba el neo-platonismo y las doctrinas peripatéticas de Aristóteles. Las altas clases sociales de la ciudad iban á escucharla á su propia casa; y el éxito de una pagana irritó al intolerante arzobispo de Alejandría, Cirilo, delatándola como enemiga de la fe ante las pasiones de la muchedumbre. Un día, el populacho fanático se precipitó sobre su carro y desnudándola, la hizo pedazos con increíble furor.

Proclo (412-487 d. de J.). Filósofo neo-platónico de Bizan-

cio, fué devoto y pagano; poeta místico al par que gentílico, es el último representante de la escuela filosófica que quiere conciliar á Platón con el Oriente. Sus *Obras* revelan profunda sinceridad en sus aspiraciones y supersticiones, que expone, no sólo en su doctrina, sino en sus himnos.

El paso de la escuela de Alejandría, propiamente dicha, y el neo-platonismo, convirtiéndose poco á poco, de la época oriental á la greco-romana, produce, entre otros pensadores poetas y científicos, un grupo, del que entresacamos tan sólo los siguientes nombres, que determinan y cierran el *sétimo* período:

Quinto de Esmirna (siglo IV? d. de J.), llamado «Homerísimo», prosigue la *Iliada*, desde donde Homero la dejó, en el libro XXIV. Su obra los *Posthoméricos* es una colección de catorce cantos, que desarrollan epopeyas cíclicas, con algún espíritu de imitación hacia el gran poeta.

Museo (siglo V ó VI? d. de J.) es el autor del célebre pequeño poema *Hero y Leandro*, que recuerda por la pureza del estilo y la candidez del sentimiento la bella edad clásica.

No hemos de repetir aquí lo anteriormente apuntado, con respecto á la licencia de los escritores del tiempo. Modelo entre éstos es el novelista **Longus** (siglo V d. de J.), autor de la novela pastoril *Dafnis y Cloe*, de cuyo estilo puede juzgarse por el siguiente trozo (trad. de D. Juan Valera):

(Comienzo del libro 2.º).—Estando ya en su fuerza el otoño, se acercaban los días de la vendimia, y todo era vida y movimiento en el campo. Unos preparaban los lagares, otros fregaban las tinajas; éstos tegían canastos y cestos ó afilaban hoces pequeñas para cortar los racimos y aquéllos disponían la piedra ó la viga para estrujar las uvas, ó machacaban mimbres y sarmientos secos para hacer antorchas á cuya luz trasegar el mosto de noche. Dafnis y Cloe habían abandonado ovejas y cabras y prestaban en tales faenas el auxilio de sus manos. Él acarreaba la uva en cestos, la pisaba en el lagar y llevaba el mosto á las tinajas, y ella condimentaba la comida de los vendimiadores, les daba á beber vino añejo y hasta vendimiaba á veces en las cepas bajas; porque en Lésbos las viñas no están en alto ni enlazadas á los árboles, sino rastreando los sarmientos como la yedra; de modo que una criatura, apenas salida de los pañales, puede coger allí racimos.

En la época de lo que podríamos llamar literatura sagrada, y en que se escribe casi enteramente en griego el *Nuevo Testamento*, existen muchos célebres padres de la Iglesia, ó pensadores y comentaristas; pero nos contentaremos con nombrar muy contados, pues de otro modo sería interminable la Historia griega.

San Justino (100-167? d. de J.), apologista de la religión y mártir, presenta al Cristianismo como el perfeccionamiento de la Filosofía profana. Son importantes sus trabajos, porque ilustran la vida de la Iglesia primitiva al organizarse. Sus obras son: *Primera y segunda apología* y *Diálogo con el judío Trifón.*

Atenágoras (siglo II d. de J.), eminente filósofo griego platónico, convertido al Cristianismo, escribió *Apología de la fe cristiana* y *Tratado de la resurrección de los muertos.*

Orígenes (186?-251 d. de J.) fué grande casi desde la infancia, dada su precocidad. Doctor de la iglesia griega á los diez y ocho años, interpretaba las escrituras en Alejandría, siendo tan pródigo en las discusiones y trabajos intelectuales, como sobrio en sus austeras virtudes. Para combatir á los heréticos y á los gnósticos, fundó una escuela de ciencia cristiana. A pesar de sus méritos extraordinarios, como quiera que San Jerónimo no le hizo justicia, no ha sido tan estimado en lo sucesivo como merece. Su revisión de los sagrados textos ha servido á los políglotas modernos.

San Basilio (329-? d. de J.), «predicador de la limosna», saca su inspiración de la Biblia, donde encuentra poesía más pintoresca que la de los griegos, con lo que renueva la musa hebraica.

San Eusebio (264-338 d. de J.), apellidado Pánfilo, fué Obispo de Cesárea y amigo de Constantino. Cultivó la historia. Su *Eclesiástica* (hasta Licinio) comprende: 1.°, sucesos ocurridos desde el nacimiento del Salvador; 2.°, escritos de propaganda de la fe. El desconocimiento del latín le hace incurrir en omisiones, y sus prejuicios, en errores crasos.

San Gregorio Nacianceno (328?-389 d. de J.), "el teólogo"; poeta del cristianismo oriental, escribió pequeños *Epigramas*, con pensamiento impregnado de gracia natural y dulce melancolía. Estudió en Alejandría y Atenas, eligiéndolo Obispo de Constantinopla el Concilio de este nombre. Se conservan de él, además,

discursos, y cartas, atribuyéndosele una tragedia: *Cristo doliente.* Dos muestras de él. (Trad. Lasso.)

EPITAFIO DEL POETA EUFENIO

—«Ya no existe entre los hombres
quien fué vuestra obra, Eufenio,»
entristecidas las Gracias
así á las Musas dijeron,
y las Musas contestaron
á las Gracias al momento:
—«Pues que la envidia fué injusta
y cruel á tal extremo,
satisfecha, pues, se mire.
Hagamos un juramento:
nunca imagen tan completa
al mundo presentaremos.»

EPITAFIO DE MARTINIANO

Juez, amigo de las Musas,
orador, ilustre en todo,
Martiniano aquí descansa
bajo esta piedra. Animoso
y hábil fué en navales lides:
luchando en tierra, lo propio.
Pero alejaos de esta tumba
ó algún daño os vendrá pronto.

San Juan Crisóstomo (Pico de oro) (317-407 d. de J.), arzobispo de Constantinopla, perseguido por sus envidiosos y por la emperatriz Eudoxia, cuyos vicios había censurado, fué á morir á su destierro en el Ponto, por la fatiga del viaje y malos tratos.—Sus obras principales son: discursos, panegíricos, y trabajos sobre la *Virginidad*, la *Vida monástica* y *La divinidad de Jesucristo.* Educado en la más pura antigüedad clásica, jamás incurre en defectos de mal gusto el más grande predicador de la Iglesia. Su elocuencia arrastraba por igual á cristianos, judíos y herejes.

Comprende, según hemos indicado, el período *octavo* (Bizantino propiamente dicho) ocho siglos.—Nos remitimos para formar una idea de él á lo dicho anteriormente en el extracto de la historia general literaria de Grecia, que va al principio de este capítulo, limitándonos aquí á citar únicamente las colecciones de obras históricas bizantinas desde la fundación de Constantinopla hasta la toma de la ciudad por Mahomet II.—Existen tres ediciones diferentes: una en el Louvre, texto griego con traducción latina (de 1664 á 1711), en 36 volúmenes en 8.°; otra de Venecia, de principios del siglo XVIII, en 23 volúmenes en folio, y otra de

Bonn, la más completa y estimada (de principos á mediados del siglo XIX), en 48 volúmenes en folio, enriquecida recientemente.

En cuanto al período *noveno*, también llamamos la atención á lo apuntado.—En este ciclo el griego se cultiva fuera de las regiones de la antigua Grecia y de Oriente, para escribirse por autores de aquella procedencia en las cortes europeas, singularmente en Francia é Italia.—Únicamente añadiremos aquí por la significación particular que encierran, tal cual nombre de los siglos que median entre el XVI y el XIX en sus primeros años.

Cornaros (Vicente) (siglo XVI), poeta griego (originario de una familia veneciana), que conserva el sello antiguo, escribe una novela caballeresca esmaltada de erudición clásica. Se titula *Erotoclitos*; obra muy interesante desde el punto de vista filológico, porque junta en su vieja forma el griego antiguo y el moderno. La celebridad de esta novela ha motivado que se rehaga en lengua griega contemporánea por Dionisio Photinos.

En el siglo XVII, **Maurocordato** (Alejandro) inauguró por medio de la enseñanza, de los libros, y de su fecunda iniciativa una gran protección á la juventud estudiosa, que provocó el despertar científico y literario de Grecia.—Trabajó sobre filosofía, retórica, y comentó diferentes autores. Sus obras, modelos de elegancia y corrección, se hallan escritas en griego antiguo.—Su hijo Nicolás, contribuyó al desarrollo de la instrucción nacional de los griegos de su tiempo, publicando, entre otras obras en lo que fueron provincias, después principados y por último hoy reino de Rumanía: *Libros de los deberes*, Bucarest, 1719.

Kristopoulos (Atanasio), 1772 á 1847, fué poeta y literato notable; y en la misma época florece **Korais,** filólogo y patriota griego, que después de vivir en Holanda, se establece en París, recordando á sus conciudadanos el deber de resucitar las antiguas glorias artísticas y literarias. En sus *Cartas* (París, 1888, traducción francesa) se ve ese espíritu que despertó en Europa el interés hacia Grecia, antigua educadora del mundo.

Rigas es otro de los patriotas que contribuyen al movimiento literario para la emancipación de su país. Nacido á mediados del siglo XVIII, es preso por los turcos y ejecutado en 1798 en Belgra-

do, sin formación de causa. Sus versos de fiera entonación, como nuevo Tirteo, exaltaron el pensamiento de sus compatricios, que una vez libres, le erigieron una estatua en Atenas.—Dícese que yendo al suplicio dirigió á sus verdugos las siguientes palabras:

«Yo arrojé la semilla; la obra de la germinación pronto sobrevendrá y mi nación recogerá el dulce fruto.»

Á partir del año 1830, es decir, de la independencia del pueblo griego, son muchos los autores que forman el nuevo y último período, *décimo*, de esta literatura, pero nosotros sólo citaremos los dos nombres que, salvando las fronteras, han sido más conocidos, gracias á la política.

Rangabé (Alejandro), filólogo, poeta, hombre de Estado y diplomático griego, nacido en Constantinopla (1810) y de una familia antigua de Bizancio, sucesora de Emperadores.—Fué Ministro del Rey Otón, embajador en varias cortes, incluso la de Turquía, y socio de varias Corporaciones sabias.—También su hijo figura entre los literatos contemporáneos.

Por su calidad de hombre de Estado y varias veces Ministro, ha sido muy conocido asimismo **Tricoupis** (Spiridión) (1788-1873), que además de escribir un poema, ha dejado innumerables discursos y una *Historia de la Revolución griega*.—De igual manera que el anterior, también su hijo (Karilaos) (1832) ha cultivado los estudios, sobresaliendo especialmente en la oratoria, llegando á ser presidente del Consejo de Ministros y jefe de partido.—Su nombre se halla mezclado en el último cuarto de siglo, á todos los problemas políticos de Oriente, planteados ó discutidos por las cortes europeas.—V. Faurier, colección de poesías, *Cantos populares de la Grecia moderna* (1824).

Así termina en nuestros días la historia literaria de este pueblo, el más grande de todos en la antigüedad, y que en consideración á lo cual hemos reseñado con relativa extensión.

XVI.—Roma.

Los primitivos pueblos que fueron á habitar la Península italiana, pertenecían á la familia indo-germánica, pareciendo su lengua desgajada de la rama que produjera el idioma griego. Venidos desde las orillas del mar Caspio y del Ponto Euxino, poseían reducido vocabulario.—Los italiotas trajeron ideas fundamentales de sociedad é instituciones; y á pesar de mezclarse con otros pueblos, dominó la individualidad de la lengua itálica entre los diferentes dialectos de los mismos.—Y así como los griegos y los italiotas son hermanos, las lenguas de unos y otros mantienen íntimo parentesco.—Fundada la ciudad de Roma en medio de todos estos pueblos que formaban una especie de federación cantonal, cuando había alcanzado un grado superior de civilización, influyó poderosamente sobre todos los dialectos, fundiéndolos en un solo idioma (el del *Latio*), después de recoger en parte tradiciones helénicas por la intervención del mediodía de Italia, y tradiciones religiosas por la de los etruscos. De los griegos recibieron el alfabeto. El de los etruscos es en realidad el eolo-dorio. Los filólogos quieren reconocer varios alfabetos etruscos, entre otros, el umbrío, el sabélico, el osco, y por último, el latino.—No se puede asegurar que los romanos no hayan tenido escritura propia antes del año 300 de la fundación de Roma, y en la época de la redacción de la ley de las Doce Tablas, puesto que se ha llegado á reconocer por algunos historiadores, la extraordinaria antigüedad de aquélla.—La escritura se desarrolló primitivamente, con los siguientes procedimientos: Grabando con puntas (*scribere*), ó pintando (*linere*, de donde procede *littera*, letra) sobre hojas (*folium*), ó sobre cortezas (*liber*), ó sobre tablitas de madera, y en

fin, más tarde, sobre cuero y tela, porque el papirus no penetró en Italia en las épocas antiguas.—La ortografía y la pronunciación latinas sufrieron innumerables vicisitudes.—La distinta índole de los pueblos de Italia con respecto á los griegos, les hace carecer de gusto para las letras y las artes, hasta que sufren su influjo absorbente helénico.—Su natural instinto los lleva á la agricultura, á la guerra, y aun al derecho, como cosa práctica y útil para la vida. Limítase su ideal á lo propiamente social y de interés inmediato, á diferencia de los pueblos que les preceden en la civilización, los cuales rendían más culto á las ideas, las teorías y los principios.

La historia de la literatura latina puede dividirse en cinco períodos: *Primero.* Desde los tiempos más remotos hasta 514 (cronología romana).—*Segundo.* Desde 514 á 676; desde Livio Andrónico á la muerte de Sila.—*Tercero.* Desde 676 á 770, desde la muerte de Sila á la de Augusto.—*Cuarto.* Desde el año 14 d. de J., al año 117, desde la muerte de Augusto á la de Trajano.—*Quinto.* Desde 117 hasta fines del siglo v y principios del vi. Después de esta fecha, perdura, sin embargo, el latín durante la Edad Media y como lengua erudita, cuyo desarrollo reseñaremos por vía de apéndice á esos períodos, hasta nuestro tiempo.—Otros quieren que se divida en tres períodos: 1.°, desde 753? á 240 a. de J.; 2.°, de 78 a. de J., á 16, d. de J.; 3.°, desde 16 á 526.

En el *primer* período, que se calcula comprende unos doscientos cuarenta años, no existió otra literatura que cantos religiosos, himnos llamados *Axamenta* en honor de Marte, acompañados de la danza y en verso. La letra de estos cantos era tan incomprensible para los romanos de épocas posteriores, que Cicerón no la entendía. Los hermanos Arvales eran doce sacerdotes que formaban una congregación llamada así, dedicada á recorrer los campos pidiendo á los dioses buenas cosechas. El texto de estas canciones se descubrió en 1777, y la traducción solamente es clara en la primera frase: "Lares, venid en nuestra ayuda", y la palabra final "triunfo", que es triple repetición de cada frase y cada verso.—A esta misma época se deben referir los cantos que acompañaban á los trabajos agrícolas; entre los cuales, probablemente, han de contarse las *Atelanas*, representaciones grotescas, de bromas gro-

seras y mascaradas de asuntos chocarreros.—Todas las solemnidades (bodas, banquetes, funerales), iban unidas á tales manifestaciones literarias.

Segundo período.—El hálito puramente latino empieza á desaparecer con el influjo helénico que invade á Roma del mediodía de Italia; empezando las costumbres á tomar nueva dirección, vistiéndose á la griega el pueblo romano en todos los órdenes de su vida. La pasión helénica llega hasta el extremo de que es condición de estimación pública el conocimiento de aquella lengua; y Catón, por ejemplo, la estudia cuando ya tenía ochenta años. Livio Andrónico modifica esencialmente el teatro con Nevio y Pláuto, y Ennio cultiva la épica, así como Terencio.—De aquí en adelante, cada triunfo guerrero de Roma, hacía que los vencidos se convirtiesen en vencedores; porque los romanos copiaban los usos, los gustos, la cultura de los pueblos griegos sometidos: y desde los libros y la filosofía hasta las estátuas y la escena, todo se transportó ó se tradujo.—En el teatro aparece un género épico, llevando á él la historia nacional (pretexta); y ya no se copia la libertad atrevida de Aristófanes, sino que se limita á la pintura de las costumbres, en el género que se llamó comedia *togada*, además de la especie en que intervenían personas de las clases inferiores, denominada *tabernaria*. A este grupo debe agregarse aquellas antiguas piezas excesivamente libres, *Atelanas*.—Al propio tiempo que la poesía adquiría nuevos metros y ritmos, avanzaba la prosa. La historia que hasta entonces había sido escrita en griego, aun por autores latinos, empezó á cultivarse en esta última lengua, por el citado Catón, siendo también el primero que redactó y publicó sus discursos.—Los Escipiones son modelo de elocuencia en este período, y uno de ellos estudia además la filosofía.—Lucilio maneja la sátira, no perdonando ni aun á los dioses.—Todos los géneros literarios se cultivan con intérpretes más ó menos acertados, copiando ó inspirándose en Grecia. Catulo entre otros, y Varrón, deben ser nombrados.—La jurisprudencia cuenta con Scévola; la enseñanza con retóricos y gramáticos que bebiendo en fuentes griegas, dan, sin embargo, á sus trabajos sentido nacional.

Tercer período.—Es el más brillante de la literatura latina. El

espíritu griego se ha infundido por completo en los romanos. Fúndanse las bibliotecas traídas por Sila; el gusto por los libros se esparce; y de la filosofía se hace el fundamento práctico de la moral y del derecho. Cicerón es el modelo de la oratoria; Hortensio le sigue. Entre muchos que cultivan la prosa en memorias, libros y folletos, ha de citarse á Cornelio Nepote, comparando la historia griega con la romana; César escribe los *Comentarios* é inaugura el diario oficial, *Acta diurna*.—Los eruditos llegan hasta los estudios arqueológicos.—Salustio señala el advenimiento de una nueva generación, como primer historiador de Roma en estilo literario. Lucrecio figura en la épica didáctica, y continúa brillando á su lado Catulo.—Aunque se ha llamado á esta época el siglo de Augusto, no es justa la denominación, sino que la paz de su tiempo fué favorable al amplio desenvolvimiento de las artes, las ciencias y las letras; siendo de notar cómo se fundan círculos y sociedades para el desarrollo de tales intereses, y cómo surgen protectores que, como Mecenas, ha dado nombre para la posteridad, como el prototipo del favorecedor del talento.—Virgilio, Propercio, Ovidio, Horacio, Tibulo, son otros tantos astros de primera magnitud cuyo fulgor aún ilumina la literatura moderna. Tito Livio alcanza la más completa perfección en la prosa, iniciando desde su culminación los primeros síntomas de la decadencia, como otro Miguel Angel.—El Teatro, en cambio, no se mantiene á la altura del período anterior, y degenera en la licencia, á pesar de los esfuerzos de Laverio, como autor, y de Esopo, y Roscio como actores. La obscenidad de un lado, y las decoraciones, séquitos de comparsas y exhibición de trajes, constituyen la escena de este tiempo.

Cuarto período.—La literatura declina, llamándose á esta época «Edad de Plata», por contraposición á la anterior nominada «Edad de Oro». La vida política influye en la literatura, y el despotismo de unos Emperadores, la imbecilidad de otros y la locura de Nerón, hacen que se pierda el gusto, de la misma manera que se degradan las costumbres. Los hijos dejan de educarse con el esmero de tiempos anteriores, llegando á jóvenes degradados. La elocuencia al par que la escuela, decaen, por la modificación de las

instituciones públicas.—Juvenal se aleja de la facilidad de Horacio; Quinto Curcio exagera los defectos, no ya las bellezas, de Tito Livio; Tácito sólo se mantiene en medio de aquel rápido descenso, aunque no sin tacha. Fuera de él, la historia no es sino un montón de anécdotas. La ciencia, sin embargo, cuenta con Plinio «el Viejo», verdadero enciclopedista de la antigüedad.—Quintiliano procura restaurar el gusto anterior con escaso resultado, siendo su mejor discípulo Plinio «el Jóven». Atribúyese á las lecturas públicas esta decadencia, por leerse ante numeroso auditorio todas las producciones más ó menos selectas de la imaginación.—No hemos de citar aquí sino el nombre de Séneca como dramaturgo, porque tanto éste como Quintiliano y otros, serán estudiados en otra parte.—Á pesar de que Nerón canta sus versos, los gladiadores son más estimados por todo el mundo que los poetas, y hasta los juegos circenses de todas partes que á diario se celebran, atraen más que la comedia ó la tragedia. Y era fenómeno harto natural que divirtiesen más á la ignorante multitud los espectáculos sangrientos efectivos, que la tragedia simulada; se regocijaban más con el efecto del terror que con el goce estético. Hecho que se reproduce también en los circos modernos con la pasión que despiertan las corridas de toros y otros espectáculos análogos. En Roma se llegó á que únicamente produjeran entusiasmo las representaciones que, como *Las desgracias de Orfeo*, terminaban á menudo con la muerte de un criminal que espiraba desgarrado por los osos.

Quinto período.—La literatura «clásica» se extingue con Trajano. En vano tratan de restaurarla emperadores como Marco Aurelio. Desde él á Constantino, durante unos ciento veinte años, se suceden hasta treinta Soberanos que escalan el Imperio, de manera violenta, la mayor parte de las veces. Y de igual modo que las costumbres no se suavizan, la literatura no se regenera.—El hecho más importante de este período, es el advenimiento del Cristianismo al trono de los Césares. Abierto á los bárbaros el imperio de Occidente y trasladado su asiento á Bizancio, sufren lo-intereses morales las mismas vicisitudes que los materiales, padeciendo no sólo las manifestaciones científicas y artísticas, si que

también la pureza de la lengua. Fúndanse en las Galias escuelas, con profesores más ó menos célebres; pero se limitan á la enseñanza de la retórica y la gramática, quedando muertas las demás manifestaciones poéticas, didácticas y oratorias.—Mientras tanto, la lengua latina, trasladada á Constantinopla, ó resucita arcaísmos ó se plaga de neologismos que las dignidades eclesiásticas ponen en boga, y el Diccionario se llena de palabras híbridas, la conversación de vocablos abstractos y de diminutivos. Todo lo que no es perífrasis ó vana retórica, se desprecia en Oriente y Occidente.—En esta época ha de citarse, sin embargo, un autor de mérito indiscutible, Claudiano, el cual, en un siglo cristiano pone en juego las fábulas de la antigüedad pagana. Ausonio, en cambio, recoge también tradiciones gentílicas en composiciones semi-cristianas. El teatro no pereció por completo, á pesar de las leyes que le eran contrarias. En la tragedia y la comedia se restauran obras antiguas. Teodorico en Roma y Chilperico en las Galias restablecen la escena y se llega á representar á Terencio en los siglos VII y VIII, hasta que un concilio de Roma prohíbe á los Obispos asistir á tales representaciones.—Marciano Capella reúne toda la sabiduría antigua en su enciclopedia, que ha de servir á la Edad Media, echando las bases para la enseñanza durante los siglos VI y VII. En el IX se traduce al alemán. En el XIII y XIV será comentado por los sabios.—La poesía se cultiva en pequeños poemas como epigramas y epitafios.—La historia degenera en meras compilaciones, y es raro que alguno de sus cultivadores hable de lo que ha visto, como Salviano y Vopisco. La novela tiene un modelo en Apuleyo, autor de *Los amores de Psiquis* que tantas veces ha sido imitada.—Una literatura nueva, sin embargo, se produce en este último transcurso de tiempo. En el siglo IV, San Agustín traza el programa de la poesía cristiana que ha de beber su inspiración en los sentimientos piadosos y alimentarse del dogma. Uno de los representantes en este género, es Fortunato.—La teología se pliega á los acentos de los versos, con San Próspero. Las fiestas del año se celebran en los himnos de San Ambrosio.—La prosa también se hace fecunda bajo la dirección de San Agustín, que da las reglas para la retórica cristiana, aunque no consigue restaurar la oratoria,

impregnada, como todo lo del tiempo, de signos de barbarie.—Gregorio el Grande figura entre los oradores de la época que se sirven de una lengua apropiada á su auditorio. El mismo santo Padre, maestro de toda esta literatura, lleva á la historia puntos de vista nuevos, que han de servir en el porvenir á los grandes autores.—San Jerónimo traduce la Biblia, aunque, retorciendo la lengua de Cicerón, y Tertuliano la hace más ruda aún.

Y así desciende el latín precipitadamente, aunque manteniéndose más ó menos para el lenguaje usual y preparando los idiomas modernos. —Aquí acaban los autores romanos; pero el latín tiene una segunda vida en la Edad Media, y se prolonga hasta los tiempos modernos, no sólo como lengua universal de la Iglesia, sino para el uso del lenguaje popular en una forma bárbara que se escribía y hablaba en Europa para los negocios y los actos públicos y hasta para el comercio, quedando por espacio de mucho tiempo sus tradiciones conservadas en libros como el de Bede y el de San Isidoro de Sevilla, de cuya enciclopedia no hablaremos aquí, siguiendo el plan que nos hemos propuesto, reservándolo para otro lugar.—Cuando esta lengua bárbara era maneja la por un hombre superior, se depuraba naturalmente, pero quedando siempre como idioma erudito sin llegar á generalizarse.—La Escolástica cuenta con escritores como Abelardo y Santo Tomás de Aquino, Erasmo y Melánchton que escriben en latín.—Holanda se envanece de haber sido la última en conservar las musas latinas hasta el siglo XVII, y aun XVIII, con Heinsio y con Grocio. Y la obra de los humanistas franceses, como Polignac, y en fin, la filosofía de Descartes y los pensamientos de Pascal escritos en latín, son los últimos destellos que la antigua literatura romana ha legado á los tiempos modernos.—En nuestros días se guarda aún en la liturgia de la Iglesia, en los documentos diplomáticos pontificales y hasta en tesis científicas de algunas Universidades de Europa, y en la enseñanza, en fin, hablándose, en polémicas filosóficas de determinados centros eclesiásticos docentes y de congregaciones religiosas; y su estudio, unido al de las lenguas modernas, es base todavía de la cultura en Institutos, Liceos, Colegios y Gimnasios de la Segunda Enseñanza casi en todos los países, aunque parece

condenado á que se le aprenda únicamente como mero conocimiento clásico y resto arqueológico.

Del *primer período*, sólo ampliaremos lo dicho anteriormente. **Axamenta.**—Ya hemos indicado que llamábanse así los himnos cantados por los sacerdotes en sus procesiones celebrando principalmente á Marte, aunque también á otros dioses y aun héroes, y no hemos de repetir lo apuntado de que ya Horacio no entendía el significado ni siquiera la letra de tales composiciones.—También se ha apuntado que el canto de los Hermanos Arvales constituyen las primeras instituciones religiosas de Roma; cánticos repetidos anualmente en la primavera por esa congregación de doce sacerdotes que atravesaban procesionalmente los campos de labranza (*arvum*) y que continúan ininteligibles.

Atelanas.—Se llaman así, al parecer, por haber empezado esta especie de juegos escénicos en la villa de Atela, en la Campania.—Se representaban al aire libre, siendo sus asuntos incidentes cómicos de la vida rural y de las costumbres de las clases inferiores. Lo picante no siempre estaba contenido en los límites de la grosería, llegando frecuentemente á la obscenidad.—Los tipos eran tradicionales, y se repetían constantemente, como en tiempos posteriores ha ocurrido, en los comienzos del teatro moderno, y como ha quedado perpetuado en los pasillos de la comedia italiana de los siglos XVII y XVIII y aun en lo que se denomina las *máscaras* regionales.—Los diálogos eran, como son, muchas veces, improvisaciones más ó menos ingeniosas de los actores, sobre idénticos argumentos.—De estas obras sólo nos quedan fragmentos insignificantes recogidos y publicados recientemente en Leipzig. (Ribbek, 1834 y 1840.)

Segundo período. — **Livio Andrómico** (243? a. de J.) es un griego prisionero de los romanos en Tarento y esclavo liberto á poco, que toma el nombre de su dueño (Livio), según costumbre.—Introdujo en el teatro romano el arte heleno que sustituye á la Atelana; é inaugura la epopeya con imitaciones de Homero en versos saturninos, y la oda religiosa en forma de himnos. Se le considera como fundador de la lengua literaria latina. Sólo quedan de sus composiciones algunos restos. (Berlín, 1835.)

Nevio, autor de un poema sobre la primera guerra púnica, es muy estimado por los romanos del siglo de oro, según declara el mismo Horacio.

Ennio (Quinto) (239? a. de J.), es un numen latino que compone el poema los *Anales*, cuyo asunto es la historia del pueblo romano. Se deja influir por el gusto griego y el tradicional romano, escribiendo tragedias y comedias imitadas ó traducidas de Eurípides y Menandro, y sátiras. Los autores del gran siglo lo elogian, y los fragmentos de sus obras justifican el aplauso, á pesar de lo soez de muchos de sus conceptos. (París, 1584.)

Plauto.—Nace 254 a. de J., este célebre poeta cómico contemporáneo de los dos nombrados y más conocido, habiendo llegado á considerársele como clásico, aunque se hayan discutido sus méritos, tal vez por la inmoralidad de alguna de sus obras. Su vena cómica desciende directamente de Aristófanes, poseyendo además la cualidad de una malicia refinada y una perfecta concisión.—Se conservan de él 20 comedias, algunas de las cuales han dado asunto á autores modernos. Molière se inspiró para su *Anfitrión* en la obra del mismo título de Plauto, y la *Aulularia* le sirvió para su *Avaro*.—Fué autor, actor, director de escena, atribuyéndosele 120 obras, aunque sólo figuran como auténticas 23. Además de las citadas es también famosa *Los cautivos*.—No se sometió á seguir una misma medida de versos.

De La Aulularia ó La Marmita.—Escena 4.ª, acto III.—EUCLIÓN (avaro), después MEGADORO (anciano rico).—EUC.—¡Gracias al cielo que se han ido! ¡Dioses inmortales, qué audaz temeridad es la del pobre que se atreve á tener relaciones con un rico! ¡El tal Megadoro!... finge enviarme esos cocineros para obsequiarme, y, en verdad, su intento es despojarme y reducirme á la miseria... Pero, en mi casa, hasta el gallo parecía que estaba en inteligencia con la diosa vieja para arruinarme; pues comenzó el maldito á escarbar con las patas precisamente donde yo tenía enterrado mi tesoro. ¿Qué había de hacer? El corazón se me inflamó de cólera, y cogiendo un garrote, dejé en el sitio al infame gallo... ladrón manifiesto. Juraría que esos pillastres de galopines le habrían prometido alguna recompensa, si les descubría mi riqueza. Mas ya les he arrancado el *mango de la mano*. Y á todo esto. .

¿para qué tanta conversación? La muerte del ave ha terminado el asunto. - Pero he aquí mi futuro yerno, Megadoro que sin duda regresa del mercado. No me atrevo á dejarle pasar sin pararle, y hablar con él algunas palabras.

MEGAD.—*(Sin ver á Euclión.)* He participado á mis amigos mi proyecto de establecerme, y todos hacen elogios de la hija de Euclión, y me aseguran que obro con discreción y que he tomado una determinación excelente. Y á mi juicio, si los demás hiciesen lo propio, si los hombres de posición eligiesen para esposas á las hijas de los pobres, indotadas, en la sociedad habría más armonía, y nosotros seríamos menos envidiados de lo que somos. Las mujeres temerían dar un mal paso más de lo que ahora lo temen, y nosotros no tendríamos que soportarlas tanto boato Esta costumbre sería la más provechosa para todos, no encontraría oposición, sino en un insignificante número de personas ávidas, insaciables, cuyas codicias no reconocen ni ley, ni tutor, ni freno. Pero se dirá: si se estableciera semejante privilegio en favor de las jóvenes sin fortuna, ¿con quiénes se habrían de enlazar las hijas de los ricos que tienen dote?—Cásense con quienes les agrade; pero con tal que no las acompañe la dote. ¡Ah! Si así se hiciera, ya procurarían ellas aportar como dote mejores costumbres que las que llevan hoy. Yo, como por mi parte, haría que los mulos, que se tienen en más estima hoy que á los caballos, viniesen á tener precio más bajo que los capones de la Galia...

EUC.-- *(Aparte.)* ¡Que los dioses meayuden según con el gusto con que le estoy escuchando! Ha hablado admirablemente con respecto á la economía.

MEGAD.—No diría entonces ninguna mujer á su marido: la dote que yo te he traído es superior á tu fortuna; por lo tanto, ya puedes costearme mulos, cocheros, esclavos, saludadores, carruajes para pasearme...

EUC.—*(Aparte.)* ¡Cómo conoce las pretensiones de nuestras matronas! Me alegraría que le nombrasen inspector de las costumbres de las mujeres.

MEGAD.- Hoy día, donde quiera que va uno, ve más carruajes en las casas de la ciudad que en las casas del campo. Y todo esto es nada en comparación de otro millón de gastos; pues luego vienen el batanero, el bordador de oro, el platero, el lanero, y... un tropel de mercaderes; los guarnicioneros...

De **Los cautivos.** - (Acto III, escena 5.ª)—HEGIÓN, TÍNDARO (cautivo del anterior), ARISTOFONTE, ESCLAVOS, ETC.

HEG. – ¡Ponedle las esposas á ese infame!...

TÍND.—¿Qué significa esto? ¿Qué delito he cometido?

HEG.—¿Y te atreves á preguntarlo, sembrador, escardador y ahora gran segador de males?

TÍND.—¿Y por qué no me habéis llamado primero desterronador? Pues el desterronar precede siempre á la carda en las faenas de la laqranza.

HEG.—¿Pero no véis con qué descaro me provoca?

TÍND.—El esclavo inocente y sin culpa debe hablar siempre con confianza; y sobre todo á su señor.

HEG.—Atadle las manos fuertemente, os ordeno.

TÍND.– Sois mi dueño; mandad que me las corten, si queréis. Pero dignaos manifestarme el motivo de vuestro enojo: ¿por qué es esto, señor?

HEG. – Porque habiendo puesto en ti toda mi confianza, tus mentiras y tus ardides han desconcertado, han destruído todos mis proyectos; han echado por tierra todas mis esperanzas. Tú me has arrebatado á Filócrates con tus imposturas. Le tuve por esclavo y á tí por hombre libre, dando crédito á vuestras palabras, y ahora resulta que habéis permutado los nombres!...

TÍND.—Confieso que es verdad cuanto decís; declaro que él se os ha escapado con la ayuda de mis estratagemas y artificios; pero, ¿qué motivo es este, por Hércules, para que estalle contra mí vuestro furor?

HEG.—¡Con terribles tormentos tienes que pagarlo!...

TÍND.—Con tal que yo no me haya hecho merecedor de la muerte, poco me importa. Aunque yo sucumba aquí, aunque Filócrates no regrese, como lo ha prometido .. con el sacrificio de mi vida, quedará realizada una acción memorable: ¡como que he arrancado á mi señor de la servidumbre y de manos de sus enemigos, restituyéndolo libre á sus padres y á su Patria, habiendo preferido arriesgar mi cabeza antes que dejar de salvarle! ..

HEG.—Pues ve á gozar de tu gloria á orillas del Aqueronte.

TÍND. – El que perece por virtud no muere. – (*Trad. Gonz. Garbín*)

Terencio (192-158 a. de J.), hijo de Cartago, por lo que se le llamó «el africano», toma su nombre del senador que lo compró en Roma como esclavo. Su amo lo educa con esmero, libertán-

dolo al ver las felices facultades que demuestra en los estudios.—No se oculta de haber bebido su inspiración en Menandro; y aunque no hace estallar la risa con la gracia aristofanesca, su gusto depurado y su musa tranquila regocijan al espectador.—Merece por su estilo ser tenido como el primer autor que anuncia la brillantez de la lengua, impregnando, por decirlo así, el latín con las delicadezas del griego, y de su tiempo data el buen gusto latino.—Comparte con Plauto el aura popular.—Se conservan de él seis obras, de que también Molière se sirvió: *Andria, Eunuco, Adelfos Fórmio, Hecira* y *Heautontimorúmenos* (el que se atormenta á sí mismo).

Los Adelfos (Los hermanos).—Esta comedia se representó en los juegos fúnebres de Pablo Emilio; se hizo la música sirviéndose de flautas tirianas. Está tomada de Menandro. Se estrenó en el consulado de Anicio y Cornelio.—Escena 5.ª del acto III.—HEGION (pariente de PÁNFILA amante de ESQUINO, hijo de DEMEAS) y DEMEAS. (Bib. Un.)

HEGIÓN. Oye antes.
Tu hijo primogénito, ese Esquino
que tu hermano adoptó, según se sabe,
una acción cometió que no le cuadra
á un hombre que es honrado, á quien realce
le da una buena educación.
DEMEAS. ¿Qué ha hecho?
HEGIÓN. ¿Á Símulo conoces?...
La deshonra infame
ha causado á su hija...
DEMEAS. ¿Pero acaso hay aún más?
HEGIÓN. ¡Sí, por desgracia!
Porque nunca esta acción es execrable
en cierto modo, y el amor, el vino
la juventud, la noche así excitarle
pudieron. En verdad todos sabemos
que el hombre al fin de condición es frágil.
Cuando su falta comprendió, llegóse
el mismo en busca de la pobre madre,
con lágrimas y ruegos suplicando,
con su hija ofreciendo desposarse.

Se le ha creído y perdonado y nunca
le recordó su juramento nadie;
pero ya va á ser madre esa infelice
y ese hombre no digno, en tal instante
va en busca de una mísera cantora
para vivir con ella, sin cuidarse
de la que deja abandonada.

DEMEAS. ¿Y cierto
estás de lo que dices?

HEGIÓN. ¡Oh! la madre
y la hija allí están. Mira á este esclavo
que para serlo, á fe que no es infame
ni imbécil, y á más con sus sudores
mantiene á esta familia. Tú has de hablarle;
interrógalo, así sabrás lo cierto.

DEMEAS. En este trance
confuso estoy á la verdad; no encuentro
qué hacer ni qué decir. ¡Que esto me pase!

HEGIÓN. .. Oye, Demeas;
tu buena fe ya acude á demandarte
ese sér infeliz. Haz buenamente
lo que la ley exija. Á las deidades
suplico que al fin tenga todo arreglo
cual es digno de tí; pero no obstante,
si piensas de otro modo, por mi nombre,
que todo mi poder sabré mostrarte
defendiéndola así cual la memoria
de mi difunto amigo. Era estimable
deudo mío; educados en la infancia
como hermanos y amigos entrañables
fuimos ambos al par, y en paz y en guerra
juntos siempre vivimos; los azares
de la pobreza juntos compartimos.
Así, pues, he de hacer cuanto sea dable.
Me quejaré; sin tregua he de moverme
y hasta la vida perderé, sí, antes
que abandonarla yo. ¿Qué me respondes?

DEMEAS. En busca de mi hermano iré al instante,
y el consejo, Hegión, que de él reciba,
en práctica pondré.

BIBLIOTECA CÁNOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MÁLAGA

Catón.—Nacido en Túsculo, de familia plebeya (234 a. de J.), es el tipo legendario, que ha pasado á la posteridad como norma de severas costumbres y austera vida, siendo conocido con los sobrenombres del «censor» y el «viejo».—Á sus cualidades debió una inmensa popularidad, aunque sus enemigos de la aristocracia le vencieran en perspicacia, á veces, y discutieran sus virtudes.—Aunque despreciaba la literatura, fué en realidad el primer prosista latino. Sólo han llegado hasta nosotros de sus numerosas obras, una sobre agricultura y fragmentos sobre la *Educación de los niños*, *Arte militar*, *Orígenes de Roma* y *Discursos*.

Escipión (Publio Cornelio Emiliano), nacido en Roma, 185 a. de J., llega á ser tan célebre general como orador, y entra en la familia de los Escipiones por adopción.—Á sus triunfos en Cartago y en Numancia, une sus lauros en la elocuencia, no sólo espontánea, sino adquirida en las enseñanzas de Polibio y en el cultivo de la literatura griega. Terencio le debió apoyo.

Varrón (Marco Terencio), hijo de una villa Sabina (116 a. de J.), se le llama el mayor sabio romano, como polígrafo.—Escribió 74 obras de todas clases, principalmente didácticas, pero sólo ha recogido la posteridad una que trata de la *Lengua latina* y algunos libros de agricultura. Reúne en la elocución que le es propia cierta gracia jovial y una gran ilustración en toda clase de materias, que á veces le hacen parecer pedante.

Catulo (siglo 1 a. de J.) es considerado como uno de los poetas más elegantes y populares en Roma. Cultiva la lírica, la elegía, la sátira, los epigramas y hasta escribe un pequeño poema épico, *Epitalamio de Tétis y Peleo*.—Aunque de corta inspiración y poca espontaneidad, es artista de primer orden, ingenioso, hábil y de buen gusto. Una de sus obras, *El gorrión de Lésbia*, encierra una gracia delicada, si bien se le censura con razón de licencioso en sus poesías, como lo fué en su conducta.

Escévola (Quinto) es el más importante jurista romano del primer siglo (a. de J.). Por su vasta ilustración, así como por haber dedicado la vida entera á la profesión de Abogado, se le estimó grandemente como profesor de Derecho. Su principal mérito consiste en haber sido el primero que sistematizó estos estudios.

Tercer período.—La primera figura de que debe tratarse en esta época es la de **Cicerón** (Marco Tulio), hombre de Estado, orador y escritor, hijo del Lacio (106 a. de J.). Su vida se enlaza con los acontecimientos más notables de su tiempo, y si no sobrepuja á Demóstenes en la elocuencia política, es en la forense, sin duda, el modelo superior de todos los tiempos. Sus discursos han continuado hasta nuestros días como prototipos de perfección, y escribió además el *Libro del orador*. Filósofo ecléctico en la dirección platónica, en punto á moral, debe clasificársele entre los estoicos templados.—Sus principales obras son: *La República*, en diálogo en donde analiza la mejor forma de gobierno y la causa de la grandeza y decadencia de las naciones; *Las Leyes*, complemento de la anterior, y de la cual no queda sino una parte; *Las Tusculanas*, sobre puntos de moral práctica; *De la naturaleza de los dioses*, en que enumera las opiniones de los filósofos sobre el Sér Supremo y la Providencia; *Catón, ó de la vejez; Lélio, ó de la amistad*, y *El Tratado de los deberes*, sin contar un gran número de cartas en que se consignan y comentan los acontecimientos de su tiempo.—También cultivó la poesía, aunque sus contemporáneos de mayor vuelo lo eclipsaron. Sus cualidades como orador pueden resumirse en lo siguiente: abundancia de idea y arte para presentarlas en el orden más favorable; riqueza, armonía y pureza de elocución; gesto animado, voz vibrante y conmovedora, y declamación perfecta. Murió violentamente á los sesenta y cuatro años.—Se le llama con razón el príncipe de los escritores latinos, y así como sus contemporáneos le debieron en calidad de Cónsul haber salvado á su patria en momentos difíciles, la posteridad le debe amplia enseñanza por sus escritos de retórica, de filosofía, de historia, y en fin, de obras magistrales en el género epistolar.

Particiones oratorias.—*Diálogo entre Cicerón y su hijo.*—HIJO.—Quisiera ¡oh padre! que me enseñaras en latín lo mismo que otra vez me dijiste en griego, acerca de la oratoria, si es que puedes y tienes tiempo.

CICERÓN. – ¿Y qué deseo yo más que hacerte doctísimo, hijo mío? Además, tengo espacio bastante, porque al fin he logrado salir de Roma. Y que yo antepondría con gusto ese tu deseo á mis mayores ocupaciones.

HIJO.—¿Quieres que así como me sueles preguntar en griego te interrogue yo en latín sobre las mismas cosas?

CICERÓN.—Bien, si así lo quieres, porque así comprenderé yo que entiendes lo que te he enseñado y llevarán orden las preguntas... La virtud es doble: consiste en la *ciencia* ó en la *acción*. La que llamamos *prudencia*, y con nombre más grave, *sabiduría*, descansa en la *ciencia*. La *templanza*, que modera y rige los afectos del *ánimo*, se dirige á la *acción*. La *prudencia* se divide en *doméstica* y *civil*, según se aplica á los negocios privados ó á los públicos. La *templanza* admite igual división, y en la prosperidad obra de dos modos: no apeteciéndose lo que falta y absteniéndose de lo que posee. En la desgracia es también doble; pues cuando pone el rostro á los males se llama *fortaleza*: cuando los tolera y los sufre, *paciencia*. La virtud que abraza todas éstas, se llama *magnanimidad;* en ella están comprendidas la liberalidad en el uso del dinero, la alteza de ánimo en sufrir los males é injurias y todo lo que es de este género, grave, tranquilo, no turbulento. La virtud, que consiste en íntima unión y comunicación; se llama *justicia;* para con Dios, *religión;* para con los pobres, *piedad;* para con el vulgo, *bondad*, fe en la promesa y en el depósito, *moderación* y *blandura* en el reprender y advertir, *amistad* en la benevolencia.

Del mejor género de oradores. —Dicen que hay tantas especies de oradores como de poetas, y no es así, porque la poesía es múltiple. El poema trágico, el cómico, el épico, el lírico y el ditirámbico, que ha sido más usado por los latinos, difieren cada uno de ellos de los demás. Por eso es vicioso en la tragedia el estilo cómico y en la comedia el trágico, y los demás tienen su estilo y su carácter propio y sabido de los oyentes. Si se clasifica á los oradores en muchos géneros, llamando á unos sublimes, graves y copiosos, á otros ténues, sútiles y breves, y aplicando los demás al género medio, se dice algo de los hombres, poco de la cosa; en ésta se busca lo mejor, en los hombres lo que es: así se puede llamar á Ennio gran poeta épico, si así nos parece, y á Pacuvio trágico y á Cecilio cómico. - Yo no divido á los oradores, busco el orador perfecto, y la perfección es un género solo. Los que de ella se apartan no difieren en género, como no difiere Terencio de Accio, sino que son desiguales dentro del mismo género. El mejor orador es el que enseña, deleita y conmueve á los oyentes. El enseñar es obligatorio: el deleitar, muy conveniente; el conmover, muy necesario; claro que esto lo hacen unos mejor que otros, pero no por diferencia de géneros, sino de grados... (Traducción de Menéndez Pelayo.)

César (Cayo Julio).—Nacido en Roma en el año 100 (a. de J.), llegó á ser Cónsul general y dictador romano, y una de las figuras más grandes de la humanidad. Por esto se le ha apellidado, con razón, la última palabra y el resumen de la historia romana. Inaugura el imperio de la democracia sobre las ruinas del patriciado, abre Roma al Universo entero, y sus talentos militares corren pareja con su habilidad de organizador y su incomparable estilo como escritor. Orador y poeta, cultiva sobre todo la historia con las cualidades de otro Jenofonte, por su estilo puro y elegante, por su brevedad correcta y luminosa, que lo han inmortalizado. Quedan sólo pequeños fragmentos de sus discursos, y compuso una obra didactica sobre la dicción latina, titulada *De la analogía.—Los Comentarios*, donde se desarrolla la crónica de sus campañas en Galia, y la de la guerra civil, comprende siete libros sobre la primera y tres sobre la última. Á pesar de estar escrita esta obra como simples notas redactadas de un diario, constituyen una historia perfecta en su género, despojada de toda preocupación personal. La admiración de la posteridad le ha recompensado.

De los **Comentarios de la guerra civil.**—Libro I. (Traducción de Goya y Muniain.—Biblioteca Clásica.)—Al otro día los jefes contrarios, muy turbados por haber perdido toda esperanza de las provisiones y del viaje al Ebro, consultaban sobre lo que se debía hacer. Un camino tenían, caso de querer volver á Lérida; otro, si escogían ir á Tarragona. Estando en estas deliberaciones tienen aviso de que sus aguadores eran molestados de nuestra caballería; sabido esto, ponen á trechos varios piquetes de á caballo y patrullas de tropas auxiliares, entreverando cohortes de legiones y empiezan á tirar una trinchera desde los reales al agua para poder, cubiertos y sin que fuese menester poner cuerpos de guardia, ir y sacarla. Petreyo y Afranio reparten entre sí el cuidado de la obra, y para su ejecución hubieron de alejarse del campo una buena pieza. Con su ausencia, los soldados, logrando entera libertad de poder hablarse; se acercan sin reparo, y cada cual andaba inquiriendo y preguntando por los conocidos y paisanos que tenía en los reales de César. Primera- mente «dan todos á todos las gracias por haberles perdonado el día antes, viéndolos perdidos de miedo, confesando que les debían la vida; tras esto indagan si su general sería de fiar y si podrían ponerse en sus manos, y se lamentan

de no haberlo hecho desde el principio y de haber tomado las armas contra sus deudos y parientes. Alentados con estas pláticas, piden al general palabra de conservar la vida de Petreyo y Afranio, porque no se creyese que habían maquinado alguna alevosía ni vendido á los suyos»; con este salvoconducto prometen pasarse luego, y envían los principales centuriones por diputados á César sobre la paz. Entre tanto, se convidaban y obsequiaban los amigos y deudos de ambas partes, pasando los unos á los ranchos de los otros, de modo que parecía que de los dos campos se había formado uno solo; y muchos tribunos y centuriones venían á ponerse en manos de César. Lo mismo hicieron varios señores españoles á quien ellos habían llamado y los tenían en el campo en rehenes. Éstos preguntaban por sus conocidos y huéspedes para conseguir por su medio ser presentados y recomendados á César, hasta el joven hijo de Afranio, tomando por medianero al legado Sulpicio, trataba con César sobre su libertad y la de su padre. Todo era júbilos y enhorabuenas: éstos, por verse libres ya de peligro; aquéllos, por haber, á su parecer, acabado sin sangre tan grandes cosas: con que ahora César, á juicio de todos, cogía el fruto de su innata mansedumbre, y su consejo era de todos alabado.

✶ **Cornelio Nepote** es otro historiador del primer siglo (a. de J.) estimado por el estilo de sus bellas formas de la clásica latinidad.—La obra que le ha hecho pasar á la posteridad es su muy conocida *Vidas de Capitanes ilustres*, que ha servido y sirve para traducción en la enseñanza, consistiendo no sólo en la biografía de los guerreros, si que también de hombres insignes en la filosofía ó en otros órdenes de conocimientos.—Se le censura que su crítica histórica no sea muy recomendable, ni aun su estilo enteramente correcto; pero en cambio se aprecia mucho en él la sinceridad de la exposición, sin pretenciosa pedantería. Créese que su obra eran materiales para otra más considerable. Escribió además poesías eróticas, tres libros de *Crónicas* y cinco de *Ejemplos*. ✶

✶ **Salustio.**—Nace 86 años a. de J., y es uno de los historiadores más distinguídos. Aliado de César, va á gobernar la Numidia, donde se hace tan célebre por sus rapacidades como luego lo ha sido por sus obras, en la posteridad.—Entre éstas descuella la *Conjuración de Catilina* y la *Guerra de Yugurta*. La *Historia general de Roma* no ha llegado hasta nosotros.—Carece de la impar-

cialidad exigida, pero los datos geográficos ó de costumbres, y en donde la apreciación no interviene, son perfectos. Su cualidad preeminente es la rapidez en la narración y la habilidad para presentar los acontecimientos, que parecen presenciarse en el teatro. Su estilo, en fin, tiene dejos de la antigua retórica helénica.+

+ **Tito Livio** (59 a. de J.—16 d. de J, año 770 de Roma).—Comparte con el anterior el renombre, aunque también figura el hijo de Pádua como orador y retórico.—Su obra principal es la historia que abrazaba desde la fundación de Roma hasta la muerte de Druso, nueve años antes de Jesucristo. De los 140 libros que comprendía, sólo se conservan 35. Se le ha llamado el Herodoto latino por el estilo de sus *Anales* (historia citada), poético á menudo, patético en la manera de narrar los acontecimientos sublimes, y de una gran sinceridad, aunque no siempre puede fiarse en la verdad que expone, porque se deja arrastrar con frecuencia por lo dramático, sacrificando la exactitud á la belleza.

Décadas de la Historia romana.—(Traducción de Navarro y Calvo.—Biblioteca Clásica.)—Para juzgar del contenido, se transcribe parte del *Sumario* de la primera *Década* del libro I.) — Llegada de Eneas á Italia y su casamiento con Livinia, hija del Rey Latino. - Reinado de Ascasio en Alba y de los Silvios, sus sucesores.—Rhea, sorprendida por Marte, concibe dos hijos, que son Rómulo y Remo.—Muerte de Amulio.—Fundación de Roma Consagración de despojos opimos á Júpiter Feretriano. - División del pueblo en curias.—Derrota de los fidenatos y de los veios.—Honores fúnebres á Rómulo.—Numa Pompilio establece las ceremonias religiosas, dedica un templo á Jano, ajusta la paz en todos los pueblos vecinos y es el primero que cierra las puertas de aquel templo. Merced á los nocturnos coloquios que finge tener con la ninfa Egeria, inspira sentimientos religiosos á aquel pueblo rudo.—Tulo Hostilio hace la guerra á los albanos.—Combate de los Horacios y Curiacios. - Perdón de Horacio. - Súplica de Mecio, rey de Alba.—Destrucción de Alba é incorporación de sus habitantes á Roma.—Guerra con los sabinos.—Muerte de Tulo.—Anco Marcio restablece las ceremonias de Numa, derrota á los latinos, les otorga el derecho de ciudadanía y les da por morada el monte aventino...

He aquí ahora uno de los primeros párrafos de este libro I:

...Una vez en estas playas los troyanos, á quienes tan larga nave-

gación por aquellos mares, por los que habían vagado durante años, sólamente les había dejado armas y naves, se desparramaron por las campiñas en busca de botín, cuando el Rey latino y los aborígenes, que ocupaban ontonces la comarca, acudieron en son de guerra desde la ciudad y parajes inmediatos para rechazar la agresión de aquellos extranjeros. Dicen unos, que después de ser derrotados ajustó Latino la paz y se alió con Eneas. Otros aseguran que estando frente á frente los ejércitos, antes de darse la señal, avanzó Latino con lo más escogido de los suyos é invitó al jefe de los extranjeros á una conferencia Preguntóle de qué nación eran, de dónde venían, qué revés de fortuna les había desterrado de su país y qué propósitos les traía á los campos laurentinos. Cuando se enteró de que eran troyanos, que su capitán era Eneas, hijo de Anquises y de Venus, y que huyendo de su patria y sus moradas incendiadas buscaban paraje para edificar una ciudad, pasmado de admiración ante aquel glorioso pueblo y su caudillo, viéndoles además tan dispuestos á la guerra como á la paz, tendió la mano á Eneas como prueba de futura amistad. Ajustóse entonces el tratado entre los jefes y se reunieron los ejércitos. Eneas vino á ser huésped de Latino, y éste en su palacio, ante el altar de sus dioses penates, le dió á su hija por esposa para estrechar con lazos domésticos la unión de los dos pueblos. Esta unión robusteció la esperanza de los troyanos de tener al fin una patria duradera que pusiese término á su vagabundo destino.

Mecenas.—En el siglo de oro, debe citarse á este caballero romano (70? a. de J., 8 d. de J.), amigo y condiscípulo de Octavio y cuyo nombre se ha hecho proverbial como significando por antonomasia el protector de las artes y las letras. No quiso aceptar ningún empleo cuando su amigo subió al trono del Imperio, aunque su ilustre progenie de antiguos reyes de Etruria le otorgaba alto rango entre los hombres de Estado.—Poeta, él mismo, influyó, más que por su ejemplo modesto, por su buen gusto. Virgilio, Horacio, Propercio, etc., le debieron favor.

Lucrecio (Tito Cayo) se coloca en primera línea entre las grandes figuras de su tiempo por su poema didáctico sobre *La naturaleza de las cosas* (95 a. de J.—53? d. de J.).—Los cuatro primeros libros del famoso poema son enteramente filosóficos. Discípulo de Epícuro, llega á negar la existencia del alma, la vida fu-

tura, la Providencia, reduciéndolo todo á pura materia. En el quinto libro, marca el destino del género humano desde su aparición en la tierra, las luchas de éste contra los animales, el origen del lenguaje, la invención de las artes y el desenvolvimiento ordenado del caos primitivo, hasta la constitución de la sociedad. El sexto trata de meteorología y de otros fenómenos naturales.—Preciso es conceder á Lucrecio el mérito de haber sido el primero que elevó la lengua latina á las formas de la alta poesía, aparte de ser un innovador por sus teorías contra los dioses, como inútiles, anunciando con todo ello un cambio general en el viejo mundo pagano. Su potente inspiración se traduce en imágenes llenas de elocuencia y entusiastas pensamientos: su culto, en fin, á la materia es digno, y comparable con las altas concepciones que se han dedicado por otros, á cantar el espíritu y aun al Sér Supremo.—Ante el espectáculo de la agonía de la República romana, lamentando el desorden político y moral, se refugia en sí mismo, para gozar de una tranquilidad sin temores y sin esperanzas.

Virgilio.—El solo nombre del Mantuano (70 a. de J.—19 a. de J.), despierta en la imaginación una de las representaciones más bellas de la poesía, pues sin disputa se le ha concedido laurel eterno, por haber consagrado enteramente su existencia al culto de las musas, separado de los negocios de la vida pública y estimado por la pureza de sus costumbres, por su modestia y su bondad, por su desdén hacia la fortuna sin envidiarla, y su indiferencia hacia los honores sin despreciarlos.—Su padre, simple alfarero, pudo procurarle por su holgada posición educación excelente, estudiando en Crémona, Milán y Roma, ciencias naturales, matemáticas y filosofía. Palpita en todas sus producciones un eclecticismo simpático, aunque dominando cierta tendencia ideal platónica.—Despojado de los bienes que le legara su padre, Mecenas hizo que le devolvieran su patrimonio. Para acabar su famosa *Eneida* quiso trasladarse á Atenas y aun al Asia; pero enfermo al llegar á Grecia, volvió á Italia, muriendo á poco, á la edad de cincuenta y un años.—Se ha discutido sobre la autenticidad de alguna de las obras que se le atribuyen; pero con ser autor de las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida* tiene bastante para que

nadie le dispute jamás el primer puesto entre los poetas de verdadero genio.—Por su vida campestre y su amor á la sencillez de la existencia pastoril, supo recoger las más delicadas ideas y los más tiernos sentimientos, para celebrar la existencia en el seno de la naturaleza.—Para sus *Geórgicas* (palabra que significa *los trabajos de la tierra*), se inspiró en el cultivo de los árboles y las plantas, la utilización de los animales domésticos y la industria de las abejas: poesía llena de verdad al propio tiempo que de ricas imágenes, donde la sinceridad del poeta no ha sido aminorada por el artificio indispensable que aparece en las *Bucólicas*, al atribuir á los pastores músicas y canciones poco conformes con la realidad.—Doce años empleó Virgilio en escribir la *Eneida*, epopeya nacional, donde quiso pintar en la figura de Eneas, á Augusto, aliando así las viejas leyendas romanas con el espléndido desarrollo de la vida de esta época; asimilando también la invención de los antepasados de César á los fabulosos personajes de aquel hijo de Venus.—Así, trató de que lo atribuído á uno de estos personajes, pudiese aplicarse también al otro: lo de Augusto á César. Lástima grande que quedara sin concluir este plan, que aunque de corte enteramente griego, tiene la originalidad patente del propio pensamiento, la limpidez de un estilo perfecto y la pintura de caracteres intachable, tanto en cuadros y momentos risueños, como lúgubres, y en donde constantemente se agita el sentimiento vivo de la patria.—Se dice que tiene versos enteros, pensamientos y palabras, tomados de aquí y allá literalmente de otros poetas, sus contemporáneos, y de autores griegos, mas todo ello no empaña el brillo de su gloria.—Tal es la perfección de sus descripciones, que á veces en dos solos versos presenta un cuadro ó una figura encantadores.—Nadie como él ha sabido encontrar las relaciones indefinibles de la naturaleza con el espíritu humano, ni nunca poeta alguno le sobrepujó en la armonía de la expresión.—Autores gentiles, cristianos de todos los tiempos, críticos de todas las edades, han estado siempre unánimes en el elogio de Virgilio, con lo que su gloria continúa inmarcesible. El asunto de la *Eneida* puede resumirse en pocas palabras:

La leyenda romana contaba que después de la toma de Troya,

un príncipe troyano, al huir de su ciudad incendiada, reunió algunos compañeros, y después de haber andado errante durante mucho tiempo por los mares, al arribar á Italia se habían establecido en la embocadura del Tiber, donde fundaron á Albia y de donde surgió Roma; tal era la tradición aceptada por todos y que César invocaba para justificar su pretensión de remontarse sus antepasados al héroe troyano.—Renunciamos á copiar nada de sus doce libros, por conocidos, y nos limitaremos á trasladar algunos trozos de sus Églogas y Geórgicas.

De la **Égloga VI.**—Sileno. (Trad. de Hidalgo. Biblioteca Clásica.)

Él cantaba los gérmenes creadores
de la tierra, y del fuego y de las aguas
y del aire diáfano sonoro,
que en la nada vacía se reunieron,
y las cosas visibles produjeron;
de do el tierno universo concretado
se vió nacer; y cómo desde entonces
la tierra inmensurable
comenzara de tierna y deleznable
en sólida á trocarse y consistente:
y el Ponto juntamente
de la tierra por siempre dividido
y á su límite eterno reducido:
las cosas poco á poco á figurarse
y en varias formas todas á ordenarse.
Cuál nuestro globo por la vez primera
en éxtasi admirado
quedó, del sol reciente iluminado.
De qué manera la onda cristalina,
convertida en vapores, se subleva
á la etérea región; y en nube errante
sobre montes y várgenas y oteros
se precipita en fuertes aguaceros.
Cómo las selvas en los altos montes
se fueron levantando,
y de verde esmeralda colorando
los amplios horizontes.

Y cómo los primeros animales
comenzaron á errar á la ventura
por los desiertos montes virginales,
de su instinto guiados,
y á poblar la ancha tierra destinados.

Del libro I de las **Geórgicas**. – (Trad. Caro. Biblioteca Clásica):

Cuida, tras éso, que si rinde un año
tu campo, al otro descansar le otorgues,
y en la huelga vigor la tierra críe.
O allí, mudada la sazón y el tiempo,
el rubio grano sembrarás de donde
primero hubieres el legumbre, ufano
con sus locas vainillas, recogido,
ó las ténues semillas de la arveja,
ó las frágiles cañas y ruidosa
pompa de los amargos altramuces.
Ten sabido que el lino y el avena
y las adormideras, que destilan
el agua soporosa del Leteo,
mieses son tales que la tierra agotan.
Ellas, empero, en interpuestos años,
fáciles te serán, si pingüe abono
al campo exhausto dieres, y de inmunda
ceniza cubres las desnudas hazas.
Mudando de simientes el terreno
así descansa, sin que en tanto duerma
exento á la labor, al dueño ingrato.

Idem libro IV. (Orfeo y Euridice):

Restituída Eurídice á su esposo,
del esposo siguiendo las pisadas
(condición que Prosérpina impusiera),
ya se elevaba á la región del día.
En esto del amante se apodera
momentánea locura,
ímpetu que perdón merecería
¡ay! si el infierno perdonar supiera.

Y fué así que al umbral del aura pura,
el mísero, en su pecho
venciendo amor y olvido,
tornó su triunfo á ver; desvanecido
su trabajo contempla, y lo pactado
con el tremendo rey, roto y deshecho.
Fragoroso rumor se oyó tres veces
en los abismos del Averno, y ella,
«¿Cuál, dice, ¡ay triste!, cuál demencia, Orfeo,
á perderme ha venido y á perderte?
Atrás Hado cruel volver me manda,
y el sueño de la muerte
sepulta ya mis zozobrantes ojos.
¡Adiós! envuelta en pavorosa noche
arrebatada voy; ¡adiós! en vano
á tí, tuya antes, ¡ay, las palmas tiendo!»
Dice, y piérdese huyendo
cual humo que en los aires se desata,
en dirección contraria; y al amante,
que sombras apalpando por cogella
corre en pos delirante,
jamás á ver volvió desde ese instante.

Propercio (51? a. de J.).—En su corta existencia (37 años), alejado como Virgilio de la vida pública, se dedicó á cantar sus elegías concentrándose en sus pasiones eróticas. Sus versos, llenos de fuego é inspiración, se citan como modelos.

† **Ovidio** (Publio).—Contemporáneo de Virgilio y de Horacio, figura en este triunvirato de la poesía latina (43 a. de J.—17 d. de J.).—Muere en el destierro por haber tratado de penetrar indiscretamente en la vida secreta de la corte imperial.—Su obra comprende: el *Arte de amar*, especie de poema didáctico en que se celebra el amor y que por su tono un tanto licencioso, sirvió de pretexto á su expatriación; *Los amores*, análogo al anterior y más ingenioso que tierno; *Las tristes* y *Las epístolas pónticas* en que cuenta el poeta sus propias desgracias, iniciándonos en las costumbres de la sociedad romana, así como la de los bárbaros, entre quienes vivió durante su extrañamiento; *Los Fastos*, colección

de anales nacionales, de tradiciones civiles y religiosas, de usos, costumbres y supersticiones; además escribió otras obras menos importantes, algunas de las cuales se han perdido, como la tragedia *Medea*, que fué muy elogiada. Ovidio es el más fecundo de los poetas latinos, y su obra principal *Las Metamorfosis* ha sido traducida á multitud de idiomas. Abraza este poema los principales hechos de la Mitología y de los tiempos fabulosos, con pormenores encantadores y patéticos y conmovedores episodios como el de "Filemón y Baucis„. Fué muy estimado de sus contemporáneos por la elegancia y variedad de sus producciones. +

Libro I.—Comienzo de las **Metamórfosis**. (Trad. S. de Viana, B. C.):

Deseo decir de formas ya mudadas
en nuevos cuerpos: Dioses, ayudadme,
pues fueron por vosotros transformadas.
Para lo cual el verso prolongadme
del principio del mundo al de mi intento,
y con alientos sacros animadme
Antes que el mar, la tierra y firmamento,
que todo lo contiene, se criase,
faltaba á la natura su ornamento.
Cosa no había que en sí diferenciase
de otra, que un semblante se notaba
doquiera que la vista se emplease.
Caos aquel abismo se llamaba,
por ser la confusión de tal grandeza,
que indivisa y sin orden se hallaba.
No era más que peso de rudeza
do estaban discordantes las simientes,
que concordó después Naturaleza.
No había rayos de sol resplandeciente
ni la reciente luna separaba,
creciendo, sus dos cuerpos diferentes.
Ni la pesada tierra se fundaba
sobre su mismo peso, ni Oceano
los brazos por sus playas alargaba.

Que á donde estaba ella, allí el insano
mar furibundo estaba, é indomable
también se hallaba el aire allí liviano.
Por do la tierra era vana, instable;
sin luz el aire; el agua no tenía
manera de poder ser navegable.
Cada cual de su forma carecía
que lo uno á lo otro se estorbaba
porque un cuerpo, contrarios contenía.
Lo frío y lo caliente peleaba
lo húmedo y lo seco, blando y duro,
lo pesado y sin peso, se encontraba.

Idem libro IV.—Del episodio sobre la historia de Piramo y Tisbe:

En la ciudad que dicen fué cercada
de ladrillado muro y gran altura
por la reina Semíramis, criada
fué Tisbe, en el extremo de Natura.
Y fué esta hermosa virgen adamada
de Píramo, su igual en la hermosura;
que así era él entre todos excelente,
como ella entre las damas del Oriente.
Del tierno amor fué causa, y su contento
la vecindad, que juntos se criaron,
y con la edad también tomaba aumento
la fe que á veces ambos se entregaron.
Que sin dudar parara en casamiento.
Mas los padres de entrambos lo estorbaron,
á pesar de los cuales se querían,
y en llama igual sus ánimos ardían.
Cada cual muestra en señas su conceto
que nadie pára en ello ni lo advierte;
y cuanto el fuego dulce es más secreto,
tanto es más estuoso, bravo y fuerte.
Una pared, acaso por decreto
del dios de amor, y su dichosa suerte,
común á entrambas casas, les convida
á verse por do estaba un poco hendida.

Ninguno había notado la hendidura
(¿qué ignora, amor?); estaba reservada
á vosotros, amantes do Natura
ninguna cosa hizo no extremada.
Y no dejáis pasar la coyuntura,
antes la boca cada cual pegada
con blando estilo de vosotros dino,
á la amorosa voz hacéis camino.
Requiebros regalados conferían,
con lenguaje de Amor, desnudo de arte;
y á veces el aliento recibían,
Píramo á ésta, Tisbe á la otra parte.
Envidiosa pared, ¿por qué (decían)
quieres contraria á tal querer mostrarte?
Si los cuerpos juntarse consintieras,
ó á lo menos las bocas, ¿tanto hicieras?
Ni tampoco queremos ser tenidos
por ingratos á tí, que nos has dado
lugar por do llegase á los oídos
«el dulce razonar enamorado».
Conceptos semejantes referidos
el uno aquí, el otro allí sentado,
se despidieron ambos y besaron
mas no del arte que ellos desearon.

De **Las Heroidas**. - (Traducción Mexia, B. C. Principio de la Epístola XVI de Elena á Páris, en que con la versatilidad propia de la mujer pasa por todos los grados y matices del sentimiento):

Ya que, con artificio nunca oído,
á mis ojos, á mí y á mi belleza
violó tu carta, oh huésped atrevido,
parece que me obliga mi grandeza
á responder; y no es pequeña gloria
inclinar mi valor á tu bajeza.
¿Has osado otra vez, por transitoria
delectación de amor, dí, peregrino,
traído por tu mal á mi memoria;
has osado otra vez con desatino

las leyes quebrantar del hospedaje
que guarda el mundo como don divino?
¿Acostumbras, fiando en tu linaje,
solicitar las Reinas que, casadas,
guardan del matrimonio el homenaje?
¿Con este intento fueron arribadas
tú y tus gentes, de hambre casi muertas,
á mi puerto, do han sido regaladas?
¿Sólo por esto las reales puertas
aunque viniste de diversa gente
tuviste con amor y aplauso abiertas?
¿Es por ventura paga conveniente
del hospedaje que en mi esposo hallaste
la injuria que le tramas torpemente?
Cuando en mis puertos y en mi casa entraste
¿eras huésped, dí, Páris, ó enemigo
que con nombre de huésped me engañaste?
Bien sé que, aunque es la queja que prosigo
justa, he de ser por tu sentencia vana,
rústica y descortés en lo que digo.
Mas sea inhábil, rústica y villana,
con tal que en la vergüenza esté constante
y el mundo no me inculpe de liviana.

Horacio (Quinto Horacio Flaco) (65 a. de J.).—Hijo de un liberto, empezó sus estudios en Roma, completando su educación filosófica en Atenas. Ejerció algún cargo público militar, recorriendo Macedonia y Asia. Intimó con Virgilio y otros poetas en Roma, y su labor es muy amplia y compleja por haber pulsado todas las cuerdas de la lira, así como expresó ora con suma gracia, ora con alta majestad todos los sentimientos del corazón humano, aunque sin tocar jamás en lo sublime, dada su naturaleza equilibrada. Introdujo en la poesía latina las más bellas formas de la lírica griega, sin ser servil imitador. Su rica vena está penetrada de profunda filosofía y de gusto delicado, enseñando á amar al par que las delicadezas del epicureísmo, la superioridad de la inteligencia y del ánimo á los sentidos; conduciendo por el camino del placer á la elevación del alma. Es el autor favorito de todos los tiempos y de las literaturas modernas, en que ha influído pode-

rosísimamente, siendo imitado, comentado y traducido innumerables veces: lo cual prueba que es el poeta más humano de la antigüedad y que mejor responde á la expresión de todos los sentimientos y de todas las aspiraciones. Leyéndolo no hay quien no encuentre en sus versos algo propio como si hubiera sido intérprete particular de las ideas de todo el mundo.—Sus obras principales son: las *Odas* y los *Epodos* de variadísimos asuntos y de tonos de simpático epicureísmo en el buen sentido de la palabra; ora cante los placeres de la mesa, aconseje gozar del tiempo presente, no inquietarse por el porvenir, ya alabe la amistad, ó celebre su musa, ó, en fin, ruegue á los dioses que le sean propicios los vientos en su viaje á su amigo Virgilio, ora, por último, haga votos porque la República no se exponga á nuevas perturbaciones. En las *Sátiras* no se muestra Horacio acerbo y violento, sino amable y bromista con fina malicia y atractiva urbanidad. Contienen sus *Epístolas* abundantes lecciones morales, filosóficas, políticas, artísticas ó literarias; á veces en tono ligero, á veces en forma seria y profunda.—Entre ellas, sobresale la que ha pasado á través de los siglos con la aureola de la perfección y como eterno código del buen sentido al par que del buen gusto, la dedicada á los Pisones y que se ha denominado *Arte poética*, cuyo estudio en diversos grados de la enseñanza todavía influye poderosamente de modo indirecto en la crítica moderna social y aplicable desde el teatro hasta los más insignificantes órdenes de la vida. Viene á ser como una conversación sobre asuntos variados, de tema literario en general, en que se presentan sin sequedad dogmática preceptos y recomendaciones siempre atinadas y aun en el día prácticas para todo.—Quizá el abuso del estudio de la *Epístola* haya sido ó sea pernicioso para la crítica y aun para la enseñanza contemporánea; pero ello mismo prueba la importancia que se le ha concedido y su trascendencia, Horacio, en fin, que tuvo la fortuna de vivir en el momento mejor de la lengua latina, supo pulirla y perfeccionarla hasta un grado sorprendente.—Las traducciones más completas y recientes de la *Epístola* son las del Doctor D. Antonio Balaguer y Ferreres, informada por la Academia Española, y la del Dr. Cortejón y Lucas, ambas impresas en Barcelona.

Libro III. Oda IX.—Tr. de Joaquín M. Bartrina. (Col. Diam.)

—Cuando tu pecho me amaba,
y (cual yo nadie) de amor ansioso
tu blanco cuello estrechaba,
que el rey de Persia fuí más di-
[choso.
—Cuando tu pecho me amaba
y á Cloe bella me prefería,
la fama me comparaba
con la dichosa romana Ilía.
—Hoy en Cloe hallo mi en-
[canto,
la que la cítara pulsa ligera,
y la adoro tanto, tanto,
que por su vida mi vida diera.
—Hoy á Calais, bello griego,
ni un solo instante mi mente ol-
[vida,
y por él, que me ama ciego,
cien vidas diera, que no una vida.
—Mas ¿si el yugo de Cupido
nuestras dos almas de nuevo
[uniera?
¿Si á Cloe diese al olvido
y á la ofendida Lidia volviera?
—Aunque él es más hechicero
que el Sol, y el Adria cual tú no
[es fuerte,
á tu lado yo prefiero
pasar la vida y hallar la muerte.

—

Oda II. «Á la vida del campo».—Trad. de Jimeno Caridad.

Feliz el que alejado
de embarazosos pleitos
y de la usura vil,
cultiva con sus yuntas
las tierras heredadas
como el antiguo pueblo.
No acude cual soldado
al toque de trompeta;
ni teme mar revuelto;
ni tiene que ir al foro;
ni en busca de los ricos
pisar umbral soberbio,
disfruta entrelazando
los olmos y las vides;
al golpe de la hoz
cortando tallos muertos,
ó enriqueciendo el campo
con árboles más nuevos.
Recréale el ganado
que muge en valle estrecho;
en ánforas brillantes
guardar la rica miel
con sin igual esmero;
mermar la hermosa lana
que á las ovejas sobra
para que no se agobien
las flacas con el peso;
mirar cómo el otoño
ostenta su cabeza,
ornada entre los campos
de frutos suculentos;
cortar peras tempranas
y de color de púrpura;
coger racimos tiernos,
y tan sabrosos frutos
donarlos en obsequio
al dios de la hortaliza
y al padre de las selvas,
en premio á sus desvelos.
No es menos agradable

yacer bajo ancha encina,
ó recostado en césped
que forma muelle lecho,
en tanto que el arroyo
desliza sus cristales
tranquilo al lado nuestro;
allí las aves lanzan
sus quejas al espacio,
al par que los lamentos
de fuentes cristalinas
provocan dulces sueños.
Y cuando Dios nos manda,
allá en el frío invierno
las aguas y las nieves,
no faltan en el campo
recursos de recreo.
Entonces perseguimos
con nuestros bravos perros
los fieros jabalíes
que acuden por doquiera
formando las manadas
que aterran á los pueblos.
Ó bien con las horquillas
tendemos vastas redes,
y trampas á los tordos
con cebo les ponemos;
ó echamos nuestros lazos
á la extranjera grulla
y al cándido conejo.
Discurran si la caza
será sobrado premio:
si habrá alguien querecuerde,
por mucho que le aflijan,
las penas del amor,
con tal esparcimiento.

Si á más queridos hijos
alegran mi morada,
donde mujer honesta,
cual las sabinas fueron,
tostada por el sol
como las calabresas,
me da pruebas de afecto;
si tiene á la llegada
del fatigado esposo,
ardiendo en vivo fuego
un haz constituído
por los vetustos leños;
si en el redil encierra
ganados de buen peso,
y llega hasta secarles
las ubres con acierto;
si sabe de la cuba
sacar el vino añejo
y preparar manjares
que no son de la plaza,
sino que son caseros,
las ostras lucrinianas
nadie echará de menos.

***

En vista de estas cosas,
Alfión el usurero
resolvió dedicarse
á oficio de labriego.
Recaudó su riqueza
de cierto mes al medio,
y al comenzar el otro ..
buscaba ya en la usura
salida á su dinero.

Laverio (Décimo Junio) (107 a. de J.).—El teatro, que no adquiere en este tiempo la vida exuberante de la épica y la lírica, cuenta entre sus autores á este caballero romano, que tuvo nece-

sidad de sucumbir á los deseos de César para ser también actor, subiendo á la escena á pesar de su rango. Se conservan sólo fragmentos de sus obras en ediciones de París y Leipzig.

Del *cuarto período*, "edad de plata„, citaremos pocos nombres.

Juvenal (Décimo Junio), poeta satírico latino del I al II siglo d. de J. que ejerció los cargos de Censor y tribuno militar, alcanzando á los tres tremendos Emperadores Calígula, Nerón y Domiciano, cuyos escándalos inauditos hicieron al famoso vate que nos ocupa, ser fiel intérprete de la indignación pública en sus composiciones.—Por su manera de fustigar las infamias de su tiempo, ha permanecido hasta hoy como el tipo genuíno del azote que arranca sangre ó que marca con hierro candente las ignominias sociales. Á pesar de sus justificados ataques á todo y á todos, no parece que su vida estuvo enteramente exenta de merecer censura.—Se guardan de Juvenal doce sátiras.—Dotado de rica imaginación, posee el arte de impresionar en el ánimo.—Su estilo limpio, aunque bello, empieza á marcar la decadencia.

Final de la sátira 5.ª *Los parásitos*, en que pinta el ignominioso papel que desempeñaban en las mesas de los ricos los que comían á costa de ellos, á la vez que maltrata á los que se sometían á toda clase de afrentas con tal de satisfacer el hambre.

..... Hongos dudosos
al pobre comensal serán servidos;
pero al señor será la hermosa seta,
igual á la que Claudio, complacido,
poco antes comió que aquella otra
que su excelente esposa le previno,
y á ser llegara su postrer bocado.
Virrón hará lo sirvan á sí mismo
y á los demás virrones las manzanas
con cuyo olor te basta; fruto rico
como aquel que el otoño interminable
de los feacios daba, y haber sido
robadas del jardín de las Espérides,
á tu envidiosa gana y apetito
en verdad te parecen. Tú, entretanto,

saborearás aquella que el podrido
manjar forma del hombre que se cubre
con escudo y con casco en el recinto
atrincherado y fuerte; el que temiendo
la vara, aprende á despedir con brío,
del velludo Capella el dardo agudo
que la muerte conduzca al enemigo.
Acaso pienses que Virrón tal hace
para ser económico, el designio
de Virrón es que llegues despechado
á rabiar á tus solas de lo lindo.
¡Qué comedia! ¿Qué farsa es comparable
á la gula que llora? Por sabido
ten si lo ignoras, que si así se hace,
es porque tengas que verter unidos
el llanto con la bilis; porque tengas
que apretar tus mandíbulas mohino
y rechinar tus dientes. Te presumes
ser hombre libre en el festín magnífico
de su rey convidado; él solo juzga
que llegó á cautivarte el olorcillo
de su buena cocina. Y mal no piensa.
Y ¿quién tan miserable que sufrido
una vez y otra vez á esto se allana,
si tocó el oro etrusco cuando niño,
ó el nudo solamente, y de la pobre
correa nada más también el símbolo?
Vuestra esperanza de cenar, de veras
os engaña. «Darános un trocito
de liebre, cuando menos un tasajo
de grueso jabalí, vendrá asimismo
á nuestras manos la exquisita polla;
y sin tocar al pan y prevenidos,
esperáis impacientes.» ¡Cuánto sabe
el que os trata de modo tan indigno!

Quinto Curcio.—Se ignora la época exacta de su vida, aunque se le coloque generalmente hacia el siglo II ó III d. de J.—Por su retórica excesiva y su manera de argumentar, pertenece á

esta edad de plata de la literatura latina.—Su principal obra es la *Historia de Alejandro Magno* (incompleta).—Lo que salta á la vista en sus escritos, es su preocupación por agradar, admitiendo la fábula como historia con tal que sirva á este fin; y se citan como modelos sus bellas arengas.

De la **Vida de Alejandro**, en que el protagonista manifiesta á los suyos que es preciso hacer guerra á los persas. (Biblioteca Clásica.)—«..... como varones buenos y amantes de la patria, os desveláis justamente por el bien, de ella. Que la empresa sea ardua, ¿quién podrá negarlo? Ni tampoco que, si después de haber dado principio á ella la condena el suceso, no habrá arrepentimiento que sea suficiente á reparar su yerro. Por tanto, antes de desplegar las velas debemos premeditar si nos estará mejor empeñarnos en esta jornada ó quedarnos en el puerto; porque entregados una vez á los vientos y á las ondas, ya nuestro curso depende de su arbitrio é inconstancia, por lo cual no llevo mal que vuestro dictamen se oponga al mío: antes por el contrario, estimo vuestra libertad y os ruego la conservéis y votéis con ella en cuanto os propusiere; siendo cierto que ningunos ministros son más merecedores del título de amigos de su rey, como los que anteponen en lo que le representan á su benevolencia y gracia su interés y gloria, y que no aconsejan sino engañan los que persuaden lo que por sí no obrarían.—Por lo que mira á mis intereses, haciéndoos partícipes de mis designios, debo aseguraros que nada me parece puede ser de mayor perjuicio á su prosperidad como la lentitud y retardación. ¿Será justo que después de haber reprimido los bárbaros vecinos de Macedonia y sosegado todas las inquietudes de los griegos, dejemos perder en la ociosidad y el reposo un ejército tan formidable: ó será más razón que pase á las opulentas tierras del Asia, poseídas en otro tiempo de su esperanza, y esperadas el día de hoy de su anhelo á gozar en el despojo de los persas el premio de los trabajos que por tan dilatado tiempo ha tolerado en el reinado de mi padre y tres años después en el mío?»

Tácito (Cayo Cornelio) (siglos I y II d. de J.)—Es uno de los grandes nombres de la literatura latina y de los historiadores más ilustres.—Su primera obra *Vida de Agrícola* (su suegro), guerrero desinteresado y de puras costumbres, constituye un libro de gran valor literario y moral, al celebrar con cariño las grandes cuali-

dades del biografiado. La titulada *Costumbres de los germanos* es juntamente un tratado de geografía, un estudio de los usos é instituciones de los bárbaros y una crítica de las costumbres romanas: síntesis breve y completa de todo lo que existe en su tiempo. Sus *Anales* y sus *Historias* se completan, comprendiendo desde la muerte de Augusto á la de Domiciano. Condenado al silencio durante este último emperador, estalla su indignación al fin, dejando en sus escritos el indeleble estigma que condena á aquellos tiranos á la execración de la posteridad.—Tácito es atrevido, rápido y de proverbial concisión. Se le ha comparado con Miguel Angel, porque subordina la gracia, á los nervios y músculos de la verdad. Muchos le censuran su crueldad celebrando la muerte de los bárbaros ó admitiendo preocupaciones populares contra judíos y cristianos. Es lunar de su estilo la afectación.

Del libro X de **Las historias.** (Trad. Coloma. B. C. Libro V, en donde se trata de los judíos).— Cuentan que los judíos fugitivos de la isla de Creta asentaron en las últimas partes de Libia, en el tiempo que Saturno fué echado de la tierra por la violencia de Júpiter y obligado á dejarle el reino. Fúndase ese argumento por el nombre, siendo como es en Creta muy famoso el monte Ida cuyos, habitadores llamados ideos, aumentando después el nombre al uso bárbaro se llamaron judíos. Muchos creen que reinando Isis, hallándose el Egipto muy cargado de gente, envió la que le sobraba á poblar las tierras circunvecinas á cargo de dos capitanes, llamados Jerosolimo y Judas. Á otros les parece dar crédito á los que afirman que son descendencia y generación de Etiopes, á quien en tiempo del rey Cefeo movieron á mudar de habitación el miedo y el aborrecimiento. Otros los hacen Asirios, pueblo vagabundo y falto de campos, el cual, apoderándose de parte de Egipto, habitó y pobló después ciudades propias y las tierras hebreas más cercanas á Siria. Otros les dan principios más nobles y afirman que los Solimos celebrados en los versos de Homero fueron los que edificaron y dieron el nombre á la ciudad de Jerusalén. En lo que muchos convienen, es que habiendo sobrevenido en Egipto cierta enfermedad contagiosa que manchaba y afeaba los cuerpos, el rey, consultando el oráculo de Amon y pidiendo remedio, se le respondió que limpiase su reino y enviase á otras tierras aquella generación de hombres, como aborrecible á los dioses.

Suetonio (I á II siglo d. de J.)—No es un historiador de sentido crítico y filosófico, sino un observador escrupuloso y minucioso.—La obra por que es célebre, *Vida de los doce Césares*, ha sido fuente á que han acudido los cronistas posteriores en busca de documentos importantes ó de curiosos pormenores, teniendo siempre fe ciega en la imparcialidad de este autor.

De **Los doce Césares**. Trad. Castilla B. C. Cayo Calígula XXVII. He aquí los principales rasgos de su barbarie. Como costaban muy caros los animales para el mantenimiento de las fieras destinadas á los espectáculos, alimentábalas con la carne de los criminales, arrojándoselos vivos para que los devorasen; y un día que visitaba las prisiones, mandó, permaneciendo en el rastrillo y sin consultar siquiera el registro en que constaba cada pena, que delante de él llevasen indistintamente todos los prisioneros á las fieras.—Obligó á un ciudadano que había hecho voto de combatir en la arena por la salud del emperador á que cumpliese su promesa; asistió al combate y no le dejó ir sino vencedor, y esto después de reiteradas súplicas. Otro había jurado morir por él si era necesario; aceptó el voto, y viéndole vacilar le coronó como víctima con verbenas y cintas y lo entregó en seguida á un grupo de niños que habían recibido orden de perseguirle por las calles recordándole su voto, hasta que lo precipitaran por la roca Tarpeya.

Plinio (el Viejo).—Célebre naturalista (siglo I d. de J.), sirve en la flota romana y llega á Gobernador de España. —La *Historia Natural*, vasta enciclopedia de ciencias y artes, enumera, con ocasión de estudios científicos, hasta prácticas para los procedimientos mecánicos.—Comprende historia de los animales, minerales y plantas, astronomía y geografía, medicina, comercio, navegación, artes bellas y mecánicas y usos y costumbres.—Otras obras suyas se han perdido.—Queriendo estudiar de cerca los fenómenos de la erupción del Vesubio, murió sepultado por las lavas que enterraron las ciudades de Herculano y Pompeya.—Se ha tratado de disminuir la importancia de su enciclopedia, por haber seguido á Aristóteles y por haber admitido sin comprobación ciertos prejuicios reinantes; pero en cambio, nadie podrá dis-

cutirle el haber compilado en su obra el mayor diccionario que se conoce, puesto que por la variedad de las materias, tuvo que hacer un rico depósito de la lengua romana.

Plinio (el Joven), sobrino del anterior (siglo I), educado por su tío, se dedicó más á las letras, compar iéndolas con la vida activa de los negocios públicos.—Orador y poeta, fué popular entre sus conciudadanos por su ingenio y facilidad.—Sus principales obras consisten en *Cartas* que contienen la historia íntima de la Roma imperial y el cuadro de la vida privada. Entusiasta del Emperador Trajano, escribió su *Panegírico*, que causó el entusiasmo de sus conciudadanos.

Aulio Gélio (del siglo II. d. de J.) es un compilador erudito que escribe las *Noches áticas*, donde se encuentran numerosos fragmentos de autores perdidos. De él transcribimos algunas líneas sobre *Esopo* (cap. XXIX de la obra citada. (Trad. de Navarro y Calvo. Biblioteca Clásica).

Con razón se ha colocado en el rango de los sabios el fabulista Esopo de Frigia. ... La historia de un pajarillo y de su nidada nos muestra con profundo atractivo que en todos los asuntos en que se puede llegar solo al término no debe apelarse á los demás, y que en tales casos lo más seguro es contar consigo mismo. ... Tal es la fábula de la alondra, imaginada por Esopo, para contar cuán poco debe contarse ordinariamente con el auxilio de los parientes y amigos... Ennio ha imitado esta fábula con mucho talento y gracia en un trozo de sus sátiras, en versos yámbicos de ocho pies.

Petronio es acaso el único novelista de la época (siglo I, d. de J.) que escribe el *Satiricón*, donde se encuentran descripciones de una obscenidad tan subida, que hace imposible su lectura; pero que encierra en su prosa, como en sus versos, pormenores de gran interés histórico, por haber sido el autor favorito de Nerón y después su víctima. El episodio en verso de las guerras civiles es un trozo de verdadero mérito.

Quinto período.—**Marco Aurelio** (siglo II), de quien ya hablamos al citar á Epicteto, por el doble carácter de este célebre Em-

perador romano, que escribe en griego al propio tiempo que en latín, es una de las figuras más simpáticas y salientes de esta época. Más que como Emperador, merece que la historia conserve su nombre como filósofo. La correspondencia de su juventud, encontrada en el siglo XIX, y sus 12 libros de reflexiones morales en griego, han sido prolijamente comentados. En sus *Pensamientos*, su filosofía estoica supo establecer los principios del bien, el honor y la virtud. Escribió hermosas ideas sobre la fraternidad y los deberes sociales. Él sólo en su tiempo vivía de una manera inmaculada en medio de la decadencia moral y literaria.

Claudiano (Claudio) es un poeta latino nacido en Alejandría (siglo IV), y que goza de gran prestigio al lado de los Príncipes.—La mayor parte de sus composiciones son panegíricos aduladores del poder, ó invectivas contra la época en que vivía.

Ausonio (Décimo Magno), poeta latino del siglo IV, nacido en Burdeos, ejerce como abogado y profesor, llegando á preceptor del hijo del Emperador Valentiniano y de San Paulino.—Idilios, epístolas y otras composiciones elegantes, explican el epíteto de Magno, que el favor de los altos cargos le concediera.

Marciano Capella.—Erudito del siglo V, hijo de África, viviendo alternativamente en Roma y Cartago.—Su extraña enciclopedia en verso y prosa titulada *Matrimonio de filología con Mercurio*, recoge el saber de su tiempo, mediante un estilo lleno de excentricidades africanistas. Esta obra, que en nuestra época se ha desenterrado y puesto de moda, como modelo para la pedagogía, encierra una mezcla de gravedad sentenciosa y de ironía, habiendo sido clásica hasta el Renacimiento. Dícese que el libro octavo de esta enciclopedia inspiró á Copérnico su sistema.

Salviano es un escritor eclesiástico latino del siglo IV, nacido en Colonia, y apellidado el «Maestro de los Obispos», por haber sido consultado siempre por prelados ilustres. Su *Tratado de la Providencia* es un cuadro del estado de la época.

Vopisco (Flavio), historiador latino siracusano del siglo III, se estima como el más formal compilador de los sucesos de su tiempo. Redactó en estilo bárbaro las *Vidas* de hombres ilustres.

Apuleyo (Lucio), filósofo platónico y novelista latino de

África, del tiempo de los Antoninos, de principios del siglo II?, pasa por ser el príncipe de los oradores africanos. – Su novela llamada vulgarmente el *Asno de oro*, ha sido imitada en muchas ocasiones. Es célebre en la misma particularmente, la deliciosa fábula de Psike.—Fué un gran mágico y taumaturgo.—Su latín ya va siendo bárbaro en construcción y diccionario.—El asunto de su novela es que un jumento que había sido hombre, cuenta las tribulaciones, por que pasa en las peripecias de su transformación, y en ella se desarrolla el mito del amor, Psikis, tomado de Grecia y presentado con mucha gracia.

San Agustín (Aurelio Agustino), siglo IV, Padre de la Iglesia latina. Su madre Mónica, también santa, ejerció grande influencia en su educación, que empezó en su patria, Numidia. Sin embargo, durante su juventud, llevó una vida desordenada en medio de los placeres. De pronto, se convirtió en defensor de la Iglesia, llegando al número de los santos y á ser llamado el Doctor de los Doctores.—Sus principales obras son: la *Ciudad de Dios*, las *Confesiones*, sus *Sermones* y sus *Cartas*.—El fin primordial de todas (22)-redactadas en diez años de lucha, fué explicar los misterios de la Gracia. Á veces sacrifica á su fe el sentido de la tolerancia y la libertad. Psicólogo profundísimo, pocos han penetrado en el corazón humano con más sagacidad que él. Por la belleza de sus sentimientos, la alta moralidad de sus obras, así como por la dignidad y elevación de sus pensamientos, y aun de su estilo, ha sido comparado con Platón.—La *Ciudad de Dios*, considerada como su obra maestra, es un monumento en que se interpreta el pasado, por el nuevo espíritu que cambiaba el mundo, y ofrece el paralelo de dos civilizaciones precursoras de la Edad Media.—En las *Confesiones*, narra sus errores y su conversión.—En las *Retractaciones*, juzga los escritos de su juventud.

Fortunato poeta latino de la decadencia, fué Obispo de Poitiers (530-609), gozando de gran prestigio la Corte merovingia.—Su estilo bárbaro, ofrece cierta sensibilidad y ternura, y se le estima como uno de los mejores versificadores de su siglo.

San Próspero de Aquitania (403-465).—Teólogo, poeta y cronista, francés como el anterior, escribió un *Poema contra los*

ingratos (los incrédulos), en que se compendia la doctrina de San Agustín sobre la gracia.

San Ambrosio es otro Padre de la Iglesia latina (340 397).—Orador patético y profundo moralista, famoso Arzobispo de Milán, en sus *Comentarios* y en su *Tratado sobre los deberes de los Ministros*, procuró la alianza del poder civil y el religioso.

Gregorio I el Grande (San Gregorio), 540-604, Papa insigne, hizo entrar en la fe católica á los visigodos de España.—Las oraciones de los Oficios Sagrados se deben á él *(Liber sacramentorum)*, quedando su fondo en el Misal Romano.—Estableció el canto llano.—La historia eclesiástica civil y política de la época se contiene en sus 844 cartas.

San Jerónimo (346-420), originario de la Dalmacia, trocó os placeres de Roma por las meditaciones de la gruta de Betlén, pasando gran parte de su vida en la soledad. Escribió mucho sobre los cambios de costumbres que en su tiempo se operaban. Concibió la idea de una historia de la literatura cristiana *(De viris illustribus)*, é hizo la traducción latina de la *Biblia* (Vulgata), declarada canónica por la Iglesia.—Á su calidad de polemista y teólogo asceta, une la de su iniciativa para propagar la vida monástica en Occidente; siendo, por decirlo así, el alma del siglo IV.

Tertuliano. —Doctor de la Iglesia (160-240), hijo de Cartago, es gran batallador de las doctrinas cristianas, propagándolas apenas convertido á ellas. Lo que fué Orígenes entre los griegos, fué Tertuliano entre los latinos. Titúlase *Apologética* su obra, que á pesar de los defectos del rudo estilo, contiene multitud de palabras inventadas por él, como neologismos necesarios para expresión de los nuevos sentimientos. Por lo que es uno de los creadores del latín cristiano. Fundó la secta de su nombre, que se conservó en el siglo V.—En Tertuliano termina la época antigua de la latinidad decadente.—Después de él, comienza el latín medioeval.

F. del Río Arrieta

XVII.—Italia.

Siguiendo el plan que nos hemos trazado, no hemos de hacer una separación aquí al comenzar las Literaturas denominadas, *modernas* ó *romances* nacidas del latín.—Dos escuelas disputan acerca del origen de la lengua italiana: la de los que la creen de origen bárbaro y la que sostiene que el italiano es poco menos que autoctono, como nacido de él mismo.—En realidad, es una nueva fase del Latín, como se puede notar por la observación de que son de este origen las nueve décimas partes de su diccionario, según estiman algunos tratadistas.—La nueva civilización cristiana llevó á Roma el influjo de multitud de lenguas extranjeras, que impurificaron el idioma desde su principio. Con todos estos elementos se amasó la lengua primitiva, que en el siglo X ya se habla; en el XII se escribe bajo el influjo provenzal, en una forma de verdadero latín vulgar transformado, y en el XIII nace propiamente en toscana, con carácter literario.

San Francisco de Asís es el primero en la escuela de Umbría que escribe el italiano (véase t. I, páginas 48 y siguientes), así como en Sicilia y Bolonia se ensaya la lengua en cánticos, en himnos y canciones imitadas de los trovadores provenzales. Entre otros muchos, pueden citarse de este tiempo, como representantes de la poesía amorosa á Cino de Pistoia, y entre los prosistas á Bruneto Latino (véase t. I de esta obra, páginas 13, 17, 22 y 24), maestro del Dante, que cierran el primer momento de la literatura italiana.—Deberían contarse también, en este tiempo, á Santo Tomás de Aquino y á San Buenaventura, pero ninguno de los dos escribe más que en latín, y aun el mismo Bruneto encuentra el francés superior al romance italiano.

En el siglo XIV tres espíritus superiores: Dante que inaugura la literatura nueva; Petrarca que restaura, dándole nueva vida, la poesía lírica, y Bocaccio que produce la ligera prosa con frase elegante y estilo artístico natural, son los padres de la nueva lengua y de la literatura naciente, á la altura de los cuales, con dificultad, podrán llegar sino los más renombrados escritores en lo sucesivo.—En el movimiento que recomienda la rehabilitación de los clásicos latinos, se cuenta á Cecco de Ascoli, que no llega á completar su hermosa obra de poeta, filósofo y astrónomo, porque acaban con su vida las intolerantes llamas de la Inquisición.

En el siglo XV, sin que la originalidad sea su característica, desarróllase sin embargo la lírica y la épica al lado de la prosa vehemente y expresiva de Savonarola.

Aquí comienza la época erudita que prepara el desarrollo espléndido del Renacimiento, mediante el estudio de la antigüedad, la revisión de los manuscritos y el ardor apasionado hacia la filosofía. El pensamiento aristotélico que palpita en la Escolástica se eclipsa para dejar paso al intelectualismo platónico, más apropiado para la poesía que la sequedad experimentalista de la escuela peripatética. El arte resucita por todos lados y en todas sus manifestaciones, y cada corte de los pequeños Estados es emporio de las letras, merced á la protección de los Sforzas y los Viscontis y especialmente de los Médicis.—El resurgir clásico de Grecia y Roma, animadas del nuevo espíritu, es favorecido por la falange de los sabios griegos venidos de Constantinopla y establecidos en Italia (véase pág. 83), auxiliados por la poderosa palanca de la imprenta.—Por esto el siglo XVI, el más floreciente en su historia y en la del mundo en general, puede presentar el hermoso cuadro de la civilización bajo León X.—Ariosto llena la primera parte, y la segunda mitad de esta centuria, Tasso la ocupa; Maquiavelo lleva la prosa á la perfección, y el Aretino eleva el teatro. Este es el punto de culminación de donde ha de arrancar la decadencia que poco á poco marca el siglo XVII con Marini, Salvator Rosa, á pesar de Filicaja y Palavicini.

De la medianía en que está envuelta toda la obra literaria de esta centuria se exceptúan algunos escritores ilustres, pero que

exponen en latín su pensamiento. Las obras importantes de este tiempo se refieren más á las ciencias y la filosofía que á la literatura, y un nombre insigne sobresale entre todos para honrar su tiempo, Galileo, víctima también de la persecución inquisitorial.

El siglo XVIII señala un nuevo rumbo, depurándose la lengua á propio tiempo que el gusto, aunque se viva más de la imitación de Francia que de la propia originalidad. La filosofía imperante francesa alcanza más ó menos á muchos órdenes, no sólo científicos, si que también literarios. El teatro se desenvuelve ampliamente, sobre todo con Metastasio, que sabe unir la música al drama produciendo el poema sintético teatral. Goldoni en la comedia también restaura la escena, aunque su fecundidad no vaya acompañada de un estudio psicológico de los caracteres. Alfieri, finalmente, resucita la tragedia en estimables modelos.

El siglo XIX, por último, brilla en sus comienzos con las hermosas manifestaciones poéticas de Fóscolo, Leopardi, Giusti y tantos otros; la prosa cuenta con Silvio, Pellico y Manzoni, que se dejan arrastrar por el potente movimiento romántico; la ciencia y la filosofía, como la historia y el derecho, tienen representantes ilustres, en Gioberti, Mamiani y Rosmini. Pero ese movimiento importantísimo de la primera mitad del siglo se aminora y desvanece cuando la fiebre nacional se apodera de todos los ánimos para trocar la pluma por la espada, que ha de conquistar paso á paso los girones del territorio italiano, á fin de constituir la Península bajo un solo dominio, con la soñada unidad de la patria.

Cumplido este ideal en 1870, vuelve la literatura á renacer con larga pléyade de poetas, novelistas, científicos, oradores, cundiendo el pensamiento positivista en la filosofía, y las teorías naturalistas en todos los órdenes de la producción poética. El modernismo, en fin, ha invadido recientemente todas las esferas.

La preocupación de los Estadistas deseando que Italia figure como potencia de primer orden en el mundo internacional, no se ha llevado á cabo sin perjuicio notorio de la vida literaria. El influjo de los maestros alemanes y austriacos de una parte, y de la literatura francesa de otra, ha contribuído á que la vida intelectual

y artística de la Italia contemporánea carezca de ese sello peculiar que distingue las grandes épocas del arte nacional.

La literatura italiana puede dividirse, como todas las de las lenguas mordernas ó romances (por oposición á las antiguas, orientales ó clásicas), en cinco partes principales:

La 1.ª parte comprende la Edad Media; la 2.ª el Renacimiento, subdividido á su vez en dos períodos; la 3.ª el Clasicismo, subdividido también en otros dos períodos; la 4.ª parte el Romanticismo, y la 5.ª corresponde al período contemporáneo, que no puede calificarse con un nombre por no presentar una característica común, hasta los tiempos actuales en que aparece el Modernismo: gusto híbrido, que hasta ahora más bien ofrece caracteres de restauración romántica que de completa originalidad.

Primer período.—Dejando á un lado la Escuela poética de Sicilia (Federico II), la de Bolonia (Guido Guinicelli), la de Florencia (Cino da Pístoya), únicamente nos ocuparemos de la de Umbría, citando en ella sólamente á San Francisco de Asís. La crónica nace en este primer movimiento como precursora de la historia y los cuentos como precursores de la novela.—La poesía religiosa tiene como insigne representante á **San Francisco de Asís** (1182-1226), fundador de la Orden de su nombre, predicador y poeta, que cantaba, al modo de los trovadores, de pueblo en pueblo.—Su *Cántico de las criaturas*, llamado generalmente del «Hermano sol», escrito en prosa músical, es una hermosa muestra lírica, citada por el mismo Dante.

Cántico de las criaturas.—¡Oh! Altísimo, omnipotente, buen Señor, á tí las alabanzas, el honor y la gloria y todas las bendiciones. A ti sólo pertenecen, y ningún hombre es digno de nombrarte.—Alabado sea mi Señor Dios, por todas las criaturas y sobre todo por mi hermano, mi señor Sol: él es quien ilumina el día; si es bello, radiante y esplendoroso es por que lleva tu sello, Señor.—Alabado sea mi Señor por mi hermana la Luna y por las estrellas: tú las has hecho bellas y claras en el cielo.—Alabado sea mi Señor por mi hermano el Viento y por el Aire, las nubes, el buen tiempo y el malo, que dan á las criaturas su subsistencia.—Alabado sea mi Señor por mi hermana el Agua: muy útil, humilde, preciosa y pura.—Alabado sea mi Señor por mi

hermano el Fuego, que te sirve para iluminar la noche: soberbio, alegre, robusto y fuerte.—Alabado sea mi Señor por nuestra madre la Tierra, que nos nutre y nos sostiene: que produce toda clase de frutos, de flores de color, y de hierbas.—Alabado sea mi Señor, por aquellos que perdonan por el amor suyo y soportan pacientes las desdichas y las tribulaciones: bienaventurados sean los que perseveren en la paz y que tú coronarás ¡oh Altísimo! - Alabado sea mi Señor por nuestra muerte corporal, á la cual ningun hombre vivo puede escapar. ¡Mala ventura á los que mueren en estado de pecado mortal! ¡Bienaventurados los que á la hora de la muerte se encuentran conformes con vuestras santas voluntades, porque la segunda muerte no les podrá hacer ningún mal!—Alabad y bendecid á mi Señor, y dadle gracias, servidle con grande humildad.

Dante (1265-1336).—Dante ó Durante de los Alighieri, perteneció á una familia güelfa y noble, tomó parte en las luchas de Florencia contra Pisa, y á los nueve años se cuenta que se enamoró de una niña llamada Beatriz, celebrada después en todas sus obras poéticas. Ésta pertenecía á una familia patricia y casó andando el tiempo con un hidalgo, Simón de los Bardos. Muerta Beatriz, se casó Dante con una dama de importante familia.—En la política desempeñó algunos cargos, como el de Prior (uno de los seis magistrados que gobernaban Florencia) en 1300, y por las luchas que dividían las dos fracciones güelfas (negros y blancos, éstos, casi gibelinos) tuvo que salir desterrado, habiendo sido destruídas sus posesiones y condenado á ser quemado vivo; refugiándose en Bolonia, donde aumentó sus estudios. Indultado entre los criminales, no quiso aceptar la gracia.—Sus obras poéticas son: *La vida nueva*, novela en que cuenta su amor á Beatriz; *El festín*, comentario á sus canciones; el *Cancionero*, colección de sus líricas, y por último, la *Divina Comedia*.—Además escribió en latín un tratado sobre la lengua vulgar, en que reclama para el poeta el derecho de hablar en su lengua materna; un estudio político del gibelinismo; once cartas, alguna de las cuales no se creen auténticas, y otra obra, *Agua y tierra*, tenida por apócrifa.—Fué su maestro Bruneto Latino; aprendió á dibujar y aun se dice que influyó en la pintura de Giotto, su amigo.

La *Divina Comedia* está distribuída en 100 cantos, correspondiendo 34 al Infierno y 33 á cada una de las otras dos partes (Purgatorio y Paraíso). La escribió Dante desde 1302 á 1321 en tercetos endecasílabos. Su asunto es en el fondo la lucha toda de la Edad Media entre el poder civil y el religioso (el papado y el imperio), constituyendo una verdadera epopeya de la civilización moderna.—Sabido es que no existen sino otras dos civilizaciones, además de la cristiana en el mundo, y así como hay una epopeya oriental y otra griega, de que nos hemos ocupado y que representan el panteísmo y el paganismo, la obra de Dante representa á su vez el cristianismo.—Son esta clase de poemas la síntesis completa de la literatura y de la vida toda, reuniendo, bajo un argumento fantaseado por el poeta, todos los elementos de la sociedad coetanea del autor, resumiendo el pasado y presagiando el porvenir.—Tal es la importancia de esta clase de poemas, que precisamente por ello no se han producido con más frecuencia en la historia del mundo.—Dante significa con su portentoso talento uno de los genios más admirables de la humanidad.—Resume en su argumento, la que él llamó Comedia (porque en su tiempo denominaban así á todo poema al principio triste y alegre al fin), toda la teología, la filosofía, la historia y la ciencia de su época, las instituciones, las costumbres, el derecho, la moral y la poesía, retrotrayendo al tiempo presente la mitología antigua y los órdenes y esferas todas de las generaciones pasadas.—El nervio íntimo del maravilloso poema es la glorificación del amor que el poeta siente hacia Beatriz; y todos los afectos de su corazón, todas las pasiones humanas de que se halla poseído Dante surgen en el poema á cada paso, con la impetuosidad propia, ora de la venganza y del odio, ora de la conmiseración y la caridad, ya, en fin, con el desprecio y el terror ó con el entusiasmo y la pureza. De modo que cumple esta epopeya con todas las leyes estéticas de la literatura, con todos los preceptos del arte y con todos los recursos propios para conmover el ánimo y arrebatarle en ferviente entusiasmo. Lo real se muestra siempre al lado de lo simbólico, lo ideal al lado de lo práctico, la alegoría mezclada con la historia. Y así recorre su Comedia (que sus admiradores apellidaron

Divina y que ha confirmado la posteridad) todas las aspiraciones y etapas de la vida del alma, desde las tremendas luchas del pecado en el *Infierno* hasta las expiaciones del *Purgatorio*, terminando con la felicidad en el Cielo. Retrata, pues, la vida real del espíritu y la existencia ideal de las creencias religiosas: el incrédulo como el creyente, pueden tomar como símbolo lo real ó como ideal lo alegórico. Para llevar á cabo el viaje de la vida, imagina Dante lanzarse en él, perdiéndose en la primera parte *el Infierno*, en la selva sombría como imagen de las tinieblas en que se halla sumida el alma, en la vida de las pasiones, esforzándose por llegar hasta una cima del monte donde irradia la luz. Impiden su propósito un leopardo, un león y una loba (la lujuria, la soberbia y la avaricia); pero Virgilio se le aparece ofreciéndosele para guiarle á través del *Infierno*.

El poeta latino personifica la razón natural como enviado por Beatriz, que representa la gracia divina. Atraviesa con él, libre de temor, los nueve círculos del cono invertido que representa la montaña hasta llegar al centro de la tierra, en donde habita Satanás. Pasa el primero (el *limbo*), entrando á seguida en la región de los gemidos, en donde se encuentran los malvados de todas las épocas, especialmente los de Italia, y entre ellos los propios enemigos de Dante. Y así como en el *Limbo* halló á los que no conocieron la ley de Cristo, en éste se destacan los lujuriosos, entre los que surge la melancólica sombra de Francesca de Rímini. Siguen luego en los círculos siguientes los avaros, violentos y embusteros, los adúlteros, los que vendían las investiduras de la Iglesia, los pretendidos adivinos, los magistrados prevaricadores, los hipócritas, los ladrones, los falsarios, los monederos falsos y alquimistas, los traidores á su patria, y, en fin, el círculo de Judas, centro de la infernal ciudad. Todos alientan en medio de suplicios de mil clases, bajo tormentos indescriptibles, purgando así sus infamias, ora en un lago de pez hirviente, ya entre serpientes enroscadas á los demacrados cuerpos, ya roídos de la lepra, ya arrastrando doradas túnicas de plomo con la cabeza metida entre agujeros ó vueltas hacia la espalda, desnudos y en contorsiones violentas que ponen espanto al más valeroso pensamiento. Dante

habla con ellos, sucediéndose el aterrador espectáculo con rapidez vertiginosa.—Entre las figuras que más hondamente conmueven el espíritu está la del Conde Ugolino, que muerde eternamente la cabeza del Arzobispo Ruggieri, que le hizo perecer de hambre con sus cuatro hijos en sombrío calabozo, donde lo encarceló, después de unido á él, para llevar á cabo su traición contra el señor de Pisa.—Pasado este episodio, en fin, llega el poeta al centro tenebroso, donde ve sumido en eterno hielo, asomando el busto, á Satanás, el ángel caído.—Salido de la negra pesadilla, se disponen Virgilio y Dante á atravesar los nueve círculos ascendentes de la montaña del *Purgatorio*. Aquí es todo tranquilidad y serena esperanza. Un músico entona canciones del propio Dante y divisa entre los que purgan sus faltas á Reyes y Príncipes en actitud sumisa, cuando fueron déspotas y tiranos en la tierra. Llegando al *Paraíso*, tercera y última parte del poema, Virgilio abandona á Dante, como si por ser pagano no pudiese penetrar su pensamiento gentílico el símbolo celestial que representa en la nueva religión.—Beatriz entonces le sustituye, atrayendo con su mirada al afortunado vate, y haciéndole volar en pos de ella de astro en astro por los nueve cielos hasta llegar al empíreo.—Aquí, como en el *Purgatorio*, ve también numerosos personajes, insignes varones de la religión, de la justicia ó de la guerra. Dante, en fin, sube al empíreo donde Beatriz se sienta, y San Bernardo la sustituye explicando á Dante el orden de los Santos, pidiendo á la Virgen que el poeta obtenga la fuerza suficiente para elevarse á la visión de Dios. El vate, con efecto, penetra entre los resplandores de la eterna luz, contempla la Trinidad, la Divinidad y la Unidad unidas en el verbo, siendo ésta la postrera visión del *Paraíso*.

A la colosal concepción de la Divina Comedia, se junta para realzar su inmarcesible belleza la perfección del lenguaje, conciso en la expresión de los conceptos, amplio en la riqueza de las imágenes, magnífico en la hermosura de los contrastes, profundo en el pensamiento y rayando en lo sublime á cada paso.—Si quisiéramos definir rápidamente la característica de las tres partes del poema diríamos: que el *Infierno* es psicológico, el *Purgatorio* ascético y el *Paraíso* místico, aceptando esta clasificación, de uno de

los tres mil comentadores que ha tenido el genio florentino.—Se halla traducido el poema en repetidas ediciones á todas las lenguas europeas.

De *La Divina Comedia.*—El infierno. Canto XXXII. (Traducción Aranda. Barcelona, 1871.)

Aquel pecador apartó su boca de tan horrible alimento, limpiándosela en los pelos de la cabeza, cuya parte posterior acababa de roer; y luego empezó á hablar de esta manera: —«Tú quieres que renueve el desesperado dolor que oprime mi corazón sólo al pensar en él, y aun antes de hablar. Pero si mis palabras deben ser un germen de infamia para el traidor á quien devoro, me verás llorar y hablar á un mismo tiempo. No sé quién eres ni de qué medios te has valido para llegar hasta aquí; pero al oirte me pareces efectivamente florentino.

»Has de saber que yo fuí el conde Ugolino, y éste el Arzobispo Ruggieri; ahora te diré por qué le trato así. No es necesario manifestarte que, por efecto de sus malos pensamientos, y fiándome de él, fuí preso y muerto después. Pero te contestaré lo que no puedes haber sabido; esto es, lo cruel que fué mi muerte, y comprenderás cuánto me ha ofendido.

»Un pequeño agujero abierto en la torre, que por mi mal se llama hoy del Hambre, y en la que todavía serán encerrados otros, me había permitido ver por su hendidura ya muchas lunas, cuando tuve el mal sueño que descorrió para mí el velo del porvenir. Ruggieri se me aparecía como señor y caudillo, cazando el lobo y los lobeznos en el monte que impide á los pisanos ver la ciudad de Luca. Se había hecho preceder de los Gualandi, de los Sismondi y los Lamfranchi, que iban á la cabeza, con perros hambrientos, diligentes y amaestrados. El padre y sus hijuelos me parecieron rendidos después de una corta carrera y creí ver que aquéllos les desgarraban los costados con sus agudas presas.

»Cuando desperté antes de la aurora, oí llorar entre sueños á mis hijos, que estaban conmigo, y pedían pan. Bien cruel eres si no te contristas pensando en lo que aquello anunciaba á mi corazón; y si ahora no lloras, no sé lo que puede escitar tus lágrimas. Estábamos ya despiertos y se acercaba la hora en que solían traernos nuestro alimento; pero todos dudábamos, porque cada cual había tenido un sueño semejante. Oí que clavaban la puerta de la horrible torre, por lo cual miré el rostro de mis hijos sin decir palabra; yo no podía llo-

rar porque el dolor me tenía como petrificado; lloraban ellos, y mi Anselmito dijo:—¿Qué tienes, padre, que así nos miras?—Sin embargo, no lloré, ni respondí una palabra en todo el día ni en la noche siguiente, hasta que otro sol alumbró el mundo. Cuando entró en la dolorosa prisión uno de sus débiles rayos, y consideré en aquellos cuatro rostros el aspecto que debía tener el mío, empecé á morderme las manos desesperado, y ellos, creyendo que yo lo hacía obligado por el hambre, se levantaron con presteza y dijeron: – «Padre, nuestro dolor será mucho menor si nos comes á nosotros; tú nos diste estas miserables carnes, despójanos, pues, de ellas.»

Entonces me calmé para no entristecerlos más, y aquel día y el siguiente permanecimos mudos. ¡Ay, dura tierra! ¿Por qué no te abriste? Cuando llegamos al cuarto día, Gaddo se tendió á mis pies, diciendo: «Padre mío, ¿por qué no me auxilias?» Allí murió; y lo mismo que me estás viendo, ví yo caer los tres, uno á uno, entre el quinto y el sexto día. Ciego ya, fuí á tientas buscando á cada cual, llamándolos durante tres días después de estar muertos; hasta que al fin, pudo en mí más la inedia que el dolor.

Cuando hubo pronunciado estas palabras, torciendo los ojos, volvió á coger el miserable cráneo con los dientes, que royeron el hueso como los de un perro. ¡Ah! Pisa, vituperio de las gentes...

De *El Paraíso*.—Canto XXXIII.—Virgen Madre, hija de tu Hijo, la más humilde al par que la más alta de todas las criaturas, término fijo de la voluntad eterna, tú eres la que has ennoblecido de tal suerte la humana naturaleza, que su Hacedor no se desdeñó de convertirse en su propia obra.

En tu seno se inflamó el amor cuyo calor ha hecho germinar esta flor en la paz eterna. Eres aquí, para nosotros, meridiano sol de caridad, y abajo, para los mortales, vivo manantial de esperanza.

Eres tan grande, Señora, y tanto vales, que todo el que desea alcanzar alguna gracia y no recurre á tí quiere que su deseo vuele sin alas. Tu benignidad no sólo socorre al que te implora, sino que muchas veces se anticipa espontáneamunte á la súplica.

En tí se reúnen la misericordia, la piedad, la magnificencia y todo cuanto bueno existe en la criatura.

Éste, pues, que desde la más profunda laguna del universo hasta aquí ha visto una á una todas las existencias espirituales, te suplica le concedas la gracia de adquirir tal virtud que pueda elevarse con los ojos hasta la salud suprema. Y yo, que nunca he deseado ver más de

lo que deseo que él vea, te dirijo todos mis ruegos, y te suplico que no sean vanos, á fin de que disipes con los tuyos todas las nieblas procedentes de su condición mortal, de suerte que pueda contemplar abiertamente el sumo placer.

Te ruego, además, ¡oh Reina, que puedes cuanto quieres!, que conserves puros sus afectos después de tanto ver; que tu custodia triunfe de los impulsos de las pasiones humanas: mira á Beatriz cómo junta sus manos con todos los bienaventurados para unir sus plegarias á las mías.

De *La vida nueva*, que viene á ser una novela auto-biográfica, tomamos el episodio de *La dama compasiva*. Trad. de la *Biblioteca universal*.—«Poco después, ocupado en evocar recuerdos pasados, me sentí tan asaltado de los muchos dolorosos que se me representaban, que mi semblante retrataba la angustia y desfallecimiento que embargaba todo mi sér. Advertido que fuí de mi turbación, levanté los ojos por ver si alguien me observaba, y vi á una joven agraciada y gentil que desde lo alto de una ventana parecía contemplarme y dar aún muestras de sentir piadosa compasión hacia mí. Y como quiera que el desgraciado se conduele doblemente así que en alguno descubre simpatía hacia sus dolores, sentí que los ojos se me anegaban en lágrimas; mas avergonzado de mi debilidad procuré huir las miradas de aquella mujer diciendo entre mí: no es posible dejar de hallar en dama tan compasiva un noble y desinteresado amor. A este fin, es decir, para hacer relación de todo esto á dicha joven, resolví escribir el siguiente soneto:

«Mis ojos han visto en vuestro semblante pintada la compasión, cuando mirábais los ademanes y movimientos con que el dolor me ha familiarizado.

»Luego eché de ver lo preocupado que os tenía el triste estado de mi oscura vida, y no tuve valor de dejar ver por más tiempo mi apocamiento y debilidad.

»Hé, pues, esquivado vuestras miradas, sintiendo que mis ojos me habían de hacer traición en presencia vuestra.

»Y después dije entre mí: «Sin duda el amor que en tal estado me ha puesto vive también en el corazón de aquella dama.»

Sucedía desde entonces que doquiera que ésta me veía mostraba el mismo aire compasivo para conmigo, y su semblante aparecía lívido como el del Amor; en éste se me representaba á menudo el de mi amada, que así se aparecía siempre á mis ojos. A menudo, no pudiendo brotar el llanto ni apartar de mi corazón las penas, corría á su

presencia, y su vista solía calmarme algún tanto haciéndome derramar abundantes lágrimas. Por esto quise componer este otro soneto dirigido á ella como el anterior:

«Nunca se juntaron mejor el color de amor y la expresión de compasiva piedad en el rostro de una dama atenta á dolorosas quejas;

»Que en el vuestro, cuando veis en mí retratadas todas las penas; su efecto es tan eficaz que me sucede llegar á temer que el corazón se me destroce.

»No puedo evitar que mis ojos os miren sin cesar, y en ello se fatiguen buscando en vos el consuelo y alivio del llanto.

»Y en tal grado los habéis hecho codiciosos de miraros, que con este deseo se consumen, aunque no saben llorar ya ante vos.»

La vista de esta joven engendró en mí un cierto placer que experimentaba al contemplarla. Esto me desagradaba y culpaba no pocas veces mi debilidad, maldiciendo otras la vanidad y disipación de mis ojos. Con el pensamiento decía á éstos: teníais costumbre de ver llorar á los que veían vuestro triste estado, y al presente parece que queréis olvidarlo por la que ahora os mira, que no os mira sino por el pesar que siente por la gloriosa dama por quien llorábais. Pero obrad como queráis, ojos malditos, que yo siempre me acordaré de ésta, y no debiais haber cesado de llorar hasta la muerte. Y cuando así hube dicho esto á mis ojos, profundos y prolongados suspiros me asaltaron; para que este combate interior viniese al conocimiento de otros desde el fondo del pecho del que le sostenía, compuse el siguiente soneto en que todo este horrible conflicto estuviese patente:

«El amargo llorar vuestro, ¡oh, ojos míos!, por tan largo espacio sostenido, hacía derramar llanto á los demás movidos por vosotros á compasión.

»Creo que ahora lo olvidaríais, si yo fuese tan ruín que no procurase por mil medios sacaros de vuestro olvido, trayendo á vuestra memoria la que antes llorábais.

»No puedo menos de pensar en vuestra ruindad y temer á la dama que tanto os mira.

»Sólo en vuestra muerte debéis olvidar á aquella que murió. Esto dice mi corazón y suspira profundamente.»

Marco Polo (1252-1326?).—Viajero veneciano, visitó el Asia central, recorriendo comarcas inexploradas y trayendo una relación donde aparecen sucesos y cosas extraordinarias, creídas

imposibles por sus contemporáneos, y que sin embargo, eran y son exactas en su mayoría. Para juzgar de su estilo transcribimos á continuación el capítulo XXI de sus *Viajes*, trad. de la Bib. Un.

Capítulo xxi.—*El Viejo de la montaña.* Mulehet es una comarca donde antiguamente solía estar el Viejo llamado de la Montaña. Mulehet quiere decir entre los sarracenos *herético* ó *Dios terrenal*, y los que habitan en aquel lugar son titulados, *mulehéticos*, ó herejes, como entre los cristianos los patarinos. El Viejo, segun oyó M. Marco á muchas personas, se llamaba Aladino y era mahometano. Hizo que le erigieran un palacio en un hermoso valle circundado por dos montes altísimos, á cuyo palacio agregó magníficos jardines llenos de cuantos árboles y frutos había podido encontrar. Dentro de los jardines había varios palacios y casas adornadas de oro, pinturas y seda, á las cuales por diversos conductos, iban á parar corrientes de vino, leche, miel y agua clarísima. Estos palacios estaban habitados por galanas y hermosas doncellas, diestras en el canto, en instrumentos músicos y en el baile, y muy amaestradas para acariciar á los hombres. El Viejo había hecho levantar estos palacios siguiendo los consejos de Mahoma, según el cual los que siguieran sus preceptos irían al Paraíso para disfrutar de los grandes placeres que en él aguardan á los elegidos: de este modo trataba el Viejo de dar á entender á los suyos que era tan profeta como Mahoma y que podía darles el Paraíso, tan deseado por ellos. El ingreso en los jardines estaba prohibido: un castillo fortísimo defendía la entrada, á la que se iba por un camino escondido. La corte del Viejo la formaban mancebos de doce á veinte años, escogidos entre los más valientes y audaces de aquellos montes, y todos los días les predicaba pintándoles las delicias de aquellos jardines y diciéndoles que podía enseñárselos. Así que juzgaba el momento oportuno, hacía que diez ó doce de aquellos jóvenes bebieran un licor que les adormecía, y en tal situación eran transportados á los jardines, donde veían todos los seductores cuadros que hemos referido: allí, rodeados de infinitos goces, llegaban á figurarse que en efecto vivían en el Paraíso.

Pasado un breve período de tiempo los narcotizaba de nuevo, y haciéndoles llevar ante sí, les pedía cuentas de su ausencia. Ellos, refiriendo delante de sus compañeros cuanto habían visto y gozado, excitaban en sus oyentes grande admiración y vivísimas ansias de merecer otro tanto. El Viejo entonces les manifestaba que, quien le obedeciera ciegamente siguiendo los preceptos de Mahoma, disfrutaría

de los mismos placeres, y así estaban todos sus sectarios siempre dispuestos á sacrificarse por él. Los enemigos del Viejo no se consideraban seguros nunca: aquellos jóvenes no retrocedían ante nada por servirle; ni ante la muerte. En Damasco y en el Kurdistán había como dos vicarios ó virreyes del Viejo que se gobernaban de la misma manera; mas todo esto concluyó en 1262, porque sabedor Alau, hermano del Kan y señor del Viejo, de los grandes latrocinios y maldades de éste, envió un ejército que hizo prisionero al Viejo y destruyó el castillo y los jardines del Paraíso.

Petrarca (1304-1374). Nació en Arezzo, cerca de Pádua. Hijo exoristo (nacido en el destierro), se dedicó desde los primeros años al estudio, cultivando la gramática y el derecho y adquiriendo después sólida ilustración en las letras clásicas.—En Bolonia, donde lo envió su padre, que no quería que se dedicase á la poco productiva vocación de poeta, se dejó influir por los *sonetos* de Cino de Pistoia, creador de este pequeño poema.—Vuelto á Aviñón, corte eclesiástica en aquel tiempo, se hizo sacerdote, aunque pasó su vida cantando á Laura, cosas ambas compatibles en aquellas épocas de libertad rayana en la licencia.—Cansado de la Corte, influído por el ansia de viajar, visitó Alemania y Francia, donde fué objeto de grandes atenciones.—Los reyes y los Papas lo halagaron de tal manera que fué coronado con regia pompa en el Capitolio de Roma en 1317.—Y así como Rienzi intentó resucitar la República romana, Petrarca quiso hacer resurgir la literatura clásica.—A él se debe el descubrimiento de obras de Quintiliano, Cicerón y Sófocles.—Intentó una epopeya al estilo virgiliano titulada *África*. Escribió diálogos al estilo de Platón y un poema alegórico con el nombre de *Triunfos*, en que pretendió emular á Dante.—Se dejó arrastrar también por los poetas provenzales y pulimentó la lengua vulgar trabajándola finamente. Su influjo fué decisivo en Italia, y extraordinario en nosotros, hasta el punto de que á él se debe una verdadera evolución en la manera de pensar, sentir y componer en la métrica española. No sólo tuvo su lira la cuerda erótica, suave y graciosa, sutil y tierna, sino que, a veces, pulsó la nota patriótica, como por ejemplo en su canción á Rienzi á quien creyó sería heroico libertador.

Soneto y canción, traducción de E. Garcés: *Elogios de Laura al expresar lo acerbo de la pena por causa de su muerte.*

¡Ay rostro y vista, extremos de dulzura!
¡Ay reposado andar, grave y sincero!
¡Ay razonar que á todo ingenio fiero
con humildad hinchías de blandura!
¡Ay risa do salió la flecha dura
de que para consuelo muerte espero,
alma digna del mundo todo entero
si antes bajado hubieras de l'altura!
Por tí conviene que arda, confianza
en tí tuve, y de tí ser apartado
es desventura que en extremo siento.
De deseo me henchiste y de esperanza
cuando de tí partí muy consolado:
mas ¡ay! que todo lo ha llevado el viento.

Renuévase la memoria de Laura en los lugares por ella visitados.

Aguas frescas sabrosas,
donde el cuerpo agraciado
puso aquella que siempre me es [señora;
lindas ramas umbrosas
donde arrimó su lado,
de que me acuerdo con suspiro [agora;
y vos, dones de Flora,
que aquella vestidura
hinchió de aire sereno,
y el sobrehumano seno
de do me hirió de amor la flecha [dura,
dad audiëncia juntos
á mis postreros y penosos puntos.
Mas si es tal mi destino
y ansí lo quiere el cielo,
que amor cierre estos ojos lamen- [tando,
este cuerpo mezquino
se entierre en este suelo,
y el alma al cielo vueltas dé vo- [lando.
Ansí será más blando
el trago (si esto es cierto)
en el dudoso paso,
que el espíritu laso
no puede desnudar en mejor [puerto
ni en más apta posada
los huesos de esta carne trabaja- [da.
Tiempo venir podría
que al sitio acostumbrado
la mansueta fiera allí volviendo,
en semejante día
que della fuí llagado
su pía y dulce vista revolviendo,
buscando y no me viendo,
por ser tierra tornado,
el mismo amor le inspire,
de suerte que suspire
tan dulce, que merced me haya [ganado,
haciendo fuerza al cielo
enjugando sus ojos con el velo.
Acuérdome bajaba
(¡ay qué dulce memoria!)
una lluvia de flores muy cuajada

donde ella sesteaba
humilde en tanta gloria,
de un amoroso viento rodeada.
La ropa era sembrada,
y crenchas aquel día
(que oro bruñido y perlas
entonces era verlas)
dellas, y alguna en tierra se caía,
otras mil vueltas dando,
cuasi «aquí reina amor» iban can-
Cuántas veces decía, [tando;
de amor y espanto lleno,
«por cierto ésta ha nascido en pa-
tan fuera me traía [raíso»,
de mí su aire sereno
y la rareza de su lindo viso;
y aun creí ser diviso
de mí mismo de suerte,
que decía suspirando:
«¿cómo aquí vine ó cuando?»
creyendo estar n'el cielo do no hay
así me satisface [muerte,
tanto el lugar que nada otro me
[place.
Canción, si fueras tal como el
pudieras fácilmente [deseo,
salir del bosque y andar entre la
[gente.

+**Bocaccio** (1313-1375). Aunque nacido en París, era de padre florentino, comerciante, que pretendió educarlo para el oficio de mercader.—Estudió con ardor los clásicos griegos, resistiendo las indicaciones paternas. Fué novelista, al par que poeta lírico, imitando á Petrarca en sus rimas, y perfeccionó la octava, siendo uno de los creadores de la prosa italiana en este primer renacimiento. Entre sus novelas se ha de citar á *Fianmeta*, cuyo asunto son sus amores con una hija natural del rey de Nápoles y los poemas *Tiseida* y *Filostrato*, que escribió también allí. El *Decameron*, en fin (nombre que significa diez días), es su obra más importante. La forman cien pequeñas novelas que hace referir á diez jóvenes que huyendo de la epidemia de Florencia se retiran al campo y se cuentan dichas historietas en diez días.—Bocaccio es un retrato fiel de la época en que vive y del medio ambiente en que se mueve; así, habituado á ver en la corte de la reina Juana mezclados los crímenes con las fiestas, sin que se interrumpieran los bailes palaciegos por los suplicios públicos, distribuyó sus asuntos cómicos de libertinaje y obscenidad entre las patéticas escenas de la peste y desolación.—De Nápoles pasó á Florencia donde fué enviado á varias embajadas, y enseñó á comentar la Divina Comedia en la cátedra creada en Florencia con tal objeto.—Al inventarse la imprenta y procederse á la impresión de los favoreci-

dos cuentos, la corte romana condenó muchos pasajes de sus libros, por la libertad con que se hablaba en ellos, de los Santos, de los milagros y del clero. Su estilo peca de latinismos y abusa de los largos períodos en sus cláusulas.—Transcribimos un soneto, la *Italia moderna*, tr. del Conde de Cheste.

Murió toda virtud: cayó, la entera
que á Italia pudo hacer dueña del mundo.
Yace el ausonio canto moribundo
y deslustrado, en la aflicción postrera.
¿Quién del Permeso busca en la ribera
la dulce vena del cantar jocundo?
Baja oprimido el genio, y del profundo
los vicios ya triunfantes salen fuera.
Que se olvide la pauta que han dejado
nuestros mayores, ó de verso ó prosa,
causar no debe maravilla alguna.
Solo llorar nos toca en nuestro estado
esa invención moderna perniciosa
á la que hoy favorece la fortuna.

Lorenzo de Médici (de Médicis se le llama en español; 1448-1492). Mecenas, de su tiempo, cultiva á su vez la poesía en su corte con fino gusto y una tendencia naturalista muy simpática. En la prosa se distinguió también legando á la posteridad modelos de una y otra clase. Entre sus pequeños poemas debe citarse el *Triunfo de Baco y de Ariadna*.

En su corte de la República florentina brillan también, ó en su tiempo, entre otros que merecen citarse **Sannazaro**, los artistas **Miguel Angel, Vinci y Cellini** y el Conde **Boyardo**; del primero (1458-1530), se ha de nombrar el poema bucólico *Arcadia* por el influjo que ejerció en nuestros líricos del siglo XVI; del segundo (1475-1504), únicamente diremos que escribió hermosos sonetos, aunque no le hubieran servido para pasar á la posteridad; del tercero (1452-1519), es notable su Tratado de la pintura (véase nuestro Céspedes); del cuarto (1500-1571), aparte de sus Tratados sobre la platería y escultura, su trabajo más importante literario es su auto-biografía, escrita con más arranque que veracidad; del

último, en fin (1454-1494), sólo se le debe considerar en la historia de la literatura por su intento de epopeya caballeresca, *Orlando enamorado*, que sirve luego de motivo á la de Ariosto.

Savonarola (1452-1498). Monje adversario de los Médicis, fué excomulgado por el Papa, después de haber dirigido tres años la República florentina, y quemado luego como hereje.—Su oratoria inspirada, arrebataba á las muchedumbres. De él nos quedan, entre otras obras, hermosas muestras de política, teología y moral.

Fragmento de un sermón «contra la usura».—Así, pues, por vuestra avaricia, no vivís bien ni vosotros mismos ni vuestros hijos, y habéis encontrado ya muchas maneras de ganar dinero y muchos recursos que llamáis justos, y que no lo son, y habéis corrompido funcionarios y magistrados... Nadie puede persuadiros de que es pecado prestar con usura; os defendéis hasta con peligro de vuestras almas...; porque nadie escrupuliza prestar con usura, y hasta se llama loco al que no lo hace. Así se cumple en vosotros estas palabras de Isaías: «Se les ha predicado su pecado como á Sodoma, y no han escuchado»; y lo que dijo Jeremías: «Hiciste semblante de cortesana, y no te quisiste ruborizar».—Decís: «la felicidad está en ganar»; mientras que Cristo ha dicho: «felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Decís: «la dicha se encuentra en el placer y en en la voluptuosidad»; en tanto que Cristo dijo: «felices los que lloran, porque ellos serán consolados». Decís: «que la ventura se halla en la gloria»; y Cristo dijo: «Bienaventurados los perseguidos y despreciados por los hombres».—La vía se ha manifestado, pero nadie la sigue, nadie la desea, nadie la aprende. Cristo se queja con razón de vosotros, porque habiéndose tomado el trabajo de mostraros lo que debe ser la vida para salvaros, tiene justas quejas contra vosotros. Por esto reclama por boca del profeta: «Me he cansado en llamar, mi voz se ha extinguido, porque todo el día he gritado por boca de mis predicadores, y nadie me escucha».

Maquiavelo (1469-1527). Pasa por el mejor prosista de su tiempo este diplomático y estadista, que por las crueldades de los partidos llegó á sufrir no sólo la cárcel, sino la tortura.—Fué historiador, poeta y polígrafo, brillando también como autor dramático con su *Mandrágora*.—Su libro más célebre y discutido es

el *Tratado del Príncipe*, en que bajo un estilo correcto y una serenidad imperturbable, enseña el cínico arte de gobernar sin conciencia, ni corazón, poniendo como norma de todo el principio de que el fin justifica los medios.

El príncipe nuevo en ciudad ó provincia conquistada por él, debe reformarlo todo.—Fragmento de los *Discursos sobre Tito Livio.*—(Tr. Navarro.—B. C.)—Quien se apodera de una ciudad ó de un Estado y no quiere fundar en él una monarquía ó república, el mejor medio para conservarlo, por lo mismo que los fundamentos de su poder son débiles, consiste en reformarlo todo, para que la organización sea nueva como lo es el príncipe; nuevo el gobierno, con nuevo nombre, con nueva autoridad, con nuevos hombres que la ejerzan, y convertir los pobres en ricos, como hizo David cuando llegó á ser rey: *Qui esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes.* Necesita, además, edificar nuevos pueblos, destruyendo los antiguos; trasladar los habitantes de un sitio á otro: no dejar, en fin, nada como estaba, y que no haya rango, cargo, honor ó riqueza que no reconozca el agraciado, debérselo al nuevo príncipe. Debe tomar por modelo á Filipo de Macedonia, padre de Alejandro, quien con estos procedimientos llegó, siendo rey de pequeño Estado, á dominar toda Grecia. Los que escribieron su historia, dicen que trasladaba los hombres de una provincia á otra, como los pastores conducen los ganados. Son estos medios cruelísimos, no sólo anticristianos, sino inhumanos; todos deben evitarlos, prefiriendo la vida de ciudadano á ser rey á costa de tanta destrucción de hombres. Quien no quiera seguir este buen camino y desee conservar la dominación, necesita ejecutar dichas maldades. Los hombres, sin embargo, escogen un término medio, que es perjudicialísimo, porque no saben ser ni completamente buenos, ni completamente malos, según vamos á demostrar en el siguiente capítulo.

Tampoco podemos dejar en el olvido el nombre de **Francisco Guicciardini** (1482-1540), por ser este florentino el autor de la primera historia general de Italia.

Sólo de pasada y para colocar en su verdadero sitio á un genio más científico que literario, cierto—pero literato también en realidad,—vamos á hablar de **Cristóbal Colón**, geógrafo navegante y excelente narrador de sus viajes y de los sucesos pasados á su alrededor.—Y aunque gloria española, aunque en castellano

escribe, su origen genovés, su manera propia de pensar, la forma de discurrir, el estilo mismo, lo hacen ser lo que es: un italiano.— Rindámosle un tributo de admiración, insertando algo de sus *Cartas* y una cláusula de su *Testamento*.

Tercer viaje de Cristóbal Colón. (La historia del viaje que el almirante D. Cristóbal Colón hizo la tercera vez que vino á las Indias, cuando descubrió la Tierra Firme, como lo envió á los reyes desde la isla española). – Serenísimos é muy altos é muy poderosos Príncipes, Rey é Reina nuestros Señores: La Santa Trinidad movió á vuestras Altezas á esta empresa de las Indias, y por su infinita bondad hizo á mí mensajero de ello, al cual vine con el embajada á su Real conspetu, movido como á los más altos Príncipes de cristianos y que tanto se ejercitaban en la fe y acrentamiento della; las personas que entendieron en ello lo tuvieron por imposible, y el caudal hacian sobre bienes de fortuna, y allí echaron el clavo. Puse en esto seis ó siete años de grave pena, amostrando lo mejor que yo sabía cuanto servicio se podia hacer á nuestro Señor en esto, en divulgar su santo nombre y Fé á tantos pueblos; lo cual todo era cosa de tanta excelencia y buena fama y grave memoria para grandes Príncipes: fué también necesario de hablar del temporal adonde se les amostró el escrebir de tantos sabios dignos de fé, los cuales escribieron historias. Los cuales contaban que en estas partes había muchas riquezas, y asimismo fué necesario traer á esto el decir é opinión de aquellos que escribieron é situaron el mundo: en fin vuestras Altezas determinaron questo se pusiese en obra. Aquí mostraron el grande corazón que siempre ficieron en toda cosa grande, porque todos los que habían entendido en ello y oido esta plática todos á una mano lo tenían á burla, salvo dos frailes que siempre fueron constantes..... .... le descubrí por virtud divinal 333 leguas de la tierra firme, fin de Oriente, y setcentas islas de nombre, allende de lo descubierto en el primero viaje, y le allané la Isla Española que boja mas que España, en que la gente della es sin cuento, y que todos le pagasen tributo. Nació allí mal decir y menosprecio de la empresa comenzada en ello, porque no había yo enviado luego los navíos cargados de oro, sin considerar la brevedad del tiempo, y lo otro que yo dije de tantos inconvenientes; y en esto por mis pecados ó por mi salvación creo que será, fué puesto en aborrecimiento y dado impedimento á cuanto yo decía y demandaba; por lo cual acordé de venir á vuestras Altezas, y maravillarme de todo, y mostrarles la razón.

Carta que escribió D. Cristóbal Colón. (Virey y almirante de las Indias, á los cristianísimos y muy poderosos Rey y Reina de España, nuestros Señores, en que les notifica cuanto le ha acontecido en su viaje; y las tierras, provincias, ciudades, ríos y otras cosas maravillosas, y donde hay minas de oro en mucha cantidad, y otras cosas de gran riqueza y valor).—Serenísimos y muy altos y poderosos Príncipes Rey y Reina, nuestros Señores: De Cádiz pasé á Canaria en cuatro dias, y dende á las Indias en diez y seis dias, donde escribía. Mi intención era dar prisa á mi viaje en cuanto yo tenía los navíos buenos, la gente y los bastimentos, y que mi derrota era en la Isla de Jamaica; y en la Isla Dominica escribí esto: fasta allí truje el tiempo á pedir por la boca. Esa noche que allí entré fué con tormenta, y grande, y me persiguió despues siempre. Cuando llegué sobre la Española invié el envoltorio de cartas, y á pedir por merced un navío por mis dineros, porque otro que yo llevaba era inavegable y no sufría velas. Las cartas tomaron, y sabrán si se las dieron la respuesta. Para mí fué mandarme de parte de ahí, que yo no pasase ni llegase á la tierra: cayó el corazon á la gente que iba conmigo, por temor de los llevar yo léjos, diciendo que si algun caso de peligro les viniese que no serían remediados allí, antes le sería fecha alguna grande afrenta.

Del testamento.—Primeramente traerá D. Diego, mi hijo, y todos los que de mí sucedieren y descendieren, y así mis hermanos D. Bartolomé y D. Diego mis armas, que yo dejaré despues de mis dias, sin entreverar mas ninguna cosa que ellas, y sellará con el sello dellas.—D. Diego, mi hijo, ó cualquier otro que heredare este Mayorazgo, despues de haber heredado y estado en posesión de ello, firme de mi firma, la cual agora acostumbro, que es una X. con una S. encima y una M. con una A. romana encima, y encima della una S. y despues una Y. griega con una S. encima con sus rayas y virgulas, como yo agora fago; y se parecerá por mis firmas, de las cuales se hallarán muchas, *y por esta parecerá*. Y no escribirá sino *el Almirante*, puesto que otros títulos el Rey le diese ó ganase: esto se entiende en la firma y no en su ditado que podrá escribir todos sus títulos como le pluguiere.

Ariosto (1474-1533). Protegido de los Duques de Ferrara, ejerció algunos cargos en la administración de estos Príncipes, que eran protectores de las letras. Alfonso I le envió con una misión al Papa Julio II. Mas no por esto dejó de dedicarse siempre con mayor ardor á la poesía, que desde niño fué su pasión.

Contando muy pocos años, escribió y representó con sus hermanos *Tisbe*, y luego escribió sin cesar, líricas y sátiras.—La obra más importante de su vida es *Orlando furioso*, vasto poema en 46 cantos, á que dedicó diez años. Corrigió sucesivamente nuevas ediciones, y la última ha servido para traducirse á varios idiomas. —Así como Boyardo canta en su «Orlando enamorado» á la hermosa princesa china Angélica, los desdenes de ésta y su pasión por Reinaldo, que la odia y que huye constantemente de su lado, Ariosto comienza su Poema donde Boyardo lo dejó.—Orlando descubre la infidelidad de Angélica, y su amor se trueca en furiosa locura, y así como el citado Conde concibió su poema con espíritu cómico y lleno de ironía, así también Ludovico Ariosto rebaja el carácter del héroe haciéndole ridículo, cuando el protagonista francés Roldán, es un personaje caballeresco; que, según se sabe, constituye una de las maneras de lo cómico, haciendo ridículo lo serio.—Á pesar de que los críticos señalan como defecto á este poema su falta de unidad, se encuentran, no obstante, artísticamente enlazados sus numerosos episodios, en que resplandece potente imaginación, versificación fácil y graciosa alternativa entre lo humorístico y lo serio.—Siguiendo el gusto de su tiempo, escribió comedias de asunto licencioso, aunque no llegase á la brutalidad soez del cardenal Bibbiena, creador del género.

Canto IX.—**Orlando furioso.**—(Trad. de A. de Burgos).—SUMARIO.—Primeras y extraordinarias proezas de Orlando.—Principia la narración de los infortunios de Olimpia.—Hazañas del héroe en Holanda.—Da muerte á Cismosco y libertad á Bireno —Apodérase del arma encantada del rey Frison y la arroja al mar.—Ficción del poeta sobre el descubrimiento de la pólvora.

¿Qué, qué no harás, Amor, de aquel que triste
el cuello rinde á tu coyunda impía,
cuando olvidar al conde Orlando hiciste
la sumisión que á su señor debía?
El que, cuerdo y celoso, hasta aquel día
la santa iglesia defendió, lanzado
hoy vive en el abismo

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

de su pasión frenética, olvidado
de su rey, de su Dios, y de sí mismo.
Yo, sin embargo, excúsole gustoso
y me huelgo de hallar tal compañero;
que, si en seguir el bien soy perezoso,
del mal tal vez me lanzo en el sendero.
En el silencio de la noche, el conde,
solo, cual dije, parte y llega adonde
en tiendas de campaña,
están las gentes de Africa y de España.
¿Qué digo en tiendas? Lluvia espesa y fría
por aquí y por allí los esparcía.
De los unos los otros no distantes,
en grupos de ocho y doce, quince y veinte,
bajo un techo ó un árbol abrigados
treguas dan á sus miembros fatigados.
Uno, en tierra tendido,
otro, apoyado sobre el brazo, duerme
á la merced del príncipe aguerrido;
más de herir al que, inerme,
dormido yace el paladín se corre
ciego, buscando la adorada huella,
los pabellones árabes recorre.
Si despierto á alguien ve, de la doncella
el ademán y el traje le describe;
nuevas ansioso le pregunta della,
y el camino le ruega que le diga
que, para hallarla, es menester que siga.

Las únicas estrofas de *Orlando*, traducidas por Espronceda:

Injustísimo amor ¿por qué tan raro
repartes tu favor entre tus fieles,
y el que se correspondan no te es caro,
y en el discorde amor gozarte sueles?
Ir no dejas al vado fácil, claro,
y al fondo obscuro y ciego nos impeles:
odiar nos haces del objeto amado,
y que aquel que nos ama sea odiado.

Angélica á Reinaldo se presenta
hoy celestial, y en su beldad se halaga
y ayer la odió con repulsión violenta:
ella entonces le amó, y hoy le es aciaga
hasta la vista suya y la atormenta,
y el uno al otro así su agravio paga:
mas de Angélica el odio es de tal suerte
que antes que suya ser, quiere la muerte.

Con orgullo Reinaldo, al rey impío,
gritó: —Ladrón, de mi corcel te apea;
que ceder no acostumbro lo que es mio
y lo sé caro hacer al que lo idea.
A esa hermosa, además, cogerte ansío,
que sería el dejártela acción fea;
y que quite á un ladrón es justa cosa
corcel tan noble, dama tan hermosa.

El peral y la calabaza, fábula (Trad. Bib. Univ.)

En fértil campo calabaza tosca
creció en tan breve tiempo, que sus ramas
de un peral, su vecino, dominaron
de no vista manera, las más altas.

Despertando el peral de un largo sueño,
con sorpresa advirtió cierta mañana
al nuevo fruto de repente erguido
sobre su altiva frente así humillada.

—¡Hola! ¿quién eres? exclamó. ¿En tal sitio
qué haces tú, y ante mí cómo te alzas?
Cuando cerré mis soñolientos ojos
cediendo á la fatiga, ¿en dónde estabas?

Nombróse el fruto á su vecino, en donde
plantado fué diciéndole. A sus ramas
para elevarse á tan extraña altura,
sólo tres meses, añadió, bastaran.

—¡Y yo, exclamó el peral, triste me veo
menos alto que tú tras luchas tantas,
en siete lustros con el viento, el frío
que intenso hiela y el calor que abrasa!

Mas paciencia tendré: si un solo instante
para llegar al cielo te bastara,
caerá tu débil tronco, estoy seguro,
más veloz que ha subido á altura tanta.

Pedro Aretino (1492-1557). Genio corrompido, ingrato con los Príncipes, sus protectores, cultivó también igual género en el Teatro, aunque no eclipsase al anterior. Más fecundo é ingenioso, supo resucitar el teatro pagano en todo aquello que más atraía á su musa. Tanto en la comedia *El filósofo* cuanto en la tragedia *Horacia*, tiene rasgos dignos de Shakespeare.

Torcuato Tasso (1544-1595), hijo de Bernardo, que compuso poemas caballerescos, como el *Amadis de Gaula* (inspirado en el argumento de la novela española de este nombre), fué, como Ariosto, contrariado en su vocación poética durante su juventud. Educóse en un colegio de jesuítas, escribió su primer poema *Rinaldo*, del corte de los de su padre. También el Cardenal de Este, en la corte de Ferrara, utilizó sus servicios en el gobierno del ducado.—Dedicado á escribir su hermoso poema *La Jerusalem libertada*, despertó susceptibilidades canónicas, que hicieron se examinase por exigentes críticos, y la censura eclesiástica reclamó algunas supresiones, en las que el poeta no quiso transigir. Su carácter irascible se exacerbó con las discusiones que vióse obligado á mantener con sus censores, y buscando reposo, abandonó á Ferrara, recorriendo varias ciudades de Italia.—Pensando que la enemiga contra él se había borrado, volvió á Ferrara, donde el duque Alfonso II lo encerró en un manicomio. Después de siete años de cautiverio, Clemente VIII quiso coronarlo en el Capitolio, cuando la muerte vino á sorprenderle. Además de la *Jerusalem libertada*, escribió asimismo *Jerusalem conquistada*, en que rehacía aquella con mayor arte, aunque con menor interés poético.—La *Aminta* es una creación pastoril, perfecta en su género; *Torrismundo* una tragedia mediana; sus líricas, diálogos y cartas producciones muy estimables, y *Los siete días de la Creación* un poema religioso digno de ser citado.—La *Jerusalem libertada* (que llamó al empezarla en Bolonia *El Godofredo*), tiene por asunto la pri-

mera cruzada llevada á cabo por Godofredo de Bouillon para rescátar los Santos Lugares del poder de los infieles, y aunque inspirada sobre las epopeyas homérica y virgiliana, supo Tasso dar á la intervención de lo sobrenatural un carácter que no desdijera de las creencias cristianas; por esto la máquina ó maravilloso del poema es muy digna de aplauso.—Otro de sus méritos estriba en la manera de pintar las batallas, en la elevación épica de los caracteres y la grandeza de los principales personajes. Está todo él entremezclado de ricos episodios, que constituyen verdaderas novelas, entre los cuales debe citarse el de Armida.—Tasso muestra gran pudor al tratar los asuntos amorosos, llenos de idealidad é interesantes, tanto por la melancolía que encierran cuanto por las galas de la fantasía con que los viste.—Un punto de contacto tiene su vida con la de Ariosto: éste llegó á hacerse admirar por los bandoleros de la provincia que gobernaba, y Tasso, al dirigirse á Roma, gozaba de tal prestigio, que los bandidos que trataron de robarle, al saber quién era, le dejaron en libertad y hasta le ofrecieron un salvoconducto, que rechazó.

Aminta.—Fábula pastoral de Torcuato Tasso, traducida por Don Juan de Jáuregui.—PRÓLOGO.—*Amor*, en hábito pastoril.

¿Quién creyera que en esta humana forma
y así en estos despojos pastoriles,
estaba oculto un dios? No un dios agora
salvaje ó de la plebe de los dioses,
mas entre los celestes y los grandes
el de mayor poder; que muchas veces
derriba á Marte la sangrienta espada
de la robusta mano, y á Neptuno,
que las tierras combate, el gran tridente,
y los rayos á Júpiter supremo.
En este aspecto y en aquestos paños
no reconocerá tan fácilmente
mi madre Vénus al Amor, su hijo.
Esme forzoso andar huyendo della,
y disfrazarme así, porque ella quiere
disponer á su gusto de mis flechas

y de mí mesmo; y de ambición movida,
cual liviana mujer, me insiste y lleva
á las ilustres cortes, y los cetros,
y allí procura que mi fuerza emplee,
y sólo al vulgo de ministros míos,
mis menores hermanos, da licencia
que puedan alojarse entre las selvas,
y usar las armas en silvestres pechos...

Del ACTO CUARTO.—*Dafne*, *Silvia y* coro.

DAFNE El viento lleve, con la mala nueva
que se esparció de tí, tus males todos,
los por venir, ¡oh Silvia!, y los presentes;
pues te juzgué ya muerta, y, gloria al cielo,
viva y sana te miro. De tal suerte
ha contado Nerina tu suceso,
que ¡ojalá fuera muda y otro sordo!

SILVIA Cierto, fué grande el riesgo, y ella tuvo
causa bastante de juzgarme muerta.

DAFNE Mas no bastante causa de decirlo.
ora cuéntame el riesgo y de qué modo
tú lo excusaste.

SILVIA Yo, siguiendo un lobo,
me embosqué en lo profundo de la selva
tanto, que lo perdí de rastra; y mientras
volverme procuraba al mismo puesto
donde partí primero, el lobo miro,
al cual reconocí por una flecha
que yo le había clavado de mi mano
junto á la oreja. Vilo entre otros muchos,
alrededor de un animal que habían
de fresco muerto, cuya forma entonces
no supe distinguir. El lobo herido
pienso me conoció, porque se vino
contra mí con la boca ensangrentada.
Yo lo esperaba audaz, y con la diestra
vibraba un dardo: ya tú sabes, Dafne...
.....
Al fin del velo me deshago, y pierdo
con él algunas hebras del cabello;
y tantas alas á los pies fugaces

me puso el gran temor, que libre y sana
de la selva salí. Después, volviendo
hacia mi albergue, te encontré turbada,
toda turbada, y me espanté de verte,
porque de sólo verme te espantabas.

DAFNE Tú estás viva y alguno ya no vive...

SILVIA ¿De qué muerte dices?

DAFNE De la muerte de Aminta.

.....

No importa, la piedad es mensajera
de amor, como el relámpago del trueno.

Coro. Y aun muchas veces, cuando él mismo quiere
entrar oculto en los sinceros pechos
que lo excluyeron antes con severa
honestidad, la semejanza toma
de la piedad, que es su ministra y nuncia,
y con estos disfraces engañando
las jóvenes sencillas,
dentro en sus corazones se aposenta.

Canto VII.—De la *Jerusalem libertada.*—Fuga de Herminia y su refugio entre unos pastores. (Trad. de Gómez Palacio. B. C.)

.....

Las armas al mirar los campesinos
se espantan; mas Herminia dulcemente
los calma, descubriendo los divinos
ojos y áureo cabello y alba frente:
«Seguid vuestros trabajos matutinos—
dice—del cielo amada feliz gente;
que estos que véis arreos militares
no vienen á turbar vuestros cantares.»
Y añade luego. «¡Oh, padre! Ora que abraza
bélico incendio en derredor la tierra,
¿cómo tan quieta aquí tu vida pasa
sin temer los horrores de la guerra?
Hija—responde—libre está mi casa,
mi familia y ganado y cuanto encierra,
de ultrajes: ni el estrépito de Marte
llegó á turbar esta remota parte.

Sea favor de Dios que la humildeza,
de inocente pastor salva y protege,
ó cual rayo que hiere en el alteza,
de excelsa cima intacto el llano deje;
así de extraña guerra la crueza
los reyes busque y del zagal se aleje;
nuestra extrema pobreza miserable
al ávido soldado es despreciable.

Soneto. (Traducción N. F. Cuesta; César Cantú *Historia Universal.*)

Italia mía, el Apenino te divide y vierte de mil fuentes suyas mil ríos en dos mares; pero lo que separó la naturaleza lo une el amor, de modo que ni los montes ni los grandes torrentes de que está cubierto el territorio, pueden hacer que una parte sea enemiga de la otra. Amor, reúne tus divididas voluntades y allana tus elevadas sendas desde el lado izquierdo al derecho.

Galileo (1564-1642). No fué sólo uno de los más grandes sabios del siglo XVII, si que también uno de los más grandes escritores, ejercitando su ingenio polemista en *El ensayador*. Sus *Cuatro diálogos sobre los sistemas del mundo*, de Ptolomeo y Copérnico, constituyen una obra maestra por la precisión de su estilo, y lo correcto de su exposición.—Sus teorías le valieron una persecución encarnizada, como es sabido, por la Inquisición, y tuvo necesidad de retractarse de algunas de sus doctrinas, pronunciando en su proceso la frase que ha quedado como gallardo apotegma aludiendo á la tierra, de *e pur si muove* («y sin embargo, se mueve»).—Se le considera como uno de los fundadores de la filosofía experimental, y desarrolló la teoría de la esfericidad de la tierra y su movimiento rotatorio por lo que puede figurar entre los astrónomos, físicos y matemáticos, al propio tiempo que entre los literatos.

Lo que se llamó en España el gongorismo en literatura; en Italia denominóse el marinismo, es decir, el estilo extravagante y conceptista, falso en el pensamiento y abigarrado en la frase, que se puso en moda por **Marini** (1569-1625), célebre napolitano, autor de un poema épico-caballeresco titulado *Adonis*, en cuyos veinte cantos se cuentan los amores de Vénus, con el protagonis-

ta.—La protección de María de Médicis en Francia y la manera de presentar los asuntos tan en armonía con la moda pseudo-clásica de su época, le hizo corromper la literatura y estragar el gusto. Hé aquí una prueba de sus paradójicas creaciones.

Estancias: Lince privado de luz, argos con los ojos vendados, viejo mamón, niño anciano, erudito ignorante, guerrero desnudo, mudo charlatán, rico mendigo, error agradable, dolor deseado, herida cruel de piadosos amigos, paz guerrera y calma tormentosa: ¡hé aquí lo que siente el corazón y lo que el alma no comprende!—Locura voluntaria, males agradables, reposo fatigado, utilidad perjudicial, esperanza desesperada, muerte vital, temor temerario, risa doliente, un vidrio duro, un diamante frágil, una quemadura helada, un hielo ardiente, un abismo eterno de acordes discordias, paraíso infernal, celeste infierno.

Mejor es el siguiente **Soneto** (tr. en prosa por Cuesta, C. Cantú.)

Vencedora del mundo. ¡ah! ¿quién te ha arrojado del alto asiento que para ti había construído la Fortuna? ¿Quién ha dividido los miembros de tu gran cadáver, esparciéndolos, juntamente con tus huesos en la arena?

No te venció el valor de Breno ni el poderio de Aníbal; ni permitió el cielo que otros dieran herbosa sepultura á tu despedazado tronco.

Caiste á tierra por ti misma; por ti misma domada, yaces en la tumba que tus propias manos te han abierto.

No convenía, en efecto, que la que adornó tu cabellera con tantas palmas fuese vencida luego; sólo Roma debía vencer á Roma.

Otro pintor, **Salvador Rosa** (1615-1673), fué poeta vehemente y de rica vena, que compuso líricas, sátiras y comedias con tanta profusión como cuadros.—El Cardenal **Palavicino** (1607-1667), ilustre historiador de este tiempo ha pasado á la historia por los acabados retratos que contiene su crónica del Concilio de Trento, figurando en primera línea el del Papa Julio III.—**Filicaja,** por último (1642-1707), es el único vate de potente inspiración que produce la época, cuyas canciones patrióticas le valieron una repu-

tación europea y la protección de la reina Cristina de Suecia y del gran Duque de Toscana. Su poesía á *Juan Sobiesky*, rey de Polonia, ha sido la más generalizada.

Soneto de Filicaja (trad. en prosa de Cuesta).—Italia, ¿dónde está tu brazo? ¿Para qué te sirves del ajeno? No es, á decir verdad, el defensor menos fiero el que te ofende; ambos son enemigos; ambos fueron esclavos.

¿Así conservas, pues, el honor, así los restos de glorioso imperio? ¿Esa es la fe con que correspondes al valor primero que fe te juró?

Sigue adelante; repudia el valor antiguo, entrégate al ocio, y en medio de la sangre, de los gemidos y de los gritos, cuando el mayor peligro te acose, duerme y reposa: duerme, adúltera vil, hasta que vengadora te despierte una espada homicida y te inmole soñolienta y desnuda en brazos de tu amado.

No se puede terminar este período sin hablar de lo que se denomina «la comedia del arte»; es decir, un género dramático popular, *improvisado*, en el cual los *actores* inventan una acción sobre un cróquis ó libreto de un *autor*; en este género pueden incluirse las piezas de muñecos ó fantoches, y las farsas de las máscaras. Este género penetró en España bajo Felipe II; en Inglaterra bajo Isabel, y más tarde en Francia, y aun en algunas cortes de Alemania. —El nervio principal de estas comedias es siempre un amor contrariado por la avaricia de padres ó tutores, protegido por truhanerías de criados, lances de honor, equivocaciones y rápidas transformaciones. Los personajes principales en Italia permanecieron, y aun permanecen hoy siempre los mismos. Son los que se llaman las *máscaras* tradicionales y çada región tiene la suya, llamándose «el Doctor Balanzó» en Bolonia, «Pulcinella» en Nápoles y Arlequin, Payaso, Escaramuza, etc., alguno de los cuales viene á corresponder á los personajes del teatro clásico de la comedia latina, como luego en el teatro español se repiten el galán aventurero y el criado confidente. En España, cuando esta pieza improvisada se representa en los teatros de la plaza pública por muñecos, toma distintos nombres según la comarca, llamándose «Señá Rosita» en Andalucía, y Polichinelas, Guiñol, etc., en otras.

Y en el *Quijote* ya se habla del Teatro mecánico de muñecos, representando farsas.—Este origen tienen también las relaciones de los juegos populares en algunas regiones de España, que ejecutan los hombres del campo, con el nombre de Coloquios y otros.

Metastasio (1698-1782). En el período de decadencia figura este poeta cesáreo, que sirvió en varias cortes, después de vivir en la opulencia.—Su mérito principal estriba en sus tragedias líricas, siendo el fundador literario de la ópera.—A los catorce años compuso su primera obra y á los veintiséis alcanzó un éxito extraordinario con su *Dido abandonada*.—Su pensamiento sereno y espíritu equilibrado le hizo producir obras estimables, hasta los últimos días de su vejez, siendo grande el número de cantatas melodramas, idilios, oratorios y óperas que escribió.—Algunas de sus obras se estrenaron en castellano en el Teatro de la Zarzuela y del Buen Retiro de Madrid, traídas por Fernando VI cuando encargó este monarca á Farinelo de la dirección del Teatro Lírico que creó en Aranjuez, al par que fundaba la Escuadrilla del Tajo para funciones líricas románticas á la veneciana.

La libertad á Lice.—(Tr. Meléndez Valdés.—*Antología* Estelrich).

Merced á tus traiciones,
al fin respiro, Lice,
al fin de un infelice
el cielo hubo piedad:
Ya rotas las prisiones,
libre está el alma mía;
no sueño, no, este día
mi dulce libertad.
Cesó la antigua llama,
y tranquilo y exento,
ni aun un despique siento
do se disfrace amor.
No el rostro se me infiama
si oigo tal vez nombrarte;
el pecho no, al mirarte,
palpita de temor.
Duermo en paz y no creo
tu imagen ver presente
ni al despertar, la mente
se empieza en tí á gozar.
Lejos de tí me veo
y quieto estoy de grado;
que nada en mí ha quedado
ni gusto ni pesar.
Si hablo en tus perfecciones,
no enternecerme siento,
si mis delirios cuento,
ni aun indignarme sé.
Delante te me pones
y ya no estoy turbado;
en paz con mi engañado
rival, de tí hablaré.
Mírame en rostro fiero,
háblame en faz humana;

tu altanería es vana,
y es vano tu favor;
que en mí el mandar primero
perdió tu hablar divino,
tus ojos no el camino
saben del corazón.
Lo que me plaz ó enfada,
si estoy alegre ó triste,
no en ser tu don consiste,
ni culpa tuya es;
que ya sin tí me agrada
el prado y selva hojosa;
toda estancia enojosa
me cansa, aunque allí estés.
Mira si soy sincero:
aún me pareces bella,
pero no, Lice, aquella
que parangón no ha,
y (no por verdadero
te ofenda) algún defecto,
noto en tu lindo aspecto,
que tuve por beldad...

Goldoni (1707-1793). Así como el anterior fundó la ópera, Goldoni crea el Teatro cómico, imitando á los franceses, aunque con cierta originalidad en los caracteres y abundante inventiva para los recursos escénicos. La existencia de Carlos Goldoni fué muy accidentada, porque después de estudiar medicina, derecho y teología, hizo la vida errante de los cómicos, dirigiendo una compañía á la cual se comprometió á dar 16 piezas al año.—Establecido en París, fué profesor de italiano de las hijas de Luis XV, obteniendo una pensión, que la Convención revolucionaria le restableció cuando el pobre poeta se encontraba ciego y en la indigencia. Se calcula que escribió más de 150 comedias, alguna de las más célebres, en francés.

Alabanzas del matrimonio.—(Trad. de N. F. Moratín.)

¡Qué gusto que es tener la esposa al lado
y oir decir *papá* á los chicuelos!
Del matrimonio muchos son los duelos,
mas los gozos son más y en mayor grado.
En el alegre ó en el triste estado
se truecan los consejos y consuelos,
y de los rojos labios sin recelos
se goza fiel deleite regalado.
Y cuando llega ya la edad anciana
¡oh! ¡cuánto alivia y cómo fiel se esmera
de la consorte la piedad cristiana!

¡Santo, púdico amor! Antes que muera,
desta mayor felicidad humana
lograr sólo una vez hazme siquiera.

+ El nombre del Conde **Víctor Alfieri** (1749-1803) despierta simpatías por su intento de restaurar la tragedia clásica, hastiado de la insignificancia de la época en que vivía, período de imitación de la literatura francesa y de decadencia completa de la italiana. Su temperamento no es propiamente poético, sino de talento y trabajo; y representa una tendencia liberal en su pueblo al que desearía despertar de su atonía.—Entre sus mejores obras se cuentan los dramas *Felipe II y María Estuardo* del género moderno y *Agamenón, Virginia y Bruto* de asunto clásico.—Por último escribió una violenta diatriba titulada *Misogallo* contra la Revolución francesa.+

La educación.—(Trad. de J. L. Estelrich.—*Antología* del mismo.)

—Maestro, ¿decís misa? No me pesa.
—Soy, Excelencia, un nuevo celebrante.
—Bueno está, que esto place á la Condesa.
Mas cuánto sea del estudio amante,
de lo que piensa hacer he de informarme
punto por punto y claramente; ¡alante!
—Hágame por quien quiera examinar:
sé bastante latín, y en cuanto á pío
nadie podrá por cierto reprocharme.
—¡Este vuestro latín es desvarío!
Tengo seis hijos: el mayor se esplaya
con la elocuencia, en la que es un río.
Presumo yo que por tener á raya
dos abates y tres caballeritos
os cueste... allá con ellos se las haya.
¡Oh! no me los saquéis seis doctorcitos,
mas que charlen de todo es necesario
á fin de no pasar por seis benditos.
Ya me entendéis. Ahora del salario
debemos de tratar. Doy tres escudos,
que quiero pagar bien y en numerario.

—¡Tres escudos no más! ¡Oh! ¡Tres escudos,
y al cocinero seis!...—¡Qué impertinencia!
Si hay maestros... ¡pues no!... y á dos escudos! ..

Monti (1754-1828). Es uno de los continuadores de la obra de Alfieri; y deben citarse también, para concluir este período, como prosistas, á **Juan Bautista Vico** (1668-1744), autor de *La Ciencia nueva*, ilustre pensador, uno de los padres de la filosofía de la historia moderna, y á **Beccaria** (1738-1794), insigne criminalista, que escribió un tratado sobre los delitos y las penas, que ha servido como evangelio para toda una falange de jurisconsultos, en las modernas doctrinas de criminología.

En el renacimiento romántico figuran, en primer término, **Hugo Fóscolo** (1778-1827), de padre veneciano y madre griega, que, nacido en Grecia, aspiró desde los primeros momentos el hálito del espíritu helénico.—Comenzó muy joven á seguir las huellas de Alfieri, pero bien pronto, al dejarse arrastrar en el torbellino político, surgió en él su propia personalidad literaria, que se muestra en su novela *Cartas de Jacobo Ortiz*, melancólica producción inspirada en «Werther», y en el poema patriótico *Los sepulcros*.—Combatió como soldado por la independencia de su país; fué enviado á Bonaparte por la República veneciana; destituído por Napoleón de su cátedra de Literatura en la Universidad de Pavía, y murió al fin en Londres desterrado por el Gobierno austriaco en la mayor miseria.—A él debe Italia, sin duda alguna, gran parte del despertar patriótico, que ha terminado con la formación de la unidad italiana en 1870.

Los sepulcros.—(Traducción de Menéndez Pelayo.)

Del ciprés á la sombra, en rica urna
consolada de llanto ¿es menos duro
el sueño de la muerte? Cuando yazga
yo de la tumba en el helado seno,
y no contemple más del sol la lumbre
dorar las mieses, fecundar la tierra,
y de hierbas cubrirla y de animales,
y cuando bellas de ilusión futura

no dancen ante mí las leves horas:
ni, dulce amigo, tu cantar escuche
que en armonía lúgubre resuena,
ni en mi pecho el amor, ni arda en mi mente
el puro aliento de las sacras Musas,
¿bastará á consolarme yerto mármol
que mis huesos distinga entre infinitos
que en la tierra y el mar siembra la Muerte?
Es verdad, Pindemonte: aún la Esperanza,
última Diosa, los sepulcros huye;
todo, el olvido en su profunda noche
presto lo oculta, y sin cesar girando
una fuerza invencible lo trasmuda,
y el hombre y sus sepulcros colosales,
y sus últimos restos y sus nombres,
de la tierra y el cielo borra el tiempo.
¿Mas no vive el mortal, cuando ya muda
es para él del mundo la armonía,
si puede alimentar dulces recuerdos
en los pechos amantes? La celeste
correspondencia de amoroso afecto
don es á los humanos otorgado:
por él vivimos con el muerto amigo,
y él vive con nosotros: la piadosa
tierra que en su niñez le alimentaba
le ofrece en su regazo último asilo,
y sus cenizas de la lluvia impía
y del profano pie guarda y defiende;
su nombre escribe en mármol, y con flores
de árbol amigo su sepulcro cubre
sobre él tendiendo bienhechora sombra.
.. ..

Leopardi (1798-1837). Los primeros años de la vida de Leopardi transcurrieron en una Biblioteca, aprendiendo por sí solo francés, inglés, español, griego y hebreo, dedicándose con amor á traducir autores clásicos; y amante de las antigüedades, se ocupó también en trabajos de esta índole.—Llegó á poseer de tal manera el griego que habiendo escrito una oda pindárica, se creyó auténtica.—Su infancia se deslizó atormentada por su defecto fí

sico de contrahecho y por la autoritaria rigidez de un padre que trataba de ofuscar sus aspiraciones liberales. La pobreza de su noble familia también contribuyó á desarrollar en él una tristeza constante que se tradujo en cierto pesimismo.—Sus odas, entre las cuales es modelo la dedicada á Italia, son admirables por el vigor de la entonación, la elevación del pensamiento y la robustez de la expresión, siempre feliz para la manifestación del concepto.—Muerto á los treinta y nueve años, su corta vida, sin embargo, fué suficiente para colocarle á la altura de los primeros poetas.

A Italia.—(Traducción C. Oyuela, de Buenos Aires.)

Veo ¡oh patria! columnas, simulacros,
arcadas, muros, solitarias torres
de nuestra clara estirpe: no la gloria,
no el hierro y los laureles que oprimían
á nuestros viejos padres. Débil, ora,
nuda enseñas la frente, nudo el seno.
¡Ay! cuánta, cuánta herida,
qué lividez, qué sangre. ¡Oh! cuál te miro
bellísima señora!
Yo increpo al mundo, al cielo:
decid, decid ¿quién á tan triste estado
la pudo compeler? ¡Oh, y aún oprimen
sus brazos las cadenas! Si, que suelta
la cabellera, y arrancado el velo
abandonada mora
por tierra, sin consuelo,
y, oculto el rostro en las rodillas, llora.
¡Llora, que harto has motivo, Italia mía!
En la suerte infeliz y en la fortuna
nacida á ser del mundo vencedora,
Fuesen tus ojos dos raudales vivos,
y aun no alcanzara el llanto
á lamentar tu oprobio y tu quebranto;
que fuiste reina un tiempo, y solo ahora
desventurada huérfana.
¿Quién sobre tí discurre,
que, recordando tu esplendor pasado

no diga: Grande fué, mas ya no es grande.
¿Por qué, por qué? ¿Dónde la fuerza antigua,
dónde las armas, la constancia, el bríc?
¿Quién te arrancó la espada?
¿Quién te vendió? ¿Qué afan, qué trama artera
bastó á tu poderío,
á arrebatarte el mando y la áurea banda?
¿Cómo caistes, cuándo
de tanta alteza á tan profundo abismo?
¿Nadie lidia por tí? ¿No te defiende
de los tuyos ninguno? ¡Un arma, un arma!
Yo sólo en la contienda
combatiré; sucumbiré yo sólo.
Concede ¡oh cielo! que mi hirviente sangre
ítalos pechos en su fuego encienda.
....

Después de estos dos poetas hablemos de dos prosistas ilustres:

Alejandro Manzoni (1784-1873). Nieto de César Bonesano (Beccaria), pasó algunos años en París en relación con talentos privilegiados en los salones de la viuda de Condorcet. Casó con la hija de un banquero convertido al catolicismo, y él mismo templó sus ideas un tanto volterianas, volviéndose ferviente católico.—Su novela *Los novios* ha sido tal vez el libro más popular en Italia durante el siglo XIX.—Sus tragedias nunca alcanzaron gran éxito; en cambio sus líricas siempre han logrado aplauso. La oda *Al 5 de Mayo* (la muerte de Napoleón I) se considera como una obra maestra.—La característica de Manzoni podría señalarse diciendo que es un espíritu sereno revelado en la tranquilidad de la novela antes citada, aun en las luchas hondas del corazón y en las contiendas de aquella sociedad. Alma simpática, siempre ha sido reverenciado en Italia, y la hermosura de su limpia dicción ha quedado como modelo imborrable de elocución correcta.

De **Los Novios.**—Cap. XXIX.—(Trad. de J. Nicasio Gallego.)

Aquí entre los pobres atemorizados hallamos algunos de nuestros conocidos.

Quien no vió á D. Abundio el día que se divulgaron de golpe todas las noticias de la entrada del ejército alemán, de su inmediación y de su conducta, no sabe bien lo que es apuro y espanto. «¡Ay, que ya vienen! son treinta, cuarenta, cincuenta mil; son demonios del infierno, arrianos; son herejes; han saqueado á Cortenova; han incendiado á Primaluna; están devastando á Introbio, Pasturo y Barsio; los han visto en Balabio, y mañana los tendremos aquí.» Estas eran las voces que corrían de boca en boca; y con ellas, ¡qué correr de arriba abajo! ¡Qué consultas tumultuosas! ¡Qué titubear entre irse y quedarse! ¡Qué juntarse las mujeres! y ¡qué tirarse de las greñas! D. Abundio, resuelto antes que todos y más que todos á huir de cualquiera manera á cualquier punto der efugio, veía obstáculos insuperables y peligros espantosos. «¿Cómo ir? exclamaba, ¿y dónde?» Las sierras, dejando aparte la dificultad de los caminos, no eran asilo seguro, pues afirmaban que los Lanziquenescos trepaban como gatos por ellas, como supiesen que había algo que robar; el lago iba creciendo, hacía mucho viento; además la mayor parte de los barqueros, temiendo verse obligados á conducir soldados ó bagajes, se habían retirado con sus barcas á la orilla opuesta; unas pocas que habían quedado salieron luego cargadas de gente, que se decía que con el peso y la furia del viento estaban expuestas á zozobrar á cada instante. Para ir lejos y fuera del camino que debía de tomar la tropa, no era posible hallar ni carruaje, ni otro medio alguno. A pie D. Abundio no hubiera podido llegar muy lejos, y además temía que le alcanzasen en el camino.

La frontera del territorio de Bérgamo no estaba tan distante que sus piernas no lo pudiesen llevar allá de un tirón; pero ya había corrido la voz de haberse despachado de Bérgamo á marchas forzadas un escuadrón de capeletes que contuviesen á los lanziquenescos é hiciesen respetar la frontera; además que aquellos eran diablos en carne humana, iguales ó peores que éstos. Atolondrado el pobre hombre, corría por la casa detrás de Perpetua para concertar con ella algún arbitrio; pero Perpetua, ocupada en recoger lo mejor de la casa y ocultarlo en escondrijos y agujeros, pasaba de prisa, preocupada y afanosa, con las manos y los brazos ocupados, y contestaba:

—Ahora, ahora, en cuanto acabe de esconder estas cosas, y luego haremos también nosotros lo que hagan los demás.

D. Abundio, sin embargo, quería detenerla para deliberar con ella acerca de los diferentes partidos que pudieran tomarse; pero Perpetua, entre la fatiga, la prisa, el miedo y la pesadez del amo, estaba más intratable que nunca. «Si los otros se ingenian—decía—nosotros tam-

bién nos ingeniaremos; perdonad, pero de nada servís, sino para empantanarme. ¿Creéis que los otros no tienen también su pellejo que guardar? ¿Vienen acaso los soldados á haceros la guerra á vos solo? Bien pudiérais echar aquí una mano en lugar de venir á metérseme entre los pies, gimoteando; á estorbar, en una palabra.» Con estas y otras semejantes respuestas se desembarazaba de él, estando ya resuelta, en cuanto concluyese aquella tumultuosa maniobra, á cogerle de un brazo como un muchacho y arrastrarle á una sierra. Dejado solo, se asomaba á la ventana, miraba, aplicaba el oído, y viendo pasar alguno le gritaba con una voz entre llorona y gruñidora: «Oye, tén la caridad de buscarle á tu cura párroco algún caballo, una mula, un borrico. ¿Es posible que nadie me quiera socorrer? ¡Qué gente! Aguardadme á lo menos, que me vaya con vosotros. ¿Querréis dejarme entre las uñas de esos perros? ¿No sabéis que casi todos son luteranos y es una obra meritoria para ellos el matar á un cura? ¿Querréis dejarme aquí á recibir el martirio? ¡Qué gente! ¡Qué gente!»

Pero ¿á quién decía todas estas cosas? A infelices que pasaban agobiados bajo el peso de su pobre ajuar, y con el pensamiento ocupado en lo que dejaban expuesto al saqueo, unos echando delante su vaquilla, otros trayendo detrás á sus hijitos también cargados con lo que según su edad podían, y su mujer llevando en brazos á los que no podían andar. Algunos seguían su camino sin responder ni mirar arriba, y otros contestaban:

—Señor cura, compóngase usted como pueda: ¡dichoso usted que no tiene familia en que pensar! Ingeniáos como todos lo hacemos.

—¡Desgraciado de mí!—exclamaba D. Abundio.—¡Qué gente! ¡Qué corazones! No hay caridad; todos piensan en sí: ¡nadie me hace caso!

Silvio Pellico (1789 1854). Fué redactor de *El Consejero*, periódico donde colaboraban Manzoni, Monti y Fóscolo; escribió también algunas tragedias sin importancia y el libro que le ha hecho pasar á la posteridad, intitulado *Mis prisiones*, en que narra con resignada dulzura los sufrimientos de diez años de reclusión como castigo político por haber tomado parte en un complot contra el Austria.

De *Mis Prisiones*.—Venecia. I. (Trad. Llausás).—Permanecí en aquel cuarto un mes y algunos días. Por la noche del 18 al 19 de Febrero (1821) disperté al ruído de candados y cerrojos; veo entrar á varios hombres con faroles, y la primera idea que se me presenta es que

vienen á asesinarme. Mas, en tanto que yo miraba perplejo sus semblantes, adelántase cortesmente el conde B... y me dice que me sirva vestirme pronto para marchar. Sorprendióme tal intimación y tuve la locura de esperar que me llevarían á las fronteras del Piamonte.—¿Sería posible que se disipase de tal suerte tan horrible tempestad; que recobrase la dulce libertad; que volviese á ver á mis queridos padres, hermanos y hermanas?—Estos halagüeños pensamientos agitáronme algunos instantes. Vestíme precipitadamente y seguí á mis conductores, sin ni siquiera poder despedirme de mi vecino. Paréceme haber oído su voz y sentí no poderle contestar.

—¿Dónde vamos?—dije al conde, al entrar en un coche con él y un oficial de gendarmes.

—No puedo decírselo á usted hasta que distemos una legua de Milán.

Ví que no se dirigía el coche hacia la puerta Vercellina, y quedaron desvanecidas mis esperanzas. Nada dije. Era la noche deliciosa y muy clara. Contemplando iba aquellas queridas calles por las cuales había discurrido tantos años muy feliz: aquellas casas, aquellas iglesias, todo me excitaba mil dulces recuerdos. ¡Oh, puerta Oriental! ¡Oh, jardines públicos que recorriera yo tantas veces con Fóscolo, con Monti, con Ludovico de Breme, con Pedro Borsieri, con Porro y sus hijos, con tantas otras personas queridas, llenos todos de vida y esperanza! ¡Ah! ¡cuán penible me era el haberos amado y amaros aún al pensar que era aquella la última vez que os veía, al observar la rapidez conque huíais de mis ojos! Cuando estuvimos fuera de la puerta, bajéme el sombrero y lloré sin ser visto.—Dejé que trascurriera más de una legua y después dije al conde B...—Supongo que vamos á Verona.

—Más lejos vamos—respondió:—vamos á Venecia, donde tengo que hacer entrega de usted á una comisión especial.

Viajamos por la posta sin detenernos, y llegamos el 20 de Febrero á Venecia. En el mes de Septiembre del año anterior, un mes antes de mi prisión, había estado en Venecia y asistido á un banquete de numerosa y alegre compañía en la fonda de la Luna. ¡Rara coincidencia! A la misma fonda me llevaron el conde y el gendarme. Uno de los mozos se estremeció al verme, observando (aunque el gendarme y sus dos satélites, que figuraban ser criados, iban disfrazados) que estaba yo en manos de la justicia. Alegróme el encuentro, en la persuasión de que anunciaría el mancebo mi llegada á más de uno.—Comimos y me condujeron en seguida al palacio del dux, donde residen ahora los tribunales. Atravesé los pórticos de las *Procuratie*, y pasé

por frente del café Florián, en el cual disfrutara tan alegres veladas el otoño pasado: á ningún conocido encontré. Atravesamos la plazuela... En ella el pasado Septiembre habíame dicho un mendigo estas raras palabras: — Se conoce que es usted forastero, señor; pero yo no puedo entender por qué todos los forasteros admiran ese sitio; para mí lo es de desgracia, y paso por él únicamente por necesidad.

—Le habrá á usted sucedido en él algún lance pesado.

—Sí, señor, un lance muy pesado, y no sólamente á mí. ¡Líbrele á usted el cielo, líbrele á usted.—Y marchóse apresuradamente. Volviendo ahora á pasar por allí, imposible era que no me acordase de las palabras del mendigo. Y en esa misma plazuela subí al año siguiente al catafalco en que se me leyó la sentencia de muerte y la conmutación de esta pena en quince años de estrecha reclusión *(carcere duro)*.

.....

Seguí silencioso al carcelero. Después de haber recorrido muchos corredores y salas, llegamos á una escalerilla que nos condujo á *los Plomos (i piombi)*, famosas prisiones de Estado desde el tiempo de la República Veneciana. Tomó allí apuntación el carcelero de mi nombre, y luego me encerró en el cuarto que me habían destinado. Los llamados *Plomos* son la parte superior del antiguo palacio del dux, enteramente cubierta de plomo.

José Garibaldi. El famoso general que asombró al mundo con sus atrevimientos revolucionarios, fué modelo en las sobrias arengas militares de felicísima frase, y ha legado al mundo en sus *Memorias* un relato interesante y conmovedor escrito en estilo romántico, que bien merece un lugar entre los prosistas del último renacimiento italiano.

Memorias.—*La expedición de los mil.*—¡Oh, mil!... en estos tiempos de miserias vergonzosas hace bien al ánimo acordarse de vosotros... El alma se siente elevada por cima de la mal oliente atmósfera de ladrones y vendidos, pensando en que si la mayor parte de vosotros ha sembrado los huesos sobre los campos de batalla de la libertad, quedaban todavía bastantes para representar la legión gloriosa, presta siempre á demostrar á los orgullosos detractores que no todos son traidores y cobardes... «donde hay hermanos que se baten por la libertad ¡italianos! es preciso acudir», decíais, y habéis acudido sin pre-

guntar si eran muchos los enemigos, si había pocos voluntarios, si los medios bastaban para la atrevida empresa. Acudíais desafiando los elementos, el sufrimiento, los peligros... En vano el borbón (Francisco II, rey de las dos Sicilias), con sus numerosos bajeles cerrando en círculo de hierro la trinaquia, impaciente del yugo, cruzaba en todos sentidos el mar Tirreno para precipitaros en sus abismos. ¡En vano! ¡Vogad, vogad siempre argonautas de la libertad! Allá abajo, en los confines del horizonte meridional, resplandece un astro que no os permitirá perderos, que os guiará al cumplimiento de la grande empresa: el astro que guiaba al gran poeta de Beatriz, que guió á los grandes hombres que le sucedieron en lo más profundo de la tempestad: la estrella de Italia! ¿Dónde están los navíos que fueron á buscaros á Villa-Espínola y que os condujeron á través del mar Tirreno al puertecillo de Marsala? ¿Adónde? Quizá se han conservado por los celos y designado á la admiración de los extranjeros y la posteridad como símbolo de la más grande y de la más gloriosa empresa de los italianos. ¡Ay, no, han desaparecido! ¡La envidia y la cobardía de los que gobiernan Italia han querido destruir esos testigos de sus vergüenzas! Unos dicen que fueron destruídos en premeditados naufragios; otros suponen que se pudren en el fondo de los arsenales, otros afirman que se les vendió á judíos como viejas vestiduras. Vogad, vogad, no obstante, y sin temor, y *Piamonte* y *Lombardía* (barcos que transportaron *los Mil* á Marsala), nobles bajeles de la noble tropa, la historia se acordará de vuestros nombres ilustres á pesar de la calumnia; y cuando los supervivientes de *los Mil*, los que haya ahorrado aún el tiempo, sentados en el rincón del hogar cuenten á sus nietecillos esta fabulosa aventura en que tuvieron el honor de ser partícipes, recordarán á la juventud asombrada los nombres gloriosos de cuantos compusieron la intrépida expedición. Vogad, vogad, porque lleváis en vuestro seno á *los Mil*, alrededor de los cuales se agrupará el millón... qué hermosos eran *los Mil*, Italia mía, luchando contra los bandidos que ostentaban dorados uniformes y que corrían ante ellos como amedrentados rebaños! ¡Qué hermosos, vestidos con los variados trajes de los talleres, como les sorprendió la llamada de la trompeta del deber! ¡Aquí la levita del estudiante, allí la blusa del albañil!...

La literatura patriótica, que lucha por la independencia nacional y por la formación de la unidad de Italia, cuenta entre sus huestes, entre otros, á **José Giusti** (1809-1850). Es uno de los

primeros poetas populares, que en forma de ligera sátira á veces, y violento sarcasmo en ocasiones, escribió contra la dominación austriaca. Sus sonetos y sus cartas son también muy dignos de estima.—La pasión le llevó á la enemistad contra algunos de sus contemporáneos.

El Embaucador del pueblo.—1848.- Se dice fué escrito en contra de Guerrazzi. (Traducción de H. G. de los R., Bolonia, 1874.)

Salmista, apóstol del engaño, ateo;
por vil y por abyecto se le huye;
maestro que negando sólo, arguye;
manco al hierro, centímano al saqueo.
Bajo el manto de estoico macabeo,
late podrido corazón, do afluye
eternamente el mal, y que destruye
la verdad por envidia y ruín deseo.
Mísera larva de baja dictadura,
todo trunca, y se halla su cabeza
preñada de sofístico marasmo.
Fecundidad del mulo á quien Natura,
fuerte dió el casco y la brutal rudeza,
y únicamente el sexo por sarcasmo.

Francisco de Guerrazzi (1805-1873). Dirigió todos sus poemas á excitar el sentimiento público y sacudir Italia. Es tal vez el más político de todos los poetas de este tiempo. También escribió novelas en idéntico sentido.

Del agitador **José Mazzini** también se conservan escritos de intención revolucionaria y estilo romántico declamatorio; del marqués **Máximo de Azeglio** algunas novelas en que imita el estilo de su suegro Manzoni; **Rosmini** es un filósofo de la escuela espiritualista, pero que ya preludia el cultivo de la *Psicología* experitmental moderna; la fama de **Gioberti** nace de su *Teórica*, en que trata de establecer la armonía entre la civilización y el dogma.—Sus doctrinas estéticas han estado y aún están de moda entre ciertas escuelas modernas.

El conde **Terencio Mamiani** (1800-1885), procuró también

buscar alianzas entre la ciencia y la fe y entre la experimentación y el idealismo. Cultivó la poesía al par que la Filosofía y el Derecho. Fué ministro más de una vez; y su último puesto, catedrático de la Universidad de Roma, después de hecha la unidad de Italia. —Á sus interesantes lecciones de Filosofía de la Historia asistía numeroso público, y el que estas líneas escribe se honra con haber formado parte de él.—La amenidad de su estilo atraía también al auditorio muchas señoras.—Dirigía una revista filosófica, era miembro de varias sociedades de Europa y profesor honorario de la «Institución libre de enseñanza» de Madrid.

De mayor renombre que los escritores del grupo anterior goza **César Cantú** (1807-1895), autor de la *Historia Universal*, que le ha dado justo renombre, habiendo sido traducida á diferentes idiomas.—Se ensayó en todos los géneros, singularmente en el drama y la novela, y puede considerarse como su última obra la *Historia del Concilio Vaticano*. El sentido político de su historia es liberal moderado, y sus creencias, las de sincero católico.

Se ha de citar, por último, entre estos pensadores contemporáneos á **Rogerio Bonghi,** que nació en Nápoles en 1827.—Acerado polemista, su vibrante estilo le llevó en la política á ocupar el Ministerio de Instrucción pública en 1874, después de brillantes campañas en la prensa y de haber desempeñado la cátedra de Historia en algunas Universidades de provincias; terminando, por último su carrera del magisterio en la *Sapiencia* romana. Su iniciativa se demostró cumplidamente en las reformas de la legislación de enseñanza, donde tuvo ocasión de conocerlo el autor de las presentes líneas, con motivo de la comisión oficial que desempeñara para estudiar la organización de la instrucción pública, y especialmente la Secundaria, en el reino italiano.—Para muestra de su estilo, transcribimos dos trozos de sus obras sobre Pío IX y León XIII.

De *Pío IX y su sucesor*. (Trad. de H. G. de los R.) – El Papa, próximo á la muerte llama á su alrededor á los Cardenales, hace ante ellos su profesión de fe, el testamento, y escoge el lugar de su sepultura, pide perdón de sus faltas, recomienda á los familiares, y declara los débitos contraídos por la Iglesia para que el sucesor los satisfaga,

revela el lugar donde hubiera colocado el tesoro y las alhajas; les alienta para mantener la paz y amistad, y cuando crea y quiera, les aconseja sobre la elección del sucesor, después de lo cual les bendice y despide. No quedan desde este momento cerca de él sino los confesores, los camareros y los prelados domésticos. Cuando se aproxima la muerte recibe los Sacramentos. En su estancia hay un crucifijo con dos velas de cera. Apenas principiada la agonía, un prelado doméstico le coloca el crucifijo ante los ojos, dándosele á besar varias veces. Llamados los penitenciarios, recitan el oficio de difuntos y los salmos penitenciales, hasta que el Papa exhala el último aliento.

De *León XIII y la Italia.* (Trad. H. G. de los R.)—¿Cuál es el pensamiento de León XIII? ¿Cuál su concepto sobre los tiempos en que ha sido exaltado al solio pontificio y sobre las condiciones de la Iglesia que ha de regir? Digámoslo con sus mismas palabras:

«Los tiempos se suceden corrompidos y corruptores. La civilización en vez de adelantar marcha hacia atrás, y abandona medrosa cuanto había conquistado paso á paso merced al Cristianismo. Pues qué, ¿es signo de dulces costumbres el odio y la envidia que invaden el ánimo y progresa cada día en los miserables y desprovistos de bienes materiales contra aquellos que los poseen en abundancia? ¿Son pruebas de sentimientos paternales y amorosos estos rugidos que suenan en nuestros oídos? ¿Son plácidos y edificantes ejemplos los duelos que se suceden con lamentable frecuencia en los cuales por fútiles y á menudo inícuos y vergonzosos motivos se arma la diestra de fratricida acero, encomendando no al venerando ministerio de la justicia pública, sino á la sangre fría, á la destreza, á la agilidad, al acaso, la reparación de faltas verdaderas ó supuestas? ¿No empezamos á convertirnos de nuevo en bárbaros, aún peleando con furur por la civilización?»

(De *Id.*).—El obispo de Perugia discurre sobre la ciencia con más entusiasmo que ella misma Resumidas sus muchas y bellas palabras en breves y pocas, se debe decir que él cree que la ciencia es una vía gloriosa y fatigosa, por la cual el hombre se coloca por sí mismo en aquellas felices condiciones señoriales respecto de la naturaleza en que el pecado le hizo caer: el pecado original no imputable á ninguno determinadamente, sino á toda la humanidad. La ciencia en su opinión, es una grande y fructífera expiación que empieza con el hombre abandonado á sí propio, y se cumple con la humanidad misma. ¿No debe parecer amplio y magestuoso este concepto aun á aquellos que niegan la verdad teórica del estado de gracia y de la caída del mismo?

Josué Carducci, nacido en 1836, es profesor de la Universidad de Bolonia hace años, donde luce sus dotes críticas en el juicio de la Historia de la Literatura.—Sus *Odas bárbaras* están escritas en una forma métrica nueva, inventada por él, que ha constituído escuela, y que, salvando las fronteras, han llegado á ser aplaudidas en toda Europa.—Sus principales obras son: su colección de poesías titulada *Juvenilia*, sus escritos de historia y sus trabajos de polémica titulados *Confesiones y batallas*.

José Carle, uno de los varios jurisconsultos notables de la Italia contemporánea, profesor de Derecho en Turín.—*La Vida del Derecho*, 2 tomos en 4.°, traducción castellana de G. Flórez Llamas y H. Giner de los Ríos).—De los antropólogos y criminalistas **Lombroso, Mosso y Ferri,** también hay varias traducciones castellanas de Pérez Oliva, Dorado, Madrid Moreno, etc.

Edmundo De Amicis, nacido en 1846, entró en la escuela militar, sirviendo en el Ejército italiano desde 1863 á 1871, en que pidió su retiro para dedicarse por completo á la literatura.—Empezó su fama por sus *Bocetos* militares, y fué confirmada en sus *viajes*, que es en el género en que ha rayado á mayor altura.—También ha escrito novelas y delicadas poesías.—La obra total de su vida reviste una importancia extraordinaria, aunque aparentemente sea modesta; pues su labor se ha dirigido sucesivamente á hacer simpáticos determinados órdenes de la vida pública, poniendo al servicio de tan alta idea la bella literatura. Así, por ejemplo, en los cuadros de la vida militar hace simpático y hasta adorable el soldado italiano del Ejército nacional; en sus libros sobre los maestros y los discípulos llama la atención de su país hacia los niños y los preceptores para corregir vicios de la educación pública ó de la organización oficial; al pintar costumbres de los países que recorre, señala en estilo ameno, lo cómico que existe en los usos é instituciones, con lo que enseña y corrige sin pedantescas teorías; finalmente, aliado en estos últimos años á la causa del partido socialista en la tendencia de los filántropos, encamina la opinión pública con una dirección moral, hacia la reforma de las leyes y de los hábitos sociales. —El desinterés con que ha llevado á cabo su misión literario-social, es digna del ma-

yor aplauso, tanto por los méritos de la forma, cuanto por la intención del pensamiento.—Amicis llegó á comandante en el Ejército, y después se ha negado á ocupar cargos públicos, renunciando la investidura de diputado.—Casi todas sus obras han sido traducidas al castellano, por el que escribe estos renglones, en 27 volúmenes.—Hé aquí algunos trozos de diferentes géneros:

... el amigo «domador» nos domina, naturalmente, sin quererlo y sin abusar de su superioridad lo más mínimo, lo cual aumenta al par su dominio y nuestra sumisión. Este suele ser por mucho tiempo un enigma para nosotros; no conseguimos descubrir, sino después de una larga experiencia, la razón de su superioridad; ¿en qué nos es superior?; no tiene ni más inteligencia, ni más cultura, ni más corazón, ni más astucia, ni más audacia, ni más fortuna que nosotros. Tiene una sola cosa: es rigurosamente lógico en todos sus actos y en todas sus palabras... En una hora de conversación, sin decir él ni veinte siquiera y afanándonos nosotros con mil charlatanerías para hacernos valer, descubrimos con torpeza nuestros puntos flacos, de los cuales, viéndolos todos de un golpe, aunque demasiado tarde, quedamos avergonzados y corridos. No hay manera de cogerlo desprevenido, de sorprenderlo en una ridiculez ó en una indiscreción. Está siempre en guardia... si alguna vez cae en error y nos complacemos en mostrárselo para humillarlo, nuestro placer se frustra al instante al ver que rectifica espontáneamente... sin sombra de disgusto, y acabamos por avergonzarnos nosotros en vez de él, echando de ver que no se le ha escapado nuestra maligna complacencia: nuevo indicio de inferioridad, á la que no sabemos resignarnos.—(*Los Amigos*, edición ilustrada.—Barcelona, 1899, traducción de H. Giner de los Ríos.)

Los prófugos polacos (de los *Recuerdos de la infancia*, traducción de Germán Flórez Llamas).—Alguna vez «cerraba» mis discursos con una invocación á Europa en pro de Polonia, donde había estallado en Enero, aquella desesperada insurrección, que se prolongó hasta el invierno de 1864, y fué luego sofocada, como las tres precedentes, en un mar de sangre heroica. Excitaba mi elocuencia la vista cotidiana de muchos jóvenes polacos, alumnos de una escuela militar de Varsovia, que, después de la revolución, se habían refugiado en Italia, viniendo á establecerse en nuestra ciudad, para esperar allí ocasión y manera de volver á combatir por su pueblo...—De muchos de aquellos jóvenes predestinados á la muerte, conservo su imagen todavía en

la mente, que siempre se me presenta acompañada del sonido armonioso de su lengua, de la cual recogía con curiosidad alguna palabra, al pasar al lado de los grupos que formaban, comentando las noticias periodísticas de la guerra santa que les esperaba. Recuerdo especialmente á uno, que ninguna convecina mía de aquel tiempo puede haber olvidado: la figura más bella y más poética que haya podido soñar una joven enamorada: una cara que parecía arrancada de un cuadro de fray Angélico, coronada por una maravillosa cabellera rubia, y de una expresión triste y dulcísima, jamás iluminada por una sonrisa, á la cual correspondía la gracia del cuerpo: alto y ágil, un poco encorvado, como por efecto de un crecimiento demasiado rápido, porque apenas tenía, según decían, diez y siete años; una perfección de belleza y de elegancia femenina; austero, sin embargo, y que parecía aún más delicado frente á los otros fuertes hijos del Vístula, entre los cuales acababa su desenvolvimiento en tierra extraña.

Sevilla.—Soneto.—(Trad. de H. G. de los R.).

Bellas casitas, blancas, cinceladas,
vistas como al través de una neblina;
patios do la columna alabastrina
luce tras de cancelas enarcadas.
Calles alegres siempre perfumadas,
do canta en el azahar ave divina;
y del balcón, oculta la cortina
las mujeres de boca y pies de hadas.
Entonan sin cesar plácido coro
las flores, al besarlas el ambiente;
reina del Mediodía sonriente,
esa es Sevilla: la ilusión del moro,
la madre de Murillo y de Trajano
la del límpido azul cielo africano.

Los Emigrantes.—(Trad. de H. Giner de los Ríos.)

Apagada la vista, el cuerpo inerte,
estenuados, de aspecto triste y grave,
estrechando la esposa el brazo, fuerte,
ascienden á la nave
cual se sube al tablado de la muerte.

Cada cual contra el pecho firme cierra
cuanto posee mísero en la tierra:
aquel un bulto, el otro un tierno infante
que al cuello se le aferra
temiendo al mar, que muge resonante.
Suben á bordo en larga fila, mudos;
y en sus semblantes rudos
de desolado llanto humedecidos
aún por los saludos
al país en el cual fueron nacidos,
la mirada reluce, que, funesta
sobre Génova todos tienen puesta
con estupor profundo,
como sobre una fiesta
la vista fijaría un moribundo.
Ora cruzan el líquido elemento
á proa, combatidos por el viento;
van á tierra lejana
en busca del sustento
que la patria cruel niega inhumana.
Por traidor mercader van engañados
como objeto de escarnio al extranjero:
bestias de carga, ilotas despreciados,
carne de pudridero
que alquiló por vil precio el usurero.
¿Adónde irán? A la región incierta
en la cual tanta gente quedó muerta;
como el mendigo ciego vagabundo
llama de puerta en puerta
ellos errantes van de mundo en mundo.
Van con sus hijos como gran tesoro;
por capital, una moneda de oro
fruto vil de sudores;
y las mujeres van con hondo lloro
heridas del dolor de los dolores.
Y á pesar de la angustia de tal hora
cada uno á su patria fiel adora,
aman, no obstante, el maldecido suelo
que sus hijos devora,
donde uno goza y mil claman al cielo.

.....

Del fraternal cariño atad el nudo,
á los niños cuidad del cambio rudo,
repartíos el pan, ropas, dinero,
como un haz, al sañudo
embate, resistid del extranjero.
¡Y que os consienta Dios cruzar los mares
y ver de nuevo vuestros pátrios lares:
todavía encontrar de las desiertas
moradas, sin pesares,
los padres esperándoos en las puertas!

En 1863 nace en Pescara **Gabriel de Annunzio,** poeta, novelista y autor dramático, el más discutido, y que se ha hecho una reputación más grande en el menor número de años posible.—Por mucho que se le disputen sus cualidades, por poco simpática que sea á la generalidad la tendencia de sus escritos, por discutible que aparezcan sus ideas y sus procedimientos literarios, se ha de reconocer una originalidad manifiesta en el autor de tantos brillantes trabajos.—No puede recomendarse la lectura de la mayor parte de los escritos de Annunzio, porque no todos se encuentran exentos de lunares atrevidos para correr en manos de toda clase de personas. De él se ha dicho que ha pasado en su caprichosa y móvil personalidad desde un sensualismo violento á un simbolismo místico en que el amor hacia la belleza reviste una especie de grandeza religiosa.

Actualmente la producción literaria d Italia es tan abundante, que se cuentan más de seiscientos escritores de nota, entre los que figuran como dramáticos aplaudidos **Cossa, Giacosa, Verga, Fogazzaro** y **Montecórboli.**—Del último tradujo y arregló á la escena española el autor de estos renglones (en colaboración con D. J. Contreras), su aplaudida obra *A tiempo,* estrenada con éxito.

Cerraremos Italia, dedicando cuatro palabras á **León XIII** —(1810)—escritor tan correcto y filosófico en prosa, como clásico y gallardo en sus composiciones en verso.—Del latín han sido traducidas al castellano varias de sus poesías por el malogrado profesor de la Universidad de Valencia D. Juan Quirós de

los Ríos.—*(Poestas latinas del Pontífice,* en el libro *León XIII, y la Italia,* antes citado).—Hé aquí una Elegía y su *Autobiografía:*

ELEGÍA Á LUIS ROTELLI

Si suenan mis acentos suaves en tu oído,
si inspírame estos versos tu genio creador,
acoge, ¡oh gran Rotelli!, cual lauro merecido,
los votos y alabanzas de aqueste tu pastor.

Cuando á Carmelo elogias arrebatado al mundo
por Parca cruel tras dura feroz enfermedad;
cuando al varón insigne, por su saber profundo
ensalzas en sus grandes virtudes y piedad;

Y el majestoso aspecto que la ínfula sagrada
prestábale, sus blancos cabellos al ceñir,
y sus costumbres puras, y su bondad probada,
su genio, sus estudios, su plácido decir

memoras, y le pintas ejemplo fiel de sabios
prelados, que ninguno jamás llegó á exceder,
el auditorio inmóvil, pendiente de tus labios,
de tu palabra admira el mágico poder.

Y yo, principalmente, de encanto deleitoso
alegre siento entonces henchido el corazón,
al recordar los días que niño candoroso
te acaricié en mi seno con íntima efusión.

Besaba entonces leve tu róseo semblante
el aura sonriente de la primera edad
y al contemplar tu viva mirada rutilante
tu aspecto y tu venusta gentil vivacidad:

Crece—exclamé:—felice, ¡oh niño!, marcha solo
do llévente tus gustos y tu genial amor,
y baje del empíreo con el laurel de Apolo
la Musa á coronarte con su preciado honor.

Las ciencias más abstrusas, la vívida elocuencia
ufánense contigo, su alumno sin igual,
y cuando á sazón llegue tu clara inteligencia
ofrézcale Sofía su puro manantial.

Ella á sufrir enseña del mundo los azares,
los firmes caracteres los forma ella también;
tu guía siempre sea por donde caminares,
hasta que el cielo ciña tu esplendorosa sien.

LA MUSA HABLA AL POETA

¡Cuán felices los años transcurrieron
de tu florida edad! ¡cuán sonriente
los pátrios lares y el Lepin te vieron!
Vetulonia en su seno dulcemente
te acogió niño aún, do el claustro amado
del gran Ignacio iluminó tu mente.
Mas pronto fuiste de su luz privado,
y ni el palacio de los Muti luego
te dió, ni la Academia, el pan ansiado.
Manera fué quien disipara al ciego
las nieblas, al llevarle generoso
de vivífica luz á ardiente fuego
Por él y aquel Senado tan famoso
bebiste en fuente pura, de Sofía
y de Dios el principio misterioso.
Roma al fin sacerdote te ve un día
y ve á Temis también ceñir tu frente
con el laurel que á la constancia fía.
A nuevos horizontes sabiamente
llévate luego Sala, del Romano
Sacro Colegio púrpura esplendente.
Aquel ilustre venerable anciano
de su saber tu pensamiento inflama
con su elocuencia y su consejo sano.
La bella Partenope á sí te llama,
Benevento después, do á los Hirpinos
riges prudente, y por doquier te aclama.
Y aclámante también los Perusinos
con gozo inmenso, y la vivaz Umbría
mira el numen en tí, de sus destinos.
Triunfos, empero de mayor valía
aún te aguardan: la Sede, consagrado,
al bélgico confín, Nuncio te envía,
do de Pedro el depósito sagrado
y de la fé católica, á tí fuera
por el Pastor Supremo confiado.

....

XVIII.—Alemania.

El estudio de la literatura alemana debe seguir al de la italiana por el enlace histórico y de dependencia sucesiva que pasa de la lengua latina, con los influjos naturales que recibe también en determinadas épocas, de los trovadores provenzales.—Es el alemán acaso el idioma más rico y privilegiado, por el número de raíces primitivas y la facilidad de combinarlas, á causa de lo cual no abundan en él palabras monosilábicas.—Por su contextura se asemeja al griego; de origen indo-europeo, nacen de este tronco cuatro ramas: la gótica, el bajo alemán, el alto alemán y las derivaciones de otras lenguas del Norte. Carece de la elegante concisión del francés, de la armonía del italiano y de la poética complexión varonil del castellano; pero en cambio es más enérgico y flexible que todas las lenguas latinas. Por su naturaleza es muy apropiado para la filosofía, y por su abundante diccionario y su fácil formación de neologismos son los alemanes los mejores traductores del mundo.—Como es el idioma, es el pensamiento alemán: profundo, sobrio, exacto y apropiado para la manifestación de los más tenues matices del espíritu humano. También por estas mismas condiciones de la lengua está muy trabajada para la filosofía, y es muy adecuada al mismo tiempo para la poesía lírica y para la épica en las formas de elocución narrativa y descriptiva. En cambio, ni el drama, ni la novela, ni la oratoria alcanzan el desenvolvimiento y la importancia que en los países latinos.

Piensan algunos críticos que la literatura alemana debe dividirse en dos grandes períodos: uno, desde los tiempos más antiguos de la Edad Media hasta fines del siglo XIII, en que adquiere su completo desarrollo, y otro, que abarca los siglos XVI, XVII y XVIII y alcanza hasta nuestros días.—Otros en cambio la dividen

en cinco períodos: 1.°, desde los tiempos más antiguos hasta el siglo XIII; 2.°, desde este florecimiento hasta su decadencia, á fines del XV; 3.°, desde la reforma de Lutero hasta el clasicismo francés; 4.°, el siglo de oro, que empieza á principios del XVIII y concluye á mediados del XIX, y por último, el 5.° período, que es la literatura después de Göthe y su influjo hasta nuestros días.— Nosotros procuraremos atemperarnos á la división que establecimos para Italia y que en realidad no discrepa de las anteriores.

El primer monumento escrito en el alemán de la primera clase antes mencionada es del siglo IV, porque las demás manifestaciones en lengua vulgar carecen de importancia.—Los monjes escriben obras en el siglo XI, más bien imitando clásicos latinos que produciendo con verdadera originalidad. También traducen producciones literarias latinas. Á fines de este siglo comienza á agitarse Alemania con estremecimientos guerreros entonando cantos bélicos de otros tiempos que dan vida al poema épico. Á él pertenecen el libro de los héroes (Heldenbuch) y las fieras leyendas de los Nibelungos y Gudrun.

Inmediatamente, después, aparecen las narraciones caballerescas que surgen á la par en varios puntos de Europa y que son calificadas con el nombre genérico de libros de caballería y aquí con el de novelas de *la tabla ó mesa redonda;* y la poesía religiosa nace á la vez. — Sigue tras ésta la falange de los cantores de amor, ó trovadores *Minnesinger,* cuyas composiciones dicta la imaginación para recreo de los señores y de los poderosos.—Venidos á la vida pública con la constitución de las municipalidades, burgueses y campesinos, se forman las agrupaciones poéticas de los *Meistersinger,* maestros cantores, fundando así en los siglos XIV y XV una literatura popular enfrente de la anterior, erudita, con tendencias satíricas: para burlarse de aquella poesía falta de naturalidad; y de igual modo, se cultivan en el teatro géneros análogos. Los nombres de Brandt y de Hans Folz señalan estas tendencias.

La personalidad de Lutero domina por completo el período del renacimiento y la reforma.—Á la vez que derriba creencias, establece con fijeza la lengua pátria, como tendremos ocasión de

ver más adelante.—La filosofía propia de este movimiento se tradujo en Zuinglio y Melancthon, en tanto que el célebre zapatero Hans Sachs llenaba la escena con su fecundo númen poético y oradores, novelistas é historiadores figuran tras los grupos, capitaneados por Hutten, Arndt y Goetz de Berlichingen, inmortalizado por Göthe.

La guerra de *los 30 años* fué para Alemania, desde el punto de vista literario, completamente desastroso. Todo este período es de imitación del exterior sin gusto alguno y de empobrecimiento de la lengua con su impurificación. Los espíritus superiores en la filosofía y las ciencias sociales, como Leibnitz y Grocio, escribían en latín ó francés, y aún los que cultivaban la lengua vulgar, copiaban el estilo extranjero, especialmente francés.—Dos escuelas ensayan la restauración de la lengua y la literatura: la escuela de Silesia y la de Nurenberga.—En 1740 dos suizos despiertan tendencias nacionales con originalidad, y un hombre insigne, Klopstock, se pone á la cabeza de la dirección renovadora. Unidos á él Lessing y otros, se crea una nueva era de la literatura productiva y crítica en Alemania; y á partir de entonces son innumerables los autores que van apareciendo en todos los géneros, ofreciendo á porfía obras maestras en la época que se ha llamado *edad clásica moderna alemana*.

El romanticismo cuenta inmediatamente después con figuras de primer orden, como los dos Schlegel, con poetas patrióticos como Koerner; y la escuela de la joven Alemania, bajo la inspiración de Heine, ocupa una veintena de años en ese período revolucionario del 30 al 50 durante el siglo XIX. En Austria hay nombres insignes, como los de Grun y Lenau.

La ciencia y la erudición, como antes la filosofía y el teatro, ocupan la segunda mitad del siglo, haciendo de Alemania la primera nación intelectual del mundo. Y así como Göthe y Schiller son las dos personalidades más salientes de la poesía y Kant el primer pensador de la filosofía moderna, la crítica y la historia, la novela y la lírica, todos los géneros en fin, han sido desenvueltos con un maravilloso empuje que ha asombrado á todas las naciones, y cuya emulación ha producido un verdadero renacimiento en Francia, en Inglaterra, en Italia y en todas partes. En nuestros

días, muy recientemente, un pensamiento pesimista cunde entre las escuelas de exaltado socialismo, que se refleja, no sólo en los que cultivan la literatura didáctica, si que también en los que dan vida á las bellas letras. Y tal es, por último, la exuberancia intelectual de este pueblo, que ni siquiera la sujestiva preocupación del ejército, ni la obsesión por la hegemonía militar del mundo, ha conseguido borrar su intensa labor en todos los órdenes.

Así como en la literatura provenzal fueron los cantores primitivos los *trovadores*, y en la escandinava, según veremos, los *escaldas*, fueron los *bardos*, entre los germanos: y los asuntos cantados mediante esta primitiva poesía, se referían á las tradiciones de los pueblos bárbaros al principio y á las creencias de sus dioses; y más tarde á una mitología pagana que se mezcló ó atemperó á las leyendas y aun á ciertos asuntos cristianos que empezaron á introducirse por los monjes, que en el siglo IV procuraban la conversión de los pueblos del Norte. Las leyendas históricas primeras se refieren al rey Teodorico.—Puede decirse que empiezan en el siglo IV las primeras manifestaciones escritas que se conocen, lengua que se pierde en el siglo IX. En el V, VI y VII permanecen estas poesías primitivas guerreras. En el VIII se escribe el himno de *Hildebrando*. En el X, y en parte de los siglos XI y XII, resucita la poesía latina por monjes, de lo que son ejemplos Ekkehard y la Rosvita. En el XIII, en fin, llega el gran momento de la formación del poema nacional con los Nibelungos, no sin estar acompañado, como ha ocurrido en otros países y tiempos, de poemas burlescos, que en Alemania, como en Grecia, son de asuntos de animales.—Preceden obras profanas y religiosas de escasa importancia á la formación de la que puede llamarse epopeya popular, distruibuída en el canto de los Nibelungos y en Gudrun, quizás ambos poemas de las segunda mitad del XII y retocados ó completados en el siglo XIII. Se ha atribuído el poema de los Nibelungos á Enrique de Osterdingen, sin que pueda admitirse sin reserva esta opinión; siendo más general la de que hasta el día se ignora el autor. El de Gudrun tiene menor importancia, no habiéndose generalizado tanto, al menos.

Existen tres círculos principales que han servido en la Edad Media de asunto á los poemas caballerescos. Estas ficciones é historias legendarias giran alrededor de las tradiciones de héroes, más ó menos reales. Y todos los pueblos del Norte, influídos por las leyendas distintas de los bárbaros, presentan, con caracteres semejantes, poesías parecidas.—Estos tres círculos lo forman: el primero los hechos de godos, francos y borgoñones, que dan argumento á los Nibelungos y á otros libros de héroes; el segundo tiene por asunto á Carlo Magno y sus expediciones, mezclándose en este punto leyendas cómicas en tales poemas; y el tercer círculo se refiere á las historias, ya más auténticas, del rey *Arturo* y de la *mesa redonda*.

Así como en Italia los godos hablaban el mismo dialecto ó lengua gótica que los establecidos á las orillas del Danubio (haciendo Teodorico que se cultivase por igual este idioma y el latín), tienen hacia el Norte los pueblos bárbaros probablemente un mismo centro y una misma lengua, de donde parten las tres direcciones que han de constituir los tres círculos antes nombrados; y así, en la Germania septentrional, en Sajonia y en Suecia es probable que se escribieran todos los poemas heróico-históricos con caracteres *rúnicos*. Este alfabeto, tal vez á juzgar por las inscripciones encontradas en las más apartadas regiones á que llegaron los godos, prueba que era común á todas ó casi todas las naciones de la antigua Germania, y es probable que no recibieran semejante escritura los pueblos del Norte de griegos ni romanos, sino de los fenicios, en cuyas manos estuvo todo el comercio del Báltico. Y andando el tiempo, si en un principio pertenecía esta escritura únicamente á las asociaciones sacerdotales, vinculando así el saber entre privilegiados, luego se tradujo y extendió á escritura común y vulgar, con lo que se esparcieron y generalizaron las manifestaciones poéticas.—El alto alemán parece probado que, con el provenzal, han sido las dos lenguas que más pronto se desarrollaron de cuantas en la Europa moderna nacieron de los idiomas romano y germánico; que del italiano, el español y el francés septentrional el que más se aleja del latín es éste; y que el inglés es el más joven de estos idiomas europeos.—Inútil

es añadir que el influjo de las cruzadas fué decisivo, en la formación de todos los poemas de la Edad Media que hemos encontrado y seguiremos encontrando en cada pueblo.

El poema nacional de Alemania lo constituyen los Nibelungos, nombre tomado de una familia noble y poderosa de la antigua Borgoña; su asunto, envuelto en las tinieblas por espacio de algunos siglos, ha sido puesto en claro con completa precisión á fines del siglo XVIII. El argumento del poema no es otro que la lucha de los Burgondas (borgoñones), y en particular de la familia citada contra el rey de los Hunnos, Etzel (Atila). Supónese que los acontecimientos que narra el poema, se remontan al siglo V, realizándose á las orillas del Rin en la frontera del Austria y la Bohemia. —Hé aquí como describe el asunto Bouchet.—Había en Worms, en el Rin, tres príncipes; Sigfrido vino á la corte de ellos, que era el héroe que había conquistado el tesoro de los Nibelungos; este príncipe Sigfrido se había bañado en la sangre de un dragón que lo hacía invulnerable y había conquistado la capa ó manto mágico que lo hacía invisible; se enamora de Crimilda hermana de los tres príncipes, y pide su mano. Gunter, que es el Jefe de la familia, está dispuesto á concedérsela á Sigfrido, porque éste acaba de salvarles de la invasión de Sajones y Daneses; pero le pone por condición que ha de hacerle á su vez conquistar á Brunilda, reina de Islandia; la cual, dotada de prodigiosa fuerza, no debe tener por esposo sino á aquel que la venza en singular combate; hasta entonces todos sus pretendientes han sido vencidos por ella, habiéndoles cortado la cabeza.—Ambos príncipes marchan á Islandia; Brunilda sería feliz dejándose vencer por Sigfrido, pero éste no aspira á su mano, viéndose por tanto obligada á aceptar el combate con Gunter.—Emprendida la lucha, Gunter vence, aunque no por sus propias fuerzas, sino por el socorro de Sigfrido, invisible, gracias al manto mágico, y que ha librado al príncipe de los golpes certeros.—Esclava de su palabra, casa Brunilda con Gunter, al par que Sigfrido con Crimilda.

Sigfrido vuelto á sus estados en Xante, Brunilda siempre enamorada de este héroe, lo atrae, al propio tiempo que á su esposa,

invitándolos á las espléndidas fiestas que se celebraban en Worms. El odio sordo que existía entre ambas princesas estalla cuando Brunilda sabe que Sigfrido ha regalado á su mujer el anillo y el cinturón que le habían arrebatado luchando con ella.—Uno de sus vasallos, Hagen, se prepara á la venganza; y Crimilda, ignorando los hostiles propósitos, comete la imprudencia de comunicarle que el valeroso Sigfrido era vulnerable en un solo sitio de su cuerpo, en los hombros hácia la espalda; porque habiéndose bañado en sangre del dragón, le cayó una hoja de tilo en aquel punto que quedó preservado del contacto de la sangre.—Sabedor Hagen de este pormenor, durante una partida de caza y en el momento en que Sigfrido se inclina para beber en el borde de una fuente, le clava el puñal en el sitio preciso de la espalda.—El héroe, moribundo, denuncia á su asesino; pero Gunter no castiga el crimen, y Crimilda se prepara para la venganza. Poseedora del tesoro de los Nibelungos, procura crearse partidarios, pero Hagen se apodera de aquel, ocultándole en el Rin.—Crimilda, desesperada, va á retirarse á un convento, cuando Etzel (Atila), rey de los Hunnos, la toma por esposa.

Siete años han pasado sin que Crimilda haya abandonado sus proyectos.—Instigado por ella, Etzel invita á los príncipes Burgondas á su corte, donde llegan escoltados por millares de caballeros, siendo recibidos con la mejor acogida; uno de ellos, Giseler, se casa con la hija de Reudiger, uno de los principales vasallos del rey de los Hunnos.—Sin embargo, Crimilda procura atacar á sus huestes, tentativas que evita Hagen y otros.—Éste, habiéndose jactado de haber asesinado á Sigfrido para vengar á Brunilda su soberana, y habiendo enseñado á Crimilda la espada que quitó al héroe, comunica la reina su cólera á su esposo y se emprende el combate furioso, implacable, entre los Hunnos y los Borgoñones que se defienden heroicamente en el salón, hasta donde han sido rechazados, y miles de cadáveres de los Hunnos alfombran el suelo.—Etzel ha ofrecido á los príncipes abandonar libremente el reino con todos los que han sobrevivido al desastre, con la condición de que se le entregue á Hagen, que ha dado muerte á Orlieb, el infante real.—Los Burgondas rehusan sacrificar

á su vasallo, y entonces veinte mil Hunnos rodean el castillo en que están encerrados los Nibelungos, y lo incendian.—Etzel ordena á Reudiger que los ataque, y el viejo señor se indigna ante el pensamiento de faltar á la lealtad con respecto á sus huéspedes, á los cuales se ha aliado por el matrimonio de su hija; pero el sentimiento del deber para con su soberano, le arrastra. Desafía á uno de los príncipes, en cuyo duelo caen ambos adversarios mortalmente heridos.—Los Nibelungos han sido asesinados: únicamente Gunter y Hagen resisten todavía.—Contando con la promesa de Etzel y Crimilda de respetar á los prisioneros, Dietrich se lanza sobre Hagen, que cae herido y es encadenado. La reina entra entonces en posesión de la célebre espada de Sigfrido y ofrece al prisionero la vida, si consiente en revelarle el sitio en que se esconde el tesoro de los Nibelungos. Hagen se niega mientras aliente uno sólo de sus soberanos, y entonces Crimilda manda decapitar á Gunter; y ante el espectáculo de la cabeza sangrienta de su príncipe, Hagen declara que jamás dirá su secreto. Crimilda, furiosa, le corta la cabeza con la espada de Sigfrido, é indignado el viejo Hildebrando por la violación de la palabra dada á los prisioneros, hunde su espada en el corazón de la reina.

El exterminio completo de la familia real Burgonda cierra este trágico poema que inspira al autor la siguiente reflexión: «Como siempre, el amor acaba por producir la desgracia.»

Se ha dicho que la literatura alemana no tiene infancia, porque en su desarrollo histórico tan pronto nace como llega á su apogeo en la primera edad de oro (á que pertenecen el poema cuyo título exacto es *El trance de los Nibelungos* y el de *Gudrún*), contando con dos florecimientos análogos en cierto modo, á las dos Edades, de oro también, de Italia.

Así como se ha comparado á los *Nibelungos* con la Iliada, algunos quieren comparar á *Gudrún* con la Odisea. En aquél el linaje mítico de los enanos llamados nibelungos, descendientes del Rey Nibelung *(hijo de la obscuridad)*, lucha favorecido por el héroe neerlandés, Sigfrido, con los súbditos de la reina de Islandia; y aunque el amor y la venganza son nervio interno del poema, es

lo principal de su argumento los combates y leyendas tradicionales de los pueblos antiguos en relación con las ideas nuevas; hasta el extremo de que se ha pretendido que las figuras sombrías reflejan las ideas paganas ó de una Teología gentil, en tanto que las figuras ideales representan la civilización cristiana.—Pero en Gudrún, compuesto también por poeta anónimo, el amor no produce las violentas catástrofes con que terminan los Nibelungos, sino que concluye con las merecidas recompensas después de las rudas pruebas.—Tiene, pues, un carácter más íntimo y tierno y algo en que reposa el ánimo del terror patético producido por los combates.—Su asunto es la narración de las aventuras de la protagonista, Gudrún, hija de un rey de los frisones, prisionero de los normandos; la cual, tratada como una esclava por sus vencedores, acaba por ser libertada por el Rey de Seelandia, con quien se casa.—El mérito precisamente de este poema estriba en la manera de estar tratado el carácter noble femenino, con fina gracia y galano atractivo.—En los Nibelungos las mujeres tienen el carácter vengativo de las furias míticas; en Gudrún el de la resignación y ternura de la mujer cristiana.

Divídese este poema en tres partes, tituladas: *Hagen*, *Hilde* y *Gudrún*.—Desarróllanse las principales aventuras en la región donde desembocan el Rhin y el Elba. El padre de Gudrún, Heltel, reina en toda la comarca oriental del Norte y hasta el Báltico, contando con súbditos en Dinamarca y en el suelo del Vahal Rhiniano, país denominado Vaalís.—Los piratas normandos que durante la Edad Media recorren las costas europeas, luchan con los súbditos de Heltel, y á tenor de lo que en épocas bárbaras se estimaba cosa corriente, los personajes principales se compran ó venden á peso de oro, como antes y después los mercenarios, condotieres y aventureros, no existiendo otros sentimientos respetados mas que el mantenimiento de la palabra prometida ó de la fe jurada.—La concepción poética de Gudrún es de las más bellas de la literatura alemana.

Trozos de ambos poemas para que se juzgue de su estilo:

Aventura 2.ª de **Los Nibelungos.** – *Sifrido* (extracto).—En Gante, á orillas del Rhin, vivía el hijo de un gran Rey de corona que, desde

niño, por la hermosura de su persona y su extraordinario valor, era el amor y la admiración de los suyos y de los extranjeros. Sigfrido (Sifrid) se llamaba este joven, Segismundo su padre, y su madre Siguelinda. Cuando Sigfrido estuvo en aptitud de manejar las armas, Segismundo publicó un bando en todo el reino que invitaba á todo el que se encontrase con valor, á mostrarlo, empuñando las armas, y que sería creado caballero por las manos del Rey en unión de Sigfrido; á los extranjeros se les darían armas, vestidos y caballo. Grande fué el concurso, hermoso el torneo, brillantes las fiestas durante siete días; 400 individuos de los que acudieron fueron armados caballeros juntamente con Sigfrido. Segismundo no dejó partir á ninguno sin muchos regalos, y habiendo reunido sus vasallos, quería en su presencia ceder el reino á su hijo, é investirle de todo su poder, en lo que se hubieran convenido con gusto los grandes del reino, contentos de tener de allí en adelante por señor á tal heroe; pero Sigfrido no accedió. Mientras viviesen Segismundo y Siguelinda, el cariñoso hijo rehusaba ceñir la corona, diciendo, que después se encargaría de la autoridad que á Dios pluguiera conferirle. El propósito era bueno y generoso, y no mereció la censura de nadie. Desde entonces Sifrido se dedicó á guerrear en países extranjeros, y ganó con su valor buena y honrosa fama.

Cómo Gudrun lavaba la ropa.—La perversa Gerlinda obligaba á Gudrun nuevamente á que sirviera. Jamás encontraba Gudrun un asiento para descansar; cuando por derecho de nacimiento ocupaba un sitio entre las hijas de los Príncipes, encontrándola ahora siempre en el más humilde rango.—La vieja loba le decía con odio: «quiero ahora ser servida por la hija de Hildra. Por más que se empeñe tercamente en mantener su mal carácter, debe sin embargo servirme en cosas que ella jamás ha hecho para mí hasta el presente». - La noble joven respondía: «El servicio que yo debo hacer activamente y con buena voluntad, noche y día, cuidadosamente lo cumpliré en todo momento, ya que mi desgracia no llama á mis amigos »—La pérfida Gerlinda, replicó: «Tú llevarás diariamente mi ropa y la de mis criados á la playa para lavarla, y cuidado con que te encuentre algún momento ociosa.»—La noble joven contestó: «Poderosa esposa del Rey, decid que me enseñen á lavar la ropa. Yo no debo conocer en adelante qué es la felicidad; quisiera que me hicieseis aún mayor mal.....

Gerlinda ordenó entonces á una lavandera que le enseñase la faena...—Así atormentaba Gerlinda á la noble Gudrún.

Los otros poemas más importantes que existen de este primer

florecimiento son: en primer término, *poestas de animales.—El gran jardín de las rosas,* de Crimilda, defendido por doce guardias á quienes vence Teodorico. *El pequeño jardín de las rosas* del rey de los pigmeos en el Tirol, Laurino á quien prende Teodorico.—*La batalla de Ravena,* en que también figura Teodorico.—*El gigante Sigenot* vencido por el mismo Teodorico y a quien libra Hildebrando, y otros.

Preceden á estos poemas, que tienen ya una forma más correcta y literaria, las leyendas del *Himno de Hildebrando* del siglo VIII en que se canta la lucha entre el protagonista y su hijo, quienes al encontrarse se preguntan el nombre y la patria, según uso corriente, y aunque el padre quiere darse á conocer, desconfía el hijo por creerlo muerto.—El interés literario de este poema radica en que se presenta en él la aliteración como forma métrica primitiva presentando iguales las consonantes iniciales de los versos.

También es precedente de los poemas populares el del siglo IX, nominado *Muspilli,* en que se canta en versos aliterados el Juicio Final; algunos otros en que aparece la rima en los versos, y por último, el *Heliand* (Salvador) que canta á Cristo.—De época muy posterior (principios del siglo XII) es el poema del *Zorro,* de autor conocido **(Glichesaere)** que está calcado sobre la leyenda francesa del zorro y el lobo.

El monumento literario más antiguo es la traducción gótica de la *Biblia* hecha por el Obispo Ulfilas del siglo IV que contiene una parte del antiguo y del nuevo testamento, y le sigue en antigüedad el *libro de los Evangelios* en alto alemán, compuesto por el poeta **Odofredo,** monje benedictino del siglo IV, primer poeta alemán y el primero que emplea la rima en los versos.—A igual época que la anterior corresponde la *Canción de Luis,* del monje **Ucbaldo,** en que se ensalza la victoria de Luis III contra los normandos en 881.

La poesía caballeresca de autores conocidos empieza con **Hartmann de Aue** (1170-1220), autor además de composiciones líricas y epístolas amorosas, pero su principal obra es la le-

yenda romántica titulada *El pobre Enrique*, en que narra de una manera conmovedora é interesante el heroismo de una joven.—El caballero Enrique de Aue, atacado de la lepra, no puede ser curado sino por la sangre que voluntariamente derrame por él una doncella. La hija de uno de sus vasallos, que le ama en secreto, se presta á ello; pero Enrique, antes que aceptar, renuncia á la salud.—El sacrificio de la joven y la generosidad del caballero tienen feliz recompensa. El protagonista cura por un milagro y la joven se casa con él.

De **El pobre Enrique**.—Cuando el pobre Enrique advirtió que disgustaba á todo el mundo y que las gentes le huían, le faltó la paciencia de Job en sus sufrimientos y dolores.....

Maldijo mil veces el día de su nacimiento.—Quedábale sin embargo un resto de esperanza con el vago consuelo de saber que su mal era tan caprichoso que á veces podía curarse.....

Se decidió, y fué á ver á los médicos en Montpellier.....

Partió para Salerno y el mejor de los facultativos le dijo al punto que lo vió que era curable su mal, pero que no se curaría jamás—¿Cómo?—preguntó Enrique;—si puedo curarme me curaré, y lo que me pidas prometo dártelo.—Abandonad esa esperanza—replicó el doctor;—nadie puede procuraros el remedio, por rico é inteligente que sea. Nadie os curará, á menos que sea Dios el médico.....

—Desgraciadamente, el remedio que necesitáis es que una joven doncella consienta en morir por vos. Necesitaríais nada menos que la sangre del corazón de esa joven. Sólo esto os curaría.

Wolfram de Eschenbach (? - 1230). Trovador errante que vivía á expensas de los príncipes, de noble familia sin fortuna y que brilló en la lírica y en la épica. Su obra maestra es *Parsifal*, narración de las aventuras de este héroe, que llega á ser rey.—Se funda este poema en la leyenda francesa del Santo Gral, uno de los cálices que según tradición usó Jesucristo, y que estaba oculto en un castillo encantado. Su busca y hallazgo constituyen el núcleo de esta y otras leyendas de la Edad Media. Forma parte de las novelas de la «tabla ó mesa redonda». Pero si el asunto es francés, la manera de desarrollarlo es del célebre autor alemán, y viene á figurar con razón como uno de los más artísticos poemas medioevales.

Hé aquí en resumen su asunto.—Educado Parsifal en un bosque, lejos del fragor de las armas, ve en cierta ocasión algunos caballeros y quiere abrazarlas armas, seguirlos. Su madre procura disuadirlo; mas, tras largas peripecias, Parsifal se presenta en la corte de Arturo, donde queda admitido entre los caballeros de la Mesa redonda. Se casa y llega al santo Gral, donde un tío suyo espera la curación de su enfermedad de un caballero extranjero por virtud de las preguntas que ha de dirigirle acerca de sus padecimientos y de las maravillas de su mansión señorial.—Parsifal olvida la pregunta mágica que le habría dado la posesión del castillo del Gral, con lo que se le escapa la fortuna para él predestinada; y con lo que comienzan sus desdichas, siendo expulsado de la Tabla redonda, y maldiciendo de su suerte, se huye de Dios.—Tras larga vida errante, llega el arrepentimiento, y encontrando á un monje piadoso, en Viernes Santo es exhortado á que vuelva sus ojos á Dios. Luego el fraile le explica las cosas admirables del Gral y de qué manera él se halla predestinado á ser su rey. Parsifal renuncia á su vanidad, reniega de sus vacilaciones, y tras largas luchas consigue vencer á Gawein, jefe de la caballería profana, con lo que reingresa en la Tabla redonda; acude al castillo del Gral y libra á su tío de la enfermedad.—La mensajera del santo Gral, que lo maldigera antes, lo proclama ahora acreedor á ser su soberano.

De **La educación de Parsifal.**—... el niño fué educado oculto en la soledad de Soltan é ignorante de las costumbres regias. Únicamente aprendió una cosa: á preparar arcos y flechas para matar los pájaros; pero cuando caía al suelo el cazado, que antes cantaba graciosamente en las ramas, se ponía á llorar y á mesarse los cabellos, castigándose á sí propio.—Su cuerpo era blanco y elegante. Se lavaba todas las mañanas en el arroyo de la llanura y no tenía otros cuidados que escuchar el canto de las avecillas, que penetraba su corazón con intensa dulzura... Llorando acudía á la Reina, que le decía:—¿Qué te han hecho?—y no podía responderle, con el pecho henchido de pena... —Herzeleid, desde aquel día, odió á los pájaros sin saber por qué y quiso destruirlos, y encargó á sus criados que los exterminasen. Los pájaros se salvaron con más rapidez todavía que la orden, y los que permanecieron con vida volvieron á cantar alegremente.

—El niño imploró de la Reina clemencia. Su madre le besó en la boca, diciéndole:—¿Por qué he de ir contra la voluntad de Dios omnipotente? El niño contestó: - ¿Quién es Dios? - Hijo mío, voy á decírtelo seriamente: Es más claro que el día: el que se ha dado su forma según la forma del hombre Hijo mío, acuérdate bien de esto y ruégale en las necesidades: su fidelidad es nuestro socorro. Hay otro que es el huésped de los infiernos: ese es negro é infiel; retira de él tu pensamiento...

Entonces apareció precipitadamente un caballero bien equipado. Perseguía lleno de cólera á otros dos que habían arrebatado á una mujer de su país. Sentía este insulto y la humillación de la virgen que cabalgaba delante de ellos... Aquél montaba un hermoso caballo español: no quedaba nada entero en su escudo. Llamábase Karnahkarnans, conde de Ulterlec (del otro lado del lago.)...

Á él, que era la flor de la belleza masculina, Karnahkarnans preguntó:—Joven, ¿visteis pasar á dos caballeros que ignoran las buenas costumbres caballerescas?—¿Dos seductores que han raptado una doncella?—El niño pensó al oirle hablar que era Dios, tal como se lo había descrito Herzeleid, la Reina.—Y exclamó.—Ayúdame, Dios protector. - El príncipe respondió: - yo no soy Dios, aunque observo su ley. Te hablo de los caballeros.—El niño repuso:—Y ¿qué son caballeros?...—El príncipe le mostró su espada y su coraza, y el niño exclamó con viveza:—Si los ciervos tuviesen un cuero como ese, mis dardos no conseguirían herirlos...—Los caballeros estaban vejados por perder el tiempo ante este niño estúpido. - Entonces el príncipe dijo:—Dios te guarde· si él te hubiera dado inteligencia, con tu belleza, te hubiera dado todo...—Y él con los suyos partió á galope.

Godofredo de Estrasburgo (siglo XIII) es el autor de otro poema titulado *Tristán é Isolda*, que por su gracia y frivolidad, en ocasiones, y su realismo un tanto atrevido en otras, ha sido siempre muy estimado. La obra está incompleta, y en ella se canta en forma artística un amor criminal. Se notan en la obra, al propio tiempo que la maestría del poeta, el vano conceptismo del retórico.—El amor de Tristán, sugerido por mágico filtro á la joven esposa de su tío, está pintado con una exaltación y vehemencia que raya en el frenesí. Por esta condición violenta ha podido ser puesto en música, inmortalizado ya por el genio de Wagner. El poema está formado sobre una leyenda francesa del siglo XII,

que, puesta en moda por los trovadores, ha ido recorriendo sucesivamente varias literaturas.

Gualterio de Vogelweide (1170-1228), caballero austriaco, que recorrió varias cortes, es un poeta lírico popular y erudito á la vez, que tan pronto canta ó denigra á los príncipes sus protectores, como ensalza á la patria y la historia.

Enrique «el disimulado» (siglo XII?) es el autor de la más antigua versión del poema del *Zorro*, que ha servido de tema á la sátira durante toda la Edad Media.

Fragmento del poema del **Zorro**.—El zorro se fué á su guarida, pero temía á los huéspedes. Así es que, habiendo percibido una casa oculta en el bosque, llevó á ella su alimento. Un día el señor Isengrin, paseándose por la selva, acercóse á esta casa. Tenía triste el alma porque el hambre la minaba, y era un vicio del que se arrepentía.—Afortunadamente, Renart (zorro) estaba asando anguilas, é Isengrin las olía, diciendo para sí: esto promete ser cosa excelente... Se detuvo en la puerta y empezó á lamentarse, pero Renart se fingió admirado, exclamando: ¿por qué no te vas?; debes saber que á esta hora nadie puede entrar ni salir, es inútil que llames, ya sabes que han dado las nueve.—Amigo, respondió el señor Isengrin, ¿intentas permanecer monje eternamente hasta tu muerte?—Sí...—Pero Isengrin añadió:—Yo te daré dos trozos de anguila que me han quedado, aproxímate y te los echo en la boca...—¡Ah, si yo pudiese llegar á ser cocinero en esta casa!, dijo el necio Isengrin. Si quieres te nombraré maestro de los asados.—Consiento—replicó Isengrin.—Y bien, alarga la cabeza.—Isengrin se preparaba á cumplir esta formalidad cuando el hermano Renart le volcó sobre la testa el agua hirviendo, que le quemó la piel..—¡Ay! gritó,—y Renart le replicó:—¿Querías poseer el paraíso sin trabajo?... Bueno es que sufras, porque si te toca la hora de la muerte, la hermandad tiene la costumbre de dedicar mil misas á los que mueren por ella.

Cierra este período de la literatura alemana los **Minnesänger** ó cantores de amor dedicados al tema galante del trovador transeúnte que vive á expensas de los señores feudales de castillo en castillo.—Las canciones populares eran traducidas en forma más erudita y aristocrática por estos poetas, que se alimentaron del espíritu provenzal, y que desnaturalizó la sincera y vigorosa poesía

popular, convirtiéndola en insignificantes y afeminadas coplas de salón.—Desaparecen los Minnesänger con el feudalismo, siendo reemplazados andando el tiempo en los siglos sucesivos por los **Meistersinger,** ó sea, los maestros cantores, que constituían una asociación y escuela poética compuesta de artesanos.—Carece de importancia literaria por la basteza y vulgaridad de sus trabajos semicultos, semipopulares.—Solamente un nombre brilla entre todos, surgiendo del vacío literario que separa las dos edades de oro de la literatura alemana, y es el del zapatero

Hans Sachs (1494-1576), que escribió 6.048 obras poéticas, de las que 208 fueron dramáticas en que sobresalió por su notable vis cómica.

Citaremos también á **Sebastián Brandt** (1458-1521), por ser autor del poema satírico *La nave de los locos*, en que ridiculiza los vicios é insulseces de la época, mediante una alegoría, en la que el poeta pasa revista á diferentes clases de dementes, á quienes pretende volver á la razón.—Fué profesor de Basilea, y más tarde archivero de Estrasburgo y humanista.

Martín Opitz (1597-1639) es célebre por ser el fundador de la escuela de Silesia. Fué profesor en alguna Universidad y cronista de la corte del rey Ladislao de Polonia.—Escribió obras religiosas y profanas líricas, y en la dramática tradujo obras antiguas y modernas italianas, con lo que fué uno de los introductores de la ópera en Alemania.—Prestó á su patria el servicio de fijar las leyes métricas en la poesía alemana.

En el período en que nos encontramos, la figura saliente que llena el horizonte literario es la de **Martín Lutero** (1483-1546), famoso reformador que representa todo el movimiento de su época. Á su alrededor giran artistas, pensadores y literatos, pudiendo decirse que casi llenó su siglo en Alemania, influyendo poderosamente en el Norte, y esparciendo sus doctrinas directamente ó por medio de sus admiradores y secuaces en los Países Bajos, en Suiza singularmente, y en otros puntos. Le debe Alemania el gran impulso que dió á la prosa, sobresaliendo entre sus trabajos la traducción de la Biblia. Y en sus escritos populares se advierte un estilo enérgico, un ingenio sagaz y sugestivo y una

imaginación viva y galana.—Nació Lutero en Eisleben, estudió en Elfurt y á los veintidós años ingresó en la Orden de los Agustinos. Fué profesor, y después de su viaje á Roma sentó las 95 cuestiones que habían de constituir la base de la nueva doctrina. En 1520 quemó la Bula Pontificia, y cuatro años más tarde abandonó la clausura, casándose al siguiente, y muriendo en su pueblo natal.—Además de ser fundador del protestantismo y propagador del libre examen, la música le debe la creación del canto litúrgico en el nuevo culto, además del servicio literario prestado á la lengua por lo que antes dijimos con respecto á la prosa, considerándosele como el verdadero creador del alemán moderno.—Su humorismo se muestra muy singularmente en sus folletos y trabajos sueltos, así como su intención y profundidad de pensamiento en sus sermones y manifiestos ó proclamas, verdaderamente revolucionarias, y su ingenio, en fin, y delicadeza de percepción, en sus atractivas cartas.—En realidad, Lutero es más un místico que un racionalista, al decir de los más afamados críticos.—Del dialecto alto sajón, hizo Lutero la lengua clásica de Alemania, infundiéndole cualidades de fuerza, de nobleza, de elegancia y de claridad, desconocidas antes de él.

De la **Musica**.—De todas las alegrías que hay sobre la tierra, no existen otras más delicadas que las que procura el canto y las dulces melodías que lo acompañan. No puede encontrarse alma tan pérfida que no guste de escuchar el canto: toda cólera, todo odio y toda envidia se calma; las penas del corazón se endulzan, y nuestros pesares, nuestros cuidados y los duros sufrimientos de este mundo se olvidan, así como todas las tristezas.—Cada cual está persuadido de que un tal goce no encierra pecado alguno, y que place á Dios infinitamente más que todos los regocijos de este mundo, porque destruye la obra del diablo é impide muchas malas acciones.—Esto enseña la historia del Rey David, que á menudo, sólo con tocar el arpa con delicada dulzura, impidió á Saúl que cometiese grandes crímenes.—Así, en efecto, el corazón se apacigua y se prepara á recibir la palabra y la verdad de Dios. Eliseo lo había reconocido cuando sintió que el espíritu vibraba en las cuerdas del arpa.

Sermón sobre la trompeta del juicio final.—(Fragmento).—Cuando Sodoma y Gomorra fueron tragadas en un abrir y cerrar de ojos, to-

dos los habitantes de esta ciudad, hombres, mujeres y niños, cayeron y rodaron en los abismos del infierno. Entonces no hubo tiempo para contar el dinero, ni para correr en orgías de cortesanas, sino que, en en un instante, todo lo que vivía cayó muerto. Fué el timbal y la trompeta de Dios, resonantes, pum, pla, plax, rrrum; fué el timbal de Dios, nuestro Señor, ó como dijo San Pablo, la voz del Arcángel y la trompeta de Dios, porque cuando Dios truena retumba como un golpe de timbal. Este sería el grito de guerra y el taratántara de Dios.

Entonces todo el cielo resonaría con este ruído: kir, kir, pumerlé, púm, púm.

Melanchton (1497-1560), este famoso protestante, debe también considerársele como literato, tanto por haber colaborado con Lutero en la traducción de la Biblia, cuanto por haber escrito una *Vida* del anterior, aparte de multitud de trabajos filosóficos, históricos y morales.

Ulrico de Hutten (1488-1523) huyó del monasterio donde se educaba para seguir la carrera eclesiástica, estudiando en Italia, sirviendo luego en el Ejército austriaco.—Ferviente luterano, escribió multitud de trabajos de polémica religiosa.

Alberto Durero (1471-1528), pintor, grabador, arquitecto y matemático, es también autor de algunos escritos, especialmente didácticos; debiendo ocupar un puesto en la historia de la literatura, por haber contribuído con su estilo correcto á la formación de la lengua alemana.

En 1587 se imprimió en Francfort un librito popular de *Fausto* que contenía leyendas sobre el asunto que más tarde había de ser desenvuelto admirablemente por el célebre Goethe. Este primitivo trabajo gozó desde su primera edición de tal favor público, que de él se han seguido haciendo numerosas reproducciones, intercalando nuevos episodios.

Hay un período inmediatamente después de los autores últimamente reseñados, correspondiente á la guerra denominada de los *Treinta años*, á la ruina de Alemania y á la imitación extranjera.—Algunos nombres de tercero ó cuarto orden se citan en este tiempo, pero cuyos trabajos de la llamada «segunda escuela de Silesia» no ofrecen originalidad ni carácter nacional.—Únicamente

los que en esta escuela protestan contra la invasión extranjera, ofrecen algún relativo interés, debiendo citarse á un escritor místico que se firmaba *Angelus Silesius* (Juan Scheffler), así como la novela popular nominada *Simplicísimo*, de Grimmelshausen, cuadro fiel y pintoresco de la vida alemana durante dicha guerra.

Resucita el espíritu aleman de su largo período de esterilidad con Federico II, que inicia inconscientemente una nueva edad de oro. Y decimos inconscientemente, porque él era muy apegado á las tradiciones anteriores del gusto pseudo-clásico importado de Francia.—Pero los filósofos de un lado, los críticos y didácticos de otro, defienden la necesidad de una regeneración de la lengua nacional, así como de un sentido naturalista sencillo, huyendo de las exageraciones de escuelas anteriores.—Comparten la gloria de esta renovación varios autores suizos.

Leibnitz (1646-1716). En el grupo de los científicos debe citársele como historiador de la filosofía, y si bien escribió en francés y latín su trabajo sobre la práctica y mejora de la lengua alemana, le señalan un puesto literario.

Federico II (1712-1786). El célebre rey de Prusia debe también ocupar un sitio por su libro titulado *Anti-Maquiavelo*, ya que no por su poema sobre el arte de la guerra.—Lo más interesante de su obra está en su correspondencia, donde muestra todos sus talentos y escribe en gallardo estilo.

Fragmento de una carta á Voltaire.—Todo cuidado es poco al juzgar á los grandes hombres. Quien ha visto á Pompeyo con ojos de admiración en la Historia Romana lo encuentra harto diferente cuando aprende á conocerlo en las cartas de Cicerón. Del favor de los historiadores depende la reputación de los Príncipes...—Alejandro puede que haya sido un famoso bandolero. Quinto Curcio, sin embargo, ha encontrado el medio, ya por abusar de la credulidad de los pueblos, ya para hacer gala de la elegancia de su estilo, de hacerlo pasar á través del espíritu de todos los siglos por uno de los más grandes hombres que haya sustentado la tierra. ¡Cuántos ejemplos nos suministran los historiadores de marcada predilección para glorificar á determinados Príncipes! Pero si ellos han dado ejemplo de su benevolencia, la historia nos los ofrece de sus odios. Acordáos de los diferen-

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO Diputación Provincial MALAGA

tes caracteres atribuídos á Juliano, apodado el Apóstata. La aversión, el furor, la rabia de vuestros santos Obispos lo han desfigurado de tal manera, que apenas sus rasgos son reconocibles en los retratos que la malignidad de los Prelados ha hecho de ellos. Por siglos se le ha tenido horror... Un sabio ha venido por último á desbaratar el artificio de los monjes historiadores, haciendo justicia á las virtudes del Emperador Juliano, confundiendo á quienes lo calumniaron.....

Todas las acciones humanas están sujetas á distintas interpretaciones. Se puede verter el veneno sobre las buenas y presentar las malas en una forma que las haga no sólo disculpables, sino hasta dignas de alabanza. De la parcialidad ó imparcialidad del historiador, depende el juicio de la posteridad.

Alberto de Haller (1708-1777). Se cita como un modelo de precocidad á este suizo, afamado políglota y médico distinguido. Botánico, profesor de varias materias en Götinga, compuso un poema filosófico, novelas políticas y poesías líricas. Es uno de los iniciadores de aquella escuela que, como antes hemos dicho, quería volver á la sencillez de la naturaleza para sentirla como es y para expresarla tal como se siente.

Gessner (1730-1787). Es otro suizo que escribió tiernos idilios y composiciones sentimentales, cuyo gusto se generalizó mucho en Francia y Alemania.—Algunas de sus obras tienen el mérito de haber sido ilustradas por él mismo, que era paisajista y grabador, habiendo tenido á la par la profesión de impresor y librero en Zurich.

El otro suizo que influye grandemente en la nueva literatura alemana es **Bodmer** (1698-1782), que tradujo el poema de Milton *(Paraíso perdido)* é inspiró á Klopstock. Fué profesor de historia en Zurich, y entre sus obras poéticas figura un drama titulado *Guillermo Tell*. Á Bodmer, en fin, se le debe el haber publicado, sacándolos del olvido, los poemas populares y épico-nacionales de que antes se ha hecho mención, especialmente el de los Nibelungos.

Klopstock (1724-1803). Influído, como se ha dicho anteriormente, por la traducción del *Paraíso perdido* y por lo que soñara durante sus estudios de teología protestante, publicó los tres pri-

meros cantos de su poema épico la *Mesiada.* Las simpatías que despertó en Suiza y Dinamarca, singularmente fuera de Alemania, le hicieron pasar bajo la protección del rey Federico V en Copenhague muchos años. —Los veinte cantos de que consta la *Mesiada* aparecieron con largos intervalos en tres veces.—Escribió además algo en prosa, tres trajedias religiosas y una especie de trilogia lírica. Se le puede clasificar diciendo que es su inspiración, más clásica que romántica, ante todo religiosa y nacional.— Tal fué su influjo en la literatura moderna alemana, que muchos lo consideran el creador de la nueva poesía. Klopstock, por la vanidad que se despertó en su espíritu al ver el entusiasmo que causara, tuvo algo del iluminado que se cree encargado de una alta misión; por lo cual miraba la poesía, no como un pasatiempo, sino como un medio de levantar la patria y ennoblecer las letras. *La Mesiada* canta la Redención, como su nombre indica; pero á través de sus hermosos trozos líricos, peca de los defectos de la mayoría de estos poemas, á saber: monotonía, escasa acción, y (por el carácter especial del argumento), debe añadirse el tono plañidero, casi constante.

La Mesiada.—Canto 4.° (Fragmento.)—*Consejo de los Sacerdotes.*

...Allí se reunieron los sacerdotes y ancianos de Judá, y con los ancianos, José de Arimatea, un sabio de la posteridad degenerada del divino Abraham, que pertenecía al pequeño número de los corazones nobles. Tranquilo como la apacible luna que impera por cima de nosotros entre los altos vapores de las nubes, José llegó á esta Asamblea, después Nicodemus, un amigo del Mesías y de José. Caifás se adelantó entonces majestuoso y dijo: .....

—¡Maldición sobre tí! —exclamó Aarón con tono espantoso;—sobre tí, vergüenza del Sacerdocio, maldición! ¡Miserable!, ¡yo te digo que no deshonrarás más el lugar Santo como Pontífice del Señor! No eres tú (y me miró con los ojos con que se mira al enemigo que se quisiera estrangular), no eres tú, indigno, cuya cobardía deja impune este maldito, este hombre afrentoso que insulta el Santuario y menosprecia á mi hermano Moisés, á mi Abraham... Apresúrate, miserable, si no quieres ser devorado por el fuego sagrado.....

Así habló. Yo huí y llegué con los cabellos en desorden, con cenizas sobre la cabeza, sin vestidos, con el rostro alterado ante el pueblo.

El pueblo me asaltó y quiso matarme. Entonces desperté. En seguida permanecí durante tres horas de tormento, horas de angustia, extendido é inmóvil, bañado en un sudor de muerte, y todavía mi corazón palpita aún con íntimo horror, y privado de voz, helóse mi lengua en la boca...—De vosotros, ¡oh! padres reunidos, debo aprender pronto cómo se debe morir.—Se mantenía de pie, mudo y con los ojos fijos. Por último se despertó de nuevo y exclamó: ¡Más vale matarle á él que morir todos nosotros! Pero la prudencia ordena todavía que no debe morir durante las fiestas, por temor de que no venga su esclavo populacho á protegerlo —Caifás se calló. Ningún sonido ni voz alguna resonó en la Asamblea. Todos permanecieron mudos, sentados, como heridos del rayo, y semejantes á bloques de piedra, con los ojos abiertos.

Bürger (1748-1794). Hombre de pasiones violentas, de grandes desesperaciones y de dolores extraordinarios, llevó una vida de alternativas tremendas, amargada por la miseria. Su importancia estriba en ser el creador de la *Balada*, género poético que ejerció grandísimo influjo en la literatura alemana y de otros países. Su obra maestra es *Leonor*, balada que le hizo popular. Con ella introdujo en la poesía moderna alemana el elemento dramático. Su forma varonil y su armoniosa versificación le han hecho ser amado y colocado á la altura de los primeros renovadores de la musa germánica, que surgió en lo que se llamó la Unión del bosque ó el Parnaso de Götinga.

Wieland (1733-1813). Fué hijo de un pastor protestante wurtenbergués, y después de estudiar Derecho se dedicó á las letras, siendo profesor en algunas ciudades de Suiza, y, por último, maestro de los príncipes en la corte de Weimar.—Su numerosa familia le incitaba á trabajar y producir para ganar dinero, por lo que en poco tiempo, además de una revista, dió á luz más de 50 volúmenes.—Desde sus principios místicos se convirtió á la filosofía escéptica del siglo XVIII, y su espíritu incrédulo le llevó á un sentido de sensualismo naturalista, que, sin embargo, se limitó al arte, porque en su vida privada fué un modelo de morigeradas costumbres.—Entre sus obras más notables se encuentran su poema *Oberon* y algunas novelas filosóficas y satíricas, tragedias y óperas. Por último tradujo todo Shakespeare.

En la epopeya caballeresca *Oberon*, se cuenta la historia del príncipe fantástico de los espíritus, que logra reunirse con su esposa, el hada Titania, después de larga y triste separación sufrida como castigo.—El asunto está tomado de una canción de gesta francesa, en que se cantan los amores del caballero Huon con Amanda, la hija del sultán: amores protegidos por Oberon y Titania, que los abandonan en una isla desierta.

Otro de los iniciadores de este siglo de oro es **Lessing** (1729-1781). Estudiante de teología, medicina, filosofía y lenguas, todo lo cual abandonó para dedicarse principalmente á las letras y al estudio crítico de las artes. Trabó amistades con libreros y cómicos, y todo ello completó su gusto y conocimientos prácticos.—Su campaña contra el gusto francés en la revista *Cartas literarias*, fué decisiva, así como lo ha sido su estudio del arte antiguo para la formación del juicio y apreciación de las artes plásticas; pues sabido es que su trabajo acerca del Laoconte (sobre los límites de la pintura y de la poesía) ha servido como de revelación para la crítica de la escultura y de las artes griegas en general.—Sus obras escénicas principales son: *Minna de Barnhelm*, que sigue siendo una de las mejores comedias del teatro alemán; la tragedia *Emilia Galotti* (arreglada á nuestra escena por García Gutiérrez con el título de *Un duelo á muerte*) y el drama filosófico *Natan el sabio*,—Además escribió fábulas, algunas de las cuales, traducidas por Lasso de la Vega, reproducimos.

EL ROBLE

De sus antros profundos
el aquilón furioso,
en una noche oscura
al son del trueno ronco,
lanzóse por los campos
causando mil destrozos.
Creciendo en ira, á un roble
altivo, con sus soplos
al fin, no sin esfuerzos,
quebró el robusto tronco.
Cedió el árbol que ha siglos
vivir pudo en reposo,
y su pesado cuerpo
estremeció bien pronto
la tierra, que sembrada
se vió de algunos otros
arbolillos que fueron
arrastrados al sordo
rumor de la caída,
del vencido coloso.

Cuando vino la aurora,
dejó su cueva un zorro,
y viendo esta tragedia
con espanto, y atónito,
así exclamó:—¡Qué arbol!
gigante era, y con todo
jamás cuando á los cielos
alzaba vanidoso
su frente audaz, tan grande
apareció á mis ojos.

MINERVA

Desprecio, amigo mío,
con el necio envidioso,
con el que ve tu gloria
crecer, con celos torvos.
¿Por qué quieres que pueda
á seres tenebrosos
tu sabia razón dar
tal vez renombre póstumo?
En la insensata lucha
sostenida en sus odios
con Palas por aquellos
gigantes, á ella un monstruo,
una horrible serpiente,
dragón impetuoso,
lanzaron: la alta diosa
burló su audaz encono:
vencida la sujeta
con brazo vigoroso;
lla lanza al éterpuro
do en su carro de oro
la aurora cruza, heraldo
de Febo luminoso.
Allí en el firmamento
aún brilla el dragón hórrido.
Así de las hazañas
el premio más glorioso,
el cielo, de los héroes
la patria, de este modo
entonces á ser llega
para el tremendo monstruo,
castigo más bien digno
de la envidia de todos.

Winckelmann (1707-1778), hijo de un zapatero, y educado de limosna, llegó, después de largos años de prueba y de haber abrazado el catolicismo, á ser bibliotecario del Vaticano. El abandono de su primitiva religión no le impidió el seguir siendo en su patria una autoridad incontestable; pero por mucho que se le invitó á volver á ella no quiso abandonar su cargo. Mas en el primer viaje que hizo á Alemania fué asesinado en Trieste al volver á Roma. El título como debe ser considerado en este sitio es el de historiador, por haber fundado la Arqueología moderna; y sus opiniones, esparcidas en sus escritos, han pasado como artículo de fe hasta nuestros mismos días. Hoy todavía algunas, aunque no todas, siguen aceptándose. Su principal obra es *Historia del Arte antiguo*.

Para terminar este período de la literatura alemana, justo es considerar la obra de **Pestalozzi** (1746-1827), célebre filántropo zuizo, verdadero padre de la pedagogía moderna. Á él se debe el

portentoso desarrolló de la enseñanza y de la ciencia, especialmente en Alemania y después en el mundo entero. Á España misma alcanzó su influjo, gracias á nuestro Montesino, á pesar del aislamiento en que hemos vivido.—Su teoría de la enseñanza es que en la educación hay que colocar al maestro á la altura de las facultades del discípulo; no llevar al escolar á las abstracciones, sino al contrario, venir en auxilio de la inteligencia juvenil, poniendo al servicio de la instrucción los objetos de que estamos rodeados.

Cómo se ve el mundo.—(Fábula que sirve de prólogo á las de este autor.)

—«¡El mundo es siempre el [mismo,
por tanto, las ideas
del hombre, sobre todo
lo que existe, son viejas!
A fe son poco más
ó menos siempre idénticas.»
Así un buen campesino,
teniéndome á su mesa,
decía. Respondióle
su esposa.—Es cosa cierta
que el mundo el mismo es siem- [pre,
más no de igual manera
lo ves á media noche,
que cuando el día media,
ni del sol á los rayos,
que envuelto en densa niebla.
—Y no es tan sólo eso,
añadió con presteza
un sujeto que estaba
también en nuestra mesa.
El camello ve el mundo
de otro modo, ello es fuerza,
que el caballo; y el perro
que el asno; y en su esfera
el pez que el ave; en fin
la planta que la piedra.
—No olvidéis, dijo entonces
un anciano, que idea
exacta nunca el hombre
del mundo á tener llega,
aunque lo ve cual nunca
sabrán verlo la piedra,
la planta, el ave, el bruto
y el pez sobre la tierra.
Atento escuché á todos.
Cuando á solas me viera,
pregunteme qué cosa
impresión real y cierta
en mí en el mundo hizo,
aunque en pasada época.
¿Fué en el día, en la noche,
al sol ó fué en tinieblas?
Más aún: ¿fué algún gato,
perro, mono, culebra,
elefante, asno ó zorro,
leopardo, tigre ó hiena,
quien así mis miradas
atraer consiguiera?
Sobre todo, ¿mis ojos
perciben de manera
distinta, como nunca
ver sabrían las bestias?

Discípulo suyo en realidad (y de Krause), entre otros, han sido **Fröbel,** de quien también se ha ensayado en nuestra nación sus *Jardines de la Infancia*, y el barón de **Leonhardi y Schliepake,** de los cuales se han vertido trabajos al castellano.

Para no incurrir en la injusticia de omitir los filósofos en la historia del pensamiento literario, citaremos de pasada en este punto los más importantes, como lo hemos hecho en otras partes.—Es el padre de la filosofía moderna, no sólo en Alemania, si que también fuera de ella, **Kant** (1724-1804). Su sistema filosófico se denomina *criticismo*, porque somete á la crítica todos los conocimientos humanos; éstos tienen por límite la experiencia. La razón juega importantísimo papel en la moral. Su pensamiento se ha extendido también á la esfera del Derecho.

Hegel (1770-1831). Su sistema filosófico se llama el *idealismo absoluto*, que expuso en su cátedra de la Universidad de Berlín, donde llegó á ser Rector. Para nosotros tiene Hegel una importancia superior por haber sido el primer estético en la historia de la literatura y del arte; porque aunque Baumgarten iniciase esta ciencia, nadie ha organizado y expuesto la *Estética* tan admirablemente como el filósofo que nos ocupa. Á él debe la crítica artística moderna sus más importantes leyes y sus principios más indiscustibles.

Krause, por último, autor del sistema denominado el *realismo racional*, procuró armonizar las más encontradas tendencias de la filosofía alemana, reuniendo las teorías de los pensadores más eminentes, pero con un criterio no ecléctico, sino superior: es decir, sometiéndolas á un principio fundamental. De este filósofo han nacido dos escuelas, una ortodoxa y otra heterodoxa, que han tenido representación muy importante en la España contemporánea. (Véase tomo I, página 340.)

Hijos de todo este movimiento filosófico nuevo son la pléyade de ilustres representantes de la literatura moderna Alemana.—Este período del renacimiento romántico se ha llamado á veces segundo período clásico. En realidad, lo mismo le cuadra uno que otro título, porque cada uno de los grandes autores de la li-

teratura moderna en esta época es á veces representante del gusto antiguo y del nuevo, del idealismo y el naturalismo, del clasicismo y del romanticismo.—También el sentimiento patriótico y nacional se despierta con motivo de las guerras napoleónicas, aunque sin perturbar la literatura en la senda emprendida.—Sólamente una nota discordante aparece con el humorismo que, empezando en la poesía ligera y satírica, que renueva las tradiciones populares, termina en la filosofía pesimista de moda en nuestros días, y que ha echado al panteón de los vivos á los grandes pensadores del período precedente y ha removido en sus cimientos todas las teorías y doctrinas corrientes y aceptadas en el muudo.—Este pesimismo escéptico y disolvente es muy propio en nuestros tiempos, faltos de fe, y de honda crisis para la renovación de las ideas.

Dejando á un lado á varios autores que, aunque de segunda fila y de escasa importancia, nos limitaremos para cerrar este ciclo, llegando hasta nuestros días, á los grandes genios.

Göthe (1749-1832) mismo se retrata al retratar á sus progenitores, diciendo que heredó de su padre la estatura y la seriedad en la conducta de su vida, y de su madre la alegría natural y el gusto para inventar historias.—Se educó al lado de su hermana Cornelia, adquiriendo los primeros conocimientos en su ciudad natal (Francfort), y á los diez y seis años marchó á la Universidad de Leipzig. Formó su cultura, muy variada y amplia, puesto que no le fueron extrañas ni las ciencias naturales ni el Derecho, la Historia, las artes, la Física, la teología, si bien su principal amor y entusiasmo fueron las letras. Viajó por Alemania é Italia, y este último viaje hizo que se arraigase en su espíritu el gusto clásico al lado de su entusiasmo por el romanticismo, con lo que se armonizó en su alma el complejo consorcio de las dos tendencias del arte y las dos escuelas que se han repartido el imperio de la literatura y del entendimiento humano. Favorecieron su educación los bienes de fortuna y holgada vida de su casa, así como su salud vigorosa y su talento colosal ayudaban la tarea de su constante trabajo. Por ser feliz en todo, hasta la naturaleza le dotó de incomparable hermosura.—Su obra de naturalista, especialmente en la botánica, ha sido juzgada entre nosotros de una manera

acabada y perfecta en las lecciones dadas en el Ateneo de Madrid el año de 1867 por el Catedrático y sabio naturalista D. Augusto González de Linares, quien con su vasta cultura literaria y filosófica, pudo penetrar perfectamente la síntesis del pensamiento, del genio alemán que nos ocupa.—El influjo de la filosofía enciclopedista ejerció en su ánimo decisivo dominio, así como, el estudio de las obras del Arte y de la Literatura griega crearon en su ánimo un amor pagano, un sentido de naturalismo y un selecto juicio para estimar la aristocracia en el arte y despreciar lo vulgar y adocenado.—Göthe es quizá la figura más grande de la literatura alemana, y uno de los colosos de la de todas partes, y refleja con exactitud su época, pero sublimando la significación de este hermoso y último momento literario de su país.

Las principales obras de Goethe son: Las *Confesiones de un alma bella* (de Guillermo Meister), nacidas de sus conferencias con la Señorita de Klettenberg. Sus relaciones amorosas con Federica produjeron sus más tiernas poesías líricas. De su estancia en Estrasburgo nació su admiración hacia la arquitectura ojival, que, en unión de su entusiasmo por Shakespeare, inspiraron su drama *Goetz de Berlichingen.—Werther* es una novela sentimental que se dice influyó de tal modo en el espíritu público, que puso de moda el suicidio, mientras que los ánimos religiosos de ortodoxia luterana atacaron rudamente al poeta por corruptor de la moral, al convertir en heroísmo el crimen. En sus obras de crítica zahirió para vengarse á todos sus detractores; en sus *Sátiras* resucitó el espíritu antiguo de la mofa, ora grotesca, ora de culta mordacidad; en sus *Cantos juveniles* se reveló como poeta popular; en sus comedias confirmó su ingenió, y, por último, para cultivar todos los géneros del Teatro, hasta escribió *Claudina de Villabella* y otras obras, en que alternaban la declamación y el canto.—*Ifigenia*, drama de corte enteramente clásico; *Torcuato Tasso*, creación romántica, y *Egmont*, empezado en su juventud y terminado en la madurez de su vida, son obras de mérito indiscutible.—En otros ramos, escribió su *Diario* de viajes y sus *Memorias*, siendo también muy notable su *Correspondencia*, la *Teoría de los colores*, la *Metamórfosis de las plantas*, *Guillermo Meister*, sorprendente

novela; *Hermann y Dorotea*, idilio encantador en prosa; las *Afinidades electivas*, traducciones de clásicos y modernos autores, obras en colaboración con Schiller y cien trabajos más, cuya lista sería interminable.

El Fausto, por último, ocupó toda su vida, puesto que comenzado casi en la adolescencia, no lo terminó sino un año antes de morir. Algunos quieren considerarlo como la epopeya de la Edad Moderna; y aunque no pueda admitirse esta apreciación, sí es cierto que constituye un portentoso ensayo de epopeya en que se refleja el espíritu filosófico y racionalista de esta edad. De todos modos, Fausto es un poema épico admirable de lo más perfecto que ha producido el ingenio humano, á pesar de los lunares que se le señalan, sobre si es más ó menos completo, si carece de la tan decantada unidad y otros.—Y hasta ha habido crítico que en su exageración llama al Fausto capricho de viejo, digno de ser relegado entre las producciones insípidas y sin valor; y todo porque Goethe no quiso dar á los *Nibelungos* toda la importancia que querían concederle en su tiempo, quienes lo desenterraron y que en los días actuales ha llegado el entusiasmo por el viejo poema hasta rayar, más que en lo inverosimil, en lo ridículo.—La crítica imparcial, sin embargo, concederá siempre uno de los primeros puestos entre los genios de la poesía á Goethe, y colocará al *Fausto* entre las obras de mayor importancia que se ha producido en la historia general de la literatura.—No nos hemos de entretener en publicar su argumento, tanto por ser conocidísimos, cuanto porque su pensamiento se funda en la leyenda popular de que ya hemos hablado.

Fausto.—Poema.—Dedicatoria.—De nuevo os presentáis, formas aéreas, flotando á mi vista entre luz y oro. ¿Intentaré ahora como entonces detener vuestro vuelo? ¿Podrá mi corazón, helado por la edad y las penas, sentir las ilusiones de otros tiempos? ¡Ah! Venid, acercaos, llegad á mí, dulces imágenes; porque cuando del seno de las húmedas nubes os veo hoy lanzaros hacia mí, ¡cosa extraña!, siento mi corazón conmovido estremecerse de juventud á la influencia del fresco ambiente que impulsa hacia mí vuestra falange.

Veo en vosotros la imagen de felices días y entre ellos más de una sombra querida, como animada por voz antigua y casi exánime, y re-

cobro los dos primeros sentimientos de la primavera de la vida: el amor y la amistad.

También el dolor se reanima, la queja lamenta el laberinto humano y su curso tortuoso, y nombra á todos los buenos que, deslumbrados por el falso brillo de la dicha, se desvanecieron á mi vista en la flor de sus años.

Imposible os será, nobles almas, oir los cantos que he sido el primero en dirigiros, pues el eco de los días primeros se ha perdido enteramente por haber dejado de existir la cohorte amiga. Mis lamentos sólo hieren los oídos de multitud desconocida, cuyos aplausos contribuyen á oprimirme el corazón; todos los que lograban olvidar su dolor con los cantos que mi pecho exhalaba, los que en otro tiempo se dejaban fascinar por mi palabra, si viven en el mundo, ¡ay! están ausentes.

Siento revivir en mi corazón los ardientes deseos que antes me animaban por ese vago imperio, por ese mundo de los espíritus tan bello y sosegado; flota mi canto, cual arpa eólica, en sonidos misteriosos, y me causa el sereno vapor que contemplo un estrecimiento de dicha. Corren mis lágrimas; tibio y suave ambiente desvanece el aterismo de mi corazón y veo en lontananza cuanto poseo, y no tardaré en ser nuevamente dueño de todo lo que huyó de mí.

Primera parte de la tragedia.—La noche.—*Gabinete de estudio.*—Fausto. Llaman. ¡Entrad! ¿Quién vendrá de nuevo á importunarme?

Mefistófeles. Soy yo.

Fausto. Entra.

Mefistófeles. Debes decirlo tres veces.

Fausto. ¡Entra, pues!

Mefistófeles. Así me gustas; espero que nos entenderemos. Sólo por disipar tu mal humor me presento cual joven noble en traje de púrpura bordado de oro, con la esclavina de raso al hombro, la pluma en el sombrero y una larga y afilada espada al lado, aconsejándote que desde ahora te vistas del propio modo, para que enteramente libre vengas á gustar lo que es la vida.

Fausto. Cualquiera que sea el vestido que use, no por ello sentiré menos las miserias de la existencia. Soy demasiado viejo para no pensar más que en divertirme, y sobrado joven para no tener deseos. Por lo tanto, ¿qué es lo que puede el mundo ofrecerme? ¡Debes privarte, te es la privación indispensable! Hé ahí la canción eterna que zumba en todos los oídos, y que durante la existencia nos repite cada

hora con su voz bronca. Cada mañana me despierto azorado, y de buena gana derramaría amargas lágrimas al ver que el nuevo día no ha de colmar ni uno solo de mis ardientes deseos, sino que, al contrario, ha de desvanecer en su curso los presentimientos de toda alegría y hacer abortar las creaciones de mi turbado espíritu. Y luego, cuando viene la noche me tiendo en el lecho poseído de la mayor inquietud por saber que me aguardan en él, no el reposo, sino espantosos sueños. El espíritu que reside en mí puede agitar profundamente mi alma y disponer de mis fuerzas todas; pero es al parecer impotente en el exterior; por esto me es la existencia insoportable, por esto deseo la muerte y detesto la vida.

MEFISTÓFELES. Y, sin embargo, nunca es la muerte un huésped bien recibido.

FAUSTO. ¡Dichoso aquel á quien la muerte corona de sangrientos laureles en el fragor del combate, ó aquel á quien, después de la embriaguez del baile, sorprende en los brazos de su amada! ¡Ah! ¡Que no pueda yo contemplar al grande Espíritu y morir en mi éxtasis sublime!

MEFISTÓFELES. Y no obstante, hay quien no ha osado tomar esta noche cierto licor oscuro.

FAUSTO. Parece que el espionaje te complace.

MEFISTÓFELES. No poseo la ciencia universal, pero sé bastantes cosas.

FAUSTO. Pues bien, ya que un sonido grato y dulce me ha librado de mi terrible angustia, despertando en mí los sentimientos de la infancia con el recuerdo de mejores tiempos, maldigo todo lo que con sus ilusiones impulsa al espíritu hacia tan lamentables abismos. ¡Maldito sea el orgullo humano; maldito el falso brillo que deslumbra nuestros sentidos; maldito todo lo que engendra sueños de gloria y de grandeza; maldito sea todo cuanto nos hace desear la posesión de una mujer, de un niño, de un criado ó de un coche; malditos sean Marimón y sus tesoros, que nos hacen acometer empresas temerarias, y que nos embriagan después, ofreciéndonos la copa de ilícitos placeres; malditos sean el amor y sus ardientes transportes; malditos sean, en fin, la esperanza, y, sobre todo, la paciencia!

CORO DE ESPÍRITUS, *invisible*. Ya has destruído todas las bellezas del mundo con tu poderosa mano; sólo nos quedan algunas ruinas que irán rodando hasta el fondo del caos. A un semidiós se debe esta destrucción general. ¡Séanos al menos lícito llorar sobre la vasta tumba que encierra tanta belleza! ¡Oh, tú, el más bello y poderoso de los hi-

jos de la tierra, reconstrúyele, infúndale tu corazón nueva vida, para que podamos cantar nosotros tu inmortal obra.

. . . . . .

FAUSTO. Pobre demonio, ¿qué es lo que tú puedes darme? ¿Ha habido, por acaso, ninguno de tus semejantes que haya podido comprender al hombre en sus sublimes aspiraciones? ¿Qué es lo que puedes ofrecerme? Alimentos que no sacian; oro miserable que, como el azogue, se desliza de las manos; un juego en el que nunca se gana; una joven que en medio de sus protestas de amor hará guiños al que esté á mi lado, ó el honor, falsa divinidad que desaparecerá como un relámpago. Muéstrame un fruto que no se pudra antes de estar maduro, y árboles que se cubran diariamente con un nuevo verdor.

. . . . . .

MEFISTÓFELES. Desde hoy, pues, me constituiré en criado del doctor; sólo me falta advertiros una cosa, á saber: que en nombre de la vida ó de la muerte exijo de vos algunas líneas.

FAUSTO. ¡Cómo! ¡Nunca hubiera creído que llegase tu pedantería hasta el punto de pedirme un escrito! ¿Es posible que conozcas tan poco al hombre y que no sepas lo que vale su palabra? ¿No basta el que yo haya pronunciado aquélla que para siempre dispone de mi vida? ¿Crees que en medio de la tempestad que agita y hace retemblar al mundo sobre sus cimientos pueda nunca obligarme una palabra escrita? ¡Qué quimera tan arraigada en nuestros corazones! ¿Quién intentaría siquiera evadir su cumplimiento? Dichoso aquél que conserva pura la fe en su seno por no serle costoso ningún sacrificio. Pero un pergamino escrito y sellado, es un fantasma para todo el mundo, y sin embargo, la palabra espira al transmitirla la pluma, no quedando más autoridad que la del pergamino. ¿Qué quieres de mí, maligno espíritu, bronce, mármol, pergamino ó papel? También dejo á tu elección si debo escribirlo con un estilo, con un buril ó una pluma.

De **Werther**.—22 de Mayo.

Muchas veces se ha dicho que la vida es un sueño, y no puedo desechar de mí esta idea. Cuando considero los estrechos límites en que están encerradas las facultades intelectuales del hombre; cuando veo que la meta de nuestros esfuerzos estriba en satisfacer nuestras necesidades, que éstas sólo tienden á prolongar una existencia efímera; que toda nuestra tranquilidad sobre ciertos puntos de nuestras investigaciones no es otra cosa que una resignación meditabunda, y que nos entretenemos en bosquejar deslumbradoras perspectivas y figuras

abigarradas en los muros que nos aprisionan; todo esto, Guillermo, me hace enmudecer. Me reconcentro en mí mismo y hallo un mundo dentro de mí; pero un mundo más poblado de presentimientos y de deseos sin formular, que de realidades y de fuerzas vivas.

Cuantos se dedican á la enseñanza convienen en que los niños no saben darse cuenta de su voluntad; pero por más que para mí sea una verdad inconcusa, no creerán muchos que los hombres, como los niños, caminando á tientas sobre la tierra, ignorando de dónde vienen y adónde van, son poco menos que autómatas, y exactamente como los niños, se dejan gobernar con juguetes, confites y azotes...

EL ÁGUILA Y LA PALOMA.—Fábula. (Trad. Lasso, B. U.)

Un águila audaz se lanza
á su presa en raudo vuelo.
Aguda flecha la alcanza:
en vano á su objeto avanza,
y herida desciende al suelo.

Rota un ala, su dolor
devora en la selva oscura,
hasta que al fin de natura
el bálsamo bienhechor
la profunda herida cura.

Del bosque se arrastra fuera:
mueve el ala destrozada,
mas por el hierro tronchada,
ni la indigna presa espera
alcanzar la infortunada.

Tristemente se coloca
en la margen de un riachuelo:
contempla el roble que toca
las nubes, el alto cielo,
la elevadísima roca.

Una lágrima oscurece
aquella mirada intensa,
A la infeliz que padece,
blanca paloma aparece
en el espacio suspensa.

Va siguiéndola su esposo,
que allí en sus vuelos la llama
al riachuelo bullicioso,
al mirto, á la altiva rama
ó sobre el césped frondoso.

En aquel vuelo inconstante
que tal pareja describe,
esta en breve no distante
el ave herida percibe
con su angustia penetrante.

La paloma con dulzura
La contempla. – ¿Por qué es tanta
le dice, aquí tu amargura?
La desdicha se quebranta
si olvidarla se procura.

Para verte aquí dichosa,
¿qué te falta, amiga mía?
¿No te defiende esta umbrosa
arboleda silenciosa,
del ardiente rey del día?

Sobre el musgo hermoso y blando,
¿no te place ver cuál mueve,
sus frescos soplos gozando,
al arroyo el aura leve
que va sus linfas rizando?

De las flores el rocío
hallarás aquí: alimento
las frutas del bosque umbrío
pueden darte, y al sediento
sus aguas dan este río.
La ventura verdadera,
oh, amiga, en saber consiste
satisfacerse en su esfera
con poco, y en donde quiera
este poco siempre existe

El águila tristemente
exclamó: ¡Oh, amiga mía!
¡Oh, dulce amiga inocente!
tu sabia filosofía,
¿cómo es posible me aliente?
La infeliz agradecida
del ave el consuelo toma,
pero murmura afligida:
—¡Hablaste compadecida
como una humilde paloma!

De **Herman y Dorotea**. (Traducción de Cabrerizo.)

Canto 7.º—*Dorotea.*—Como suele volver el caminante sus miradas hacia el sol cuando se esconde este astro en el dorado horizonte, y ve, deslumbrado en su resplandor, su imagen vagando en un bosquecillo opaco, y cerca de una roca, y donde quiera que miran sus ojos la encuentra de nuevo, luciendo trémula y ornada en riquísimos colores; así ve Herman la imagen de la doncella pasando prestamente á su vista y siguiendo la senda de su morada. Mas luego, cesando el sueño que le asombraba, lleva sus lentos pasos hacia la aldea; vuelve de nuevo á su admiración, y le parece que viene á su encuentro la imagen hermosa: considérala más atentamente, y no es una sombra engañadora, sino la doncella misma, llevando en sus manos por las asas dos cántaros desiguales, y apresurándose por llegar con ellos á la fuente. Va alegre hacia ella, y animado con su vista, mientras Dorotea se muestra también admirada:—«Joven activa—le dice,— vuelvo á hallarte, como hace poco, ocupada en dar alivio á los males ajenos y en socorrer los dolores de los hombres; mas dí, ¿por qué vienes sola á este manantial lejano, mientras tus compañeros acuden contentos á las fuentes de la aldea? Es verdad, estas aguas tienen particulares virtudes y son sumamente agradables, y tú querrás sin duda llevar de ellas á aquella mujer enferma que salvaste con tanto cuidado.»

La hermosa criatura saluda graciosamente al mancebo y le responde: «El trabajo de venir á este manantial ya está para mí pagado, pues encuentro en su orilla al hombre generoso que nos ha colmado de dones: la vista del bienhechor es tan agradable como el mismo beneficio. Venid á ver por vuestros propios ojos á los que disfrutan de vuestros presentes, y á recibir las gracias de los pacíficos corazones vueltos por vos á la vida. Mas debo deciros antes por qué causa vengo

sola á buscar agua en este manantial cristalino é inagotable. Al llegar á nuestra aldea, algunos imprudentes enturbiaron todas las aguas haciendo pasar los caballos y los bueyes por el conducto que las traía; el ansia de lavar los lienzos y los utensilios ha hecho ensuciar igualmente los pozos y los estanques; cada cual piensa en sí sólo, y absortos todos en la necesidad presente, la remedian llenos de ardor, y apartan de su pensamiento la necesidad venidera.»

Diciendo estas palabras, baja los anchos escalones acompañada de Herman, y van juntos á sentarse en la pared del manantial; inclínase Dorotea á llenar un cántaro, y él, tomando el otro, se inclina hacia aquellas mismas aguas; ambos ven ondear en ellas sus imágenes sobre un cielo azulado; háblanse moviendo lentamente sus cabezas, y se saludan enternecidos en aquel espejo. — «Quiero beber de esta agua—dice al instante el joven satisfecho,—y ella le presenta su cántaro. Y permanecen así sentados con sencilla confianza, apoyados sobre los vasos. Mas ella dice á su amigo: —«Habla, ¿cómo te encuentro en este paraje sin tu carro y tus caballos, tan lejos del sitio donde te vi primero? ¿Por qué, joven, por qué viniste aquí?»

Herman pensativo bajaba los ojos, y luego, alzando hacia Dorotea una mirada apacible, los fija con cariño en las luces de su amada, y siente tranquilizarse la agitación de su pecho. Mas con todo, no osaría manifestarla su amor, porque las miradas de la doncella solamente expresaban penetración y virtud, y mandaban una respuesta dictada por la razón.

Wilhem Meister.—1.ª parte.—*Años de aprendizaje.*—Traducción de José de Fuentes.—Libro 3.º—Capítulo 1.º

¿Conoces el país donde maduran los limones?
En el follaje sombrío brilla el naranjo de oro:
dulce brisa sopla del cielo azul;
el mirto discreto, el laurel soberbio, allí se levantan.
¿Lo conoces?
¡Allí es, allí es!
¡Oh, mi muy amado, adonde yo quisiera ir contigo!
¿Conoces la casa? Su techo descansa sobre columnas.
La sala brilla, la sala resplandece,
y las estátuas de mármol se levantan y me miran:
«¿Qué te han hecho á tí, pobre niña?»
¿Las conoces?
¡Allí es, allí es!

¡Oh, mi protector, adonde yo quisiera ir contigo!
¿Conoces la montaña y su sendero brumoso?
La mula busca en ella un camino por entre las nubes:
en las cavernas habita la vieja raza de los dragones.
La roca se precipita, y por cima de ella el torrente.
¿La conoces?
¡Allí es, allí es
adonde nuestro camino nos conduce! ¡Oh, padre mío, partamos!

(Beethoven ha puesto en música esta composición juntamente con otras cinco de Gœthe. Ob. 75.)

Cuando al día siguiente por la mañana Guillermo buscó á Linda por la casa, no la encontró; pero supo que había salido muy temprano con Melina, que había venido á buscarla para que le ayudase á transportar el guardarropa y el resto de los accesorios del teatro.—Al cabo de algunas horas oyó música en su puerta. Al pronto creyó que era el arpista; pero conoció los sonidos de una guitarra, y la voz que cantaba era la de Linda. Abrió la puerta; la niña entró, y cantó el lied que acabamos de reproducir.—El aire y la expresión agradaron singularmente á nuestro amigo, aunque no comprendió todas las palabras. Hizo que lo repitiera y explicara las estrofas, las escribió y las tradujo al alemán. Pero sólo pudo imitar débilmente la originalidad de los giros, la sencillez infantil de la expresión desaparecía cuando la lengua incorrecta se convirtió en regular y lo incoherente en ordenado. Nada podía compararse con el encanto de la melodía.—Linda empezaba cada estrofa con pompa y solemnidad, como para preparar la atención para alguna cosa extraordinaria. En el tercer verso el canto se hacía más sordo y más grave; estas palabras: *¿Lo conoces?* emitíalas con una intención misteriosa. Una aspiración irresistible se manifestaba cuando decía: *¡Allí es, allí es donde yo quisiera ir contigo!* y sabía modular en cada repetición el estribillo de tal manera, que era al principio suplicante y apremiante, después apasionado y lleno de promesas.—Luego que hubo concluído el canto por segunda vez, se quedó un momento silenciosa, fijó en Guillermo una mirada profunda, y le preguntó:

—¿Conoces tú ese país?

Presumo que es la Italia—respondió él.—¿De dónde has tomado esa canción?

—¡La Italia!—repitió Linda pensativa.—Si vas á Italia, llévame contigo; tengo frío aquí.

—¿Acaso has estado ya allí, queridita mía?—preguntó Guillermo.

La niña guardó silencio, y no pudo sacarse de ella nada más.—Melina, que llegó á esto, examinó la guitarra, y se mostró muy satisfecha al encontrarla ya tan bien arreglada.

Schiller (1750-1805). Destinado en un principio á la carrera eclesiástica, después estudió Medicina para seguir la de su padre, que la ejercía en la milicia. Entró él también á servir en un regimiento; pero dado lo delicado de su naturaleza, desertó, dedicándose con todo su entusiasmo á la literatura.—La lectura de las obras de Goethe, más tarde su amigo y colaborador, la de los clásicos y de los enciclopedistas franceses, especialmente Rousseau, formaron su espíritu.—Como lírico, sus notas dominantes son el canto á la libertad y al heroísmo; así es cómo su protesta viva hacia las conveniencias mezquinas de la sociedad y el desprecio hacia la organización social, produjeron su drama *Los bandidos*. Esta obra creó un género del bandolero romántico, que se ha desenvuelto más ó menos en otras literaturas, incluso la española, con vario éxito.—Y si en este drama procura atenuar y hasta hacer simpáticos á los ladrones, en el titulado *Fiesko* se defiende el sentido republicano. Autor dramático de primera fuerza, no se agotó su vena en una sola dirección, sino que su lira fué de múltiples cuerdas, como lo prueba el drama *Intriga y amor*, donde se presentan en contraste singular la hidalguía y la vileza en medio de la corrupción cortesana. *Don Carlos*, hermosa creación, más que un drama de familia es una trama encaminada á la tendencia de idealizar la libertad, sublimando el sacrificio, y *Wallenstein* (traducción española por Gerardo de la Puente), en fin, ha quedado como obra inmortal, así como *María Estuardo* y *Guillermo Tell*.—En cuanto á su poema épico, el influjo pagano ocasionó su canto á los dioses de Grecia, y el espíritu descreído en cuya atmósfera vivía, provocó su poema titulado *Resignación*, en donde se duda de las penas y recompensas de la otra vida.

La historia, la estética, la filosofía, envuelta como en la época de Platón con el ropaje de la poesía, la crítica, las traducciones y estudios de los autores antiguos y modernos, todos los géneros los cultiva y en todos brilla con la simpática aureola de su noble personalidad. Schiller, por contraposición á Goethe, es un espí-

ritu más puro y cándido, y tiene, en cambio, como el autor de *Fausto*, la nota común de haber sabido mezclar en superior maridaje la correcta severidad del arte gentílico con la bella libertad de las variadas formas del más exaltado romanticismo.—Entre sus poesías no ha de olvidarse el poema *La campana*, traducido al español por Hartzenbusch.—He aquí, ahora, cómo habla Schiller de Göthe, con lo que se retratan ambas personalidades.—(*Göthe*, por González Serrano, páginas 169 y 170.)

Me haría muy desgraciado – escribía Schiller á su amigo Koerner,—vivir con Goethe, porque creo que *es un gran egoísta*. Tiene talento para captarse la voluntad de los hombres con repetidas deferencias y *buenas acciones*, pero obra como un Dios, con el plan preconcebido de procurar los más grandes goces á su amor propio. *Le detesto*, aunque tengo una alta idea de su inteligencia, que amo profundamente; ha despertado en mi alma una mezcla singular de odio y amor muy semejante á la que Bruto y Casio sentían por César. Le mataría para amarle en seguida con todo mi corazón.

Ha venido Goethe, escribía otra vez Schiller á Koerner, á vernos con Mad. Herder y Mad. Stein. No ha perdido nada la alta idea que de él me había formado, pero dudo *podamos nunca acercarnos*. Más que en años, en experiencia y desenvolvimiento personal me lleva tan inmensa ventaja, que no *podremos jamás encontrarnos en nuestro camino*. Como no ve el mundo con los mismos ojos que yo, todas nuestras ideas son diferentes. Nada definitivo se puede concluir, sin embargo, de esta entrevista; *el tiempo sobre todo*.

«*Me importa mucho la opinión de Goethe*. Aunque considera, quizá »con razón, demasiado extensa la poesía, *Los Dioses de la Grecia* ha »merecido, no obstante, su aprobación. Como me juzga con cierta »parcialidad hostil, y deseo saber toda la verdad respecto á mí, creo »que es Goethe el único hombre que *puede hacerme este servicio. Le »rodearé de espías* para saber lo que piensa de mis obras.»

Escena XV del acto 4.º de **Los bandidos**. (Trad. de D. Corchon. B. U.). Moor.—¡Larga... larguísima noche será ésta, pues nunca amanecerá! ¿Creéis que voy á temblar, sombras de los que maté? ¡No, no temblará Moor! El pavoroso estertor de vuestra agonía, vuestros rostros desencajados, vuestras anchas y profundas heridas no son más que otros tantos eslabones de la indestructible cadena del destino que pende del capricho de mi nodriza, de mi preceptor, del temperamento de mi

padre, de la sangre de mi madre. ¿Por qué han hecho de mí un monstruo cuyas entrañas devoran la humanidad? *(Amartillando la pistola.)* ¡Oh tiempo y eternidad! ¡cómo os abrazáis sobre el cañón de esta pistola! ¡Oh llave pavorosa que cierras detrás de mí la cárcel de la vida, y abres ante mis pasos la mansión de la eterna libertad! ¡Dime! ¡oh, dime! ¡Adónde me conducirás? ¿A qué tierra desconocida vas á llevarme? La humanidad no puede menos de sucumbir ante este pensamiento. Sucumben los sentidos; y la fantasía, tratando de remedarlos, nos engaña presentando á nuestra abatida imaginación los más horribles fantasmas ¡No, no, no! un hombre no debe vacilar, como quiera que seas tú, ¡oh más allá desconocido! Con tal que mi *yo* me sea fiel, ¡sé como quieras! Las apariencias no son más que el color del espíritu. ¡Yo mismo soy mi cielo y mi infierno! *(Fija la vista en el horizonte.)* ¿Y si tan sólo me hubieras dejado una zona reducida á ceniza, que hubieras desterrado de tu vista una zona cuyo único horizonte fué la noche solitaria y el eterno desierto? Podría yo entonces poblar con mis ensueños el silencioso vacío, y tendría tiempo durante la eternidad para analizar el triste y confuso cuadro de las miserias humanas... ¿Querrás tal vez á fuerza de renacimientos, y teniéndome incesantemente acosado por nuevos espectáculos de miseria, reducirme poco á poco á... la nada? ¿No podré acaso cortar el hilo de la existencia en el otro mundo tan fácilmente como en éste? Puedes reducirme á la nada... pero esta libertad no me la puedes arrebatar. *(Empieza á cargar la pistola; de pronto se detiene.)* ¿Voy á morir por temor á una vida llena de tormentos? ¿Proporcionaré á la miseria la victoria sobre mí mismo? ¡No! ¡Prefiero sufrir! *(Arrojando al suelo la pistola.)* ¡Haré que el dolor se embote en mi orgullo! ¡Iré hasta el fin! *(La noche se va volviendo cada vez más oscura; dan las doce)*

Escena V del acto 3.° de **Don Carlos**. (Trad. del anterior.)—EL REY (solo).—Ahora dame un hombre, Dios mío. Tú que tan pródigo has sido para conmigo, dame un hombre. Tú... Tú estás solo, pero Tu mirada penetra en lo más recóndito; yo, que no lo sé todo, como Tú, te pido un amigo, pues los compañeros que me has dado sabes ya lo que valen. Me han prestado cuantos servicios podían. Sus vicios íntimos, que he procurado refrenar, sirven para mis fines y purifican el mundo como tus tormentas. Necesito verdad: no es dado á los reyes descubrir su claro y transparente manantial entre los escombros del error. Dame un sér que, dotado de corazón puro y franco, de espíritu sano y una mirada imparcial, pueda ayudarme á descubrirla. *(Abre un cofrecito y saca de él un libro de memoria. Después de hojearlo un rato.)* Nombres,

sólo nombres... no encuentro aquí más que nombres, y ni siquiera recuerdo por qué servicios los he inscrito en este libro... Sin embargo, ¿qué puede olvidarse con más facilidad que el agradecimiento? Leo en este otro lado todas las faltas que cada uno de estos hombres tiene ó ha cometido. Esto no está bien. ¿Necesita acaso ayuda de memoria la venganza? *(Sigue leyendo.)* ¿El conde de Egmont? ¿A qué viene aquí ese nombre? Hacía ya tiempo que había ocurrido la victoria de San Quintín. ¡Váyase con los muertos! *(Borra su nombre y lo escribe en otra hoja, después de seguir leyendo.)* ¿El marqués de Posa? ¿Po...? ¿Po...? ¡Apenas si puedo acordarme de este hombre! Está subrayado dos veces, prueba de que le tenía destinado para grandes fines. ¿Es posible que este hombre haya huído hasta ahora de mi presencia? ¿Que se haya alejado de ese modo de su real deudor? ¡Vive Dios! ¡De seguro no hay en todos mis Estados otro hombre que no necesite de mí! ¡Si fuese ávido de riquezas ó de honores, si ambicioso, ya hace tiempo que se hubiese presentado ante mi trono! ¿Me atreveré á probarle? El que puede pasar sin mí debe ser bastante franco para decirme la verdad que ansío.

Escena penúltima de la obra.—REY.—No permito ese lenguaje. ¡Cálmate, Cardenal! No puedo resistir que se me hable de ese modo.

INQUISIDOR.—¿Por qué habéis evocado la sombra de Daniel. He dado dos reyes al trono español, y esperé dejar después de mi muerte una obra sólidamente establecida; mas veo perdido el fruto de mi existencia, pues el mismo D. Felipe violentamente sacude los cimientos de mi edificio. Decidme ahora. ¿Para qué me habéis llamado? ¿Qué hago aquí? Decídmelo, pues no tengo ganas de repetir esta visita.

REY.—Un favor, el último que te pido, y después podrás irte en paz. Olvidemos lo pasado y hagamos las paces. ¿Estamos ya reconciliados?

INQUISIDOR.—Si Felipe pide humildemente perdón, sí.

REY.—*(Después de una pausa.)* Mi hijo piensa rebelarse contra mi,

INQUISIDOR. - ¿Y qué intentáis hacer?

REY.—Nada... ó todo.

INQUISIDOR.—¿A qué llamáis *todo* en estas circunstancias?

REY.—Le dejo huir si no puedo permitir que muera.

INQUISIDOR.—¿Y bien?

REY.—¿Puedes infundirme la creencia de que puedo asesinar á un hijo?

INQUISIDOR.—El Hijo de Dios murió en la Cruz para aplacar la eterna justicia.

REY.—¿Quieres que Europa entera sea de ese parecer?

INQUISIDOR.—Así será donde quiera que se venere la Cruz.

REY.—Cometo un atentado contra la Naturaleza. ¿Crees que podrás también imponer silencio á esa voz poderosa?

INQUISIDOR.—Ante la Fe no tiene voz la Naturaleza.

REY.—Poniendo mi derecho en tus manos, ¿puedo retirarme tranquilo?

INQUISIDOR.—Dádmelo.

REY.—Es mi hijo único... ¿Para quién será entonces el fruto?

INQUISIDOR.—Para nadie mejor que para la libertad.

REY.—*(Levantándose.)* Estamos conformes. ¿Vamos?

INQUISIDOR.—¿Adónde?

REY.—A que te entregue por mi mano la víctima. *(Vánse.)*

Luis Uhland (1787-1862), lírico notable, mediano dramaturgo y filólogo distinguido. Sus poesías patrióticas en el tono de un romanticismo templado le hicieron intervenir en la política, escribiendo con sumo acierto baladas y canciones.—Su estilo era muy propio para este género por su sencillez, dote que le ha hecho el poeta más popular en Alemania, después de Schiller. A continuación va una de sus baladas. (Traducción Lasso):

LA HIJA DEL JOYERO

En su tienda está el joyero
entre perlas y diamantes:
—La joya que yo prefiero
entre todos mis brillantes
eres tú, bella Leonor,
tierna hijita de mi amor.

Galán entró un caballero:
—Guárdeos Dios, linda doncella;
Dios os guarde, buen joyero:
de oro una guirnalda bella
con joyas me habéis de hacer;
para mi esposa ha de ser.

Cuando estuvo concluída
la guirnalda reluciente,
Leonor, toda entristecida,
estando su padre ausente,
de su brazo la colgó
y á su brillo otro añadió.

—¡Cuán dichosa es la doncella
cuya ha de ser la guirnalda!
Si en vez de esta joya bella,
de rosas una en mi falda
me arrojara aquel galán,
¡cuán dulce fuera mi afán!

Tornó en breve el caballero;
de su joya mira el brillo:
—Que me place, buen joyero.
De diamantes un anillo
ahora me habéis de hacer:
para mi esposa ha de ser.

Cuando estuvo concluída
la sortija reluciente,

Leonor, toda enternecida,
estando su padre ausente,
en su mano de marfil
probó la joya gentil.
—¡Cuán dichosa es la doncella
cuyo ha de ser el anillo!
Si en vez de esta joya bella,
de pelo un rizo sencillo
sólo me diera el galán,
¡cuán dulce fuera mi afán!
Tornó en breve el caballero;
de ambas joyas mira el brillo:
—Que me placen, buen joyero,
la guirnalda y el anillo
dignos de la esposa son
que eligió mi corazón.
—Para ver cuál la ornarán,
acercáos, niña hermosa,
quiero ver cómo os están
los joyeles de mi esposa,
que esa dama, sabe Dios,
es tan bella como vos.
Era un domingo temprano,
y la niña tierna y gaya
su aderezo más galano
vestía y su mejor saya;
que iba al templo su oración
á rezar con devoción.
Confusa y ruborizada
acercóse al caballero,
que en su frente nacarada
el aro ciñó primero,
y el anillo colocó
en su mano, y la estrechó.
—Leonor cara, niña hermosa,
á tanta virtud me humillo,
que eres tú la tierna esposa
á quien guirnalda y anillo
ofrezco; si de otra hablé,
tan sólo por burla fué.
—Nacida entre perlas y oro,
y entre diamantes criada,
hija de tanto tesoro,
por fuerza estás destinada
á merecer tal honor
de mi nobleza y valor.

Antítesis del anterior es **Enrique Heine** (1789-1856), poeta de talento originalísimo. Si el anterior es religioso este israelita es impío, y en su sátira florentina nada perdona, desde lo más alto á lo más insignificante de la tierra. Abjuró su religión convirtiéndose al protestantismo; abandonó el comercio y estudió jurisprudencia; escribió en francés tan correctamente como en alemán y en sus geniales poesías aparecen alternativa ó simultáneamente el escepticismo y el misticismo, la melancolía y la ironía sangrienta, por lo cual se le ha llamado el poeta «proteico», por su distinta manera de ser, inquieta y dolorosa, íntima y burlesca. Escribió tragedias sin éxito, pero en cambio sus líricas han recorrido el mundo entero y muchas de ellas asombran por su pensamiento original y sus atrevidas frases.—También escribió sobre viajes.

EL AZRAÍTA. (Trad. J. Clark. Biblioteca Universal.)

Á tiempo que el sol declina,
la hija bella del Sultán
á una fuente se encamina,
cuya linfa cristalina
murmura con hondo afán.

Y en la orilla de esa fuente
halla á un esclavo parado,
cuando el sol baja á Poniente,
y halla el dolor en su frente
cada día más marcado.

Una tarde la Princesa
le habla llena de coraje.,
mientras que él su falda besa;
—Tu patria al punto confiesa:
dí tu nombre y tu linaje.

—Mohamed, los yemenitas
allá, en mi patria, me llaman
soy de aquellos azraítas
(bien os lo dicen mis cuitas)
que se mueren cuando aman.

Lorelei (hada moradora de las orillas del Rhin).

No sé lo que por mí pasa,
que tal tristeza me da:
un cuento de edad remota,
clavado en mi mente está.

Sopla el cierzo y anochece,
y tranquilo corre el Rhin,
la cumbre del monte dora
el sol que baja á su fin.

Sentada allá arriba se halla
la más hermosa mujer:
relucen sus joyas de oro,
de oro es su pelo también.

Se peina con peine de oro,
se peina y canta á la par,
y tiene mágico hechizo
su melodioso cantar.

El pescador en su barca
la oye con hondo placer;
no repara en los escollos,
mira en alto á la mujer.

Al fin perece en las olas
con su barca el pescador,
por prestar incauto oído
á ese canto seductor.

LOS DOS GRANADEROS

Camino de Francia van
heridos dos granaderos
que en Rusia, con duro afán,
se entregaron prisioneros.

Y al llegar á la frontera
de Alemania, sin aliento,
triste nueva les espera,
les aguarda otro tormento.

Francia ha sido derrotada;
y á pesar de su valor,
su hueste está desbandada,
cautivo su emperador.

Lloraron amargamente
uno y otro granadero.
—Cuál quema esta herida ardiente
dijo el uno; yo me muero.—

—Contigo morir quisiera
también, el otro le dijo;
pero en la patria me espera
con su madre el tierno hijo.

—¿Qué importan de hijo y esposa
la pobreza y el dolor,
cuando en cárcel afrentosa
preso está mi emperador?

Otórgame, hermano, un ruego,
que en breve voy á morir,
entiérrame en Francia luego;
quiero en su seno dormir.

—

EL DONCEL HERIDO

Recuerdo una antigua historia
que es lúgubre y triste asaz:
ama un doncel á una dama,
pero la dama es falaz.

Es fuerza que menosprecie
por falsa á su dama infiel,
y por innoble la llama
que le domina cruel.

Quisiera entrar en la liza
y gritar con alta voz:
—que se apercibа á la lucha
el que no acate mi amor.

Sin duda callaran todos,
menos su amargo dolor;
tendría que alzar la lanza
contra el propio corazón.

CANTARES

Diéronme aviso y consejo,
y me colmaron de honores;
dijeron que si esperase,
serían mis protectores.

Y á pesar de sus promesas,
me quedara en esqueleto,
á no ser por un valiente
que me sacó del aprieto.

Dióme pan aquel buen hombre:
lo ensalzaré eternamente.
Siento no poder besarle:
soy yo mismo ese valiente.

Cuadros de viaje.—Tr. del alemán por L. G. Ajejas—T. II.—B. C. Parte segunda.—*Viaje de Munich á Génova.*—Cap. 33.—Esta ciudad es antigua sin arqueología, estrecha sin familiaridad y fea sobre toda ponderación. Está construída sobre una roca, al pie de unas montañas, en forma de anfiteatro, que ciñen el más bello de los golfos. Los genoveses recibieron, por tanto, de la Naturaleza el mejor y más seguro de los puertos.

Como, según queda dicho, toda la ciudad está situada sobre una sola roca, para aprovechar espacio, tuvieron que construirse las casas muy altas y las calles muy estrechas, así que casi todas ellas son sombrías y sólamente por dos puede pasar un carruaje. Pero las casas apenas sirven á sus moradores, que en su mayoría son comerciantes, más que de almacenes y de dormitorios durante la noche; en los días de tráfico recorren la ciudad ó se sientan ante la puerta de su respectiva casa, ó más bien en ella, pues á no hacerlo así tocarían las rodillas de uno con las del vecino de enfrente.

Por el lado del mar, especialmente por la tarde, ofrece la ciudad mejor aspecto. Extiéndese á la orilla como el blanquecino esqueleto de un gigantesco animal que el mar hubiera allí arrojado; hormigas negras, que se llaman genoveses, pululan cual reptiles en torno suyo; las azuladas olas la bañan murmurando una especie de canto de nodriza, y la luna, el pálido ojo de la noche, la contempla desde su altura con tristeza.

Schopenhauer (1788-1860) también representa, como el anterior, el espíritu pesimista de nuestros tiempos éste filósofo que ha echado por tierra con su odio concentrado la metatísica dominante en Alemania.—Por esta obra demoledora ha alcanzado su sistema filosófico boga.—Está expuesto metódicamente en el más importante de sus libros, titulado *El mundo como voluntad y como representación.*—Durante la mayor parte de su vida, el padre del pesimismo moderno, pasó inadvertido entre sus contemporáneos y él, que parecía despreciar la vida y más aún la sociedad, vivió amargado cruelmente por la insignificancia de su obscuridad.—En los últimos años de su existencia, sin embargo, pudo apreciar el influjo de su labor desvastadora al verse traducido en varias lenguas y comentados sus trabajos de estética, política, moral, etc. Acaso pueda decirse que este pensador es el origen de las teorías anarquistas que también aparecen en la literatura y en el arte.

Lenau (pseudónimo) (1802-1850), húngaro que murió loco, después de vivir sumido siempre en la melancolía.—Escribió épica *(Savonarola, Albiganses, Fausto* y *Don Juan).* Además de esos poemas, compuso muchas líricas pesimistas, como la de *Los tres gitanos,* que damos á continuación, traducida por Clark.

Cruzando vasta llanura
vi tres gitanos tumbados,
al pie de un sauce copudo
que crecía solitario.

El uno con el violín
en la garganta apoyado,
sonora voz producía
la débil cuerda rasgando.

El segundo, pipa en boca,
miraba el humo aromático,
feliz cual si allí gozara
del mundo el más dulce halago.

Y el tercero se dormía,
su arpa colgada en el árbol;
por las cuerdas iba el viento,
por su mente un sueño grato.

Remiendos de mil colores
cubrían sus toscos sayos;
pero burlábanse libres
é independientes del hado.

Y me enseñaron los tres
del destino á no hacer caso,
y á tañer, fumar, dormir,
mientra el tiempo va pasando.

Y al proseguir mi camino
me volvía á contemplarlos,
con esas caras morenas
y negro pelo rizado.

Richter (1773-1825), generalmente llamado por sus nombres, Juan Pablo, es un novelista muerto ciego en Bayreuth.—Su nota distintiva es el humorismo fantaseador, propio de un poeta en prosa, y en que la brillantez de la imaginación y el atractivo del estilo produjeron un entusiasmo extraordinario en Alemania, donde se le ha apeliidado «El único».—Una de sus obras, *Levana*, empezó á traducirse en español, sin que se haya terminado.

Los hermanos **Humboldt** (Alejandro y Guillermo) son dos escritores eminentísimos que, al estilo de Goethe, cultivan respectivamente las ciencias naturales y la literatura, la filología y la poesía.—Ambos nacen en las postrimerías del siglo XVIII, alcanzando nasta el promedio del XIX.—Los títulos nobiliarios de su familia, las misiones diplomáticas y científicas que desempeñaron, su talento colosal y la finura y atractivo de su trato, les conquistan las simpatías generales.—De Guillermo se citan, entre otras obras, elegías, trabajos de estética y, sobre todo, estudios filológicos. Para nosotros tiene una excepcional importancia esta personalidad por sus investigaciones sobre el vascuence («Investigaciones sobre los habitantes primitivos de España en 1821», en francés), así como para los mejicanos y otros pueblos de América por haber estudiado su lengua y publicado trabajos (en alemán).

De Alejandro, que pasa por ser un de los más grandes sabios del siglo XIX, son famosas todas sus obras, muchas de las cuales han sido vertidas al castellano por Bernardo Giner de los Ríos, y alguna, en colaboración con José de Fuentes. (*Cosmos.—Ensayo de una descripción física del mundo*, tres tomos; *Cuadros de la Naturaleza; Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América;* y en publicación, *Ensayo sobre la isla de Cuba.)*

Final de la *Introducción* de los *Sitios*, etc.—Al emplear en el curso de estas investigaciones las frases *monumentos del Nuevo Mundo, progresos en las artes del dibujo, cultura intelectual*, no quiero designar un estado de cosas que indique lo que vagamente se llama una civiliza-

ción muy adelantada. No hay dificultad mayor que la de comparar naciones que siguen caminos diversos en su perfeccionamiento social; y así mejicanos y peruanos no pueden juzgarse con arreglo á principios tomados de la historia de los pueblos que nuestros estudios nos recuerdan á cada paso; aléjanse de los griegos y los romanos, cuanto se acercan á los tibetanos y etruscos. Un gobierno teocrático dificultaba el desenvolvimiento de las facultades individuales entre los peruanos, á pesar de que favorecía los adelantos de la industria, las obras públicas y cuanto revela, por decirlo así, una civilización en masa. Entre los griegos, por el contrario, antes del tiempo de Pericles, no correspondía á los progresos lentos de esta civilización en masa un desarrollo tan libre y rápido. Asemejábase el Imperio de las Incas á un gran establecimiento monástico, en que se prescribe á cada miembro de la congregación lo que le toca hacer en pro del bien común. Cuando se estudia á los peruanos en los mismos lugares de su existencia, obsérvase que han conservado, á través de los siglos, su fisonomía nacional y se aprende á estimar en su justo valor el código de leyes de Manco-Capac y sus efectos sobre las costumbres y la felicidad pública de este pueblo, en que se disfrutaba de un cierto bienestar general que no trascendía á la dicha privada; más que amor patrio resignación á los decretos del soberano, obediencia pasiva sin entusiasmo, tratándose de atrevidas empresas; un espíritu de orden regulando minuciosamente las más indiferentes acciones de la vida, sin grandes ideas ni elevación de carácter. Aquellas instituciones políticas, de las más complicadas que la historia nos muestra, tenía ahogado el germen de la libertad individual y permitían lisonjearse al fundador de Cuzco, con poder obligar á los hombres á ser felices cuando sólo eran en realidad simples máquinas. Indudablemenre esta teocracia personal se manifestaba como menos opresora que el gobierno de los Reyes mejicanos; pero uno y otro han contribuído á dar á los monumentos, al culto y á la mitología de los dos pueblos montañeses ese aspecto triste y sombrío que tanto contrasta con las artes y dulces ficciones de la Grecia.

(De Guillermo).—**Las nubes.**—(B. U.)

Flotando van las nubes por el cielo,
ya sueltas una á una, ya apiñadas;
ya rojas aparecen, ya nevadas,
ya negras como noche de hondo duelo.

Así las gentes viven en el suelo,
con el mundano ornato engalanadas;
se juntan, se separan despechadas,
como la bruma en inconstante vuelo.
Pero implacable sobre sus cabezas
cierne sus alas el poder divino,
sin reparar en míseros antojos.
No le avasallan ruegos ni proezas;
á cada cual señala su destino,
que es fuerza obedecer con ciegos ojos.

Entre los juristas debe citarse en este sitio, por haber influído grandemente en España, á **Röder,** discípulo de Krause y fundador de una escuela criminalista, alguna de cuyas obras han sido vertidas al castellano por Francisco Giner de los Ríos; y **Ahrens,** de igual escuela filosófica, psicólogo y jurisperito, cuyos libros también se han traducido por Lizárraga, Linares, Azcárate, etc.

Han de citarse en este lugar, por la resonancia que han tenido sus trabajos en España, á los hermanos **Schlegel;** á Augusto, como traductor al alemán de Calderón y autor de una obra de Literatura crítica del arte dramático, y á Federico, por su Historia de la literatura. traducida al castellano (Barcelona, 1843).—**Weber,** cuya Historia general ha sido también traducida y avalorada con notas por Sanz del Río. (V. t. I, pág. 341).

Schack, historiador asimismo, muy apreciado entre nosotros por su libro *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia,* traducido por D. Juan Valera. (Véase tomo I, pág. 25).

Hoffmann, cuyos cuentos fantásticos estuvieron muy en moda á mediados del siglo XIX. (Versión castellana).

Vischer, estético, también muy estimado por ser uno de los favoritos del ilustre catedrático de la Universidad central Don Francisco Fernández y González.—**Mommsen,** historiador, también traducido en España.

Nietzche, autor muy de moda por su originalidad, y el popularísimo entre nosotros **Fastenrath.**—Y, en fin, los poetas austriacos, **Zedlitz,** el Conde de **Auersperg** *(Maximiliano, ó el último caballero),* **Halm** (pseudónimo) y otros muchos.

XIX.—Inglaterra.

La lengua inglesa es una mezcla del teutón y de los idiomas románicos, habiéndose encontrado, por mitad, raíces germánicas de un lado, y francesas, latinas y griegas del otro.—El inglés es la lengua más extendida de todas en el globo, hablándose en las cinco partes del mundo. Su sencillez gramatical y su brevedad lógica, favorecen tal vez su desarrollo y propagación; así como los medios materiales de riqueza de Inglaterra y de los Estados Unidos contribuyen al dominio universal, no siempre civilizador y casi siempre injusto; con lo que desmiente la raza anglo-sajona sus teorías filantrópicas, que, de algún siglo á esta parte, habían influído de un modo romántico en Europa, señalándose á ambos pueblos como el modelo de la libertad y de la justicia. Ha de atribuirse, por consiguiente, también á la fuerza bruta la causa del desenvolvimiento de la lengua.—En su origen, el celta, el latín, el danés, introducidos por invasiones en Inglaterra, dejaron algunos rastros, como también persistieron en sucesivas incursiones elementos de las lenguas escandinava y normanda. Pero lo propiamente germánico, anglo-sajón, ha sido lo que se ha perpetuado á través de todas las conquistas.

La literatura inglesa es fecunda y variada. Los anglo-sajones tenían profundo sentido poético, y desde los tiempos primitivos, consta que existían cantos populares, de los cuales apenas se conservan sino huellas dudosas. Por sus cualidades de raza se desenvolvió rápidamente su literatura primitiva en tiempo en que Europa yacía ó ligada á la civilización romana, ó en honda barbarie.—En el siglo VI una leyenda guerrera ya muestra estas condiciones; en el VII, se traducen á lengua vulgar obras más ó me-

nos clásicas del latín. En cambio, casi se detiene de pronto desde principio hasta el promedio del siglo XI, durante la invasión de los normandos. Aunque éstos tratan de imponer su lengua, se conserva el sajón, resistiéndose á admitir esta nueva cultura, como se había hecho con la romana.—Pero este movimiento de protesta popular que se repite en todas partes y siempre, no alcanza á las clases elevadas, las cuales admiten á los vencedores procurando troquelarse con la moda del sol que nace. Y así se imitan en una literatura erudita los modelos franceses. De modo que se puede asegurar que la lengua del pueblo sigue siendo la sajona y la nobiliaria y literaria, la francesa, importada por los trovadores. Al terminar el siglo XIII los *ministreles* ó *minstreles*, cantan al estilo de estos trovadores. Y tales bardos se inspiran principalmente en la religión y la leyenda, procurando imitar á aquéllos en el donaire y elegancia cortesana. Algún poeta trata de detener el curso del dialecto normando, que amenaza generalizarse, pero aún más allá del siglo XIV se mantiene, hasta que Eduardo III lo suprime de la jurisprudencia; y de allí en adelante empieza á decaer el francés y á fundarse la verdadera literatura inglesa.

Iniciado el gran siglo de Isabel, surgen prosistas y poetas por todas partes, y aunque se resucita el gusto clásico de las literaturas paganas, se mantiene el espíritu y sentido nacional de la Edad Media.—De igual manera se produce el efecto general de otras literaturas modernas, dejándose influir por el renacimiento y llegando en la exuberancia de adorno y depuración del estilo al *marinismo* de Italia y al *gongorismo* de España, que aquí se denomina *eufuismo*, impuesto principalmente por el poeta y novelista Lily, á fines del siglo XVI.

Pero la literatura inglesa, brillante y digna de elogio, no habría llegado á ser tan estimada y hasta idolatrada en el mundo sin la existencia de Shakespeare, coloso del teatro, y que por cierto, recientemente, vuelve á ser discutida su existencia, como ha ocurrido con Homero y con otros genios de la literatura.

El fanatismo puritano marca un estacionamiento, ya que no consigue un verdadero retroceso en la literatnra, y singularmente en la escena. La Biblia fué el enemigo del drama; la teología pre-

tendía ocupar el sitio de la ciencia; la moral ascética quería imponerse nuevamente en la vida social, no con la rigidez de los principios, sino con la ruda flagelación anacoreta. Y juegos, espectáculos, diversiones, toda manifestación de alegría pública ó de regocijo familiar, quiso ahogarlo el puritanismo.

La figura de Milton, el político vehemente y poeta sublime, surgió en medio de este puritanismo é influyó en defensa de las letras para que no se derrumbase la obra de la poesía. Cierto que constituye una excepción el célebre secretario de Cromwell, que mantiene la violencia puritana para la política y á la par el culto á lo bello y á la literatura clásica.

La reacción sobreviene, y la época de tiranía ejercida sobre el teatro se convierte, no ya en libertad, sino en licencia, y se extiende desde la vida ficticia de las tablas hasta la vida real.

Pero como todas las exageraciones, tuvo existencia efímera este libertinaje, y la consecuencia fué que, en vez de privar sobre todos los géneros el dramático, se desenvolvieran otros, iniciándose, el gran dominio de la novela, singularmente, que después había de constituir para Inglaterra, en tiempos posteriores, una de sus más merecidas é inmarcesibles glorias. Aunque la filosofía se cultiva en estos tiempos en latín (principios del siglo XVII) y la poesía se deja influir por el gusto francés, está germinando la era clásica y siglo de oro en este período que se llama el siglo de la Reina Ana. La corrección en las costumbres, la dignidad social y la elegancia, se reflejan en la literatura con los poetas y prosistas de todas clases, comenzando este movimiento desde la segunda mitad del siglo XVII y llegando al primer cuarto del XVIII.

La segunda mitad en cambio de este siglo, agitada en todas partes, había de influir necesariamente también en el tranquilo campo literario, declinando la imaginación de un lado y aun el lenguaje de otro, y sustituyéndose como consecuencia natural la poesía por la historia y la elocuencia. Este último nuevo elemento poderoso de las sociedades políticas surge allí donde la vida pública absorbe la atención social: y oradores é historiadores de primera fuerza ocupan el campo hasta el primer tercio del siglo XIX.

Mas de igual modo que en Alemania se resucitaron los

poemas populares primitivos, en Inglaterra empezó el culto también por las leyendas tradicionales y la poesía de los primeros tiempos, produciéndose el movimiento romántico iniciado por Cower, mantenido por Burns y llevado hasta el extremo por Byron, cuyo influjo se esparció, y quizá más amplia y rápidamente en el resto de Europa, que en su propia patria. De este movimiento es hija la novela contemporánea inglesa, que ha llegado á constituir lo que un autor apellida «el quinto poder del estado, si se admite que la Prensa constituya el cuarto».

La importancia verdaderamente asombrosa de la literatura durante el reinado de María Victoria pasará á la posteridad como uno de los períodos más brillantes del espíritu humano, traducido en todas las esferas. La filosofía inglesa ha recorrido el mundo y se ha impuesto, ó influído al menos, en todas partes con Spencer. Las ciencias físicas y naturales deben á Inglaterra los nombres de Tyndhall y Darwin; la oratoria cuenta con modelos como Gladstone; la economía política, con Cobden; la poesía, con Tennyson; todas las formas imaginativas ó racionales tienen una amplísima y selecta representación que maravilla al mundo.

Como la Gran Bretaña pasa sucesivamente por varias invasiones, hasta el siglo XI en que se ve libre, son cinco los elementos de que se compone la lengua y que influyen en la literatura. Á saber: celtas primitivos, romanos, anglo-sajones, dinamarqueses y normandos.—De todos ellos el elemento que sobrenada es el anglo-sajón, llevado de Alemania, y más parecido al flamenco y al holandés que al propio alemán antiguo; aunque el elemento danés se mostró muy característico en Alfredo el Grande, que escribe en un idioma influído por el de aquellos dominadores.—La característica de la literatura inglesa es como si dijéramos indígena, sobresaliendo el humor *(humour)* que la ha hecho célebre á través de la historia.—La versificación en los primeros tiempos se fundaba en el ritmo poético de la *aliteración*, siendo los versos pareados, de cinco sílabas y dos acentos, empezando por la misma letra las dos sílabas acentuadas del primer verso y la primera acentuada del segundo. – Esta aliteración es frecuente en los co-

mienzos de todas las lenguas modernas y aún se advierte en las clásicas, griega y latina, y conocido es el verso latino «O Tite, tule Tati tibi tanta tyranne tulisti», la frase francesa: «Ton the, t'a-t-il oté la toux», y el proverbio español «quien da pan á perro ajeno, pierde pan y pierde perro»; en el verso de Espronceda: «es-«tático ante tí me atrevo á hablarte», ó el de Zorrilla: «al fin fué fuerza partir», ó, por último, el sabido y humorístico anuncio de «D. Pío Pita Pizarro, pintor pobre, pinta países por poco precio».....—Es, pues, general en las lenguas la forma popular de la aliteración que en la inglesa tiene, sin embargo, marcada importancia en los comienzos del idioma.

La literatura inglesa suele dividirse en cuatro períodos, comprendiendo el primero desde sus comienzos hasta el siglo XVI; el segundo el XVI y primera mitad del XVII; el tercero desde esta época hasta fines del XVIII, y el último el siglo XIX hasta nuestros días.—Nosotros, sin embargo, siguiendo el plan que nos hemos trazado, y tomando por norma á Rod, y en algunas cosas á Bouchet, y á Tivier, aceptaremos la división que hemos adoptado para todas las literaturas modernas, que no hemos de repetir aquí.

Los primeros documentos literarios propiamente ingleses, son cantos guerreros ó religiosos, entre los cuales se han de contar, como primitivos, los de **Ossian,** bardo escocés y héroe del siglo III, que, como Homero, muere ciego. Este vate gaélico ha sido después, en el siglo XVIII, hecho célebre por el poeta Macpherson, de quien nos ocuparemos; y aquí sólo hemos de notar su existencia. Le sigue otro poeta, no menos legendario que él, **Beowulf,** del siglo V, importado á Inglaterra por los dinamarqueses, generalizándose en los dos siglos siguientes.—Se reduce su obra á narraciones de los combates del héroe (Beowulf) contra un monstruo que asolaba los Estados del rey de Jutlandia. Viene á ser el héroe, por tanto, el Aquiles del Norte, constituyendo dicho poema el primer ejemplar de la literatura caballeresca.—Para que se juzgue del estilo y estructura de este canto marcial

del gusto anglo-sajón, transcribimos un *fragmento* de la muerte de Grendel:

Grendel, el monstruo espantoso, se detuvo ante la escalera del castillo de piedra, andando hacia la puerta, la cual hundió con sus puños de fuego, quemando, en su cólera, la entrada de la casa; se precipitó en seguida á través de la sala multicoloreada; un relámpago malvado despedían sus ojos, semejantes á dos llamas. En el salón dormían los guerreros del séquito del héroe. La vista de los mismos incitó al enemigo, al horrendo malhechor, á arrancar á los bravos durmientes el alma del cuerpo. Un furor devastador lo enloquecía. El infortunado padre de Hygelak vió que el monstruo iba á atacarles; pero el malhechor, sin perder tiempo, cogiendo de improviso á uno de los guerreros dormidos, lo desgarró en dos: machaca sus huesos, bebe la sangre de sus venas y se lo traga hecho pedazos. Cuando ya ha tragado enteramente el cuerpo del mísero, hasta los pies y las manos, cuando, siempre avanzando, dirige sus puños sobre el más noble de los valientes, que duerme en su lecho de descanso, Beowulf, á su vez, lo coge, apoyándose sobre su codo.

El horrendo monstruo sintió entonces, que jamás encontró de un cabo al otro de la tierra, otro hombre de tan temible garra. El miedo nacía en su corazón; sin embargo, no podía huir, á pesar de las ganas que tenía de refugiarse en su antro, en compañía del diablo. La obra suya de este día no le salía bien como en otros tiempos. El huésped de la casa de Hygelak, el valiente Beowulf, pensando en los cuentos de la velada, se había levantado rápidamente y lo había cogido por los brazos: los dedos del monstruo crugían bajo la presión del héroe. Él, el potente de otras veces, no deseaba mas que huir y ganar lo antes posible su húmedo retiro, porque reconocía la fuerza de las manos que lo estrechaban... ¡Qué mal negocio la llegada de Beowulf!...—La sala de armas retumbaba... El enemigo de Dios aullaba su canto lúgubre; el canto de la derrota, el dolor de su herida. Su vencedor lo mantenía firme en los lazos de la muerte: ¡él, el más fuerte de cuantos hombres ha ilumiuado la luz de la vida!

Se supone que es del siglo VI, el siguiente canto de bardo sajón en que se celebra una victoria de los anglos contra pictos, bretones y danenes.

Cantú (*Cantos ingleses*).—Aquí el Rey Atelstan, Señor de los condes, Jefe intrépido de los barones, que da collares á los valientes, y su

joven hermano el noble Edmundo y muchos antiguos guerreros, mataron con el filo de la espada á los enemigos cerca de Brunam-Burg. Él y los suyos hendieron las gruesas murallas, demolieron las murallas elevadas; los Escotos y los hombres del mar han sucumbido en el combate. La llanura resuena. Los soldados hicieron tales esfuerzos que el sol, que se había levantado de las olas por la mañana, esa gran lumbrera, antorcha del Señor, recorrió todas las llanuras, y la acción de los valientes concluyó antes que se ocultase.

Allí yacían muchos soldados y corría su sangre; hombres del Norte que habían recibido la muerte sobre sus escudos, hombres de Escocia, rojos con la fatiga de la batalla.

El ejército sajón, tropa escogida, permaneció firme todo el día... Mató á los que emprendían la fuga: los mató con la espada de afilado corte.

Los hombres del Norte izando sus velas (y ¡ay de los que quedaron en el mar oscuro en las aguas profundas!) buscaron á Dublin. En el país todos sintieron la vergüenza de haber huído. Olaf huyó con algunos soldados y derramó lágrimas al surcar los mares. El extranjero no referirá esta batalla sentado junto al hogar en compañía de su familia; pues que sus deudos perecieron en ella, y no verá más á sus amigos. Los reyes del Norte en sus consejos se quejarán de que sus guerreros hayan querido arriesgarse á combatir con los hijos de Eduardo.

Atelstan y su noble hermano vuelven á las tierras del Westsex, habiendo dejado tras sí los restos de la guerra, que son el ave marina de canto lastimero, el sapo de piel amarillenta, el cuervo negro de retorcido pico, el airón, que fabrica su nido en los árboles elevados y devora al pez del arroyuelo, el voraz gavilán, el gamo de color gris y el lobo feroz.

Caedmon, sirviente en una Abadía de Gorkshire, compuso un poema hacia el siglo VII, en que parafrasea la Biblia (antiguo y nuevo testamento), cuyo asunto es la caída de los Angeles, creación del mundo, expulsión de Lucifer, descripción del infierno, etc.; poema en que se dice se inspiró Milton para el suyo. Caedmon usó mucho la aliteración de que antes se ha hablado.— Es notable el *Discurso de Satán:*

Este estrecho sitio que mi Señor me ha asignado es muy diferente del otro que antes conocíamos en el reino de los cielos, aunque por

orden del Omnipotente no podemos poseerlo. Debemos ceder nuestro imperio; no ha obrado bien Él, arrojándonos en el sombrío abismo del ardiente infierno y despojándonos del reino de los cielos, y decretando establecer en él á los hombres. Es la mayor de mis penas que Adán, que está hecho de barro, deba poseer mi alto puesto; que se establezca allí entre la alegría y que nosotros soportemos este duro tormento, esta miseria en este infierno. ¡Oh! si el poder estuviese entre mis manos, este ejército... Pero ligaduras de hierro me detienen. Una cuerda de hierro me oprime; soy impotente. ¡Las garras del infierno me han cogido tan firme y duramente! Aquí hay un gran fuego, por encima y por debajo: jamás he visto tan horrible paisaje; la llama no disminuye jamás en el infierno... Alrededor de mí se extienden anchas rejas de duro hierro forjadas al blanco, á las cuales Dios me ha atado por el cuello.

Alfredo el Grande (848-901) reinó en el último tercio del siglo IX, siendo destronado por los dinamarqueses; cultivó durante el interregno la poesía, traduciendo en prosa, además, libros latinos, entre los cuales se cuentan las *Confesiones* de San Agustín y una colección de máximas, sentencias y apotegmas, muchas de las cuales permanecen aún en la conversación inglesa como artículos de fe.—No solamente fué guerrero insigne, si que también gobernante ilustre y príncipe civilizador, puesto que á él se debe la fundación de la Universidad de Oxford.

Layamon, sacerdote galo, á principios del siglo XIII compone un poema titulado *Bruto*, que es la poesía inglesa más antigua, después de la conquista. Su asunto está tomado de los trovadores.

Roberto de Gloucester, monje, escribió hacia fines del siglo XIII una Crónica rimada en inglés, en que se narra la historia de Inglaterra hasta la terminación del reinado de Enrique III.

Pero el creador de la lengua culta y literaria inglesa parece ser **Godofredo Chaucer,** que florece desde mediados á fines del siglo XIV. Paje real, brilló como mensajero de sus soberanos en la diplomacia, y por su ingenio en el pueblo. Más que por su originalidad, es notable por la habilidad con que adapta lo que conoce de otras literaturas. Dominó la francesa y la italiana, en las ocasiones en que fué enviado á estas Cortes por Eduardo III.

Dejando á un lado otras obras de menos importancia, debe

citarse como la principal sus *Cuentos de Cantorbery*, poema incompleto, en que pinta con vivos colores escenas llenas de interés. Se supone que el poeta camina en una cabalgata en peregrinación á la tumba de Santo Tomás de Cantorbery, y para entretener el camino se cuentan unos á otros los romeros, una serie de historietas; y dicho se está que, dada la época, el gusto y el probable influjo en Chaucer de Bocaccio, las más de ellas son excesivamente picantes, rayando en la obscenidad. El poema estaba ideado con otra serie de cuentos, al regresar.—Se presentan en éstos, los principales tipos vivientes de la Edad Media, á saber: el caballero, el escudero, el médico, el estudiante, la abadesa, el fraile, el vendedor de indulgencias y otros. Entre los tipos más salientes, está el del noble Thopas, que es como si dijéramos un hidalgo al estilo de D. Quijote.—Surge en ellos, como hemos apuntado anteriormente, ese espíritu juguetón y profundo á la vez, entre formal y burlesco, del característico *humor*.—Por la importancia del estilo y lo genuinamente inglés que son tales cuentos, se coloca su autor á la cabeza del primer período en el renacimiento, de la literatura inglesa.

La lengua de los troveros del Norte de Francia llamada *d'oil* y de los trovadores del mediodía que empleaban la lengua *d'oc*, influye poderosamente en la literatura erudita de Inglaterra, rápidamente convertida en popular. El idioma nacional moderno procede de esta mezcla de las lenguas citadas, con el anglo-sajón propiamente dicho. Y así los *minstreles* vulgarizaron el nuevo lenguaje, fundando en gran parte la literatura caballeresca, así como la satírica contra los frailes, de cuyas burlas son muestra elocuente algunos cantos famosos de la época de Guillermo el Conquistador.—En esta literatura caballeresca, debe citarse el poema de Alejandro Magno, que se repite en todas las literaturas europeas y los poemas devotos, entre los que sobresale el del *Santo Graal*, de que se habló y del que añadiremos lo siguiente:

El *Santo Graal* es un vaso sagrado que se supone fué la copa usada por Jesús, donde llevó á cabo el misterio de la Consagración. Su sola presencia realizaba los milagros más extraordina-

rios. La busca de este cáliz constituía uno de los asuntos de la caballería andante devota, y sirve de motivo, directa ó indirectamente, para episodios de otros poemas caballerescos del mismo período.—Análogos á este poema son las leyendas del *Encantador Merlín*, de *Lancelot del lago*, la *Muerte de Arturo* (personaje en torno del cual gira toda la caballería de la Tabla Redonda), y por último, *Ricardo, corazón de león*, donde se retratan las Cruzadas.—De todos estos poemas heroicos, llamados del tercer círculo, de Arturo y de la Mesa Redonda, es el principal en su ficción el de Tristán. El mismo nombre indica que es enteramente elegiaco; y en esa «tristeza» se pinta con dulces matices el amor meláncolico, siempre deseado y nunca poseído, á través de maravillosas hazañas de la caballería andante. Tristán fué el personaje preferido de tales poemas en todas las naciones; pero, para templar la monotonía y evitar el fastidio de la lectura en esta fábula, se añadió la historia de Lanzarote, más alegre entretenida.

Otra clase de poesía de este período es la popular de las baladas, donde en vez de cantar asuntos de caballería cristiana, se pinta á los bandoleros que constituyen héroes honrosos, porque son, como si dijéramos, soldados de la conquista ó de la independencia inglesa. Llámase esta poesía, generalmente, de los «cazadores furtivos», porque tales bandidos eran lanzados á los bosques por las leyes normandas.—Este tipo de ladrón en la época medioeval, y aun posteriormente, retratado en la poesía, ha sido caballeresco, según se notó, en la literatura alemana, y como puede comprobarse en los «bandidos generosos» de la española.—El romance más importante entre estos poemas es el del aventurero *Robin Hood*, balada que refleja la naturaleza galana de Escocia é Inglaterra.

Por último, hay en este segundo período, que media desde la invasión normanda hasta el siglo de Isabel I, otra clase de poesía satírica, que se desarrolla en el siglo XIV, toda ella dedicada á la censura mordaz contra monjes, obispos y hasta Papas: como si se preparase entonces ya una reforma religiosa, asentando su independencia la iglesia nacional inglesa, enfrente de la universal, católica.

Entre estos poemas, generalizados bajo el título de *Biblias*, los hay muy notables, como el *Credo del Judío*, el *Evangelio de las mujeres* y el *Pater noster de los glotones*, surgiendo en todos el espíritu humorista, que constituye, según se ha indicado repetidas veces, el nervio de esta literatura.

Juan Mandeville (1300-1372) estudia medicina, y pasando á los Santos Lugares, llega á servir al Sultán de Egipto, visitando luego varios países orientales. Al volver á su patria, escribe la narración de sus *Viajes por tierra y por mar*, en donde hay una mezcla de atinadas observaciones y de cuentos estravagantes.

Una lección mahometana sobre los vicios de los cristianos.—... El Sultán me pregunta cómo los cristianos gobiernan en nuestro país, y le respondo:—Muy bien á Dios gracias. – Y él me contesta. – Seguramente que no, porque vosotros los cristianos no tenéis en cuenta que no servís á Dios fielmente. Deberíais dar ejemplos del bien al pueblo bajo, y se los dáis del mal. Los cristianos en los días de fiesta, en lugar de ir á la Iglesia á dar gracias á Dios, se van á la taberna, entregándose á la glotonería día y noche; comiendo y bebiendo como bestias que no tienen razón ni discernimiento... Deberían ser sencillos, dulces, fieles. Dar limosna como Jesús, en quien ponen su fe, y hacen lo contrario... Y son tan avaros, que por un poco de dinero... Por sus pecados han perdido este país que nosotros tenemos... Y sabemos por nuestros profetas que los cristianos reconquistarán este país contra nosotros cuando sirvan á Dios más devotamente...

Juan Wicleff (1324-1384) se hizo sacerdote y fué catedrático de Oxford. Por sus atrevimientos contra el clero, se le destituyó; pero defendido por su talento é ingenio en la corte de Eduardo III, burlóse de sus enemigos el resto de su existencia. El Concilio de Constanza ordenó después que fuese desenterrado, quemados sus restos y aventadas sus cenizas. Su obra más importante fué la de haber fijado de una vez para siempre la prosa inglesa, por medio de su traducción (incompleta) de la Biblia.

Jacobo I, Rey de Escocia, compuso el poema titulado *Libro del Rey*, donde se cantan en doscientas estrofas sus desventuras y su amor también en el Castillo de Windsor, con Juana de Beaufort.

En las luchas de las Dos rosas, de York y de Lancaster, intervino el célebre jurisconsulto **Fortescue** (siglo xv). Durante su destierro por seguir la causa de la rosa encarnada, acompañó en su expatriación á Francia á la Reina Margarita, y allí escribió su hermosa obra política, sobre la *Diferencia entre la monarquía absoluta y la limitada.*

De las desgracias que resultarán á Inglaterra por el empobrecimiento de sus municipios.—Se ha dicho que sería buena cosa para el Rey el empobrecimiento de los Comunes de Inglaterra como ocurre con los municipios franceses; porque así no se rebelarían con tanta frecuencia, cosa que ni hacen ni pueden hacer las municipalidades francesas, que carecen de armas... y dinero... ¡Oh! cuán imprudente es la opinión de estos hombres, porque no se funda en razón alguna!...—*Item* cuando anteriormente á nuestros días, alguna revolución suscitada por los Comunes, ha nacido en el país, los hombres más pobres han sido los más grandes instrumentos, y los hombres acomodados se han opuesto por temor de perder sus bienes; pero algunas veces aun sólo las amenazas les han impulsado á unirse con los rebeldes .. de donde parece desprenderse que la pobreza ha sido la causa primera y dominante de todas estas revueltas. Y el pobre ha sido arrastrado á la revolución por la ocasión que se le ofrecía propicia á su miseria para adquirir bienes, y el rico ha ido con él para no convertirse en pobre, siendo él uno de los que perdían su propia hacienda.

Tomás Moro (1480-1535) es el autor del famoso libro titulado *La utopia*, modelo de muchas novelas políticas, y de la historia de Ricardo III, que se dice sirvió á Shakespeare para sus dramas. Enemigo de la reforma religiosa, condenó como juez á los reformistas; mas él también murió en el cadalso, víctima de la persecución anticatólica de Enrique VIII, después de haber sido favorito del monarca por el poema en que cantó á Catalina de Aragón. Parte de la enemistad del rey se debe á que no quiso su canciller prestar juramento á Ana Bolena ni separarse de la Iglesia romana.—*La utopia* está inspirada en *La República* de Platón, y es á la vez una crítica de la sociedad en que vivía y un cuadro de la sociedad ideal.—En 1891 le ha beatificado la Iglesia católica.

Por último, para cerrar este período hemos de hablar de **Ro-**

gerio Ascham, traductor en el promedio del siglo XVI de la primera edición oficial de la *Biblia*, y maestro de Isabel I.

Llámase al siglo de esta reina, «la edad de oro» de la literatura inglesa, siglo al que asimismo da su nombre Shakespeare, y que al igual de España con el gran desarrollo de la literatura, también muestra su gongorismo (eufuismo).—Entablada la lucha entre la dirección protestante que representa Isabel I (cultivadora ella misma de la musa clásica y conocedora del griego y del latín), y la dirección católica representada por María Estuardo, domina la primera, por más que los puritanos rechazaban todo entusiasmo hacia el paganismo, como temerosos de que la religión reformada se corrompiese, ya que no con el influjo católico de Roma, con el sentido gentil de los dioses del clasicismo.

Son precursores de Shakespeare ó completan el cuadro de su época varios autores de que se ha de hacer ligera mención.

El primero es Sir **Felipe Sidney** (1554-1586), sobrino favorito de Isabel I, conde famoso que herido mortalmente en la batalla de Gravelinas, prefirió que saciara la sed devoradora el soldado que expiraba á su lado antes que él.—Su obra *Arcadia* es un conjunto florido y amanerado de novela pastoril heroica.

Edmundo Spenser (1553-1599), virey de Irlanda, protegido también de Isabel, se educó en Cambridge, siendo su obra más importante *La Reina de las hadas*, historia del Príncipe Arturo, que enamorado de la protagonista, y armado por Merlín, va en busca de la señora de sus pensamientos. Dividido este poema en varios cantos, representa cada uno una virtud, así como la heroína simboliza á la reina Isabel que perfecciona la Iglesia y el Estado, mientras que la antagonista Duessa, significa á María Estuardo representante para él de la falsa religión católica, y á quien es preciso exterminar.

No ha de callarse entre los épicos á **Samuel Daniel** (? 1619), autor de un poema sobre la *Guerra de las dos Rosas*.

Por último, en este grupo figura **Juan Lily** (1554-1606) que, según hemos repetido en otras ocasiones, es el Marini de Italia ó el Góngora de España. Dió nombre á su estilo estrambótico, conceptista, con su novela *Euphues*, de lenguaje rebuscado y afectado

estilo.—Como ocurrió en otras partes, el público se extasió ante este género, corruptor del buen sentido y del buen gusto, constituyendo escuela: sobre todo las damas y la corte fueron sus más fervientes protectores.—También cultivó la Comedia.

Eufues y su Inglaterra.—*La constancia del amor.*—... Fidus... ¿Querrias tú que fuese inconstante con mi antiguo amigo y fiel al nuevo? ¿No sabes que el almendro tiene más fruto cuando viejo? Así el amor tiene más fe cuando avanza en años. Amor es como la viña en que las cepas jóvenes producen más vino, pero las viejas el mejor. El tierno amor se adorna con más brotes pero el amor experimentado da el jugo más dulce...

Considera Fidus, que una linda mujer inconstante se asemeja á un árbol verde sin frutos, ó á la imagen contrahecha que Praxiteles hizo de Flora; el que la mira de pie delante de ella, la ve llorar, por el lado izquierdo rie, por el otro duerme: con lo que se reconoce su conducta ligera, puesto que no ha podido reproducirla bajo una sombra constante... De tal manera el fiel amor ha echado raíces en mi corazón, que mientras más se le troncha más crece, mientras más se le poda menos sangra, mientras más se le carga más puede.

Cristóbal Marlowe (1563-1593), hijo de un zapatero, y que llevó una existencia desarreglada y violenta entre la taberna y los bastidores, murió en la riña de un tugurio.—A él se debe la introducción en la escena del verso libre, y la factura en los planes de la obra dramática que había de servir de modelo á Shakespeare. Entre sus obras, todas de palpitante interés dramático, debe citarse la *Vida y muerte del doctor Fausto.*

Roberto Burton (1576-1639), moralista, gran erudito y memoria portentosa, deslizó su existencia devorado por amargo atrabiliarismo, que formó escuela. El análisis del estado constante de su alma fué estudiado prolijamente en su famoso trabajo psicológico denominado *Anatomía de la melancolía.*—He aquí algo de él.

Cuando voy enteramente solo, meditando y pensando en diversas cosas previstas, cuando construyo castillos de naipes, sin remordimientos, sin temores, alegrándome con dulces fantasmas, me parece que el tiempo corre precipitadamente.—Todas mis alegrías, comparadas con esto, son locuras:—Nada tan dulce como la melancolía.

Cuando voy á pasearme enteramente solo, acordándome del mal que hice, mis pensamientos me tiranizan, el temor y el remordimiento me sorprenden y que marche ó que me esté quieto, me parece que el tiempo camina muy lentamente.—Todos mis aburrimientos, comparados con esto, son alegres:—Nada tan triste como la melancolía.

Cuando gozo y sonrío por mí y conmigo mismo, engañando al tiempo con pensamientos alegres, al lado de un arroyo ó en el verde bosque, sin que nadie me escuche ni me busque ni me vea, un millón de placeres me bendicen y coronan mi alma de ventura.—Todas mis demás alegrías son locura:—Nada hay tan dulce como la melancolía.

Cuando descanso ó paseo solo, suspiro y me aflijo y lanzo grandes gemidos, cierro mi corazón lleno de cuidados, y sumerjo mi alma como en sombrío bosquecillo, llena de descontento y de cólera y de mil miserias á la vez:—Todos mis fastidios, comparados á estos, son alegrías.—Nada es tan amargo como la melancolía.

Como historiador se ha de citar sobre todos á Sir **Gualterio Raleigh** (1552-1618), uno de los vencedores de la Armada de Felipe II que concibió el proyecto de colonizar la América del Norte, y trasladado á ella dió nombre á la región de Virginia en honor de la reina Isabel (virgen reina). Acusado en tiempo de Jacobo I de haber tomado parte en una conspiración, sufrió doce años de cárcel, y libertado al fin después de un viaje á América, fué preso nuevamente, y decapitado. Su obra principal: *Historia del Mundo* (de la Creación á la República romana).

Francisco Bacon (1561-1626) llegó á Canciller con Jacobo I, después de haber sido por espacio de muchos años miembro del Parlamento, donde brilló por su elocuencia é ilustración. Le fueron concedidos todos los honores y el título de Barón de Verulamio y Vizconde de Saint-Alban. Acusado por concusionario fué condenado por la Alta Cámara y preso. Una vez libre se retiró de la vida pública, para entregarse por completo á sus estudios filosóficos, acarreándose la muerte á consecuencia de una experiencia física.—Escribió en latín y en inglés, alternativamente, sus obras, y aunque no tuvo la importancia de los filósofos que crean algo nuevo en sus escuelas, ostenta en cambio el título de ser un sistematizador de la ciencia, volviendo el pensamiento filosófico hacia la experiencia y la observación, después de la desviación

sufrida largo tiempo, á consecuencia de la Metafísica escolástica. Su pretenciosa obra *Nuevo órgano* vino á significar una lógica opuesta al *Órgano* de Aristóteles. Además de clasificar los conocimientos humanos, mediante los estudios que acabamos de citar, también desarrolló su ingenio en psicología y en moral. Desde el punto de vista literario, es uno de los primeros prosistas de Inglaterra, y como pensador una de las figuras más grandes que encierra la historia de la ciencia.—Ha habido alguien que ha creído que Bacon es el mismo Shakespeare y que éste no ha exlstido.—Para muestra de su estilo, he aquí cómo en su soberbia juzga á Platon:

Ahora voy á hablar de ti, burlón amable, poeta hinchado, teólogo estravagante. Cuando tú lo hermoseaste todo é hiciste al mismo tiempo algunas observaciones filosóficas, aparentando ciencia con tu disimulo, pudiste bien inspirar algunos discursos en los convites de los hombres de Estado y de los literatos, é introducir algún atractivo en las conversaciones familiares; pero cuando te atreves á presentarnos falsamente la verdad como innata en el espíritu humano, y no como advertencia (indigenam nec aliunde commigramtem) y cuando con el nombre de contemplación enseñas al espíritu humano que no se adhiere nunca bastante á las cosas y á los hechos, á envolverse en la oscuridad y en la confusión de los ídolos, entonces cometes un pecado mortal. Y no menos culpado fuiste cuando hiciste la apoteosis de la locura, escudando los pensamientos más viles con la religión, y cuando te hiciste padre de la filosofía verbal, y bajo tus auspicios un gran número de personas insignes por su saber é ingenio, seducidas por los aplausos de la multitud, corrompieron el metodo más verdadero para obtener la verdad, contándose entre ellas, Séneca, Cicerón, Plutarco y otros muchos, turba delirante, como sabéis muy bien.

El partido puritano que hacia el promedio del siglo XVII imperó con verdadera tiranía en ocasiones, hizo que el llamado Parlamento largo cerrase los teatros abriendo un paréntesis en la hermosa y vasta obra llevada á cabo en primer término por *Shakespeare* y secundado por ingenios tan claros como el de **Benjamín Jonson**, su discípulo, y como él actor y autor, y cuya vida aventurera le llevó desde el oficio de albañil hasta la dirección

de los teatros, y desde la aureola del aplauso como dramaturgo, á la miseria más espantosa para vivir de limosna.

Cierra, en fin, como resumen de este siglo, la figura verdaderamente colosal de **Guillermo Shakespeare,** que viene á ser el Lope de Vega del teatro inglés; porque si bien es cierto que los citados le preceden, no lo es menos que á él se debe la consolidación de la reforma en la escena, pasando desde los milagros, misterios y moralidades del teatro litúrgico, al drama profano. El teatro en Inglaterra nace, como en todas partes, en la Iglesia, y á medida que avanza la cultura del público y se suavizan las costumbres y se depura el gusto se va huyendo de estas representaciones religiosas, donde no siempre son puras la acción ni las palabras, para convertir la escena en algo menos licencioso aunque haciendo intervenir asuntos enteramente profanos y pasiones completamente humanas.

Guillermo Shakespeare forma la verdadera escena nacional elevándola al más alto grado de perfección posible.—En su tiempo los teatros consistían en un edificio, generalmente aislado, de planta rectangular exteriormente y circular en el interior, sin techo para los espectadores y sólo cubierto el escenario. El tablado sencillo no tenía como accesorios de la decoración sino pocos objetos de madera ó lienzo, completándose la situación escenográfica con los carteles que informaban al público del lugar de la acción, de las mutaciones de escena ó de otros pormenores. Jóvenes imberbes desempeñaban el papel de mujer; pocos tipos característicos, como en el teatro griego, interpretaban las partes principales; el telón, lo mismo que en los corrales españoles, era una manta ó cobertor que tapaba el tablado; el público de preferencia llenaba las localidades de mayor comodidad sentado, y en el centro la multitud permanecía de pie en el patio, ó como hoy se dice platea. Finalmente alrededor del escenario también solían sentarse invitados de categoría, para presenciar la función, que comenzaba á media tarde y terminaba antes de faltar la luz.

Shakespeare (1564-1616) nace en Stratford, de familia modesta, que á fuerza de trabajo llega á la posesión de reducido cau-

dal, suficiente para costear al niño una educación esmerada. Reveses de la fortuna hacen que no se completen los estudios del adolescente, que apenas joven (diez y ocho años), se casa con una mujer de más edad que él, no siendo afortunado en las intimidades del hogar. Abandonado éste, marcha desde su pueblo natal á Londres, donde, dando curso libre á sus inclinaciones aventureras, entra á servir de palafrenero á las puertas de los teatros, cuidando de los caballos mientras los señores disfrutan de la representación. Después, el atractivo del arte le impulsa á hacerse apuntador, y ya entre bastidores, excitado su exaltado pensamiento, empieza á retocar obras de otros autores que á él mismo enardecen al interpretarlas como actor. Y á poco ya, director de escena y sonriéndole la fortuna, adquiere parte de la propiedad de un teatro en Londres: después se hace empresario y recorre con sus compañías, siempre en auge, algunas localidades de importancia. De entonces precisamente data la gran época de sus creaciones, escritas casi todas después de cumplidos los treinta años. Y á los cuarenta y ocho, dueño de un respetable capital, abandona Londres, se retira á Stratford, donde muere á los cincuenta y dos, de enfermedad contraída en un festín con sus discípulos.

Aunque reina cierta obscuridad acerca de alguna de sus obras, así como con respecto á varios episodios de su vida, se han distribuído sus 37 producciones en cuatro períodos. Sólo 15 de ellas las publicó el mismo Shakespeare. 1.°, *Tito Andrónico*, la trilogía *Enrique VI*, *Trabajos de amor perdidos*, *Desprecios*, *Los dos hidalgos de Verona*, *El sueño de una noche de verano* y *Ricardo III*.—2.°, Los poemas *Vénus y Adonis* y *Lucrecia*, *Romeo y Julieta*, *Ricardo II*, *El Rey Juan*, *El mercader de Venecia*, *Enrique IV*, (1.ª y 2.ª parte), *Enrique V*, *La fierecilla domada*, *Las alegres comadres de Windsor*, *Mucho ruído para nada*, *Como gustéis*, *El día de Reyes* y la mayor parte de sus 154 sonetos.—3.°, *Julio César*, *Hamlet*, *Medida por medida*, *Bueno es todo lo que acaba bien*, *Tróilo y Cresida*, *Otelo*, *El Rey Lear*, *Macbeth*, *Antonio y Cleopatra*, *Coriolano* y *Timón de Atenas*.—4.°, *Cimbelina*, *Pericles*, *El cuento de invierno* y *La tempestad*.

Se han caracterizado estos cuatro períodos diciendo que el

primero es el de adaptación á otros ingenios á quienes más ó menos imita; el segundo, el rico y abundante, fácil y alegre; el tercero, el de carácter trágico y esencialmente pesimista, y el cuarto, el menos fecundo y más sereno.

Las traducciones más escrupulosas (y aunque de todas las obras de Shakespeare, sólamente publicadas algunas), son las de D. Guillermo Macpherson, poeta estimable, y cuyo apellido ha sido ilustrado en la novela por una hermana suya y en las Ciencias naturales por su hermano D. José, recientemente fallecido.

Shakespeare, como decíamos al principio, es uno de los más grandes genios en la literatura, de la altura de Homero, Dante y Cervantes, significando en sus obras siempre lo profundamente humano. Su ingenio se asemeja muy singularmente al último de los escritores citados, gloria de España, porque comparte con él esa cualidad característica de que hablamos anteriormente (el humor), por medio de la que, con la sonrisa en los labios, dice los pensamientos más hondos, alternando la atractiva jovialidad y ligereza con el tremendo sarcasmo y la espantosa fuerza de la tragedia.—Sus cualidades características, si pudieran resumirse en un cuadro las condiciones geniales, son: serenidad perfecta en que una razón potente domina los asuntos para presentarlos con el reposo propio de los dioses; ironía delicada á veces, á veces sangrienta, que muestra el dejo pesimista como amargura propia del hombre que ha experimentado de cerca la desgracia; imaginación poderosa, creando con facilidad cuadros y caracteres; sensibilidad, en fin, tierna, que encarna en sus mujeres excepcionales y prodigiosas, y pasiones arrebatadoras llevadas á lo sublime y heroico ó á lo estupendamente trágico como presenta en sus personajes: es decir, todo lo más alto y selecto, todo lo más sublime, de una parte, y todo lo más cómico y ligero de que dan muestra á la vez algunas de sus composiciones. Por último, aquella serenidad de espíritu de que acabamos de hablar se patentiza especialmente en la distribución del plan de sus obras, tan sencillas en la trama como si fueran pedazos de la realidad reflejadas en clarísimo espejo. Recorre Shakespeare en el conjunto de sus obras toda la escala de los sentimientos humanos, todas las pasiones

encarnadas en cuantos caracteres típicos ha presentado la humanidad en la historia.—Shakespeare no ha sido debidamente juzgado ni entendido hasta época muy reciente, y entre nosotros, por ejemplo, el talento de Moratín, no llegó á penetrar el del coloso inglés, como lo prueban las notas en sus traducciones.

En cuanto al manejo de la lengua, Shakespeare es modelo tan rico, cuanto que su diccionario consta de quince mil vocablos, en tanto que el de Milton no llega sino á ocho mil.

En la *Muerte de César* transporta á la poesía la verdad histórica, eligiendo el momento en que coinciden el interés de la verdad y la belleza del asunto que produce la emoción estética.—En *Coriolano* adivina la situación de los patricios obligados á aplaudir á la plebe que desprecian, y presenta los motines de ésta agitándose entre el bien y el mal.—En *Marco Antonio* pinta el envilecimiento de éste y su pasión por Cleopatra, representando, como dice César Cantú, la mezcla oriental de altivez y amor, de deleite é inconstancia.—*Tito Andrónico* (su primera obra) es simplemente una refundición.—*Trabajos de amor perdidos* es una pieza ligera, ridiculizando el eufuismo.—La *Comedia de las equivocaciones* está calcada sobre la de Plauto.—El asunto de *Los dos hidalgos de Verona* lo tomó de una novela española, presentando la inconstancia del amor y las infidelidades de la amistad.—La leyenda medioeval y la tradición clásica, se presentan mezcladas en *El sueño de una noche de verano*, donde se retratan con pasmosa verdad los groseros hábitos de los artesanos ingleses.—*Bueno es todo lo que acaba bien*, está inspirada en un cuento de Boccacio, donde la modesta joven Elena casa con su amante, de gran posición, por intervención del rey, en pago á haber curado el monarca por la secreta medicina que ella le facilitara de su padre, médico.—En *Lucrecia* aceptó la leyenda romana de Tito Livio.—La epopeya nacional inglesa está desenvuelta en los diez dramas que llevan por títulos los nombres de reyes.—En *El mercader de Venecia* se pintan las pasiones del judío Shylock.—*La fierecilla domada* es transcripción de Ariosto.—*Mucho ruido para nada* también se funda en un episodio de la obra magistral de éste.—*La noche de Reyes* es una obra de ingenio, dotada de gran fuerza cómica.—En

Las alegres comadres de Windsor fotografía las costumbres inglesas antiguas, principalmente domésticas. El personaje más cómico creado por Shakespeare, Falstaff, aparece en esta comedia así como antes en *Enrique IV* enamorado de buena fe y burlado juntamente.—*Como gustéis*, donde muestra sus gracias la gentil Rosalinda, constituye una joya, donde se expresa la melancolía pesimista por boca de Jacobo.—*Hamlet* es la tragedia del pensamiento, como la ha llamado un autor, siniestra desde la primera aparición del espectro y en que se representa el drama mismo dentro del ejecutado por los cómicos, como episodio de la acción; y en donde contrastan la locura fingida de Hamlet y la real de Ofelia, contribuyendo todo al cumplimiento de la venganza de Hamlet por el crimen cometido con su padre.—*Otelo* es el drama de los celos; saltando desde la tranquila alegría del amor juvenil, hasta la brutal venganza y el suicidio horrendo.—*Macbeth*, tragedia más terrorífica aún, forma el cuadro del asesinato resucitado por el ensueño de una sonámbula.—En *El Rey Lear* la debilidad humana recorre toda la gama del vicio y la desventura, pintando costumbres crueles y salvajes propias de la época idolátrica de la Bretaña.—En el drama *Medida por medida* se fustiga la hipocresía; y, en fin, para no hacer interminable este relato, en la comedia *Timon de Atenas* satiriza la adulación, y en *Troilo y Cresida* la erudición pedantesca.

A continuación copiamos algunos trozos, menos de los que quisiéramos, y de los que merece tan insigne personalidad.

Romeo y Julieta.—Acto I, Escena 4.ª

MERCUCIO. La reina Mab te visitó sin duda;
es de las hadas comadrona. Llega
como el ágata exigua que en el dedo
luce de un Regidor; y las narices
del que duerme recorre en su carroza,
que arrastran atomísticos corceles.
Son patas de tarántula los rayos;
de alas de cigarrón es la cubierta;
da el gusano de seda los tirantes:

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

húmedos rayos de la luna, arneses;
concede el grillo un hueso para fusta,
que termina en el hilo de una araña;
mosquito chiquitín de gris librea
es el auriga, la mitad más chico
que tenue insecto que la dama extrae
del dedo ocioso con sutil aguja.
Hueca avellana es caja de su coche.
Obra de carpintero de la ardilla,
de *ab-initio* ebanista de las hadas.
noche tras noche en ese tren galopa
por cerebros amantes y ansias sueñan.
Por las rodillas va de cortesanos,
y sueñan cortesías. Por los dedos
de abogados, y sueñan con minutas.
Por los labios de damas, y al instante
sueñan con dulces besos, mas los quema
en ciertas ocasiones si percibe
que á infecto almíbar sus alientos huelen.
Del pretendiente la nariz recorre,
quien sueña con que al fin olió su empleo.
Con ápice de rabo de cochino
cosquillas hace al cura cuando ronca,
brindándole cercana canongía.
El pescuezo recorre del soldado,
que sueña con matar al enemigo
con asaltos y espadas toledanas,
con tragos como albercas, ó de pronto
oye el tambor, despierta, se reanima
sobresaltado, jura un *Padre nuestro*,
y se vuelve á dormir. Ella entreteje
la crin de los caballos por las noches,
y el cabello á los duendes desaliña
y ensucia y enmaraña en crespos rizos
que, peinados, auguran grandes males.
Ella es la bruja que visita el lecho
de la casta doncella, y la fascina
y por primera vez al mal la induce,
y en mujer de buen porte la convierte.
Ella...

ROMEO. Calla, Mercucio, calla, calla;
hablas sin ton ni son.
MERC. De sueños hablo,
hijos de los cerebros que reposan,
y engendros de la loca fantasía
más sutil en esencia que los aires,
y varia más que el viento, que ahora mismo
el seno besa del helado Norte,
y, repulsado, repentino gira,
y hacia el húmedo Sur rápido torna.
BENVOLIO. Con tanto hablar de viento, nos aventas.
La cena espera, y llegaremos tarde.
ROMEO. ¡Harto temprano! Que el recelo abrigo
de que anuncian los astros desventuras,
cuya marcha fatal ha de iniciarse
ahora en este festín, y fiera muerte
terminará con despiadada saña
la inútil vida que cesó en mi pecho.
Pero aquel que dirige mi camino,
guíe mi nave.—Caballeros, vamos.

Hamlet. - Acto III.—Escena 1.ª

HAMLET. ¡Ser ó no ser, la alternativa es esa!
Si es á la luz de la razón más digno
sufrir los golpes y punzantes dardos
de suerte horrenda, ó terminar la lucha
en guerra contra un piélago de males
morir; dormir. No más y con un sueño
pensar que concluyeron las congojas,
los mil tormentos de la carne herencia,
debe término ser apetecido.
Morir; dormir. ¿Dormir? ¡Soñar acaso!
¡Ah! la rémora es esa; pues qué sueños
podrán ser los que acaso sobrevengan
en el dormir profundo de la muerte,
ya de mortal envuelta despojados,
suspende la razón: ahí el motivo
que á la desgracia da tan larga vida:
¿quién las contrariedades y el azote

de la fortuna soportar pudiera
la sin razón del déspota, del vano
el ceño, de la ley las dilaciones,
de un amor despreciado las angustias,
del poder los insultos y el escarnio
que del menguado el mérito tolera
cuando él mismo su paz conseguiría
con un mero punzón? ¿Quién soportara
cargas, que con gemidos y sudores
ha de llevar en vida fatigosa
si el recelo de un algo tras la muerte,
incógnita región de donde nunca
torna el viajero, no turbara el juicio
haciéndonos sufrir el mal presente
más bien que en busca ir de lo ignorado?
Nuestra conciencia, así, nos acobarda;
y el natural matíz de nuestro brío,
del pensar con los pálidos reflejos
se marchita y así grandes empresas
y de inmenso valer su curso tuercen,
y el distintivo pierden de su impulso.—
Pero silencio. ¡La gentil Ofelia!
¡Ah ninfa! en tus plegarias
que todos mis pecados se recuerden.

OFELIA. ¿Cómo os halláis después de tantos días, señor.

HAMLET. Mil gracias; bueno, bueno, bueno.

OFELIA. Tengo, señor, recuerdos que me dísteis,
y que hace tiempo devolver ansío;
os ruego, pues, que los toméis ahora.

HAMLET. Yo no, yo no: jamás te dí yo nada.

OFELIA. Que es cierto, bien lo sabe vuestra alteza;
y con ellos palabras de tan dulce
hálito rodeadas, que aumentaron
su intrínseco valor; pero, perdido
ya su perfume, recobradlos luego;
que estos ricos presentes nada valen
para quien alma generosa hubiere,
si quien los dió con su crueldad nos hiere;
tomad, señor.

HAMLET. ¡Ya, ya! ¿Eres honrada?
OFELIA. ¡Señor!
HAMLET. ¡Eres hermosa!
OFELIA. ¿Qué queréis decir?
HAMLET. Que si eres honrada y hermosa, no debe haber trato alguno entre tu virtud y tu belleza.
OFELIA. ¿Pudiera la belleza tener mejor comercio que con la virtud?

De **César** (escena citada siempre como modelo).

Bruto.—Envaina el puñal; exhala el furor cuanto te plazca, haz lo que se te antoje: será una cosa ridícula, ¡oh Casio! Tú te has colocado bajo el mismo yugo con un hombre sin hiel: la cólera en mi seno es como el fuego en el pedernal, que se desprende al herir éste, y en el momento que sigue ya está frío.

Casio.—¿Según eso, no vive Casio mas que para servir de juguete á su Bruto cuando se encuentre de mal humor?

Bruto.—Al expresarme así, también me hallaba yo mal dispuesto.

Casio.—¿Y tú lo confiesas? Dame la mano.

Bruto.—Y con ella el corazón.

(Aquí sucede la reconciliación, y se cruzan entre ellos y con otras personas, palabras tranquilas.)

Casio.—No te hubiera creído capaz de tanta cólera.

Bruto.—¡Oh Casio, muchos dolores al mismo tiempo destrozan mi alma!

Casio.—¿Cómo no haces uso de la filosofía para cerrar tu ánimo á los males eventuales?

Bruto.—Nadie soporta el dolor mejor que yo: ¡Porcia ha muerto!

Casio.—¿Ha muerto Porcia?

Bruto.—Ha muerto.

Casio.—¿Y no me has matado cuando te visité? ¡Oh, pérdida inmensa, irreparable!

. . . . . .

(Cien versos de los que pudieran llamarse tragedias de palabras, no bastarían á pintar el alma de Bruto como esta escena, y que disimula un dolor tan inmenso cual era la pérdida de su amada esposa, muerta para él á fin de no turbar la marcha de los negocios públicos. ¿Pero hay nada más natural al hombre que ese humor inquieto que en él produce un pesar reprimido, y que convierte para él en objetos de ira los menores incidentes? Cuando Bruto oye confirmada la noticia de la muerte, inclina la cabeza, reflexiona y dice):

Bruto.—Adiós, pues, ¡oh Porcia! Todos tenemos que morir. Me-

sala, pensando que un día debía morir, adquirí la fuerza necesaria para sobrellevar hoy su muerte.

Mesala.—Así deben los grandes hombres soportar las grandes pérdidas.

Casio.—El estudio me enseñó como á tí á esas cosas: sin embargo, mi naturaleza no podría ser tan sufrida.

De **Coriolano**.—Escena 1.ª—(Ciudadanos amotinados.)

Ciudadano 1.º—Antes de alejarnos más, oidme.

Ciudadanos.—Habla, dí pronto.

Ciudadano 1.º—¿Estáis resueltos, decididamente resueltos á morir más bien que sufrir el hambre?

Ciudadanos.—Decididamente resueltos.

Ciudadano 1.º—Ante todo, ¿sabéis que Cayo Marcio es el principal enemigo del pueblo?

Ciudadanos.—Lo sabemos, lo sabemos.

Ciudadano 1.º—Matémosle y tendremos el trigo barato. ¿Está decidido?

Ciudadanos.—Decidido; no hablemos más y hágase sin pérdida de tiempo.

Ciudadano 2.º—Una palabra, buenos ciudadanos.

Ciudadano 1.º—Decid *pobres ciudadanos;* tal debe ser nuestro título. El de *buenos* sólo pertenece á los patricios. Nuestros tiranos atesoran lo que sería para nosotros un alivio. Si nos cediesen lo que les sobra mientras aún es tiempo, honraríamos su humanidad. Pero en su sentir ese sobrante suyo nos sobraría también á nosotros. La palidez que nos cubre, el cuadro de nuestra miseria son para ellos grato espectáculo, que les hace más cara su opulencia. ¡Venguémonos, pues; desahoguemos con estas armas nuestro furor, mientras nos queden aún fuerzas! Saben los dioses que el hambre es la que me induce á hablar así: pero no pido sangre, sino pan.

Ciudadano 2.º—¿Queréis proceder antes contra Cayo Marcio?

Ciudadanos. - Sí; que es lobo de su pueblo.

Ciudadano 2.º—Pensad en los servicios que ha hecho á su patria.

Ciudadano 1.º—Es cierto, nosotros se los agradecemos; pero harto se ha desquitado con su soberbia.

Ciudadano 2.º—Hablad sin ira, como valiente que sois.

Ciudadano 1.º—Yo os diré que sólo el orgullo le ha movido en sus grandes empresas. ¡Necios! ¡Dicen que en todo ha mirado el bien de la patria! Pues bien, contesto que no ha llevado más mira que complacer á su madre é ilustrar su nombre. Sí; su orgullo es igual á su valor.

Ciudadano 2.°—Le reprendéis como delito una falta de temperamento que no ha podido corregir; pero en cambio no le tacharéis de avaro.

Ciudadano 1.°—Si está libre de ese vicio tiene otros muchos que sería largo enumerar. *(Gritos dentro.)* ¿De dónde proceden esos gritos? El otro lado de la ciudad está insurrecto. ¿Qué hacemos nosotros aquí? ¡Al capitolio!

Ciudadanos —Venid, Venid.

Ciudadano 1.°—Detenéos. ¿Quién llega? *(Entra Menenio Agripa).*

Ciudadano 2.° El valiente Menenio Agripa, uno que ha amado siempre al pueblo.

Ciudadano 1.°—Sin duda. ¡Si los demás fuesen como él!...

(C. Cantú.—*Historia Universal.* T. IX. Documentos.)

Para terminar el estudio de Shakespeare, añadiremos algunas palabras acerca del escritor **Carlos Lamb** (1775-1834) que, en unión de su hermana, publicó veinte narraciones sobre otros tantos dramas de aquel genio inglés.—Lamb era poeta y crírico en el gusto y estilo de Addison, Swift y Goldsmith.

Narración de un trozo de **Macbeth**. – Érase á media noche, la hora en que ensueños engañosos turban el sueño, en que la naturaleza parece sepultada en las sombras de la muerte, en que solamente el lobo y el asesino velan. Lady Macbeth velaba, meditando el asesinato del rey. No habría afrontado ella una empresa semejante, que generalmente causa horror á su sexo, si no hubiese temido la pusilanimidad de su marido, de índole demasiado buena y demasiado humanitaria para cometer un asesinato deliberadamente y á sangre fría.

Armóse, pues, ella de un puñal y se aproximó al lecho del rey. Había tomado la precaución de hacer beber tanto vino á los dos ayudas de cámara, que se habían dormido profundamente dominados por la embriaguez, olvidando los deberes de su cargo. Duncan estaba tendido en su lecho, sumido en un profundo sueño, producido y favorecido por la fatiga del viaje. Detúvose ella á contemplarle; parecióle encontrar en las facciones de su regio huésped semejanza con las de su propio padre, y no tuvo valor para herirle.

Retrocedió, pues, para ponerse de acuerdo con su marido, que empezaba á flaquear. Había reflexionado, empero, que existían poderosas razones que se oponían al atentado. Por de pronto, él no era sólamente vasallo del rey, sino que era además próximo pariente suyo: luego,

Duncan era en aquel momento su huésped, y las leyes de la hospitalidad le imponían el deber de defender su hogar contra los asesinos, en vez de levantar el cuchillo sobre su soberano. Acudía también á su memoria cuán justo y clemente había sido el reinado de Duncan, cuán irreprochablemente se había conducido siempre con su pueblo, cuán afectuoso con la nobleza y especialmente con él; y se decía que tales príncipes se hallan bajo el amparo especial del cielo, y que sus vasallos están doblemente obligados á vengar su muerte. Por otra parte, los favores reales habían dado á Macbeth un rango elevado en la opinión pública, y, ¡qué baldón, qué mancha no caería sobre esta reputación totalmente honrosa, si viniese á deshonrarse con un asesinato tan abominable!... (Tr. de F. L. O. Bib. ilustrada, Barcelona.)

En el período de la Literatura inglesa, que se conoce con los nombres de «la Guerra civil, la República y la Restauración», aparece descollando sobre todos los pensadores, literatos y poetas, **Juan Milton** (1608-1674). Nace en Londres, estudia en la Escuela de San Pablo, y á los 16 años ingresa en la Universidad de Cambridge.—Viaja por Europa, para terminar su propia cultura, conociendo en París á Grocio, Embajador de la famosa Reina Cristina de Suecia.—Recorre las principales ciudades de Italia, recibiendo en todas partes muestras inequívocas de afecto, que más tarde se trocaran en admiración; y llega á dominar la lengua del Dante, pudiendo versificar en ella, así como luce su estro poético en latín también.—Sorpréndele en esta excursión la guerra civil inglesa, y vuelve rápidamente á su patria á defender las libertades públicas contra la violación que de las mismas habían hecho los poderes civil y religioso.

Milton casó á los 35 años con una hija de familia profundamente monárquica; y á consecuencia de sus ideas ardientemente republicanas, se produce en el seno del hogar una violenta situación, que acaba por la disolución de este matrimonio. Pero ansioso de paz y de gozar de los sentimientos íntimos de la familia, busca en dos nupcias sucesivas lo que no había conseguido en sus primeras bodas.—Una hija suya sirvióle de amanuense para sus trabajos, cuando perdió por completo la vista á consecuencia de gota serena, producida, según creen algunos, por un exceso

de labor durante la época de mayor hervor revolucionario, sirviendo de secretario á Cromwel, y desempeñando asimismo las funciones de Secretario de Estado de la República inglesa.—Venida la Restauración, fué perseguido y encarcelado por los Estuardos, y aun habría perdido la vida, sin la intervención en su proceso del poeta Davenant, ferviente monárquico, que á su vez debió la existencia á Milton, en las azarosas circunstancias de la guerra civil. La restauración quiso atraerlo á su causa, pero se resistió como antiguo puritano, muriendo sin cambiar de ideas.

La obra del segundo de los poetas ingleses, «el Homero del Cristianismo», según se le llama, es muy compleja, pues no sólo cultivó la épica en su magistral *Paraíso perdido*, si que también escribió líricas y alguna obra dramática, además de multitud de otras serias de polémica en latín é inglés, y doctrinales sobre asuntos políticos y religiosos.—Imitó en sus primeros tiempos á los clásicos latinos, y después al famoso escritor inglés Spenser, uno de los maestros de la Literatura que nos ocupa.—Sus principales obras son: la oda á la alegría, titulada *Allegro*, y la dedicada a la melancolía bajo el título de *El Pensieroso*, así como la de *La Navidad*, que pasa por ser la mejor salida de su pluma; el drama pastoril *Arcades* y la elegía á la muerte de un amigo náufrago, titulada *Lycidas*.—*Areopagítica* es el nombre de un folleto suyo en defensa de la libertad de imprenta. En las *Atribuciones de los Reyes y de los Magistrados* procura demostrar que es lícito y legal procesar á los monarcas, destronarlos y decapitarlos; trabajo que publicó después de la ejecución de Carlos I.—La *Apología del pueblo inglés*, muestra, á la vez que su profundo pensamiento, su ingenio irónico y su fina sátira.—Escribió, en fin, cuatro *Tratados del divorcio*, la tragedia *Sansón*, la comedia *Comos*, una *Historia de Inglaterra* hasta la conquista de los normandos, un *Diccionario latino* y multitud de escritos relativos á reformas en Inglaterra sobre la Iglesia episcopal, sobre educación, doctrina cristiana, etc., y en fin, su *Paraíso reconquistado*.

El asunto del *Paraíso perdido*, es como sigue (según Tivier y Solazzi, tomado éste de *Todas las literaturas*): Satanás sale de un lago candente, y reúne á las legiones infernales, recordándoles el

oráculo que anuncia la creación de un mundo nuevo y una raza que ha de ocupar el vacío que dejaron los ángeles caídos; y propone ir á buscar ese mundo para destruirlo ó corromperlo.—Explorando el Infierno, encuentra al pecado y la muerte; entra en el abismo, atraviesa el caos, descubre la creación, desciende al sol, llega á la tierra, ve á Adán y á Eva, y ante la belleza de ésta queda conmovido.—Dios descubre á Satanás desde el cielo, predice la debilidad humana, y anuncia su perdición, á menos que alguien muera por salvar á la humanidad. El Hijo entonces se ofrece en holocausto.—Aceptada la víctima, el hombre es redimido antes de la caída.—Rafael es enviado por el Omnipotente á avisar á Adán y Eva de las intenciones del Enemigo, y les cuenta, la rebelión de los Ángeles ante el anuncio del Padre de haber engendrado al Hijo, confiriéndole poder.—Satanás se lanzó á la lucha, siendo vencido con sus compañeros y precipitado al Infierno.—Rafael relata á Adán la creación, y éste á su vez le cuenta la suya propia, después de lo cual torna el Arcángel al cielo.—Eva es seducida, come el fruto y arrastra a Adán, quien descubre las consecuencias de su pecado, llegando á conocer lo que ha de ocurrir hasta la Encarnación del Hijo, que ha de redimir al mundo, inmolándose.—Jesucristo aparece al final del poema para consumar su sacrificio.

El Paraíso reconquistado que publicó Milton cuatro años después, complemento lógico del *Paraíso perdido*, es muy inferior á la primera parte.—*El Paraíso perdido* ha sido juzgado por la crítica de muy diversa manera, aunque siempre con elogio, desde muchos puntos de vista.—Se le censura que mezcla ideas y teorías de diferentes escuelas, desde las de opuestas doctrinas griegas hasta los contradictorios principios de las tendencias religiosas cristianas en las distintas direcciones protestantes y católica. Pero no es justo escrupulizar en la obra poética el rigor del análisis, propio de las concepciones científicas; y desde el momento en que una poesía no es un tratado filosófico, bien pueden los vates exponer creaciones antagónicas expresando conceptos contradictorios, con tal que siempre sea la imaginación quien los avalore, y la riqueza de la lengua quien los embellezca. Se ha criticado

asimismo que haya tratado al Sér infinito como un carácter personificado; pero en cambio, el Satanas ha sido aplaudido por todos los críticos, como creación superior dentro de la belleza trágica. El orgullo que lo inflama es de tal hermosura y atrevimiento, que rebasa y corrige las formas brutales de los autores que, como Tasso, lo han presentado en escena.—Justo es consignar, para concluir, que Milton viene á representar, según ha dicho un escritor moderno, un gran puente entre dos edades, participando de una y otra, como heredero de la primera y precursor de la segunda. «Poeta y protestante, recibió de la edad que concluía la libre inspiración, y de la que empezaba, la severa religión política..., desplegando aquella inspiración antigua en asuntos nuevos. En su obra se ven dos Inglaterras: una apasionada por lo bello..., sin otra religión que las creencias naturales; otra dotada de una religión práctica... enteramente política...; ensalzando la familia, con moral rígida, presentada en prosa elevada al más alto grado de perfección».—Algunos episodios anecdóticos de su vida recogió hace años, el autor de estas líneas, en su drama *Milton*, estrenado con éxito.

Paraiso perdido.—Libro primero.—Sumario.—Propónese el objeto del poema, que es la desobediencia del primer hombre, y su castigo. Se nombra al autor del pecado, á saber, Satanás, que bajo la figura de la serpiente sedujo á nuestros primeros padres, para vengarse de Dios, cuya terrible justicia le había desterrado del cielo, precipitándole al abismo con sus compañeros de rebelión. Se describe á Satanás y á sus ángeles en medio de los infiernos, que no se suponen entonces en el centro del mundo, pues que el cielo y la Tierra no existían aún sino en las tinieblas exteriores, á las que se da el nombre de cáos. Atropellados por los rayos, se ven desfallecidos y flotando, desparramados en un lago de fuego. El Monarca infernal, vuelve en sí: dirige la palabra á Belzebuth, y después, despierta á sus legiones, que se levantan de las ondas de fuego y se van juntando en sus orillas abrasadas. Se trata de su número prodigioso, de su orden de batalla, y de sus principales jefes, bajo los nombres con que los conoció la idolatría; Satanás les habla, les anima con la esperanza de reconquistar el cielo, y les da noticia de un nuevo mundo que debía formarse, que es el nuestro, y del hombre que se debía criar en él; lo que es análogo á la opinión

de algunos Santos Padres, que han creído que el universo fué criado mucho tiempo antes que este mundo visible. Trata después el Monarca infernal de examinar en pleno Consejo lo que pueden hacer, en consecuencia de lo que ha propuesto. Sus asociados consienten en ello, construyen en un momento el Pandemonio, ó palacio de Satanás, en donde las Potestades infernales se juntan para la deliberación.

Del primer hombre la desobediencia
canto, y la fatal fruta del vedado
árbol, cuyo bocado,
desterrando del mundo la inocencia,
dió entrada á los dolores, y á la muerte,
y nos hizo perder el Paraíso;
hasta que el Hijo del Eterno quiso,
lleno de amor, bajar á nuestro suelo,
hacerse hombre, y volver con brazo fuerte
á abrir las puertas del cerrado cielo.

Discurso de Satanás.—(Trad. Escóiquiz, tomo I, Bib. Clás.)

¡Sí, eres tú aquél!... mas, oh, cuán diferente,
cuán distinto del que era,
hace poco una estrella tan brillante,
un príncipe glorioso y eminente,
en aquellas regiones venturosas,
moradas de la luz y la alegría;
del que, entre mil millones de gloriosas
deidades, en beldad sobresalía!
¡Sí, eres tú aquel que en la atrevida guerra
conmigo unieron en estrecha alianza
los planes, los deseos, la esperanza,
como ahora la desgracia nos encierra
juntos en el abismo tenebroso!
¡Sí, eres aquel Arcángel poderoso
igual á mí, que ruina lamentable
nos perdió para siempre! ¿Y quién podía
adivinar la fuerza formidable
de sus ardientes rayos? ¿Quién había
de pensar que á un ejército sin cuento
de espíritus tan nobles é inmortales,

precipitar lograse en un momento
del cielo hasta estas simas infernales?
Pero todo el furor de este terrible
enemigo, ni el mal que aún puede hacerme
jamás podrán al arrepentimiento
ni á la menor bajeza resolverme.
Por más que pierda el resplandor visible
la majestad augusta,
primer objeto de su envidia injusta,
que corresponde á mi naturaleza,
jamás dejará mi ánimo inflexible
el odio, la venganza que he jurado
á ese Altísimo sér, que me ha obligado,
humillando envidioso mi grandeza,
á disputarle el cetro, sostenido
de innumerable ejército, escogido
entre los inmortales
séres tratados con igual vileza
que mis nobles banderas prefirieron
á las de su opresor; que defendieron
conmigo sus derechos naturales
combatiendo en los campos celestiales
con dudosa batalla, y conmovieron
su eterno trono Es cierto que perdimos
el campo: mas ¿qué importa? No está todo
perdido, si concordes retuvimos
el ánimo invencible,
y nos queda el ingenio necesario
para encontrar un modo,
por más que sea osado y temerario
conque saciar el odio inextinguible,
la venganza, la ira
que ese fiero enemigo nos inspira.

Juan Dryden (1631-1700).—Este poeta lírico y satírico se educó en el clasicismo francés, iniciando una nueva escuela de selecto gusto y forma brillante, mas le faltaba riqueza de fantasía y le sobraba pobreza de sentimiento.—Siguió sus estudios en Westminster y Cambridge.—En la restauración monárquica, fué nombrado poeta é historiador de la Corte; mas á pesar de todo,

para cubrir su presupuesto, tuvo necesidad de escribir para el Teatro, siguiendo la corriente de la moda y cultivando lo mismo el género serio que el cómico.—Entre sus obras se cita como las mejores, *Almanzor, ó la conquista de Granada*, y *El monje español*, comedia escrita en odio á los católicos.—A pesar de sus sátiras contra esta religión, se convirtió á ella por complacer al Duque de York, (luego Jacobo II) y seguir su ejemplo, dedicando su musa ahora á satirizar, precisamente, á los protestantes.—Para justificar su conversión al catolicismo, compuso un poema alegórico, titulado *La cierva y la pantera* (Roma é Inglaterra).—También escribió cuentos imitando á Chaucer y Bocaccio, y tradujo, en fin, en verso á Ovidio, Virgilio y Juvenal.—La importancia de Dryden, según la crítica moderna, está principalmente en haber enriquecido la lengua pátria y haber perfeccionado los metros poéticos, citándose como la mejor oda inglesa la nominada *Fiesta de Alejandro ó el poder de la Música*, convertida en una gran sinfonía lírica por el maestro Händel.—A Dryden se le ha llamado por los ingleses «El glorioso Juan».—Hé aquí ahora un trozo en que se describe el carácter de Shaftesbury:

Entre éstos, el falso Architofel era el primero: hombre maldito á todas las generaciones posteriores, bueno solamente para tenebrosos designios y tortuosos consejos; sagaz, atrevido, de turbulento espíritu, inquieto, mudable en sus principios, descontento de su poder, impaciente para soportar la desgracia, alma fogosa que atormentaba su cuerpo de pigmeo y consumía su envoltura de arcilla.—Era un piloto audaz un los últimos momentos, feliz con el peligro cuando las olas subían, buscaba las tormentas, pero incapaz de moderación, gobernaba demasiado cerca de la arena.—El genio seguramente está cerca de la locura; si no, ¿por qué después de haberlo colmado de honores y fortuna le habría rehusado en su vejez el necesario reposo?...—Falso en la amistad, incapaz en sus odios, resuelto á arruinar ó á dominar el Estado, rompió los triples lazos, quebrantó los pilares de la seguridad pública y preparó á Isrrael para el yugo extranjero.—Entonces, sobrecogido de espanto, y afanado, sin embargo, por la gloria, usurpó el nombre de patriota, que todo lo encubre. ¡Cuán bien prueba la experiencia que siempre es fácil en los tiempos de revolución, borrar los crímenes privados con el aparente celo por las cosas públicas!

Modelo de una de sus poesías.—¡Oh, Dios misericordioso! ¡Qué bien has preparado para nuestros falibles juicios infalible guía!... Enséñame á creer en tí, por oculto que estés—á no buscar nada más allá de lo que tú mismo has revelado...—Mi juventud imprudente voló entre vanos deseos.—Mi edad madura, descarriada largo tiempo, se perdió vagabunda—siguiendo falsos resplandores; y cuando desaparecieron los relámpagos, mi orgullo ha hecho brillar engañosas chispas. Así era yo. Así por naturaleza soy aún. Para tí la gloria, para mí la vergüenza.

Jorge Farquhar (1678-1707), actor y autor irlandés, fué capitán del ejército, y puede llamársele el último representante de la comedia inglesa á fines del siglo XVII.—Buscó sus asuntos en la plaza pública, en el cuartel y en el seno de la sociedad modesta.—Sus tres principales comedias son: *Amor y una botella, Estratagema de los pisaverdes* y *El Oficial reclutador*.

Escena de esta última.—Plaza de un mercado.—Los tambores baten marcha de granaderos; entra el sargento Kite, seguido de Costar y pueblo.

Kite (echando un discurso).—Si hay entre vosotros, señores, soldados, ú otra clase de personas que deseen servir á S. M. y derribar al Rey de Francia; aprendices que tengan maestros severos, niños de padres negligentes, criados mal mantenidos y peor pagados, maridos con malas mujeres: que se presenten ante el sargento Kite, ... y recibirán una acogida placentera é inmediato acomodo *(toca el tambor)*. Señores, yo no toco aquí el tambor para sorprender ni seducir á nadie; porque debéis saber, señores, que soy un hombre de honor. Yo no sueno el parche para reclutar soldados vulgares, fusileros, no; yo no alisto más que granaderos ¡granaderos! señores, fijáos bien en el morrión, morrión de honor, que hace de un plebeyo un hidalgo... y el que tuvo la fortuna de nacer con 6 pies de alto, está destinado á llegar á ser un grande hombre. ¿Quién de vosotros, señores, quiere dignarse permitirme que le pruebe el morrión en la cabeza?

Costar.—¿No hace daño?... ¿Una vez puesto el morrión, quedaré ya alistado como si hubiera sentado plaza?

Kite.—No, hombre, no; venid acá, y dejadme que os lo pruebe.

Costar.—¿Estáis seguro de que ahí dentro no hay algún conjuro? ¿algunos polvos que?...

Kite.—No, amigo mío, no; no tengáis miedo.

Costar.—Mi espíritu me atormenta con aprensiones. Dejadme que lo vea *(va á probárselo)*. Huele de una manera denigrante, á sudor y á azufre. Oled, oled *(á los demás)*. —Decid, sargento, ¿qué significan estas letras que tiene aquí delante?

Kite.—¡Ah! esa es la corona, ó sea el campo del honor!

Costar.—¿Y qué campo del honor es ese?

Kite.—¡Ah! es un campo inmenso, donde pueden dormir 10.000 personas sin olerse los unos á los otros.

Costar.—¿Pero puede dormir la gente, estando tantos juntos?

Kite.—Ya lo creo, tan bien, que no se despiertan jamás.

Costar.—Hombre, pues bien quisiera que mi mujer pudiese dormir en él.

No puede olvidarse en este tiempo á **David Foe** (1661-1731), educado con estudios escasos é incompletos, comerciante, publicista, periodista de oficio, escribió folletos que constituían verdaderos libelos, políticos, religiosos y sociales, por lo que llegó á ser perseguido, insultado, encarcelado y hasta puesto en la picota.—Huyendo de tantas desventuras, se retiró de la vida violenta de la política, para dedicarse á la novela, en la cual llegó á alcanzar renombre y un éxito, que ha confirmado la posteridad.—Entre sus obras deben citarse el *Capitán Jack*, *Un viaje á través de la Gran Bretaña* y *Robinsón Crusoe*, que llegó á ser en el siglo XVIII el libro más popular é imitado de cuantos se han escrito.— El interés de la narración, el estilo fácil, la brillantez de fantasía, son sus cualidades preeminentes, y que resplandecen en la citada novela, publicada en 1719, y que ha sido traducida en el siglo último á todas las lenguas.—A continuación damos un trozo del capítulo V. 2.ª parte, tomo II, traducción J. R. de la «Biblioteca Universal.»

Los españoles me reciben cariñosamente.—Narración de los sucesos ocurridos en la isla durante mi ausencia. —El primer hombre á quien encontré al saltar á tierra era el español que me debía la vida (apellidado Ponce), el cual se aproximó á mí, acompañado de uno de sus compatriotas y llevando una bandera blanca: símbolo amistoso y pacífico. No me reconoció en el primer momento, porque ni remotamente le había ocurrido la idea de que yo pudiera ser el recién llegado.

— ¡Cómo, le dije en portugués: - ¿no me reconocéis? —Al oir mi voz, no respondió una palabra, abrió los brazos y se arrojó en los míos, llorando de alegría y diciéndome, en español, cien cosas, de las cuales sólo entendí algunas. Me pidió mil perdones por no haber reconocido antes el rostro del hombre á quien había mirado como un ángel enviado por Dios para salvarle la vida, y añadió otras sentidas frases, que la cortesía española dictaba á su corazón, sinceramente agradecido. Volviéndose después hacia su acompañante, le ordenó que hiciese acudir en el acto á todos sus compatriotas.

Al dejar el bote, dí orden de que nadie me siguiera; pero no pude contener á Domingo, que habiendo distinguído de lejos á su padre, se manifestaba dispuesto á arrojarse al agua para ir á abrazarle. Apenas mi fiel compañero puso el pie en la orilla, corrió hacia el anciano salvaje, con la celeridad de una flecha. El hombre más insensible hubiera llorado al presenciar los arrebatos de ternura de aquel hijo modelo. Abrazó y besó á su padre, le llevó en sus brazos hasta sentarle en el tronco de un árbol derribado: le contempló con fijeza, como quien examina con admiración un cuadro extraordinario, volvió á abrazarle, se arrojó á sus pies, y continuó mirándolo con éxtasis, como admirado y á la vez gozoso de verle.

Al día siguiente, las tiernas estravagancias de Domingo se manifestaron de otra manera: paseó en su compañía durante muchas horas por la playa, llevándole cogido de la mano, y sólo se separaba de él para ir á buscarle una golosina, como azúcar, bizcochos ó aguardiente. Al anochecer, después de sentarle en el suelo, se puso á bailar á su alrededor, tomando las más raras posturas, hablándole al mismo tiempo para divertirle. Terminado el baile, le contaba particularidades de sus viajes.

Imposible me sería enumerar las muestras de deferencia que me dieron los españoles. El que entre ellos era mi amigo más antiguo, me rogó que le acompañara, paseando, hasta mi castillo, del cuál quería volver á ponerme en posesión, mostrándome además los aumentos y mejoras en él introducidas.

Mateo Prior (1664-1721), de origen humilde, llegó, gracias á algún Mecenas, á ocupar puesto distinguído en la Diplomacia. Sus poesías gozaron de gran boga, tanto en el género ligero, cuanto en el serio. Dícese que algunos poetas de su tiempo y posteriores, le plagiaron descaradamente.—Entre sus principales

creaciones, deben citarse: su cuento *Protógenes y Apeles*, sus poemas *Alma* y *Salomón*, y sus líricas eróticas, que son muchas, y sin duda lo más importante de cuanto escribió.

Lord Clarendon (1608 1674), canciller bajo Carlos I y Carlos II, después de su gracia sufrió el destierro, donde murió. Es famoso y conocido por su *Historia de la Rebelión*, en que pinta el carácter de Oliverio Cromwell, magistralmente.

Tomás Hobbes (1588-1679), defensor de los tiranos, teorizador del egoísmo, ateo por la especulación filosófica, inmoral por razonamiento, espíritu paradógico, es (según uno de sus biógrafos), el autor del *Leviatan*, quien merece, sin embargo, ser citado con elogio y hasta admiración, por el vigor de su estilo y la claridad de su pensamiento en los más árduos problemas de las ciencias sociales y filosóficas.—Fué profesor de matemáticas de Carlos II, á quien acompañó en la emigración, y en la obra citada trata del poder eclesiástico y civil. Materialista puro, es consecuente con sus teorías llevadas á todos los órdenes, no reconociendo otro derecho que la fuerza.

También se ha de hablar de otro pensador ilustre en los anales de la ciencia inglesa: **David Hume** (1711-1776). Reúne el triple carácter de filósofo, historiador y literato, como lo prueba su obra titulada *Ensayos morales, políticos y literarios*.—Su sistema filosófico escéptico niega á la razón poder afirmar nada con respecto al alma, al mundo exterior, y á Dios. La moral no es objeto, para él, de la inteligencia, sino del sentimiento. — La historia viene á ser como un cuadro de las locuras humanas.—Su estilo noble é ingenioso, su juicio sereno y desinteresado y otras dotes de hábil escritor, hacen que sus obras se consideren como clásicas en la ciencia, la filosofía, la historia y aun la literatura.

Cierra este período (de la guerra civil la república y la restauración, entre otros historiadores, filósofos y teólogos de escasa importancia), **Juan Locke** (1632-1704), iniciador de la transformación que se lleva á cabo en las ideas, y precursor de los teóricos que van á rehacer Inglaterra, cambiando brillantemente á la vez su literatura y sus costumbres, en el período siguiente que media desde el reinado de Ana al de Jorge III.—Estudia en Westmins-

ter y Oxford, dominando la literatura clásica al par que la filosofía de Bacon y Descartes.—Médico y pedagogo, viaja por Europa, y acaba por ocupar definitivamente un puesto en la filosofía, como fundador del realismo moderno.—Su obra principal se titula *Ensayo sobre el entendimiento humano*; y además, deben citarse sus *Cartas sobre la tolerancia* é *Ideas sobre la educación*.

Se ha llamado á la época de la Reina Ana segu do período clásico de la literatura inglesa; y hay quien señala como carácter de este espacio de tiempo, posterior á la expulsión de los Estuardos, con la revolución de 1688: «Literatura de partido».—El primer poeta de esta época, y que llega á dominar con tal imperio que ejerce una verdadera dictadura literaria, es **Alejandro Pope** (1688-1744). Católico, hijo de Londres, estudia en un Seminario y se inspira principalmente en Dryden.—Sus conocimientos en las literaturas clásicas, le llevan á traducir *La Iliada* aunque no resulta fiel la versión; más en cambio es notable por la hermosa versificación inglesa, y por otros trabajos, como su *Arte poética*, inspirada en la de Horacio.—Sus líricas fueron las que le otorgaron mayor gloria, entre ellas, sus pastorales; y singularmente *El rizo robado*, apellidado «epopeya social de los tiempos de la Reina Ana».—Consiste el asunto de esta celebrada epopeya cómica, en la grave enemistad originada por haber un lord inglés infringido las reglas de la conveniencia social, cortando un hermoso rizo del cabello á una noble dama. La manera de contar argumento tan baladí en forma graciosa y atractiva, con donaire digno de alabanza, hace que se olvide tamaña fruslería por la forma de poesía tan bella.—Todavía ha de nombrarse también su poema *La Dunciada* (la Tontería), en que se desata contra los poetastros.—Cuéntase que llegó á tal punto la vanidad de Pope, que no toleraba el más mínimo reparo á sus producciones, vengándose de los atrevidos, dedicándoles críticas malignas.

Metamórfosis con que termina el poema *El rizo robado*. (Traducción de la versión de Marmontel).—Este bucle cambiado en astro luminoso,—en su curso inflamado, despliega sus cabellos,—y esparce por los aires, la claridad más pura. — Ya en otro tiempo viose, — de Bereníz la linda cabellera—con menos brillo despedir sus rayos,—y

en los aires dejar menos profundos trazos... – ¡Oh! tú, cuya pérdida excita los dolores, — cesa juvenil belleza de derramar tus lágrimas.— Hoy ornamento del Olimpo y gloria, – ese rizo para siempre tu memoria consagrará... Debes morir tú misma, – y cuando un velo, afrentoso,—eclipsará estos astros luminosos,—se verán tus cabellos en el polvo arrastrar,—el esplendente rizo corriendo su carrera,—llenando el universo con tu inmortal renombre:—y los futuros siglos leeránlo allá en el cielo.

En igual corriente literaria figura **Thomson** (1700-1748), famoso por su poema didáctico sobre *Las Estaciones*, en donde canta la hermosura de la naturaleza, y que ha sido traducido á muchos idiomas. El mérito del mismo, no sólo estriba en presentar los brillantes cuadros que la tierra ofrece en las distintas épocas del año, sino que pinta al propio tiempo los episodios de la vida humana, correspondientes á la existencia en el seno de la Natura, conmoviendo ora las escenas de los animales, ora la de los caminantes, peregrinos ó desterrados, y revelando á la par maestría correcta y delicados sentimientos.

Joung (1681-1765), de la misma filiación, imitado entre nosotros, como el anterior, es célebre por sus conocidas *Noches lúgubres*, meditaciones que constituyen una elegía sentimental, no exenta de gracia y ternura; aunque recientemente no se estimen tanto como entre nuestros poetas de principios del siglo XIX. (Véase tomo I.)

Addison (1672-1719) influye en el desenvolvimiento de la prosa literaria y del buen gusto de un modo decisivo, como periodista, unido á **Steele,** y dirigiendo *El Espectador*. Su fina ironía depuró la lengua, así como su rica inventiva creó multitud de tipos característicos, que después han servido á los novelistas ingleses. Pueden considerarse ambos como los padres del periodismo en Inglaterra.

Dos historiadores notables pertenecen á este tiempo: Robertson y Gibbon, entre otros de menor importancia ó menos conocidos.—**Guillermo Robertson** (1721-1793) dedica su existencia de pastor protestante á escribir la historia de su país (Escocia), conquistando por ello gran fama. Y para los españoles es digno

de mención por su *Historia de Carlos V*, así como por su *Historia del descubrimiento de América*.—**Eduardo Gibbon** (1737-1794), poeta de la historia por su sentido melancólico y elegiaco, lo aplica á su narración de la decadencia del Imperio romano, por la cual goza de popularidad en Europa habiendo sido su libro traducido á muchas lenguas.

Muerto ó agonizante al menos el teatro en Inglaterra, por la exclusivista é intolerante tendencia puritana, surgió la novela como compensación potente y vigorosa, según se ha dicho repetidas veces.—Y es entre los escritores que descuellan en este género uno de los más importantes, **Jonatán Swift** (1667-1745). Nace en Irlanda, estudia en Dublin, en cuya Universidad se hace bachiller; y mortificado su amor propio por no haber brillado entre sus compañeros, se rebela, dando por resultado que se dedicase al estudio con tanto fervor que, por espacio de siete años, se dice, que trabajó durante ocho horas diarias.—Espíritu humorista de extraordinario vigor, maneja la sátira con la finura de Quevedo y con la intención, á veces, de Cervantes. Escribe una tras otra muchas profundas por el pensamiento y amenas y sencillas por la forma, que le popularizan en Inglaterra primero y que inmortalizan su nombre más tarde en todo el mundo. Su *Cuento de la cuba*, donde se fustiga la corrupción del Cristianismo, pinta con vivos colores al Papa, Lutero y Calvino, con los nombres de Pedro, Martín y Juan.—Venerado por sus paisanos, los irlandeses, consigue con sus escritos que el Gobierno rehaga sus leyes y modifique sus decretos.—Pero su obra más perfecta desde todos los puntos de vista, es el popularísimo libro de recreo para niños y propio para despertar ideas en los hombres pensadores, titulado *Viaje de Gulliver á diversos países remotos;* del que transcribimos una pequeña muestra.—Swift, tanto por el temperamento, como por el abrumador exceso de trabajo que llevó durante largo período de su vida, se volvió loco, muriendo imbécil.

SEGUNDA PARTE.—**Viaje á Brobdingag.**—CAPÍTULO PRIMERO. *El autor, después de haber sufrido una fuerte tempestad, desembarca en un país desconocido, donde uno de sus habitantes le recoge.—De qué manera le tratan.—Idea del país y sus naturales.*—Parece que la natu-

raleza y la suerte me habían condenado á una vida agitada. Ya dije que volví á mi casa; á los dos meses de estar en ella la abandone nuevamente, embarcándome en las Dunas el 20 de Junio de 1702 en el navío nombrado la *Aventura*, cuyo capitán, Juan Nicolás, de la provincia de Cornouaille, partía para Surate. Logramos un viento muy favorable hasta la altura del cabo de Buena Esperanza, donde anclamos para hacer provisión de agua; y hallándose molesto nuestro capitán por una calentura intermitente, no pudimos dejar el cabo hasta fines de Marzo. De allí continuamos nuestro rumbo con felicidad hasta el estrecho de Madagascar. Pero habiendo llegado al Norte de esta isla, los vientos que en aquellos mares soplan, siempre con igualdad entre N. y O., desde principio de Diciembre hasta entrado Mayo, principiaron á soplar con demasiada violencia el 29 de Abril del lado del O.

....

Tratando de buscar alguna aventura en la cerca, descubrí en el campo inmediato uno de los habitantes, de la misma talla que el que había visto anteriormente en el mar persiguiendo nuestra chalupa. Parecióme tan alto como un campanario de los regulares, y por mi cálculo, con cada paso alargaba cerca de cinco toesas. Me quedé temblando: corrí á esconderme entre las mieses, desde donde le vi parado junto á un portillo del seto. Mirando á todos los lados, daba unas voces más descomedidas y penetrantes que si salieran de una bocina: el sonido era muy fuerte, y como se elevaba al aire, por de pronto creí que tronaba. Al punto se llegaron á él siete hombres de la misma estatura, cada uno con su hoz en la mano, y cada hoz tan grande como seis guadañas. Estos no estaban tan bien vestidos como el primero, de lo que inferí que serían sus criados. Lo inferí también de que sin duda por su orden pasaron á segar en la mies donde yo estaba escondido. Procuré alejarme de ellos cuanto pude, pero me costaba suma dificultad moverme, porque las cañas de trigo por algunos parajes no distaban más de un pie las unas de las otras, y á veces no podía andar en aquella especie de floresta.

....

En medio de una agitación tan terrible, no podía apartar de mi pensamiento el país de Liliput, cuyos habitantes me habían mirado como el mayor prodigio que se había visto en el mundo: país donde yo había sido capaz de arrastrar una flota entera con una sola mano, y hacer otras hazañas, cuya memoria será eternamente conservada en las crónicas de aquel Imperio, á pesar de los incrédulos de la posteridad, que no cederán sin pena al testimonio de una nación entera. La

reflexión de parecer á la vista de esta gente un ente tan miserable como un Liliputiense entre nosotros, no era lo que menos me mortificaba; constituía la mayor de mis desdichas pensar que comúnmente las criaturas humanas son más ó menos salvajes y crueles á proporción de su talla. Según esta consideración, ¿qué podía yo esperar sino venir á ser pronto un bocado de carne en la boca del primero de aquellos bárbaros enormes que me agarrasen? A la verdad, los filósofos tienen razón cuando nos dicen que no hay nada grande ni pequeño sino por comparación. Acaso los Liliputienses hallarán un día otra nación más pequeña que la suya. ¿Y quién sabe si esta casta prodigiosa de mortales será una nación Liliputiense en comparación de otra que no hayamos descubierto todavía? La confusión y el susto que me poseían no daban entrada por entonces á estas reflexiones...

Samuel Richardson (1689-1761).—Impresor é hijo de menestral, llega á la literatura ya viejo, dando á luz su primera obra á los cincuenta y dos años. Su novela *Pamela ó la virtud recompensada* fué popular en muchas naciones de Europa, donde se tradujo.—Diderot admiraba á Richardson y escribió un elogio encomiástico de su estilo y procedimientos.—Representa en la literatura la tendencia moralista que se ha llamado burguesa por unos, y en España se ha calificado despreciativamente con el apellido de *cursi*.

Samuel Johnson (1709-1784).—Hijo de un librero y de fealdad que llegó á ser proverbial, fué pasante en una escuela, director de un colegio y periodista polígrafo; tradujo muchas obras y publicó un *Diccionario de la Lengua inglesa*, que le hizo célebre, llegando por sus críticas también á estar de moda. La novela didáctica *Rasselás ó el príncipe de Abisinia* obtuvo mucho éxito.

Lorenzo Sterne (1713-1768) es acaso uno de los primeros humoristas de su tiempo, y aun de la Literatura. Eclesiástico de costumbres un tanto disolutas, escribió una extensa obra en nueve tomos, *Vida y opiniones de Tristán Shandy*, que alcanzó tanto renombre como escándalo produjo. Tenido por loco adoptó para sus escritos sucesivos el pseudómino de Yorik, y con él escribió su famoso *Viaje sentimental*, en donde consigna sus recuerdos é impresiones de las excursiones que hizo por Europa.—En España

ha sido imitado en cierto modo por D. Modesto Lafuente (Fray Gerundio).

Viaje sentimental de Sterne á París, bajo el nombre de Yorik.—Tr. Castellana. Madrid, 1843.—Capítulo IX.—*En la calle de Calais.*—El globo que habitamos es, sin duda, una especie de mundo contendiente; á no ser así, ¿podría un comprador de una bagatela tan despreciable como una desdichada silla de postas salir á la calle con disposición semejante á la que yo llevaba?; cuando más, sólo se trataba de discutir el precio, y con todo, me hallaba de mal talante, miraba á mi marchante de carruajes con ojos tan encendidos como si fuese á estoquearme con él.. Yo que no sé manejar la espada, me creía capaz de medir la mía con la suya, pero no dejaba de encontrar en mi interior aquel género de movimientos que se experimenta en casos iguales. Medía su estatura, delineaba su semblante, me parecía un judío, un turco; si me miraba me daba enfado é imploraba á todos los dioses para que descargasen sobre él su cólera, le deseaba todos los males imaginables.

¡Por qué el corazón humano se había de entregar á semejantes excesos por tal bagatela! ¡Qué eran 3 ó 4 luíses que me pudiera hacer pagar más de lo que valía! Pasión baja, exclamé con la precipitación propia del hombre que cambia repentinamente de modo de pensar; pasión baja, vil, tú eres la que declaras la guerra á la humanidad; ¡ella debía poner todo su cuidado en defenderse de tí!

—¡Dios me libre!—exclamó á este tiempo una dama poniéndose la mano en la frente.

Volví la cara y reparé que era la misma que había estado en conversación con el hermanuco en el patio del mesón, la cual nos fué siguiendo hasta allí sin que lo echásemos de ver.

—Sea usted muy bien venida—le dije ofreciéndole al propio tiempo mi brazo. Tenía puestos unos guantes abiertos en los extremos de los dedos. Aceptó, y la fuí acompañando hasta la puerta del almacén...

Mr. Desin por tres ó cuatro veces dijo:—Malditas sean las llaves, repitió:—Por vida de... no hallo la que busco.

Nuestra impaciencia, y los deseos que teníamos de ver aquella puerta abierta no era menor; fué tal la atención que nos mereció este obstáculo que sin saber cómo ni cuándo cogí la mano de la dama. No habiendo Mr. Desin hallado la llave que buscaba, nos dijo que dentro de tres ó cuatro minutos daría la vuelta, y se marchó dejándonos con las manos juntas.

Un coloquio en semejante actitud hace más efecto que si durase cinco ó seis siglos mirando á la calle; porque en este último caso se trata sólo de accidentes extraños; pero cuando la vista no está distraída, y se detiene sobre un punto fijo, el asunto del coloquio procede de nosotros mismos...

Oliverio Goldsmith, irlandés también, de fantasía cándida y de carácter desigual, ocupó sucesivamente puestos de bedel en establecimientos de enseñanzas, mancebo de botica, practicante de hospital; había viajado por Europa a pie en la mayor pobreza, ganando su sustento tocando la flauta. Murió pobre, lo mismo que vivió.—Poeta, novelista, crítico, autor, cómico, recorrió todos los géneros y estilos, dedicándose alguna vez al estudio de las Ciencias naturales.—Después de su muerte, se ha hecho muy popular en Inglaterra, y tanto sus versos *(El viajero, La aldea abandonada)* cuanto sus historias *(Inglaterra, Roma, Grecia)* se aprenden de memoria en las escuelas. Su mejor obra es *El Vicario de Wakefield*, precioso idilio que ha sido traducido a varias lenguas, y en donde se pinta con candidez y dulzura las tristezas y alegrías de un pobre cura anglicano.

De **El Vicario de Wakefield.** *Descripción de la familia Wakefield, en la que se ve un parecido físico y moral á la vez.* Siempre he pensado que el hombre honrado que se casa y constituye una numerosa familia, presta más servicios que el célibe que no hace otra cosa que hablar de poblar el mundo. Por este motivo, al año de estar ordenado empecé á pensar seriamente en el matrimonio y escogí mi mujer, como ella eligió su canastilla de boda, no por una apariencia brillante, sino por cualidades intrínsecas, capaces de resistir al uso. Debo hacerle justicia: era una mujer considerada y de buen carácter; y en cuanto á educación había pocas señoritas en el campo que la hubieran recibido mejor. Podía leer cualquier libro inglés casi de corrido, y nadie le ganaba en la preparación de conservas en vinagre, dulces y cocina. Se enorgullecía de ser una excelente é ingeniosa mujer de su casa; aunque, á decir verdad, nunca descubrí que nos enriqueciésemos por sus disposiciones económicas. - Sin embargo, nos queríamos tiernamente y nuestro afecto crecía con la edad. Nada había en el fondo que pudiese indisponernos con la sociedad ni contra nosotros mismos. Teníamos una linda casita situada en un hermoso pa-

raje y con agrable vecindad. Nuestras diversiones durante todo el año eran rurales ó morales; visitábamos nuestros ricos vecinos y socorríamos á los vecinos pobres. No nos molestaban las revoluciones ni teníamos que soportar las fatigas: todas nuestras aventuras se limitaban á las propias del rincón del hogar.

Sheridan (Ricardo) (1751-1816). Hijo de un actor y marido de una cantante, llegó á autor dramático de grande importancia, siendo tan estimado por la crítica, que lo han colocado algunos en primera línea.—Contribuyó á su renombre teatral, su popularidad como orador en la Cámara de los Comunes, llegando en la carrera política hasta Ministro,—Adversario terrible de Pitt, esto mismo contribuyó á su fama; pero su vida desordenada, como herencia de haber sido Director de escena, le llevó á ser encarcelado por deudas, y morir en la miseria.—Su principal obra, *La Escuela del Escándalo*, se representó 400 noches consecutivas.

Otro **Sheridan (Jacobo)** (1784-1862), fué, al par que autor, comediante, representando sus propias obras, é intentando unir el patético espíritu tradicional inglés, con el genio melodramático francés.—Principales creaciones: *Cayo Graco* y *Alfredo el Grande*.

Jacobo Macpherson (1738 1796). Su primer poema gustó poco; pero andando el tiempo, publicó fragmentos épicos, traducidos, según decía, del Gaélico escocés, y atribuídos á Ossian, bardo del siglo III, que produjeron un entusiasmo extraordinario.—Inmediatamente surgió la controversia sobre la autenticidad de dicho trovador de los primeros siglos, llegándose á reconocer que era pura invención del antiguo maestro de escuela escocés, toda la colección de sus poesías.—Así y todo, han recorrido Europa y el mundo entero los poemas atribuídos á Ossian. En ellos se han inspirado Ghöthe y Chateaubriand, y verdad ó ficción, es lo cierto que retratan de un modo admirable el genio de la poesía primitiva de las montañas, y el gusto monótono pero dulce, quejumbroso pero interesante, de los pueblos primeros y de las primeras razas.—Por esta razón, y porque los poemas de Macpherson recogen perfectamente las vagas tradiciones de los mitos del Norte, que han de servirnos luego para otros países, nos decidi-

mos á insertar á continuación varios fragmentos que explicarán en adelante determinadas creaciones que hemos de analizar.

De Comala (poema dramático).—Personajes: Fingal, rey de Morvén; Comala, hija de Sarno, rey de Inistore, amante de Fingal; Hidallán, hijo de Lamor, amante de Comala; Desagrena y Melilcoma, hijas de Morni, compañeras de Comala; Bardos.—(Trad. de A. Lasso. Biblioteca Universal.—3 tom.)

Asunto.—Comala, hija de Sarno, rey de Inistore ó de las islas Orcadas, había concebido por Fingal una pasión tan violenta, que llegó á disfrazarse de guerrero para seguirle. Reconocióla Hidallán, uno de los jefes del ejército de Fingal, cuyo amor había desdeñado.—Fingal estaba en vísperas de desposarse con ella, cuando se le anunció la invasión de Caracul. Al partir para el combate, dejó á Comala en la cumbre de una colina, prometiéndola volver á unirse con ella, en la tarde de aquel mismo día, si sobrevivía á la batalla.—Ya victorioso, envió á Hidallán á presencia de la joven. Éste, por vengarse de los desdenes de Comala, le anuncia la muerte de su amante. Desespérase Comala. Llega Fingal, y no se atreve á dar crédito á sus ojos; le toma por su sombra; pero cuando se asegura que es él en realidad, muere al exceso de su alegría. El fondo de este poema es histórico. Caracul, y esto es verdaderamente cuestionable, debe ser Caracalla, hijo de Septimio Severo, que en el año 211 emprendió una expedición contra los caledonios.

DESAGRENA. La caza ha dado fin: sólo se escucha
sobre el Arven los ecos del torrente.
Acude, hija de Morni, á las riberas
del Crona y ya depón el arco fuerte.
Toma el arpa y principie con las sombras
el rumor de los cánticos alegres,
y los ecos, así, de nuestras voces,
en estos montes sin cesar resuenen.

MELILCOMA. La noche baja de las altas cumbres,
sobre los campos lúgubres tendiéndose.
Llegóse un gamo á reposar del Crona
en las cercanas márgenes. Penséme
que tal no fuera al pronto, mas lo he visto
del bosque entre los árboles perderse,
cuando ya entre las nubes los fantasmas
iban sacando sus marmóreas frentes.

Del poema **Nina de Berrathon.**—II. El hijo de Alpín.

De Tar-Lutha he pasado muy cercano
á los antiguos muros;
sobre las salas del festín ya entonces
no se elevaba el humo:
los gritos de la caza no se oían;
todo estaba allí mudo.
En el bosque que cubre aquellas lomas,
no oí rumor alguno.
A los hijos de Lutha ví volviendo
por los senderos rudos,
con el arco en la diestra Por Malvina
les pregunté, y al punto
volvieron su cabeza sin decirme
cuál es el hogar suyo.
La hermosura de todos parecióme
velaba triste luto.

III. Habla Ossián.

¡Oh de Toscar la desdichada hija.
reposa en dulce paz! Cuán breve tiempo
en nuestras mentes, fulgurante astro,
nos dieron luz hermosa tus reflejos.
Cuando tú para mí despareciste,
tu majestad y tu belleza siendo
aun mayores, estabas semejante
á la luna que manda los destellos
de su trémula imagen á las olas;
mas en cruel oscuridad gimiendo,
¡ay, aquí me dejaste! Nos hallamos
sentados en la roca y en silencio,
sin otra luz que aquella que nos mandan
los ígneos meteoros. ¡Oh el más bello
de los astros! ¿Por qué despareciste,
y en esta humana vida no te vemos?

Cárthon.—(Poema).—*Argumento.*—Clessamor, hijo de Thadu, y hermano de Morna, madre de Fingal, fué arrojado por una tempestad á Balclutha, pueblo de las orillas de Clyde, perteneciente á una colo-

nia de Bretones. Reuthamir, el más rico del pueblo, le recibió en su vivienda y le dió en matrimonio á Moina, su hija única. Un bretón llamado Reuda, apasionado de los encantos de Moina, insultó á Clessamor. Los dos rivales se batieron. Reuda fué muerto. Pero los bretones obligaron á Clessamor á que huyese y se retirase á Morven.

Moina dió el ser á un hijo, y murió poco tiempo después. Reuthamir llamó á este niño Cárthon, es decir *murmurio de las olas*, en recuerdo de la tempestad que había arrojado á Clessamor á Balclutha.

Cárthon tenía tres años cuando Combal, en una guerra contra los bretones, quemó á Balclutha. Cárthon fué salvado de la matanza. Su nodriza se refugió con él en una provincia de la Gran Bretaña. Cuando salió de la infancia resolvió vengar los infortunios de su padre sobre los descendientes de Combal, y fué á atacar á Fingal.

Este es el principio de la acción del poema. Clessamor es del número de los guerreros de Fingal; Cárthon, su hijo, se halla á la cabeza de los bretones; no se conocen y combaten el uno contra el otro.

I.—Fúlgidos timbres de la edad pasada,
gloria de aquellos fenecidos héroes,
revivid en mis cantos: el murmurio
de tus ríos, ¡oh Lora! me recuerda
los años que ya fueron. De tus bosques
el rumor, Germallat, llega á mi oído,
tan dulce cual si fuera el de cien arpas.
Malvina, ¿allí no ves en la alta roca
que corona el ramaje y en su cima
destacarse tres pinos que soberbios
á sus pies ven tenderse el verde valle?
Allí la flor de la montaña esplende...
.... Tímido el gamo
del monte, huye veloz á la presencia
del fantasma que guarda silencioso
tan sagrado paraje. Dos guerreros
afamados, en él, Malvina, yacen.
¡Timbres honrosos de la edad pasada,
gloria de aquellos fenecidos héroes,
revivid en los himnos de este bardo!

III.—«¡Oh moradores de extranjeras tierras,
en vuestra misma patria

huísteis con pavor. El rey del Mundo
sentado allá en su alcázar,
la nueva sabe de que fué su hueste
vencida en la batalla.
En torno suyo en el momento arroja
coléricas miradas,
y con terrible indignación empuña
de su padre la espada.
Hijos vencidos del lejano suelo,
huísteis nuestras armas!»
Sus melodiosos cánticos al viento
los bardos así daban,
cuando de Selma ante el palacio mismo
llegaron sin tardanza.

No hemos de callar, por último, para cerrar por completo el siglo XVIII, el nombre de otro poeta escocés, **Roberto Burns** (1759-1796), por el influjo que después ejercen sus versos en el romanticismo del siglo XIX.—Su primera composición, escrita siendo un niño, fué una elegía á *María en los cielos*, inspirada por una pasión infantil hacia otra criatura de su edad. Una vida desordenada y persecuciones de adversarios desnivelaron su pensamiento, que, según algunos, llegó hasta la demencia. Lo único cierto es que se entregó á la embriaguez acortando de esta manera su existencia.—Se le ha llamado, y con razón, el Béranger de Escocia, porque su buen sentido, la finura de su talento, la delicadeza en la sátira y su patriotismo, les hacen semejantes. Pero superó al poeta francés en el sentimiento de la naturaleza, con una poesía penetrante, que no estorba á la más exacta descripción del paisaje, pintado con la más conmovedora melancolía.

Debemos ahora formar un grupo aparte con los oradores que, comenzando en las postrimerías del siglo XVIII, continúan brillantemente hasta nuestros días.—A esta pléyade pertenece el citado **Guillermo Pitt** (1759-1806) y su hijo, que llegó á Presidente del Consejo de Ministros en Inglaterra á los veinticuatro años; el fogoso **Burke**, el elocuente **Fox** y lord **Chatham**, cuya popularidad llegó hasta el delirio, al defender las colonias norteamericanas en la guerra de su independencia.

Siguen á éstos Sir **Roberto Peel** (1788-1850), modelo de gran oratoria parlamentaria, que fué muchas veces Ministro y Jefe del Gabinete; **Ricardo Cobden** (1804 1865), que tiene para los españoles importancia extraordinaria, porque en sus doctrinas económicas se inspiraron nuestros *libre-cambistas* (Figuerola, Gabriel Rodríguez, Sanromá y otros), que constituyeron la escuela individualista democrática contra el *proteccionismo*, á raíz de la revolución de Septiembre de 1868; doctrina hoy casi abandonada desde la Restauración, á consecuencia de las ideas socialistas nuevas que más ó menos han penetrado en los partidos políticos. Cobden consiguió en su patria imponer sus doctrinas de libertad comercial y de la «no intervención», que en Francia se llamó Escuela economista del «dejar pasar», «dejar hacer».—**Benjamín D'Israeli** (1805-1881), ó sea lord Beaconsfield, descendiente de importante familia antigua judía de España, Jefe del partido conservador y de varios Gobiernos, no sólo brilló en la tribuna, si que también en la novela.—**Daniel O'Connell** (1775-1847), defensor de la igualdad de derechos de Irlanda y emancipación de los católicos, llegando á ser llamado el gran agitador y siendo en realidad el jefe nacional de su patria. Lord **Brougham** (1778 1868), orador notable del partido liberal, resplandece también en sus escritos de historiador y de escritor polígrafo de asuntos principalmente político sociales.—**Gladstone**, en fin (1809-1899), corifeo del partido radical inglés, abordó y resolvió los más grandes problemas de su patria é influyó en Europa; promovió la separación de la Iglesia anglicana y el Estado en Irlanda, estableció la instrucción primaria obligatoria, abolió la compra de los grados en el ejército, reformó la ley agraria en Irlanda y la electoral en todo el país, figurando como el primer hombre de Estado, no sólo de su patria, sino del mundo, como diplomático y economista, llegando á ser apellidado *La décima Musa*. Fué gran helenista y sus trabajos sobre filosofía, ciencias sociales ó ideas religiosas los esparció en innumerables artículos.

Al grupo de los oradores ingleses contemporáneos debe seguir el de los científicos. De un lado los filósofos, y de otro los natu-

ralistas, han dado gloria imperecedera á su país. Basta pronunciar el nombre de **Stuart Mill** para que la filosofía, y singularmente la Lógica, hayan de mostrarse agradecidas á la obra de tan insigne pensador.—**Bain** (1818), profesor de Lógica, ha compartido con el anterior en esta ciencia la gloria y el renombre en el siglo XIX; siendo uno de los corífeos del positivismo, ha pretendido probar la identidad entre la materia y de la inteligencia.

Darwin C. R. (1809-1882), nieto de un poeta y sabio del mismo nombre, dió la vuelta al mundo en cinco años, al cabo de los cuales puso en orden sus prolijas notas y profundas observaciones, constituyendo con poderosa fuerza una teoría consmológica fundada en la evolución de unas especies, originando otras en el mundo, y enlazándose por este camino todos los seres en la escala de la vida desde los inferiores reinos naturales hasta el hombre que llega por herencia y selección á ser el último eslabón de la cadena, teniendo por antecesor al gorila. Su obra capital *Origen de las especies* (1859), produjo una sensación profunda en el mundo entero, y sus teorías positivistas han sido combatidas encarnizadamente por las demás escuelas espiritualistas.—Su transformismo lo exageraron y aun desnaturalizaron todos sus discípulos.—Para confirmar sus teorías de transformación de unas especies en otras, publicó Darwin notables trabajos sobre la variación de los animales y las plantas domésticas; y sus discutibles ideas están expuestas, sin embargo, en una forma literaria de mérito indisputable, hasta el extremo de que en muchos de los escritos más resplandece la forma poética que el pensamiento mismo, con ser muy digno de consideración.—**Tyndall J.** (1820-1895) es otro sabio, hijo de Irlanda, que figura como físico á la cabeza de la ciencia contemporánea y además como orador notable en el género de expositor académico y popular, con claridad y elocuencia muy singulares.—Evolucionista también, á él se deben estudios de psicología que han servido de base á la psico-física moderna.—Tyndall y Darwin fueron profesores honorarios de la «Institución libre de enseñanza» de Madrid.

Huxley (**T. H**) (1825), fisiólogo inglés, discípulo de Darwin,

vulgariza, exagerándolas, las teorías de su maestro con claridad y precisión extremadas.

Heriberto Spencer (1820), es el primer pensador de esta filosofía que venimos reseñando, y que ha llegado á esparcirse por todo el mundo, teniendo un influjo extraordinario en todas partes. La importancia de sus doctrinas, estriba en que domina con igual imperio todas las ramas de las ciencias físicas y naturales, al propio tiempo que la historia, el derecho y todos los aspectos de la sociología. Así es que, dotado de una maravillosa fuerza analítica, estudia separadamente los hechos, y luego, con portentosa síntesis, sabe obtener deducciones para comprobación de sus ideas.— Su estilo es claro, pintoresco y ameno, sin que la argumentación fatigue; y el campo de sus escritos abarca desde cosas tan insignificantes como los saludos y los ademanes en la sociedad, hasta los principios más altos de la ciencia.—Su pensamiento podría acaso resumirse diciendo lo siguiente con uno de sus biógrafos: «Spencer ha querido demostrar la relatividad de nuestros conocimientos, nuestra impotencia para comprender lo absoluto, y la imposibilidad de penetrar otra cosa más que los fenómenos.»

Mentira parece que el país que ha producido una filosofía como la desarrollada desde Bacon, tan encerrada en la pura experiencia y con vuelos tan poco espiritualistas y de tan escaso idealismo, haya podido producir á la vez una manifestación literaria tan poética como la reseñada y que tiene su complemento natural en el romanticismo del siglo XIX que impregna todos los géneros y alcanza á casi todos los autores.

La manifestación más importante de la poesía comienza al iniciarse el siglo XIX con dos direcciones en la lírica y la novela, denominada la escuela *lakista* (de los lagos) y la *histórica*. El primero de los poetas lakistas es **Samuel Taylor Coleridge** (1772 á 1834) que viajó por Alemania, y entusiasta del romanticismo, tradujo el «Wallenstein» de Schiller, escribiendo más tarde, con estilo místico fantástico su principal producción, *Cristabel*, que dejó incompleta y en donde se desvanece el pensamiento en sombríos simbolismos. Hé aquí su *Epitafio*, escrito por él:

¡Detente, cristiano transeúnte! detente hijo de Dios y lee con corazón clemente: aquí yace bajo este suelo un poeta ó uno que en cierta ocasión creyó que lo era. ¡Oh! ¡eleva una oración en tu pensamiento por S.H. C. á fin de que, aquel que durante muchos años de trabajo encontró la muerte en la vida, encuentre aquí la vida en la muerte! Misericordia para los elogios, perdón para su gloria, es lo que pidió y esperó en Cristo. Haz lo mismo.

Southey (1774-1843), antiguo republicano, convertido luego en poeta de Corte, es autor de un poema, *Rodrigo, el último Rey de los Godos*, inspirado en su viaje á España.

Felicia Hemans (1791-1835), figura como la primera poetisa por el fondo y la forma. Es famosa su composición *El Cid*.

Gualterio S. Landor (1775-1864), cantó en forma trágica muy estimable un asunto español: *El Conde D. Julián*.

Ebenecer Elliot (1781-1849), llamado «el herrero» por su oficio, llegó á gozar de gran popularidad por sus hermosas poesías líricas defendiendo á las clases desacomodadas.

Guillermo Wordsworth (1770-1850), poeta apacible, pasó gran parte de su existencia viviendo de su modesto patrimonio cerca de los lagos de Westmoreland. En realidad él es el jefe de todos los lakistas citados anteriormente. En Inglaterra se estima su poema filosófico *La Excursión*, como obra magistral, pero fuera del país no ha adquirido tanta resonancia.

La Excursión.—... Los primeros deberes brillan como estrellas; la caridad que endulza, cura y bendice, se esparce á los pies del hombre como flores. Las generosas inclinaciones, la justa medida, los buenos deseos, los pensamientos puros y las acciones excelentes, no encierran misterio alguno. No hay favor para el que está en alto—ni para el que está bajo; para aquellos que se sienten orgullosos de la gracia—ni para los humildes de corazón. El humo de la cabaña sube al cielo con tanta ligereza como el del más altivo palacio. Aquél, cuya alma medita sobre esta verdadera igualdad, puede atravesar los campos de la tierra lleno de gratitud y de esperanza: sin embargo, encontrará en sus meditaciones, más motivos de tristeza que las que nosotros hemos hallado; se lamentará de las antiguas virtudes desdeñadas, y se afligirá por la injusticia que ha establecido tan profundas diferencias entre unos y otros hombres.

Sir Walter Scott (1771-1832), poeta, novelista, alcanzó gran popularidad por sus primeros poemas y sus traducciones del alemán.—Hijo de Escocia, supo recoger en su lira las notas más simpáticas de su interesante país, mezclando al romanticismo ideal que pusieron de moda á la sazón los poetas lakistas, las antiguas leyendas caballerescas con sentido tradicional, más poético que histórico, pero propio para emocionar al público de fines del siglo XVIII y principios del XIX.—Pocos autores han recorrido el mundo como él, siendo vertidas sus obras á todos los idiomas. Y por lo que á nosotros concierne, podemos asegurar que en sus novelas, principalmente, ha buscado inspiración una generación entera.—Scott, tuvo el buen sentido de comprender á mitad de su carrera literaria, que la poesía de Byron mataba la suya; y abandonando rápidamente este camino, se dedicó exclusivamente á la novela, el cuento y la balada en prosa, llegando en todos estos géneros á ser modelo.—Su fecundidad extraordinaria se aumentó cuando á consecuencia de una quiebra de sus editores se encontró, si no en la miseria, en la estrechez, y quiso honradamente cumplir compromisos de honor, de que en realidad no era enteramente responsable. Y si antes su rica vena le consentía producir una novela en pocas semanas, después de su desgracia, escribía una en pocos días —El exceso de trabajo mental fué sin duda la causa de que, atacado de parálisis, cuando iba á cumplir con todos sus acreedores, le sorprendiera la muerte.—Sus principales obras son: el poema *La dama del lago*, y en la novela histórica, interesante, simpática y amena, *La desposada de Lamermoor*, *Quintín Durward*, *Ivanhoe ó el Cruzado*, de pesada lectura (casi todas traducidas al español); y aunque menos importantes, la *Vida de Napoleón* (diez volúmenes) y la *Historia de Escocia*, aunque en este género no rayó á grande altura.

De la balada **El Castillo de Cadyow**. Trad. Biblioteca selecta. Valencia.—En medio de un bosque de picas coronadas de banderas, flotaba el penacho del Regente; apenas podía dar un paso á causa del inmenso número de aduladores que se apiñaban delante de él.

Llevaba levantada la visera; sus ojos miraban el rango de los que le rodeaban; blandía su acero para dar órdenes á los soldados.

Sin embargo, la mal disimulada tristeza que se leía en su semblante dejaba entrever un sentimiento de duda y de temor. Algún demonio le decía en voz baja. «Desconfía de Bathwellaugh, á quien has ultrajado.»

El plomo de la muerte vuela... el corcel vacila... la voz del tumulto suena.. el penacho de Murray oscila y el tirano cae para no levantarse más.

¡Grande es la satisfacción del enamorado joven que oye de los labios de su amada el anuncio de que ha logrado interesar su corazón! ¡Grande la alegría de un padre que hiere con su lanza al lobo, cuyos crueles dientes hirieron á su hijo querido!

Pero aún fué mil veces más dulce para mí, el ver agitarse en el polvo al orgulloso Murray, y oir el doloroso gemido que anunciaba el vuelo de un alma pérfida.

La sombra de mi Margarita vagaba por allí, y pudo contemplar á su víctima ensangrentada y decirle á su oído casi insensible: —«Acuérdate de los ultrajes de Bathwellaugh.»

¡Noble Chatellerolt, levántate, despliega las banderas, y que tus guerreros se armen con sus arcos! ¡Murray no existe! ¡Escocia es libre!

Todos los guerreros corren en busca de sus corceles, y sus clamores salvajes se unen á los ardientes sones de los cuernos.—¡Murray ha muerto!—exclaman. — ¡Escocia es libre!... ¡Arran, prepara la lanza!...

...Pero el encanto mágico que había provocado el bardo ha cesado... Ya no veo los brillantes hierros de las picas; los gritos de guerra expiran con la brisa ó van á confundirse con el murmullo del Evan solitario.

El canto del mirlo ha reemplazado á las sonoras marchas de la trompa, y las torres aspilleradas de Evandalia se ocultan de nuevo bajo la yedra.

En vez de aquellos jefes armados para la venganza y que excitaban sus huestes á la carnicería, no veo más que á una noble y hermosa dama que dirige con gracia las riendas de seda de su corcel.

¡Que la paz y los placeres sonrían por largo tiempo á las damas que se dignan escuchar los cantos del bardo! ¡Que ellas embellezcan por largo tiempo con su presencia las floridas llanuras de Evandalia!

De **Quentin Durward ó el escocés en la corte de Luis XI.**— (Traducción española ilustrada; Madrid, 1851, Gaspar y Roig).—*Retrato del protagonista.*—Tendría el joven viajero diez y nueve ó veinte años, y su fisonomía y agradable aspecto hablaban á favor suyo, al par

que indicaban no ser su patria la comarca que pisaba. La hechura de su corto vestido y pardo pantalón era más conforme al uso de Flandes que al de Francia, al paso que su graciosa caperuza azul con ramita de acebo y pluma de águila delataban en él un escocés. Veíasele limpio y esmerado como joven presumidillo; muy reducido equipaje podía contener su pequeña mochila; cubría su mano izquierda uno de aquellos guantes que sirven para tener el halcón, aunque no llevaba semejante ave, mientras empuñaba su diestra un grueso y herrado bastón de cazador Terciábase sobre su hombro izquierdo bordada banda, de que colgaba un zurroncillo de terciopelo color de escarlata, como el que usaban los más distinguidos halconeros para colocar la comida de las aves y otros objetos análogos á su ejercicio, que era entonces tenido en grande aprecio. Cruzaba esta banda otra de que pendía un cuchillo de monte; y en lugar de las botas que se usaban en aquel tiempo, cubrían sus piernas unos borceguíes de piel de gamo á medio curtir. Aunque no había llegado á completo desarrollo su estatura, era alto y bien formado, pudiéndose colegir por su liviano paso, que más le divertía que le fatigaba el viajar á pie. Era de notar la blancura de su tez, algo deslustrada ya por la influencia de los rayos del sol en un país extraño, ya también por lo expuesto que se viera siempre al aire libre en su suelo natal Sin llegar sus facciones á un alto grado de perfección, no dejaban de ser agradables, porque indicaban la franqueza y el candor. Naciente sonrisa, hija de absoluta carencia de cuidados y penas en edad temprana, dejaba asomarse de cuando en cuando unos bien alineados dientes, que diríamos de marfil á no ser tan común la comparación; en tanto que sus azules, vivos y alegres ojos fijaban en cada objeto que encontraban la mirada que naturalmente le correspondía, con toda expresión de buen humor, jovial ingenuidad y resolución franca.....—Todo parecía dar en él muestras de un hombre que entraba en el mundo sin asomos de temor por los peligros que infestan sus sendas, y sin hacer alarde, por otra parte, de más armas que un espíritu lleno de natural vivacidad y no fingido ardimiento. Estos son los caracteres con que suele simpatizar la juventud y por quienes toman afectuoso interés la vejez y la experiencia.

Lord Byron (1788-1824), título y jerarquía social á que llegó Jorge Gordon, perteneciente á antigua familia de la conquista normanda. De padre culto con aficiones literarias, también heredaba de sus antepasados pasiones violentas, que según tradición habían

llegado en ocasiones hasta el crimen. Su madre, débil y caprichosa mujer, tampoco supo dirigir ni enfrenar el temperamento vehemente del gran poeta, á quien su desgracia por ser cojo (á consecuencia de un accidente, defecto físico que constrastaba con la belleza de su arrogante figura), le hizo doblemente irritable y de orgullosa susceptibilidad.—Un primer dolor intenso de vivísimo amor, determinó para toda su vida aquella misantropía que había de manifestarse en una inspiración febril, en un escepticismo de ateo, que le llevaba á la exaltación del sentimiento, el tedio á la vida, la pasión atrabiliaria, tomando carácter de satánica altivez en los momentos de mayor potencia poética.—Walter Scott y Byron son la antítesis más patente que ha producido la poesía inglesa; pues representan, respectivamente, la esperanza y la desesperación, la serenidad y la vehemencia, la placidez y la tragedia.—Apenas salido nuestro héroe de sus estudios, empezó á publicar sus poesías, casi un niño, y después sus críticas virulentas contra los *Poetas ingleses y los críticos escoceses;* obra con la que se vengó del poco éxito que tuvieron sus primeras *Horas de ocio.*—Sus viajes por España, Portugal, Italia, Grecia y Oriente completaron la inspiración maravillosa de aquella fantasía turbulenta que le presentaba cuadros de desordenadas pasiones y de multicoloreada variedad.—Casado en 1815 y separado á poco de su esposa, de quien tuvo una hija, huyó de Inglaterra, vendiendo su patrimonio. Vivió en Italia más tarde y á consecuencia de una conspiración fraguada por la sociedad secreta «los carbonarios» intentando una revolución, fué expulsado de los Estados Pontificios.—Al estallar la insurrección en Grecia, en 1823, se filió en los tercios voluntarios, y á la cabeza de una brigada sucumbió á consecuencia de mortífera enfermedad contraída en la campaña, joven aún (treinta y seis años) y cuando todavía podía asombrar al mundo, con los destellos de su ingenio que no por enfermizo deja de ser digno de admiración.—Su patria aún no le ha abierto las puertas de la inmortalidad llevándolo al panteón de sus hombres ilustres, cuando las demás naciones le han otorgado la corona inmarcesible del gran poeta genial del siglo XIX, á pesar de todos sus defectos.—El influjo de Byron en Europa aún subsiste

á través de las distintas fases por que ha pasado la poesía; y ora en el romanticismo de mediados del siglo XIX, ya en el pseudo-clasicismo posterior, el realismo de los últimos años y hasta en el modernismo de nuestro días, aparecen chispazos fulgurantes, calcados en las exageraciones del pensamiento byroniano.—Sus principales obras son los poemas: *Peregrinación de Childe Harold, El Giaur, La desposada de Abydos, El Pirata, Lara, Manfredo, Mazeppa* y *D. Juan*, que es acaso su obra maestra, y las tragedias *Marino Faliero, Sardanápalo, Los dos Fóscari* y el *Caín* que pasa por su mejor composición dramática y al mismo tiempo su profeción de fe.—Además publicó varias sátiras contra sus detractores, contra la tiranía de los Gobiernos conservadores europeos, y contra las costumbres de Inglaterra, que tan cruelmente le trató en la disolución de su matrimonio.—Cada uno de los países que recorrió, comenzando por Suiza y terminando por los de Oriente, suministró argumentos variados á su talento incomparable.

El Pirata.—Canto I.—§ I.—«Sobre las rientes ondas del mar azul, donde no hay límites para nuestros pensamientos, donde es libre nuestra alma, tan lejos como nos pueden llevar la brisa y las olas espumosas, contemplad nuestro imperio, ved nuestra patria; allí están nuestros dominios, sin fronteras que lo limiten... Nuestra bandera es un cetro obedecido por cuantos la ven. El movimiento, el tumulto, constituyen el encanto de nuestra salvaje existencia; pasamos de la fatiga al reposo y del reposo á la fatiga, con igual alegría y placer. ¿Quién podrá describirla?... ¡Ah! no serás tú, esclavo de la molicie á quien las olas alteradas atemorizan; no serás tú, hijo vanidoso de la indolencia y del lujo, que en el sueño no hallas descanso, y para quien el placer no tiene ya atractivos. No; sólo el hombre, cuyo corazón ha palpitado de alegría sobre las ondas revueltas, puede describir las embriagueces, los entusiasmos que agitan á los que marchan errantes sobre esas inmensas llanuras sin senderos ..

»No tenemos miedo á la muerte si nuestros enemigos perecen con nosotros. No nos parece la muerte tan triste como el reposo ¡venga cuando le plazca, y apresurémonos á gozar de la vida si hemos de perderla! ¿Qué importa que sea en las enfermedades ó al filo de las espadas? Que aquel que á sí propio sobrevive, encariñado con sus mismas ruínas, busque reposo en el lecho durante largos años de en-

fermedad y arranque penosamente el aliento de su seno, cabeceando como un paralítico; para nosotros el verde musgo es preferible al lecho de la fiebre. En tanto el anciano rinde el alma de suspiro en suspiro, la nuestra nos abandona sin esfuerzo al primer golpe. ¡Envanézcase la ceniza de su urna y de su estrecho mausoleo; que los que en vida lo maldecían vayan á adornar su tumba! Pocas lágrimas corren sobre la nuestra, pero son sinceras: cuando el Océano nos sepulta en sus olas, un banquete expresa el recuerdo de nuestros compañeros; llénase la co a en honor nuestro...»

II. Tales eran los acentos que resonaban en la isla del Pirata, en torno del fuego de la guardia: tales eran los ecos que repetían las prolongadas playas, y que parecían cantos á oídos tan salvajes como el eco de las rocas. Forman grupos los corsarios sobre las doradas arenas; juegan, beben, hablan ó aguzan el hierro matador; eligen las armas, dan á cada uno su espada y ven sin emoción las manchas de sangre que la oscurecen; aquí éstos reparan chalupas, cambian los mástiles; más allá aquéllos vagan pensativos por la playa; unos se ocupan en tender lazos á las aves, otros en secar al sol las húmedas redes; y si algún punto lejano les parece una vela, la contemplan con ávida inquietud; otros se cuentan los trabajos de una noche de peligros, y se preguntan cuándo volverán á repartirse una presa ¿Dónde la encontrarán? poco les importa; esto es del cometido de su jefe..

Él no se mezcla con ellos sino para mandarles; pocas son sus palabras, pero su mirada es penetrante, y rápida su mano; no lleva á sus alegres banquetes su parte de alegría, pero se le perdona su esquivo silencio en gracia á sus victorias.—(Trad. de la B. U.)

De **Lara**.—Cap. XXIII (penúltima trad. B. U.) Depositóse á Lara en la tumba, y además de la herida que había dado libertad á su alma halláronse en su pecho cicatrices de antiguos combates. El país en que debió pasar su primera juventud fué, sin duda, país de guerras, pero nada se conoce, ni de su gloria, ni de sus crímenes.

Sólamente demuestran sus cicatrices que su sangre corrió en más de una ocasión. Ezzelín que hubiera podido contar algo, había desaparecido. La noche en que prometió revelarlo todo fué, sin duda alguna, la última de sus noches.

Aquella noche, según se decía, cuando la luz de la luna se disipaba ante la aurora, en el momento en que un nubarrón cubría su pálido disco, un siervo, atravesando el valle para ir al bosque á ganar el pan de sus hijos, pasó cerca del río que separa las tierras de Othon de los vastos dominios de Lara; oyó un ruído de pasos; un caballo y

su ginete salieron del bosque; en el arzón de la silla llevaba el ginete un bulto envuelto en los pliegues de una capa.

Asombrado ante aquella súbita aparición, el siervo espió al ginete, creyendo que su presencia á aquella hora fuese la revelación de un crimen. Vióle echar pie á tierra y dirigirse al río cargado con el fardo, que precipitó en las olas...

Esperó el caballero hasta que los últimos círculos formados por el agua desaparecieron por completo. Volvióse entonces y encorvado sobre el cuello de su caballo se alejó á galope.

Su rostro estaba enmascarado; la figura del cadáver no pudo ser vista por el observador, pero sí era cierto que sobre su pecho brillaba una estrella, distintivo usado por los caballeros, recordóse que Ezzelin llevaba una la noche del funesto suceso. Si es que así pereció, ¡Dios haya tenido piedad de su alma! Su cuerpo no ha podido descubrirse. Las olas lo debieron arrastrar al Océano, y las almas caritativas esperan que no haya sido la mano de Lara la que le dió la muerte.

De las **Lamentaciones del Tasso.**—IV. He tenido paciencia y quiero tenerla aún; había olvidado la mitad de lo que quería olvidar, pero el recuerdo se despierta en mi alma... ¡Ah! ¡que no pueda olvidarlo todo como se me olvida á mí! ¿Guardaré algún resentimiento hacia los que me han dado por habitación esta morada de tantos dolores? Aquí la risa no es alegría, el pensamiento no es producto del espíritu. Las palabras ya no son un idioma; los hombres mismos no son ya hombres; los clamores responden á las amenazas; los sollozos á los golpes: todos se ven torturados en su infierno; somos una muchedumbre en nuestra soledad, y cada uno de nosotros está aislado por una pared, cuyo eco repite las palabras de la locura; todos pueden oirse: nadie puede comprender los lamentos de su vecino, excepto uno sólo, el más miserable de todos, que no está hecho para verse confundido con ellos, ni encadenado entre enfermos y locos. ¿No guardaré ningún rencor contra los que me han colocado aquí, que me han degradado en el espíritu de los hombres, que han querido privarme del mío, destruir la felicidad de mi vida á la mitad de mi carrera y calumniar mis pensamientos como cosas á que se debe temer y huir? ... ¡No! Demasiado altivo para buscar la venganza, he perdonado á los príncipes sus ultrajes, y quisiera morir. Sí, hermana de mi soberano! Por ti arrranco de mi corazón todo pensamiento amargo: no debe permanecer en el sitio que tú ocupas. Tu hermano odia... yo no puedo odiar: tú no conoces la piedad, pero yo no puedo cesar de amar.

Shelley (1729-1822), amigo de Lord Byron, fué poeta revolucionario y de temperamento parecido. Su vida licenciosa le lanzó también á vivir fuera de Inglaterra. Escribió sátiras de gracia inimitable. Su himno patriótico en la insurrección de Grecia, *Hellas*, es muy notable.

Lord Alfredo Tennyson (1809-1892), sucedió á Wordsworth como poeta laureado, siendo muy famosa su sátira contra los derechos de la mujer, defendidos por Stuart Mill, titulada *La Princesa*. Su obra maestra, sin embargo, es los *Idilios del Rey*, composición más lírica que épica sacada de la Leyenda del Rey Arturo.— Estímasele como el mejor vate en la Corte de la Reina Victoria, por su bello lenguaje, magnífico ritmo, y propiedad al pintar los paisajes con melancolía y ternura.

De **Elena, Enid.** (Idilios puestos en verso castellano por Lope Gisbert. – XIX.)

ELENA

Cuando repuesto de su grave herida
estuvo Lanzarote, cavalgando
juntos los tres volvieron al castillo.
Y una mañana, Elena, con las ropas
que más realzan su gentil belleza,
primorosa se adorna, y sale en busca
de Lanzarote, y piensa: – «Si me ama,
estas serán las galas de mi fiesta;
y si no, mi mortaja.»
Lanzarote,
que siempre la decía que pidiera
alguna gracia para sí ó los suyos,
así le habló:—«No vaciléis; decidme
vuestro mayor deseo; el que más fuerte
sintáis en vuestro pecho. Tal servicio
me hicísteis y obligado soy á tanto,
que el don que me pidáis he de otorgaros
y soy Príncipe y Lord, y en mis dominios
cuanto quiero, eso puedo.»
Alzó la frente
como una sombra la doncella, y muda
quedó como una sombra. Lanzarote

comprendió que ocultaba su deseo
y demoró su viaje para darle
ocasión de decirle.....

ENID. – XV.

Sucedió todo eso en la pasada
Pascua florida; las usadas ropas
guardó Enid cuidadosa, recordando
que eran las que traía la primera
vez que vió á su Gerant; y como al verse
tan mal vestida se paró confusa,
y como della él se prendó y al punto
la pidió por su esposa y á la Corte
quiso llevarla con el mismo traje.
Por eso, en aquel día, cuando airado
él le dijo: —«Vestíos al momento
vuestro peor vestido» – ella obediente
le sacó y se lo puso.
¡Oh, miserable!
¡Ciega raza de Adán! ¡cuántos se forjan
voluntaria desdicha, trastrocando
el mal y el bien; lo cierto y lo inseguro!
¡Y á tientas van por la vislumbre escasa
de este mundo inferior, hasta que llegan
á aquel de luz, donde nos ven y vemos,
como somos y son! Así acontece
á Gerant aquel día.
Cuando entrambos
á caballo estuvieron. por lo mismo
que á su mujer apasionado amaba,
sintiendo en lo profundo de su pecho
rugir la tempestad, pensó que en truenos
sobre aquella cabeza tan querida
iba á estallar, si hablaba; y dominando
su emoción y su ira: —«¡No á mi lado!
delante iréis, le dice, bien delante;
buen espacio delante... y os ordeno
como señor y esposo, que ni una
sola palabra me digáis, suceda
lo que suceda.»

También brillan en la poesía **Roberto Browning** (1812 á 1889), apellidado el «Creador del teatro del alma», por su fino análisis psicológico en sus dramas, entre los que pasa por principal, *El anillo* y *El libro*.—Su mujer, **Isabel Barret Browning** (1809 á 1861), es apreciada como genio femenino superior, y sus mejores obras, el poema *Aurora Leigh* y *Sonetos portugueses*.

Dante-Gabriel Rosetti (1828-1882), hijo de un emigrado italiano, figura como pintor en la escuela llamada *pre-rafaelista*, y como poeta en cambio, se inspira en los grandes maestros modernos.—Su hermana **Cristina**, también poetisa distinguida; y su hermano **Guillermo Miguel** cultiva la crítica estética.

En este último ramo de la crítica literaria y artística, ocupa primer puesto **Juan Ruskin** (1819-1900).—Hijo de Londres, profesor de estética en la Universidad de Oxford, su influjo ha sido tan preponderante en los tiempos presentes, que sus ideas se han dejado sentir, no sólo en los juicios teóricos, sino hasta en los gustos y costumbres de la Inglaterra del día; y en el resto de Europa se consideran sus apreciaciones como definitivas é indiscutibles.—Sus principales abras son: *Los Pintores modernos*, y *Las siete lámparas de la arquitectura*.

En el foro, se sobrepone á todos los demás nombres actualmente: **Samuel Warren** (1807-1877), sin que sus trabajos de Abogado hayan impedido que cultive la novela.

En el grupo de los historiadores contemporáneos, principalmente sobresalen tres «Tomases»: Buckle, Carlyle y Macauley.

Tomás Buckle (1826-1862), historiador filósofo, sigue á Spencer, preocupándose en sus trabajos de restar importancia al papel desempeñado por los grandes hombres en la humanidad, concediéndosela en cambio á las masas, cuyo instinto amamanta, desarrolla y realiza toda el ideal.—La *Historia de la civilización en Inglaterra* (incompleta), es desde muchos puntos de vista modelo perfecto, por más que trate á los españoles con dureza rayana en crueldad, y tal vez con severidad que no merecemos. Atribuye á la Iglesia y á la Monarquía nuestra decadencia.

Tomás Carlyle (1795-1881).—Hijo de un agricultor escocés, destinado á la Iglesia por sus padres, abandonó la Teología, dán-

dose á conocer por sus traducciones de Göthe y Schiller.—Casado y sin grandes recursos, vivió modestamente en el campo, obteniendo algún resultado de su pluma; y a poco, consolidó su fama con la *Historia de la revolución francesa, Los Héroes, Las revoluciones de la Europa moderna, Cartas y discursos de Cronwel, con notas; Historia de Federico II, apellidado el Grande.* —En todos sus escritos se muestra á la vez historiador, filósofo y poeta; definiendo su manera peculiar de entender la Historia como el trabajo realizado por los grandes hombres, conduciendo los pueblos y hasta creando cuanto ha realizado la humanidad en el mundo. Los hechos, pues, son encarnación del pensamiento de los héroes, cuya historia sería el alma de la historia del mundo.—Como se ve, su sentido es diametralmente opuesto al de Buckle, que quita importancia á los héroes para darla á las masas.

Odino.—Paganismo.—De **Los Héroes.** Tr. Orbón.—Para el pueblo escandinavo, el hombre Odino, su dios principal, fué aquel hombre extraordinario. Un maestro y capitán de alma y cuerpo, un heroe de inconmensurable valía, cuya admiración, transcendiendo los límites conocidos, se convierten en culto religioso. ¿No posee el poder de dar vida y cuerpo al pensamiento, y otros muchos poderes no menos prodigiosos? No de otra manera el noble y rudo corazón norso podía manifestar su ilimitada gratitud. ¿No fué él quien descifró el enigma esfinge de este universo? ¿No les aseguró en él su propio destino? Por él saben lo que vienen á hacer aquí y lo que pueden esperar después. Por él la existencia se hizo articulada y melodiosa; él el primero que dió vida á la vida; y, por consiguiente, podemos decir que el hombre Odino fué el origen de la Mitología nórsica; Odino, ó cualquiera que fuese el nombre que el primer pensador norso tuvo, mientras fué un hombre entre los hombres. Su idea del universo, una vez prolongada, engendra en las demás inteligencias otras semejantes; crece, sigue siempre creciendo, mientras subsista allí la fe que le dió sér. En todos los corazones está escrita, pero invisiblemente, como con tinta simpática. Al eco de su voz se agota y hácese visible para todos No es esto solo; en todas las épocas del mundo, el grande acontecimiento, padre de todos los demás, ¿no es, por ventura, la llegada de un pensador entre nosotros?

Tomás Macauley (1800-1859).—Estudió derecho, dándose á

conocer por sus escritos sobre Milton, que le valieron su ingreso en la Cámara de los Comunes.—Su brillante carrera política no le impidió seguir al propio tiempo sus trabajos de historiador, pasando como modelo por su concienzuda labor y su estilo juntamente pintoresco, sincero y vehemente. La principal obra es *Historia de Inglaterra desde el advenimiento al Trono de Jacobo II*, que dejó incompleta.—La sequedad de la historia está templada en este literato con el arte que, como buen poeta, autor de baladas, ha sabido hermanar, por lo que se le ha comparado como pintor de caracteres, con Tácito y con Shakespeare.

De **Federico el Grande**.—*Estudios históricos*, traducción M. Juderías, Bib. Clás.—Al salir de la cárcel, Federico era ya un hombre formado; iba á cumplir veintiún años, y su padre no hubiera podido imponerle los castigos y privaciones constantes que tan desdichada hicieron su primera juventud. El sufrimiento había madurado su juicio, endurecido su corazón y agriado su carácter; sabía reprimirse y disimular, y haciendo ambas cosas, aparentó acomodarse á no pocas teorías de su padre; consintió en recibir por su mujer la que él le dió, si bien fué su marido lo menos posible; y aunque no le deparó la fortuna ocasión de distinguirse, sirvió muy honradamente bajo las órdenes del Príncipe Eugenio en una campaña insignificante. Dueño al fin de tener casa separada y lejos del Rey, pudo satisfacer en cierto modo, y dentro de ciertos límites, sus propias aficiones, sin descuidar por eso, para no incurrir en el regio desagrado, ó tal vez también por inclinación propia, el estudio de los problemas militares y políticos, adquiriendo así lentamente grande aptitud para los negocios: cualidad que sus amigos más íntimos no sospechaban siquiera en él.

Había escogido por su residencia favorita una hermosa y fértil propiedad llamada el Rheinsberg, asentada en medio del territorio arenoso del marquesado, y cerca de la frontera, que separa la Prusia del ducado de Mecklemburgo. Rodeaba el castillo un bosque dilatado de hayas y de encinas, y se miraba en las claras aguas de un lago inmenso y cristalino. Apartado en esta soledad del bullicio de la capital, se divertía Federico haciendo plantar paseos y alineadas calles de árboles, trazando los laberintos más complicados, levantando templetes, obeliscos ó invernáculos, coleccionando flores y arbustos raros, y rodeándose de amigos, entre los cuales figuraban en primera línea los franceses de origen, ó de nacimiento, con quienes hacía buenas comi-

das y mejores cenas, bebiendo bien, dando á veces conciertos, y presidiendo las juntas de una Sociedad que él llamaba la «orden de Bayardo».

No se puede callar aquí el nombre del «cervantista» inglés **Fitzmaurice-Kelly,** autor de una hermosa *Historia de la Literatura Española,* elegantemente traducida y avalorada con numerosas é interesantes notas por D. Adolfo Bonilla y San Martín, precedida de un prólogo crítico de Menéndez Pelayo.

Para terminar la reseña de la literatura inglesa, la cerraremos con la rápida enumeración de algunos de sus innumerables novelistas, en cuyas filas casi dominan las escritoras á los escritores; por lo cual agruparemos en primer lugar á ellas y después á los que han imperado en el mundo con tiránico influjo.

Juana Austen (1775-1817). Escribió varias novelas de costumbres, que no fueron demasiado estimadas por sus contemporáneos, por no estar en moda; pero hoy en cambio se leen con avidez como narraciones bien pintadas de la vida real, y con tendencia educativa. Acaso también no fué tan aplaudida en su tiempo como se merecía, por su intento de reobrar contra el género fantastico de otra novelista que vamos á citar inmediatamente.—Su cualidad primera es la delicadeza y gracia en la manifestación de los sentimientos, propias para emocionar á las almas sencillas.—Su mejor novela: *Orgullo y preocupación.*

Ana Radcliffe (1764-1824). Á los veinticuatro años publicó su novela *Castillos de Athlin y Dunbayne,* que causó sensación, revelándose su verdadera personalidad original en su obra maestra *Misterios de Udolfo,* en la que empleó el terror como elemento principal de la acción, dominando siempre lo maravilloso en los episodios, amontonando peripecias conmovedoras, y que parecen sobrenaturales cuando al fin se explican en el desenlace de la novela por causas naturales enteramente.—Á pesar de esta complicada trama infernal de espectros y de fantasmas diabólicos, hay en las obras de esta escritora una dirección moralista muy marcada.—Ofrece su vida la particularidad de haberse retirado con sus triunfos del campo literario todavía en pleno vigor, contentán-

dose con producir algún que otro pequeño poema ó cuento, para sus relaciones íntimas sin consentir darlos á la publicidad.

Lady Morgan (Sidrey Owenson) (1783-1859). Poetisa y novelista irlandesa, publicó algunos cantos propios de la verde Erin; y más bien que novelas, cultivó la pequeña leyenda recogida en sus viajes. Su principal obra es, *La mujer y su dueño*. La ceguera amargó los últimos años de su vida.

Más notable que las anteriores es **Jorge Eliot** (1819-1880). Con este pseudónimo escribió sus novelas María Ana Evans, hija de un Pastor protestante, que comienza por traducir y escribir críticas, entre las que sobresale su obra titulada *Escenas de la vida clerical;* luego produce su obra maestra titulada *Adán Bede*, y acaba por escribir con fino análisis psicológico, trabajo que modestamente denomina *Ensayos*, en los últimos años de su vida.—Principales prendas de esta escritora: invención poderosa, ligereza en el diálogo, verdad en los caracteres, puesto todo al servicio de fotografiar los más íntimos secretos de la conciencia; pudiendo clasificársela en la escuela realista.—Se elogian entre otras poesías suyas *Gipsy Espagnole*.

Francisca Trollope (1791-1863). Del mismo nombre de esta novelista hay otros dos escritores que cultivan el mismo género, uno de ellos, su hijo Antonio.—Su estilo es principalmente satírico, censurando con ática gracia, las costumbres americanas y las estravagancias de las mujeres inglesas.—Obra capital: *Usos y costumbres de los americanos*.

María Isabel Braddon, nace en Londres en 1837, y debe sobre todo su reputación á sus novelas *El secreto de Lady Audley* y *Aurora Floyd*.—El nervio de sus escritos, que después han sido numerosos, estriba en lo imprevisto, extraordinario y hasta estrambótico. Y naturalmente, la fecundidad de su labor ha hecho desmejorar la cualidad de la misma.

Tres hermanas escritoras se han hecho célebres en la literatura inglesa con el pseudónimo de **Bell,** las señoras Bronte, de las cuales la más célebre es Carlota *(Currer Bell)* (1824-1855), dotada de tal precocidad que á los quince años tenía escritos 22 gruesos legajos de dramas, novelas, poemas, tragedias, etc., y su gran

éxito fué la publicación de su primera obra, *Memorias de una institutriz* (Juana Eyre), confirmado con *Sterley* y *Violeta*.—De su hermana Emilia es *Alturas etéreas*, novela muy celebrada.

Ouida es el nombre de guerra de Luisa de La Ramée, novelista inglesa, de origen franco-canadiense, que se hizo popular por su talento; publicando treinta novelas cortas, algunas muy originales, y las cuales no tienen de inglés más que el idioma en que están escritas.—Enamora á esta novelista el resorte de los golpes de efecto teatrales.—Su estilo es paradógico y sus asuntos no siempre recomendables por escabrosos, cargando un poco la mano, en la pintura de las costumbres que presenta peores de como lo son realmente en la alta sociedad cosmopolita que procura retratar.—Sus mejores obras: *Cigarette*, cantinera de los zuavos; *La Condesa Vassali* y *Amistad*.

Para terminar, diremos que también figuran como distinguidas novelistas, muchas de cuyas obras corren por folletines españoles las siguientes: **Miss Edgeworth,** caracterizada por su amor á los pobres y á los niños, y su devoción por Irlanda.—*Belinda*, *Cuentos populares de la infancia* y *de la adolescencia*, confirman su reputación.—**Lady Blessington** que tuvo en París uno de los salones más frecuentados por los literatos, hacia el promedio del pasado siglo, y que, maestra en la ciencia de la sociedad, tuvo el arte de saberla describir.—*Memorias de una camarera*, *Confesiones de un caballero americano*.—**Lady Fullerton.** Profunda conocedora de la vida íntima inglesa, que pinta con gracia y delicadeza extraordinarias.—*El pájaro de Dios*, *Ellen Middleton*.—**Mistress Gaskell,** dedicada á las clases trabajadoras, retrata las miserias de la vida en las fábricas, de mano maestra, y llegó á colaborar alguna vez con Dickens en los cuentos *Craufort*, *Alrededor del sofá*, etc.—De **Lady Bulwer** hablaremos más abajo.

Pasando ahora á los novelistas, diremos, que por su fecundidad, brilla **Wilkie Collins** (1824), famoso por sus situaciones trágicas que ha llevado al teatro y la novela, sobresaliendo en la complicación de la intriga, y el misterio melodramático.—Entre sus obras más notables (algunas traducidas al castellano) se cuentan: *El Abismo*, *El Secreto*, *La pista del crimen*, etc.; **Ainsworth**

ha evocado los recuerdos de la *Torre de Londres;* ha presentado en *Abigail* la corte de la Reina Ana, y degradado su estilo lleno de color y vida en *Jacobo Sheppard*, el célebre ladrón.

Y terminaremos esta extensa enumeración de los novelistas ingleses con el triunvirato de los privilegiados.—**Eduardo Bulwer-Lytton** (1805-1873). Descendiente de una familia ilustre de sangre danesa y normanda á la vez, recibió una educación muy esmerada, y una instrucción muy sólida.—Miembro del Parlamento por derecho propio, Ministro de Colonias, fué Embajador en España, donde por cierto se le despidió bruscamente por el General Narváez en el promedio del anterior siglo, á consecuencia de haberse mezclado en intrigas palaciegas. El Gobierno le entregó sus pasaportes conminándole con salir en silla de postas en el término de veinticuatro horas, rasgo elocuente de la entereza del carácter tradicional español, borrada por desgracia en las generaciones sucesivas.—Bulwer fué poeta lírico, autor dramático, novelista, historiador, orador, crítico, aunque no brilló en todos los géneros por igual.—Su historia íntima personal de familia, parece poco agradable, á juzgar por la novela que escribió su mujer (**Rosina Wheeler**) antes citada (1808-1882), irladensa, con el título de *El hombre de honor*, y cuyos personajes descubren al marido presentando en una desnudez harto desagradable.

Aunque como persona haya sido poco estimable Bulwer, como literato hay que reconocer sus méritos indiscutibles.—En su primera novela *Pelham* retrata de modo nada lisonjero la aristocracia británica, y en *Maltravers* y otras todavía arroja más sombras en torno de la misma.—*Eugenio Aram* es el tipo del criminal que despista á sus perseguidores por la dignidad de su apariencia; y aunque el autor no ha querido ennoblecer al asesino, ha constituído, sin embargo, escuela en que se ha hecho más ó menos simpático ó excusable el tipo del homicida.—El género seudo-histórico lo desarrolló Bulwer en *Haroldo, Rienzi* y los *Últimos días de Pompeya,* obra esta última traducida repetidas veces á nuestro idioma.—Otra dirección en sus novelas, ha sido la de tendencias semi-espiritistas ó de fenómenos del magnetismo animal, principalmente presentada en *Una historia extraña.*—Probablemente,

sus obras menos discutidas y más famosas, las que mejor revelan la ligereza y movilidad de su estilo, la elevación y distinción del lenguaje, la intención moral mejor definida, son: *Historia de la familia Caxton* y *Memorias de Pisistrato Caxton.*—El ideal de Bulwer no se dibuja claramente en sus obras, ni en el proceso contra la aristocracia, ni en su desprecio por la clase media. Es un novelista que se complace en señalar las llagas sociales, sin que aspire á reformar nada.

Guillermo Makpeace Thackeray (1811-1863). Hijo de un empleado en la compañía de las Indias, gozó de los placeres que proporcionan el bienestar y los viajes; completando así la educación que recibió en la Universidad de Cambridge.—Es el segundo de este triunvirato de los novelistas geniales.—Revelóse en sus ingeniosas sátiras, publicadas en el periódico *Punch*, y en sus cuentos cómicos *Croquis de París* y por una revista burlesca sobre la traslación de los restos de Napoleón.—Pero la demostración de su talento se patentizó con la publicación de *El libro de los Snobs* (tontos), nombre que designa todas las afectaciones y necedades admitidas por el uso y las actitudes insustanciales de la tiesura aristocrática. Personificó el autor el tipo en *Milord Largas orejas.*—Su obra capital es *La Feria de las vanidades*, en que ataca vivamente á la nobleza, representada en un barón, gran señor, avaro y grosero, y en sus hijos, vicioso é hipócrita uno, borracho y estúpido militar otro, y en un Lord, en fin, espanto de su familia.—Se ha definido á Thackeray diciendo que es rico humorista, satírico brillante, hábil psicólogo, y pintor exacto y despiadado de las costumbres inglesas, y del egoísmo de la sociedad moderna.—Los «improvisados», *Newcomes*, es otra de sus obras más elogiadas y en donde se presenta el problema de los cónyuges mal avenidos.—*Barry Lindon* es un irlandés famélico, que llega desde soldado prusiano á gran propietario, y sucumbe por sus propios artificios.—En cambio, se respira tranquilamente leyendo á *Henry Esmond*, donde se deja de odiar, ante un niño abandonado, recogido por un pariente y que al recobrar sus derechos con el secreto de su nacimiento no quiere despojar á los que se aprovechan de lo que á él pertenecía, teniendo como recompensa un casto y noble

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MÁLAGA

amor. Se estima esta obra como de mérito, por su estilo, y por haber resucitado los modismos usados en la época de la reina Ana, presentando á muchos de los personajes de este reinado retratados hábilmente. Esta novela, carecería del escozor de la sátira, si no apareciese el pretendiente Carlos Eduardo como un seductor vulgar que abandonan hasta sus más fieles defensores.

Como el escritor de que nos ocuparemos seguidamente, se hizo conferenciante, recorriendo Inglaterra, Escocia y América, dando lecturas de trabajos suyos de crítica literaria sobre *Los humoristas ingleses del siglo XVIII*, y sobre otros asuntos —Tachado de misántropo, con razón, estudia la sociedad comtemporánea ora por el *humor*, ora mediante la reflexión amarga del pensador pesimista, con mordaz ironía, castigando á veces muy injustamente, según ha hecho notar uno de sus biógrafos.

Carlos Dickens (1812-1870), nacido en Portsen, hijo de familia modesta, tuvo que sufrir el disgusto de ver que los malos negocios de su padre le llevaban á ser encarcelado por deudas. La madre puso escuela, aunque sin alumnos, y se vió obligado á emplearse en un oficio mecánico, hasta que se hizo taquígrafo, como su padre, y después noticiero en los periódicos.—Las dificultades de su niñez y adolescencia dejaron en su ánimo honda impresión, que se revela más tarde en sus admirables novelas. No tuvo, pues, otra educación sino la de la desgracia; y el sentimiento de la realidad y su espíritu verdaderamente superior, cincelaron su estilo, adivinando las maravillas de las leyes estéticas y las reglas del arte de conmover á los lectores interesando el ánimo de modo prodigioso.—Pero si en sus primeros años, la tristeza y la amargura embargaron su alma, después se vió recompensado por la riqueza y la popularidad, y satisfecho desde todos los puntos de vista. El desbordamiento de su propia satisfacción, no hallando límites, fué causa de la enfermedad que le costó la vida; porque en 1867, recorriendo algunas ciudades de los Estados Unidos, durante cinco meses, dando setenta y seis lecturas y conferencias, llevaron á sus arcas una millonada, pero también le acarrearon muerte prematura.—Ningún novelista del siglo XIX ha ejercido tal vez influjo tan hondo como Dickens; cuyas principales cualidades

pueden resumirse en las siguientes: exactitud de observación, delicadeza psicológica, dibujo de gran relieve en los caracteres, y sobria vivacidad para el retrato.—Mezcla con frecuencia lo inesperado de los episodios en la acción, con los más satíricos rasgos de concentrado humorismo; y en opinión de sus mejores críticos, no tiene rival en la habilidad para coordinar complicadísimos pormenores en un cuadro sencillo y perfecto, sin que ninguno obscurezca el interés de la acción principal.—Se le señala como defecto, uno que él mismo reconocía, y es á saber, que caía con frecuencia en la caricatura sin poder contenerse; y así, se dice que ha pintado la vida de Londres más fea todavía de lo que en realidad es, hasta en los cuarteles de los desheredados. También se le censura que repite los tipos de que está enamorado y que llegó á presentar con mano maestra; por lo que es un poco monótono en el conjunto de su obra colosal.

En *Bleake House* señala la necesidad de simplificar los procedimientos y gastos en la Justicia—en *Oliverio Twist* ha dado la idea de reformar el servicio personal público ó doméstico;—en *Dombey é hijo*, en los *Tiempos difíciles* y otras obras, ha descubierto la llaga social inglesa de la riqueza egoísta, y las tristes consecuencias originadas por el espíritu positivo y especulador. En otras creaciones ha marcado la hipocresía anglo-sajona de modo imborrable con el tremendo ridículo; y en fin, ha llamado la atención pública y de las autoridades, acerca de las infamias de los colegios y pensiones donde se explota y vicia la infancia y la juventud.—Dickens, inexorable con todas las clases y profesiones sociales, cruel y duro, fustigando las iniquidades humanas, siempre es tierno, dulce y amable con el pobre, el débil, el niño y el oprimido.—Sus principales obras, además de las enumeradas, son *David Copperfield*, *Almacén de antigüedades*, admirablemente traducida, por cierto, al castellano, por el Profesor de la Universidad de Madrid, D. José de Caso y Blanco; y sus *Cuentos de Navidad*.—Cerraremos este estudio y el de la literatura inglesa con algunas muestras de tan celebrado novelista.

Modelo de descripción de caracteres en *David Copperfield*:

Retrato de Miss Murdstone. — ... Tenía el aire siniestro, el ca-

bello negro, como su hermano, al cual se parecía mucho en la figura y las maneras; sus cejas espesas se cruzaban casi en el arranque de su gran nariz, como si ella hubiese llevado á este sitio las patillas que su sexo no le permitía conservar en su sitio natural. – Iba seguida de dos cajas negras, duras y rígidas como ella; y sobre cuyas tapas se leían sus iniciales en clavos dorados. Cuando quiso pagar al cochero, sacó el dinero de una bolsa de acero, encerrándola en seguida en un saco de mano, que tenía más que de otra cosa aspecto de prisión portátil, suspendida del brazo mediante una gruesa cadena, bolsa que se cerraba con el mecanismo de una trampa. Nunca había yo visto señora tan metálica... Vi durante su ausencia una serie de pequeñas alhajas y de cadenas de acero colgadas del espejo, con un aparato formidable: eran las alhajas que adornaban el tocado y traje de Miss Murdstone.

(La siguiente *descripción* retrata sin verlo á un propietario).— Se veían allí viejas sillas y mesas deslucidas y frías, como corazones de avaros; armarios que se bamboleaban al menor movimiento, sin duda por aprensión y temor á los ladrones; arrinconados en los sombríos ángulos, desde donde no podían dar sombra en el piso, y donde se diría que habían sido transportados para huir de las miradas. En la escalera un gran reloj con sus largas agujas afiladas, con cara famélica, cuyo monótono balancear de la péndola hablaba muy bajo y como con prudencia, mediante su tic-tac, mientras que su música oculta, de timbre débil y lánguido, parecía la voz cascada de un viejo, al marcar la hora arrastrando los sonidos como el estertor de un hombre que se muere, agitándose sobre un montón de paja.

Descripciones del viento, personificándolo.—El viento llegaba precipitándose como si hubiese partido de los confines del mundo para caer sobre Toby. Y con frecuencia se diría que llegaba sobre él antes de lo que lo hubiese pensado, porque volvíase de pronto alrededor del rincón, y pasando por cima de Toby, giraba repentinamente sobre sí mismo en torbellino, como si exclamase: «Ah, ya lo veo, hélo allí.» Y Toby estaba también sopleteado y golpeado y empujado y sacudido que era casi positivamente un milagro que no hubiese sido arrebatado como una pluma por los aires... Encerrado en su prisión de piedra gime, zumba y se lamenta el viento por escaparse. Cuando se ha estrellado contra las naves de la Iglesia, cuando se ha deslizado alrededor de los pilares, y ha penetrado por los resquicios del gran órgano sonoro, vuela y va á estrellarse contra la bóveda, intentando arrancar á su paso los estorbos; después, baja desesperado sobre el pavimento y se engolfa por entre los huecos murmurando bajo los arcos.....

Las olas enroscadas escalan mútuamente sus cabezas encrespadas, para contemplar el barco, acuden de todas partes á su alrededor... se pegan á sus flancos saltando las unas sobre las otras, lanzándose, sumergiéndose, empinándose como para asomarse sobre cubierta y satisfacer su terrible curiosidad. Suben, rugen en torno del bajel, y después, dejándose sitio y abriéndose paso, se alejan...

La fortuna de un estudiante.—§ I.—Aunque se ha hablado mucho de la sobriedad de los estómagos lacedemonios, de seguro que no hubieran podido resistir el sistema de alimentación á que nos sujetaba el respetable doctor Glumper en su colegio; de seguro que se hubieran insurreccionado.—Los vencedores de los persas requerirían una comida algo más nutritiva que los resíduos de grasa que se desprendían de los huesos de ternera con que nos obsequiaba el doctor; y por otra parte, si Jerges se hubiera limitado á alimentar á sus innumerables huestes con un poco de arroz hervido, como nos sucedía á nosotros, los vasallos que en sus extensos dominios contaba, no lo hubieran ensalzado hasta considerarle como un Dios.—Sin embargo, importa decir que, desde este punto de vista, el colegio del doctor Glumper no se diferenciaba de otros muchos colegios, en donde los escolares de mi tiempo, hijos todos de muy buenas casas, seguían sus estudios, pero muriéndose de hambre. Es verdad que con lo que nos daban teníamos, á no dudarlo, lo suficiente para vivir, mas en comerlo estaba la dificultad. La comida, que nada tenía de buena al comienzo de la semana, al finar ésta se hacía irresistible; de modo que cuando llegaba el domingo, nos parecíamos á un grupo de jóvenes viajeros perdidos en las soledades del mar á quienes salva de una muerte próxima el feliz encuentro de un buque cargado de *rosbeaf* y de *pudding;* este buque era para nosotros lo que llamábamos la *banasta* de *Hannah.*—Hannah nos lavaba la ropa, y el sábado por la tarde, después de la entrega de las prendas, iba invariablemente al jardín y allí, descubriendo su providencial cesta, sacaba á luz infinidad de golosinas que nos parecían excelentes; por su calidad y precio...

La comida de los lunes se reducía á un guisado de ternera, á pedazo por persona, y aunque no estaba prohibido pedir otro, esta solicitud era acogida con tan mal disimulada contrariedad, que nos llegamos á contentar con uno solo. Como justa compensación de nuestra discreta conducta, recibíamos al siguiente día, los trozos que habían sobrado en el anterior, pero fríos y contraídos, ligeramente recubiertos de sangre y bajo una montaña de coles mal cortadas, aunque sobremanera interesantes para hacer un estudio de insectos, en vista de las

muchas orugas que, en ordenadas filas, mostraban sus cadáveres color verde claro en el círculo de los platos. – Tres veces por semana se nos servía arroz hervido, alimento que por una reunión de infelices coincidencias, no he podido tragar desde mis primeros años. Mas no era esto solo. La gran mortificación de nuestros estómagos se quedaba para el sábado, cuando nos ponían delante lo que fastuosa y calumniosamente llamaban pastel de beefsteack. – Un alma bien atravesada debía de ser la del buey que se vanagloriase de reclamar como de su pertenencia aquel producto...

De **El Endemoniado.**—Era cosa digna de verse esta mansión á la hora del crepúsculo, en medio del invierno asolador. A la hora en que el viento sopla y silba, mientras que el sol obscurecido desciende del horizonte; á la hora en que hace bastante sombra para que las formas de las cosas tomen un tamaño inmenso y vago; á la hora en que las personas sentadas al amor de la lumbre empiezan á ver en los carbones encendidos figuras fantásticas, montañas, abismos, emboscadas y ejércitos; á la hora en que los que transitan por las calles corren empujados por el cierzo; á la hora en que aquellos que se ven obligados á desafiar el tiempo se encuentran detenidos en algún rincón oscuro y helado por la nieve que azota sus párpados; á la hora en que las ventanas de las casas se cierran cuidadosamente y en que las luces de gas empiezan á verter sus rayos en las calles tranquilas ó agitadas, sobre las que la noche desciende con rapidez;

A la hora en que el vagabundo, temblando en medio de la calle, lanza miradas codiciosas sobre los hornillos de las cocinas subterráneas que excitan su apetito, perfumando á lo largo de su camino;

A la hora en que los que viajan por tierra se hielan de frío y fijan sus miradas extraviadas en los sombríos paisajes, á la vez que tiemblan todos sus miembros al soplo de la tempestad; á la hora en que los marineros, suspendidos de las vergas cubiertas de copos de nieve, son horriblemente balanceados en todos sentidos por encima de las olas encrespadas; á la hora en que los faros, puestos sobre las rocas de los cabos, aparecen como centinelas solitarios, mientras que las aves marinas, sorprendidas por la noche, se precipitan sobre los fanales, se descoyuntan y caen muertas;

A la hora en que los niños, leyendo cuentos al amor de la lumbre, tiemblan soñando con la suerte de Cassim Baba, cuyos miembros hechos pedazos, son colgados en la cueva de los cuarenta ladrones, ó se preguntan con espanto si al atravesar el sombrío corredor que con-

duce al cuarto de dormir no les sucederá el encontrar á aquella viejecita de la muleta que salía de un ataúd.....;

A la hora en que las sombras llevan á la imaginación de los ancianos pensamientos de otra edad é imágenes de la juventud; á la hora en que éstas salen furtivamente de sus retiros con las formas y los rostros de los pasados tiempos, exhumadas de las tumbas, de las profundidades del mar ó del lugar por donde vagan errantes cosas que existieron ó que nunca han existido;

A esta hora nuestro hombre se hallaba sentado delante del fuego, en el que tenía fija su mirada, mientras que las sombras iban y venían, siguiendo las ondulaciones de la llama.

Retrato en **Almacén de antigüedades.**—T. I. Madrid, 1886.—Sara Brass era una dama de treinta y cinco años próximamente, delgada y huesosa, y de continente severo, que, si es verdad reprimía las dulces emociones del amor y mantenía á distancia á los adoradores, en cambio ofrecía la ventaja de inspirar un sentimiento próximo al terror en los corazones de todos los individuos extraños, del sexo masculino, que tenían la felicidad de aproximarse á ella. Su cara presentaba una notable semejanza con la de su hermano: semejanza tan exacta que, si su pudor virginal y el decoro de su sexo le hubiesen permitido ponerse, por broma, el traje de él y sentarse de ese modo á su lado, hubiese sido difícil, aun al más antiguo amigo de la familia, decidir quién de los dos era Samson y quién Sara; tanto más, cuanto que la dama tenía sobre el labio superior ciertas manchas rojas, en que la fantasía, á ser ayudada por la ilusión del traje, hubiera podido ver un bigote. Pero, según todas las probabilidades, no eran sino las pestañas que se habían equivocado de sitio, puesto que los ojos de Miss Brass estaban desprovistos de tan vulgares impertinencias. Por lo que hace á la tez, era pálida, ó mejor, cetrina; pero este color aparecía agradablemente realzado por el brillo encendido que cubría la punta de su nariz burlona. Su voz era excesivamente sonora, profunda y de un timbre privilegiado: oída una vez, no se olvidaba fácilmente. Su traje habitual consistía en un vestido verde, de un color no poco semejante al de la cortina de la ventana, muy entallado, cerrado, y abrochado detrás del cuello con un botón notablemente ancho y macizo. Comprendiendo, sin duda, que la sencillez y la naturalidad son el alma de la elegancia, Miss Brass no usaba collar ni pañoleta, pero en cambio llevaba la cabeza invariablemente adornada con una gasa obscura, semejante al ala del vampiro fabuloso, y que tomando todas las formas que le agradaba, constituía un tocado airoso y cómodo.

Apéndice.—XX.—Estados Unidos.

La literatura norte-americana constituye, en realidad, un apéndice de la inglesa, con cierto carácter propio y peculiar que le distingue de la materna, de igual modo que hay diferencias de lenguaje más que de pensamiento (aunque de éste también) entre las literaturas hispano-americanas y la española. Pero como quiera que la historia de los Estados Unidos del Norte es la de un pueblo enteramente moderno, sin las tradiciones colombinas del descubrimiento de América, y aun de las pre-colombinas, todavía acaso haya menores diferencias entre la literatura norte-americana y la inglesa que entre las hispano-americanas y la española, ó, en fin, entre la brasileña y la portuguesa.—Confúndense ambas en el primer siglo de vida de los Estados Unidos. Mientras dura el período colonial, no hay diferencia alguna.

No faltaban á esta literatura en sus comienzos, sin embargo, asuntos propios para ser tratados por los poetas en la lucha que mantienen la raza anglo-sajona ó los holandeses con los indígenas americanos al establecerse en Nueva Inglaterra, disputando la posesión del territorio; ó bien procurando la propaganda de las nuevas ideas religiosas protestantes que desean los europeos infiltrar en los habitantes del país, con espíritu más cerrado y más dominante que en Europa mismo, desde cierto punto de vista. — Una razón, no obstante, había para que no se produjese con argumentos propios para la poesía, el desarrollo del arte literario en su primera y más bella expresión; y es á saber: que los más de los emigrantes en las colonias, eran, como es sabido, puritanos; y, por tanto, poco amigos de las artes, y aun quizá, hablando con más propiedad, enemigos de toda manifestación que pudiera

aminorar la austeridad severa y rígida que aun en Inglaterra mismo produjo sus efectos, deteniendo, como se recordará, el brillante desenvolvimiento del teatro durante algunos años.

Así, nada tiene de extraño que los colonos ingleses, no sólo no fuesen protectores de las artes, sino, en cierto modo, sus enemigos declarados. Por esto, creyendo que lo importante en la vida era luchar con la Naturaleza, cultivándola; construir sus nuevas ciudades, les parecía cosa baladí pensar para escribir lo pensado, teniendo hasta la idea de que la imprenta era una industria superflua. Con la predicación de los pastores protestantes que fundaron una escuela moralista, mística, cuasi ascética, árida, áspera á fuerza de ser rígida y severa, exponiendo por campos y poblados la teología evangélica, tenían bastante, y se daban por satisfechos para alimentar la vida de los sentimientos y las aspiraciones de la inteligencia.

Pero como quiera que ni aun la exagerada moral y los principios estrechos religiosos bastan á someter las luchas de sociedad despertadas por los celos y avivadas por el espectáculo que produce en cada espíritu el bien ajeno, surgió bien pronto una literatura política desbordada en folletos donde se cantaban las excelencias propias y se censuraban las maldades ajenas.—Y este es el origen allí, como en otras partes, del periodismo, con el carácter particular en aquella región de una acometividad virulenta.—Llegados á una mayor edad rapidísima, y en que han asombrado al mundo por el desarrollo colosal de su industria y del imperio de todos los bienes materiales, comprendieron los yanquis que todo pueblo en cuya civilización faltan los elementos artísticos, y en que la fantasía no ha puesto el signo de belleza, carece de la consagración de la Historia y del respeto y devoción de la humanidad.—Y entonces brotó por todas partes esta aspiración á lo bello é inútil, al puro goce intelectual, al amor por la emoción estética, sin resultado alguno práctico ni compensación alguna económica.—Pero elaboraron su producción literaria á la inversa de los pueblos que poseen larga historia, porque viniendo desde el sentido de lo práctico á lo teórico, de lo útil á lo bello, en lugar de producir como primer género la poesía y como segundo la

didáctica, al par que la oratoria, empezaron por ésta, siguieron por el cultivo de la ciencia y terminaron por el arte bello de la palabra. Sus primeros literatos son oradores, escritores de asuntos profundos, morales, sociales ó filosóficos, siguiendo en segundo lugar los historiadores y terminando con los poetas y moralistas. Mas todo ello con la precipitación á que antes se aludió, ya que apenas si puede señalarse en la Historia del pueblo norteamericano más que dos períodos: uno hasta la independencia y otro hasta nuestros días.

Á la manera de como en Grecia y Roma la vida pública determinó, como era consiguiente, el gran apogeo de la oratoria, en los Estados Unidos fué la elocuencia manifestación literaria de grandísima importancia desde la proclamación de la independencia, compartiendo los laureles la política y la moral y religión. Los nombres más salientes en uno y otro género fueron Washington y Channing; y siguió á la oratoria la didáctica, según se ha indicado con Franklin.—La Historia tiene por representantes principales á Bancroft, Irving, Prescott y Ticknor.—Unos se preocuparon de los asuntos propiamente nacionales y otros de los hispano-americanos, por lo cual nos interesan doblemente.

La poesía tiene modestos representantes en la lírica y la épica en los comienzos de la literatura norteamericana hasta que se llega al triunvirato de Bryant, Longfelow y Lowel, siguiendo luego algunas poetisas y vates de segundo y tercer orden hasta nuestros días. — El fenómeno que notamos en Inglaterra, país eminentemente positivista en todos los órdenes, y en cambio idealista y romántico en poesía, se repite en los Estados Unidos, donde lírica y épica se inspiran en los antiguos laquistas ingleses y en los byronianos, casi por completo.

En cambio, falta á los Estados Unidos desde los comienzos hasta el momento presente, la creación de un teatro nacional; no habiéndose presentado sino alguna que otra tentativa para su formación, como si hubieran encontrado satisfacción suficiente á sus aspiraciones y necesidades trasladando á su escena ora el teatro francés, ora el inglés, ora el italiano y aun el español, dándoles importancia según el orden notado. Así es frecuente que viva la

escena norte-americana de la extranjera y cuando más de las traducciones ó adaptaciones.

Por último, el género, en cambio, donde han llegado á ser maestros, compartiendo la gloria con Inglaterra y aun emulando á sus grandes escritores, ha sido la novela; como si el talento norte-americano tuviera como expresión fiel y completa la ficción desenvuelta en la forma del poema narrativo en prosa.—Empieza la historia de este género literario en las postrimerías del siglo XVIII, con Brown, y sigue con las epopeyas indias de Cooper, las descripciones de Irving, las fantásticas creaciones de Poe y las novelas de propaganda social de Mistress Beecher-Stowe y otras señoras, acabando en nuestros días con las graciosas, aunque bufonescas, escenas de Marcos Twain.—La vida, en fin, de los cazadores, de la lucha con la Naturaleza por los mineros, la existencia campestre, enteramente distinta de la vida urbana, ha sido descrita por un irlandés de origen, pero americano por temperamento y educación, que ha quedado como modelo: Mayne-Reid. — Claro es que se han dibujado dos escuelas distintas en el cultivo de la novela. Unos han seguido pintando la vida característica tradicional de los Estados Unidos como cuando era colonia inglesa, con sus cuadros, ora rústicos, ora urbanos, las proezas de los indios indígenas y las atrocidades de los mineros; y otros, siguiendo rumbo distinto, han querido pintar la vida humana cosmopolita, contentándose, en cierto modo, con ridiculizar el lado caricaturesco de la sociedad norte-americana, tanto en lo interno con el estudio de caracteres, cuanto en lo exterior de los usos é instituciones en que se quiere remedar artificiosamente á la vieja Europa, determinando con ello lo que se llama de modo expresivo en nuestra lengua lo *cursi*.

Todavía debemos marcar, con objeto de terminar esta breve reseña de la Historia literaria de los Estados Unidos, un género derivado de la didáctica y en que ha llegado á tanta altura el pueblo *yankee*, como el más avanzado de Europa; á saber: la enseñanza, en ella desde el manual para los jóvenes, la cartilla para los obreros, la monografía concienzuda para el erudito, la investigación profunda para el pensador, todos los modos, en suma, que

se derivan de la ciencia para su aplicación docente, han ofrecido ejemplares perfectos, que hoy se estiman como dignos de imitación.

Parece ser que la primera obra escrita en los Estados Unidos es una traducción de las *Metamórfosis de Ovidio*, por **Sandy,** y un poema, *El vellocino de oro*, de **Gangan;** otro, sobre la *Crisis de la nueva Inglaterra*, de **Thomson,** y *El dia del juicio*, de **Wigghswooth,** y **Ralph** compuso otro titulado *Zenma ó el amor de la Libertad*, de que se burló Pope en su *Dunciada*.—Siguen á éstos **Barlow,** que escribió un notable poema titulado *La visión de Colón* ó *Colombiada;* personaje de importancia por haber servido como enviado diplomático de su país á Napoleón I; y por último, **Dwight,** poeta de cierto nombre por su obra *El cerro de Grenfield*.—Todos estos autores son de la época anterior á la emancipación, y de consiguiente, más bien pertenecen á Inglaterra, como escritores de su colonia, que propiamente á los Estados Unidos.—Prescindiendo ahora de muchos, algunos hasta de primer orden, hablaremos de los más conocidos en Europa y que interesen especialmente á los españoles.

Bryant (1794-1878). Forma con los dos siguientes el triunvirato de los poetas líricos.—Tiene como característica haber sido el primero que se libertó de la servidumbre de imitar, ó seguir al menos, á los vates ingleses y franceses, y consiguió, sobre todo, la corona de laurel, cuando inspirándose en sentimientos, recuerdos y escenas de su propio país, cantó los lamentos de los indios ó las aspiraciones de los guerreros salvajes.—Fué también novelista, abogado de nota y narrador muy atractivo de sus viajes por Europa, que se han publicado en un tomo titulado *Cartas de un viajero*. Su principal obra poética es la titulada *Los siglos*, especie de epopeya, ó mejor dicho, poema didascálico, dedicado á los progresos de la civilización. Se citan también como sus mejores composiciones *El guerrero desterrado, Lamentos de la joven india*, la sátira *El embargo* (su primera producción contra el presidente Jefferson), el *Himno de la ciudad* y *El campo de batalla*.—Se le califica de observador prolijo de la Naturaleza, y de pensador dulce y suave en sus apreciaciones.

Lowell (James Russell) (1819-1889). Lírico distinguido, profesor de la Universidad de Harvard, diplomático, brilla por su humorismo en la crítica y su refinamiento, muy diferente de la general basteza de su país.—Su estilo está esmaltado de bellas imágenes.—Sus estudios sobre Carlyle y Lincoln le dieron gran renombre, así como sus lecciones de literatura en el colegio citado. Venido á España como ministro plenipotenciario de su país, tuvo la honra el autor del presente libro de ser su profesor, más bien dicho, su modesto consejero en algunas materias de lengua y literatura española durante los años 1877 y 78.—Llegó en sus ejercicios prácticos á dominar la lengua, hasta el extremo de componer preciosas líricas, que se negó tenazmente á publicar, ni á consentir que se dieran á conocer.—Hombre de vastísima ilustración histórica y literaria, fué muy apreciado entre nosotros, especialmente de Cánovas del Castillo, de Gayangos, y del ilustre académico D. Juan Facundo Riaño, con quien tenía íntima amistad.—Fué profesor honorario de la Institución Libre de Enseñanza de Madrid, centro por el cual sentía simpatía profunda.—Es famoso entre sus muchos trabajos *Biglow Papers*.

Longfelow (1807-1882). Es tenido por el primer poeta de América.—Vivió diez años en Europa; publicó luego sus *Bocetos de Ultramar*, su composición *Excelsior*, y su hermoso poema *La esclavitud*, que comprende siete cantos, titulados: «El sueño», «El canto del esclavo á la media noche», «La mejor parte», «La negra fugitiva», «Los testigos» (ó sean los esqueletos de los desgraciados arrojados al mar por un negrero), «La joven cuarterona» (vendida por su padre, plantador lleno de deudas), y por último, el epílogo amenazador que deja entrever las represalias futuras de la raza oprimida.—*Evangelina* viene á ser, según Tivier, una linda epopeya—idilio semejante al «Herman y Dorotea», de Goetne.—El asunto es la odisea de una pobre mujer que recorre varios países en busca de su prometido esposo, arrebatado por los ingleses en la conquista de Acadia (Nueva Escocia). Este cuento de Acadia, como él le llama, está escrito en versos exámetros que ha traducido en endecasílabos de octavas reales, el chileno Moria Vicuña. Tradujo también la *Divina comedia*, de Dante; y su *Divina trage-*

dia (vida de Jesús en forma dramática) constituye una hermosa obra. En su *Construcción del barco* muestra claramente el influjo que ejerció en su pensamiento *La campana* de Schiller, donde mezcla con la descripción del trabajo y el acto de lanzar el bajel al Océano, el cuadro del casto amor y de la felicidad doméstica.— Para nosotros tiene importancia la obra de este poeta, porque durante su estancia en España, enamorado de nuestra literatura, tradujo luego la *Elegía*, de Jorge Manrique, que comentó con un estudio sobre la poesía moral y religiosa hispana; de *La gitanilla* de Cervantes, tomó asunto para su drama *El estudiante español.*— Las cualidades preminentes de Longfelow son delicada sensibilidad, estilo pintoresco, gracia en sus bellas descripciones, aunque se le tacha de que no sea ni muy rica ni creadora su fantasía, por conservar siempre los recuerdos de sus fundamentales estudios de las literaturas extranjeras, que dominó, conociendo las obras maestras en las propias lenguas en que se han escrito.

Evangelina. Cuento de Acadia. Primera parte, cap. III. (Trad. Núñez, Bib. Ilustrada. Barcelona).—... Entonces Evangelina encendió la lámpara que estaba encima de la mesa, y llenó hasta los bordes, con cerveza casera (famosa por su fuerza en todo el pueblo), un jarro de estaño que allí había. Entretanto, el notario sacó del bolsillo sus papeles y su tintero de cuerno y comenzó á escribir, con mano firme, la fecha y la edad de los contrayentes, enumerando la dote de la novia en rebaños de corderos y ovejas. Y después de extender en debida y ordenada forma el documento, lo selló al margen con el gran sello de la ley, parecido á un sol, grande, redondo y radiante. Entonces el colono sacó de su bolsillo de cuero tres veces los honorarios del viejo en dinero contante y sonante, y lo echó encima de la mesa: y el notario levantóse bendiciendo á los novios, alzó el jarro y bebió á la salud de aquellos jóvenes. Después se limpió la espuma que se le había pegado á los labios, saludó atentamente y se marchó.

Entretanto, las otras personas continuaban sentadas y soñolientas cerca del hogar, hasta que se le ocurrió á Evangelina la idea de traer el juego de damas que estaba allí escondido en un rincón. En seguida pusiéronse los viejos á jugar, y en su amistosa lucha reían, celebrando las jugadas felices ó las torpezas y descuidos en que caían. Mientras tanto, iluminados por la luz del crepúsculo, en el hueco de una ven-

tana los novios juntos cuchicheaban, mirando á la luna alzarse sobre la pálida llanura del Océano y sobre las plateadas brumas de las praderas. Silenciosamente, una á una, florecían en la infinita pradera del firmamento las hermosísimas estrellas, los *no me olvides* de los ángeles que habitan en las regiones celestiales.

Así pasó la noche. Pronto la campana de la torre dió las nueve, la hora de la *queda* en el lugar; inmediatamente Basilio y su hijo se levantaron y partieron, dejando á la casa de Benito en el silencio más solemne. Más de una palabra de despedida y de un amoroso saludo cambiado cerca de la puerta resonó todavía algún tiempo en el corazón de Evangelina, llenándolo de satisfacción. Cubrió la moza con gran cuidado las cenizas que aún ardían en el hogar. Sonaron en la escalera las fuertes pisadas del colono, seguidas de los silenciosos pasos de Evangelina. Brilló allá en lo alto un punto luminoso, menos alumbrado por la lámpara que por el radiante rostro de la doncella, la cual atravesó silenciosamente el corredor y entró en su alcoba, que era muy sencilla con blancas cortinas y un grande y alto armario, en cuyas tablas espaciosas estaban cuidadosamente doblados los paños...

Después del triunvirato de los poetas, y sin olvidar lo dicho acerca de la insignificancia del teatro norteamericano, citaremos, sin embargo, los nombres de **Guillermo Leighton,** que escribió dramas en verso y un poema sobre la civilización denominado *El cambio*; **Isabel Oakes,** que compuso alguna tragedia y publicó multitud de poesías notables, y **Taylor** (1825-1878), que tradujo y arregló obras de toda especie en su carrera de diplomático, periodista, historiador, novelista y crítico, y un poema épico titulado *Lars*. Su principal obra es *El profeta*, donde se retrata el mormonismo; trabajo que lo ha hecho muy popular en su país.

Los historiadores forman también interesante grupo, en el que descuellan otro triunvirato, del que nos ocuparemos ligeramente.

Washington Irving (1783-1859). El ilustre hijo de Nueva York, fué periodista, distinguiéndose mucho por una historia humorística de su país natal, escribiendo luego sus *Cartas sobre Inglaterra*, donde juzgó con exacto criterio á Walter Scott y Byron. Y para nosotros es un nombre querido por sus *Cuentos de la Alhambra* y su *Vida de Cristóbal Colón;* trabajos ambos hechos con motivo de su viaje á España. Tiene como característica el estilo

de este escritor un humorismo delicado y un lenguaje correcto y armonioso, que supera á los no siempre atildados y puros escritores americanos.

Guillermo Prescott (1796-1859). Tiene para nosotros también la importancia de haber escrito la *Historia* de los Reyes Católicos, la de Felipe II, la de la *Conquista de México* y la *del Perú*, siendo elogiado por propios y extraños á consecuencia de la elevación de su crítica y de su estilo á la vez, aunque en ocasiones ha concedido á Alemania, por simpatías de raza, lo que debiera quizá haber otorgado á Francia cuando se ha ocupado de la fundación de los Estados Unidos.—Ciego después de su viaje á Europa en busca de curación para sus ojos, es doblemente plausible su importante labor histórica, ya que tuvo que dirigirla con ahinco en unión de colaboradores más ó menos expertos.

Historia del reinado de Felipe II, por G. H. Prescott. (Traducido con notas por C. Rosell. T. I. Lib. I Cap. I.—Retratos de Carlos V y Felipe II).—Tenía Carlos á la sazón cincuenta y seis años de edad; de modo que aunque su cuerpo se iba encorvando, era efecto de su poca salud, más bien que de la vejez. En su semblante se dejaba ver una profunda ansiedad, y se conocía que había vivido entre continuas fatigas, puesto que conservase la majestad de expresión que ostentan los retratos en que le inmortalizó el pincel inimitable del Ticiano. Su cabello, en otro tiempo de color claro, que tiraba á rojo, había empezado á variar antes de los cuarenta años y ya iba encaneciendo como su barba. Era de frente ancha y desembarazada, la nariz aguileña, los ojos azules y la tez fresca, que manifestaban su origen teutónico. La única facción irregular de su rostro era la mandíbula inferior, saliente como su labio belfo, tan característico en todas las fisonomías de la dinastía austriaca.

Su estatura no pasaba de mediana. Era fuerte y rehecho de miembros, y aunque en otro tiempo bien formado, los padecimientos le tenían al presente débil y enflaquecido. Llevaba la mano apoyada en un bastón, y la otra en el brazo de Guillermo de Orange, que, joven entonces, había de ser con el tiempo el enemigo más formidable de su casa. Y todavía parecía su aspecto más melancólico por lo triste de su vestido, pues llevaba luto por su madre, sin más adorno que el magnífico collar de la Orden del Toisón que pendía de su cuello.

Detrás del Emperador iba Felipe, también de mediana estatura, y parecido á su padre así en las proporciones como en el rostro, excepto que el del hijo era más sombrío y de expresión un tanto siniestra, pues se traslucía en él cierta reserva á pesar de que procuraba disimularla, conociendo que todos ponían en él los ojos. La ostentación de su traje correspondía á la grandeza de su dignidad y contrastaba con el de su padre próximo á abandonar las pompas y honores del mundo, en que su hijo iba á figurar en breve.

Jorge Bancroft (1800-1891). Profesor de la Universidad de Harvard, ya nombrada, después de haber sido un alumno pensionado en las Universidades de Europa, discípulo de los grandes filósofos y científicos alemanes como Hegel y Humboldt, amigo en Francia de Cousin, en Italia de Manzoni; ministro de Marina en su patria y plenipotenciario en Inglaterra, cultiva juntamente todos los géneros literarios, al propio tiempo que dedicaba su actividad á tan diversas empresas.—Pero en lo que más sobresale es en la *Historia*, con sus trabajos sobre la de los Estados Unidos y la de la revolución americana.—Su característica especial radica en que más pensador que literato, tienen sus producciones el sello de la filosofía.

En el grupo de los didácticos pueden reunirse los oradores, y son los nombres más importantes que merecen consignarse los que siguen, aunque á decir verdad, muchos otros serían acreedores á igual mención, pero la extensión concedida ya á la literatura inglesa nos priva de ello.

La primera figura de todas es la de **Benjamin Franklin** (¿—1796), hijo de Boston, la Atenas norte-americana, y físico tan distinguido como eminente estadista.—Comenzó por cajista de imprenta, llegando á ser propietario de un establecimiento de esta clase, y más tarde, fundador de una Biblioteca, una Academia, un Hospital, dotando á su país de periódicos.—Inventó la teoría harmónica, el pararrayos, y realizó multitud de progresos en la Física.—En política se distinguió por su vehemente defensa de la independencia americana, dándose en él el singular contraste de ocuparse con igual ardor en las teorías sociales y los pensamientos científicos que en los pormenores menudos de la vida, como el

perfeccionamiento de las chimeneas ó las aplicaciones vulgares de la industria á la vida.—Con igual atención dirigía su imprenta que las negociaciones con Francia y España para asegurar la libertad de su patria.—Su autobiografía, publicada bajo el título de *La ciencia del buen Ricardo*, así como sus cartas, son obra literaria tan estimable como los inventos y teorías de este verdadero genio, comparado con Galileo y Newton.—Como orador, en fin, rayó á grande altura por su palabra insinuante y persuasiva, y por sus principios morales de una severidad que no siempre han sabido imitar los norte-americanos.

Channing (1780-1842) es el primer moralista de los Estados Unidos, comparable en este punto con el anterior.—Á él se debe la propaganda para la abolición de la esclavitud que llevó á cabo el presidente de la República Lincoln, así como ayudó á esta obra la novelista de que hablaremos más adelante. Por sus virtudes y sermones, como pastor protestante, ha sido llamado el Fenelón de América.—Sus principales escritos pueden resumirse en sus *Ensayos sobre la literatura nacional*, sobre *Napoleón* y sobre *La esclavitud*. Desde el punto de vista religioso figura como uno de los jefes de la secta unitaria cristiana, muy próxima en sus teorías y tendencias al racionalismo.

La tercera personalidad del grupo que analizamos es **Jorge Ticknor** (1791-1871). Residió en Europa algunos años para completar sus estudios literarios, viviendo siempre en las Bibliotecas y cultivando la amistad de los eruditos, por lo que volvió á su país con vastísimos materiales.—Como otros distinguidos intelectuales, fué profesor de la Universidad de Harvard y publicó su obra maestra *Historia de la literatura española*, que ha sido traducida por el insigne D. Pascual Gayangos, traductor, asimismo, de otras historias de nuestra literatura, entre sus mil admirables trabajos.—La obra de Ticknor es el producto de un cuarto de siglo consumido, en gran parte, en Madrid y Lisboa, y aunque hoy resulte, como es natural, un tanto anticuado en determinadas cuestiones, queda, sin embargo, como monumento imperecedero que honra al célebre autor.

De menor importancia que los anteriores es **Draper** (1811),

profesor en la Universidad de Nueva York, naturalista, físico-filósofo, historiador y sociólogo.—La característica de este pensador ilustre es saber sintetizar épocas y períodos vastísimos en breves cuadros y con alto y justo sentido. Sus dos obras más importantes son la *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa* y *Conflicto entre la Religión y la Ciencia*, traducida esta última á nuestra lengua, correctísimamente, por el distinguido director del Instituto Central Metereológico D. Augusto T. Arcimis y con prólogo del sabio catedrático D. Nicolás Salmerón.

Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia. (Traducción del inglés por A. T. Arcimis, con prólogo de N. Salmerón y Alonso 2.ª ed. Madrid, 1892, pág. 70).—Siendo Mahoma ya hombre, hizo otras expediciones á Siria, y podemos tal vez suponer que ni el convento ni sus hospitalarios habitantes fueron olvidados; tenía una reverencia misteriosa por aquél país. Una rica viuda de la Meca, Cadiya, que le había encomendado el manejo de su comercio con la Siria, prendóse de su capacidad y honradez, tanto como de su persona: pues era Mahoma de singular hermosura varonil y de maneras agradables y distinguidas. El corazón de las mujeres es el mismo en todas edades y en todos países; por mediación de una esclava hizo saber á Mahoma lo que pasaba en su corazón y durante los veinticuatro años que vivió después de este suceso, fué Mahoma su marido fiel. En un país en que existía la poligamia, nunca la ofendió con la presencia de una rival. Muchos años más tarde, en el cúmulo de su poder, le decía Aiscia, una de las más hermosas mujeres de la Arabia: «¿No era vieja? ¿No os dió Dios en mí una esposa mejor?» «No por Dios» exclamó Mahoma con un arranque de noble gratitud: «Nunca hubo otra mejor. Ella me creyó cuando los hombres me despreciaban y vino á mí, cuando estaba pobre y perseguido por el mundo »

Su casamiento con Cadiya lo colocaba en una posición desahogada y le permitía dedicarse á sus meditaciones religiosas; por las que tanta inclinación sentía. Sucedió que su primo Waraca, que era judío, se convirtió al cristianismo, siendo el primero que tradujo la Biblia al árabe; las conversaciones que con él tuvo aferraron más á Mahoma en su odio á la idolatría.

Siguiendo el ejemplo de los anacoretas cristianos refugiados en sus ermitas del desierto, se retiró Mahoma á una gruta del Monte Hera, á pocas millas de la Meca, entregándose á la meditación y al rezo. En

esta reclusión, contemplando los imponentes atributos del Dios Eterno y Omnipotente, interrogó á su conciencia para saber si debía adoptar los dogmas sustentados por la cristiandad asiática respecto á la Trinidad, á la filiación de Jesús, como engendrado por el Altísimo, y al carácter de María á un tiempo virgen, madre y reina del Cielo, sin incurrir en pecado y peligro de blasfemia.

En cuanto á los novelistas de los Estados Unidos, citaremos muy á la ligera los principales.

Es el primero y más importante de todos **Fenimore Cooper** (1789-1851), que empezó á darse á conocer en el decenio del 20 al 30, sucesivamente, con sus primeras novelas *El espía* y *Los Puritanos de América*, que recuerda los primeros tiempos y la guerra de la Independencia.—En *El piloto* describe el Océano y las luchas del hombre con el mar de modo prodigioso. En *El último de los mohicanos*, *La pradera*, *El cazador de gamos* y *Los pieles rojas*, pinta el cuadro de la vida en los bosques y en las inmensas sábanas del Nuevo Mundo, presentando magistralmente la pugna de la vida salvaje con la civilización.—Imaginación viva y verdad en la observación, llevada hasta la minuciosidad, son las cualidades preeminentes de este cantor de la Naturaleza, cuyo talento después se mostró en obra tan seria como la *Historia de los Estados Unidos*.—Alguien lo ha comparado con Walter Scott, pero es inferior en la creación de los caracteres, aunque le supera en las descripciones, que han causado su gran popularidad. La inverosimilitud de muchas de sus escenas, se olvida por el encanto prolijo con que las presenta.—El lenguaje, en fin, de este autor no siempre es tan correcto como el de los otros escritores que nos han ocupado. Por último, es característico en Cooper una cualidad rara entre los novelistas, á saber: la ausencia del amor, como si la mujer no fuese nervio indispensable en la trama del poema novelesco.

Los dos Almirantes, por Fenimore Cooper. (Traducción de *El Mundo*. Cap. IV).—¡Es un espectáculo magnífico!—exclamó cuando se hubo terminado la maniobra con un orden admirable, á pesar de la niebla—y muy á propósito para regocijar á un viejo lobo de mar como

yo, querido sir Wycherly: pero que no debiera haberme hecho olvidar que estamos en vuestra casa.—Nada de excusas, os lo ruego, sir Gervasio, porque no me debéis ninguna. Aunque este promontorio está clavado en la propiedad de Wichecombe, se halla arrendado por la Corona y nadie tiene mejor derecho á ocuparlo que los servidores de S. M. El castillo, con efecto, es una propiedad algo más particular; pero gracias á Dios no hay allí ninguna puerta que se cierre para los bravos soldados de nuestra marina. La distancia no es grande y nada me daría mayor satisfacción que conduciros hasta mi pobre morada y que os consideréis allí tan en vuestra casa como en la cámara del *Plantajenet*.—Si hay algo en el mundo que pueda hacer que me considere en mi casa en alguna parte que no sea mi barco, es la cordialidad de vuestra invitación; acepto vuestra hospitalidad con la misma franqueza y confianza con que me la ofrecéis. Alwood y yo hemos venido á tierra para expedir ciertos despachos al primer Lord del Almirantazgo, y os agradecería que me indicaseis el conducto más corto y más seguro para enviarlos. La curiosidad y la torpeza nos han hecho perder ya una media hora, cuando un soldado y un marino no debían perder jamás ni un minuto.

—¿Es un correo que conozca bien este país lo que necesitais, mi general?—preguntó modestamente el teniente.

—¿Sabéis montar á caballo?—preguntó sir Gervasio riendo.—Podía escoger entre una media docena de jóvenes oficiales; pero aparte las dificultades de proporcionarme un caballo, no creo que las sillas de posta sean cosa fácil de ocupar por aquí: he temido que uno de á bordo si montaba á caballo se rompiese los huesos ó diese que reir á la gente...

—Bromeais, sir Gervasio—respondió Wichecombe;—sería un verdadero fenómeno encontrar á un hijo de Virginia que no fuera jinete.

Edgardo Poe (1811-1849). Sus primeros cuentos aparecieron en 1833, siguiendo luego sus *Historias extraordinarias*, que, en efecto, lo son, puesto que las visiones raras alternan con las escenas de magnetismo ó espiritismo; el encuentro de tesoros, los asesinatos descubiertos con sagacidad después de misteriosos episodios, los ensueños del porvenir, los progresos supuestos de la civilización futura, los cuadros fantásticos atrevidos, comparables con los del alemán Hoffman, todo ello contribuye á que las novelas de Poe sean como creaciones calenturientas, en donde el

lector se sumerge en tenaces pesadillas, de donde sale tan interesado que vuelve á buscar su tortura en nuevas obras del mismo autor.—La pintura de las costumbres primitivas revisten palpitante interés en varios de sus cuentos.—La vida misma del autor influyó, sin duda alguna, en sus obras, porque hijo de dos actores y huérfano y en la miseria, fué adoptado por un comerciante (Allan), por lo que figura también con este apellido. Huyó del lado de su protector por diferencias de carácter, alistándose, como Byron, en una expedición de griegos contra turcos, pero sin llegar al teatro de la guerra.—Alumno de una Escuela militar, viviendo más tarde de sus escritos, murió en la pobreza, llevado al Hospital desde la calle, donde se le encontró horriblemente alcoholizado, vicio que contrajo hacía muchos años.—Sus principales obras son, además de las citadas, *Arturo Gordon Pym*, *Eureka*, poema en prosa; *La carta roja*, *El libro de las maravillas* y *El misterio de Marta Roget*.

Aventuras maravillosas.—*La mentira del globo.*—(Trad. de la Bib. selecta de Valencia.)—¡Sorprendentes noticias por un *exprés*, vía Norfolk!—¡¡El Atlántico atravesado en tres días!!—¡¡¡Gran triunfo de la máquina voladora de M. Monck Mason!!!—¡¡¡¡Llegada á la isla de Sullivan, cerca de Charleston, S. C., de MM. Mason, Robert Holland, Henson, Harrisson Ainsworty y cuatro personas más en el globo navegable *Victoria*, después de una travesía de sesenta y cinco horas de un continente á otro!!!!—¡¡¡¡¡Detalles circunstanciados del viaje!!!!!—(Este artículo, con la cabecera que le precede, escrita en magníficas letras mayúsculas y cuidadosamente esmaltadas de admiraciones, se publicó como un hecho positivo en el periódico *New-York Sur* y llenó completamente los deseos del autor, de proporcionar un alimento indigesto á los insaciables tontos, durante las pocas horas de intervalo que mediaron entre dos correos de Charleston. La cola que se formó para disputarse los ejemplares del *único diario que llevaba las noticias*, traspasó todos los límites y, en fin, si, como algunos afirman, el *Victoria* no ha hecho la travesía, imposible será el encontrar una justa causa que se lo haya podido impedir.)

¡Por fin ha quedado resuelto el gran problema! El aire, como la tierra y el Océano, ha sido conquistado por la ciencia y se convirtió, para la humanidad, en una gran vía común y cómoda. ¡El Atlántico acaba de ser atravesado en globo; y esto sin dificultades, sin un gran

peligro aparente, con una máquina, de la que se es dueño absoluto, y en el espacio, extraordinariamente corto, de sesenta y cinco horas de un continente al otro! Gracias á la actividad de un corresponsal de Charleston, somos los primeros en poder dar al público una relación detallada de tan extraordinario viaje, el cual se ha efectuado desde el sábado 6 del corriente, á las cuatro de la mañana, hasta el martes 9, á las dos de la tarde, por Sir Everard Bringhurst, M. Osborne, un sobrino de Lord Bentinck, MM Monck y Robert Holland, los célebres aereonautas, M. Harrison Ainsworth, autor del *Jack Sheppard*, etcétera, M. Henson, inventor del desgraciado proyecto de la última máquina voladora, y dos marineros de Woolswich; total ocho personas. Los detalles que se insertan á continuación pueden ser considerados como enteramente auténticos y exactos en todos sus puntos, pues están, con ligeras excepciones, copiados al pie de la letra de los diarios de MM. Monk Mason y Harrison Ainsworth, á la galantería de los cuales debe también nuestro corresponsal muchas explicaciones verbales respecto al globo, su construcción y otros asuntos de interés. La única alteración que existe en el manuscrito que se nos comunica se ha hecho con el objeto de dar al adelantado relato de nuestro corresponsal, M. Forsyth, una forma seguida é inteligible.

El globo.—Como los proyectos de M. Henson y de Sir Jorge Cayley, ensayados recientemente, no habían surtido efecto, el interés del público respecto á la navegación aérea se había amortiguado mucho. El proyecto de M. Henson, que se había considerado practicable hasta por los hombres científicos, se hallaba fundado en el principio de un plano inclinado, arrojado de una altura por una fuerza intrínseca, creada y continuada por la rotación de unas paletas parecidas, por su forma y por su número, á las aspas de un molino de viento. Sin embargo, en todos los experimentos que se hicieron con los modelos en *Adelaida Gallery*, resultó que el movimiento de dichas alas, no sólo no hacía adelantar la máquina, sino que dificultaba su vuelo...

Mayne-Reid. Irlandés de nacimiento, pero americano por haber vivido casi siempre en América, ha tomado sus asuntos de las costumbres de los indios, de los hábitos de los cazadores, de los atrevimientos de los navegantes, describiendo con admirable vigor y grandísimo interés todas las peripecias de la vida en medio de la Naturaleza, luchando con los elementos y animando los episodios con los incidentes y sorpresas de una existencia aventu-

rera. Lo pintoresco é imaginativo es en este novelista el nervio principal, teniendo ese punto común con Cooper.

Aventuras de mar y tierra.—En la sentina.—Viaje de un joven marino en las tinieblas, por el capitán Mayne Reid.—Trad. de G. R.—Salvado por los cisnes.—Cap. II.—Desde mi primera infancia he sido apasionado del agua; no la hubiera amado más si hubiera nacido pato ó perro de Terranova. Mi padre había sido marino, como su padre y su abuelo, y es posible que yo haya heredado la afición de mis mayores. Muchas veces me han contado lo difícil que era separarme de los charcos y estanques desde que tuve la suficiente fuerza para arrastrarme hasta sus orillas. Mi amor al agua era tan apasionado como si hubiera sido mi elemento. En un estanque me ocurrió mi primera aventura, y os la voy á referir para daros una muestra de mis aficiones acuáticas.

Yo era, á la sazón, un chiquillo de los que se hallan en la edad de divertirse, echando barcos de papel; construía mis barcos con las hojas de un libro viejo ó con pedazos de periódico, y llevaba mi escuadrilla al pilón que era mi océano. No tardé en despreciar los barcos de papel, pues pude adquirir al cabo de seis meses de ahorros un sloop con todo su aparejo, construído por un marinero en sus ratos de ocio.

Mi barquillo no tenía más de 15 centímetros de longitud en la quilla, pero cerca de 8 de ancho, y su tonelaje podría ser de 250 gramos. Pequeña embarcación, diréis; sin embargo, á mí se me antojaba tan grande como un navío de tres puentes.

El pilón del patio me pareció demasiado pequeño, y me fuí en busca de un depósito de agua bastante grande para que mi buque pudiera poner de manifiesto la superioridad de su marcha.

Pronto encontré un grande estanque cuyas ondas transparentes como el cristal estaban rizadas por una brisa imperceptible, pero suficiente para inflar las velas de mi sloop, que ganó la opuesta orilla sin darme tiempo de llegar á ella para recibirlo.—¡Cuántas veces he luchado con mi barco, siendo vencedor ó vencido, según la brisa le era adversa ó favorable!

Aquel hermoso estanque, junto al cual he pasado las horas más dichosas de mi infancia, estaba situado en un parque de estas cercanías, cuyo dueño era bastante amable para permitir que todos los vecinos se pasearan por su posesión, y no impedía que los niños hiciesen navegar sus barcos en el estanque, ni que los hombres jugasen á la pelota en sus plazas, con tal que se respetaran las plantas que tapi-

zaban las tapias y los arbustos de los bosquecillos. Todo el mundo estaba tan agradecido á la bondad del propietario, que nunca he oído hablar de ningún desperfecto causado en sus dominios.

... En el primer momento del chapuzón mis ojos y mis orejas se llenaron de agua...

Oía el ruido que hacían los cisnes al huir asustados, pero hasta después de un instante no conocí que había cogido la pata del más fuerte y grande de ellos. —El miedo centuplicaba sus fuerzas y me arrastraba rápidamente á la otra orilla agitando las alas cual si tratara de volar. No sé como hubiera terminado la aventura si el viaje hubiera sido más largo, pues el agua empezaba á penetrar mis narices y yo á perder el conocimiento, de modo que hubiera muerto en pocos minutos. Pero en el momento crítico en que sentía que me abandonaba la vida, sufrí un golpe en las rodillas; eran los guijos del fondo del estanque; no tenía que hacer más que levantarme para sacar la cabeza fuera del agua. – No vacilé un segundo, como podéis comprender; satisfecho del término de mi peligroso viaje, solté la pata del cisne, que voló en seguida lanzando gritos salvajes.

Las novelistas más famosas son: **Miss María Cummins,** que en 1854 obtuvo un éxito extraordinario con su novela *El Farolero*, que ha sido traducida á varias lenguas, y que encierra una importante tendencia social. También ha manejado lo patético en otras novelas, singularmente en *La Rosa del Líbano*.

Catalina Ledwich (1790-1867), ha sido muy estimada por sus novelas de costumbres, citándose como la mejor *El pobre rico y el rico pobre*, donde se marca su tendencia religiosa.

Lidia María Child. Fué una colaboradora de la célebre Beecher, de que ya hablaremos, en sus cuentos propagandistas en favor de la abolición de la esclavitud.—Es interesante su *Historia de la condición de las mujeres en varios tiempos y naciones* y además, alguna de sus novelas.

Luisa May Aliott (1833). Se hizo célebre en la guerra de Secesión por su asistencia á los heridos de las ambulancias, y publicó poesías y novelas, descollando entre las últimas *Bocetos del Hospital*, en la que describe escenas de la guerra civil.

Enriqueta Beecher-Stowe (1814-1891). Ha sido tal vez la más popular de las novelistas, no sólo en su país, sino en toda Eu-

ropa, á consecuencia de su *Cabaña de Tom*.—La causa de los negros excitaba en el mundo un interés extraordinario por las crueldades épicas que resonaban en todas partes.—Á los quince años, la hija del Conneticut unió su inteligencia á la de su hermana Catalina, profesora en una escuela, y á los veinte casó con un distinguido profesor de Literatura, y sin descuidar los quehaceres domésticos, cultivó la poesía y la novela.—Fué tal el éxito de la famosa antes nombrada, que se agotaron, sucesiva y rápidamente, varias ediciones, y aunque muchos de sus trabajos son dignos de alabanza, todos fueron oscurecidos por aquel grito de indignación contra las infamias de la servidumbre; y según se dice, debióse á dicha obra el movimiento antiesclavista que surgió por todas partes y que cambió tendencias y costumbres en su patria.

La cabaña del tio Tomás ó los negros en América.—(Ed. ilustrada. Barcelona, 1890.—Cap. VII.—Lucha de una madre).

La imaginación podría con dificultad figurarse una criatura sumida en una desolación tan completa y en un abandono tan absoluto, como Elisa cuando se alejó de la cabaña del tío Tomás.

La idea de los sufrimientos y de los riesgos que amenazaban á su marido y del peligro que corría su hijo, se confundían en su espíritu con la angustia que experimentaba al abandonar la sola morada que había conocido, y al rechazar la protección de una amiga que había amado y respetado siempre. Añádese á esto que todo parecía decirle adiós: los sitios en que había crecido, los árboles bajo los cuales había jugado, las enramadas por donde los días más felices había paseado tantas noches con su joven marido, cuantos objetos percibía en aquélla clara y fría noche estrellada, parecía que le hablaban en tono de reconvención preguntándole por qué abandonaba aquéllos sitios.

Pero el amor maternal, llegado á un paroxismo de exaltación por la proximidad del terrible peligro, dominaba cualquiera otro sentimiento. El niño era demasiado crecido para poder caminar al lado de su madre y en cualquiera otra circunstancia le hubiera conducido por la mano, pero á aquella hora el simple pensamiento de cesar de estrecharle entre sus brazos la hacía estremecerse y le retenía sobre su seno con una agitación convulsiva, al mismo tiempo que avanzaba rápidamente en su camino.

La tierra congelada rechinaba bajo su planta, llenándola de te-

mor con su sonido: una hoja que se movía, una sombra que vacilaba hacía refluir la sangre sobre su corazón y precipitaba su carrera. Maravillábase de la fuerza de que se veía dotada, porque el peso de su hijo le parecía más ligero que el de una pluma, y cada movimiento de temor aumentaba lejos de disminuir el poder sobrenatural que le guiara mientras que de sus pálidos labios salían en repetidas exclamaciones estas súplicas al amigo celeste: ¡Señor, salvadme, venid en mi ayuda!

Si vuestro Enrique ó vuestro Manolito, madre cualquiera que seáis, estuviera próximo á seros arrancado por un traficante brutal, mañana quizá... si hubiéseis visto con vuestros propios ojos al hombre; si hubierais oído que el contrato estaba firmado y debía recibir su ejecución y que no teníais más tiempo que desde media noche hasta la mañana, ¡cuánto no os apresuraríais! ¿Qué milagros no obraríais en estas pocas horas, al ver al hijo amamantado á vuestros pechos, al contemplar su cabecita dormida sobre vuestros hombros, y sus delicados brazos tendidos con tanta confianza alrededor de vuestro cuello?

Porque el niño dormía. En un principio la novedad y el temor le desvelaron: pero su madre reprimía con tanto esmero hasta el ruído de su respiración y le repetía tan de continuo la seguridad de que si estaba callado le salvaría, que se agarró suavemente al cuello de su madre y no volvió á interrumpir el silencio, sino para dirigir algunas tímidas preguntas, cuando se sentía dominado por el sueño.

—¿Verdad, madre mía, que no tendré necesidad de estar despierto?

—No, querido mío, duerme si quieres.

—Pero, si me duermo, ¿verdad que no me dejarás llevar?

—No, con la ayuda de Dios—dijo su madre palideciendo y abriendo sus grandes ojos negros, que brillaban con vivísimo resplandor.

—¿Estás segura, madre mía?

—Sí, segura—repitió la madre con una voz que la hizo estremecerse, porque se figuraba que aquella voz salía de un espíritu interior que no formaba parte de ella misma.

Francisco Bret Harte (1839-1902). Aunque holandés de origen es en realidad un californiano por vivir siempre en San Francisco, pasando por uno de los creadores de la Literatura llamada del Oeste. Profesor, periodista, diplomático y novelista, aprovechó la ocasión de estudiar el ambiente que le rodeaba durante los momentos en que la sed de riqueza producía cuadros del mayor interés, que supo desarrollar en las escenas de sus trabajos

ó en sus aplaudidas conferencias sobre los Argonautas de 1849. La verdad gráfica de sus creaciones y el humorismo que sabe mezclar á sus escenas sentimentales, dan relieve á esta simpática personalidad.—Sus *Croquis americanos*, que ha publicado la Biblioteca selecta de Valencia, lo retratan perfectamente.

Croquis americanos.—*El pretendiente de Washington*.—Trad. de la Bib. selecta de Valencia.

—¿Ha leído usted alguna vez *El Centinela de Remus*?—me preguntó.

Y no tan sólo no había leído nunca semejante periódico, sino que ignoraba hasta la situación geográfica del pueblo.

—¡Es extraño que no reciban *El Ceutinela* en la fonda!—continuó. Será preciso, pues, que yo le diga algo al Director... No porque la cosa tenga gran importancia, sino porque hablando en confianza, también yo he pertenecido algún tiempo á la honrosa profesión de usted, y he escrito varios artículos en aquel diario. Algunos amigos, quizás por exceso de indulgencia, decían que mi estilo tenía cierta relación con el de Junius. No hay por qué decir que sólo á beneficio de inventario aceptaba yo una opinión que tanto me halagaba. Pero, en fin, la verdad es que, durante la última campaña electoral, mis artículos produjeron su efecto... Mucho me alegraría de poderle leer á usted alguno... y hasta creo que los traigo en el bolsillo...

Y diciendo y haciendo se metió la mano en el bolsillo interior de la levita, con una agilidad que denotaba larga práctica; pero después de hojear sobre las rodillas un paquete de papeles grasientos que tenían el aspecto de unos certificados ya escritos desde tiempo inmemorial, acabó por exclamar:—¡Me los habré dejado en la maleta!

Respiré. La escena tenía lugar en Washington en el salón de una celebrada fonda. Hacía como cinco minutos que aquel sujeto, desconocido para mí, había acercado á la mía su butaca para entablar la conversación. Tenía ese aspecto receloso, tímido é impotente que gravita sobre los provincianos cuando se encuentran por primera vez en su vida fuera de su círculo de acción y ven perdida su personalidad en un mundo más vasto, más frío y más indiferente de lo que ellos podían imaginar.

Digámoslo de paso, esa familiaridad é indiscreción que generalmente se les achaca á los campesinos y á los provincianos, sobre todo en los trenes y en las ciudades, suele ser originada por un sentimiento abrumador de su aislamiento y por un exceso de nostalgia. Me

acuerdo de que un día en el coche de los fumadores de la línea Kansas, me encontré con uno de estos desterrados, y á fuerza de acribillarme con preguntas tontas, acabó aquel desgraciado por descubrir que yo trataba apenas á un hombre que hacía muchos años había vivido en el Illinois, que era su ciudad natal. No tuve más remedio que hablar de aquel hombre hasta el término del viaje, á pesar de que me convencí de que mi compañero no le conocía más que yo. Pero aquello le unía indirectamente á su amada patria y no necesitaba más.

Por último, terminaremos este apéndice y también el presente volumen, dedicando algunas palabras al escritor que se oculta bajo el pseudómino de **Marcos Twain,** célebre humorista americano de la última mitad del siglo pasado. La causa de su popularidad se debe, principalmente, á la original al par que grotesca manera que tiene de escribir. Todo su estilo viene á ser como una paradoja caricaturesca, parecida á las excéntricas hipérboles que puso en moda, entre nosotros, Eduardo Palacio *(Sentimientos)*, famoso revistero de Toros, que formó escuela con continuadores que, por estar aún vivos, afortunadamente, en España, no hemos de elogiar.—Marcos Twain, al lado de obras como *El nuevo viaje de Peregrino*, también alguna vez ha escrito trabajos serios no exentos de una cierta irónica filosofía.—Comenzó su vida por aprendiz de piloto, y hoy es popularísimo por la gracia incomparable en la parodia de los grandes maestros y de los acontecimientos extraordinarios.—Sus artículos humoristas se traducen hoy profusamente en Francia, y alguna vez en tal cual semanario español.

ÍNDICE

DE

LENGUAS Y LITERATURAS

	Págs.
I.—Egipto	1
II.—Caldea	4
III.—India	7
IV.—Persia	16
V.—Fenicia	22
VI.—Los Hebreos	23
VII.—Los Árabes	33
VIII.—Turquía	51
IX.—China	56
X.—Annam	69
XI.—Japón	71
XII.—Oceanía	73
XIII.—África	75
XIV.—América	77
XV.—Grecia	78
XVI.—Roma	139
XVII.—Italia	180
XVIII.—Alemania	233
XIX.—Inglaterra	281
XX.—Apéndice.—Estados Unidos	358

ÍNDICE
DE
MATERIAS Y LITERATURAS

Pág.

1 .....
3 .....
5 .....
11 .....
13 .....
23 .....
25 .....
28 .....
43 .....
45 .....
51 .....
53 .....
57 .....
71 .....
73 .....
101 .....
103 .....
121 .....
123 .....

INDICE DE MODELOS Y AUTORES

Páginas.

I.—Egipto.—INTRODUCCIÓN.—*Cántico al Nilo*..... 1
El libro de los muertos..... 2
Filosofía..... 3
II.—Caldea.—INTRODUCCIÓN..... 4
Inscripción.—Dicho de un heroe.—Idem de otro.—Otra inscripción del rey Asurbanipal..... 5
Nabucodonosor en la inscripción de la Torre de Babel.. 6
III.—India.—INTRODUCCIÓN.—Viasa..... 7
Episodio del Mahabarata..... 8
Otro episodio de idem..... 9
Valmiki..... 11
Calidasa.—*Sakúntala*..... 13
Pilpay..... 15
IV.—Persia.—INTRODUCCIÓN.—Abul-Hacena.—Mansur Ferdusi..... 16
Zoak reina mil años..... 17
Sadi y Hafiz..... 18
Fragmentos del Shah-Nameh.—Elogio de Mahmud.—Epigrama..... 19
Sátira.—Fábula.—Oda..... 20
Gacela.—Otra..... 21
V.—Fenicia.—INTRODUCCIÓN.—Sanconiatón y Mocho..... 22
VI.—Los hebreos.—INTRODUCCIÓN.—*La Biblia*..... 23
Antiguo Testamento..... 24
Nuevo Testamento..... 25
Cántico de Judit..... 27
Salmos de David.—El cantar de los cantares, de Salomón..... 29
Epistola de la sabiduría..... 30
Evangelio de San Mateo.—Historia de Tecla..... 31
El Talmud.—Samuel Cahen..... 32
VII.—Los árabes.—INTRODUCCIÓN..... 33
Fátiha, y de otros capítulos del Coran..... 36

Páginas.

Antar.—*Pensamientos* 37
Poesía de Tarafa 38
Moallakats 39
Al-Coran 41
Lokman 42
Poesía de Ben Habla.—*Sátira* 44
Poesías de Ben Jaid.—Idem de Abú-Navas 45
Otras poesías 46
Idem 47
Ibn-Handis.—Ibn-Tubí.—Ibn-Taci 48
Más composiciones de otros poetas 49
Elegía de Abú Daf 50
VIII.—Turquía.—INTRODUCCIÓN. Saadeddin 51
Fragmento de descripción de Subhi-Naima 52
Poesía de Mesihi 53
Majdumkuli.—*Gul-Assel* 55
IX.—China.—INTRODUCCIÓN 56
Poesías 59
Principios metafísicos de una secta 61
Máximas de Confucio.—*Discurso de un ministro* 62
Las cartas dulces 63
Documento diplomático 65
Poesías de Tung Fang Chuo, Pan Tchao 66
Ten-Hian 67
Lao-Tseu, Li Tai-pe.—Kao chi 68
X.—Annam.—INTRODUCCIÓN.—Luc Van-Tien 69
Proverbios y dichos populares 70
XI.—Japón.—INTRODUCCIÓN 71
Modelos 72
XII.—Oceanía.—INTRODUCCIÓN.—Lenguas australianas, malasias 73
Las lenguas filipinas 74
XIII.—África.—INTRODUCCIÓN.—El bantú 75
Lenguas camíticas; hotentote; de negros; Nubah Fulah; lenguas semíticas 76
XIV.—América.—INTRODUCCIÓN.—El trumais, el tapuya, el tupi, el caraíbo y el nu-aruah 77
XV.—Grecia.—INTRODUCCIÓN 78
Orfeo, Anfión y Museo; Demodoro y Femio; Homero. 85

Páginas.

- *Modelos* de la *Iliada*. 88
- *Modelos* de la *Odisea*..... 89
- Hesiodo..... 91
Modelo 92
- Tirteo. - *Modelo*..... 93
Arquíloco.— *Modelos*..... 94
Alceo.—*Modelos*.... 95
- Safo.—*Modelos*..... 96
- Anacreonte.—*Modelos*.. 97
- Píndaro.—*Modelos*..... 98
Thales, Anaximandro, Anaximenes, Pitágoras..... 101
Jenófanes, Parménides, Empedocles, Solón.—*Modelo*.. 102
Pisistrato, Pericles.—*Modelos*..... 103
- Esquilo.—*Modelo*..... 104
- Sófocles.—*Modelo*..... 106
- Eurípides.—*Modelo*..... 109
- Aristófanes. *Modelo*..... 111
- Herodoto, Tucídides. 112
- Jenofonte.—*Modelos*.. 113
Hipócrates, Demóstenes.—*Modelo*..... . 115
- Esquines. - *Modelo*..... 116
Licurgo. Sócrates. - *Modelos*..... 117
Platón.—*Modelos*..... 119
Aristóteles.—*Modelo*. 121
Eúclides, Diógenes, Epicuro. 123
Calímaco.—*Modelos*.—Zenodoto.—*Modelo*..... 124
Aristarco, Eratóstenes, Teócrito. - *Modelo*..... 125
Bion.—*Modelo* 126
Mosco.—*Modelo* 127
- Menandro.—*Modelo* 128
Aratus, Nicandro, Bábria, Leónidas de Tarento. - *Modelo*.—Polibio 129
Dionisio de Halicarnaso, Plutarco.—*Modelo*..... . 130
Diógenes Laercio.—*Modelo*.—Estrabón..... 131
Ptolomeo, Pausanias, Epícteto.—*Modelo*..... 132
Plotino, Jámblico, Procopio, Hipatia, Proclo..... 133
Quinto de Esmirna, Museo, Longus.—*Modelo*..... 134
San Justino, Atenágoras, Orígenes, San Basilio, San Eusebio, San Gregorio Nacianceno.—*Modelo*..... 135

Páginas.

— San Juan Crisóstomo..... 136
Cornaros, Maurocordato, Kristopoulos, Korais, Rigas. 137
Rangabé, Tricoupis 138
XVI.—Roma.— Introducción..... 139
Axamenta, *Atelanas*, Livio Andrónico..... 146
Nevio, Ennio, Plauto.—*Modelo. La marmita*..... 147
Los cautivos.— Terencio..... 149
Los adelfos..... 150
Caton, Escipión, Varron, Catulo, Escévola..... 152
— Cicerón.—*Particiones oratorias*..... 153
Del mejor género de oradores..... 154
— César.—*Comentarios de la guerra civil*..... 155
— Cornelio Nepote—Salustio..... 156
— Tito Livio.— *Décadas de la Historia romana*..... 157
— Mecenas, Lucrecio..... 158
— Virgilio..... 159
Egloga VI..... 161
Geórgicas..... 162
— Propercio—Ovidio..... 163
De las *Metamorfosis*..... 164
De las *Heroidas*..... 166
— Horacio..... 167
Odas..... 169
Laverio..... 170
Juvenal.—*Los parásitos*..... 171
Quinto Curcio.—*Vida de Alejandro*..... 172
Tácito 173
Las historias..... 174
Suetonio.—*Los doce Césares*.—Plinio..... 175
Plinio el Joven, Aulio Gelio.— *Modelo*.— Petronio, Marco Aurelio..... 176
Claudiano, Ausonio, Marciano Capella, Salviano, Vopisco, Apuleyo..... 177
San Agustín, Fortunato, San Próspero de Aquitania.. 178
San Ambrosio, San Gregorio, San Jerónimo, Tertuliano..... 179
XVII.—Italia.— Introducción..... 180
San Francisco de Asís.—*Cántico de las criaturas*..... 183
— Dante..... 184

Páginas.

— De *La divina comedia*..... 188
— De *La vida nueva*..... 190
Marco Polo..... 191
De *El viejo de la montaña*..... 192
— Petrarca..... 193
Poesías..... 194
— Bocaccio..... 195
Modelo. - Lorenzo de Médicis, Sannazaro, Miguel Angel, Vinci, Cellini, Boyardo..... 196
Savonarola.—*Modelo.* - Maquiavelo..... 197
Modelo. - Francisco Guicciardini, Cristóbal Colón.... 198
Modelo..... 199
Modelo.—Ariosto..... 200
De *Orlando furioso*..... 201
Modelos..... 202
— Pedro Aretino—Torcuato Tasso..... 204
De *Aminta*..... 205
De *La Jerusalen Libertada*..... 207
Modelo. — Galileo, Marini..... 208
Modelo.—Salvator Rosa, Palavicino, Filicaja..... 209
Modelo..... 210
Metastasio. — *Modelo*..... 211
Goldoni.—*Modelo*..... 212
— Alfieri.—*Modelo*..... 213
Monti, Vico, Beccaria, Fóscolo.—*Modelo*..... 214
Leopardi..... 215
A Italia..... 216
Manzoni.—De *Los novios*..... 217
Silvio Pellico.—De *Mis prisiones*..... 219
Garibaldi.—De *La expedición de los mil*..... 221
Giusti.—*Modelo*..... 222
Guerrazzi, Mazzini, Aceglio, Rosmini, Gioberti, Mamiani..... 223
Cantú, Bonghi.—*Modelos*..... 224
Carducci, Carle, Lombroso, Mosso, Ferri..... 226
Amicis.—*Modelo*..... 227
Poesías..... 228
Annunzio, Cossa, Giacosa, Verga, Fogazzaro, Montecórboli..... 230

Páginas.

León XIII.—*Modelos*..... 231
XVIII.—**Alemania.**—INTRODUCCIÓN..... 233
Los Nibelungos..... 238
Modelos..... 241
Glichesaere..... 242
Odofredo, Ucbaldo, Hartmann de Aue..... 243
Modelo..... 244
Wolfram de Eschenbach.—*Parsifal*..... 245
Godofredo de Estrasburgo..... 246
Vogelweide, Enrique el Disimulado.—*Modelo*..... 247
Los Minnesänger y los Meistersinger..... 248
Sachs, Brandt, Opitz, Martín Lutero.—*Modelos*..... 249
Melanchton, Hutten, Durero..... 250
Leibnitz, Federico II.—*Modelo*..... 251
Alberto, Haller, Gessner, Bodmer..... 252
Klopstock.—*La mesiada*..... 253
Bürger, Wieland..... 254
Lessing.—*Modelo*..... 255
Winckelmann..... 256
Pestalozzi.—*Modelo*..... 257
Fröbel, Leonhardi, Schliepake, Kant, Hegel, Krause.. 258
Goethe..... 259
Fausto..... 261
Werther..... 264
Fábula..... 265
Herman y Dorotea..... 266
Guillermo Meister..... 267
Schiller..... 269
Los bandidos..... 270
Don Carlos..... 271
Uhland.—*Modelo*..... 273
Heine..... 274
Modelos..... 275
Schopenhauer, Lenau.—*Modelo*..... 277
Richter, Humboldt..... 278
Modelos..... 279
Röder, Ahrens, Schlegel, Weber, Schack, Hoffmann, Mommsen, Nietzche, Fastenrath, Zetlitz, Auersperg, Halm..... 280

Páginas.

XIX.—Inglaterra —INTRODUCCIÓN 281
Ossian, Beowulf 285
Modelos 286
Caedmon.—*Modelo* 287
Alfredo el Grande, Layamon, Gloucester, Chaucer... 288
Juan Mandeville.—*Modelo.*—Wicleff, Jacobo I..... 291
Fortescue.—*Modelo.*—Tomás Moro 292
Rogerio Ascham, Sidney, Spenser, Samuel Daniel.... 293
Lily.—*Modelo.*—Marlowe, Burton... 294
Modelo.—Gualterio Raleigh, Bacon 295
Modelo.—Benjamín Jonson 296
Shakespeare 297
Romeo y Julieta 301
Hamlet 303
De *César* 305
Coriolano 306
Carlos Lamb.—*Macbeth* 307
Milton 308
El paraíso perdido 311
Juan Dryden.—*Modelo* 313
Jorge Farquhar 315
David Foe.—*Modelo* 316
Mateo Prior 317
Lord Clarendon, Hobbes, Hume, Locke 318
Pope.—*Modelo* 319
Thomson, Joung, Addison, Steele, Robertson 320
Gibbon, Swift.—*Modelo* 321
Richardson, Johnson 323
Sterne —*Modelo* 324
Goldsmith.—*Modelo* 325
Sheridan, Mackpherson 326
Modelos 327
Burnes, Pitt, Burke, Fox, Chatham 330
Peel, Cobden, D'Israeli, O'Connell, Brougham, Gladstone 331
Mill, Bain, Darwin, Tyndall, Huxley 332
Spencer, Coleridge 333
Modelo.—Southey, Felicia Heman, Gualterio Landor, Ebenecer Elliot, Wordsworth.—*Modelo* 334

Páginas.

Walter-Scott.—*El Castillo de Cadyow*..... 335
Quentin Durward..... 336
Lord Byron..... 337
El Pirata..... 339
Lara 340
Lamentaciones del Tasso..... 341
Shelley, Alfredo Tennyson.—*Modelo*.. 342
Los Browning, Los Rosetti, Ruskin, Warren, Buckle.. 344
Carlyle.—*Modelo* 345
Macauley.—*Modelo*..... 346
Fitzmaurice Kelly, Juana Austen, Ana Radcliffe..... 347
Lady Morgan, Jorge Eliot, Los Trollope, Mis Braddon, Los Rell..... 348
Ouida, Mis Edgeworth, Lady Blessington, Lady Fullerton, Mistress Gaskell, Lady Bulwer, Wilkie Collins..... 349
Ainsworth Bulwer, Lytton..... 350
Thackeray..... 351
Dickens..... 352
David Copperfield 353
La fortuna de un estudiante..... 355
El endemoniado..... 356
Almacén de antigüedades 357
XX.—**Estados Unidos.—Apéndice.**—Introducción..... 358
Sandy, Gangan, Tohmson, Wigghswooth, Ralph, Barlow, Dwight..... 362
Bryant, Lowell, Longfelow..... 363
Evangelina 364
Leighton, Isabel Oakes, Taylor 365
Washington Irving, Prescott.—*Modelo*..... 366
Bancroft, Franklin.. 367
Channing, Draper..... 368
Modelo.. 369
Cooper.—*Los dos almirantes*..... 370
Edgard Poe..... 371
Modelo..... 372
Mayne Reid..... 373
Modelo..... 374

Páginas.

Miss Cummins, Catalina Lerdwich, Lidia Child, Luisa Aliott 375
Enriqueta Beecher Stowe.— *La cabaña de Tom*..... .. 376
Bret Harte..... 377
Croquis americanos..... 378
Marcos Twain..... 379

ERRATAS PRINCIPALES

PÁGINA	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
69	8	Suc	Luc
78	19	Constantinopla	Constantinopla (329)
78	20	7.°	desde aquí (siglo IV)
78	22	8.°	8.° comprende
78	23	hasta	y alcanza hasta
80	10	escritores	escribientes
146	29	Andrómico	Andrónico

OBRAS DE DON HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

(En las principales librerías.)

Volúmenes.		Pesetas.
1	**París en América,** traducción de E. Laboulaye.—Un cuaderno de 100 páginas á dos columnas, en folio ilustrado con 29 grabados.—Gaspar y Roig, editores.—Madrid, 1868	Agot.
2	**Mendelssohn,** versión castellana de la obra de C. Sélden, precedida de una **Historia de la Música,** por el traductor.—Un folleto de XVI+84 páginas en 12.° menor. Madrid, 1870	0,50
3	**Elementos de Filosofía Moral** arreglados para la 2.ª Enseñanza, de una obra del profesor belga G. Tiberghen. Un volumen de XVI+142 páginas en 8.°—Madrid, 1872	Agot.
4	**Programa de Etica,** para uso de los alumnos de 2.ª Enseñanza.—Un folleto de 8 páginas en 4.° menor. Baeza, 1873	Agot.
5	**Proyecto de Reglamento para el ingreso en el profesorado del instituto libre de 2.ª Enseñanza de Baeza** formado sobre el vigente oficial.—Un folleto de VIII+8 páginas en 4.°—Baeza, 1873	Agot.
6	**Teoría del Arte ó historia de las Artes Bellas en la antigüedad, y programa de «Principios de Arte y su historia en España»,** expuesto por el autor en el Instituto del Noviciado de Madrid, como profesor sustituto de la asignatura, en el año 1869.—Un folleto de 38 páginas en 4.°—Baeza 1873	1,50
7	**Elementos de Etica ó Filosofía Moral, precedidos de unas nociones de Biología,** y arreglados para la 2.ª Enseñanza (en la parte de Etica) del profesor Tiberghien.—2.ª edición corregida y aumentada.—Alfonso Durán, editor.—Un volumen de XVI+202 páginas en 8.° reducido.—Cartoné.—Madrid, 1873	3

Volúmenes.		Pesetas.
8	**Programa de Psicología, Lógica y Etica,** para uso de los alumnos de 2.ª Enseñanza.—Un folleto de 52 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1874..	1
9	**La Enseñanza Obligatoria,** versión castellana de la obra de G. Tiberghien, precedida de unas notas biográficas del autor, escritas por el traductor.—Un volumen de XXIV+280 páginas en 8.°—Madrid, 1874.—Anllo y Rodríguez, editores.....	2,50
10	**Programas de Biología y Antropología.**—Un folleto de 32 páginas en 4.°—Málaga, 1877.....	1
11	**Filosofía y Arte,** con un prólogo de D. Nicolás Salmerón y Alonso.—Un volumen de XXXVI+236 páginas en 8.°—Madrid, 1878.....	3,50
12	**Almanaque de la «Institución libre de Enseñanza»,** ordenado para 1879, con la colaboración de varios escritores.—Un volumen de 184 páginas en 12.°, con el plano general de los Teatros de Madrid y dos ilustraciones.—Edición de la Sociedad.—Madrid, 1878.....	Agot.
13	**Moral elemental para uso de las Escuelas.**—Traducción de G. Tiberghien.—Un volumen de 224 páginas en 12.°—L. Navarro, editor.....	2
14	**La nueva discordia entre Italia y la Iglesia, considerada con motivo de un hecho particular,** por el P. C. M. Curci.—Traducción del italiano.—Un volumen de XVI+242 páginas en 8.°—V. Suárez, editor.—Madrid, 1878.....	2
15	**Pío IX y su sucesor,** por R. Bonghi,—Traducción del italiano.—Un volumen de VIII+272 páginas en 8.°—Madrid, 1878.....	2,50
16	**León XIII y la Italia,** por el mismo, con las tres pastorales del Cardenal Pecci y su primera alocución: con poesías latinas del Pontífice, traducidas por J. Quirós de los Ríos.—Traducción del italiano.—Un volumen de XVI+232 páginas en 8.° menor.—Medina, editor. Madrid, 1878.....	2
17	**Fragmentos y retazos.**—Un folleto de 92 páginas en 12.°—Gijón, 1879.—(Folletín de periódico)...	Agot.
18	**El jerife de Benastepar.**—Tradición morisca, por Antonio de los Ríos y Rosas.—Publícala por primera vez	

Volúmenes.		Pesetas.
	con otras poesías H. Giner.—Un folleto de 64 páginas en 12.°—Gijón, 1879. - (Folletín de periódico).....	Agot.
19	**El Colegio de Bolonia.**—Centón de noticias relativas á la fundación hispana de San Clemente.—En colaboración con D. Pedro Borrajo y Herrera.—Un volumen de XII+420 páginas en 4.°, ilustrado con 7 grabados. Madrid, 1880	Agot.
20	**Krause y Spencer,** por G. Tiberghien, versión precedida de una nueva biografía del autor, por el traductor. Un volumen de 168 páginas en 8.° prolongado. - Madrid, 1883.—Fernando Fe, editor.	Agot.
21	**Holanda,** por Ed. de Amicis.—Trad. del italiano en colaboración con D. J. Muñíz.—Un volumen de 536 páginas en 8.°—V. Suárez, editor.—Madrid, 1883.....	3,50
22 y 23	**Constantinopla,** por íd.—Dos tomos de 354 y 336 páginas, respectivamente, con el retrato del autor, en 8.°—V. Suárez, editor.—Madrid, 1883.....	5
24	**Recuerdos de 1870-1871.**—Tomo I de las «Obras de Edmundo de Amicis», traducidas directamente del italiano.—Un volumen de 360 páginas en 8.°—E. Guijosa, editor.—Madrid, 1883.	3
25	**Novelas,** por Edmundo de Amicis, traducidas al castellano —Un volumen de 380 páginas en 8.°—V. Suárez, editor. - Madrid, 1884.	3
26	**La vida militar.**—Bocetos.—Tomo II de la colección «Obras de Edmundo de Amicis». — Un volumen de X + 344 páginas en 8.°—Madrid, 1884.....	3
27	**La vida militar.**—Bocetos.—2.ª serie.- Tomo III de la colección.—Un volumen de VIII + 344 páginas en 8.° Madrid, 1884.....	3
28	**Páginas sueltas.**—Tomo IV de la colección.—Un volumen de 352 páginas en 8.°—Madrid, 1884.....	3
29	**Retratos literarios.**—Tomo V de la colección.—Un volumen de 336 páginas en 8.°—Madrid, 1884.....	3
30	**España.**—Tomo VI de la colección.—Un volumen de 472 páginas en 8.°—E. Guijosa, editor.—Madrid, 1884. ..	3,50
31	**El vino. — Sus efectos psicológicos** (conferencia). — Tomo VII de la colección.—Un volumen de 96 páginas en 8.°—E. Guijosa, editor.—Madrid, 1884.....	1

Volúmenes.		Pesetas.
32	**Poesías de Ríos Rosas,** con su biografía, escrita por el coleccionador.—Un volumen de 184 páginas, en 12.°—2.ª edición.—Málaga, 1884	Agot.
33 y 34	**A las puertas de Italia** —Dos tomos.—Volúmenes 8 y 9 de la colección de Amicis, de 328 y 248 páginas, respectivamente, en 8.°—Madrid, 1884 y 1885	6
35, 36 y 37	**Los amigos.**—Tres tomos.—Volúmenes X, XI y XII de la colección, de 326, 296 y 312 páginas, respectivamente, en 8.°—Madrid, 1885	9
38	**Poesías,** traducidas en verso castellano.—Tomo XIII de la colección, con el retrato del autor.—Un volumen de 286 páginas en 8.°—Madrid, 1885	3,50
39	**Obras completas** de J. de Maistre.—Traducción.—Un volumen de 274 páginas en 8.° menor.—Guijosa y Martínez, editores.—Madrid, 1886	2
40	**«Corazón».**—Diario de un niño.—Con prólogo de don Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor).*—Un volumen de XVI + 404 páginas en 8.° menor.—M. Fernández Lasanta, editor.—Madrid, 1887	Agot.
41	**Portugal.**—Impresiones para servir de guía al viajero.—En colaboración con D. Francisco Giner de los Ríos.—Un volumen de 336 páginas en 8.° Madrid, 1888	2,50
42	**Mar de fondo** —Novela del malogrado escritor F. Rebollo —Borrador corregido y con un prólogo.—Un volumen de VXI + 172 páginas en 8.°—Madrid, 1888	1,50
43	**Mentiras,** traducción de P. Bourget.—Un volumen de 356 páginas en 8.°—«El Cosmos Editorial».—Madrid, 1888	2,50
44	**Recuerdos del destierro,** traducción de P. Loti.—Un volumen de 312 páginas en 8.°—«El Cosmos Editorial».—Madrid, 1888	2,50
45	**¡Bravia!,** traducción de A. Theuriet.—Un volumen de 324 páginas en 8.°—«El Cosmos Editorial». Madrid, 1889	2,50
46	**Artículos flambres.**—Un volumen de XII + 268 páginas en 8.°—Madrid, 1889	2
47 y 48	**La vida del Derecho en sus relaciones con la vida social.**—Estudio comparado de Filosofía del Derecho. Traducción del italiano, de G. Carle, en colaboración	

Volúmenes.		Pesetas.
	con D. Germán Flórez Llamas.—Dos tomos de x + 354 y 492 páginas en 4.° mayor. - «El Progreso Editorial». Madrid, 1889 y 1891	12
49	**Impresiones de América. — Acuarelas y dibujos.** — Tomo XIV de la colección «Obras de Edmundo de Amicis», con prólogo del traductor. — Un volumen de XVI + 288 páginas en 8.° A. Jubera, editor.—Madrid, 1889	3
50	**Turín, Londres y París.**—Tomo XV de la colección.— Un volumen de 283 páginas en 8.°. - A. Jubera, editor.—Madrid, 1889	2,50
51	**Ideas sobre el rostro y el lenguaje, y pruebas fotográficas.** Tomo XVI de la colección, con 4 fotograbados y prólogo del traductor.—Un volumen de 242 páginas en 8.°—A. Jubera, editor, Madrid, 1889	3
52	**En el Océano.**—Viaje á la Argentina.—Tomo XVII de la colección, con una carta prólogo del autor al traductor y un nuevo retrato. Un volumen de XVI + 452 páginas en 8.°—A. Jubera, editor.—Madrid, 1889.	4
53	**Curso de Literatura Española.**—Apuntes crítico-biográficos y trozos selectos. - En colaboración con don Juan García Al-Deguer. - Un volumen de XVI + 768 páginas en 4.° Madrid, 1889. Encuadernado	9,50
54	* **Roberto Helmont. Diario de un solitario,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 224 páginas en 8.°— Ilustrado con más de cien fotograbados y 15 cromotipias. — Tomo I de la «Colección Jubera» (Casa editora).—Madrid, 1889	4
55	**Treinta años de París, á través de mi vida y de mis libros,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 372 páginas en 8.°—Ilustrado con 118 grabados en diversos colores. - Tomo II de la «Colección Jubera».—Madrid, 1889	3,50
56 y 57	* **Nuestros hijos.**—Escenas y estudios de familia.—Traducción de E. Legouvé.—Dos cuadernos folio á dos columnas de á 72 páginas cada uno, y 16 y 11 grabados, respectivamente. «Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1889	2

Volúmenes.		Pesetas.
58	**Los amigos.**—Nueva edición de lujo, refundida y revisada por el autor, con su retrato.—Un volumen en 4.º mayor prolongado, de 316 páginas y 181 grabados.—Barcelona, R. Molinas, editor, 1889.	Agot.
59	**Recuerdos de un hombre de letras.** Traducción de A. Daudet.—Un volumen de 288 páginas en 8.º, ilustrado con 88 grabados en diversos colores.—Tomo III de la «Colección Jubera».—Madrid, 1890.....	3,50
60	**La lucha por la existencia.**—Drama en cinco actos y seis cuadros, traducción de A. Daudet.—Un volumen de 286 páginas en 8.º—Ilustrado con 21 láminas en colores diferentes.—Tomo IV de la «Colección Jubera». Madrid, 1890.....	4
61	**Mujeres de artistas,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 240 páginas en 8.º, ilustrado con 102 fotograbados.- Tomo V de la «Colección Jubera».—Madrid, 1890.	3,50
62	**Sor Filomena,** traducción de E. y J. de Goncourt.- Un volumen de 366 páginas en 8.º, ilustrado con 92 fotograbados.—Tomo VIII de la «Colección Jubera».- Madrid, 1890...	4
63 y 64	* **La roca de las gaviotas,** traducción de J. Sandeau. Dos cuadernos folio á dos columnas, de 68 y 64 páginas cada uno y 34 y 36 grabados respectivamente.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1890.....	2
65 y 66	* **De New-York á Brest en siete horas,** traducción (en colaboración) de A. Laurie.- Dos cuadernos en folio de á dos columnas, de 72 y 68 páginas respectivamente, y 13 grabados cada uno.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editotores —Madrid, 1890.....	2
67 y 68	* **El secreto de Maston,** traducción de J. Verne.—Dos cuadernos folio de á dos columnas, de 62 y 64 páginas cada uno, y 20 y 17 grabados respectivamente.—«Obras de J. Verne».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1890.	2
69	* **Tartarín de Tarascón,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 298 páginas en 8.º, ilustrado con 112 fo-	

Volúmenes.		Pesetas.
	tograbados.—Tomo IX de la «Colección Jubera».—Madrid, 1891.....	3,50
70	**Programa de Retórica y Poética,** para el examen de los alumnos de esta asignatura en el Instituto de segunda enseñanza de Alicante; curso de 1890 91.—Un folleto de 32 páginas.—Madrid, 1891.....	Agot.
71	**Jack,** traducción de A. Daudet. - Un volumen de 674 páginas en 8.°, ilustrado con 92 fotograbados.—Tomo XII de la «Colección Jubera».—Madrid, 1891.	5
72 y 73	**La educación sentimental.** Historia de un joven.—Traducción de G. Flaubert.—Dos tomos de 368 y 404 páginas en 8.° J. Jorro, editor.—Madrid, 1891.....	5
74	* **Historia de un cascanueces,** traducción de Alejandro Dumas.—Cuaderno 1 ° folio, á dos columnas, de 64 páginas y 177 grabados. «Biblioteca moral, científica y literaria». S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1891.	1
75	**Historia de un cascanueces** (conclusión) y **Cuentos para niños,** del traductor.—Cuaderno 2 °, de 64 páginas y 61 grabados y varias viñetas.—Madrid, 1891....	1
76 y 77	* **Memorias de un colegial ruso,** traducción de A. Laurie.—Dos cuadernos folio, de á dos columnas, de 70 y 72 páginas, respectivamente, y 14 grabados cada uno. «Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1891.....	2
78	**Arte Literario ó Retórica y Poética.**—Preceptiva para servir de texto en los Institutos de segunda enseñanza.—Un volumen de XII + 252 páginas en 4.° menor. Madrid, 1891.....	Agot.
79	**Programa** de dicha obra.—Curso de 1891-92.—Un folleto de 48 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1891.....	Agot.
80	* **Tartarín de Tarascón,** nueva traducción reducida de la «Colección de cuentos escogidos para la juventud», de A. Daudet.—Cuaderno 7 de la «Biblioteca ilustrada, científica y literaria».- S. de Jubera, hermanos, editores.—Un volumen folio, á dos columnas, de 68 páginas, con 16 grabados.—Madrid, 1892.....	1
81	**Dos dramas de Escuela.**—Tomo XVIII de la colección «Obras de Edmundo de Amicis».—Un volumen de 368 páginas en 8.°—A. Jubera, editor.—Madrid, 1892....	4

Volúmenes.		Pesetas.
82	**Amor y Gimnástica.—La cuestión social.—Garibaldi, y otros trabajos.**—Tomo XIX de la colección.—Un volumen de 374 páginas en 8.°—Sáenz de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1892.....	4
83	**Principios de Literatura,** para texto de los alumnos de Retórica y Poética en los Institutos de 2.ª Enseñanza. 2.ª edición corregida, propiedad de la Viuda de Hernando y Compañía. - Madrid, 1892.—Obra informada favorablemente por el Consejo de Instrucción pública y declarada de mérito para los ascensos en la carrera del autor.—Un volumen de 258 páginas en 4.° menor (con su programa correspondiente), encuadernada....	7
84	**Programa** de dicha obra. Un folleto de 48 páginas en 4.° menor —Madrid, 1892..	1
85	**Corazón.** - (Diario de un niño).—Nueva edición ilustrada.—Un volumen en 8.° de 440 páginas y 202 fotograbados.—M. Fernández Lasanta, editor —Madrid, 1893.	4
86	**Manual de Estética y teoría del Arte, é historia de las artes principales hasta el Cristianismo.** — Nueva edición, con 168 grabados intercalados en el texto.—Obra informada favorablemente por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y premiada con «Medallade oro» en la Exposición regional de Lugo de 1896. Un volumen de XII + 196 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1894 (con su programa correspondiente).....	4
87	**Programa de Estética y teoría del Arte é historia abreviada de las artes principales.**—Un folleto de 24 páginas en 4.° menor.—Madrid, 1894.....	0,50
88	**Cuentos y aventuras.**—Un folleto de 90 páginas en 4.° menor.—Alicante, 1897.—(Folletín de periódico).....	Agot.
89	**Para el 1.° de Mayo.**—Apuntes y argumentos.— T. XX de la colección «Obras de Edmundo de Amicis». - Un volumen de IV + 304 páginas en 8.°—Madrid, 1897.	3
90	**Socialismo y educación.** — Estudios y cuadros.— Tomo XXI de la colección.—Un volumen de 300 páginas en 8.°—Madrid, 1898...	3
91	**Mosaico.**—(Impresiones, apuntes, viajes, estudios, notas).—Un volumen de 186 páginas en 4.° menor.—Alicante, 1898.—(Folletín de periódico).....	Agot.

Volúmenes.		Pesetas.
92	**Programa de Psicología, Lógica y Ética.**—Un folleto de 32 páginas en 4.°—Alicante, 1898.....	Agot.
93	**Resumen de Psicología.**—Extracto de las «Lecciones sumarias de Psicología» originales de los Sres. D. F. Giner, D. E. Soler y D. A. Calderón.—Un volumen de 192 páginas en 8.° - Barcelona, 1902.—(Segunda edición)..	4,50
94	**Nociones de Lógica,** seguidas de una breve **Historia de la Filosofía.**—Un volumen de VIII + 128 páginas en 8.°—Barcelona, 1899.—2 pesetas encuadernada.....	2,50
95	**Resumen de Ética.**—Extracto de los «Elementos de Filosofía Moral, etc.»—Barcelona, 1899.—Un volumen de 104 páginas en 4.°—No se vende separado de esta obra; unido á ella aumenta el precio en.	1,50
96	**Manual de Literatura nacional y extranjera, antigua y moderna.**—Primera parte. 1899.—Un volumen de 424 páginas en 4.°—5 pesetas en Madrid y 5,50 en provincias, encuadernada en tela.....	6
	(Segunda parte).—Un volumen de más de 400 páginas.	6
97	**Programa de «Sociología» y «Derecho usual».**—Un folleto en 4.° de 16 páginas.....	0,50
98	**Programa de Psicología y Lógica,** 3.ª edición.—Barcelona, 1902.—Un folleto de 24 páginas en 8.°.....	0,50
99	**Programa de Ética y Derecho.**—Un folleto de 116 páginas en 12.° - Barcelona, 1902.....	0,50
100	**Rudimentos de Derecho.**—Barcelona, 1901 —Un volumen de más de 100 páginas en 8.° menor, encuadernado	3
101	**Resumen de Lógica.**—Nueva edición —Barcelona, 1901. Un volumen de 112 páginas en 8.° menor, 2 pesetas, encuadernado.....	2,50
102	**Historia abreviada de la literatura nacional y extranjera antigua y moderna,** para servir de texto en la asignatura de «Elementos de historia general de la Literatura» en los Institutos, con su programa correspondiente.—Alicante, 1903.....	2

NOTAS. Las obras que llevan asterisco no aparecen impresas con el nombre del traductor.

Las que en lugar del precio dice *Agot.* se encuentran agotadas.

BIBLIOTECA CANOVAS DEL CASTILLO
Diputación Provincial
MALAGA

Obras dramáticas estrenadas y publicadas.

Volúmenes.		Pesetas.
103	**Milton,** drama en un acto, original y en verso.—Estrenada en 1879 en el Teatro de Apolo de Madrid. Un folleto de 40 páginas en 8.° menor.....	1
104	**A tiempo,** comedia en un acto y en verso (en colaboración con D. J. Contreras), estrenada en el Teatro de Apolo, de Madrid, en 1879.—Un folleto de 40 páginas en 8.° menor.....	1
105	**Los parientes del difunto,** sainete lírico, original y en verso (en colaboración con D. J. Utrilla, música de Don C. Mangiagalli y D. I. Hernández), estrenado en el Teatro de los Jardines del Buen Retiro, de Madrid, en 1881.—Un folleto de 24 páginas en 8.° menor.....	1
106	**El último sacrificio,** drama en un acto y en verso (en colaboración con D. J Utrilla), estrenado en el Teatro Capellanes, de Madrid, en 1881.—Un folleto de 24 páginas en 8.° menor	1
107	**En busca de protección,** juguete cómico orignal en un acto y en verso (en colaboración con D. J. Utrilla), estrenado en el Teatro Capellanes, de Madrid, en 1881.—Un folleto de 28 páginas en 8.° menor	1
108	**Historia de un crimen,** drama en tres actos y en prosa, arreglado á la escena española, estrenado en el Teatro Capellanes, de Madrid, en 1881.—Un folleto de 44 páginas en 8.° menor.....	2
109	**Fiera domada,** diálogo en un acto y en verso (en colaboración con D. J. Contreras), estrenado en el Teatro de Apolo, de Madrid, en 1882.—Un folleto de 20 páginas en 8.° menor.....	1
110	**Teresa Raquin,** drama en cuatro actos y en prosa, arreglado á la escena española, estrenado en el Teatro de Novedades, de Madrid, en 1885.—Un folleto de 64 páginas en 8.° menor	2
111	**Por ir al baile,** comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el Teatro de Novedades, de Madrid, en 1886. Un folleto de 44 páginas en 8.° menor.....	1,50
112	**¡Sin nombre!,** comedia en dos actos y en verso (arreglo)	

Volúmenes.		Pesetas.
	estrenada en el Teatro Polo, de Alicante, en 1894.—Un folleto de 38 páginas en 8.° menor.....	1,50
113	**Negocios diplomáticos,** comedia en dos actos y en prosa, arreglada á la escena española.—*(No estrenada).*—Un folleto de 40 páginas en 8.°—Alicante, 1897.. ...	1,50
114	**Amor, honor y venganza.** —(Ensayo de libreto para una zarzuela seria).—Drama lírico en tres actos y seis cuadros, original y en verso.—*(No estrenado).*—Un folleto de 128 páginas en 8.°	2

BIBLIOTECA ANDALUZA, dirigida por H. Giner de los Ríos. Van publicados los siguientes volúmenes en 12.°, á 1,50 pesetas.—Editor, J. Jorro, Madrid.

Primera serie (enteramente agotada).

1 **Ni franceses ni prusianos.** (Anónimo).
2 **Gibraltar,** por A. F. García, periodista.
3 **El libro de las madres,** por C Salas, médico
4 **Málaga contemporánea,** por A. Jerez, publicista.
5 **Los temblores de tierra,** por C. Martínez, catedrático.
6 **Poesías de Ríos Rosas,** por H. Giner, catedrático.
7 **La cueva del Tesoro,** por E. J. Navarro, publicista.
8 **La guerra. —La asociación,** por S. Casilari, periodista.
9 **Un hombre de corazón,** por A L. Carrión, publicista.
10 **Un hombre de corazón,** (tomo II y último).

Segunda serie.

11 **Sociedades cooperativas,** por M. Pedregal, ex-Ministro.—Un volumen de XXII + 206 páginas.—Madrid, 1887.

12 **Leyendas y tradiciones,** por E. de Olavarría, publicista.—Un volumen de 208 páginas.—Madrid, 1888.

13 **Economía política** para principiantes, por Mrs. Fawcett.—Traducción de S. Innerárity.—Tomo I con prólogo de Gumersindo de Azcárate, catedrático.—Un volumen de XVI + 174 páginas.—Madrid, 1888.

14 **Filipinas,** notas de viaje y de estancia, por J. Fernández Giner, magistrado, con un prólogo de Luís de Rute, ingeniero.—Un volumen de XVI + 208 páginas.—Madrid, 1889.

15 **Economía política** (segundo y último tomo).—Un volumen de XII + 236 páginas.—Madrid, 1888.

16 **La Antígona de Sófocles, La Apología de Sócrates por Jenofonte, Las poetisas de Lesbos.**—Traducciones del griego, comentarios y estudios, por A. González Garbín, catedrático.—Un volumen de 200 páginas.—Madrid, 1889.

17 **El derecho al alcance de todos,** estudios sobre el Código civil, por J. Aparicio, abogado, prólogo de M. Alonso Martínez, ex-Ministro.—Un volumen de 258 páginas.—Ronda, 1889.

18 **Discursos académicos de Ríos Rosas y otros trabajos,** con un estudio de J. Pérez de Guzmán, publicista.—Un volumen de 224 páginas.—Ronda, 1889.

19 **Portugal contemporáneo,** conferencia, por Rafael M. de Labra, diputado.—Un volumen de 300 páginas.—Madrid, 1889.

20 **Educación y enseñanza,** por D. Francisco Giner, Catedrático. Un volumen de XX + 220 páginas.—Madrid, 1889.

Tercera serie.

21 **La última peseta,** novela, por D. F. Carbonell, periodista.—Un volumen de 228 páginas.—Madrid, 1890.

22 **Legislación portuguesa contemporánea,** estudios de legislación comparada, por D. R. M de Labra.—Un volumen de 216 páginas.—Madrid, 1890.

23 **Bullanga,** novela, por D. J. Zahonero, publicista.—Un volumen de 224 páginas.—Madrid, 1890.

24 **España en África,** y otros estudios de política colonial, por D. G. Reparaz, periodista, con un prólogo de D. Segismundo Moret, ex Ministro.—Un volumen de XXXII + 222 páginas —Madrid, 1891.

25 **Estudios sobre artes industriales,** por D. F. Giner.—Un volumen de 248 páginas.—Madrid, 1892.

26 **Mi primera campaña** (crítica y cuentos), por D. R. Altamira, Secretario segundo del Museo pedagógico nacional, con prólogo de D. L. Alas (Clarín).—Un volumen de XX + 224 páginas.—Madrid, 1892.

27 **Elementos de análisis químico y micrográfico,** aplicado á la clínica, por D. Ed. Lozano y D. J. Madrid, licenciados en Ciencias.—Un volumen de 192 páginas.—Madrid, 1892.

EN PREPARACIÓN

Los tomos 28, 29 y 30, para completar esta serie 3.ª

La Samaritana.—Novela original, por Laura García de Giner.—Tomo 82 de la «Biblioteca Diamante».—Barcelona, 1902.—Un volumen de 192 páginas en 18.° 0,50 pesetas.

Valentina. - Idem íd.—Folletín de periódico.

Obras de D. Bernardo Giner de los Ríos.

Cosmos.—Ensayo de una descripción física del mundo, por Alejandro de Humboldt, traducción, en colaboración, con D. J. de Fuentes.—Cuatro tomos en 4.° mayor. I. De 456 + 24 páginas; II. De 486; III. De 598; IV. De 636.—Madrid, 1874-75 —Gaspar y Roig, editores, 6,25 pesetas cada tomo, y en provincias 6,75.

Cuadros de la Naturaleza.—Traducción de Humboldt.—Edición ilustrada.—Un volumen de 590 + 8 páginas en 4.° mayor.—Madrid, 1876.—Gaspar y Roig, editores; 7,50 pesetas y 8.

Sitio de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América.—Traducción de Humboldt.—Un volumen de 440 + 8 páginas.—Madrid, 1878.—Gaspar y Roig, editores; 6 pesetas, y 6,50 provincias.

Ensayo sobre la isla de Cuba.—Idem de ídem (en publicación).

Ensayos literarios.—*Cuadro de costumbres.*—Un folleto de 32 páginas en 8.° menor.—Gijón, 1879.—(Agotada).

Idem id.—*La nobleza del plebeyo.*—Comedia en un acto arreglada á la escena española.—Gijón, 1879.—(Agotada).

Boletín de Hacienda.—Cuatro tomos en 4.° mayor de 384 páginas cada uno, y un tomo folio á dos columnas de 720 páginas.—Madrid, 1876-80 y 1888.

Obras de D. José L. Giner de los Ríos. †

(AGOTADAS)

Juicio crítico de actores.—Un folleto en 4.° de 16 páginas.—Madrid, 1861.—R. Rosales, editor.

Sobre el servicio del material de Ingenieros.—Un folleto de 16 páginas en 4.°—Madrid, 1863.

Apuntes históricos sobre la Administración de los Ejércitos.—Un folleto de 32 páginas en 4.°—Madrid, 1864.—Entrega primera.

Discursos en la Sociedad Abolicionista Española.—Madrid, 1868 á 1873.

Cuestiones económicas.—Discurso.—Un folleto de 24 páginas en 12.° Madrid, 1874.

Lecciones abreviadas de Economía.—(Obra que sirvió de texto en varios establecimieutos de enseñanza).—Un volumen de 128 páginas en 4.°—Madrid, 1874.

Discursos varios en el Ateneo de Madrid y otras Sociedades.

Artículos varios en los periódicos que dirigió ó en que fué redactor ó colaborador: *La Mentira*, *El Progreso militar*, *El Ancora militar*, *El Eco del Ejército y la Armada*, *La Administración del Ejército*, *La Propaganda*, *La Voz del Siglo*, *La República*, *La Justicia Social*, *Correo de Ultramar*, *El Abolicionista*, *El Pueblo*, *El Orden*, etc., etc., de Madrid, y otros de provincias.

Obras de D. Francisco Giner de los Ríos.

Estudios Literarios.—Un volumen de 184 páginas, en 8.° mayor.—Madrid, 1866.—(Agotada).

Bases para la Teoría de la Propiedad.—Un folleto de 32 páginas, en 4.° mayor.—Madrid, 1867.—(Agotada).

Las doctrinas fundamentales reinantes sobre el Delito y la Pena en sus interiores contradicciones.—Ensayo preparatorio para la renovación del Derecho penal, por C. D. A Roeder, traducido directamente del alemán.—Un volumen de 190 páginas, en 4.° menor.—Madrid, 1870.—*Revista de Legislación.* Casa editora.—(Agotada).

Idem, íd., íd.—2.ª edición, corregida.—Un volumen de 324 páginas, en 8.°—Madrid, 1871.—Medina y Navarro, editores.—(Agotada).

Idem, íd., íd.—3.ª edición, revisada por el autor y aumentada.—Un volumen de 366 páginas en 8.°—Madrid, 1876.—3 pesetas.—V. Suárez, editor.

Principios elementales del Derecho.—Introducción á la Filosofía del Derecho.—Concepto del Derecho.—Un folleto de 68 páginas, en 4.° mayor.—Madrid, 1871.—Entrega 1.ª—(Agotada).

Programa de las cuestiones sobre que versa el examen de Filosofía del Derecho. — Un folleto de 16 páginas, en folio. — Madrid, 1873.—(Agotada).

Idem, íd., íd.—2.ª edición.—Un folleto de 16 páginas, en 12.°—Madrid, 1882.—(Se reparte gratis.)

Compendio de Estética, por C. C. F. Krause, traducción del alemán. Un volumen de 132 páginas, en 4.°—Sevilla, 1874.—*Revista de Filosofía.* Casa editora.—(Agotada).

Programa de las cuestiones sobre que versa el examen de Filosofía del Derecho.—2.ª edición, aumentada con la *Teoría de la Música*, del mismo autor.—Un volumen de 240 páginas, en 8.°—Madrid, 1883.—3 pesetas.—V. Suárez, editor.

Programa de Elementos de la Doctrina de la Ciencia. (Parte general).—Lecciones explicadas como curso libre en la Universidad de Madrid, durante el de 1871-72.—Un folleto de 32 páginas, en folio. Madrid, 1873.—(Agotada).

Necesaria reforma del sistema penal español mediante el establecimiento del régimen celular, por C. D. A. Roeder, traducido del alemán, en colaboración con A. G. de Linares. — Un folleto de 32 páginas, en folio.—Madrid, 1873 —(Agotada).

Prolegómenos del Derecho.—Principios de Derecho natural, en colaboración con A. Calderón.—Un volumen de 298 páginas, en 8.° menor.—Madrid, 1874.—Medina y Navarro, editores.—(Agotada).

Principios de Derecho natural, por Roeder.—Traducción del alemán.—Un folleto de 48 páginas, en 4.° mayor.—Madrid, 1875.—Entrega 1.ª—(Agotada).

Estudios de Literatura y Arte.—2.ª edición, corregida y aumentada. Un volumen de 334 páginas, en 8.°—3 pesetas.—Madrid, 1876.—V. Suárez, editor.

Estudios jurídicos y políticos.—Un volumen de 352 páginas, en 8.° Madrid, 1875.—3 pesetas.—V. Suárez, editor.

Estudios filosóficos y religiosos.—Un volumen de 366 páginas, en 8.°—Madrid, 1876.—3 pesetas.—F. Góngora, editor.

Estudios jurídicos de D. José M. Maranges, publicados con la biografía del autor, en colaboración con G. de Azcárate.—Un volumen de 268 páginas, en 8.°- 3 pesetas.- Madrid, 1878.

Enciclopedia jurídica ó exposición orgánica de la Ciencia del Derecho y el Estado.—Versión directa del alemán, aumentada con notas críticas y un estudio sobre la vida y obras del autor, por F. Giner, G. de Azcárate y A. G. de Linares.—Tres tomos en 4.° mayor, de 360, 464 y 372 páginas, respectivamente.—Madrid, 1878-1880.—V. Suárez, editor.

Compendio de la Historia del Derecho romano, por E. Abrens, traducción del alemán, con notas críticas, en colaboración con G. de Azcárate y A. G. de Linares.—Un volumen de 240 páginas, en 8.°—Madrid, 1879.—3 pesetas.—V. Suárez, editor.

Campos escolares. — Un folleto de 40 páginas en 4.° mayor. — Madrid, 1884.—Una peseta.

El edificio de la Escuela.—Un folleto en 12.°—Madrid, 1884.—0,50 pesetas.

Estudios sobre educación.—Un volumen de 200 páginas en 16.°—0,50 pesetas.—Madrid, 1886.

Educación y enseñanza.—(V. antes *Biblioteca Andaluza.*)

Estudios sobre artes industriales.—(V. íd., íd.)

Portugal.—(V. anuncio anterior.)

Lecciones sumarias de Psicología.—(V. anuncio anterior.)

Resumen de Filosofía del Derecho.—En colaboración con A. Calderón.—Tomo I.—Un volumen de 416 páginas, en 4.° mayor.—Madrid, 1898.—7,50 pesetas en Madrid y 8 en provincias.

La persona social según los juristas y sociólogos modernos.—Un volumen, en 4.° mayor, de 400 páginas.—Madrid, 1899.—7,50 y 8 pesetas.

GINER DE LOS RÍOS

LITERATURA

FAN
XIX
423